

Él, viaje de Eva

María Rosendo

A Laura, que me enseñó la realidad del verbo querer.
A Aitana, que me enseñó la intensidad del verbo amar.

Nunca sabes lo fuerte que eres, hasta que ser fuerte es tu única opción.

La frase es de Bob Marley, pero para mí siempre será tuya, Noa

PRÓLOGO

FEBRERO 2004 - PRINCIPIO

«Mierda, me he perdido, seguro que me he perdido. ¿Quién cojones me mandaría venir sola hasta aquí? Cuando llegue al hotel, si es que llego algún día, claro, mataré a quien yo me sé, por haberse quedado durmiendo.

¡¡No entiendo cómo pude dejarme el móvil en la habitación, no entiendo por qué no hay un mapa en el coche, y no entiendo cómo, un sitio tan turístico, tiene tan poca señalización!!! ¿Por qué no hay nadie por esta carretera? ¡Tampoco es tan temprano! ¿Dónde está metida la gente? Irán por el buen camino, y por aquí sólo voy yo. ¡¡Ay, Eva, siempre escogiendo el camino equivocado!!

Bien, bien, bien, por ahí viene un coche, ¡¡por fin!!

¡Para! ¡Para! ¡Para, coño! ¿No me ves, o qué?»

-Hola, buenos días, disculpen, ¿podrían ayudarme?, creo que estoy perdida. Busco la subida a los Lagos, ¿saben si voy bien por aquí? – les pregunté, acercándome a la ventanilla que había bajado el conductor.

- No Spanish, sorry.

- Ah, ok, do you speak English?

- No English, Deutch.

«Buff, pues yo de alemán ni zorra, majo. ¡Vaya por Dios, para uno que pasa!»

- Danke – le agradecí, de todas formas.

«¿Y ahora qué hago? Aquí no puedo dar la vuelta con el coche... fijo que me caigo por el terraplén. Bueno, Eva, tranquila, sube un poco más, y seguro que encuentras una zona, un poquito más amplia, en la que puedas maniobrar; ante todo, tranquilidad... respira, respira, respira.

Allá vamos, nuevamente, pero esta vez con más suerte, ¡seguro que sí!, hay que ser positivas, para que nos sucedan cosas buenas. Encontraré a alguien que me entienda, me indique el camino correcto, y me saque de esta angustiada carreterita... En cuanto salga de ésta, y vuelva al hotel... ¡¡¡te vas a enterar!!!

Sí, sí, sí, sí, sí ¡¡¡una moto!!! Bajaré a preguntar»

- Perdón, buenos días, dime que eres español, por favor – junté las manos, como rezando.

- No, española – la voz de una mujer, me respondió.

- Ah, eres una chica, disculpa, es que, con el casco, no te veía la cara...

- Igual mi cuerpo te daba una pista – me dijo, en un tono con el que no empaticé.

«Menuda borde»

- ¿Quieres algo, o sólo miras? – volvió a dirigirse a mí.

«¡Que te den! no pienso preguntarte a ti, así continúe perdida todo el día»

A mi espalda oí unos pasos, alguien se acercaba, probablemente el compañero de viaje de la agradable motera.

- ¿Haciendo amigas tan tem...prano? – su última palabra sonó entrecortada, él también me había reconocido.

«No, no puede ser. Tierra, ábrete ahora mismo y trágame. No puede ser él. No puede estar pasándome esto, no puedo verlo, no podré soportarlo, no puedo volver a pasar por ese dolor. No puedo, por favor, no... Mi estómago está encogido, mi piel erizada, con el solo sonido de esa voz: SU VOZ»

- Ésta no sería mi amiga en la vida, ¡me acaba de confundir con un hombre! A ver, linda, ¿has venido sólo a incordiar, o quieres algo? – sus palabras ya no existían, yo ya no la escuchaba, lo único que me preocupaba era él; me preocupaba que, al girarme, me tuviera que enfrentar a su mirada.

Camino del coche, evitando por todos los medios mirar sus ojos, le respondí, apurando el paso.

- Me he equivocado, lo siento – bajé la cabeza, y continué caminando.

- Eso es evidente. ¡Qué paciencia, nene!

- ¿¡EVA!?! – había un poco de pregunta, y un mucho de afirmación.

«¡No, por favor, no! Que no me siga, que no me siga, que me dé tiempo a llegar al coche. ¡Por favor, no puedo verlo, no puedo!»

- ¡¡¡EVA!!! – mi nombre sonó a liberación, a meta, a parar de correr, a detenerse y respirar. A asumir realidades de las que llevaba tiempo huyendo.

«Esto no está pasando, es producto de mi imaginación»

Abrí la puerta, me senté, pero... LO VI...

«¿Qué hace aquí?»

Respiré, me acordé de respirar... delante del parabrisas, con una camiseta blanca, vaqueros, cazadora de piel, unas zapatillas, y nada más. Sólo eso bastó, para dejarme sin aliento, como siempre lo hizo, para dejarme sin palabras... para que a mi mente volvieran todas esas sensaciones que viví a su lado, las buenas, y las malas, las que me hacen sonreír, cuando todavía las recuerdo, y las que no puedo recordar, de lo mucho que aún me duelen. Verlo de pie, delante del coche, fue suficiente para que mi estómago volviera a dar un vuelco, y el pulso se me acelerase, para que ese nudo volviera a mi garganta, y mis ojos se anegaran de lágrimas: lágrimas sinceras, lágrimas de odio, de rabia, de pena, y de impotencia, lágrimas de amor, y de dolor. Lágrimas por él, por nosotros...

- ¡¡Eva!!

Quizás, llegados a este punto, sea necesario que conozcáis mi historia...

UN RECORRIDO EXPRESS DE AYER A HOY

Me llamo Eva, tengo treinta y cinco años, y soy la chica para todo en una multinacional española que tiene tiendas por todo el mundo. Diseño, decoro, selecciono, contrato, decido, y me llevo las broncas. Aun así, amo mi trabajo; me encana levantarme, cada mañana, para ir a trabajar, es con lo que me siento plenamente realizada.

Me casé con Sebas, hace casi seis años, después de llevar ocho de novios.

- Hola, cariño.

- Hola, nena – nuestras miradas se cruzaron, en el reflejo del espejo de nuestra habitación. Nos sonreímos, y me giré para darle un beso.

- ¿Qué tal tu día? – realicé mi pregunta, aprovechando la exhalación de un suspiro que me nacía por él; por la devoción con la que mi cuerpo respondía ante su presencia.

- Ahora que te veo: PER-FEC-TO, ¿y el tuyo? – su sonrisa, acompañada de sus manos en mi cintura, me hacía negar con la cabeza y preguntarme si era sano tanto amor.

- Bueno, aceptable... la tienda de Elche no va a estar lista en el plazo acordado, por lo que se pospone mi viaje – nos separamos, mientras continuábamos hablando. Yo me masajé los pies, con una crema hidratante, sentada sobre la cama.

- Eso nos dará más tiempo para organizar la boda. Con el trajín que llevas, vamos un poco al límite – él colgaba su americana, y aflojaba el nudo de su corbata.

- ¡¡Cariño, pero si lo tenemos todo listo!! No puedo creer que estés nervioso, aún quedan tres meses – me limpié las manos, con un pañuelo de papel, que cogí del dispensador que tenía en un cajón de mi mesilla.

- Nena, sabes que no me gusta dejar todo para el final – serio y eficaz, así había llegado a convertirse en uno de los abogados más joven, y mejor valorado, de la ciudad. Se agachó, para dejarme un fugaz beso sobre mis labios.

- Está bien, vamos a ponernos con ello, con lo de las mesas y la distribución, ¿te parece? – formulé la pregunta con la intención de que, al responderme, me mirara... su beso me había sabido a poco.

- Me parece, aunque... había pensado que podíamos relajarnos antes un poquito... con menos ropa, ¿qué opinas? – y había surtido efecto.

- Humm, ¿qué sugieres? – hablé con el tono más sensual posible.

- Pues no sé, igual podías quitarte esa especie de blusa – y él con su tono de sexo... sexi y profundo.

- Y tú esa camisa... - me provocaba ansiedad su contención, jugando conmigo en esos momentos.

- Después te quitas... ¡joder, nena!, ¿no llevas nada debajo de la blusa? – me hacía sonreír cuando se mostraba vulnerable y celoso.

- No, cariño, es así, sólo la blusa, y unas medias porque, en realidad, no es una blusa, ¡¡es un vestido!!

- Nena, nena, nena... – mientras me lo decía, caminaba perturbándome, deshaciendo los escasos pasos que nos separaban - no puedo dejar que te vistas sola por las mañanas, con el sueño, se te olvidan piezas de ropa.

- No seas tonto, ¿no ves que no se me ve nada? – me incliné, pícaramente, llevándolo al límite.

- Apuesto a que tus compañeros siempre están tirando cosas al suelo, para que te agaches – cuando se puso a mi altura, clavó sus dedos en mi trasero, sobre mi corto vestido, e inspiró entre mi pelo.

- Pues ahora que lo dices... - me entregaba, no había opción de victoria para mí, si competía con él, además, rendirme ante él, era una manera de ganar.

- Oh, nena, no juegues con fuego porque te quemarás – sus manos me tenían completamente pegada a su cuerpo, y su respiración estaba humedeciendo mis ganas.

Ese día no tocaba cama, en un gesto rápido, giró mi cuerpo y, ayudándose con sus piernas, dobló las mías hasta hacer que me apoyara sobre mis rodillas.

- ¡¡Oye, aquí no, en el suelo no!! – nos besamos entre risas.

...

Tanta felicidad, a veces, me resultaba increíble, tenerlo todo es peligroso... el trabajo ideal, el futuro marido perfecto, la vida con la que siempre has soñado...

Sebas es guapo, pero guapo, guapo, de los que a todas nos parecen guapos. Con su cara de niño, su pelo corto, y dorado, y sus exquisitos modales, que conquistarían a quien se propusiera. Es alto, un metro ochenta, su cuerpo es pura fibra, y le encanta hacer ejercicio; acude, religiosamente, al gimnasio, cada mañana antes de ir a trabajar, salvo que tengamos una noche muy torera, entonces va por la tarde, antes de volver a casa, pero no le gusta ir a esa hora, porque dice que está lleno de jovencitos, que no hacen más que ocupar las máquinas y estorbar, y de jovencitas, que no hacen más que enseñar sus tetas y sonreír. Así es Sebas, mi vida, mi amor, mi marido.

Me pidió matrimonio el 3 de junio de 1997, en la celebración de su treinta y tres cumpleaños. Los lio a todos para que le ayudaran a imitar una escena de la película *Dirty Dancing*, una de mis favoritas. Recrearon la coreografía final de la peli, bueno, lo intentaron, mientras sonaba *The Time Of My Life*, antes de terminar la canción, Sebas se subió a una tarima, sus amigos me llevaron, en volandas, hasta él, posándome a su lado, y me cantó la estrofa final, mientras todos permanecían en silencio.

- *Because I've had the time of my life and I've searched through every open door till I found the Truth and I owe it all to you.*

«*Porque he tenido el mejor momento de mi vida, y he buscado a través de cada puerta abierta, hasta encontrar la verdad, y te lo debo todo a ti*»

Y tras esto, yo seguía con vida pero, por si aún no me había quedado claro que esa noche podría morir de un infarto, empezó la declaración:

- Estás pensando en matarme, ¿verdad? Espera un poquito, nena, igual lo haces a besos... - tras susurrarme esas palabras, elevó su voz, para que todos pudieran oírle - Te quiero. Te quiero como nunca quise, ni querré, a nadie. Te quiero desde muy tempranito en la mañana, a esas horas en las que no me quiero ni a mí mismo, pero a ti, a ti te quiero. Te quiero hasta cuando me acercas tus pies fríos, y los pegas a mis piernas, en la cama. Eres como una pieza de puzzle, que encaja conmigo a la perfección; supe que eras para mí, desde el momento en que te vi, en Atocha, aquella tarde, ¿recuerdas? Lo supe con una claridad que me deslumbró, y lo corroboré el primer día que metiste tu nariz en el hueco de mi cuello. Ahora mismo no sabes ni cómo eres capaz de mantenerte en pie, lo sé, te conozco, sé que ya habías perdido la fe en que diéramos el paso de dejar de vivir en pecado, sé que dabas por perdido tu sueño de niña porque, este abogado, lidia a diario con finales tristes y ya no cree en los felices, pero con esta base, la nuestra, no tiene porqué salir mal, y eso, unido a mi necesidad de hacerte la mujer más feliz del mundo, me ha llevado hasta aquí, y hasta esto. Clavo mi rodilla en el suelo, porque no quiero que echés nada en falta. Ahora sí, nena, ¿te quieres casar conmigo?

- ¡¡Oooooohhhh, pero que bonito!! – la gente no se había quedado muda, como yo.

- ¡¡Id a un hotel!! – y su grado de romanticismo, distaba mucho del que mi corazón sentía en ese momento.

- Eva, ¿cuál es tu respuesta? – seguía escuchando exclamaciones, y preguntas, de todo el mundo pero, a mí, no me salía la voz.

Continuaba en shock, callada, creía que éramos demasiados allí, para ese momento que yo me había imaginado mucho más íntimo, pero debo reconocer que, el detalle, había sido precioso, y mi respuesta iba a ser la misma en privado, que en público:

- Sebas, yo... sin ti, sabes que no sé. Sin ti, nada tiene sentido. Te quiero. Por supuesto que mi respuesta es ¡¡¡SIIII!!!

Esa noche fue memorable, en todos los sentidos.

Le quiero tanto, tanto, tanto que me duele, y me duele con angustia, y ese dolor me debilita, pero yo no sé querer de otra manera. No sé meterme hasta donde hago pie, yo me zambullo completamente.

No voy a pararme en los preparativos de la boda, ni en la celebración, sólo os diré que, para mí, fue la mejor. En realidad, no contaba con casarme porque, al principio de entrar a trabajar en el bufete de abogados, Sebas casi sólo llevaba divorcios, y estaba tan desencantado con el matrimonio que me decía que nunca nos casaríamos, pero yo aún mantenía un rayito de esperanza. Disfruté nuestro gran día lo máximo que pude, como todo lo inesperado, y bueno, que nos ocurre en la vida.

Al año de casarnos, fue cuando empezó la vida a enseñarnos sus dientes.

A ambos nos encantan los niños, así que no tuvimos dudas en celebrar nuestro primer aniversario, con la pretensión de aumentar la familia. No queríamos esperar más... pero no pudo ser. Aborté a las cinco semanas.

Quizás el estrés, quizás nuestros locos horarios, quizás porque lo bueno se hace esperar, quizás no era el momento... el caso es que, ese aborto, nos hizo coger aire y retenerlo, hasta no poder respirar, hasta que te asusta más la angustia, por la falta de oxígeno, que el dolor por la propia pérdida.

Hablamos sobre el tema, decidimos esperar el tiempo de rigor, y volver a intentarlo; porque hoy en día lo anormal es no tener un aborto, porque nuestro ritmo de vida no es nada propicio para llevar una gestación a término, porque, porque, porque... Los temidos porqués de la gente, de la familia, de los amigos, de los compañeros de trabajo, de todo el mundo que opina, y al que debes sonreír, y agradecer su comentario, en esos momentos en los que desearías que todos se callaran.

Estuvimos más de dos años intentándolo, nos hicimos expertos en toda clase de tabla que indicara los días más fértiles, habíamos seguido todos los consejos, por absurdos que nos pareciesen, pero ese ansiado bebé no llegaba, y nuestra vida se había convertido en una obsesión por su búsqueda, y eso nos alejaba de lo que nosotros habíamos sido una vez.

Hubo un aborto más, y después muchos meses llenos de dudas, y de miedo que no compartíamos en voz alta. Miedo que se callaba, por no hurgar más en la herida. Hasta que un día dijimos "hasta aquí". No podíamos seguir así, debíamos dejar de obsesionarnos con el tema, porque nos estaba separando, nos estaba sumiendo en un silencio, que nos alejaba más y más. Así que, aceptamos que los hijos no vendrían cuando nosotros quisiéramos, llegarían cuando tuvieran que llegar, si tenían que llegar, y volvimos a tomar las riendas de nuestra relación, de nuestra vida. Nos queríamos, nos teníamos el uno al otro, y eso nos había bastado hasta ese momento.

Cuando ya teníamos asumido que no íbamos a ser padres, llegó el embarazo... EL EMBARAZO.

Ahora respiro. Ahora trago, y tomo aire profundamente. Ahora lo suelto muy despacito, y lloro; sigo llorando con tanta intensidad, que siento removerse todo por dentro, dejándome hueca, dejándome vacía, porque se me abre el pecho cuando recuerdo.

Cuando supimos que estaba embarazada, nos volvimos locos de alegría, y consumidos por el miedo de poder volver a perderlo, empezamos a tomar decisiones para llevar una vida mucho más tranquila. En cuanto a mi trabajo, Sebas me planteó la posibilidad de ofrecerle, a mi empresa, una renegociación del contrato, en el que se terminaban mis viajes, y jornadas de doce horas, por lo que cobraría menos, pero ganaría en calidad de vida. Recuerdo que esas palabras me hicieron reír...

«- ¿Calidad de vida?, ¿acabas de decir que ganaré en calidad de vida? - le pregunté sonriendo, y negando al mismo tiempo.

- *Sí, eso he dicho. ¿Qué te hace tanta gracia? – estaba tan tierno cuando conseguía desubicarlo.*

- *Parece que estás hablando con una clienta. No pienso pagarte, abogaaadoo, al menos no con dinero...»*

A pesar de haber renunciado a viajar, seguía llevando los proyectos, de inicio a término, desde Madrid. No viajaba a destino, pero como si lo hiciera, me conocía, al dedillo, todas y cada una de nuestras nuevas tiendas.

Sebas se redujo la jornada, sólo iba por las mañanas, para poder estar conmigo todas las tardes; en el bufete no le pusieron problema, dijo que quería vivir la experiencia del embarazo, lo máximo posible, dentro de sus posibilidades. Se puso más guapo, si cabe, con la ilusión de la paternidad. Dejó de ir al gimnasio, para pasar más tiempo a mi lado, a nuestro lado, sólo seguía yendo a su partido de baloncesto, con los amigos, ese era sagrado; jugaban una liga, o torneo, no sé qué nombre darle exactamente, la verdad es que odio cualquier tipo de deporte, salvo salir a correr, y nunca me interesé más que por el resultado de cada partido, sólo sé que empezaba en septiembre, y ¡¡no acababa nunca!!

Al principio de nuestra relación le acompañaba a sus partidos, y me hacía gracia escuchar, en la grada, lo bueno que estaba mi marido, novio por aquel entonces, para después ver lo ojipláticas que se quedaban las chicas, cuando venía a darme un beso, antes de retirarse a los vestuarios.

«- *Así que estás despertando la libido de las mujeres que van a ver los partidos, ¿eh? - lo que más me gustaba era saber que, aunque las demás lo vieran, nos pertenecíamos el uno al otro.*

- *¿Qué dices? – me preguntaba, haciéndose el tonto.*

Mientras hablábamos, se estaba cambiando de ropa, se sacaba su camisa, desabrochando botón por botón, incluidos puños, se aflojaba el nudo de la corbata y, tras colocar todo en su galán de noche, junto a su americana del traje, se dedicaba a su pantalón, se lo bajaba de esa manera que a mí me ponía tanto, lo colgaba junto a las otras prendas, y cogía el pantalón de su pijama, de algodón gris, con cinturilla de goma, que subía hasta encima de dónde acaba el vello de su pubis... era ahí cuando yo ya no podía más, explotaba, y le ronroneaba un poquito...

- *Nena, ¿por qué no evitas que me ponga el pantalón, si sabes que me lo vas a quitar? - y se reía, mientras me apretaba entre sus brazos.*

- *No te enteras, cariño, ¡¡jeste ritual tuyo, es el que me pone a mil!! El modo de desvestirte, tu meticulosidad, tu paciencia...*

- *Nena, nena, nena... sabes que conmigo... ¡¡el fuego prende a la de ya!!»*

Él siempre me llamaba *nena*... antes.

Esos recuerdos ahora son dolorosos, esos recuerdos son lejanos, lejanos, lejanos, lejanos...

Mis meses de embarazo transcurrían en la más absoluta armonía, todo era perfecto. Pasado el primer trimestre, ambos respiramos con alivio, como si nos hubiéramos quitado una losa de

encima, así que los meses restantes, sólo queríamos disfrutarlos al máximo.

Cuando estaba de veinte semanas, fuimos los padrinos del hijo de nuestros mejores amigos, Vero y Pedro. Pedro era compañero en el bufete, además de su mejor amigo desde la facultad. Habían tenido la suerte de hacer las prácticas de fin de carrera, en uno de los bufetes más prestigiosos de la capital, en el que, ambos, se habían quedado a trabajar. Los hicieron hijos, un treinta y uno de diciembre, nunca olvidaremos aquel día. Desde esa fecha, celebrábamos el Fin de Año los cuatro juntos.

En cuanto a Vero... ella es uno de mis mayores apoyos. Me hace reír, llorar, me regaña, me saca los colores, me respeta, aunque no acabe de entenderme.

Jaime, nuestro ahijado, iba a ser mi futuro yerno, porque lo que estábamos esperando era una princesa. Los cuatro estábamos de acuerdo, incluso habíamos redactado un contrato improvisado, entre risas, y gestos de consternación fingidos, durante una de nuestras comidas de domingo, en el *Nodo*, un restaurante al que habíamos cogido la (mala) costumbre de aficionarnos. Era imposible no rendirse a los sabores de su cocina, tan bien fusionados por su chef Alberto Chicote, famoso mucho tiempo después de ser descubierto por nuestro paladar.

A menos de un mes para finalizar mi segundo trimestre, fui a una revisión rutinaria. Sebas tenía un juicio, y no pudo acompañarme, decidimos no cambiar la fecha, a pesar de que sería la primera vez que iba sola a una cita del embarazo. Estaba en la sala de espera, recuerdo que miré el reloj antes de escuchar mi nombre a la enfermera. Eran las 12:34. Esa fue la hora que se repitió en mi cabeza durante muchos meses. Muchas semanas. Muchos días. Muchas horas... 12:34, 12:34, 12:34, 12:34, 12:34, 1234, 1234, 1234, 1234, 1234, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4...

La cara de la doctora que no me gusta.

La saliva bajando por su garganta, con dificultad.

- Eva, ¿has venido sola?

Yo siento que mi cabeza pesa sobremanera.

- ¿Desde cuándo no sientes sus patadas?

Mis ojos se centran en un punto fijo de la pared.

La doctora que habla con la enfermera que me llamó, sonriendo, a las 12:34.

- Sabela, por favor, llámalo, que venga lo antes posible.

Sebas llegó con la preocupación reflejada en su rostro. No lo escuché entrar, sólo supe que estaba allí, conmigo, cuando le vi la cara, y lo hice porque agarró la mía entre sus manos, obligándome a mirarlo.

No me dijo nada, sólo nos miramos, y vi que lloraba, yo también lo hacía, pero no me había dado cuenta hasta que noté sus pulgares recorriendo mis lágrimas, secándome.

Arrugó su entrecejo, y cerró los ojos, pegando su frente a la mía. Su cara de niño se apagó allí,

al igual que se había apagado el corazón de nuestro bebé.

Palabras sueltas resonaban en mi cabeza: muerte intrauterina; un parto inducido; empuja bonita; queréis verla; podéis estar el tiempo que necesitéis con ella; lo siento, Eva, hemos tenido que... no podrás volver a quedarte embarazada; ahora llamo a la psicóloga, será necesaria su ayuda.

- Eva, por favor, por favor, vuelve aquí, te lo pido por favor, te necesito – la voz rendida de mi marido, me entristecía aún más.

Eva... Eva... ¿cuándo había sido la última vez que me había llamado por mi nombre? Eva...

Visitas de la familia, visitas de los amigos, visitas en el hospital, y visitas en casa.

Yo seguía pensando en mis números, en los números que me apartaban del dolor más antinatural que existe, del dolor más desgarrador que se puede imaginar. Así sobrevivía, así aguantaba despierta, y así caía rendida al sueño. Día tras día, semana tras semana...

- Eva, te lo pido por favor, tienes que reaccionar, tienes que sacar todo ese dolor que estás callando, porque yo no puedo solo, yo no puedo por los dos, no tengo fuerzas – su voz sonaba tan apagada... tan triste...

Mes tras mes... 12:34, 12:34, 12:34, 12, 34, 12, 34, 12, 34, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4...

Convivíamos en un silencio incómodo, que se tornó costumbre, y ya no resultaba extraño, ya no molestaba, ya hasta se agradecía.

Tras más de dos meses así, hubo dos personas que no aguantaron más la situación, y optaron por plantarme cara.

Una tarde de jueves, Vero y Dani, se presentaron en mi casa. De Dani aún no os he hablado: él es mi mejor amigo, la persona que me puede fallar una y mil veces, porque siempre lo disculparé, y perdonaré, es mi ojito derecho. Nos conocemos desde pequeños. Cuando mis padres se vinieron a vivir a Madrid, nuestros vecinos eran los padres de Dani. Él y yo estábamos siempre juntos: en el colegio, en el instituto, en la facultad no, pero no dejábamos de vernos cada día. Dani no fue a la universidad, se arriesgó con lo de la hostelería, y montó un pub: EL VICIO, un local que está muy de moda, y para el que incluso debes estar en lista, para poder entrar determinados días... quién se lo iba a decir a mi Dani, empresario de la noche... él que odiaba salir, él que rehuía de las discotecas, y todo lo que implicase cortejar a alguien pasadas las dos de la madrugada, y pasadas las copas que mantienen el buen gusto.

Él, siempre tan especial...

Ambos entraron en casa, muy decididos a llevar a cabo su cometido: hacerme reaccionar. Escuché la llave en la cerradura y, sin mover la cabeza, dirigí mis ojos hacia el reloj del salón, me parecía muy pronto para que Sebas regresara de trabajar, ya se había incorporado a su jornada de ocho horas. Mis padres, y mis suegros, nunca vendrían sin avisar, así que supe que eran ellos, antes incluso de escuchar a Vero blasfemar, porque eran los únicos amigos que tenían llaves de nuestra

casa.

«- ¡¡Joder, cómo llueve!! Mira la otra, aquí está como una marquesa, como ella no se mueve de casa, claro, no se entera de la que está cayendo. ¿Qué? Así da gusto, ¡¡eh!!, sentadita, tapadita, con la tele... ¡¡Coño!! ¿No te funciona la tele, o qué? - Vero entró como una ciclogénesis explosiva, llena de viento y lluvia, sin dar tregua.

- Vamos, Vero, deja de dar voces. Dame el paraguas, que lo estás poniendo todo perdido, y pasa al salón – le recriminó Dani.

- Sí, Dani, tienes razón, no sea que despertemos a la momia – hablaba sin miramientos, buscando herir, buscando mi reacción.

- ¡Vero, tacto, coño! un poco más de tacto – Dani no compartía sus métodos.

- ¿Qué tacto, ni qué cojones? ¿No ves que no se entera de nada? Ésta, ni siente ni padece, le da igual que llueva, que haga sol, que truene... ¡le da igual todo, y todos! ¿Tú qué? ¿No piensas reaccionar? ¿Cuándo vas a despertar?, ¿cuándo ya sea tarde, cuando lo pierdas a él también?, ¿es eso lo que quieres?, ¿quieres que se amargue del todo, se aburra, y te deje por imposible? ¿Qué es lo que tienes pensado? - de pie, a mi lado, me hablaba sin apocar su tono de voz.

-Por favor, Vero, así no, no hemos venido para esto – Dani se estaba sintiendo incómodo, ante la brusquedad de mi amiga.

- ¿Cómo qué no? Claro que hemos venido para esto, hemos venido para que, esta idiota, deje de pensar en su puto culo, y mire a su alrededor, ¡¡joder!! ¡¡Qué estás tirando tu vida, VUESTRA VIDA, vuestra historia, a la mierda!! – y sí, tenía razón, sus palabras fueron duras, pero efectivas.

- ¡¡Vale ya, Vero!! ¡¡Para, joder!! Pequeña, nosotros queremos que estés bien, que te vayas recuperando, que vuelvas a ser tú. Queremos que vuelva nuestra Eva, mi pequeña.

«Nunca volveré a ser yo, seré una copia defectuosa de lo que un día fui»

Esa yo, ya no sabía dónde encontrarla, ni siquiera sabía si quería que volviese.

Vero me dijo que, si no reaccionaba, lo perdería para siempre, y que era algo de lo que me iba a arrepentir. Sebas... él le dio la vuelta a mi vida, ya nada era como antes de conocerlo, canción a canción me fue conquistando. Con su seguridad me fue ganando. Poco a poco necesité su mano en nuestros paseos, poco a poco sus abrazos me hacían más llevadera la espera en la cola del cine, poco a poco sus besos me hacían volar hasta un lugar en el que sólo estábamos él y yo... Por eso terminé rindiéndome a la evidencia, y no dudé en apostar por lo nuestro, yéndonos a vivir juntos, al poco de empezar a salir, y por eso también contesté que sí a su divertida, y exagerada, pedida de mano. Con Sebas descubrí la magnitud del verbo querer. Con él todo era diferente, era un amor fuerte y constante, seguro y tranquilo.

Me empezó a asustar la idea de perderlo, sólo el hecho de planteármelo me volvía loca, una pérdida más sería insoportable; aunque ya nada era como había sido, por lo menos estaba, y no

podía imaginar que dejara de hacerlo, o que fuera otra la que ocupara mi lugar en él. No podía pensar que se acabarían nuestras tardes de sofá, viendo la tele, los paseos de la mano, que él me enseñó a necesitar, me decía *“deja que te coja de la mano, deja que sepan que eres mía, y se mueran de envidia”*, y nuestros silencios leyendo, o mirando una película. No podían acabarse nuestras tardes escuchando música, nuestra música, nuestras canciones..., o las sonrisas cómplices, que nos delataban cuando estábamos entre una multitud, y uno de los dos necesitaba al otro; esa sonrisa, acompañada de un gesto de *“ven”*, con el dedo anular, era tan efectiva como sus manos rozando mi piel...

Sebas era el hombre perfecto, yo estaba locamente enamorada de él, aunque ahora todo fuera tan difícil. Él luchó contra mis barreras, fue el único que se amedrentaba cuando de mi boca salía un *«no»*; nunca se rendía, insistía hasta que acababa convenciéndome, y después, como siempre con él, lo que antes yo rechazaba, pasaba a necesitarlo. Con su tenacidad, y constancia, conseguía todo lo que se proponía y, como él decía, yo era un reto que tenía que conseguir, sí o sí. Por eso, cuando vi tan claro que lo nuestro se terminaría, de continuar yo así, sumida en mi dolor, en silencio, tomé una decisión: luchar. Luchar contra lo que yo realmente sentía, y necesitaba, para no perder lo que siempre me hizo feliz: a Él.

A pesar de que mis amigos se marcharon como habían llegado, sin una sola palabra por mi parte, yo sí reaccioné ante esa visita y, por la tarde-noche, cuando Sebas llegó de trabajar, me encontró en la cocina, preparando la cena.

Escuché como se abría la puerta, y cerré los ojos, mientras inspiraba, sonoramente, por la nariz. Pero se me cortó la respiración, y me invadió una sensación de un miedo atroz, cuando no escuché su saludo de siempre. ¿Cuándo había dejado de hacerlo?, me dio pavor no recordar el día en que dejó de hablarme, que se rindió, me angustió pensar que ya era tarde también para nosotros.

Lo sentí caminar y detenerse. Creo que también estaba muerto de miedo, y que no encontraba las palabras adecuadas para dirigirse a mí. Me sorprendí contando en mi cabeza la misma serie de números que llevaba meses repitiendo, pero en el sentido inverso, en una definitiva cuenta atrás: 4, 3, 2, 1...

Me giré, lentamente, y lo encontré petrificado, en la entrada de la cocina, con la camisa remangada, y la americana en la mano, con su cara de niño desangelado, y mil preguntas en su mirada, que no se atrevería a formularme. Sólo contesté a una, justo a la única que estoy segura que no me habría hecho...

- Estoy preparando la cena... pasta.

Tardó un poco en reaccionar; finalmente, sacudió la cabeza, como despojándose de un pensamiento, negando, sutilmente, a un lado y al otro, para acabar diciéndome:

- Me parece perfecto.

Era de todo menos perfecto, pero era mi manera de sobreponerme; no quería hablar, no podía, no

quería pensar, así que intenté que todo volviera, poco a poco, a la normalidad...

Ambos sabíamos que no era la mejor manera. Ambos sabíamos que era un error hacer como si nada ocurriera. Ambos sabíamos que lo que se construye sobre una base inestable, termina por caerse, pero ambos necesitábamos creer que éramos la excepción a la regla, porque lo otro, la opción B, no era viable, no para mí, no en ese momento; yo no estaba preparada para vomitar mi dolor pero, perderlo,... perderlo también a él, me resultaría imposible de asimilar, en esos momentos en los que mi corazón no resistiría una pérdida más.

Poco a poco fuimos recomponiendo nuestra casa, poco a poco fuimos volviendo a nuestra vida. Yo solicité la reincorporación, progresiva, a mi puesto. Mi jefe, mi malhumorado jefe, me sorprendió dándome toda la libertad del mundo, para que me organizara con la vuelta. Poco a poco volvimos a celebrar cenas en *petit comité* y, en ellas, la gente, poco a poco, se fue permitiendo ser ellos mismos, y reír, y hablar a voces, y dejaron de apretarme en abrazos de pésame para, simplemente, saludarme como a una más.

Pero siempre llegaba la noche, siempre llegaba y me alcanzaba, por mucho que me resistiera, por mucho que evitara dejarme arrastrar durante el día, con el trabajo en la oficina, con las charlas con Dani, con los cafés con Vero, con mi sonrisa siempre dibujada, superficial, para demostrarle al mundo que no estaba rota de dolor, que no estaba incompleta... La noche llegaba, y yo me quitaba la máscara, dejaba que mis lágrimas recorrieran, en silencio, su camino, y me hundía en mi mitad del colchón, escuchando respirar a mi marido, y odiándome por odiarlo, odiándome por enfadarme por sus ganas de luchar. Sentía rabia por no ser capaz de decirle que no entendía cómo podía volver a reír, volver a hablarme como antes, contándome su día a día, como si nada, cómo podía ser capaz de volver a ser él... pero no era valiente para hacerlo. Yo me callaba todo porque, reprochárselo, implicaría hablar de ello, y eso era superior a mí, así que, mí día a día consistía en fingir, fingir, fingir...

Sebas dejaba que nos recompusiéramos a mi ritmo, a mi manera. Él tenía mucha paciencia dándome mi espacio. Su paciencia... que a veces me enervaba más, y me llenaba de rabia, su paciencia en cuanto a nuestras relaciones de pareja, porque hacía muchos meses que nuestra vida sexual había quedado relegada a un octavo plano... ¡¡con lo que nosotros habíamos sido!! Y ahora... ahora pensar en sexo me parecía surrealista, me parecía lejano, muy lejano... y de nuevo admiraba sus ganas de recuperar nuestra historia, que se había roto en mil pedazos, y luego en *mil rotos más*, porque yo ya no podría darle... yo ya no podría... yo ya no...

Es duro decir que se sobrevive, pero se hace, se logra, se puede, se lleva, se recuerda y, aunque duele, ya no ahoga.

Un año después, aquí estamos, continuamos en el camino de recuperar nuestro matrimonio, porque nos queremos por encima de todo. A pesar de todo, nos queremos.

Y, de repente, en todo este, lento y largo, proceso, un día llego a mi oficina, y me dan la noticia,

me hacen la proposición, que daría un giro a todo.

FEBRERO 2003 - EL PRINCIPIO DEL FIN

LA PROPOSICIÓN

- Eva, tienes que encargarte de la tienda de Salvador de Bahía. Matilde está de baja, se ha caído, o no sé qué fue lo que le pasó ayer por la tarde. Ahora tiene una pierna escayolada y para tres o cuatro meses, mínimo. Te necesito a ti, allí – mi jefe me hablaba desde el otro lado de su mesa, restándole importancia a sus palabras, sin mirarme directamente a los ojos, trasteando con unos papeles entre sus manos, mientras soltaba la bomba.

- Disculpe, señor Escobar, pero es que ahora mismo me es impos...

- Un segundo por favor, ¿qué es lo que quieres, Esther? No para de parpadear la dichosa luz de mi teléfono.

- Perdón, señor Escobar, tenemos un problema en producción; el señor Rosales me ha dicho que se tendrá que encargar usted, porque él tiene la visita con la firma alemana, por lo de la logística... - sin responder, a la pobre Esther, cortó la comunicación y volvió a dirigirse - ¿Lo ves, Eva?, aquí tenemos que arrimar todos el hombro, no sirven excusas, todo aquel que no se adapte, al nuevo ritmo de trabajo, ya sabe cuál será su futuro, mucho más tranquilo, sin lugar a duda, en la cola del paro – estaba siendo duro y tajante, porque sabía que, en esos momentos, si me lo pidiera de otra manera, no hubiera aceptado su propuesta.

- Lo entiendo, señor Escobar, pero hace pocos meses que me reincorporé al trabajo, y creo que, ahora mismo, no soy la más adecuada para...

- ¿Para qué, señorita Costa?, ¿no es la más adecuada para qué? Ande y vaya a hablar con Esther, ella le facilitará los datos de sus vuelos, traslados, hotel y demás... - tras haberme hablado, clavándome su mirada, volvió a sus papeles, y me ignoró por completo.

Cuando dejaba de tutearme, para llamarme por mi apellido, con el “*señorita*” delante, ya se acababa mi tiempo de pataleta. Pero esta vez, tenía que intentarlo...

- Siento insistir, señor Escobar, pero, en este caso, me temo que tengo que rechazar la propuesta. No sé si recuerda los términos de mi nuevo contrato, cuando tuvo lugar la renegociación del mismo, añadí algunas cláusulas, y entre ellas estaba la de la movilidad, habíamos acordado que ya no habría más desplaza...

- Señorita Costa, no ha salido de mi boca ninguna propuesta, lo único que he dado es una orden, ¿Acaso se niega a cumplirla? – sus ojos volvían a tomar los míos, y su expresión no me dejaba margen de maniobra.

- No, señor Escobar... deme un poco de tiempo, para hablarlo en casa...

- Se va en cuanto tenga el pasaporte, y el billete, ¿cree que le dará tiempo a hablarlo en casa? - me preguntó, con recochineo - Ahora déjeme solo, que tengo que arreglar los desaguisados de otros –

con una lentitud demasiado evidente, me incorporé de la silla y, caminando sin tener muy claro lo que acababa de pasar en ese despacho, llegué a la puerta - Por cierto – su voz, a mi espalda, me hizo detenerme - una última cosa antes de que se vaya – me volví hacia él - el encargado de la obra es español, imagino que eso le ayudará, aunque no creo que tenga problema con el idioma, es portugués al fin y al cabo, mal que bien, nos entendemos. Hemos trabajado con él últimamente, durante su larga baja – y no me lo dijo echándomelo en cara, lo hizo, simplemente, para que supiera que, durante mi ausencia, habían incorporado gente nueva con la que colaboraban en las obras de fuera - Los resultados lo abalan, estamos contentos con él. Esther le facilitará todo lo que necesite, vaya a hablar con ella, y ahora discúlpeme, pero tengo que atender el problema de producción.

«¿Cómo me puede estar pasando esto a mí?»

- Disculpe, señor Escobar, ¿sabe usted el tiempo que tendría que pasar en Bahía? – aceptando mi partida, sólo me quedaba organizar mi vida, ante el nuevo reto que se me planteaba... volver a viajar.

- No más de quince días. Y, Eva, deja de hablar en condicional, no es tendría, es tendré. Por favor... - estirando su brazo, hacia la puerta, me invitó a salir de su despacho.

«Ahora vuelvo a ser Eva, ¿no, cabrón? ¡¡Joder!! ¿Cómo le digo esto a Sebas?, ¿cómo voy a separarme de él en estos momentos?»

UN DRAMA (parte I)

- Vero, ¿qué haces? – si había alguien que podía ayudarme, a ver lo positivo de la situación, eran ellos, mis amigos.

- Hablar contigo por el móvil, petarda.

- ¡Qué graciosa! Te necesito, ¡necesito una charla ya!, y un consejo, por favor dime que puedes escaquearte un ratito del trabajo.

- Claro que puedo, espera – apartó el teléfono, y cubrió el altavoz - ¡¡Pedro, ven ya!! Tenemos que acabar rápido, que me esperan – volvió a hablarme a mí - ¿Dónde estás, Eva?

- Cerca del Vicio.

- Pues nos vemos allí en... cuarenta y cinco minutos, el tiempo en que Pedro tarda en relajarme un poquito, me ducho, me visto, y aparezco. ¿Está Dani? – con una naturalidad que sólo ella sabía hacer cómoda, me había hablado de sexo con su marido, previo a nuestro encuentro.

- Creo que sí, pero, Vero, no te apures, no sea que tengas un accidente por mi culpa; y no me des tantos detalles, ¡joder! Te espero – una sonrisa había cubierto mi cara, al imaginar cómo estaría entornando sus ojos ante mi recriminación.

Pasados cuarenta y cinco minutos, vi llegar a Vero, en su moto. La subió a la acera, y la apagó, se bajó de esa forma tan sexi, y provocativa, y yo me pregunté ¿cómo podía una mujer desprender tanto morbo? Vero es toda lujuria, a los ojos de cualquier hombre; te puede parecer más o menos guapa, pero nunca más o menos sexi, porque es sexi a morir.

- A ver, agonías, ¿qué te pasa? – me besó en la mejilla, mientras se atusaba el pelo.

- Será mejor que entremos, así os lo cuento a los dos. Por cierto, ¿qué hacía Pedro contigo? ¿No tendrías que estar trabajando?

- Mejor no preguntes, baby... Jaime, ayer se quedó a dormir en casa de mis padres, y hoy ya lo llevaron ellos al cole, así que, su papá y yo, aprovechamos para liberar tensiones mañaneras, pero se nos fue de las manos... - su sonrisa lujuriosa me provocó un suspiro que ahogué dentro de mí.

- Vale, vale, vale, no quiero saber más.

Había escuchado suficiente. Con los ojos en blanco, de mi amiga, y yo ruborizada, llamamos a la puerta del Vicio. Dani tenía su moto fuera.

- Está cerrado – la voz de Dani sonaba cansada.

- Dani, somos nosotras, ya hemos llegado – le informé, mientras Vero trasteaba con el móvil.

- Un segundo, ahora os abro.

Dani cogió las llaves de la puerta, y subió la verja para que, Vero y yo, no tuviéramos que agacharnos mucho al entrar.

- ¿Qué ha pasado? ¿No tendríais que estar trabajando? – me encantaba la arruga que se le formaba entre ceja y ceja, cada vez que algo le preocupaba. Cuando lo llamé, para decirle que quería

hablar con los dos, casi no me deja colgar sin adelantarle algo del asunto que me llevaba a juntarlos a esas horas.

- La niña, que tiene un problema, venga cuenta que nos tienes en ascuas – dijo Vero, mientras se quitaba la cazadora.

- Espera, no empieces, ¿os pongo algo de beber?, ¿habéis desayunado? – preguntó Dani.

- Prepara algo contundente – le pedí.

No era hora para una copa, pero igual me ayudaba a afrontar la situación de un modo menos dramático.

- Sí, algo *fuertecito*, porque como la *señorita* no tiene que ir en moto hasta su oficina, ¿qué más da meter alcohol en el cuerpo a estas horas? – Vero negaba con la cabeza, a la vez que ensanchaba, sobremanera, sus fosas nasales al inspirar.

Dani se había quedado a medio camino entre nosotras y la barra.

- ¡¡Daniel, que es para hoy!! – Vero alzó la voz - ¡Vamos, chico, que en algún momento de este día tendré que aparecer por el trabajo! – mientras Dani iba a preparar las copas, Vero me señaló un sofá dónde esperarlo.

Nos sentamos en uno de los sofás biplaza que tenía el pub.

- ¡Oye, el mío no me lo cargues! – le pidió mi amiga.

Dani llegó con tres cócteles, y ocupó el sofá que estaba frente al nuestro, separado por una mesa baja, donde apoyó las bebidas, y sobre la que, Vero, apoyó sus pies.

- Este desayuno me gusta, somos carne de grupo de terapia, lo sabéis, ¿verdad? – dijo Vero, mientras daba un trago a su bebida.

Sus ojos se volvieron a posar en mí... soltando aire, hablé:

- Acaban de decirme, en el trabajo, que me tengo que marchar a Salvador de Bahía.

- ¿Cómo dices? – preguntó Vero, mientras volvía a beber de su copa, que no había llegado a posar en la mesa.

- Tengo que ir en el sitio de una compañera que está de baja, porque, parece ser, que no se están cumpliendo los plazos de las obras, y necesitan inaugurar en menos de un mes.

- ¡Joder!, ¿te vas un mes para allá? - los ojos de Dani parecía que se le iban a salir de las cuencas.

- Quince días – le dije, como si no fuera menos terrible que los treinta por los que él preguntaba.

- ¡¡Eres una tía con una suerte que ni tú misma te la crees!! ¡Quince días de vacaciones en Brasil, joder, Eva! – Vero nunca veía el vaso medio vacío.

- No son vacaciones, y no es el mejor de los momentos. No es el mejor momento para nada, y menos para esto – yo, en cambio, no veía siquiera agua en él.

- Discrepo, creo que es lo mejor para todos, pero sobre todo para ti, necesitas alejarte, lo necesitas - quizás Dani tuviera razón...

- No sé cómo se lo va a tomar... es que no me dieron opción, ¡joder!, me obligan a ir y, si no, otra

para mi sitio; hacen lo que les da la gana con nosotras, siempre tienen las de ganar. Que ganas me dieron de mandarlo todo a la mierda, pero si ahora me quedo sin trabajo... me moriré, es mi vía de escape, es mi mejor momento del día, mi momento de evasión – reconocerlo, tan abiertamente, me hizo sentir miedo. Mi mejor momento debería ser cuando estaba con él, como siempre, como antes, cuando todo era bonito, y aún no habíamos probado el sabor del desconsuelo.

- Eva, creo que lo tienes bastante fácil, como tú misma has dicho, no te lo han pedido, te lo han ordenado, y no es para siempre, serán sólo quince días, Sebas lo entenderá, estoy segura, además, coincido con Dani, en que será bueno para ti – cuando Vero hablaba así, de esa manera, parecía más una sentencia que una opinión, me infundía seguridad y fuerza.

- Vas a volver con energías renovadas, ya lo verás, pequeña – Dani... yo era su *pequeña*.

Con un beso en la sien, de mi Dani, y un abrazo apretado, de mi amiga, me marché rumbo al bufete de mi marido, para comunicarle la noticia.

UN DRAMA (parte II)

Ana, la secretaria del bufete, se sorprendió mucho cuando me vio allí. Se acercó para darme el abrazo de pésame que tanto odiaba; intenté aparentar normalidad, y di las gracias. Le pedí que no avisara a Sebas, quería darle una sorpresa.

Estaba revisando un caso en su despacho, cuando me acerqué hasta su puerta, y lo vi apoyado en una esquina de la mesa, con sus piernas cruzadas, a la altura de los tobillos, dando golpes, con un bolígrafo, sobre los papeles que sujetaba entre sus manos, mientras los leía. Se llevó el bolígrafo a la boca, y jugó con él entre sus labios; de repente, me sorprendió un ruido en mi pecho, mi corazón volvía a galopar. Era tan sexi, con su pantalón de traje, su camisa siempre remangada, y esa concentración en su cara... Era muy perfeccionista, no dejaba nunca ningún cabo suelto, nada al azar, y se notaba que ese caso le estaba dando guerra.

Era mi marido el que seguía acelerando los latidos de mi corazón y me volvía loca, a pesar de que los años habían apagado la llama viva que ardía cuando nos mirábamos, y ahora, ésta, se había convertido en un fuego seguro, controlado. Seguía siendo él, el que le daba algo de sentido a mis días.

- Venía con intención de decirte algo, pero lo que estoy viendo me ha dejado sin palabras - algo se había vuelto a activar dentro de mí, al verlo tan abstraído. Cerré los ojos, con la intención de encontrar un lugar en mi interior dónde guardar esa sensación, y que germinara... sí, por favor, que volviera a brotar.

- ¿Ana, qué?... oh, Eva, ¿qué haces aquí? ¿Habíamos quedado y se me pasó? ¿Qué hora es? – su cara... el miedo de nuevo... la preocupación por mí... no, eso no era lo que necesitaba, eso no era lo que quería que sintiera al verme.

- No, no habíamos quedado, es casi la una del mediodía, he venido a darte una sorpresa, y a decirte que... te quiero – sin la misma fascinación que me había removido algo dentro, cuando aún mantenía su propia expresión en la cara, y no la que le había provocado yo, con mi inesperada visita, intenté sonar lo más natural posible.

- Yo también te quiero, Eva, pero insisto, ¿qué pasa? ¿No deberías estar trabajando? ¿Ocurre algo?- y de nuevo su cara reflejaba pánico, se me encogió el alma al verlo tan asustado.

- Tengo que contarte algo – dirigí mi mirada al reloj de pared, que colgaba en un lateral de su despacho. Eran las 12:50.

«No, no, joder, ¡déjate de números, déjate de mierdas!!» me repetí.

- Vamos, Eva, dime qué es lo que pasa, que me estás poniendo nervioso – sus manos masajearon mis brazos, con demasiada intensidad.

«Voy, voy, no es fácil... ¿por qué tus tiempos y los míos no van a la misma velocidad?»

Inspiré hondo, retuve y solté el aire, y el miedo.

- Sabes que antes yo tenía que viajar por España, para preparar la apertura de las tiendas nuevas.
- Sí, lo sé, claro que lo sé – estaba empezando a impacientarse.
- Sabes que incluso fui a hacer alguna puesta a punto por Europa – y yo lo estaba llevando al límite, pero no encontraba las palabras para contarle lo de mi viaje.
- Todo eso lo sé, Eva, sé también que cuando te quedaste embara... - su mirada se desvió de la mía, y su voz se calló.
- Sé lo que vas a decir, que cuando me quedé embarazada renegocié mi contrato, y eliminé las salidas. Tú mismo redactaste ese acuerdo, que yo acepté, porque era conveniente en ese momento, pero ahora... ahora ya nada es como era – mis ojos suplicaban que me entendiera.
- Eso no tienes que jurármelo – bajó su mirada al suelo, y yo cerré mis ojos.
- Tengo que volver a salir, me lo han comunicado hace unas horas – respiré.
- Coincidirás conmigo en que éste no es el mejor de los momentos - se pasó la mano por la frente, para acabar frotando sus ojos, y apretando su nariz en lo más alto; después me miró, y perdí mi fortaleza, me debilitaba con su sola mirada, me empequeñecía su aplomo.
- Sebas, me tengo que ir quince días a Salvador de Bahía – sin apartarme de su mirada, se lo solté.
- No – y él tampoco desvió la trayectoria de sus ojos sobre los míos.
- Te entiendo, pero no es una proposición, es una orden – tragué, y aproveché la acción para volver a los números del reloj de su pared.
- ¡Que no! – tras decirlo, giró sobre sí mismo, y se separó de mí, posicionándose al otro lado de la mesa. Imponiendo distancia. Alejándose.
- Sebas... - y yo lo necesitaba a mí lado, siempre lo necesité a mi lado.
- Ni lo sueñes – su manera de hacer prevalecer su razón sobre la mía, sin darme derecho a réplica, estaba empezando a causar el efecto inverso a lo que él pretendía. Yo sabía que lo hacía para hacerme despertar, para provocarme, incluso, pero no alcanzaba ese fin en mí... me alejaba, me hería, y yo no tenía fuerzas para decírselo, porque no quería hablar, no de eso, todavía no... no. No era esa la manera de hacerme volver. No lo era.
- ¡No lo sueño, joder! Me fastidió tanto o más que a ti, pero era eso o la calle, ¿qué elegirías tú?
- O sea, que ya está decidido – con las manos abiertas sobre la mesa, y el peso de su cuerpo sobre ellas, me miró al hablarme.
- ¿Qué querías que hiciera? Te estoy diciendo que me ordenaron, no que me pidieron, que me fuera a Bahía.
- ¿Ahí no iba a ir otra compañera tuya? ¿Qué pasa, por qué no puede ir sola? – de repente me di cuenta de que le había hablado de eso, sin yo recordar el momento; él me escuchaba, me prestaba atención a las cosas que le contaba, él seguía estando ahí, seguía a mi lado, aun cuando yo lo apartaba con todas mis fuerzas, aun cuando yo no le correspondía, por encontrarme tan perdida.
- No puede ir sola porque está de baja; de hecho voy yo en su sitio – con mi tono, mucho más

suave, busqué su apoyo.

- Pues ya está, coge otra baja y listo. Ve al médico, y dile que te encuentras mal, seguro que no tiene problema en darte unos días de descanso – pero él seguía creyendo que su voluntad, su opinión, era la válida, era la mejor, en esos momentos en los que yo me limitaba a sobrevivir, dejando que todo el peso recayera sobre él.

- Mierda, Sebas, sabes que no puedo hacerlo, no me hagas esto – necesitaba un cabo, un salvavidas que viniera de su mano, lo necesitaba.

- No, Eva, no me lo hagas tú a mí – su voz se había suavizado, y parecía quebrada.

- Pero si yo no tengo la culpa, ¿qué querías que hiciera?, dime.

- Pues decirle que en la renegociación de tu contrato especificaste, claramente, que no viajarías más. O es que no te acuerdas que decidimos eso cuando estábamos esperando a... - y otra vez silenció su voz.

- ¡A nuestra hija, Sebas, sí, a nuestra hija!, pero ahora no está, no está, ni va a estar. ¡Y esto es una mierda!, no podemos seguir así, porque no vamos bien, no podemos seguir viviendo de puntillas. Igual es bueno para los dos... además, a mí siempre me ha encantado viajar en mi trabajo, si eso se cambió fue por la situación... y esa situación no va a volver a producirse. Sebas bajó la mirada, y dejó caer la cabeza, y así, sin mirarme, me habló:

- Eva, tú misma decías que estabas hartándote de tanto viaje, antes de que todo esto pasara – terminó la frase buscando mis ojos, acortando la distancia que nos mantenía, a cada uno, a un lado de la mesa.

Ya no podría retener el llanto por mucho tiempo más, así que decidí dar por terminada nuestra conversación con una última frase:

- Sebas, estaré fuera quince días, y me voy dentro de tres. Sólo tú puedes hacer que no los recuerde como un infierno – me alejé de él, porque no quería romper a llorar y, si posaba sus manos sobre mí, lo haría.

- Has elegido el momento – su herida volvía a sangrar.

Esas fueron las últimas palabras que le oí decir antes salir de su despacho.

EL VIAJE – LA DESPEDIDA

Fueron tres días horribles, pero yo estaba tan llena de trabajo, preparando mi viaje, que me iba muy temprano, y llegaba bien entrada la tarde.

No volvimos a tocar el tema, en realidad parecía que habíamos retrocedido a esos meses en los que el silencio reinaba en la casa.

Pero la última noche... el ambiente era diferente, ambos teníamos ganas de decirnos cosas, yo sabía que, por mucho que retrasáramos el momento, iba a ocurrir, iba a producirse la conversación; a pesar de cenar por separado, mientras uno se duchaba el otro ya picaba algo, a pesar de que hice, y deshice, la maleta unas cinco veces, para evitar encontrarme con él en el salón, a pesar de las conversaciones por teléfono, despidiéndome de familiares y amigos, que dilataban el momento de enfrentarnos, a pesar de todo, cuando nos acostamos, no pudimos evitarnos.

Él dio el primer paso:

- Nena... - escuchar ese *nena* me hizo contener la respiración. ¿Cuándo fue la última vez que había pronunciado ese *nena*, con esa voz ronca, esa voz que le nacía desde muy adentro, y salía rozando sus labios de un modo casi palpable? Habría bastado escuchar ese *nena* intenso, para que volviera en mí, para que su voz activara el descontrol que mi corazón sentía, cuando las palabras no salían desde su boca, cuando se dejaba llevar, cuando se veía superado por la situación, y se volvía frágil, humano, débil por mí, por lo que me quería, por lo que me necesitaba... Hacía meses que, ese *nena*, hubiera sido suficiente para sacarme de mi letargo, porque su voz, la voz que me hablaba sólo a mí, la que se guardaba para nuestros momentos, la de casa, su voz era el tono perfecto de la mejor canción; y cerré los ojos, mientras dejaba escapar un suspiro entre mis labios. Saqué fuerzas para no romper a llorar.

- No me lo pongas más difícil, por favor – le supliqué.

Se giró del todo al escucharme, me miró, y quise apartar mi mirada de la suya, pero no fui capaz, porque él siempre supo cómo mirarme, siempre supo agarrarme con la mirada. Y yo... yo ya sólo quería volver escuchar su voz llamándome, sólo quería volver a ese momento, y recuperar el tiempo que nos olvidamos de compartir.

- Vuelve a llamarme *nena* – le pedí, y en esa petición encontré un salvavidas, quería dejar de verme sobrepasada por la marea, y poder llegar a puerto, otra vez. Me acerqué a su cuerpo, e inspiré con fuerza su aroma, el olor de mi marido, mi casa, y lo abracé. Lo abracé porque siempre me había sentido segura entre sus brazos, lo abracé y besé su pecho, pegando mi cuerpo completamente al suyo, antes de volver a mirarlo a los ojos.

Apartó la mirada unos segundos que le delataron.

- Te quiero, Eva, lo sabes. Sabes que, aunque te vayas mañana, en contra de mi voluntad, no voy a

dejar de quererte, pero entiéndeme, ahora no es el mejor momento para nada, ni para que te marches, ni para que hagamos el amor. No así, no de esta manera, no después de tanto tiempo.

Mañana tengo un juicio complicado, y tú tienes que madrugar mucho; duérmete, a la vuelta lo retomamos, ¿vale?... *nena*.

Ese *nena* ya no sonó igual, ya no había salido de su corazón, ya hablaba su cabeza, ya volvía el Sebas racional, el abogado.

Asentí, sin fuerzas para articular palabra, me besó en la frente, y me di la vuelta. Sus brazos rodearon mi cuerpo... hacía tanto tiempo que no dormíamos en esa postura, quizás aún había esperanzas, quizás, ese nudo que se instaló en mi garganta, igual de apretado que sus brazos sobre mi cuerpo, no era malo... pero yo volví a llorar, en silencio, una noche más.

MIÉRCOLES DÍA 1 - 26 FEBRERO 2003

En el aeropuerto, miré en todas las direcciones, antes de pasar el control de seguridad, por si, finalmente, había podido venir a despedirse. Ya lo había hecho esa mañana, en casa, y me había advertido que le iba a ser imposible acercarse, por lo del juicio, pero yo... no sé, tenía la esperanza de verlo allí.

El vuelo fue duro. Continué mi tónica habitual de evadirme, fingir, y evitar pensar, pero son muchas horas y, a pesar de que apenas había dormido esa noche, tampoco pude hacerlo en el avión. Mi cabeza iba y venía, dando saltos en el tiempo, desde aquel primer aborto, hasta el presente. Ni películas, ni series, ni las continuas atenciones de las azafatas en primera clase, consiguieron que me distrajera, de mis sombras, ni un solo momento.

Pensaba en Sebas, en cómo íbamos a conseguir volver a ser felices, en si seríamos capaces, en si nuestro amor bastaría. Pensé en nuestra *princesa ángel*, en el dolor que presionaba mi pecho, y me impedía ser yo, ser mujer, ser normal. Pensaba en si algún día lograría recuperarme, sobreponerme a la idea de que nunca volvería a sentir un bebé en mi interior, pensaba en si sería capaz de ser la sombra de lo que un día fui porque, realmente, yo quería hacerlo, quería encontrar ese cabo al que aferrarme para poder salir a flote nuevamente.

Cuando comenzamos el descenso, para aterrizar, algo me hizo ahogar un quejido, una sensación paralizó mi mundo, e hizo que dejara de respirar, mientras un escalofrío recorría mi cuerpo. Tuve miedo, pero a la vez, sentí alivio.

Tenía quince días por delante para encontrarme, para recuperarme. Quince días para mí, lejos de todo, y me hice la promesa de volver cambiada.

...

Cuando recogí mis maletas, en la cinta, puse mi bolso de mano sobre ellas, y salí a la sala de llegadas, atestada de gente que espera a familiares, otros ya saludándose, gente abrazada, otra llorando, gente riendo... y después estaban los de los turoperadores, con esos carteles que indicaban: *pullmantur, travelplan, kiruna...*, pasados éstos, ya sólo quedaban los que venían a recoger a ejecutivos, o viajeros más sibaritas, que no hacen los viajes en grupos grandes.

Busqué mi nombre, entre los diferentes folios escritos que allí había: *Srta. Costa, Eva*.

- Hola, buenos días, soy Eva Costa – le dije al señor que sujetaba el papel con mi nombre, mientras le tendía la mano.

- *Benvida a Bahía, señorita Costa, espero que desfrute da súa estancia* – agarró el brazo, que había tendido hacia él, para acercarme a su cuerpo y saludarme, además, con besos.

Me gustó su voz, me hizo sonreír. Me gusta la entonación que le dan al portugués, los brasileiros. Sonríen cuando hablan, y así las palabras suenan diferente.

Hay frases que no puedo cambiar, porque son expresiones tuyas, o palabras que se entienden perfectamente pero, todo lo demás, no os lo contaré en brasileño, lo haré en español, para que me entendáis o, por lo menos, lo intentéis pero, sobre todo, lo haré por mí, porque me duele todavía demasiado, me trae recuerdos que remueven por dentro muchas emociones...

- Gracias, ¿su nombre es? – le pregunté.

- Edgar, voy a ser su chófer el tiempo que esté aquí.

- Perfecto, Edgar, pues vamos allá. Estoy deseando llegar a la tienda – le dije, mientras nos repartíamos las maletas, después de haberse ofrecido a ayudarme con ellas.

- Sin problema, señorita, aunque creo que será mejor llevarla antes al hotel, para que pueda instalarse, y cambiarse de ropa, si lo desea.

Me di un repaso, de arriba abajo, pero no aprecié nada inapropiado en mi vestimenta: pantalón ejecutivo con americana, una blusa blanca, y zapatos de tacón.

- Disculpe, Edgar, pero insisto en ir a la tienda antes de nada – comencé a caminar hacia la salida.

- Como quiera, señorita Costa – Edgar claudicó, y me siguió.

Cuando nos acercábamos a las puertas que dan al exterior, noté un cambio, bastante significativo, de temperatura, pero al abrirse, ante nosotros, la puerta de la calle, una bocanada de aire sofocante me abatió, dejándome sin respiración. El calor era insoportable. Entendí, entonces, la proposición de Edgar.

- ¿Sigue queriendo ir primero al local, señorita? – me preguntó, sonriendo.

- Sí, Edgar, me pasaré un momento, y después me lleva al hotel – mi terquedad era un rasgo de mi carácter.

Tardamos unos cuarenta y cinco minutos en llegar al edificio dónde se iba a abrir la tienda. Estaba en una de las principales calles de la ciudad, abarrotada de gente, y de boutiques de otras firmas.

La fachada de la obra estaba tapada con tabloncillos de madera y andamios, había un hueco por el que se accedía al interior, y por allí me metí, para quedarme petrificada, justo al cruzar la que sería la futura entrada.

«Dios mío, ¿qué coño es esto?»

- *Garota*, que aquí aún no puede comprar nada, esto aún no está abierto, aunque, si vuelve dentro de unas horas, puedo dejarme a buen precio, ¡incluso gratis!

Para la palabra *garota*, su equivalencia más próxima sería *chica*.

Creo que mi mirada le sirvió como respuesta, porque no dijo ni mu, y se dio la vuelta.

- ¡¡*Sorria, você está na Bahia!!* - bromeó otro de los obreros, observando mi reacción.

- Disculpen ¿dónde puedo encontrar al encargado de este... desastre? – froté mis brazos con las manos porque, increíblemente, a pesar de aquel calor, un escalofrío recorrió mi cuerpo... pensé que podía ser debido a la falta de sueño.

Un chico señaló hacia un lateral del local; allí, un poco inclinado, sobre unos planos, se

encontraba un hombre de espalda ancha. Pestañeé varias veces, y volví a recorrer su espalda, desde sus contundentes hombros, hasta su cintura, no me pude resistir a continuar con el escaneo, bajando a su trasero, y me subieron los calores, continué hacia sus piernas, musculadas, largas, definidas, terminaban en unos pies grandes, que calzaban unas sandalias, de las típicas, de meter la tira entre los dedos, vamos, muy apropiadas para una obra. Se movió y, con el movimiento, dobló un brazo, que hacía por dos de los míos, los músculos se le tensaron, cuando lo llevó a su espalda, y dibujaron el contorno de un perfecto bíceps, en su mano tenía un bolígrafo, con el que se rascó en la zona baja de la columna; ladeó un poco la cabeza, y me fijé entonces en su pelo, corto y revuelto, negro, como unos pensamientos que me asustaron en ese momento, pensamientos que sólo debían estar dirigidos a mi marido y que, en estos momentos de mi vida, ni a él se los dedicaba; por eso sacudí mi cabeza, para alejarlos, y puse mis cinco sentidos en lo que había ido a hacer. Me acerqué un poco más, y pensé en cómo sería su cara, volví a sacudir mi cabeza, pero nada, otra vez su físico se apoderaba de mis pensamientos; deseé que fuera feo, que su cara no acompañara a su cuerpo, ese cuerpo que me había desconcertado, necesitaba que su rostro descompensara la balanza, y se fuera esa sensación que me estaba turbando...

- ¿Es usted el encargado? - ni puñetero caso – Oiga, ¿que si es usted el encargado?

«*Pero qué le pasa a este, está sordo o qué*»

Me acerqué más, hasta poder tocarle en un hombro, lo hice con dos dedos.

Fue en ese momento cuando puse dueño a la corriente que mi cuerpo estaba sintiendo, a ese escalofrío que nada tenía que ver con mi falta de descanso. Retiré la mano con un gesto reflejo, y la agité, al mismo tiempo que él se giraba. Quise morir mientras lo veía llevarse las manos a las orejas, para retirar de ellas unos cascos que, de tan altos que estaban, podía escucharse, perfectamente, la canción que sonaba: *Feel*, de *Robbie Williams*. No era guapo... eso era quedarse corto, era lo siguiente, era... era impresionante, era una locura de facciones marcadas en la que una barba salpicada no empañaba para nada su perfección, todo lo contrario, la acentuaba, le imprimía más carácter. Piel bronceada, ojos rasgados color avellana, una boca carnosa, donde sus labios parecían perfilados, una nariz definida, que otorgaba más personalidad a su rostro. Intenté retirar mis ojos de su cara, para poder tomar aire, pues notaba que me estaba costando respirar, pero estaba hipnotizada; me distrajo un movimiento, que hizo con su mano, la seguí, iba directa a apagar, o bajar el volumen, del aparato de música que estaba aún sonando, a través de sus cascos, que ya colgaban sobre su pecho – *I just wanna feel real love, feel the home that I live in. Cause I got too much life, running through my veins, going to waste, and I need to feel real love, and a love ever after. I can not get enough* “Sólo quiero sentir amor verdadero, el hogar en el que vivo, porque tengo demasiada vida corriendo por mis venas para ir desaprovechándola, y necesito sentir amor verdadero, y el amor que perdure siempre, no tengo suficiente” - pensé que, siguiendo el recorrido de su mano, y apartando mi mirada de la suya,

podría tomar el aire que necesitaban mis pulmones: ERROR, porque, para coger el aparato de música, levantó, un poco, la camiseta, dejando al descubierto su vientre.

«¡¡Dios mío!! Esos abdominales no pueden ser reales»

¡No podía estar tan jodidamente bueno!

Ya que su cara no me había hecho el favor de desentonar, con su pecaminoso cuerpo, deseé que lo que le fallara fuera su personalidad, eso iba a ser más fácil, no podía ser perfecto... ¿o sí?

- *Deu-me corrente, garota* – al hablar, dejó caer su cabeza hacia un lado, y acompañó sus palabras con una sonrisa ladeada, que me dejó sin fuerzas. No tardaría mucho en aprender que *esa manera de mirar*, y de sonreír, era *su manera* de hacerlo.

«Su Voz...»«Su sonrisa...»

Su sonrisa no era de este mundo. ¿Qué diablos era aquello que estaba sintiendo mi cuerpo? ¿Cómo podía ser aún más irresistible cuando sonreía? No estaba segura de tener la boca cerrada, así que tragué, con mucha dificultad, para asegurarme de que no estaba quedando como una idiota de remate, ante ese adonis de pelo, color, cara, brazos, abdominales, ¡¡por Dios, esos abdominales!!, culo, piernas, manos, y pies tan, tan, tan, tan terriblemente perfectos y sexis. Ese aspecto, tan desaliñado, nunca había sido, para mí, tan sensual y apetecible.

«¿Pero qué está pasando aquí, de dónde ha salido este hombre? Y mi corazón, ¿por qué parece que va a salirse del pecho? Relájate amigo, que es sólo un hombre, que está buenísimo, sí; que es guapísimo, sí; que tú sólo tienes que hablar con él, sí; así que relájate, relájate y haz que pare de sonreír como sea»

- Disculpe, no sé su nombre – carraspeé, para aclarar mi voz al hablar.

- Soy tu Ángel, de la guarda – en brasileño o en castellano, el peligro no era el idioma, el peligro era él.

- En ese caso, yo soy su peor pesadilla.

«¿Por qué reacciono así?... Su voz. Es su voz. ¿Qué me está pasando? es tan atractivo, e irresistible, que necesito poner más distancia entre los dos. No puedo estar cerca de él, no puedo estar sintiendo esto, no puede ser, no con él, no con nadie que no sea Sebas. ¡¡¡Vamos, Eva, reacciona!!!»

- ¿Eres Matilde, verdad? La española – preguntó, arrugando el hueco entre sus cejas, sin dejar de sonreír.

- Vengo en su sitio. Mi nombre es Eva, Eva Costa – y no sé por qué, pero no fui capaz de ofrecerle mi mano en el saludo.

- El nombre de la primera mujer – lo dijo como si estuviera hablando consigo mismo.

- No, Eva, el nombre de la segunda opción – aparté mis ojos de su cara y, nerviosa, disimulé mirando el espacio que nos rodeaba.

- Disculpa el desorden E V A... - su voz parecía la melodía que sale de la flauta de un encantador

de serpientes. Volví a él, al escuchar mi nombre de su boca.

Me miraba de arriba abajo, mientras hablaba, pero yo ya no le prestaba atención a sus palabras, me había perdido en el eco que resonaba en mi cabeza, después de oírle decir E v a... E v a... Tenía tanto calor, que me costaba respirar... lo corté, en cuanto me dio miedo lo lejos que voló mi imaginación.

- No creo que: *ángel de la guarda*, sea su verdadero nombre y, si así fuera, tendrá un apellido que preferiría utilizar – quería aparentar indiferencia, pero él me miraba, tan pagado de sí, que en lugar de molestarme, me hacía temblar.

Sonrió, expulsando el aire, sin abrir apenas la boca, ladeó la cabeza y me guiño un ojo, al tiempo que decía:

- Ángel García - y él sí me tendió su mano.

- Señor García, me temo que hemos empezado con mal pie, y no sé si nuestra relación será del todo cordial, en vista del escaso, o nulo, diría yo, trabajo que llevan realizado – lo de fingir indiferencia, con él, me estaba costando en exceso.

Le di la mano, por educación y, en cuanto se juntaron, ambos contuvimos la respiración, nos miramos fijamente, y yo retiré, inmediatamente, la mía, que cubrí con la otra, para aliviar la tensión, al igual que había hecho cuando toqué su hombro. Noté como, además del calor del ambiente, un sofocón mucho más intenso, me recorría por dentro. Me dolió sentir cómo, partes de mí, que tenía olvidadas, recobraban vida y palpitaban... Tenía latidos del corazón repartidos por todo el cuerpo, desde la sien hasta la punta de los dedos, y no me los estaba provocando quien debía hacerlo. Me odié por sentir eso por alguien a quien no conocía, me odié por dejarme impresionar por un físico, y que mi cuerpo reaccionara de ese modo, justo en este momento, y no lo hubiera hecho en el último año, con la persona que mi corazón quería. Yo no era así, yo no me dejaba impresionar por el exterior, yo siempre buscaba más.

- Pues yo me temo que vamos a chocar en más de una ocasión, pero creo ambos que saldremos satisfechos tras el encuentro – terminó la frase mordiéndose el labio inferior.

Ya me habían dicho que era español, pero la verdad es que pasaría, perfectamente, por un nativo, porque era mucho más moreno que algunos de los obreros que acababa de ver; además, cumplía con la idea que yo tenía en la cabeza de un brasileño: moreno, alto, fuerte... aunque ni en mis mejores sueños hubiera imaginado uno como él, o quizás debería decir: ni en mis peores pesadillas...

- Debo ir al hotel, en un par de horas regresaré, espero que tenga un *planning* que enseñarme, y me hable de plazos, con seriedad, porque en quince días regreso a España y, esta tienda, tiene que quedar completamente terminada antes de mi vuelta. Ahora, si me disculpa, señor García – me giré, con la intención de alejarme de allí, de él.

- Ángel.

- ¿Cómo dice? – me volví, para verlo de frente, al escuchar su voz.
- Que prefiero que me llames: Ángel – su mentón bajo, su sonrisa torcida, y sus ojos entornados, enfocándome desde abajo, provocándome con la mirada...
- Si yo le dijera lo que prefiero... pero tiene que conformarse con lo que hay, la vida es así de injusta, señor García – hablé con ironía, enfatizando su apellido. Volví a girarme hacia la puerta, por dónde había entrado.
- Dímelo – me hablaba como si me estuviera susurrando al oído.
- ¿Que le diga el qué? – yo levantaba el tono de mi voz porque, en el suyo, me perdía, y tenía algo que no me dejaba alejarme de él...
- Dime qué es lo que prefieres – pero, Ángel, no solo mantenía su melodiosa tortura, sino que también continuaba sonriendo.
- De entrada, que no me tutee. Nos vemos en dos horas – en el puño de nervios que se clavaba en mi estómago, encontré la fuerza para salir de allí, después de esa frase de Don Juan de barra de alterne.

«Demasiado descarado, ¿qué pretendes, sonriéndome así? No vas a engañarme como a una cualquiera, con esa mirada de seductor, y esa inclinación de cabeza, con esa sonrisa de pícaro, y esa mueca tan, tan estudiada. Has metido la pata, Ángel García, yo no soy de la clase de chicas que acostumbras a llevarte a la cama»

Salí de allí sintiendo un peso sobre mi espalda, respirando a trompicones, y temblando.

- Edgar, lléveme al hotel, por favor.
- En seguida, señorita.

«¿Qué ha ocurrido ahí adentro? No puede ser que tenga que soportar esta tensión quince días. ¿Dónde ha quedado la Eva de Madrid?»

...

Una vez en la habitación del hotel, me tiré sobre la enorme cama, con mi móvil en la mano, para enviar los SMS de rigor. La diferencia horaria, entre España y Salvador de Bahía, es de cinco horas; los cogería a todos recién comidos.

El primero, por supuesto, para él:

- Ya estoy en Bahía. El vuelo, ok – *«mentir, mentir, mentir»* - y el hotel, muy bonito. La obra... lo peor, y el calor que hace no ayuda.

Te echo de menos.

Pulsé enviar.

Siguiente mensaje, al grupo VICIOS@S, que teníamos Dani, Vero y yo:

- Chicos, ya estoy en Bahía. Tengo la, ligera, impresión de que no tendré mucho tiempo ocioso... la obra es un desastre... no creo que esté lista en plazo.

¡Os quiero! Me encantaría que estuvierais aquí, conmigo.

El último, a mis padres:

- He llegado bien. Hace mucho calor, pero me he traído ropa ligera, mamá, tranquila. Os voy contando novedades.

Besos, os quiero.

Tras la ducha, y el cambio de ropa, me sorprendí a mí misma con una sensación de burbujeo en la tripa, la achaqué al hambre, pero eso era autoengañarme; sabía que se me avecinaba un problema, pero quise usar la técnica de los meses anteriores, negar la evidencia y fingir, fingir, fingir...

- Edgar, déjeme un número de teléfono dónde pueda localizarlo, así no tiene por qué quedarse en la obra hasta que yo salga.

- No me importa quedarme, señorita, es mi trabajo; la espero sin problema.

- Insisto, Edgar, no quiero que se quede, saldré tarde. Lo llamo antes, para que le dé tiempo a recogerme.

- De acuerdo, señorita, como prefiera. Que tenga buena tarde – me dijo, mientras me tendía una tarjeta, con su número.

- Igualmente, aunque no creo que sea una de mis mejores tardes.

Cuando llegué a la futura tienda, me metí entre las tablas de la fachada, para entrar al mismo infierno, que había mudado, un poco, su apariencia, un cambio sutil, pero perceptible.

Recorrí el local con la mirada, buscándolo, primero mirando hacia su rincón, pero no lo vi, después hice un recorrido general, pero nada, ni rastro de él.

Respiré aliviada, cuando me dijeron que, Ángel, no estaba, que podía hablar con Roberto, que era su mano derecha.

El tal Roberto, cogió unos papeles y se acercó a mí.

- Buenas tardes, Eva Costa, ¿verdad?

- Sí, efectivamente, y usted es ¿Roberto...?

- Roberto a secas, prefiero que me llame por mi nombre de pila – Roberto era un hombre maduro, rondaría los cincuenta. Su rostro reflejaba que su vida no había sido fácil, pero su sonrisa contrarrestaba la dureza de su expresión cansada.

Nos dimos la mano, y con él todo era fácil. Con Roberto, podía respirar con normalidad, llamarlo, y escuchar mi nombre en su boca, sin que ello supusiera, para mi organismo, un esfuerzo sobrehumano, vamos, lo más normal del mundo.

- Está bien, Roberto, ¿podemos empezar a hablar de trabajo?

- Claro, vamos hacia la esquina, allí tiene Ángel sus cosas.

Empezamos a caminar, y volví a sentir lo mismo que hacía unas horas: me puse nerviosa, mis piernas flaquearon, mi respiración se aceleró... entonces supe, que él había llegado. Instintivamente, me giré y lo vi, parado, en la entrada del local, con un casco, de moto, en la mano,

y con otra ropa, ya no llevaba los pantalones de antes, ahora tenía unos vaqueros rotos, y una camiseta gris, que se ceñía a su pecho de un modo... delictivo, lo llamaría yo. Era musculoso, sus pectorales se marcaban, e incitaban a recorrerlos, sus bíceps prometían protección, sus... pero ¿qué me estaba pasando? ¿Por qué sentía esa atracción, tan brutal, por un completo extraño?

- ...bien, pues si acaso, ya lo vemos mañana – escuché decir a Roberto.

- ¿Perdón? Lo siento, ¿qué me estaba diciendo? – le pregunté, volviendo mi mirada hacia él, y devolviéndole la atención, que le había dejado de prestar.

- Que nos vamos, Eva, que mañana lo vemos – volvió a repetirme, mientras se alejaba de mi lado.

- ¿Cómo que os vais?, pero ¿qué hora es? – le pregunté, desconcertada.

- Las tres de la tarde – me habló, mientras recogía sus cosas.

- ¿Y qué? ¿Ya os vais? – ¡no lo podía creer! Tenían la obra retrasadísima, ¿y se marchaban tan tranquilos?

- Pues sí – me respondió, con total naturalidad.

- Pero, ¿qué horario tenéis? ¡¡No me extraña que esto esté así!! ¡¡No podéis marcharos, lo siento, os tenéis que quedar, y continuar trabajando!! – no daba crédito a su parsimonia.

- Me encantaría poder ayudar, pero me temo que, nosotros tres, no podríamos hacer mucho.

- ¿Cómo que nosotros tres? ¿Dónde está el personal? – me giré, y recorrí, con mi mirada, el local.

- Como te acabo de decir, acabamos a las tres. Bueno, me voy, que me están esperando. ¿Te vienes, Ángel?

- *Em um momento, Roberto, não me espere* – Ángel apartó su mirada de mí, para responderle, y yo me sentí ligera, cuando dejé de notar el peso de sus ojos.

Su voz en brasileño era aún más sensual que en castellano, no podía ser real pero, lo que no podía ser real, es que me quedara a solas con él.

«No, no, no, no, por favor, no me hagas esto, solos los dos no, de ninguna manera»

- Hola, Eva, me temo que tendrás que conformarte conmigo – se aproximaba, lentamente, como sondeando el terreno, mientras se rascaba la barba, con su mano izquierda.

- Señor García, puede irse usted también. Aquí no vamos a poder hacer nada, los dos solos – yo estaba tan nerviosa, que me moví hacia atrás, hasta alcanzar un punto de apoyo, en el que poder sostener mi cuerpo.

- Yo que creo que es cuando más podemos hacer... - su sonrisa, su tono de voz, sus palabras, el balanceo de su cuerpo al caminar, su manera de mirar... ¡era imposible resistirse!

«Vamos, Eva, respira, relájate, disimula esta hiperventilación, y camina hacia la salida, que no note esta debilidad que te provoca su presencia. Coge el teléfono, y llama a Edgar, para que venga a recogerte»

- Disculpe, señor García, tengo que hacer una llamada personal. Insisto, puede marcharse ya – intenté disimular el temblor de mi voz.

- Creo que no es buena idea que te deje aquí sola – ladeo su cabeza, y mantuvo la sonrisa.
- Edgar, por favor, venga a recogerme... Sí, parece que se acabó la jornada por hoy... ¿En dónde? Lo siento, no conozco ese sitio, ¿está cerca?... ¡¡¿CUÁNTO?!! Pero ¿a dónde se ha ido usted?... No, deje, ya me arreglaré, llamaré a un taxi... Sí, mañana a la hora acordada, no hay cambios... No, tranquilo, no se preocupe, hasta mañana.

- No te molestes en llamar a un taxi, yo te acerco en mi moto – me dijo Ángel, en cuanto colgué el teléfono.

- No, muchas gracias, creo que sería una buena idea.

«¿Estás loco?»

- A esta hora la carretera está imposible, te llevará más del doble de tiempo llegar al hotel – fue lo único que me dijo sin sonreír.

- Gracias, pero me veo obligada a rechazar su oferta.

Su boca volvió a curvarse, y me miró de un modo que, ahora sé, es su seña de identidad. Esa manera de mirar, no causaría el mismo efecto si lo hace otra persona, pero él... él conoce su poder de seducción, es muy consciente de su magnetismo, y utiliza sus armas como nadie, pero yo... yo ya hace tiempo que dejé de creer en la magia, en las casualidades, en lo bonito de la vida, así que me aferré a mi dolor, para sacar su mirada de mis entrañas, y dejar que volvieran a lucir negras, alejar su luz de mí, pero entonces lo vi estirar su mano, en mi dirección, y me bloqueé.

- ¿Me dejas tu teléfono? – la combinación de sus ojos, y su sonrisa, eran una trampa.

Dudé, pero se lo entregué. Cuando lo apoyé en su palma, volví a sentir ese calambre, esa conexión, que surgía entre nosotros.

- Guuuuuuuu – dijo, alargando las vocales, mientras posaba sus ojos sobre los míos - ¿tú también lo has sentido?

- ¿El qué? - mi voz tembló.

- Sí que lo hiciste, mentirosa. Se te nota demasiado cuando mientes, ¿nunca te lo han dicho? – él sonreía, y el tiempo se ralentizaba.

Obvié su comentario. Algo ardía dentro de mí, y necesitaba apagarlo.

- ¿Para qué quiere el teléfono? - pero no pudo contestarme, porque ya había iniciado una conversación a través de mi móvil.

- *Mande-me um tàxi ao 2992 da Avenida Centenario, obrigado.*

Ese acento, ese color de voz, tan sensual, tan profundo, tan masculino... Él no era un ángel, no; él era el mismo diablo, que había venido para tentarme.

- Gracias – la decepción habló por mí, aunque no sonó convincente.

En ese momento, un ruido me sacó de mi ensoñación, su móvil empezó a vibrar en el bolsillo de su pantalón, sonrió, creí morir de nuevo, cuando metió la mano para cogerlo y, con el peso de esta, tiró del pantalón un poco hacia abajo, lo suficiente para ver más de lo que estaba preparada,

observé que no iba depilado, y que... ¿no llevaba ropa interior?!, de lo contrario, se la tendría que haber visto, ¿no?

Observando la pantalla, cortó la llamada, y volvió a guardar su móvil, con una sonrisa que cubría su perfecta, y angulosa, cara.

- De nada, Eva. Hubiera preferido llevarte en mi moto – me dijo, como si, durante esos segundos en los que estuvo entretenido con su teléfono, yo no hubiera compartido espacio con él.

No le contesté, simplemente bajé la mirada, expulsé el aire que guardaba en mis pulmones, y comencé a caminar hacia la puerta.

- *Garota*, ¿no te olvidas de algo? – cerré los ojos, cuando lo escuché llamarme así.

Me giré, y vi su mano levantada, mostrando mi teléfono. Me había olvidado por completo de él.

Caminó hasta ponerse a mi lado, y detuvo el gesto de entregármelo. Me miró, insinuante, y sonrió... mi cuerpo se quedó sin fuerza, resistía sólo con los bombeos de mi corazón.

- Te lo devuelvo a cambio de algo – para él era sólo un juego. Su juego.

- ¡No!, me lo devuelve y punto – y yo había empezado a jugar, sin apenas darme cuenta.

Otra vez su sonrisa.

- Vaya con la española, ¡¡menudo hueso!! – su expresión me indicaba que se estaba divirtiendo.

Estiré la mano, esperando que posara en ella mi móvil.

- ¿Ni siquiera vas a escuchar lo que quiero pedirte? – sujetando una carcajada, tosió con disimulo.

- No me interesa – me cabreaba no ser capaz de zanjar el tonto.

Y volvió a sonreír, y volvió a bajar la cabeza, y a levantar sólo sus ojos, para mirar a su manera.

- Me gustaría. Te pido. Te imploro, que me tutees, por favor – en ese momento supe que era más llevadera su sonrisa, que la seriedad con la que me pidió que lo llamara por su nombre.

No sé por qué, pero haber cedido en esa simple cosa, creo que abrió la caja de pandora. Quizás era una minucia, para los ojos de cualquiera, quizás era una excusa estúpida, que yo me inventé, pero haber accedido a llamarlo Ángel, dejar los formalismos a un lado, contestar con un *«está bien, si eso es lo que quieres, lo haré»*, a lo primero que me había pedido, significó, para mí, mucho más que para él, de eso estoy segura.

- Gracias, Eva - pronunció mi nombre más suave que su tono de voz, como en un susurro, y ese Eva me sonó a lujuria y perdición, mi nombre me sonó a pecado.

Había bajado la guardia, cuando sentí que todo en mí se detenía: mis pulmones, mi corazón... sentí rigidez en todas mis articulaciones, salvo en una... la muñeca de la mano que Ángel me había cogido, para posar, sobre mi palma, el teléfono. Dejé que los escalofríos recorrieran mi cuerpo, y me empapé de su mirada; me dejé calentar por ella, porque sus ojos eran fuego, sus ojos me quemaban.

- *¿É aqui onde têm pedido um taxi?* – una voz, desde la puerta, rompió la intensidad de ese momento.

- Sí, es aquí, ahora voy – respiré aliviada.

Caminé hacia la puerta, sin despedirme siquiera. Hui de él, y me metí en un taxi que se convirtió en una tortura, y no sólo porque el trayecto hasta el hotel fue un horror, pues tardé como dos horas en llegar, la mayor tortura era tener que contener mis ganas de soltar todo lo que llevaba dentro, y aguantarlas hasta llegar a mi habitación. Aparté su imagen de mi cabeza, decenas de veces, no quería pensar en él, no podía, y no quería. ¿Qué había cambiado en menos de un día? Estaba sintiendo una atracción animal, irracional, e incontrolable, y me asustaba y odiaba por ello, por dejar de sentir dolor, por dejar que otro hombre, que no era mi marido, ocupara mi cabeza. Debía verlo durante... al menos, catorce días, y no sabía cómo iba a poder lidiar contra algo que me superaba los sentidos. Intentaba buscarle una explicación; me decía que todo era debido al momento personal que estaba viviendo, pero no podía engañarme a mí misma, si hubiera visto a Ángel, en cualquier otro momento de mi vida, hubiera pensado lo mismo, era un hombre irresistible; aunque quizás, lo que hubiera cambiado, habría sido lo que me hacía sentir su presencia... quizás.

Cuando por fin llegué a mi habitación, me dejé caer sobre la cama, cerrando los ojos. Me sentí tan perdida, que me dio miedo, y comencé a llorar. Llorar era lo que más me acercaba a lo que yo era últimamente, porque, durante unas horas, había dejado atrás a la Eva que me estaba acompañando desde hacía tanto tiempo, y me dio miedo lo fácil que me había resultado no sentir su presencia.

Sin importarme la hora que podía ser en España, cogí el teléfono, y lo llamé.

- Hola, Eva, ¿ocurre algo? – la precipitación de su voz no me sorprendió. Últimamente no esperaba nada bueno de mí.

- No, Sebas, todo está bien. Simplemente... necesitaba oír tu voz – cerré los ojos, para escucharlo.

- ¿Estás segura de que todo va bien?

- Si, tranquilo. Es sólo que... te extraño – *quería contarte que he conocido a Ángel, y he recuperado un poco la intensidad de los latidos de mi corazón, y he perdido un poco la cordura pero, tranquilo, sabré lidiar con eso.* Obviamente, el «te extraño» había sido mucho más acertado, que lo que me rondaba por la cabeza.

- Y yo a ti... Oye, ¿te importa si hablamos más tarde? Ahora estoy reunido, y no puedo... ¿estás bien de verdad?

Necesité una inspiración profunda, antes de responder.

- ¿Reunido? ¿Tan tarde? – miré la hora en mi reloj, y sumé la diferencia.

- Sí... te cuento en otro momento, ahora no puedo, de verdad.

- No te preocupes. Cuando puedas, hablamos. Te quiero.

- Yo también.

Con el teléfono sobre mi pecho, me quedé mirando hacia el techo de la habitación, no sé por

cuánto tiempo, hasta que el ruido de un SMS me sobresaltó.

557147772984:

- ¿Has llegado bien?

«¿Y, este número? ¿De quién es?»

Cerré los ojos, y me dejé querer por el cansancio.

JUEVES DÍA 2 - 27 FEBRERO 2003

Me desperté alterada, y me incorporé de repente. Tomé conciencia de dónde estaba, y me calmé poco a poco. Froté mis ojos, y tanteé sobre las sábanas, hasta dar con mi móvil. Pulsé la pantalla, para consultar la hora, eran las seis de la mañana. Había dormido más de doce horas seguidas. Intenté recordar la última vez que había dormido una noche entera, pero no fui capaz de viajar tanto en el tiempo.

Tenía llamadas, y mensajes, que no había escuchado.

Mi marido me había llamado tres veces, y los mensajes eran de él, de Dani, de Vero, y de ese número... **557147772984**, otra vez...

Era consciente de que no era hora de llamar a Sebas, estaría en el trabajo, y debía ser algo importante, para haberse quedado hasta tan tarde, el día anterior, así que leí los mensajes.

SEBAS:

- Cariño, lo siento, a los diez minutos de recibir tu llamada me estaba disculpando con los clientes, y salí para hablar contigo, pero no contestaste. Este caso me está robando mucho tiempo, salí del despacho cerca de la media noche. Tampoco has respondido las otras dos veces que lo he intentado. Por favor, perdóname, perdóname y dime que estás bien, que todo va bien, que no he sido un gilipollas, y no supe ver que, si me habías llamado, era porque me necesitabas. Lo siento, perdóname. Te quiero, te adoro, eres mi vida, nena.

¡Y venga!, para no perder la costumbre, nos levantamos llorando, que así mantengo muy viva mi mierda de vida.

DANI:

- Pequeña, ¿qué tal por ahí? ¿Cómo va la obra? Trabaja, pero disfruta también, y vuelve siendo tú, la de siempre; deja a esa amargada en esa tierra, antes de subirte al avión de vuelta. ¡Te quiero, peque!

VERO:

- Eres una perrilla, una viciosa perrilla, que se va a Brasil quince días, justo, justo, justo, mira qué casualidad, que justo, justo en carnavales ¡¡¡Serás cerda!!! ¡¡¡Qué suerte tienes, jodida!!!

Pásalo bien, y no hagas nada que yo no haría, baby.

Voy a dejarme las yemas de los dedos cosiendo el disfraz de tu ahijado.

557147772984:

- Que pases una buena noche, nos vemos mañana. Lo estoy deseando.

Otra vez ese número...

Respiré, mientras me incorporaba para dirigirme al cuarto de baño.

Como me había despertado muy temprano, me tomé mi tiempo en la ducha, me puse mis cremas, me sequé el pelo, me maquillé, elegí un conjunto fresco, y bajé a desayunar. Tenía tanta hambre,

que me comería un plato combinado.

En el comedor había unas veinte personas, de ellas, tres eran parejas, y el resto eran hombres solos; había un grupo de cuatro jóvenes, imagino que estarían allí por turismo, y por el carnaval, que ya tenía las calles tomadas con su colorido, como pude comprobar en mi lento recorrido del día anterior en taxi; los otros parecían ejecutivos, así que yo era la única mujer sola, en aquel comedor.

Me dirigí hacia una mesa para dos, que vi hacia el fondo de la sala. Sentí las miradas de los hombres del habitáculo, entendía que era una mujer que siempre había llamado la atención, pues tengo un cuerpo bien proporcionado, y soy bastante alta, tengo el pelo largo, color miel «*como sus ojos*», automáticamente, lo aparté de mi cabeza; mis facciones son dulces, mi nariz es pequeña, mis ojos grandes, mi boca... antes sonreía mucho, ahora... ahora se mantiene en una línea recta, evitando que las comisuras apunten hacia abajo, mi pecho es generoso, en conjunto, soy consciente de que despierto la curiosidad; además, nuestra economía, me permitía tener un amplio vestuario, que renovaba cada temporada, con las tendencias del momento que más me favorecían, cuidaba mucho mi aspecto, y salía a correr casi a diario. Eso me recordó que debía buscar una zona dónde poder hacerlo durante el tiempo que estuviera en Bahía.

Una vez me hube sentado, con mi café con leche, que era imprescindible en mis desayunos, y mi cruasán, se acercó uno de los chicos, de la mesa de los cuatro amigos.

- Perdona que la moleste, mi nombre es Jose; mis amigos y yo, nos preguntábamos - hablaba muy despacio, vocalizando exageradamente, mientras señalaba hacia la mesa dónde estaban los otros tres chicos; miré en esa dirección, me encontré a los tres sonriendo, y saludándome con la mano - nos estábamos preguntando si le apetecería desayunar con nosotros, en vez de hacerlo sola.

- Te pediría que no me trataras de usted, porque me haces parecer tu madre, y no tengo edad para serlo. Mi nombre es Eva, y te entiendo perfectamente, soy española, como tú – le dije, guiñándole un ojo.

- ¡Eres española! Encantado Eva, nos encantaría que te unieras a nuestra mesa – contestó, aliviado.

«¿Por qué no?»

- Me animo, venga.

Cuando me levanté, Jose me ayudó a llevar, hasta su mesa, mi desayuno, yo cogí mi móvil, y lo seguí.

- ¿De qué parte de España? – se interesó.

- Madrid.

- Nosotros somos asturianos.

Sus amigos eran majísimos. Efectivamente, estaban en Bahía por turismo pero, sobre todo, habían venido por el carnaval, ya que les habían dicho, cuando estuvieron en el de Rio De Janeiro, que el

de Salvador de Bahía era todavía mejor. Habíamos volado juntos, pero no había reparado en ellos; la primera clase te separa del resto de la tripulación. Se quedaban una semana, y habían dedicado el primer día a coger color en la playa, para no desentonar mucho con los nativos, y poder hacer un poco de competencia, sana, ante las mujeres bahianas, decían ellos.

Me reí como hacía tiempo no recordaba, con sus ocurrencias, e historias de veinteañeros. Dos de ellos tenían veinticuatro: Ricardo y Quique, Jose tenía veintiséis, y el otro, que se llamaba Gonzalo, veintisiete. Estaban chalados, y eran súper divertidos, tanto, que se me pasó por alto la hora y, cuando subí a cepillarme los dientes, ya debía estar camino del centro.

Antes de entrar en el coche de Edgar, Jose me pidió mi número de teléfono, por si me apetecía quedar con ellos, durante los días que coincidíamos en Salvador de Bahía.

Nos intercambiamos los teléfonos, y me despedí con un “*sed buenos*”

- Siempre, Eva, todo lo buenos que nos dejen – me contestó Jose, con una amplia sonrisa cubriendo su cara.

Al entrar en el coche, silbó mi móvil, tenía un mensaje nuevo.

LO Q PASE N BAHÍA...

Habían creado un grupo para mensajearnos entre los cinco.

- ¡¡¡Eva, vamos a cuidar de ti!!! Que tengas un buen día.

No contesté, porque no quería dar pie a una batería de SMS posteriores, que me colapsaran el teléfono, pero no me disgustó el gesto; quizás podría echar mano de ellos para salir a distraerme, aún me quedaban catorce días allí.

En menos de lo que esperaba, ya estaba en la obra, a pesar del retraso en el desayuno había llegado a la hora prevista, el poco tráfico lo había permitido.

- Buenos días – saludé al entrar.

- Bon día - respondieron los obreros, que estaban trabajando justo en la entrada.

- No pise ahí, aún está fresco, venga por este lado – me dijo uno de ellos.

Estaba alucinando, aquello había dado un giro de ciento ochenta grados, todo el mundo estaba haciendo algo, y se veían avances increíbles.

Vi pasar a Roberto, y lo llamé.

- Hola, Eva, *tudo bom?* – me preguntó, con una sonrisa en su cara.

- Sí, Roberto, todo bien; acaban de dejarme sin palabras, me alegro de que hayan decidido ponerse las pilas.

- No nos queda otro remedio, Ángel nos tiene amenazados – me dijo, enseñando los dientes.

Aproveché que lo mentó, para preguntar por él.

-¿Dónde puedo encontrar al señor García? – un nudo de nervios se había instalado en mi estómago, mientras esperaba su respuesta.

- Volverá más tarde, imagino; vino temprano, esta mañana, para dejar todo el trabajo organizado –

me dijo, como si fuera lo más normal del mundo.

- ¿Acaso no tenéis todos el mismo horario? – en mi pregunta se reflejaba la decepción que sentía por su ausencia.

Noté como no le había gustado el sarcasmo de mis palabras, y defendió a su amigo.

- ¿Qué es lo que necesitas de él, que no pueda darte yo? – sin bromear, esperaba una respuesta.

- No es lo que yo necesite, es el ejemplo que da. Un encargado debe ser el primero en llegar, y el último en marchar – y si de trabajo se trataba, yo tampoco bromeaba.

- Eva, ¿te das cuenta de las fechas en las que estamos, verdad? Pues da gracias a Dios de que esta gente esté aquí trabajando. Si necesitas algo, que esté en mis manos, andaré por aquí - se giró, y continuó a lo suyo.

Yo me quedé completamente descolocada, porque no entendía por qué me molestaba tanto saber que, quizás, no lo vería en todo el día. Estaba enfadada con él, y conmigo misma, por sentirme así. Entonces, una certeza abrió una ventana, por la que entró la luz: los mensajes, que había recibido, de un número, que yo desconocía, eran suyos y, otra vez, sentí un cúmulo de burbujas, retorciéndose en mi barriga, sus escalofríos, y la consecuente rabia, por tener esa sensación sólo con pensarlo.

Para asegurarme, consulté el registro de llamadas salientes del día anterior. Enviadas había cuatro, la primera a Edgar, la segunda a un número desconocido, «*el taxi*», pensé; la tercera a otro número desconocido, «*el suyo*»... a él, cuando se llamó desde mi móvil, antes de devolvérmelo, esa llamada que cortó sonriendo, y la cuarta a mi marido, cuando no pudo atenderme, porque estaba reunido.

EVA:

- *Señor García, espero que tenga una buena excusa para faltar a trabajar.*

557147772984:

- Buenos días, Eva, yo también te echo de menos. Podemos solucionar nuestra decepción, si te animas a venir hasta mi casa.

Obvié su proposición y, poniendo los ojos en blanco, busqué a Roberto. No sin antes imaginar cómo estaría sonriendo.

- Disculpe, Roberto, ¿puede indicarme dónde está guardado el mobiliario que ya han traído?, necesito echar un vistazo, para ver que todo esté ok.

- Candela te acompañará - se giró, para buscar a Candela y, en cuanto la localizó, la llamó - Lleva a Eva a la parte de atrás, quiere ver unas cosas en el almacén – le pidió a la chica.

- *Vou* – respondió ella, frotándose las manos contra el pantalón, para limpiarlas.

Candela era una chica preciosa, que trabajaba como un hombre más, en medio de ellos. Yo no había reparado en ella, hasta ese momento, no me imaginaba que allí hubiera una mujer trabajando, pero la verdad es que no pasaba desapercibida. La única explicación, que podía darle

a no haberme fijado en ella, era porque Ángel lo había eclipsado todo, y a todos.

Candela tenía el pelo castaño, con mechas rubias, que contrastaba con el moreno de su piel; era una mulata guapísima de ojos claros que hipnotizaban. Por un momento imaginé lo duro que debió haber sido, para ella, hacerse respetar entre todos aquellos hombres, porque además parecía muy joven.

- Hola, Candela, soy Eva, encantada de conocerte – le tendí mi mano, y me la estrechó.

- Hola, Eva, me alegra que haya venido, esto era un descontrol hasta hace dos días. No me gusta venir a trabajar para estar parada, desde que llegó ayer, ya ha cambiado la cosa – su voz era melosa, y su belleza racial.

- Eres de las mías, me alegra saberlo. Tutéame, por favor.

Asintió, y empezó a caminar hacia el fondo del local, mientras seguíamos hablando.

- No sé qué es lo que le has dicho a Ángel pero, ayer por la noche, no tenía otra cosa en la boca, sólo hacía repetir que teníamos que tener todo listo en menos de quince días.

Fue nombrarlo, y se me anudó algo en el pecho. Me incomodó pensar que habían estado juntos la noche anterior, y la rabia que en mí despertaba, ese impresentable, me enervaba.

- ¿Anoche? ¿Os visteis? – intenté sonar despreocupada.

- Sí, claro, en el Forte, estamos preparando los carnavales.

- Pues no está bien que hubierais ido a ese lugar que mencionas, y que el único que falte a trabajar sea el encargado... muy poco profesional por su parte.

- Bueno, el hizo su trabajo, vino a primera hora, y lo dejó todo organizado – Candela también lo defendía...

- Ya, pero aquí, que yo sepa, todo el mundo cumple un horario, y no es a elección personal, así que siguen sin convencerme tus argumentos – y yo necesitaba saber hasta qué punto lo seguiría defendiendo. Sí, lo necesitaba, y eso me cabreaba sobremanera.

- Aquí está el mobiliario. ¿Necesitas algo más? – su voz pareció seca, e incluso diría que molesta.

- No, Candela, gracias – tenía ya mi respuesta: o lo conocía demasiado, o no lo conocía lo suficiente. Me declinaba por la primera opción.

Se giró, y se fue. Me puse a revisar los embalajes, y a comprobar que el contenido estuviera bien, que todo estuviera correcto; si, de verdad, Ángel terminaba cumpliendo los plazos, no tenía mucho margen para que me llegara mercancía nueva, si es que algo venía de menos, o en mal estado.

Mientras continuaba revisando la mercancía, mi móvil empezó a sonar.

- ¿Diga?

- Hola, Eva, ¿cómo van las cosas por ahí? - era mi jefe.

- Hola, señor Escobar, pues parece que se van a cumplir los plazos, ayer no lo tenía tan claro.

- Perfecto, Eva. Ya te dije que tienes carta blanca para hacer, y deshacer, a tu antojo, me fío completamente de tu profesionalidad, y criterio. Dejo todo en tus manos, sabes que confío

plenamente en ti. Te volveré a llamar, pero si surge algo, cualquier cosa, ponte en contacto conmigo. ¿Ya te has puesto en contacto con los de montaje? ¿Tienes su teléfono, verdad?

- No exactamente, lo tiene el encargado de la obra, pero se lo pediré, y hablaré con ellos lo antes posible.

Por un momento quise decirle que, el encargado que llevaba su obra, ese que él tenía en tan buena estima, no había venido a trabajar porque había salido la noche anterior, y había decidido quedarse durmiendo, pero temía que, esa confesión, acarrearía un despido y, como consecuencia, no volver a verlo más, y eso era algo que no quería que pasara... y cuánto mejor me hubiera ido, si hubiera hablado...

- Perfecto, llámalos cuanto antes, para concretar fechas. Te dejo, que tengo una reunión, y me están esperando.

- Está bien, gracias. Hasta luego.

Ya había colgado.

«¡¡Maldito gilipollas que me deja siempre con la palabra en la boca!!» Pero era un maldito gilipollas que me había dado una excusa perfecta para volver a hablar con él.

EVA:

- *Mi jefe me acaba de llamar para ordenarme que me ponga en contacto con el equipo de montaje, he tenido que mentir por ti, necesito su teléfono para poder hablar con ellos ¡YA!*

No había obtenido respuesta... Ese día iba a ser muy largo...

- Roberto ¿no tendrás el teléfono de los de montaje?

- No, Eva, todo eso lo lleva Ángel, llámalo a él.

- ¿Que lo llame? Debería estar aquí, y no tener que andar llamándolo, además, ya he intentado ponerme en contacto con él, y no atiende al teléfono.

- Si habláis de Ángel, yo puedo localizarlo - otra vez Candela, y su seguridad cuando hablaba de él.

- No, gracias, Candela, esperemos que mañana se digna a aparecer. Si no lo hace, que se atenga a las consecuencias - si me conocieran un poco, sabrían que con el trabajo no bromeo.

- Como quieras, pero después voy a verlo, si lo necesitas le doy el recado que sea. Si cambias de opinión, me lo dices – sus palabras salían tranquilas, y me llenaban de ira.

«*Estos dos están liados, más claro que el agua, lo que no entiendo es por qué ella vino a trabajar, y él se quedó durmiendo*»

- Candela puede decirle lo que necesites, Eva – intervino Roberto.

Aprovechando el tema de conversación, y que Candela ya no estaba cerca, me atreví a preguntar:

- ¿Candela y Ángel?... a ver si me explico, Roberto, lo que te quiero decir es que se me hace raro que una mujer, tan exuberante como Candela, trabaje en medio de tantos hombres, haciendo lo mismo que ellos, y que sea tan respetada, pensé que igual tenían una relación más especial, que le

podría haber ayudado a conseguir ser tratada como una más, por ser, Ángel, el encargado – me di cuenta de mi metedura de pata, a mitad de la pregunta, pero ya era tarde para reformularla.

- Candela se hace respetar porque trabaja como el que más, desde el primer día, no tiene miedo a nada, y no se detiene ante nadie. Su historia es muy dura, y eso la hizo fuerte.

Busqué con mis ojos a Candela, y la vi moviendo un saco de cemento, como si pesara menos que sus penas; lo llevaba liviano como una pluma. Tenía la certeza de que esa chica era algo más que una amiga para Ángel. Si Roberto no iba a aclarar mis dudas, me enteraría, antes o después, de alguna manera.

El día se me hizo eterno, cada poco tiempo consultaba el móvil, para ver si mi mensaje había obtenido respuesta, pero nada.

A las tres de la tarde no se movió nadie de allí, todo el mundo continuaba trabajando, y fue la hora en la que se dignó a aparecer.

Sentí su presencia, mientras estaba organizando mi agenda. Dejé de hacerlo, para contener mi respiración, mientras me envaraba, cerré los ojos, y tuve la certeza de que, si me giraba, lo vería. Así que no lo hice o, por lo menos, no lo hice con la urgencia que mi cuerpo necesitaba. Disimulé, y me giré cuando pensé que ya podía controlar mis pulsaciones.

Estaba a unos cuantos metros de mí, hablando con Roberto, al que sólo miraba de vez en cuando; el resto del tiempo, me miraba a mí.

Tragué mi nudo de emociones, llené mi pecho de aire, y quise transmitir enfado a través de mi mirada. Él sonrió, y yo temblé.

Quizás, lo mejor que me podía pasar era que no viniera más a trabajar, quizás las horas en las que estuve enfadada, por su ausencia, fueron las mejores, quizás me era más soportable tenerlo lejos, que el cúmulo de sensaciones que me provocaban su presencia, quizás aún no me había dado cuenta de que, fuera de la forma que fuera, haberlo conocido me había cambiado, y eso era lo que yo había venido a buscar, un cambio; aunque no ese en concreto, uno que me devolviera a mi antiguo yo, no a uno nuevo, que me alejara aún más de mí.

Nos marchamos de la obra a las seis de la tarde, todo un récord. Pasé tres horas cruzando miradas indiscretas con un descarado, que no paraba de sonreír, y negar con la cabeza, sin disimular cuando nuestros ojos coincidían, sin apartar la mirada.

En cuanto quedamos solos, Roberto, Ángel y yo, me disculpé por no quedarme más tiempo, pero tenía que evitar lo del día anterior, no podía volver a quedarme a solas con él, así que llamé a Edgar, y lo esperé en la calle.

Roberto y Ángel, salieron unos minutos antes de que Edgar llegara.

De reojo, lo vi ponerse el casco, y arrancar su moto. Sentí mis tripas encogerse, cuando pasó por mi lado, para incorporarse a la carretera.

Se detuvo, miró hacia atrás, me sonrió, y negó con la cabeza, antes de bajar la visera del casco, y

perderse entre el tráfico.

En el coche, sólo pensaba en el momento de llegar al hotel, y poder hablar con Sebas. Me daba igual que en España fuera casi media noche, sólo esperaba que hoy pudiéramos hablar, necesitaba el dolor que me provocaba escuchar su voz, necesitaba recordar cuál era mi vida, y cuál era mi pena, porque no sé de qué manera pero, con Ángel, todo era desde cero. Me hacía sentir reseteada, en blanco, y la consecuencia de esa sensación, era que cuando la realidad asomaba de nuevo, el dolor era mucho más intenso, porque la carga de culpabilidad me cegaba.

Pedí que me subieran la cena a mi habitación, y me tiré sobre la cama, para llamarlo.

- Hola, ¿ya estás en casa? – inspirando profundamente, mientras mantenía los ojos cerrados, lo escuchaba.

- Sí, hoy sí. ¿Estás enfadada por lo de ayer? – me preguntó, cauteloso.

- No. Cuéntame algo, por favor, quiero escucharte – tuve que abrir los ojos, porque una silueta aparecía brillante en mi oscuridad. Tres son multitud.

- ¿Qué quieres que te cuente? Ya te he enviado un mensaje pidiéndote disculpas, la verdad es...

- Sebas, no le des más vueltas, ya ha pasado, ya está, no estoy enfadada, olvídale. Ahora quiero que hablemos de cualquier cosa, menos de eso – me incorporé, doblando mis piernas, para sentarme abrazando mis rodillas.

Tardó en hablar.

- ¿Desde cuándo has llevado a la práctica la frase *el pasado, pasado está?*

«Mierda»

Su sonoro suspiro se vio interrumpido por unos golpes en mi puerta.

- Un segundo, están llamando, ahora seguimos hablando.

Regresé a la cama con muchas menos ganas de continuar la conversación, y muchas más de poder retroceder quince minutos en el tiempo.

Inspiré, y cogí el teléfono, que había dejado sobre la cama.

- Ya estoy. Era el servicio de habitaciones con mi cena ¿Qué has cenado tú? – intenté no volver al punto donde habíamos quedado.

- Crema de verduras. ¿Qué te está pasando?

«Y vuelta otra vez»

- A mí me acaban de traer una especie de arroz con marisco, pero no sabe cómo el que haces tú, acabo de probarlo, y creo que llegaré transparente, porque llevo dos días casi sin comer.

¿Sebas, sigues ahí? - lo escuché suspirar, después chasqueó la lengua, ese sonido me recordó tanto a él, que me hizo sonreír.

- ¿Has terminado de tomarme por tonto?

Hasta que mi sonrisa se volvió a encoger.

«Esta conversación no era para esto... no lo era»

- Sebas, ¿por qué me haces esto? - aparté la bandeja con la cena, y me sujeté la frente con la palma de la mano.

- Cuando llegaba a casa, y continuabas callada, día sí, día también, sólo tenía un objetivo, conseguir que volvieras a ser tú, que me hablaras, que me escucharas, que compartieras conmigo tu dolor, tus miedos, tus alegrías, que volvieras a confiar en mí... pero no fui capaz de conseguirlo, no por mí mismo, tuve que casi rendirme, y dejar que otros te abrieran los ojos...

- Sebas, no sigas... - me apoyé en el cabecero, e inspiré.

- Eva, te juro que no hay nada en el mundo que quiera con más intensidad que volver a estar contigo hablando como ahora, como antes de todo lo que nos ha pasado, pero también te digo una cosa, no puedo seguir soportando mentiras, ni verdades a medias, no puedo escucharte hablarme como si nada pasara, como si todo estuviera bien entre nosotros, no puedo seguir con este teatro.

- No te he mentado, no me ha molestado que ayer no pudieras atender mi llamada – la impotencia me resbalaba áspera por la garganta.

- No te creo, entonces ¿por qué no me has cogido después?

- Porque no escuché el teléfono – me senté en el lateral de la cama, apoyando mis pies en el suelo. Ya estaba al borde de la lágrima

- No te creo. ¿Cómo no ibas a escuchar ninguna de las tres llamadas? ¿Qué excusa me vas a dar?

- No, Sebas, no te daré ninguna excusa, estaba durmiendo - lo escuché inspirar, y soltar el aire. Tragué, y lloré de impotencia.

- Eva, estoy cansado, no puedo seguir con esta conversación...

- Sebas, no te estoy mintiendo. ¿Por qué no me crees? – con el dorso de mi mano, interrumpía el recorrido de mis lágrimas.

- ¿Durmiendo, Eva? ¿De verdad esperas que me crea que no has escuchado ninguna de mis llamadas porque estabas dormida? Llevas meses durmiendo de pena; despertándote hasta por el zumbido de la nevera, no me vengas con que has llegado ahí, y la primera noche, has dormido a pierna suelta.

«Pues es así. Lo es, y tengo tantas ganas de volver a cerrar los ojos, y poder volver a dormir, que no me queda otra opción que seguir mintiendo»

- Tienes razón, perdona, me molestó que no me atendieras cuando te llamé, y después pensé que, no contestar a tus llamadas, era la mejor forma de mostrarte mi enfado. Fui una estúpida, lo siento.

- Eva, quiero que me cuentes todo, que me digas qué es lo que te molesta, y lo que te agrada, quiero que la sinceridad vuelva a ser nuestra base.

- Se me enfrió la cena. Mañana seguimos hablando, acuéstate, ya es tarde – con mis piernas sobre la alfombra, me dejé caer hacia atrás, sobre la cama, y fijé mi mirada en un punto indeterminado del techo.

- Eva, te quiero.

- Yo también – lentamente, cerré mis párpados, y tragué.

«Ni cena, ni mierda»

Tiré mi móvil sobre la cama, y pensé en algo que me mantuviera entretenida, y no me hiciera pensar, quería dejar de llorar. Me levanté, y entré el cuarto de baño. Llenaría la bañera, y me daría un baño. Mientras el agua caía, haciendo ruido, vertí sales y comencé a desnudarme; recogí mi melena en un moño alto, preparé mi iPod con la música y, justo cuando me disponía a entrar en la bañera, sonó mi teléfono, dudé si contestar, pero imaginé que, si era Sebas, se montaría otra película, si no contestaba, así que corrí hacia la cama, y descolgué sin mirar quién llamaba.

- ¿Diga?

- ¿No estás sola?

«Esa voz...»

- ¿Quién eres? ¿Jose? - mentí, estaba claro quién era, sólo había una voz en el mundo que, en esos momentos, fuera capaz de provocar aquello en mí...

- ¿Quién es Jose? – se interesó.

- ¿Ángel? – pregunté, cuando ya sabía la respuesta.

- ¿Decepcionada?

- Sorprendida – lo estaba. Mucho.

-¿Me tengo que preocupar por ese tal Jose? ¿Va a sentirse mal cuando lo dejes por mí? – bromeaba. ¿Bromeaba?

Obvié sus preguntas, pero se revolvieron dentro de mí.

Volví a la realidad, bajando de la nube en la que levitaba cuando olvidaba, y pregunté resignada:

- ¿Qué es lo que quieres, Ángel?

- ¿Que estabas haciendo? Te noto un poco... acelerada, ¿no habré interrumpido nada?

- No, es que estaba preparándome para un baño, y vine corrien...

«Pero ¿qué hago dándole explicaciones?»

- ¿Qué es lo que quieres? – pregunté molesta.

- A ti – juro que pude sentir su aliento, en mi oreja. Un escalofrío me hizo temblar.

Torcí el gesto, y me cubrí mejor con el albornoz, como si pudiera verme. No respondí, simplemente colgué el teléfono.

No volvió a llamar. Tampoco esperaba que lo hiciera. ¿O sí?

VIERNES DÍA 3 - 28 FEBRERO 2003

Creo que sólo por las horas de sueño continuo, que estaba durmiendo, el viaje a Bahía ya estaba valiendo la pena. Otra noche del tirón, y con tiempo para desayunar.

Bajé, me serví mi café con leche, lo acompañé de bollería, y abrí los SMS recibidos. No había nadie en el comedor.

VERO:

- *¿Pendón, qué haces? ¿Hasta qué hora trabajáis ahí? ¡¡Me tienes abandonada!! ¡¡Da señales de vida, y ponme los dientes largos, contándome que los obreros son todos unos brasileiros cachondos, que van en pelota picada a trabajar!! ¡¡Anda sé buena, que mi Pedro ya no da más de sí, y tengo que echar mano de la imaginación!!*

Jaime te manda un beso.

EVA:

- *¡¡Serás guarra!! Pobre Pedro, ¿¿¿ino sé cómo te aguanta!?!? Son todo hombres cachondos, que van con muy poca ropa y... ¡¡sin casco!!!*

Dale un beso enorme a mi pequeñín.

Al momento me entró un mensaje de Vero.

VERO:

- *Lo del casco es súper importante, ¿qué será de mi fantasía?... ¡¡quiero imaginármelos sin camiseta, y CON casco!! Ahora sin bromas, ¡¡manda fotos YAAAAAA!!*

Te extraño, Viciosa.

Oye, de esta me dan el premio a la mejor madre, pasé la noche en vela, cosiéndole el puñetero disfraz a tu ahijado.

Mi Vero... *«¡¡no cambies nunca!!»*

Es tan vital, tan descarada y genial... Muy a pesar de las apariencias, ella y Pedro son la pareja más compenetrada que conozco, son tal para cual.

EVA:

- *Prometo fotos, hoy las tendrás.*

¡Te quiero, súper mamá!

DANI:

- *Pequeña, ¿qué tal ese carnaval? ¿Ya la pintaste? Quiero decir, ¿ya te has pintado?*

Disfruta el tiempo que tu trabajo te lo permita, y no te portes mal, sabes que estoy el primero en tu lista para una infidelidad. Te quiero.

¡¡Besos dulces e infinitos!!

¡¡Haz promoción del Vicio por ahí!! Nunca se sabe, igual tengo que abrir uno allende los mares.

EVA:

- *Dani no sabes cuánto te necesito... ¿No puedes coger un avión y venir?*

Te quiero.

Seguía sola, me parecía muy raro que nadie bajara a desayunar... consulté la hora, varias veces, por si me había confundido, pero no, eran las siete y media. Escribí los correos de rigor, la charla con la oficina de Madrid, la llamada a mis padres, ya de camino a la habitación y, a las ocho en punto, estaba saliendo por el lobby, preguntándome dónde cojones se había metido todo el mundo. Salí buscando a Edgar, pero tampoco lo encontré esperándome en la puerta. ¿Qué estaba pasando? Parecía un decorado de una película de suspense.

Cogí mi móvil, y busqué Edgar en los contactos, me fijé que no había guardado el teléfono de Ángel, aún estaba su número sin registrar **557147772984**, y una sonrisa se me dibujó en la cara, cuando escribí *Del Infierno*. Era, realmente, un ángel *del infierno*, si es que éstos existían. Cuando iba a marcar a Edgar, escuché la bocina de un coche... era él.

- Buenos días, Edgar, ¡¡se le pegaron las sábanas, eh!! – quité hierro a su tardanza, con una pequeña broma... no soy muy buena bromeando, lo sé.

- Disculpe, señorita.

- ¿Y esa voz? ¿Toco trasnochar?

- Primer día de carnaval.

«¡¡Es cierto, los carnavales!! ¿Estarán todos así en la obra?»

Tras ponerme el cinturón, me giré hacia Edgar, para preguntarle por los carnavales y... ¡¡Jesús!!

- ¡¡Menuda cara, Edgar!!! Pero, ¿ha dormido algo?

- Creo que usted no tiene ni idea de lo que significa, para un bahiano, el carnaval.

- Pues dígamelo, porque algo me dice que necesitaré saberlo.

- Para nosotros, estos seis días, lo son todo. Es nuestra fiesta más especial. Nos juntamos, salimos a la calle para bailar, reír, beber, divertirnos... nadie trabaja, nadie protesta, nadie discute, *tudo está bem*, porque el carnaval es lo más grande que tenemos.

- ¿Nadie... trabaja? – pregunté asustada.

- No, señorita, nadie.

- Pero...

- No sé lo que nos vamos a encontrar cuando lleguemos, pero creo que debería prepararse para lo peor.

Visto el panorama, le dije a Edgar que se tomara el fin de semana libre, y que disfrutara, que lo vería el lunes, que ya me las arreglaría para volver al hotel en taxi. Me sorprendió que no opusiera resistencia a mi petición. Me resultaba difícil imaginarme a Edgar dándolo todo en el carnaval.

Durante nuestro trayecto en coche, no vimos más gente que la que aún aguantaba de fiesta; nada funcionaba durante los carnavales, Bahía, realmente, se paralizaba.

Temía la llegada a la tienda... temía no encontrar a nadie... y todos mis temores se hicieron realidad al llegar.

Cuando aparcó, me tranquilicé al ver luz en el interior, alguien había... Tres. Eran tres los que habían ido a trabajar: Roberto, Candela, y uno más... ¡¡un desastre!!

«¡¡Tres solamente, y ni rastro de él!!»

- Buenos días, Roberto.

Se giró, con cara de muy pocos amigos, y me respondió con una especie de gruñido.

«Empieza bien mi jornada»

- Imagino que Ángel, hoy, igual que ayer, no se dignará a aparecer hasta la tarde.

- Imaginas mal, no creo que venga ni por la tarde – tras hablarme, se giró, dándome la espalda.

Creo que, si quería saber algo más, tendría que sacarle la información con cuentagotas.

- ¿Se pasó antes por aquí, o ya ni siquiera eso? – mordí mi labio, tras la pregunta, porque sabía que se podía desencadenar un momento desagradable.

- Señorita Costa – efectivamente, la cosa se ponía seria, Roberto nunca me había hablado así – Ángel dejó su parte hecha, tenemos trabajo para estos días y, a pesar de que ustedes piensan que con dinero se consigue todo, aquí no funcionamos así, por mucho que nos paguen por trabajar estos días, nosotros no venimos por eso, estamos aquí porque no tenemos otra opción. Yo tengo que abrir, Raúl no tiene nada que celebrar, porque recientemente perdió a parte de su familia en un accidente de tráfico, y Candela tiene que sacar adelante a sus hijos, por lo que el dinero le viene muy bien.

Con lo de Raúl se me hundió el pecho, y Candela... hijos... esa sola palabra bastaba para derribar todas mis defensas. De pronto, algo ocupó mi mente, un pensamiento que me asustó, y no me gustó nada que lo hiciera. ¿Sería Ángel, el padre de alguno de ellos, o de todos, por eso la tenía trabajando con él? ¿Qué me pasaba? ¿No podía pensar en otra cosa que no fuera él?

- Lo siento, Roberto, pero creo que, ya que estamos aquí, vamos a hacer lo que podamos. No tenía ni idea de lo importante que era para vosotros el carnaval. ¿Hasta cuándo duran? – me interesé.

- Hasta el martes, *terça-feira*, son seis días, del veintiocho al cuatro – me respondió sin emoción.

- ¿Y va a ser todos los días así? Quiero decir, ¿vais a venir los mismos?

- Qué remedio – dijo, resignado.

- Pues creo que poco vamos a avanzar... Hoy, ya que estamos, haremos lo que podamos. Trabajaremos los cuatro, me tendrás que echar una mano, y decirme qué es lo que puedo hacer, pero, el fin de semana, y el lunes y martes, excusamos de venir, no me parece que, nosotros cuatro, podamos avanzar mucho.

Pensé que me lo iba a agradecer, incluso que me abrazaría, y saltaría de alegría, pero en cambio, lo que dijo fue:

- Ni miércoles, *quarta-feira*, porque el fin de fiesta es el día antes, en la *terça-feira*.

Me quedé mirándolo, no daba crédito a su petición, él era muy comedido, muy correcto, y me estaba pidiendo transigir las normas, con mi consentimiento. Sin apartar sus ojos de los míos, esperó mi respuesta. No me quedo más remedio que acabar asintiendo.

Entonces, sí que me abrazó, y me besó, me cogió en peso, y empezó a girar conmigo diciendo:

- ¡¡Vamos a tener el trabajo, Eva, vamos a cumplir los plazos, trabajaremos como nunca, el resto de los días!!

Raúl y Candela se giraron, ante la explosión de alegría de Roberto, y se acercaron para interesarse por lo que pasaba.

- *Eva dá-nos livre até que terminem os carnavais, hoje às três nos iremos, e nao voltaremos até a quinta-feira.*

- Que alegría – dijo Candela, con sarcasmo – así cobraremos menos a fin de mes.

- No, mientras cumpláis el plazo acordado – le prometí.

- Pues me alegro de tu decisión, te creía más... estirada – mi repasó con su mirada, mientras pensaba la palabra para terminar su frase.

- No sé si darte las gracias – le contesté.

Entre nosotras se cortaba la tensión... Candela tenía algo con Ángel, me apostaba lo que fuera, eso, entre mujeres, se nota. Tenía unas cuantas horas de trabajo, codo con codo, para averiguarlo, y no me iba a marchar sin saberlo.

Raúl fue el menos emocionado por la decisión, imagino que después de lo que Roberto me había contado, yo no estaría mucho más animada que él, lo entendía más de lo que me hubiera gustado hacerlo.

- Roberto, entre las cosas que Ángel dejó hechas, ¿no incluiría un número de teléfono de los de montaje?

- No, me temo que se debió de olvidar.

Suspiré sonoramente, y entorné los ojos... no valía la pena, esa sensación que burbujeaba dentro de mí, ese deseo que me despertaba, los escalofríos que recorrían mi cuerpo, la angustia que me causaba la incertidumbre de si iba, o no, a verlo, no valían la pena. Ángel era el típico conquistador, que regalaba los oídos con su palabrería, y la vista con su físico, lo tenía todo hecho. No era serio, no era responsable, no era para mí, en realidad, no era para nadie, una persona como él nunca podría ser de nadie.

Decidí ponerme a trabajar, para que mi cabeza estuviera ocupada, y dejara de pensarlo. Era horrible tenerlo tan a menudo en mis pensamientos. Era doloroso tener que acordarme de pensar en mi marido, de pensar en el sufrimiento que me acompañaba todos esos meses, y que me había dejado respirar desde que había llegado a Bahía. Me estaba entrando miedo.

No había elegido el mejor vestuario para estar haciendo masa, y llevando ladrillos de un lado para el otro, durante las seis horas que estuvimos trabajando, pero tenía que echar una mano

porque, además de mantenerme entretenida, me parecía injusto quedarme mirándolos toda la mañana.

- Candela, Roberto me contó que eres mamá, ¿cuántos hijos tienes? – a ver si entrándole por ahí...

- Cinco.

Mi cara debió de ser un poema, porque soltó un bufido, dejó el cubo de agua para la masa, y se fue en busca de un saco de arena.

Cuando volvió, yo ya estaba recuperada del shock.

«Cinco hijos, ¡¡Dios Santo!! ¡¡Pero si eres una cría!!»

- Disculpa mi reacción, Candela, pero es que te veo tan joven...

- Ahora estás en mi mundo, aquí los cuentos no son de princesas – me miró fijamente, mientras me hablaba pero, al acabar, continuó con lo que estaba haciendo, volviendo a ignorarme.

Si ella supiera lo poco de cuento que tenía mi vida, no hablaría a la ligera. Pero sus desagradables contestaciones, a pesar de haberme disculpado por mi reacción, no me gustaron, así que pensé que lo mejor era dejarlo, ni yo iba a ser su amiga, ni ella tenía nada que aportarme a mí.

Cuando volvió a buscar la masa, fue ella quién me habló.

- Tengo veintitrés años, mi hijo mayor tiene cinco, el más pequeño uno, los del medio son gemelos, y van a cumplir cuatro, y mi única niña tiene dos.

- ¿Y los crías tu sola, o tienes ayuda? – me mordí la lengua, al terminar mi pregunta.

- Soy joven, pero no soy tonta, entiendo por dónde va tu pregunta y, si quieres saber algo, sólo tienes que preguntarlo. Si tú eres sincera, y directa, yo también lo seré. Créeme, es lo mejor para las dos – volvió a su trabajo, después de haber parado para responderme, sin apartar sus ojos de los míos.

Las mujeres y nuestro sexto sentido... en realidad, quería saberlo, era cierto, quería saber si él era su marido, su pareja, o el padre de sus hijos, pero no iba a caer en su trampa, no iba a ser yo la que se lo preguntara, no, no lo haría.

- No entiendo qué es lo que me quieres decir, no sé qué quieres que te pregunte – me hice la tonta.

- Sí que lo sabes, y lo acabarás descubriendo, pero te costará más tiempo, y más dolores de cabeza, lo más sencillo es ser directa, como yo: ¿Ángel ya ha intentado algo contigo, verdad? – era una mujer valiente, decidida, y bonita, pero completamente inaccesible. Dura y fría, como el hielo de un iceberg. Para llegar a su corazón, había que traspasar una capa de piel, tan dura, como una piedra. Una capa que habría tenido que ir aumentando de grosor, a medida que la vida le fue enseñando lecciones.

- ¿¿¿Cómo???? Se acabó la conversación, pero ¿quién te crees que soy? ¿Cómo puedes preguntarme esas cosas sin conocerme de nada? ¡¡Soy una mujer casada!! No sabes nada de mi vida – yo no podía dejar que se amedrentara porque, si me volvía pequeñita, volvería a encerrarme en mis miedos, mis inseguridades, mis fantasmas, y no quería que eso sucediera nunca

más.

Me miró, entrecerrando los ojos, con una mirada de desafío como nunca me habían mirado y, cuando acabé de hablar, puso cara de desagrado, y dijo algo, por lo bajo, que no entendí, se giró, y comenzó a caminar.

- Candela, ¿a dónde vas? ¿Qué es lo que acabas de decir? Pero, ¿qué falta de respeto es esta? – me indigné.

- Dije, que eso, para él, no es un impedimento, eso es lo que dije.

- ¡¡Ya está bien!! No te consiento que me faltes al respeto – levanté mi voz.

- Veo cómo lo miras, y veo cómo te mira él. Veo cómo ha cambiado desde que llegaste, y llevas aquí sólo tres días, no soy tonta, ya te lo dije. Me puedo hacer la tonta, si lo prefieres, pero te imaginaba una mujer más segura, y valiente; me equivoqué, así que te dejo, para que sigas viviendo en tu cuento.

Cogió el cubo, con la masa recién hecha, y se alejó, dejándome con un nudo en la garganta, que me impedía tragar. Si tanto interés había puesto en observarnos, es que no iba desencaminada en mis pensamientos.

El resto del día pasó bastante lento. Apenas hablé con ninguno de los tres, y entre ellos parece que tampoco tenían mucha conversación.

Cuando llegó la hora de marchar, fue un alivio para todos.

El que más contento estaba era Roberto, que volvió a darme dos besos, en la puerta del local, y a agradecerme lo de los días libres... ¡¡qué remedio, porque, con ese panorama, a ver qué íbamos a hacer!!

Sólo de pensarlo, me estaba poniendo mala.

De camino al hotel, en el taxi que llamé, me puse a ver sitios que quería conocer de Bahía, y que, cuando llegué, no sabía si iba a tener tiempo de visitar, pero ahora estaba claro que lo que me iba a sobrar era tiempo. Tenía cinco días por delante para conocer la ciudad.

Cuando llegué a la habitación, pedí que me subieran un sándwich. Mientras esperaba, preparé mi baño, que ya se estaba convirtiendo en costumbre.

Cuando salí de la bañera me sentía como nueva; me había dado un baño larguísimo, en el que tuve que renovar, dos veces, el agua, para no morir congelada. Consulté la hora en mi móvil, eran las diecisiete y veinte, tenía iconos de llamadas, y mensajes.

Vi las llamadas: Dani, Sebas y otra... Del Infierno; una sonrisa asomó a mi rostro, y la borré en cuanto me di cuenta de que la había provocado su llamada.

Mensajes había de cuatro contactos, del grupo “LO Q PASE N BAHÍA”, tenía mogollón de SMS, Dani y Sebas, me habían enviado uno cada uno; Del Infierno... me había dejado tres.

Sin pensar, no encuentro otra explicación, empecé por él.

DEL INFIERNO:

Primer SMS - **Vaya, vaya, con la españolita... si al final va a tener un corazón y todo, debajo de ese escudo que viste a diario.**

Segundo SMS - **Gracias por tu comprensión, Candela me lo ha contado. También me habló de vuestra charla... no se la tengas en cuenta, tiene mucha raza, y no sabe decir las cosas suavemente, pero no es mala tía.**

Tercer SMS - **Espero que disfrutes de tus días libres. Me encantaría verte, pero me temo que tu voto de castidad te lo impide. Si te apetece, ya sabes dónde encontrarme... EL FORTE.**

Preferí no darme tiempo a pensar, así que abrí los siguientes mensajes y los leí, como el que lee un texto que ha de memorizar. Lo que fuera para dejar de pensar en él.

LO Q PASE N BAHIA:

- *Evita, hoy te vienes con nosotros al carnaval, si hace falta te llevamos por los pelos, ayer ya nos diste plantón, porque trabajabas, pero mañana es sábado, ¡¡no puedes trabajar!!*

- *Eva, quedamos a las seis y media, en recepción.*

- *Te esperamos, guapa.*

EVA:

-*Hola chicos, acabo de ver ahora los mensajes, no creo que sea buena idea, igual lo dejamos para mañana, hoy no tengo el cuerpo para carnavales.*

Mi teléfono comenzó a sonar, me sobresalté, y se me cayó de las manos, sobre la cama; vi la pantalla... SEBAS.

- Hola - musité.

- Hola, Eva.

- ¿Qué haces? – pregunté, antes de ser preguntada.

- Conduzco, estoy camino al pabellón, tenemos partido.

- Espero que ganéis – sonreí, como si pudiera verme.

- Veremos... ¿Cómo va la tienda? ¿Quedará lista antes de que regreses?

- Por mis ovarios que va a estar lista, eso lo tengo clarísimo, el jefe de obra me ha dado su palabra.

- ¿Es el español? – se interesó.

- Sí, es español – no recordaba haber hablado de ese detalle con él.

Y, al instante, quise cambiar de tema, me sentía incómoda hablando de él con Sebas.

- ¿De dónde?

- ¿De dónde, qué? – me sobresalté.

- Español de dónde: madrileño, andaluz, gallego, extremeño...

- Ah, pues... no lo sé, no se lo he preguntado, la verdad es que no hablamos mucho – me mordí el labio con saña, cuando callé.

- Y, ¿con quién hablas? ¿Tienes gente ahí con la que puedas estar en tu tiempo libre?

- Eh... sí, precisamente hay un grupo de españoles en el hotel, que vienen a pasar los carnavales, me han invitado a ir con ellos cuando quiera. De hecho, ayer desayunamos juntos.

- Bueno, me alegro de que encontraras a alguien. ¿Que son, parejas?

«Mierda»

- No, son amigos.

- ¿Chicos y chicas?

- Sólo chicos – y lo dije un poco más bajo que el tono de voz que estaba usando, porque sabía que no lo entendería.

- ¿Y sales tú sola con ellos? – preguntó afirmando.

- Pues no, Sebas, aún no he salido ningún día, porque llego exhausta, y con dolor de cabeza, cada tarde, de la obra. He desayunado ayer, y me propusieron bajar hoy hasta la calle, porque aquí se celebran los carnavales, y parece ser que son muy famosos.

- Famosos son los de Río, ¡¡esos qué van a ser famosos!! No sé qué vas a hacer con ellos de fiesta... no sé si me parece oportuno que vayas.

«Dios, Sebas, ¿por qué no me lo pones más fácil?»

- ¿Qué has hecho esta tarde? – cerré los ojos, e intenté dejar ahí el tema.

- He ido al festival de nuestro ahijado.

- ¡¡Joder, el festival de disfraces!! Se me ha olvidado por completo, y eso que Vero me comentó, esta misma mañana, que estuvo cosiendo el disfraz toda la noche.

- Sí, últimamente no estás muy centrada...

«Ahí, hurga, hurga en la herida, ¡¡venga!!»

- ¿Has sacado alguna foto?

- Deduzco que no has visto el SMS que te envié, ni los MMS...

«Mierda»

- No, iba a hacerlo cuando me entró tu llamada.

- Ya.

Silencio.

- Acabo de aparcar, te dejo. Pásalo bien con tus amigos.

«¿Por qué haces que parezca malo?»

- Y tú con los tuyos – mi sarcasmo era nimio, comparado con el suyo.

Fin de la conversación.

«Respira, y tranquilízate, respira, respira, respira...»

No sé si fue la rabia, la que decidió por mí pero, en ese momento, tuve claro que iba salir con los chicos.

Volví a mandar un SMS al grupo.

LO Q PASE N BAHIA:

- *Cambio de planes, me apunto, a las seis y media nos vemos.*

Era tal la cantidad de gente que llenaba la avenida, que estaba segura de que nos perderíamos, y acabaríamos cada uno por su lado.

Los chicos empezaron a avanzar, mezclándose con la multitud. Miles de personas se agolpaban contra unas vallas, que delimitaban la parte de la carretera, que estaba destinada a las carrozas y comparsas. Todo el mundo bailaba, cantaba, gritaba, bebía, y aplaudía al paso de los que desfilaban.

Justo delante de donde yo estaba, se paró un grupo de capoeira, para hacer una actuación, en ese momento. La capoeira es un arte marcial, que mezcla bravura y sensualidad, destreza y agresividad, deseo y miedo, pasión y peligro... No podía apartar mis ojos de ellos, de sus movimientos, como si estuviera buscando algo, lo estaba escrutando todo, esperando encontrar, ¿el qué? No fui consciente de cuando perdí de vista a los chicos, pero ya no estaban a mi lado, sólo sé que, cuando se formó un revuelo de gente, me vi sola, y rodeada por extraños, pero la sensación no me molestó, me sentía acompañada, y arropada, a pesar de los zarandeos, sobeteos, y apretujones, que aquella marea humana me propinaba, aun así no sentía agobio. Decidí mandar un mensaje al grupo, más que nada, para que no se preocuparan, si es que lo hacían, claro, o por si me estuvieran buscando.

Cuando saqué mi móvil, casi se me cae al suelo, por una oleada de gente que me desplazó hacia la derecha; el chico que tenía a mi lado me dijo "*Sorria, você está na Bahia*", yo alucinaba con el carácter que tenía esa gente.

En ese momento, empezó a vibrarme el móvil, en la mano, imposible escucharlo por el barullo, pero la vibración se notaba. Pensé que serían ellos, pero la pantalla iluminada decía otra cosa: *Del Infierno*. Automáticamente, corté la llamada, después de la conversación con Sebas, lo que menos me apetecía era hablar con él, además sería imposible, porque no lo oiría.

Solté una bocanada de aire, y llené mis pulmones con una inspiración mayor. No entendía por qué ese hombre provocaba esa reacción en mí, ¿qué clase de atracción era la que me llevaba a olvidarme de todo, y pensar sólo en él?

A la vez que el grupo de capoeira se alejaba, mi tranquilidad se esfumaba, y me invadió una sensación de culpa, que me oprimía el pecho. Tenía que dejar de pensar en él, por lo menos del modo en que lo hacía.

Volví a ser zarandeada por la gente, esta vez se volvieron más locos, si cabe, parece ser que entraba una carroza de las más vitoreadas, y la gente enloqueció. Cuando pensé que me caía, unas manos lo impidieron.

- Tranquila, Eva, yo te sostengo. No dejaré que te caigas.

Ni me giré, ni respiré, cerré los ojos, y dejé que, esa corriente que me provocaba su contacto, me

recorriera por completo. Me dejé agarrar, disfruté de la presión de sus manos a lo largo de mis brazos; manos que, lentamente, los recorrían, para acabar sujetando mis muñecas. Disfruté de cómo, una vez estable, fueron sus mismas manos las que me atrajeron hasta dejarme pegada a su pecho, contra su piel desnuda, dejándome sentir su respiración... sentir su pecho hinchándose, con cada inspiración, que eran demasiado seguidas, como las mías.

Mi cabeza reposaba a la altura de su hombro, Ángel se inclinó, hasta dejar su boca a la altura de mi oreja.

- Te encontraría entre miles de personas, ¿sabes por qué? Porque no son mis ojos los que te encuentran, es algo aquí dentro – llevó su mano izquierda a su pecho, y con ella le acompañó la mía, que tenía cogida por la muñeca - algo me lleva a ti. Algo removiste en mi interior. Eres como un imán que me atrae, y del que no soy capaz de alejarme.

No podía pensar, no sabía qué me estaba pasando, no dejaba de preguntarme: ¿por qué a mí?, ¿por qué venía a desbaratar mi vida ese hombre?

«No puedo, no puedo luchar, no quiero, y no puedo, es demasiado fuerte, es demasiado desconcertante, es increíble, es una sensación completamente desconocida para mí, que me traspasa, me recorre, me hace flotar y evadirme, me hace sentir fuerte y segura, me llena de vida»

No podía hablar, porque no quería decir, en voz alta, lo que estaba pasando por mi cabeza, sería demasiado injusto para Sebas, para mi marido. No podía dejarme llevar, así que cerré los ojos, nuevamente, y disfruté el momento, por última vez; me dejé querer por su abrazo, pero tenía que poner punto y final a aquella locura. Abrí los ojos, y me revolví entre sus brazos, para romper su protección.

- Eva, no – me suplicó.

- ¡No vuelvas a intentar nada parecido a esto! – los golpes de mi corazón, sonaban por encima de mis palabras.

No me soltaba, no dejaba que me separara de él y, sinceramente, tampoco es que yo hiciera mucho esfuerzo para que se deshiciera el abrazo.

Volví a coger aire, me recordé que debía respirar más pausadamente, porque seguía hiperventilando.

«¡¡Ya está bien, Eva!! ¡¡Maldita sea, piensa con la puta cabeza, joder!! Tengo una vida en Madrid, mi vida; esto que estoy sintiendo, no es justo para nadie, no puedo dejarme llevar, y arriesgarme a perder lo que dejé en mi casa»

Esta vez me moví lo suficiente, y logré apartarme, me giré, para ponerme frente a él, y decírselo a la cara, pero no tenía fuerzas para mirarlo a los ojos y mentir, así que clavé mi mirada en el suelo.

Estaba descalzo, ¡¡DES-CAL-ZO!! «¿Pero, estamos locos o qué?» Sus pies eran grandes y fuertes, de dedos largos y bien cuidados, subí un poco la vista, hasta sus pantalones, de un algodón

muy, muy fino, como de pijama, eran de color verde botella y, subiendo por ellos, vi que terminaban con una cinta elástica, que indicaba la marca de los mismos; al igual que Sebas, Ángel también los llevaba muy bajos, se podía apreciar el comienzo de su vello, ahí no se depilaba, en cambio, en el pecho sí, porque no había ni un solo pelo. Sus abdominales eran de infarto, pero la V que formaban sus oblicuos, y se perdía hasta el infinito, era para quitar el sentido. ¿Cómo podía ser tan perfecto? Con esos brazos tan torneados, esa espalda tan ancha, ese color de piel tan envidiable, y esas manos que agarraban tan bien... El diablo me estaba poniendo una prueba de fuego, y yo no podía quemarme más.

- ¿Te gusta lo que ves? – preguntó, con su sonrisa torcida.

- Me asusta – tragué al hablar.

Posó sus dedos, índice y pulgar, en mi mentón, y levantó mi cabeza, lentamente, hasta que nuestras miradas se encontraron.

- Y a mí – dijo muy serio. Tanto que su cara cambió, y pude ver a un Ángel que no había visto todavía. Uno que podría engañarme, porque me lo hubiera creído.

Lo empujé, y me alejé de él. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué a él no le mentí, como llevaba meses haciendo a todo el mundo? Con la rabia salada, resbalando por mi cara, caminé entre la gente hasta llegar a mi hotel.

Cuando entré en mi habitación, me quité la ropa, estaba enfadada, me desmaquillé en el baño, y me preparé para meterme en la cama.

Cogí el móvil, para silenciarlo, y vi su SMS.

SEBAS:

- Siento nuestra discusión. Te quiero, nena. Necesito que estés aquí para abrazarte y decírtelo en persona. Eres mi vida, y no me gusta discutir contigo. Sé que soy un puto celoso, pero no lo puedo evitar, estás demasiado buena, y demasiado lejos (y no sólo en kilómetros), y yo no estoy a tu lado, para defender lo mío.

Me siento muy inseguro, con nuestra relación, en estos momentos, siento que te he fallado, y eso me está matando. No sé qué debo hacer, cómo lo debo hacer, ni cuándo. Contigo siempre lo he tenido todo muy claro, pero con-ti-go, con mi Eva, con mi nena... ¿dónde está? ¿Dónde puedo buscar para encontrarla, y hacer que vuelva? La necesito.

Joder, nena, te haría el amor de mil maneras; ahora que no estás, no dejo de pensar en eso, en tu cuerpo, en la noche antes de que te fueras, en tenerte del todo... te necesito tanto, y te echo tanto de menos, no sé qué cojones me pasa que, estos días, cada vez que hablo contigo, me irrito, me pongo de muy mala hostia, pero tú sabes que no puedo vivir sin ti.

EVA:

- Cuando leo un nena, escucho tu voz llamándome, y te juro que no hay nada en el mundo que tenga más poder que tu voz ronca, en mi oreja, diciéndome nena, mientras hacíamos el amor.

SEBAS:

- *Te deseo, nena.*

Y no fueron mis pulmones los que respiraron, fue mi corazón.

Cerré los ojos y, lejos de excitarme, comencé nuevamente a llorar.

SEBAS:

- *¿Estás en el hotel?*

EVA:

- *Sí. ¿Te llamo?*

SEBAS:

- *No, nada de hablar, no quiero estropear este momento. Vamos a hacerlo de otro modo, envíame una foto tuya... desnuda, hazlo, nena, por favor.*

«*Nooo, ¿por qué lo estropeas?, ¿Por qué no me entiendes?*»

Aparté la sábana, negando con la cabeza, mientras me quitaba la camiseta, que usaba para dormir, y me preguntaba si lo nuestro volvería, alguna vez, a ser lo que fue... Accioné la cámara del móvil, y saqué la foto. Sin verla, se la envié por MMS.

SEBAS:

- *Joder, nena, al final tendré que darle las gracias a tu jefe por este viaje, te prometo que, cuando llegues, voy a devorarte en los mismos baños del aeropuerto.*

«*Sí, creo que esa es la mejor manera de celebrar que volvemos a hacer el amor después de tanto tiempo, uno rapidito, en el baño de un aeropuerto...*»

Suspiré, mientras escribía, porque no quería que aquello fuera a más.

EVA:

- *Sebas, hoy no puedo, lo siento, perdóname, pero no puedo seguir.*

SEBAS:

- *Te llamo ahora. Lo dejamos aquí, no hay problema.*

EVA:

- *No, por favor, hablamos mañana. Disfruta con la foto. Te quiero.*

Pero mi móvil comenzó a sonar, con los ojos cerrados, acepté la llamada, para evitar una nueva discusión.

- *Sebas, por favor, dame tiempo...*

- *Y digo yo... ese tal Sebas, también lo tienes grabado como “Del Infierno”, en tu teléfono.*

De repente, mi cuerpo se convirtió en una gruta oscura y hueca, en la que sólo se escuchaba el eco de los latidos de mi corazón desbocado, por escuchar su voz, y por sentir su corriente. Había visto el nombre con el que yo tenía su número grabado.

«*Nota mental: nunca, nunca, nunca jamás, contestar a una llamada sin ver antes quién llama*»

- *¿Qué quieres, Ángel? – pregunté agotada.*

- A ti. Ya lo sabes.

- Lo que quieres es que te vuelva a colgar el teléfono, eso es lo que quieres – me cansaba la lucha que mantenía contra una persona tan simple, en cuanto a “*ligar*” se refería. Era demasiado obvio, demasiado *ABC*, para cualquier mujer. Se le veía venir desde tanta distancia, que si te llegaba a alcanzar sólo era porque te habías dejado atrapar.

- ¿Por qué te haces la dura?

- ¿Qué? ¿Por qué me llamas? – resoplé.

- Porque quería preguntarte algo.

- Que quiero pensar que tiene que ver con el trabajo – sin verlo era, un poco, sólo un poco, más fácil.

- Sí, claro, sobre todo después de lo que pasó en el desfile de hoy. ¿De qué otro tema podría ser?

«Que mierda de sensación malgastada contigo... que mal la irracionalidad del corazón»

- Te prometo que vuelvo a colgar, tú no me conoces – le advertí, llevando mis dedos a los ojos, para presionar sobre ellos.

- Déjame que lo haga – susurró.

Y ahí debería haberle colgado.

- La pregunta – lo apremié.

- Antes quiero que me contestes a algo, ¿por qué “*Del Infierno*”?

Colgué, hasta ahí llegaba mi límite de la tontería. No podía dejarme enredar por un hombre como Ángel, era demasiado evidente que tendría una gran trayectoria de conquistas a su espalda, y que yo sólo sería una más en su lista de suma y sigue.

De pronto, mi móvil silbó con la entrada de un SMS.

DEL INFIERNO:

- **Lo siento.**

EVA:

- *Que no se vuelva a repetir, ni estas conversaciones, ni lo del desfile.*

DEL INFIERNO:

- **¿Por qué? Dame un motivo irrevocable, y te juro que no se repetirán.**

«*No voy a entrar en tu juego, no lo haré, no pienso contestar a eso*»

Y, como no respondí, lo hizo él.

DEL INFIERNO:

- **Creo que has elegido “*Del Infierno*”, por los calores que te entran al verme, que, te advierto, son mutuos.**

Y sabía que contestarle iba a ser un error, sería como sentenciarme pero, dejarse llevar, es mucho más fácil que nadar contracorriente y, cuando quise darme cuenta, estaba pulsando

enviar en respuesta a su mensaje.

EVA:

- *No tiene nada que ver con eso, elegí ese nombre porque es allí a donde te mandaría cuando sobrepasas los límites, o sea, siempre.*

DEL INFIERNO:

- **¿Límites? Lo siento, no conozco esa palabra, ¿qué significa?**

EVA:

- *Significa "basta".*

DEL INFIERNO:

- **Y... ¿dónde está tu límite, Eva?**

EVA:

- En mi corazón, y mi dedo anular, que lleva el anillo de mi boda.

DEL INFIERNO:

- **Tu anillo... lo siento, pero no me va a detener un anillo. En cuanto a tu corazón... creo que tengo que explicarte mi teoría, una que tiene que ver con el amor y el sexo.**

EVA:

- No tienes que explicarme nada, Ángel. Disfruta de la noche, yo aprovecharé la mía.

DEL INFIERNO:

- **No me cuentes que es lo que vas a hacer, cuando dejes de contestar a mis SMS... prefiero imaginarlo.**

«A esto sí que no contesto»

Pero él aún tenía algo más que decir...

DEL INFIERNO:

- **Me hablaste de límites infranqueables, y eso... eso me pone mucho más cachondo todavía.**

Me abstuve de seguir manteniendo esa conversación, y silencié mi teléfono.

Esa noche me acosté con una certeza: si algo quería Ángel, era sexo, sólo sexo. Era un hombre demasiado habituado a conseguir a la mujer que quería, tenía las armas perfectas para lograrlo, y yo, dentro de mis posibilidades, me estaba resistiendo.

En mi vida me había planteado ser infiel, nunca había sentido nada que me llevara a fijarme en otro hombre, hasta el punto de desearlo más que a mi propio marido. Nunca, hasta que lo conocí a él. Sabía lo que buscaba, sabía lo que quería, conocía sus intenciones, el problema era que, aun sabiendo todo lo anterior, y viendo que sus modales dejaban muchísimo que desear, algo en mí se ponía en marcha cada vez que su voz, su recuerdo, o su persona, hacían acto de presencia. No había conocido un deseo tan fuerte, por nadie, en mi vida.

¿Qué debía hacer? No, esa no era la pregunta, porque la respuesta era sencilla, decir *NO*. La pregunta sería: ¿qué era mejor, arrepentirme por hacerlo, o por no haberlo hecho? ¿Dejarme llevar

o frenarme? ¿Sentir o reprimir? ¿Vivir la vida o atajarla? Siempre me gustó disfrutar cada momento, al máximo, saborearlo, y nunca pasar de puntillas por él pero, claro, nunca me había visto en la tesitura de que mis acciones pudieran traer unas consecuencias muy graves, hacia personas a las que quería muchísimo.

Debía dormir, últimamente era lo que más me ayudaba a sobrellevar mis días. ¿Quién me iba a decir que la noche pasaría a ser el momento más anhelado de mi día?

SÁBADO DÍA 4 - 1 MARZO 2003

Cinco llamadas perdidas y, cuarenta y nueve mensajes de cinco contactos... mis despertares me agobiaban.

Una llamada de Sebas, tres de mis padres, y otra de Dani.

Mensajes de Sebas, del grupo con los chicos, del grupo VICIOS@S, de Vero sola, y de Dani, a título personal, también.

Empecé por Dani, no puedo explicar por qué quise leer primero su mensaje, antes, incluso, que el de Sebas.

DANI:

- Hola, pequeña, ¿qué significa este mensaje que me enviaste: "no sabes cuánto te necesito?... ¿No puedes coger un avión y venir?" ¿Algo va mal?

EVA:

- Perdona por no haber contestado ayer. No sé qué me está pasando, Dani. No puedo controlar cosas que estoy sintiendo, es todo muy raro. Desde que he llegado, nada me concuerda, mi vida en Madrid, y la persona en la que me había convertido, con la que aquí estoy siendo. Me asusta el golpe de la caída, me da pavor pensar que, este chute de vida, me va a pasar factura, y me da miedo no tener fuerza para evitar echar todo por la borda... Lo superaré, Dani, sabes que soy fuerte, aunque hay golpes que dejan una cicatriz de por vida, y yo de eso sé un poco, pero Ángel no será capaz de atravesar esta coraza, por mucho que se empeñe, aunque ni yo misma reconozca contra qué estoy luchando. Te quiero.

Y tras contestarle a él, pasé a Sebas.

SEBAS:

Nena, espero que esta noche haya sido, para ti, la mitad de buena que ha sido la mía. No dejo de mirar tu foto... y hay alguien que se alegra, incluso más que yo, de que me la hayas enviado... dice que espera más.

Te necesito, te quiero, y te echo de menos. No te lo digo mucho, la verdad es que, últimamente, no te lo digo nada, pero es difícil para los dos; esta situación casi nos pudo, pero lo vamos a superar, nena, lo vamos a hacer. Ahora lo veo clarísimo, has tenido que marcharte a miles de kilómetros, para que me entre un miedo a perderte completamente irracional, e infundado, lo sé, pero lo tengo desde que te fuiste, no puedo explicar a qué se debe, pero me ahoga cada día. Te quiero, nena, dicen que no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde, y ahora, más que nunca (más que antes, incluso), te siento lejos, y no es la distancia la que me separa de ti, es una sensación que siento dentro de mí, y me angustia.

Tenemos toda la vida para arreglarlo, lo vamos a hacer juntos. Como siempre. Como todo.

Te quiero, nena. Te espero. Te amo. Todo te lo he dicho con canciones, escúchame una vez más...

tú ya me entiendes:

https://www.youtube.com/watch?v:6DPRn9pRVwo&feature:youtube_gdata_player

Que me hubiera adjuntado el enlace de una canción, me hizo cerrar los ojos y contener la respiración. Así, enviándome canciones, cada día, durante veinte días, fue como me conquistó. Esta vez, Alejandro Sanz había escrito la canción perfecta: *Mi soledad y yo*. En mi pecho se enmarañó un nudo, y mi estómago dio un vuelco, recordando... Él, nuestras canciones, nuestra historia; corrí al baño a vomitar, pero no me salía nada.

Me lavé la cara, mientras la canción seguía sonando. Volvieron las arcadas y, esta vez, terminé vomitando bilis. Volví a lavarme la cara, no podía hacerle esto, ¡no podía!

«*Se acabó*»

Esa tontería que me traía con Ángel, terminaba allí. Tenía que sacar fuerzas de dónde fuera, pero no podía seguir dándole alas, había más gente a la que dañaría, y no podía ser egoísta. ¡No! Tenía que sacarlo de mi cabeza, tenía que olvidarme de él, como fuera.

Me vestí, para salir a correr. Necesitaba despejarme, y correr era lo más acertado en ese momento.

Salí del hotel, me puse los cascos, crucé la calle, y ya estaba en la playa, la hermosa playa *Porto da Barra*. No era muy extensa, para todo lo que yo necesitaba correr, unos seiscientos metros de arenal, así que iba a tener que recorrerla varias veces. Cuando corría, pensaba con más claridad, y ahora necesitaba pensar mucho, mucho, mucho, en todo lo que había pasado, y en todo lo que iba a pasar, a partir de ese momento.

Necesitaba pensar en Sebas, en si volvería a sentir, por él, lo que un desconocido me había hecho sentir en cuatro días. Sabía que la respuesta estaba en esa parte de mi vida en la que no podía pensar, en esa parte que me dejaba sin aire, sólo con recordar esa serie de números que ocuparon mi cabeza durante tanto tiempo... Y ahora, ahora me sentía lejos de ese dolor... con él me sentía diferente, libre y, admitir esa realidad, dolía. Dolía porque me hacía sentir horrible, mala, me hacía sentir triste por creer que todavía podía volver a ser feliz. Llevaba tantos meses sumida en la pura mierda, que dejar de olerla, tan rápido, me aterraba, pero es que sentirme así era tan maravilloso... Recordar en lo que me había convertido, me daba miedo, y no quería volver a ser esa persona. ¿Por qué mi vida tenía que ser blanco o negro?, ¿por qué era todo, o nada?, ¿por qué no había matices?, ¿por qué no supe indicarle cómo debía ayudarme?, ¿por qué dejó que lo superáramos a mi manera, si nunca nada se hacía como yo quería?, ¿por qué no luchó más?...

Me odiaba a mí misma por no ser capaz de salir adelante, como mi marido estaba consiguiendo, por no ser capaz de reponerme como él, y tener que fingir, para aparentar una normalidad que me hundía, que me oprimía, que me irritaba, me entristecía, me hacía llorar, y me superaba.

No me reconocía... ya no reía, no tenía ganas de hacer nada, nunca. Hacía todo lo que fuera para no volver a escuchar la dichosa pregunta «*¿Qué tal estás hoy?*», ni la puñetera afirmación, que me

hundía aún más en mi agonía *«te encuentro mejor, más animada»*. No quería que, en nuestros encuentros con amigos, el tema de conversación fuera yo, ni lo que podía haber sido mi familia. Quería superar ese dolor, y olvidarme de todos esos meses. Olvidarme de todo... menos de ella. De la sensación que tuve llevándola dentro de mí, de lo maravilloso que fue compartir mi cuerpo con el suyo, de haberla sentido. La sensación de ser madre, desde que sabes que estás embarazada, eso no quería olvidarlo nunca, porque no se repetiría jamás. Perderla, perderla y haberla tenido tan dentro de mí. Perderla y no volver a tener más oportunidades ... Me sequé las lágrimas, sin dejar de correr, y empecé a contar: 12:34, 12:34, 12:34, 12:34, 12, 34, 12, 34, 12, 34, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4... y grité, sin importarme si alguien podía tomarme por loca, porque no era capaz de deshacerme de la sensación de sentir que me faltaba la vida, que me faltaba mi vida, que me estaba muriendo un poco cada día, y mi marido... mi marido no entendía qué me pasaba, y yo me moría de pena. No entendía por qué no intentaba superarlo como él, y me miraba, y callaba, unas veces, o me miraba, y se enfadaba, otras, y sus palabras eran siempre las mismas *«ya pasará, Eva, ya lo verás, tiempo al tiempo»*. Seguía corriendo, y llorando, pretendiendo escapar de unos sentimientos que me ahogaban, pero no era capaz... hasta que pensaba en él... en el día que llegué, que parecía que hacía tanto tiempo, y tan solo habían pasado cuatro días. Pensé en cómo me hacía sentir, y olvidaba mi tristeza cuando, Ángel, ocupaba mi cabeza, me olvidaba de mi ansiedad, y de mi pena. Y sólo me irritaba cuando sentía cómo era capaz de despertar mi cuerpo; entonces volvía a hundirme en mí misma, y volvía a desbordarme todo, cuando eso pasaba, porque me sentía la peor persona del mundo, porque a Sebas le quería, le quería con mi vida, pero mi vida me estaba matando, y eso me ahogaba lento, lento, muy lento, y me costaba respirar, porque la culpa me oprimía, me asfixiaba, me abría en canal, me hacía correr más fuerte, para escapar de ella, pero no existía playa, suficientemente larga, ni velocidad, suficientemente rápida, para poder ganarle a esa sombra, que me llevaba cubriendo muchos, demasiados, meses.

Quería arreglarlo, quería que se fuera, quería llegar, de ese viaje, siendo la que era, quería disfrutar de mi marido, y que se me notara cuánto le quería, quería volver a desearlo, sin tener que fingir, quería hacerlo porque lo amaba, porque estaba enamorada de él, porque el sentido a todo mi mundo, siempre se lo había dado él.

Seguía corriendo, y recordando nuestra historia. Al principio, había sido todo muy rápido, en apenas un mes me enamoré, perdidamente, de él, de su angelical cara, de su apetecible cuerpo, su saber estar, su aplomo, su poder de convicción, su forma de besar, y de conquistarme. Tras caer en sus redes, mi vida cambió, me adapté, y amoldé, a él y, de mi antiguo yo, sólo me quedé con Dani. Él no me lo pidió, pero sabía que, si no lo seguía, lo nuestro no tendría futuro, porque su carácter era mucho más fuerte que el mío, porque él tenía las ideas mucho más claras, y a mí me gustaba su seguridad, y la madurez con la que afrontaba la vida. Pronto me metí en su círculo de amigos,

gente que nada tenía que ver conmigo, porque pertenecían a un mundo donde el dinero tenía demasiados ceros tras la primera cifra, un mundo de apariencias, cenas, cócteles, galas... El bufete para el que trabajaba, no llevaba casos para la gente de a pie, sus clientes eran vip y, sus casos, millonarios. Me fue difícil adaptarme pero, Sebas me ayudó. Él decía que tampoco le gustaba ese mundo irreal, pero nos daba de comer, y muy bien, por cierto. Mientras yo no empecé a trabajar, para la multinacional, dependíamos sólo de su nómina. De ese mundo, me llevé lo mejor, a Vero, que me enseñó a diferenciar a las hienas, de las arpías, unas malas, y las otras peores, me decía que no había una que se salvara, y que supo que yo era diferente, en cuanto me vio.

Cuando Pedro formalizó su relación con Vero, y quiso que la conociera, recuerdo que tuve miedo. ¿Y si no me caía bien? ¿Y si era como las demás? ¿Y si no congeniábamos? ¿Y si, por mi culpa, se enfriaba su amistad?... menos mal que nada de eso sucedió, porque Vero no era como imaginaba en mis peores pesadillas; Vero era leal, sabia, divertida, loca, y desconfiada (y lo resalto como virtud). Congeniamos tan bien, que nos hicimos inseparables.

Durante los primeros años, recuerdo que nuestra vida era perfecta, tan, tan perfecta que yo no me lo podía creer. Estaba en una nube. Entré a trabajar en mi actual empresa, gracias a un compañero de Sebas, que conocía a uno de los socios accionistas. Me gané mi puesto, demostré que valía, y me ascendieron a base de trabajar mucho, y muchas horas, en algo que me encantaba, y no me suponía ningún esfuerzo quedarme más tiempo, del que mi jornada establecía.

Sebas también hacía horas en el bufete, así que aprovechábamos, el poco tiempo que teníamos juntos, al máximo.

Viajábamos mucho, casi todos los fines de semana íbamos a algún sitio, bien por España, o por Europa; desde Madrid es muy fácil encontrar chollos que no puedes rechazar.

Cuando no viajábamos, íbamos al cine, teatro, a ver algún musical, algún monólogo, alguna exposición, algún museo... nunca estábamos en casa, nunca.

Y un día, nuestro cuento empezó a cambiar...

Cuando aborté, la primera vez, no pude imaginar que el dolor, que esa pérdida nos provocó, podría verse ninguneado por todo lo que vino después; desde el segundo aborto, pasando por la impotencia de ver pasar los meses, y no conseguir volver a quedarme embarazada... hasta lo peor... ¡¡que tuve que parirla, joder!! Que me importaba una mierda que me dijeran que nunca más podría tener hijos, ¡¡qué coño me importaba eso!! Yo sólo la quería a ella, que me la devolvieran dentro, que me dejaran sentirla un poco más... ¡¡que de tanto que me duele, no puedo pensarlo!! No puedo, ¡¡es que no puedo!! Y empecé a callar, a callar porque hablar me apartaba de mi dolor, y eso no podía ser. Empecé a dejar de sonreír, porque el simple hecho de escuchar una carcajada, me encogía el corazón. Empezó a sobrepasarme la pena, y a cubrirme la tristeza, ni por la cabeza se me pasaba que mi vida fuera de otra manera.

Dejé de escuchar a mi marido, un día me sorprendí preguntándome desde cuándo no lo oía, y no supe responderme, ¿estaba empezando a volverme loca, o él había dejado de hablarme?... fue entonces cuando vinieron a casa, Vero y Dani, y me dijeron que, o reaccionaba, o lo poco que me quedaba, también lo perdería.

No podía perder nada más, no podría soportar más dolor, tendrían que ingresarme, o ponerme a tratamiento, y entonces, ya todo se acabaría, terminaría mis días ida por completo. Así que, como hablarlo no era una opción, empecé a fingir, a intentar que todo volviese a ser lo más normal posible, para que las preguntas cesaran, para que el dolor encontrara su sitio, dentro de mí, y dejara de extenderse. No era feliz, pero era menos infeliz que cuando decidí callar. Estaba segura de que el tiempo, y su paciencia, conseguirían que mi vida fuese soportable.

Y de repente, después de meses bajo ese pánico, llegué a Bahía y, un hombre, un don Juan de tres al cuarto, se cruzó en mi vida, y su cuerpo provocó corriente en el mío, activando zonas que llevaban meses aletargadas, y me hizo despertar. No podía ser más diferente a mí, no podía ser más diferente a Sebas. No podía ser mi salvavidas, ese hombre.

Ángel había conseguido que, en mí, algo volviera a girar, y el mecanismo ya no podía detenerse... ¿debía agradecersele? Dicen que cuanto menos sepas, más feliz vives, yo nunca lo creí, pero empezaba a tener mis dudas... si él no me hubiera abierto los ojos, quizás nunca hubiera despertado de mi pesadilla, quizás...

Paré de correr, ya ni sabía las veces que había recorrido la playa, de una punta a otra, estaba exhausta, me doblé, con las manos sobre la cadera, y respiré agitadamente. Estaba completamente empapada en sudor, y no era capaz de normalizar mi respiración. Me senté en la orilla, sobre la arena dura, y mojada, sin importarme mojar las mallas, y miré fijamente al mar, vaciando mi cabeza de todo lo demás, dejando que mi mente descansara un rato; sólo miraba el mar, y las olas, el mar, y su olor, su olor a sal, el mar, y su sonido, su sonido a bravura, a libertad, a gaviotas... el mar siempre me daba paz, me recordaba veranos de risas, sin preocupaciones, me retrotraía a una época donde, en mi vida, no existían los problemas.

Cuando ya podía respirar con normalidad, me levanté, y envié un mensaje al grupo de los chicos, LO Q PASE N BAHÍA.

- *Hola, chicos... ¿Aún me habláis? ¿Aceptaríais mi compañía? Prometo comportarme como una loca veinteañera.*

- *¡¡Hola, Evita!!*

- *Hola, bomboncito.*

- *¡¡Hey, guapa!! ¿Te animas, entonces?*

- *¡¡Ya estás tardando en venir!!*

- *¿Dónde estáis? – tecléé.*

- *Desayunando, o comiendo, no sabría diferenciarlo desde hace un par de días.*

- *¿En el hotel?* – escribí sonriendo.

- *No, estamos en un local saliendo del hotel, a mano derecha, en la primera bocacalle, se llama Moro.*

- *Morro, se llama Morro.*

- *Está bien, ¿voy por ahí, o estáis acabando? Tardaré unos quince minutos* – envié el mensaje, antes de cruzar la calle para llegar al hotel.

- *Aquí estaremos.*

Ducha rápida, bikini, vestido, sandalias, bolso, toalla, crema y gafas.

«*Lista, allá voy*»

Cuando entré en el Morro, los chicos se giraron, me silbaron, piropearon, y me hicieron sentir la mujer más guapa, y sexi, de todo Bahía.

- ¡Hola, chicos!

- Ante el producto nacional, que se quite todo lo demás.

- Gracias, niños, lo que yo necesitaba, unos buenos piropos españoles.

- ¿Dónde te has metido, Eva? Desde el desfile no sabemos nada de ti.

- Pues... me perdí, pero ya no volveré a hacerlo – me prometí.

- Eso suena más a propósito, que a respuesta.

- Veinteañeros y atentos... ¿Las bahianas están ciegas, o qué? – dije sonriéndoles.

- Demasiada competencia local, todos marcados, fibrosos, bronceados...

- Y medio desnudos, no te olvides – puntalicé.

- Eso, medio desnudos... no tenemos mucho que hacer, debemos esperar hasta el final, y escoger entre lo que queda.

- No seas cretino, habla por ti, no todo el mundo viene a pillar cacho, otros venimos a otras cosas.

- Sí, a ver las puestas de sol, y a coger colorcito... ¡¡Serás nenaza!!

- ¡¡Vamos, chicos, haya paz!! – intervine.

- ¿Picas algo de lo nuestro, o pides otra cosa?

- Voy a comer de lo vuestro, tengo cuatro platos de donde rapiñar... ¡¡prefiero guardar el dinero para ron!! – mi comentario nos hizo reír.

- Bueno, bueno, bueno, pero ¿qué te han hecho? Te han cambiado, ¡¡nos han cambiado a nuestra Eva!! – Jose elevó su voz, como buscando anunciar su comentario.

- Yo me quedo con esta – dijo Gonzalo, como si me conociera de toda la vida.

- Y yo – respondí sonriéndole.

Estuvimos en el Morro, una hora más, después fuimos a un kiosco, que son unos puestos callejeros, donde venden coco, y cogimos tres, los compartimos, nos sentamos en unas sillas de plástico, apoyamos los pies en una repisa de cemento, y bebimos, y comimos el coco, mientras mirábamos hacia el mar.

Tras la parada, bajamos a la playa, nos untamos de crema, nos bañamos, nos reímos, nos volvimos a bañar, nos revolcamos en la arena, y corrimos hacia el hotel, porque era tarde, y queríamos prepararnos, para ir al desfile de esa noche.

Vimos desfilar a las comparsas, gritábamos, y bailábamos, como locos, nos dejábamos llevar por la euforia local, por las ganas de fiesta, y de carnaval, que se respiraba en todo Bahía.

Lo estaba pasando como nunca, sin preocupaciones, sin marido, sin Ángel... aunque, a este último, no lograba alejarlo del todo.

- ¿Nos vamos ya a las barracas, a encharcarnos a caipiriñas?

Las barracas eran unos puestos de venta de bebidas, que se encontraban en plena calle.

- Venga, vamos, esto ya se ha acabado, y yo estoy seco.

- ¿Dónde están esas barracas, chicos?

- Al pie del *Farol da Barra*, vas a ver cómo te encanta el ambiente y la música.

- Y las caipiriñas están de muerte, ayer perdí la cuenta de cuantas me bebí... ¿Catorce? ¿Quince?

- ¡¡Yo, si me bebo cuatro, ya no podré contarlos!! – pensaba en Vero, en si ella estuviera allí, los dejaría a todos en bragas, porque se queda sola bebiendo, es una esponja.

- Entonces te beberás seis – dijo Gonzalo, entre risas.

Llegamos, dando un paseo, hasta las barracas, pedimos una ronda de caipiriñas, y después otra más, y otra, volvimos a repetir y, al final, nos tomamos la que dijimos que sería la última, pero que nunca lo es. Me rendí a la quinta, ya no era ni muy consciente de mis actos, ellos repitieron unas tres, o cuatro más.

Jose estaba muy acaramelado, bailando con una bahiana, y Quique se había liado con una americana de Texas, o Arizona, no recuerdo, sólo sé que me encantaba su vestido, recuerdo que era tan vaporoso, que cada vez que daba una vuelta, bailando, me quedaba hipnotizada viéndolo... el alcohol altera, de un modo raro, los sentidos.

Cuando recuperé, un poco, la cordura, les dije a Gonzalo, y Ricardo, si se venían conmigo a otro sitio y, por sitio, me refería al Forte, recordaba el nombre de ese local porque Candela me había dicho, en el trabajo, que había estado allí con Ángel, pero, sobre todo, porque él lo había escrito en uno de sus SMS, y yo... yo me moría de ganas por verlo.

- ¿A dónde quieres llevarnos, mala mujer? Gonzalo y yo, aquí no tenemos nada dónde rascar, así que te seguimos.

- Pues nos vamos al Forte – y hablaron mis ganas.

- ¿Dónde está?

- Humm... no sé – pero, en ese momento, no había obstáculo alguno que pudiera impedirme llegar allí, ni siquiera no tener ni idea de dónde estaba el local.

- Pues bien empezamos, Eva.

- Pero estará bien el sitio, ¿no?

«Estará él, tengo un presentimiento, lo demás poco importa»

- Le preguntaré a alguna de estas niñas, a ver si saben. Oye, guapa, ¿sabes dónde está un local que se llama Forte? - preguntó Ricardo, a una de las chicas.

- Vamos ahora para allí; si os apetece acompañarnos, podemos ir juntos.

- Perfecto, vamos con ellas, ¿no?

- Sí, claro - respondimos Gonzalo y yo.

Llegar hasta al Forte nos llevó bastante tiempo, hacíamos paradas cada dos por tres, para seguir bebiendo caipiriñas... ¡¡No sé cuántas pude beber!!... ¿Diez? Demasiadas, sólo sé eso, demasiadas. Me reía sin parar, caminaba no muy derecha; ya hacía mucho tiempo que no recordaba habérmelo pasado tan bien, y sentirme tan yo. No es que mi estado natural fuese estar ebria, pero el haber bebido tanto, me producía la sensación de libertad que necesitaba, para afrontar lo que me quedaba de noche.

- Aquí está el Forte, ¿preparados para *a loucura*? – anunció una de las chicas, ante la puerta de un local.

Ricardo se quedó fuera, él y una tal Amelia, una niña monísima, que me recordó a Vero bebiendo... un peligro para la salud, y para el bolsillo.

Entré con Gonzalo, y dos niñas de Bahía. Creo que, o Gonzalo las convencía para hacer un trío, o no iba a conseguir que ninguna dejase sola a la otra, para liarse con él, así se lo hice saber.

- Gonzalo, te voy a buscar tu polvo de hoy, o te quedarás sin mojar. Éstas no tienen pinta de querer hacer un trío.

- ¡Hey, Eva, para, para, para!, no me busques nada, quédate aquí, tranquila, baila un poco, y espérame mientras voy a buscar algo de beber.

Le hice caso, me quedé donde me había dicho, le esperé mientras iba a buscar la bebida, pero no bailé... lo buscaba a él; recorría el local, deseando encontrarme con su mirada, deseaba sentir esa punzada en mi pecho, al verlo, lo necesitaba; necesitaba sentir el escalofrío que me recorría entera, cuando lo tenía cerca.

Ni rastro de Ángel, allí no estaba, no podía sentirlo, ¿había caminado tanto para nada?, había dejado que el destino actuara a su antojo, y el destino no se puso de mi parte, una vez más... o sí... igual era lo mejor para todos, no verlo en unos días.

- Toma – me ofreció Gonzalo.

- ¿Y este agua? – pregunté incrédula.

- Eva, creo que, por esta noche, ya no deberías beber más.

- Anda, dame eso para aquí, y guarda el agua para la vuelta al hotel, nos va a hacer falta.

Cogí su caipiriña, y casi me la bebí de un trago.

- ¡¡La madre que te parió!! ¡¡Estás fatal!! Vamos, a esta invitas tú, pasa a la barra a pedir, voy a ver si convengo a éstas, para lo del trío... ¿te apuntas? Puedo con las tres, advierto.

- Gonzalo, si consigues que esas dos se acuesten contigo, te prometo que me uno.

No podía creer lo que le había dicho, igual tenía razón y debía beberme el agua...

- Voy a aplicarme tanto, que vas a desear no haber hecho esa promesa.

Empecé a reírme, y a girar en círculos, agarré la botella de agua para, en vez de beber, echarme un chorro por encima. El alcohol estaba haciendo estragos en mi comportamiento.

Gonzalo no podía cerrar la boca, estaba alucinando. Le devolví el agua, la cogió, sin apartar sus ojos de mí, le sonreí, sentí un escalofrío de arriba abajo, probablemente provocado por el frío glaciador de la temperatura del agua que, todavía, resbalaba por mi cuerpo, y me agarró del brazo.

- Eva, ¿qué ha significado esto?

- Ha significado que igual tienes razón, y no debería beber más – resoplé y agarré, entre mis dientes, el labio inferior.

- Joder, Evita, como te las gastas...

No sé si fue el espectáculo que di, lo que provocó los celos de las niñas, pero el caso es que las dos se acercaron a Gonzalo, y se pusieron a bailar con él, de un modo más sexual que sensual.

- Voy a la barra, tú sigue con tu reto, a ver si al final me voy a tener que comer mis palabras...

- Eva, es mejor que me traigas, rápido, la caipiriña, porque, de tanto tener la boca abierta, estoy seco.

- Ahora vengo, Gonzalo – con un gesto de mi mano, me alejé de él.

Me hice un hueco en la barra, gracias a la sonrisa, y a los «*perdón, ¿me disculpa?*», ser mujer es una maravilla, en casi todas las situaciones.

- Oye, guapo ¿me pones dos caipiriñas? – sí, la de «*Oye, guapo*» había sido yo.

- Te pongo lo que quieras.

- Pues eso, dos caipiriñas – le guiñé un ojo, y me miré las manos, que tenía apoyadas sobre la barra, mientras esperaba.

«*Caray con el camarero*»

- Aquí tienes, preciosa.

- ¿Cuánto es? – me puse de puntillas, al preguntárselo.

- Estás invitada.

- Gracias, así da gusto, dentro de un rato vuelvo – y le guiñé un ojo.

- Lo siento, se me han adelantado, no he sido yo – se inclinó en la barra, pegándose mucho a mi cara, y se dirigió a mi oreja – ha sido el chico de la esquina - y señaló hacia su derecha.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, exactamente igual al que, minutos antes, había sentido cuando me eché el agua por encima. Ahora entendía que ambos habían sido provocados por lo mismo...

Él.

Se me cortó la respiración, cuando dirigí la mirada hacia el sitio que me había indicado el camarero; el corazón acelerado, como todas las veces que él se encontraba cerca, las piernas me

temblaron, sólo él tenía ese efecto sobre mí.

Ángel estaba apoyado en la barra, sobre su brazo izquierdo, agarraba una botella de agua, con la mano derecha, que levantó, como brindando a mi salud; su cabeza ladeada, su sonrisa perfecta, y su torso desnudo. Me iba a morir, me moría un poco cada vez que lo veía. ¿Qué hacía sin camiseta? ¿Es que iba sin camiseta a todas partes excepto al trabajo? ¡Y menos mal que era así!

Bajé la vista a las bebidas, que me acababan de servir, agarré las dos caipiriñas y, cuando iba a girarme, sentí un cuerpo que me aplastaba, bruscamente, contra la barra.

- ¡¡Estoy muriendo de sed!! ¿Por qué coño tardas tanto?

- Aquí tienes. Me entretuve hablando con el camarero – puse su bebida entre mi cuerpo y el suyo, para obligarle a separarse.

- Venga, vamos a la pista, este local está de muerte, ¡¡me encanta!! ¿Quién te habló de él?

- En el trabajo, escuché a alguien decir que estaba muy bien – mentí.

Agarró mi mano, y tiró de mí.

- Gonzalo, necesito ir al baño, ahora te busco en la pista – me disculpé.

- No tardes, ¿te llevo la copa?

- No, la beberé por el camino – le sonreí.

Pasó su brazo alrededor de mi cuello y, doblándolo, acercó mi cara a su boca, para besarme en la mejilla, demasiado cerca de los labios. Se separó, y me dio una palmada en el culo, a la vez que se giraba hacia la pista, y desaparecía entre la multitud.

Tenía que hablar con él, y poner freno a su confianza, pero ahora, otra persona ocupaba mi cabeza, mi cuerpo, mi todo...

«Allá vamos Eva, ahora o nunca»

Cogí mi copa, y volví a mirar hacia la esquina de la barra. Ángel, seguía allí, mirándome. Ahora había una chica que le hablaba, yo sólo le veía su espalda, y cómo gesticulaba, se tocaba el pelo sin parar, haciendo, y deshaciendo, una coleta, que nunca llegaba a atar. Ángel se reía, imagino que en respuesta a lo que ella le estaba contando, a veces también la miraba, fugazmente, como para que no se sintiera ignorada.

Me envalentoné y, caipiriña en mano, caminé hacia donde estaba.

Él se dio cuenta, y se puso recto, cambió su pose y, cuando estaba llegando, vi que despedía a la chica con un par de besos. Ella se abrazó a él... y él me miraba a mí. Me hubiera muerto, si esa chica insignificante hubiera sido yo.

Cuando ella se giró, para marchar, nos vimos cara a cara. Me quemó su mirada, me dejó helada su frialdad.

- Hola, Eva.

- Hola, Candela – apreté mis dientes, y solté el aire por la nariz.

- Veo que has mordido el anzuelo.

- ¿Cómo dices? – no quería entender.

- Te dejo en buenas manos, en las mejores.

- Adiós, Candela – entorné mis ojos, y resoplé sonoramente.

Se rio y, acercándose, como para darme un beso de despedida, me dijo:

- Mucho cuidado con lo que haces, mucho cuidado.

Se giró hacia Ángel y, con la mejor de sus sonrisas, llevando su mano a la boca, le lanzó un beso.

No había entendido su “*advertencia/amenaza*”, por lo que decidí apartarla de mi mente; ahora mismo sólo pensaba en él, en el momento en que nos miramos fijamente, en ese momento nada más importaba, todo daba igual, sólo él y yo, sin horas, sin días, sin recuerdos, sin compromisos, sin tener que dar explicaciones. Me sentía libre, nada me pesaba, todo me sobraba, él me hacía flotar y, mejor aún, no podía ser racional, sólo ser yo misma, dejarme llevar por mi deseo, mis instintos, mis necesidades... Estaba ebria, no era una excusa, pero si él conseguía alterar mis sentidos, sobria, en el estado en el que me encontraba, no sabría hasta dónde podría ser fuerte.

Tomé aire, y me acerqué, hasta quedar prácticamente pegados.

Ángel, volvió a su postura desenfadada, inclinándose en la barra, sobre sus antebrazos.

- Hola, Eva – su sonrisa torcida, su mirada desde abajo, su voz... la trampa.

- Hola – mi voz temblaba tanto como yo.

- ¿Qué te trae por aquí? – tensó los músculos de sus brazos, para desenroscar el tapón de la botella que sostenía, y beber de ella. No pude hablar hasta que acabó todo el proceso.

«*Tú*»

- Salí con unos amigos, y recordé que, en la obra, alguien mencionó este local – ¿habría notado mi mentira?

- Mientes – sí, lo hizo.

- ¿Cómo dices? – abrí mis ojos en exceso, como si la mentira la hubiera dicho él.

- Que mientes – sonaba tranquilo, pero su sonrisa había desaparecido.

- ¿En qué miento?

- Hola, Eva – dobló uno de sus brazos sobre la barra, a la altura del codo y, cerrando su mano en un puño, apoyó en ella el peso de su cabeza, mientras me miraba.

- Pero ¿¿qué haces?? – elevé mi voz, en exceso.

Se quedó callado, mirándome, con una amplísima sonrisa en su rostro, ¡¡era tan jodidamente sexi, que no podía verlo mucho tiempo, sin morir de deseo!!

«*¡¡Está loco!! ¿¿¡¡Qué quiere!!?? ¿¿Por qué se queda callado??*»

- Ángel, ¿qué haces? ¿Es que no vas a hablarme? – apreté la madera de la barra entre mis dedos, sujetando mis ganas de romper los escasos centímetros que nos separaban.

- No, si me mientes. Háblame, pero para decirme la verdad. Te estoy dando la oportunidad de volver a empezar... Hola, Eva – se repitió.

- ¡Y dale!, estás un poco insoportable, ¿no? – dije, mientras me bebía un larrngo trago de mi copa.
- Y tú un poco borracha, y sigues mintiendo, así que se va al traste el dicho de que los borrachos nunca mienten... contigo todo se va al traste, E V A – volvió a pronunciar mi nombre de *aquella manera...*

- ¿Eso no es bueno? – lo miré con cautela.

- Pues no lo tengo muy claro.

Se giró, poniéndose de frente a la barra, apoyando, nuevamente, ambos antebrazos sobre ella, dobló su pierna derecha, y la pasó por delante de su otra pierna, provocando que su culo sobresaliera de su figura. Creo que estuve sin respirar todo el tiempo que tardé en recorrer su cuerpo, de los pies a la cabeza. Entre sus manos tenía la botella de agua, con la que jugueteaba, pasándosela de una a otra.

Me pegué a él, pero no se movió, como yo pensaba que haría, así que pasé mi mano por su espalda desnuda, recorriéndola con la yema de mis dedos, hasta que llegué a la goma de su pantalón, que era como el de la noche anterior, de un algodón muy fino, que apenas lo rozaba. Sentí como su piel se erizaba, bajo mi contacto, noté como cambiaba el peso de su cuerpo, y se agitaba su respiración. Apoyó la botella sobre la barra, y se frotó la cara con ambas manos, desesperado, antes de girarse hacia mí.

- Lo has escuchado en la obra, porque te habló de este sitio Candela, y has venido para verme, porque te dije que me encontrarías aquí. Tú no has venido con unos amigos, estás con dos chicas de aquí, que habrás conocido esta misma noche, y un *amigo* – pronunció, esa palabra, con un tono diferente - el cual se muere por ser algo más, si es que no lo ha conseguido ya.

Aparté mi mano, bruscamente, del elástico de su pantalón, le golpeé el hombro, y lo desequilibré un poco.

- Ni se te ocurra tratarme como una cualquiera, ni se te ocurra hacerme sentir así, porque no me conoces una mierda – le mantuve la mirada, a pesar que los ojos se me llenaron de lágrimas.

Ángel se había girado completamente, vi desconcierto en su mirada, me agarró las muñecas, con sus manos, sin mirar siquiera hacia ellas, como si llevara toda la vida haciendo ese gesto, pero las retiré.

- Llevo más de trece años con mi marido. NUNCA, NUNCA, NUNCA le he sido infiel, porque nunca he sentido nada parecido a lo que siento cuando te veo. No rompas la magia, no lo hagas, porque eso es lo único que me retiene aquí, en este momento, la magia que siento cuando estamos juntos. Yo no soy con nadie como soy contigo – tras haberme desnudado, de ese modo, no me quedaba valor para hacerle frente a su mirada, así que tomé mi copa, y la acabé de un trago - Esto es un error, tú eres un error – dije, con tanta convicción, que me dieron miedo mis palabras.

Antes de terminar de girarme, para marchar de su lado, Ángel me agarró por un brazo.

- Lo siento, ha sido por la manera en la que te tocó ese "*amigo*", no me pareció muy inocente, no

tengo ningún derecho, pero me ha sentado mal, por eso te he hablado así, no es una excusa, es la pura verdad.

- ¿Te ha sentado mal? – estaba perdida, no lo entendía, o sí, pero necesitaba escuchárselo decir a él.

- Yo no soy así, Eva. Yo no siento de esta manera; yo quiero y, lo que quiero, lo tengo, pero no deseo con esta intensidad, nunca lo hice, hasta que me tocaste en el hombro, hace cuatro días. Sé que no te conozco de nada, sé que estás casada, sé que te vas en once días, y sé que voy a complicarnos la vida, pero no puedo, ni quiero, evitar sentir como me siento. Contigo es diferente, todo es diferente, yo soy distinto, ni me reconozco, te juro que, si pudieras meterte en mi cabeza, verías que no te miento, no puedo dejar de pensar en ti, y no entiendo el por qué.

«Buff, buff, buff, necesito aire, me estoy mareando»

Apoyé mi mano en la barra, para evitar caerme.

- Me tengo que marchar – esa fue mi respuesta.

- Pero...

- Lo siento. Lo siento, pero no puede ser, yo no... - no terminé la frase, me di la vuelta y me alejé de él.

- ¡Eva!

Escuché que me llamaba, y me paré, giré mi cuerpo para volver a verlo, y sentí la necesidad de saber qué es lo que vendría después de mi nombre.

- ¿Qué? – pregunté.

Su rostro mostraba una seriedad que aún no le había visto, su mandíbula se marcaba, por la fuerza que sus dientes hacían entre sí, y en ningún momento apartó su mirada de la mía.

- ¡¡A la mierda!! Te llevo al hotel – cerró los ojos, y vació el aire de su cuerpo en una espiración.

- No es una buena idea, Ángel.

- Tu amigo no va a hacerlo.

Miré hacia la pista y sonreí, ante el baile que se estaban marcando los tres.

- Ya nos veremos, necesito caminar. Gracias - le dije, a modo de despedida, pero sentí la corriente de su mano en mi muñeca, sujetándome. Volví mi cara hacia él.

- Te acompaño, no voy a dejar que te vayas sola, olvídale. Puedo ir a tu lado, o unos pasos por detrás, pero voy a ir.

Llené mi pecho de aire, y cerré los ojos, pero tuve que abrirlos rápidamente, para mantener el equilibrio.

- Está bien, aunque te advierto una cosa, como intentes algo, dejaré de confiar en ti – le advertí.

Sonrió, y se frotó un ojo, con el dedo anular.

- Más quisieras tú, ¡anda!, ve a decirle a tu *amigo* que te largas. Te espero en la puerta, ¿sabrás llegar?

Le eché una mirada, cargada de soberbia, y caminé, no muy recta, hacia la pista.

- Gonzalo, me voy.

- Pero ¿qué dices? ¿Te encuentras mal?

- Un poco.

- ¿Quieres que me vaya contigo?

- No, tranquilo, tú disfruta con tus amigas, mañana ya me cuentas.

- Te acompaño a buscar un taxi.

- No, no quiero taxi, me voy caminando – creía que no iba a ser capaz de librarme de su protección.

- ¿¿¿Hasta el hotel!!?? ¿Estás loca? Me largo contigo.

- Gonzalo... ya me acompaña alguien – mejor decir la verdad...

- Iré yo con ella, ¿Gonzalo, verdad? Soy Ángel, encantado.

Me giré, atónita, cuando escuché su voz, y volví a sentir su mano agarrando mi muñeca. Con la otra se saludaron. Menos mal que ya tenía su pecho cubierto por una camiseta; estaba dudando si el alcohol me había jugado una mala pasada y, en realidad, nunca estuvo sin ella...

- Bien, en ese caso, me quedo. ¿Mañana te esperamos para ir a la playa? – me hablaba a mí, pero no apartaba los ojos de Ángel.

- Sí, por supuesto.

Me despedí con dos besos, y salí del Forte con Ángel; él delante, agarrándome ambas muñecas con sus manos.

Cuando llegamos a la calle, me soltó una, y continuó caminando, a mi lado, agarrándome la otra.

- ¿Por qué has venido? ¿No habíamos quedado en que me esperarías fuera?

- Tardabas demasiado.

Me dio la risa.

- No te rías – tiró de mi hacia él, gracias a su mano en mi muñeca.

- Señor García, ¿no me ha dicho que no le gustan las mentiras? – me burlé, y sonreí.

- Tienes razón, he ido a tu encuentro porque los hombres tenemos una especie de código de honor entre nosotros, con respecto a las mujeres...

Me paré, y abrí mis ojos, mostrando el asombro que acababan de causarme sus palabras.

- Lo que viene siendo marcar el terreno, ¿no?

- En lenguaje coloquial – asintió.

- ¿Cómo puedes tener la desfachatez de hablar de honor, sabiendo que estás acompañando, a su hotel, a una mujer casada? ¿Dónde has dejado tu código ahora? – le miré, esperando mi respuesta.

- Precisamente es lo que estoy haciendo. Velar para que una mujer casada, y EBRIA, llegue a su hotel sana y salva – me sonrió.

Entorné los ojos, poniéndolos en blanco. Él se rascó su barba salpicada.

- Oye ¿por qué no me das la mano?

- ¿Y qué estoy haciendo?

- Esas son mis muñecas. Me agarras por la muñeca.

- ¿Con muñecas a tus años? Vas a tener que empezar a usar otro tipo de juguetes, Eva – negó, mientras reía.

Le mostré mi lengua, acompañada de una mueca.

- Debe ser una mala costumbre – me dijo - ¿Te molesta? – preguntó serio.

- ¿No crees que se ve feo?

- ¿Tú lo ves feo?

- Pensaran que me llevas a la fuerza.

- Pero no lo hago, ¿verdad? – se aseguró.

- No, claro que no – lo tranquilicé.

- Entonces, hazme caso, y que te importe una mierda lo que piensen los demás. Los demás no te solucionan tus problemas, como poco te los crean. Los demás están, como bien dice la propia palabra, de más, así que, cuando estés conmigo, no te preocupes de nada más que de ti, de estar bien – discurso demasiado perfecto, para ser improvisado...

Cerré los ojos, y me dejé llevar unos pasos. Al abrirlos, sólo sentía una necesidad... pero no podía ser.

- ¿Quieres saber mi historia? - me sorprendí a mí misma haciéndole esa pregunta. Estaba dispuesta a hablar, necesitaba hablar con él, quería contarle parte de mi vida, sentía la necesidad de hacerlo, y no sabía por qué a él.

- Sólo si quieres contármela – me respondió, sin dejar de mirar al frente.

Inspiré fuerte.

- He sido feliz, después muy feliz, cuando creía que mi límite de felicidad estaba más que cubierto, pasé a ser inmensamente feliz, pero mi felicidad se vio truncada. ¿Conoces la felicidad plena, Ángel?

- No – y su respuesta era sincera.

- Ni lo harás, los hombres no podéis, los hombres no tenéis útero. El útero es indispensable para la plena felicidad – agradecí que estuviéramos hablando mientras caminábamos, porque no sería capaz de continuar si sus ojos me miraran.

- ¿Tienes hijos? – me preguntó, cauteloso.

Me paré, y miré hacia arriba.

- En el cielo – sentí unas lágrimas por mi cara, que sequé con la mano que no tenía entre sus dedos.

- Lo siento, Eva, lo siento muchísimo – y sus palabras fueron tan sinceras que me atravesaron.

Se colocó delante de mí, y me tomó por ambas muñecas. Tiró de mis brazos, y lo miré, dejando

que las lágrimas resbalaran por mi cara.

- No soy una de tus chicas, Ángel. Mi envoltorio no se corresponde con el regalo que lleva dentro – una sonrisa se camufló en mi cara, desapareciendo tan rápido como un pestañeo.

- Yo también pienso que no eres una más, estoy de acuerdo contigo – me abrazó, y dejó un beso sobre mi cabeza, entre mi pelo.

Inspiré su olor, y me calmé. Cuando nos separamos, volvió a agarrarme por las muñecas, pero antes, me limpié las lágrimas.

- ¿Quieres a tu marido? – le costó preguntármelo.

- Sí, muchísimo. Lo quiero, por supuesto que lo quiero. ¿Crees que no lo hago, verdad? – le pregunté con tristeza.

- No, creo que tenéis un problema, pero, si os queréis, lograréis superarlo – sus respuestas eran sinceras.

- Sebas es... él no es como yo, él es más fuerte, ha sabido reponerse, se ha recuperado, yo sólo necesito más tiempo, eso es todo – bajé la mirada y cerré los ojos.

- ¿Cómo va la historia esa de las parejas, uno llega a la meta, y espera allí por el otro, o se hace el camino juntos, tirando a veces él, y otras tú?

Su pregunta me dolió.

- Has malinterpretado mis palabras, él no me ha dejado atrás, es sólo que esto es muy duro, Ángel, y hay veces que no tienes fuerza suficiente para salvarte tú, y tirar a la vez de la otra persona.

- Ya, a lo *Kate Winslet* en *Titanic* – intentó suavizar el momento.

- No hagas gracias con esto.

- Te lo pregunto porque no estoy muy ducho en estos temas. Las parejas y sus problemas... ¿me entiendes, no?

Respiré, y me cogí a su cabo, para cambiar de tema.

- Lo intento. Háblame de ti, cuéntame algo que me haga sonreír.

- ¿Quieres que te explique, ahora, mi teoría del amor y el sexo? – volvió con su pregunta, el ángel *del infierno*.

- Creo que me lo merezco... - sonreí.

- Sí, yo también lo creo – bromeó.

- Eres un idiota – palmeé su brazo con mi mano.

- Puede, pero me va de lujo – se rio.

Negué, cerrando los ojos.

- Te la explicaré con un ejemplo, ¿te parece? – había cautela en su pregunta.

- Creo que la entendería sin necesidad de ejemplos, no me considero tonta, pero adelante.

- Bien, pues pongámonos a nosotros de ejemplo – la punta de su lengua asomó a sus labios, prendida entre sus dientes.

Suspiré y sonreí. No me sorprendió su ejemplo.

- ¿Te ha quedado claro lo que te dije de acompañarme sin segundas intenciones? – le advertí.

- Cristalino, sólo voy a hablar de un supuesto – me advirtió pero, en esa advertencia, pude ver la señal de la calavera, que colocan en los sitios peligrosos, para que no se toquen, pero que siempre acabamos tocando.

- Ya, ya. Bien, continúa.

- No me interrumpas, ¿podrás hacerlo? – me pidió, deteniendo el paseo.

- No prometo nada – le dije, y continué caminando.

Soltó aire, sonoramente, por la boca, y cometí el error de ver su cara. Su sonrisa volvió a agitar mi cabeza, como cuando estaba con el subidón de alcohol.

- Tú estás enamorada de tu marido, eso es amor – empezó a hablar - Os queréis, pensáis en pasar el resto de vuestra vida juntos, os necesitáis para todas esas chorradas de reafirmar vuestros sentimientos, sentirnos más seguros, más protegidos, acompañados, valorados, y amados, yo defino eso como amor.

- Estoy muy de acuerdo con tu definición – lo estaba.

Volvió a sonreír, y yo seguía perdida en su cara. Caminaba sin ser muy consciente de si flotaba, por momentos.

- Ahora viene la parte del sexo, eso que todo el mundo, que lo haya probado, necesita. Lo que nos hace estar vivos, y sentirnos poderosos, lo que nos hace estar lo más cerca del cielo posible. En mi caso, he visto las nubes a mis pies, en varias ocasiones, unos cuantos metros más abajo.

- ¡¡Serás creído!! – le dije, entre risas.

- Soy realista, y pragmático, muy pragmático. Pero aún no he acabado de explicarme, falta el ejemplo.

- Te he entendido – me daba miedo seguir escuchando.

- ¿Tienes miedo?

Siempre daba en el clavo con sus preguntas.

- ¿De lo que puedas decirme?

- De lo que mis palabras puedan provocar en ti.

Y con sus afirmaciones. Mi pecho contuvo el aire ante su respuesta.

- Baja de encima de las nubes, y pon tus pies en la tierra, no sueñes – intenté sonar convincente.

Sonrí, y suspiré.

- Sexo es sentir la necesidad de que un cuerpo como, por ejemplo, el tuyo, se libere entre unos brazos como, por ejemplo, los míos. Sexo es querer que Eva se entregue a Ángel, entendiendo que ese hecho no va a implicar ningún cambio en su corazón, en su vida de pareja, en sus sentimientos... porque el sexo, entre dos personas que se desean, de la manera en la que Ángel desea a Eva, y viceversa, no deja espacio al amor. El deseo es tan intenso, tan fuerte, y

sobrenatural, que lo ocupa todo, y no quedarían fuerzas para amar después de dejar que los cuerpos, de esas dos personas, se expresaran, como se mueren por hacerlo.

Silencio, silencio y continuamos caminando. Silencio, y su mano no suelta mi muñeca. Silencio, y sus palabras hacen ruido en mi cabeza.

«No tiene razón, no la tiene, no te dejes engañar, Eva, porque eso es lo que pretende»

- ¿Con cuántos nombres diferentes has explicado tu teoría? – conseguí romper el silencio.

Inspiró fuerte, por la nariz. Hizo un ruido con su lengua, entre los dientes, y lo miré, porque me tardaba su respuesta. Sonrió, y me prometí no volver a verlo más, por esa noche, sobre todo después de escuchar lo que acababa de decirme, pues corría el peligro de creerme sus palabras.

- Eva, ¿qué te hace pensar que he necesitado hacerlo alguna vez? – me preguntó, pagado de sí.

- Eres un poco chulo, ¿nadie te lo ha dicho nunca?

- No suelo hablar tanto, soy más de actuar.

Me vacié de aire, con un suspiro.

- Hemos llegado, y aún no sé si te ha quedado clara mi teoría.

- Cristalina – respondí, con la misma palabra que él había empleado esa misma noche.

Había dicho que no volvería a ver su sonrisa esa noche, entonces, ¿qué hacía perdiéndome en ella otra vez?

- Espero que así sea – sentí la caricia de sus yemas sobre la piel mis brazos.

- ¿Me has traído por un atajo?, ¡¡quieres deshacerte rápido de mí!! – le dije, medio en serio, medio en broma.

- He recorrido como dos kilómetros más, aprovechándome de tu falta de conocimiento de la ciudad, veo que no te has dado cuenta.

Ambos sonreímos, nos miramos, y deseé poder pensar como él, pero eso no era posible.

- ¿Puedo romper mi promesa, y decirte algo que te va a parecer poco apropiado?

No había suficiente aire, en todo Bahía, para llenar mis pulmones con la cantidad que necesitaban, y poder responder con la contundencia que mi mente exigía.

- Siempre que sea decir, y no hacer, supongo que puedes...

Expulsó el aire por la nariz, mientras sonreía. No dejaba de sonreír. Se mordió, con saña, la parte derecha del labio inferior y, por un momento, me volví creyente en su definición de “*sexo es sólo sexo*”

- Me encantaría besarte, en realidad me encantaría subir contigo a tu habitación.

Me desinflé como un globo, me deshice como un diente de león agitado por la brisa de su aliento.

- Y no vas a intentarlo porque te volviste pudoroso, y caballero, durante el paseo, o porque has descubierto a una Eva que no te atrae, como pensabas que lo hacía – probablemente la frase sonó igual que yo me sentía, desesperada.

Inspiró, y retuvo el aire mucho tiempo en sus pulmones, creía que su camiseta no daría más de sí;

lo soltó, lentamente, por la boca, y cerró los ojos.

- Eva, sabes lo que quiero, pero quiero que tú también lo desees; quiero que cuando pase, porque ten claro que pasará, tú también estés segura. Esperaré, ojalá te decidas pronto, mientras, esperaré.

Sin darme tiempo a replicar ante su seguridad, se pegó a mí, llevó mis muñecas, todavía entre sus manos, a mi espalda, y tiró de ellas hacia abajo, de modo que, instintivamente, levanté mi cabeza hacia él.

Me miró mucho tiempo, sus ojos avellana me estaban abrasando, iban de mis labios, a mis ojos, intermitentemente; nuestras respiraciones se estaban acelerando, sus manos presionaban mis muñecas, con fuerza, y su nariz rozaba la mía.

Entreabrí la boca, para poder respirar, y con ese gesto también quise que entendiera que, si me besaba, si intentaba besarme, no me apartaría.

Seguía mirándome, seguía derritiéndome, seguía esperando el momento en el que nuestros labios se amarraran, en el que nuestras bocas hablaran su lenguaje, y se dijeran lo nos estábamos callando.

Un gemido, que salió de un sitio muy profundo de mi cuerpo, quiso acelerar el proceso. Él cerró los ojos, yo hice lo propio, y sentí la piel de sus labios sobre los míos, acariciando; la presión sobre mis muñecas bajó de intensidad, y mis brazos se vieron relajados, volviendo a su posición natural.

La decepción se apoderó de mí, abrí los ojos, mientras tragada con mucha dificultad.

Su ceño estaba fruncido, estaba reprimiendo su deseo, igual que yo.

- Siempre pensé que la gente le restaba importancia a los segundos previos a un beso, esos segundos en los que los amantes se miran, se desean, se comen con los ojos, se acarician con los labios; esos segundos que te llevan al límite de lo soportable. Siempre pensé que no se les daba el valor suficiente, hasta hoy.

- No te entiendo – hablé bajito, con mi frente pegada a su barbilla.

- Hoy me supieron a poco, hoy necesitaría más, lo necesitaría todo, hoy no me conformaría con besarte a la puerta de tu hotel, hubiera incumplido mi promesa, de no haber parado en este momento.

«¡¡Joder con la puta promesa!!»

- Ángel, creo que es mejor que suba.

«Porque, si me quedo, seré yo la que le explique al mundo tu puñetera teoría, para justificarme»

- Sí, es mejor – me dijo, y yo también descubrí que sabía cuándo me mentía.

Pero ninguno de los dos se movió.

Por mi cabeza volaban las dudas, las inseguridades, el deseo, y la rabia.

- Bueno, me voy – me dijo, sin moverse un ápice.
- Vale, hasta otro día – dije, con un deje de tristeza.
- Hasta cuando tú quieras.

«Yo quiero hoy, yo quiero ya, ¿es que no te das cuenta »

Sonrió, y empezó a estirar mis brazos, mientras se alejaba, hasta que sus manos resbalaron por las mías y perdí el contacto cuando, con la punta de sus dedos, rozó los míos. Me miró, por última vez y, con las manos en los bolsillos, caminó cabizbajo.

Inspiré con fuerza, y me metí en el hotel.

No podía dejar de pensar en él, una sensación de angustia volvía a agarrarse en mi pecho, y no me dejaba respirar. Entré en la habitación, y comencé a llorar.

Estaba mal lo que estaba haciendo, no era justo para Sebas, pero tampoco era justo para mí, ¿por qué tenía que haberme pasado eso, por qué?

«¡¡Maldita sea, maldito viaje, maldito deseo, maldita mierda de sentimientos, que me están volviendo loca!!»

Eran las cuatro de la mañana, y sólo me faltó una última cosa, para que mi cuerpo no olvidara lo que es el dolor... me había olvidado de llamar a mi marido.

Busqué mi teléfono, y lo reviví, para ver esa pantalla que reflejaría sus llamadas, y sus mensajes, pero no pudo ser posible, estaba sin batería, así que decidí enchufarlo, sin encenderlo.

Al día siguiente ya lidiaría con mi cruda realidad, en ese momento sólo pensaba en acostarme con una teoría en la cabeza.

Volví a mirar el reloj, que estaba sobre la mesilla, a las cinco de la mañana. Estaba claro que, con todas esas sensaciones, que tenía mi cuerpo, no iba a ser capaz de conciliar el sueño...

«5:30... está bien, vamos a ponerle remedio a esto ahora mismo... y sólo se me ocurre una manera»

Recordé la foto que me pidió mi marido que le enviara... me lo imaginé viéndola, me lo imaginé excitado, me lo imaginé tocándose, y me excité, continué pensando en su cuerpo fibroso, sus brazos delgados, sus manos finas, sus dedos hábiles... y empecé a tocarme por encima de mis braguitas; de repente apareció él, mi mente había sustituido a mi marido... apareció su sonrisa, sus rasgos fuertes y definidos, sus brazos musculados, y sus abdominales marcados... apreté mis ojos cerrados, y me obligué a pensar en Sebas, yo continuaba excitada, así que me deshice de la camiseta, para poder agarrar mis pechos, empecé a tocármelos, primero haciendo círculos sobre ellos, después apretándolos, los cogía entre mis manos, y los estrujaba tanto, que empezaba a sentir dolor, pero dolor que me excitaba aún más, tiré de mis pezones, humedecí mis dedos y, con ellos mojados, los pellizqué. Necesitaba más, mi cuerpo, retorciéndose entre las sábanas, exigía más, continué bajando mi mano por mi vientre, hasta mi monte de Venus, ahí me paré, acomodé mi posición en la cama, doblé mis rodillas, y presioné sobre él, mientras seguía apretando, con saña,

mi pecho izquierdo, cogí su pezón, y tiré de él. Me llevé mi mano a la boca, y humedecí, nuevamente, mis dedos ya secos, que posé otra vez en mi pezón, éste se puso más duro, al notar el cambio de temperatura, con mi otra mano, continué bajando hacia mi clítoris, que ya estaba más que sensible. Estiré mis piernas, y desnudé mi sexo, para poder moverme mejor por él. Estaba muy excitada, no saciaría, yo sola, todo el deseo acumulado, necesitaba a Sebas, necesitaba que me penetrara, poder llenarme de él, y que me llevara a un orgasmo maravilloso, como antes hacía, pero no tenía esa opción, así que seguía frotando mi clítoris, introduciendo algún que otro dedo, y notando mi humedad, volvía a tocar en el centro de mi placer, dibujaba círculos, con dos de mis dedos, después presionaba, y lo alternaba con masajes, presión-masaje, presión-masaje, presión-masaje, la fricción me hacía retorcerme de placer, y yo continuaba masajeando, y presionando la zona, presión-masaje, presión-masaje, masaje, masaje, masaje, más intenso, más intenso, más presióóóónnn, más...

«Ah, ah, ah, ah, ¡¡¡Dios, Ángel, más, más, más, más, Ángel, Ángel, ah, ah, ah, ah!!!»

Había sido brutal, había sido una de mis mejores masturbaciones, me había dejado sin fuerzas, exhausta. Sólo tenía un pero, que había pensado en él, había deseado que fuera él, quien me estuviera dando placer, y no había querido que fuera mi marido.

Totalmente relajada, pude conciliar el sueño, y me dejé querer por él.

DOMINGO DÍA 5 - 2 MARZO 2003

Desperté desubicada, desperté con un fuerte dolor de cabeza, y pensando en teorías absurdas.

Miré el reloj, eran las doce de la mañana. Me froté la cara, con ambas manos, y dejé encendiéndose mi teléfono, mientras fui al baño.

Cuando volví a la cama, no quise ver mensajes, ni llamadas, directamente, lo llamé.

- Dime que te ha ocurrido algo terrible, y que estás bien porque, de otro modo, no podré perdonarte lo de ayer – la preocupación, en la voz de Sebas, me hizo temblar.

- Me ha ocurrido algo terrible, pero tranquilo, estoy bien – dije con un hilo de voz.

- ¿Qué te ha pasado, Eva? – se interesó.

Inspiré todo lo que mi capacidad pulmonar me permitió.

- Me he quedado sin batería, y no estaba en el hotel, para cargar el teléfono – cerré los ojos, esperando su reacción.

- No estás hablando en serio.

- He salido, me he emborrachado, y me olvidé, por completo, de nuestra llamada. Estuve con los chicos asturianos, de los que te hablé; acabamos en un local que es increíble, allí me encontré con un chico que trabaja conmigo, que se ofreció a acompañarme al hotel, dando un paseo, para que se me fuera bajando el pedo. Me dejó en la puerta del mismo, sin ni siquiera besarme, y yo llegué tan cachonda, a la habitación, que tuve que masturbarme, para poder quedarme dormida.

Silencio. Miré la pantalla, por si la llamada se hubiera cortado, pero no era el caso. Presté atención, por si escuchaba su respiración, pero no hizo falta.

- ¿Estás bien? ¿Te has dado un golpe, o algo por el estilo?, te lo estoy preguntando muy en serio.

Volví a inspirar.

«¿Verdad que esa, de anoche, no era yo? Yo tampoco sé cómo lo hace, para conseguir eso de mí»

- Sí, estoy bien – sonreí, por lo absurdo que había sonado todo - Puedo inventarme una historia, si quieres, pero la verdad es la que es.

- Llevo muchísimas horas preocupado.

- Lo siento, siento haberte preocupado, no me di cuenta de la batería y, cuando llegué... la hora que era..., no me pareció apropiado llamarte.

- La próxima vez, hazlo – era un ruego, no una orden.

- De acuerdo, lo haré – me sentía como una adolescente, en una mañana de domingo.

- No, esa no es la respuesta adecuada - Sebas hizo una pausa, antes de continuar hablando - Deberías haber dicho que no habrá próxima vez.

Miré al techo, con resignación, y continuamos hablando de banalidades, un rato más. Hasta que nos despedimos.

- El martes tengo un juicio de los gordos, así que mañana estaré en el bufete hasta tarde, si te parece, te llamo cuando llegue a casa, o cuando tenga un hueco y, si puedes, hablamos.

- Tranquilo, si no hablamos un día tampoco pasa nada – jugueteaba con la sábana blanca entre mis dedos.

- Sí pasa, Eva, ya ves que sí pasa.

Asentí, y cerré los ojos.

- Está bien. Mañana hablamos entonces. Un beso.

- Nena...

Sus “*nena*” me apretaban por dentro. Solté el aire contenido, para poder hablar.

- Dime.

- La parte de la masturbación, en tu historia inventada, me ha gustado.

- Hasta mañana, Sebas – entorné los ojos.

Escuché su risa, y me hizo sonreír.

- Te quiero, Sebas – a pesar de todo, te sigo queriendo.

- Y yo a ti.

Me preparé, y bajé a comer algo. Me senté en la terraza de un bar, cerca del hotel; comí mientras miraba el mar, y después di un paseo por la playa. Me encontré con los chicos, resacosos, y me uní a ellos. Compartimos toallas, y me quedé dormida tomando el sol; cuando me desperté estaba sola, ellos estaban en la orilla.

Cogí mi móvil, para consultar la hora, y vi su mensaje...

DEL INFIERNO:

- Te invito a que vivas los carnavales desde dentro, puedes unirme a mi grupo de capoeira.

Suspiré, me incorporé, y saludé a los chicos. Bailaba capoeira... ¿Qué más sorpresas albergaba ese hombre?

EVA:

- Quizás otro día. Gracias por el ofrecimiento, pero hoy tengo planes. Por cierto... ¿Capoeira? Me sorprendes.

Me respondió al momento:

DEL INFIERNO:

-¿Qué planes? ¿Te estás haciendo la interesante? De acuerdo, entonces lo dejamos para mañana, ¿te parece? Puedo enseñarte algún movimiento, que sí te va a sorprender... hablo de capoeira ¿o no?

EVA:

- Mañana voy a hacer turismo.

Me muevo bastante bien, gracias; busca a otra discípula, apóstol.

DEL INFIERNO:

- *Igreja de Nosso Senhor do Bonfim, Pelourinho, imprescindible la Fundación Casa Jorge Amado, el Mercado Modelo, Elevador Lacerda, Cristo da Bahía, Faro, Fuerte, Praia da Ribeira...*

¿A otra? Ya no quiero a ninguna otra.

EVA:

- *Exacto, si supiera eso ya me preparabas tú la ruta; y deja de utilizar frases para ligar, tan manidas, conmigo.*

DEL INFIERNO:

- **Espera a que acaben los carnavales, para conocer Bahía, yo te lo enseñaré.**

Por cierto, caerás. En realidad te encanta este tonto, seguro que no dejas de sonreír mientras me lees.

Sonreía, sí, pero no se lo hice saber. Guardé el teléfono, y me incorporé.

Cuando los chicos se aburrieron de playa, recogimos las toallas, mientras hablaban de conocer otra de las zonas por dónde había desfiles de carnaval; esa era su idea de hacer turismo.

Esta vez fuimos a la que, los bahianos, llaman *Campo Grande*. El desfile ahí comenzaba al mediodía, pero nos dio igual llegar al final, lo que queríamos era conocer otro recorrido diferente, al de los días anteriores.

Lo pasamos en grande, a pesar, o gracias, a que ya no bebimos tanto, como la noche anterior; yo, en concreto, no probé ni gota de alcohol, disfruté, completamente sobria, de la música, de la gente, de la fiesta, del colorido, de los *tríos eléctricos* que, básicamente, son gente tocando *samba, axe, batucada*, y otros ritmos de la zona, lo hacen subidos a camiones, con los *blocos*, que son grupos de asociaciones que desfilan, bailan y visten todos igual, lo que nosotros conocemos como comparsa, éstos eran comunes a todos los recorridos. Podía cualquiera participar en ellos, debías pagar, entre cincuenta, y quinientos dólares, según el día tenían un precio, u otro. Al igual que los *blocos*, las *bandas* estaban presentes en todos los recorridos, o circuitos, del carnaval. Al que íbamos habitualmente era el de *Barra-Ondina*, que allí conocían como *Dodo*; éste empezaba al atardecer, y duraba unas cuatro horas. El que hoy estábamos conociendo, el de *Campo Grande*, era el original, recorría el centro de Bahía, desde la *plaza Castro Alves*, hasta la *Ciudad Alta*, unas seis horas de recorrido, que empezaban al mediodía. Nuestra asignatura pendiente era el del *Pelourinho*, o *Batainha*, como allí le llamaban, en éste no había *tríos eléctricos*, porque los camiones no podían circular por sus calles, por lo que sólo desfilaban los *blocos*, y las *bandas*.

No había un espacio concreto, como en Río de Janeiro, con el *sambódromo*, aquí era la misma calle la que acogía los desfiles, que se sucedían a todas horas, durante los seis días fuertes del carnaval.

Bailé con todos, pero más con Gonzalo, él estaba siempre muy pendiente de mí, era un chico

encantador, me recordaba mucho a Dani, no físicamente, porque no se parecían, pero sí en su carácter. Gonzalo era alto, moreno, tenía melena, que llevaba siempre recogida en una coleta baja. De nariz prominente, y mirada penetrante; de sonrisa dulce, y manos suaves. Físicamente se había abandonado, pero disimulaba su tripa, con partes de arriba holgadas, y la disimulaba muy bien porque, cuando lo vi en bañador, me sorprendió su complexión. Y Dani, por el contrario, era muy delgado, con el pelo demasiado largo, para ser corto, y bastante corto, para ser largo. Solía hacerse una especie de tupé despeinado, con el que jugueteaba constantemente. Los pantalones le resbalaban por su trasero, porque no tenía carne que los sujetara. Las camisetas le venían flojas porque, su torso delgado, no las llenaba. Su cara era armoniosa, bonita, y sus labios, carnosos, no dejaban de sonreír. Mi Dani...si él, o Vero, estuvieran allí... ¿Qué me dirían? ¿Qué me aconsejarían? Vero me echaría una buena bronca, y me diría que pusiera los pies en la tierra, que pensara con la cabeza, y Dani... Dani sacaría uno de nuestros recurrentes refranes, quizás me diría: *“el que no arriesga no gana”*, o *“de perdidos al río”*, seguro que alentaba mis ganas. Aún no sé por qué no se soportan él y mi marido, porque el *“no me cae bien y punto”*, no es motivo para no intentar llevarse bien, con el marido de tu mejor amiga y, por parte de Sebas igual, *“no entiendo qué es lo que te aporta ese amigo tuyo”*; me aporta amor, me aporta confianza, me aporta alegría. Dani es como el hermano que nunca tuve.

- Nosotros traemos las bebidas, vamos a esa barraca, ahora venimos. ¿Vienes conmigo, Eva?

Fui con Gonzalo, hacia el puesto de venta de bebidas, eso eran las barracas, pero además de vender bebidas, tenían música, por lo que la gente se quedaba bailando, y bebiendo en ellas, como si de un pub al aire libre se tratara.

- ¿Cómo acabó ayer tu noche? – me preguntó Gonzalo.

- Completamente diferente a la tuya, espero – le sonreí, y choqué mi hombro contra el suyo.

- Al final dormí solo – me dijo, resignado.

- ¿Entonces?

- Hoy quedé con ellas, a ver si hay más suerte – torció su boca, en un gesto que reflejaba duda.

- No te veo haciendo un trío.

- No se puede decir de esta agua no beberé.

- No, tienes razón, no se puede decir...

Pedimos las bebidas, y volvimos hacia dónde estaban los chicos.

- ¿Vas a venir al Forte?

- Pues no lo sé, aún no lo sé – si lo pensaba, no iría.

No fui. Estaba completamente serena, y mi conciencia pesaba mucho más que mis ganas, así que me quedé en el hotel.

Como ya había cenado algo con ellos, subí a mi habitación, a eso de las doce de la noche.

Me tiré sobre la cama. Encendí la tele y, cogí mi móvil.

Tenía un SMS, que me aceleró hasta el pestañeo.

DEL INFIERNO:

- Me moría de ganas por verte, y resulta que no has venido.

«No debo responder, no debo hacerlo. No entrar en su juego, no, si sé que no voy a ganar. No, no, no... ¡¡A la porra!!»

EVA:

- Ya ves, me surgió un plan mejor – mentí.

DEL INFIERNO:

- Mentirosa.

EVA:

- ¿Por qué te iba a mentir? – me mordí la sonrisa.

DEL INFIERNO:

- Porque sigues teniendo miedo.

EVA:

- ¿A qué? – mi corazón galopaba.

DEL INFIERNO:

- A ti... Conmigo.

«Y, ¿qué respondo ahora? Debería decir algo que cortara esta conversación»

EVA:

- Ya nos veremos otro día, Ángel – me dejó pensando, como si hubiera acertado con cada palabra que me había dicho.

Estuve bastante rato con el teléfono entre las manos, mirando la pantalla, esperando que ironizara, con mi último mensaje, y me replicara, con cualquier comentario pícaro, pero no sucedió.

LUNES DÍA 6 - 3 MARZO 2003

No haberlo visto el día anterior, me estaba torturando demasiado. Verlo era como la dosis adecuada que necesitaba mi cuerpo. Tenerlo, tan presente, en mi pensamiento, me había hecho pasar una mala noche. Desperté varias veces, no dejaba de mirar el teléfono, y escribí varios mensajes que, gracias a Dios, nunca fueron enviados.

Me duché, me vestí, y bajé a desayunar.

Me sentía aturdida. Llevaba, casi, una semana fuera de casa y, lejos de sentirme perdida, o desamparada, me sentía... bien, distinta.

Subí, me cepillé los dientes, y me senté sobre la cama. Me dejé caer, hacia atrás y lloré. Lloré con dolor, porque estaba siendo mala con él, con nosotros; lloré con amor, con desesperación, con arrepentimiento, con culpa, con pena... Lloré tanto, que me entró el hipo, y tuve que incorporarme para poder respirar.

Decidí salir a correr, porque era mi única vía de escape, en momentos así.

Empecé suave, como flotando sobre la arena mojada; fui intensificando mi ritmo, hasta que corrí tan rápido que las piernas me fallaban al acabar, y tuve que sentarme, mucho rato, antes de poder retomar el paso.

Mientras permanecía en la arena, con la música sonando en mis oídos, las olas acariciando la orilla, y la gente bañándose en el mar, pensé en lo que estaba haciendo, intenté analizarlo con distancia, y perspectiva, no me limité sólo a mis sentimientos, quise ir más allá, ver el problema de fondo, tenía que encontrar una explicación racional, a la atracción que estaba sintiendo por Ángel. ¿Por qué no podía ponerle freno? ¿Por qué no quería hacerlo? Sebas no se merecía esa falta de respeto, eso lo tenía muy claro, pero yo no era dueña de mí, desde que lo había conocido a él.

Tenía claro que, lo de Ángel, no era amor. Su teoría no había abandonado mi cabeza. No era de corazón, pero tampoco era sólo sexo, ese era mi problema, mi gran problema... yo sabía que no sería sólo sexo. Había una conexión alucinante entre los dos, algo que nunca antes había sentido de ese modo tan animal. Era como una necesidad de la piel. Era mágico, sí, creo que esa era la palabra que mejor lo definía, era pura magia.

Me daba miedo pensar que, el dejarme llevar, el dejar que pasara, iba a ser lo mejor. Me daba miedo, porque no quería sentirme así gracias a un extraño. No quería que fuera él quien pudiera provocarme todas esas sensaciones que llevaban meses aletargadas, y que sólo debían despertar con mi marido. No quería admitir que lo que Ángel me estaba haciendo sentir era una salida a la vida, era luz... yo me encontraba atrapada, y él me ofrecía una oportunidad... fácil, puede, quizás haya gente que lo vea así, pero, para mí, estaba siendo la decisión más difícil que debía tomar en mi vida. Me engañaba a mí misma, diciéndome que no era tan malo pensar en él de ese modo,

autoconvenciéndome de que, cuando lo pensaba, o lo tenía cerca, algo muy fuerte se apoderaba de mi cuerpo entero, y ya no era dueña de mí, porque nada me importaba, todo me sobraba, y dejaba de sentirme mal. Me decía que eso era bueno para mí, para mi estado; que no podía seguir ahogándome, que debía luchar, para volver a ser yo realmente, que igual así podría dejar atrás mis lágrimas, las que me hundían en un pozo, que cada vez era más hondo, más oscuro, y más estrecho... pero, al mismo tiempo, me sentía morir por lo que le estaba haciendo a Sebas. Cuando necesitas buscar fuera, lo que no tienes en casa, es porque algo falla. Yo no podía hacer feliz a Sebas porque, para eso, tenía que serlo yo primero. Era tan maravilloso conmigo, que el mero hecho de estar planteándome todas esas cuestiones, me hacía sentir la mujer más ruin sobre la faz de la tierra pero, una cosa estaba clara, de continuar como estábamos, nuestra relación terminaría, más pronto que tarde. ¿Por qué no creer que lo que me decía Ángel podía ser cierto? ¿Y si lo nuestro no iba a influir en mis sentimientos, si sólo era atracción, pura y dura? ¿Sería yo capaz de continuar mi vida, ocultando semejante secreto?

La respuesta la sabía de antemano, pero quizás intentaba autoengañarme, al creer que podría separar la razón del corazón, entregarme, única, y exclusivamente, al deseo, y que al llegar a Madrid fuera capaz de seguir con mi vida, sin que mis sentimientos se viesan afectados.

En realidad estaba buscando motivos, excusas, razones, para lanzarme de una vez, y para frenarme al mismo tiempo, pero estaba claro, él lo tenía muy claro, y yo cada vez más, que nuestro “*encuentro*” iba a producirse... yo no lo buscaría, pero evitarlo era como intentar agarrar el viento con las manos.

Después de darme un baño en el mar, y secarme al sol, decidí subir a cambiarme, para ir a comer. Al salir de la ducha, me encontré un SMS en mi móvil.

SEBAS:

- Hola nena, deséame suerte mañana, estamos tan liados, preparando el juicio, que creo que me echaré un rato en el sofá del despacho, y ya no iré a dormir a casa. Tenemos una larga noche de trabajo por delante.

Lo llamé.

- Hola, Cariño – tenía voz de cansado.

- Suerte mañana – le deseé – no te entretengo más, que sé que estás trabajando.

- Escucharte ha sido lo mejor de mi día; gracias por esta llamada – escuché como inspiró profundo, en aquella pausa que hizo, entre el Sebas visceral, y el racional - La verdad es que sí, estamos hasta arriba con el juicio.

- Mañana, en cuanto puedas, me llamas, y me cuentas qué tal ha ido. Te quiero.

- Y yo a ti, mi vida, te quiero – su voz... cerré los ojos e imaginé un “*nena*” al final.

- Yo también. Hasta mañana.

- Hasta mañana, *nena* – se despidió.

Sonreí y colgué.

Por la tarde, envié un mensaje a los chicos, para preguntarles si me dejaban unirme a ellos.

Cada día parecía que había más gente en la calle; era increíble la forma en que vivían los carnavales, eran su orgullo, su fiesta más importante, y se notaba mucho que trabajaban muchos meses para prepararlos.

La música, el sonido de los tambores, la batucada, los ritmos se apoderaban de tu cuerpo, y no podías estarte quieta; el ambiente de fiesta y alegría te contagiaba, entre eso, y que los chicos estaban eufóricos, me dejé llevar, y volví a olvidarme de mis preocupaciones.

Bailamos, y bebimos, en las barracas, pero volví a rechazar la propuesta del Forte, sabía que, si iba, acabaría rindiéndome, y necesitaba demostrarme que, si algo iba a pasar, sería fruto del destino, y no porque yo lo buscara, conscientemente. Prometí acompañarlos, al día siguiente, en la que sería su última noche en Bahía.

Para evitar tentaciones, apagué mi móvil cuando llegué a la habitación.

No tardé mucho en conciliar el sueño, ya eran las dos de la madrugada, y estaba cansada.

MARTES DÍA 7 - 4 MARZO 2003

Me desperté a las nueve, después de pasar otra mala noche.

Envié, por separado, un SMS a Dani, y otro a Vero, pero después, adjunté una foto, de los chicos y mía, en el desfile de la tarde anterior, al grupo VICIOS@S, en un MMS.

Llamé a mi jefe, para mentirle, claro, como venía haciendo todos esos días. Si él supiera que no había nadie trabajando, mientras durase el carnaval, montaría en cólera; así que, confiando en que todo estuviera listo en el plazo acordado, volví a mentir como una bellaca.

Hablé con mis padres y, aun sabiendo que debía llamarme él, cuando el trabajo se lo permitiera, sentí la necesidad escuchar su voz, así que marqué el número de Sebas.

Su teléfono estaba apagado.

...

El *déjà vu*, volvió a instalarse en mi nuevo día, convirtiéndolo en una repetición de los anteriores; desayuné algo, y salí a correr por la playa; me di un baño en el mar, y después en la ducha.

Me vestí, cogí mi móvil, y comprobé que no tenía ningún mensaje, ni llamada.

Pensé en escribir uno, pero decliné el pensamiento. Lo guardé, y bajé. Mejor dejar las cosas como estaban... pero... lo volví a sacar, antes de abandonar el hotel, y busqué su nombre, elegí la opción SMS...

«¡¡Mierda, Eva, mierda!! Céntrate un poquito, anda; déjate de impulsos, deseos, y pasiones descontroladas. Déjate de teorías que no se inventaron para ti»

Esa mañana, decidí salir a dar un paseo por el *Pelourinho*, más bien salí a tropezar con la gente, pues estaba hasta los topes; era imposible encontrar una calle menos atiborrada que la anterior. Los balcones, de sus casas de colores, estaban llenos de gente que bailaba, bebía, y esperaba que volviera a empezar un nuevo desfile, el último ya, el que cerraría los carnavales.

La gente que paseaba, como yo, hacía de todo menos turismo.

Desistí, en mi intento de conocer el lugar más emblemático de Salvador de Bahía; tendría que intentarlo otro día. La calle estaba tomada por las ganas de fiesta.

Cuando pude alejarme del bullicio, saqué mi móvil para comprobar la hora, y también para ver si había algún mensaje... sí, aun lo esperaba de él.

Había SMS, pero no de quién yo quería.

LO Q PASE N BAHIA:

- *Te esperamos para comer, hoy es nuestro último día, queremos que lo pases con nosotros.*

- *Estoy en veinte minutos* – respondí.

La cosa ya empezó fuerte en la comida.

La acompañamos con cervezas, demasiadas, para lo que quedaba de día; con la excusa de que sus

cervezas eran mucho más suaves que las nuestras, nos pasamos del número que delimita lo aconsejable.

Tras éstas, nos bebimos un chupito de *cachaça*, cada uno, que es como el aguardiente. Ellos lo usan para preparar las caipiriñas.

Yo tuve que pedir un guaraná, porque me ardía la garganta.

Por la tarde, desfile, y más caipiriñas.

- Yo creo que no es la mejor manera de despedirse de Bahía, no os acordareis de nada – les dije, tapando mis ojos con los dedos.

- Bebe y disfruta, Eva, si, con lo que sudamos, no damos tiempo a que nos haga efecto el alcohol. Lo quemamos antes – Quique me guiñó un ojo, tras su explicación.

- Entonces ¿para qué queremos beber tanto? – pregunté, confusa.

- Para desinhibirnos – uno de ellos me sacó de mi duda.

«*¡Qué cara es la desinhibición, oye!*»

Pero es efectiva, cuando lo recordaba, no me hería, me excitaba. No me dolía, me hacía sonreír. No me cortaba la respiración, me la aceleraba... quería verlo, quería encontrarlo, y lo quería YA. Ese día, en el desfile, nos invitaron a un camarote, que son una especie de reservados, como las casetas de la feria de abril, en Sevilla. Puedes asistir al carnaval de *pipoca*, como lo hicimos nosotros, el resto de los días que habíamos ido, es decir, gratis, o pagar por un camarote, estar más cerca de todo, vivirlo desde dentro, y disfrutarlo más, si cabe.

Ya no me enteraba de mucho, me daba igual estar allí, que con la gente que no pagaba; yo sólo quería coincidir con él, que pasaran las horas, hasta llegar al único local que me daba la certeza de que lo vería.

Disfruté, lo mejor que pude, las horas previas a llegar al Forte. Reí, bailé, bebí, y me desinhibí lo suficiente, como para haberme olvidado del móvil, en todo ese tiempo que pasé con los chicos.

Hasta que... los nervios se volvieron una pelota en mi barriga, pues entraba en su terreno, tenía que verlo, tenía que estar allí, lo necesitaba.

Ni rastro de él, en la esquina de la barra, ni rastro de él, en las inmediaciones de la misma, ni rastro de él, en la pista.

La bola me subía hacia la garganta, convirtiendo en ardua, la tarea de tragar saliva, hasta me costaba respirar. No podía ser que no estuviera, estaba segura de lo vería... y no estaba.

Eché mano a mi bolso, para coger mi móvil, y llamarlo, o enviarle un SMS pero, en ese momento, reconocí al camarero que me había atendido la otra vez, y fui directa hacia él.

- ¡¡Hola, moreno!! – lo saludé, como si lo conociera de toda la vida.

- ¿Qué pasa, *garota*? ¿Otra vez por aquí? – me recordaba.

Sonreí, como una idiota ebria.

- ¿Dónde está tu amigo? – le pregunté, nerviosa.

- ¿Para qué lo buscas? – se interesó.

- Para que me invite a una copa – mentí.

Sonrió, y dejó de colocar los vasos, que estaban recién lavados. Se apoyó en la barra, frente a mí.

- Hoy me adelanto, invito yo – levantó sus cejas, y curvó su boca en una sonrisa que me dio calor.

¡¡Allí todos eran unos putos truhanes!!

- Sólo si te bebes una conmigo – acepté su ofrecimiento.

- Tendrá que ser algo rápido, mira cómo está esto... - extendió su mano, mostrando la barra atestada de gente.

- Un chupito de *cachaça*, de un trago – fruncí el ceño, simulando rudeza.

Silbó.

- Eres una chica dura... Dos *cachaças* marchando – se rio, seductoramente; me reí, con cara de boba.

- Que sean tres, Samuel – su voz. El mundo se detuvo.

Fin de mi tranquilidad, principio de mi miedo a un infarto. Corazón desbocado, respiración entrecortada, temblor en mis extremidades, escalofríos por mi cuerpo... obviamente, era él.

No hablamos.

Samuel preparó los chupitos, y nos los bebimos. Debía de estar bastante mal, porque no noté la quemazón en mi garganta, sólo ardía una parte de mi cuerpo, y no era tan arriba, precisamente.

Continuamos sin hablar, apoyados en la barra, mordiéndonos con la mirada. Nuestras fosas nasales se ensanchaba en exceso, a cada inspiración, y nuestras bocas se abrían, emitiendo sonidos que, aunque acompañaban al aire que salía de nuestros pulmones, nada tenían que ver con él. Eran nuestras ganas, en susurrados gemidos, las que se escapaban entre nuestros labios.

Todo el mundo había desaparecido a nuestro alrededor: Samuel, la gente de la barra, las demás personas que abarrotaban el local; incluso la música dejó de ser música, para pasar a ser un eco que sonaba lejano. Él tenía poderes sobrenaturales. Él era dueño del tiempo, lo detenía a su antojo. Él...

Alargó su mano, y me atrajo hacia su cuerpo, hasta quedar pegados, pecho con pecho, cintura con cintura. Mis manos se apoyaron en sus bíceps, y los abarcaron, bueno, la mitad de ellos, porque sus músculos no podían ser cubiertos por ellas en su totalidad.

Movió sus piernas, haciéndose hueco, con una de ellas, entre las mías. Me sentí laxa, y me tomó con firmeza por la cintura.

- Hola, Eva, ¿cómo llevas la espera? – con sus palabras me llegó su aliento, impregnándome las fosas nasales de calor, y ganas. Más ganas.

Y os juro que, si hablar con coherencia en su presencia, ya me era difícil en estado normal, os podréis imaginar lo duro que me resultó medir las palabras, cuando el alcohol envalentonaba mi carácter.

- Mejor cuando te veo con camiseta, como ahora – aproveché para llenar mi pecho de aire.

Su sonrisa, y esa cabeza gacha, sólo podían significar una cosa, que iba a mirarme levantando sus ojos, iba a matarme, lentito, con la mirada, a su manera. Así fue.

«Dame paciencia, señor, porque si me das fuerza, lo empotro contra la barra»

- Cuando miras de ese modo, ¿en qué número empiezas la cuenta atrás? – le pregunté, en un intento de coqueteo.

- ¿Cómo que en qué número? No te entiendo – me contestó, sonriendo.

- Ya, ya... ¡¡Deja de mirarme así!! Me vacías el aire.

Sonrió, y puso morritos, mordiéndose el interior de sus labios.

«Joder, joder, que no voy a poder aguantar, no puedo, ¡¡esto es una penitencia!!»

- Normalmente en tres, pero antes de llegar a uno, ya la tendría comiéndome la boca.

Tragué con tanta dificultad, que moví mi cabeza con la acción.

- Necesito beber – hubiera dicho: *«beberte»*, *«comerte»*, *«lamerte»*, y me hubiera quedado con hambre, con sed, y con ganas.

- *Samuel, una garrafa, faz favor.*

Y Samuel, el camarero, le tiró una botella de agua, que Ángel agarró, después abrió, y me la ofreció.

- Toma, bebe.

- No, así no – me estaba volviendo loca. LO – CA.

- ¿Quieres un vaso?

- No – loca, loca.

- ¿Entonces? - me preguntó, sin entender.

- Quiero beberla de tu boca.

Sí, había dicho eso. Sí, era lo que deseaba. Sí, estaba borracha, y totalmente desinhibida.

Ángel arqueó las cejas, lo había descolocado mi respuesta.

- Vas a tener que beber más a menudo, Eva; de hecho, deberías estar borracha el resto de los días que te quedan en Bahía.

- ¿Vas a darme de beber? – lo apremié, porque me tardaba.

- ¿Aquí? ¿Ahora? – abrió sus ojos con asombro.

- ¿Tú qué crees? – sonreí con chulería.

- ¡¡Me vas a matar!! – dijo, mientras llevaba la palma de su mano a su pecho.

Abrió la botella, con sus ojos clavados en los míos, la llevó a sus labios, muy lentamente, la dejó, unos segundos, ahí apoyada, antes de llenarse la boca con su contenido. El proceso me pareció tan, tan excitante, que podía sentir mi humedad, y mis ganas locas de follar con él. Sí, sólo sexo, me había hecho discípula de su teoría.

Me agarró por la nuca y acercó su boca a la mía, para depositar su contenido en ella. Tragué.

- Más – ordené.

Volvió a repetir el proceso, sin prisa, mirándome, y deseándome, tanto como yo a él. Volvió a inclinarse sobre mi boca, me acercó tomándome, nuevamente, por la nuca, y sació mi sed.

Jadeé. Gemí. Me retorcí, y deseé estar sola con él, que no hubiera nadie alrededor, porque quería sexo, necesitaba sexo, y lo necesitaba ya.

- Eva, quiero besarte, quiero follarte, quiero tu cuerpo desnudo disfrutando... - hizo una pausa, durante la cual no respiré -... contra el mío – cuando hablaba, la piel de sus labios rozaba los míos.

Fue una mezcla entre sus palabras, mis ganas, y el agua fría, refrescando mi febril cuerpo, lo que me provocó un momento de confusión absoluta, del que saqué en claro una cosa: o pasaba ya, allí mismo, o volvía a frenarme y, si lo hacía, puede que no tuviera más oportunidades de descubrir *qué pasaría si...*

Me pudo el miedo. Lo siento.

- Lo siento, Ángel, lo siento, perdóname, no puedo, yo no... lo siento, no sé por qué acabo de hacer esto, perdóname.

Las lágrimas asomaron a mis ojos. Ángel me hizo callar, poniendo uno de sus dedos en mis labios; acto seguido, me agarró las muñecas con sus manos.

Yo bajé la cabeza, hasta clavar mis ojos en el suelo. Soltó una de mis muñecas, para acariciarme la barbilla, y levantar mi cara, hasta hacer que nuestros ojos se encontraran.

- Eva, me da mucha pena no haber acabado lo que hemos empezado; pena y dolor - sonrió con un deje de tristeza – pero sé que esto sólo tiene un final; tú y yo vamos a acabar como ambos deseamos, en tus manos está que sea antes o después, tú decides los días que das a nuestro deseo, yo seguiré esperando, hasta que se te haga insoportable retrasarlo. Esperaré, te lo dije el otro día, y te lo repito hoy. Es más, si no tardas mucho, me atrevo a decirte que te esperaré toda mi vida.

Me bebí sus palabras y, con lágrimas en los ojos, caminé hasta los servicios, con paso apurado. Alejándome de él, imponiendo una distancia física, que me permitiera pensar. Intentando escapar de algo de lo que no se puede huir. Lo que sentimos no entiende de distancias, continúa con nosotros, impregnándonos el alma, resbalando por nuestra piel, por dentro, muy adentro, tanto que, por mucho que frotamos, lloremos, nos sacudamos, cerremos los ojos, o evitemos pensar, no se va porque, lo que sentimos, es lo único que sobrevive a nosotros mismos. Es nuestro legado. Es con lo que se quedan las personas a las que hemos dado acceso a nuestro corazón, cuando nosotros ya no estamos.

Sentada, sobre la tapa del wáter, me debatí en una guerra interior, que se traían mi corazón y mi cabeza, desde hacía varios días...

«¡¡A la mierda!!»

Saqué mi móvil, con la clara intención de hacer de abogada del diablo, y decantarme por uno de

los dos: razón o corazón. No podía seguir negando la evidencia: lo quería ya, lo necesitaba ya, allí mismo, en los putos baños, ¡dónde fuera! Iba a llamarlo, para que viniera a terminar lo que habíamos empezado.

Fue entonces cuando vi las llamadas, y los SMS.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no había consultado el teléfono, desde que lo había llamado y me había dado apagado.

Fue entonces cuando recordé que me llamaba Eva, que estaba casada con Sebas, que él era mi marido, que yo nunca habría soportado que él pudiera sentir las dudas que Ángel me generaba, y recordé que me estaba olvidando de recordar.

Fue entonces cuando la magia se rompió, y el momento se convirtió en una secuencia lenta de imágenes, donde se apreciaban demasiadas meteduras de pata, demasiados errores. No debía volver a ocurrir. No podía volver a ocurrir.

Salí de los baños, para llamarlo. Me daba igual la hora que fuera, me daba igual despertarlo, que estuviera enfadado, o que no quisiera hablarme, sólo quería escuchar su voz, y volver a pisar la tierra, dejar de flotar.

Ángel me agarró, cuando me vio salir corriendo de allí.

- ¿Qué te ocurre? ¿A dónde vas? – sus dedos acariciaron mi muñeca, sin soltarla.

- Yo... tenía que haber hablado con mi marido esta tarde y...

- Eva, ¿qué te pasa?, no llores, por favor – se colocó frente a mí, y apoyó sus manos en mis hombros. Sentí su tacto por todo mi cuerpo, aunque sólo estuviera tocando la piel de mis brazos.

- Me olvidé, me olvidé de que tenía un marido, lo que acabo de hacer aquí, contigo, es deplorable, es horrible...

- Eva, no sigas – me interrumpió – no lo estropees de esa manera. Somos mayorcitos, sabíamos que iba a pasar, lo has retrasado lo máximo que has podido, pero era inevitable, tú lo sientes como yo, esto no es racional, no es controlable – me habló con seguridad, con verdad.

- Lo siento, Ángel, lo siento, yo... yo no puedo. No puede volver a ocurrir nada parecido, no debí haber...

Me puso dos dedos en la boca, y me hizo callar.

- Eva, a mí no me quieres, a mí me deseas, es a él a quien quieres. No te tortures, disfruta, y ten clara una cosa: yo te enseñaré a usar tus alas, pero no seguiré tu vuelo. Volverás con él, esto se queda aquí, se acaba aquí, dentro de unos días.

No insistió más. Me dejó marchar. No sin antes acompañarme a coger un taxi, a la entrada del Forte.

MIÉRCOLES DÍA 8 - 5 MARZO 2003

Eran casi las dos de la mañana, cuando el taxi me dejó en el hotel.

Lloré todo el camino. Me sentía tan mal, tan terriblemente mal, que no sabía cómo iba a poder superar todo aquello.

Me habría dejado llevar, lo habría hecho, si no fuera porque el miedo me paralizó en el último momento.

Más tranquila, en mi habitación, controlando mi llanto, y habiendo bebido, agua, para aclarar mi voz, lo llamé.

A la cuarta vez, me contestó. Descolgó, pero se quedó callado, sólo entendí que había descolgado, porque dejaron de sonar los tonos que ya tenía asumidos como ruido de fondo de mi conciencia.

- ¿Sebas? – pregunté cobardemente.

Nada, sin respuesta.

- Sebas, háblame, por favor... - le pedí, con lágrimas en los ojos - Está bien, te entiendo, me despisté, lo siento. No puedes imaginarte lo que están siendo estos días para mí y, justo ayer, fue la despedida de los chicos, que se van hoy...

- Respóndeme a una pregunta, Eva, sólo quiero saber una cosa, ¿estás teniendo una aventura con alguno de tus amigos asturianos? - su voz... estaba enfadado, pero no era esa la sensación que desprendía, era... era más decepción que enfado, y eso me dolió mucho, me hizo sentir mucho peor de lo que estaba.

- No – cerré los ojos, rogando que no siguiera con sus pesquisas.

- Entonces ¡¿qué mierda te está pasando?! ¡¡No te reconozco, no sé quién eres, no lo sé!! Sabes que tienes un marido ¿no? Sabes que tu vida ya no es sólo tuya, que en tu vida somos dos, ¿verdad? ¿Todo esto lo estás teniendo presente, en tus vacaciones brasileñas? – la rabia, y el dolor, sonaban así.

- Sebas, lo siento, ya te digo que me despisté – y así la vergüenza.

- No, me despisté no, me olvidé, habla con propiedad – impotencia.

- Sí, me olvidé, ¿qué diferencia hay? – frustración.

- Joder, pues, puedes despistarte, y acordarte más tarde o, por el contrario, puedes olvidarte y, cuando te dignas a ver el puto móvil, alguien, que sí estuvo pensando en ti, que resulta que es tu marido, está esperando una llamada tuya – desesperación.

Respiré, profunda, y sonoramente.

- Me olvidé, lo siento, ¿qué más puedo decirte?, lo siento, perdóname – redención.

- No puedo seguir hablando, yo sí trabajo, y ahora mismo voy a hacerlo después de haberme pasado la noche en vela, gracias a ti – desprecio.

- Sebas, necesito que hablemos, por favor – mentira.

- Claro que tenemos que hablar, pero no va a ser cuando tú quieras, no lo mereces. Por ahora sigue disfrutando – lecciones de moralidad.

- No me hables así, por favor – tristeza.

- No tengo nada más que decirte, cuando vuelva la Eva que conozco, hablamos – y así sonaba la superioridad.

- ¿Cuál de las dos? ¿Cuál es la que quieres que vuelva? La de antes, o la de los últimos meses – e hice estas preguntas en un tono elevado, el tono de la rabia.

Silencio. Sólo se escuchaba mi llanto.

- A ambas las quería por igual, por ambas daría mi vida, con una viví cosas maravillosas, y con la otra aprendí a ser un hombre. Vuelve siendo quien quieras, porque yo estaré esperándote, pero no vengas con la Eva de ahora, porque a esa no la reconozco, esa no me gusta – y así sonaba el amor – Adiós.

Fin de la llamada.

«¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Qué voy a hacer?»

Cuando volví a ver el teléfono, que continuaba entre mis manos, había otro SMS.

DEL INFIERNO:

- No te tortures más. Si te afecta tanto, va a ser mejor dejarlo así.

No te prometo nada, pero procuraré no intentarlo más, aunque me muera por dentro, un poco, cuando te vea, aunque desee besar tu boca, más que cualquier otra cosa, y aunque lo de esta noche no se pueda explicar con palabras, de lo intenso, y especial, que fue, y hablo por mí porque, aunque creía que te conocía, ahora no puedo afirmar que lo que tú sientes sea igual al deseo este, que se me agarró al pecho. Ahora ya no sé si estamos en el mismo punto... yo sólo quiero tu cuerpo, y tu cuerpo no te pertenece.

Qué pena, Evita, que pena.

Tú decides, yo estaré por aquí, en el infierno...

Al mediodía, unos golpes, en mi puerta, me despertaron.

- ¿Quién es? – pregunté desde la cama, elevando mi voz.

- ¡¡Evi, que nos marchamos!! ¿No nos vamos a despedir, o qué?

«Joder, los chicos»

-¡¡Voy!!

«¡¡Mis ojos, por Dios!! Y después dicen que llorar es bueno, ¿para qué? Mira que ojos hinchados se me han quedado... ¡¡Vaya pinta!!»

Abrí, y entraron los cuatro, a tropel.

Me llevaron, saltando en medio de ellos, hasta la cama, mientras gritaban “hey, hey, hey, hey,

hey". Acabamos, los cinco, tirados sobre el colchón.

Me hicieron cosquillas, me comieron a besos, gritamos, reímos, y nos despedimos. Prometí ir a verlos a Asturias, y ellos dijeron que vendrían a Madrid. Nos abrazamos, y los acompañé hasta la puerta.

- Evita ¿no tienes trabajo para mí, en la obra? Me quedo gustosamente.

- Pues igual hacen falta más manos, no te diría que no – le sonreí.

- Nos hablamos, no te salgas del grupo, ¡¡eh!! – me advirtieron.

- No, no, tranquilo, seguiremos en contacto – prometí.

- Hasta pronto, Eva. Saca fotos, y enséñanos el paisaje de día.

- ¡¡Anda, que!! Venga, buen viaje, chicos.

- Ven aquí, preciosa – Gonzalo tiró de mí, para arrullarme entre sus brazos.

- Nos vemos pronto, pórtate bien mientras tanto, y ya sabes... «*Eliot, sé bueno*» – le advertí, imitando a E.T., con mi dedo sobre su nariz.

- De ti espero todo lo contrario, sé mala; deja de ser lo que debes, y empieza a ser lo que quieres.

«*¿Y eso? ¿A qué viene ese consejo?*»

Me dejó pensando... pensándole... pensándolos... pensándonos.

Y así, pensando, estuve el resto del día.

Hasta que me llamó.

- Hola, Sebas, gracias por llamar. Siento mucho haber estado tan ausente estos días.

No dijo nada. Respiré profundo, y continué hablando - ¿Qué tal el juicio? – esperé, con un nudo de nervios en mi garganta, su respuesta.

Respiró fuerte, y tardó en contestar.

- Bien, bastante bien, eso pensamos – su voz no era la calma absoluta, pero me valía.

- Me alegro. Siento haberte estropeado el día – me seguía disculpando, porque no sabía de qué más hablarle.

Lo escuché suspirar.

- ¿Qué has hecho tú?- resopló, antes de hacerme la pregunta.

- Como te dije, era el último día de los chicos, y salí con ellos...

- ¡¡Qué bien te están viniendo estas vacaciones, eh!! – me interrumpió.

- Vale, Sebas, no quiero discutir, por favor – me callé; se calló - ¿Qué nos está pasando? – pregunté, finalmente.

- Pues casi siete mil kilómetros, eso es lo que nos está pasando.

- Quedan siete días, no puedo hacer más, tenemos que aguantar.

- Llevamos aguantando muchos meses, Eva, lo nuestro cuelga, y no hay pinza que lo sujete.

- ¿Qué quieres decir, Sebas? No digas esas cosas. ¿Cada vez que hablemos será así? Yo no quiero acabar con esta sensación – me senté, abatida, sobre el colchón de la cama, y cubrí mi cara con la

mano que no sujetaba el teléfono.

- Es que, ¿sabes lo que pasa?, pasa que no veo que lo estés llevando nada mal, no veo que me estés echando de menos, creo que, para ti, está siendo una terapia cojonuda, vamos, que no parece trabajo, parecen vacaciones; parece que los problemas, que teníamos antes de que te fueras, se te han olvidado y sólo cargo yo con ellos.

- ¿Has llamado para seguir discutiendo? Sabes que me cuesta hablar de esto, y mucho más por teléfono – el silencio me hería como un reproche - Sebas... voy a cortar.

Y un escalofrío recorrió mi cuerpo porque esa frase, en ese momento, tenía muchas interpretaciones.

- Adiós, Eva – enfatizó su despedida, impregnando cada palabra de rabia.

- Lo haces a propósito, ¿verdad? – estaba completamente rendida, sin fuerzas para continuar luchando.

- Adiós, Eva – repitió, con el mismo tono.

- Hasta pronto, Sebas.

No soporto que la gente se despida diciendo *adiós*; Sebas lo sabe, por eso lo utilizó. Esa palabra, esa manera de despedirse, suena tan definitiva, que no me gusta nada.

Mi móvil vibró.

SEBAS:

- Voy a tener que darte la razón, por tu comentario del otro día, cuando decías que no pasaba nada si un día no hablábamos, pero lo extenderé a más de uno... no sé qué nos está pasando. Me pueden los celos, de ver que has encontrado gente que ha conseguido hacerte reír, que te apetezca salir, que hayan conseguido, unos desconocidos, lo que yo he intentado durante más de un año. Eva, te quiero muchísimo, pero este distanciamiento me está pudiendo. Vamos a darnos una tregua.

Y mi mundo se desplomó.

Mi móvil volvió a vibrar.

DEL INFIERNO:

- No me has respondido al SMS, pero ya da igual, olvídate de lo que decía en él, no respetaré nada, quiero volver a sentir lo de ayer, el tiempo que te quede aquí. No puedo dejar de pensar en ti. No puedo, ¿qué me has hecho?

Y mi mundo se quedó sin aire.

JUEVES DÍA 9 - 6 MARZO 2003

Me levanté temprano, apenas pude dormir tres horas seguidas.

Bajé a desayunar.

Edgar ya estaba esperándome fuera, eran las ocho en punto.

Llegué a la obra. Entré y saludé.

No lo vi.

Me enfadé conmigo misma, por dejar que, no verlo, me afectara de ese modo, y agarré mi móvil.

EVA:

- *Aquí ya estamos trabajando, no sé si sabes lo que significa la palabra RESPONSABILIDAD.*

Él no me respondió, y mi humor empeoraba por momentos.

- Roberto, el teléfono que te pedí el otro día, lo necesito, tengo que organizar cosas – se lo pedí con sequedad.

- Lo tiene Ángel, ¿aún no te lo ha dado?

EVA:

- *El teléfono de los de montaje ¡¡YA!!*

DEL INFIERNO:

- 557148562458

«Estupendo ¡¡A éste sí respondes!! Guarda el móvil, Eva, que te conozco, guárdalo»

Empecé a preparar lo que tenía organizado en mi cabeza, transcribiéndolo a una libreta, para asegurarme de no olvidarme de nada.

«He hablado con los de montaje, el viernes lo acaban de traer todo, y empezarán el sábado a montarlo. Entre esa mañana, el lunes, todo el día, y el martes, por la mañana, quedará listo. Los fontaneros, y electricistas, vienen por la tarde, trabajarán con los albañiles, sin mayores problemas, espero... Los pintores, y los de interiores, mañana por la tarde. La mercancía llegará el sábado por la mañana, por lo que los de montaje deberían empezar por los expositores, estantes, mesas centrales, dejando, para el final, el mostrador, el recubrimiento de columnas, y todo lo que no tenga que ver con la exposición, y colocación de la mercancía. Los de interiorismo, y escaparatistas, vendrán también el sábado, por la mañana. Catering contratado, inauguración el miércoles, el mismo día que me voy, será al mediodía, tendré que tener la maleta preparada, o meterla directamente en el coche de Edgar, probablemente me tenga que ir directa al aeropuerto porque, aunque mi vuelo sale a las nueve, ¿o era a las diez?, no recuerdo, tengo que verlo, sé que estas cosas siempre se prolongan más de lo esperado. ¿Qué más me falta? Montaje, pintores, electricistas, fontaneros, decoradores, escaparatistas... creo que nada... Llamaré a los encargados de la tienda, me gustaría conocer al personal seleccionado, y hablar con ellos, antes de mi regreso; eso podría organizarlo para hoy, porque

estarán en el cursillo de preparación. Sí, me pasaré por allí. Voy a llamar a Edgar, para que me acerque»

Continuaba hablando conmigo misma, organizándolo todo, poniendo toda mi atención en no olvidarme de nada, en que no se me pasara nada por alto...

«¡¡Qué frío hace aquí!! ¿Qué más, qué más? ¡¡Los del aire acondicionado!! Sabía que se me olvidaba algo, a esos aún no los he llamado, ahora mismo lo hago. Un momento... ¿y si el aire aún no está funcionando... qué me está provocando estos escalofríos?»

Claro que no era el aire acondicionado... era él. Era que había llegado. Era mi cuerpo, ante su presencia. Era una mierda.

Intenté volver a concentrarme, en lo que, hasta ese momento, me había ayudado a no pensarlo, y a sobrellevar la mañana. Llamé a los del aire acondicionado, para que se pasaran esa tarde. Llevé una mano a mi frente, para acabar presionando mis ojos, con los dedos. Cuando los abrí, vi su casco sobre la mesa, en la que estaba trabajando, bueno, lo de mesa era un gran piropo. Como no levanté mi cabeza, para verlo, y continué con la mirada puesta sobre mi agenda, ignorándolo, fue él quien se agachó, apoyando su mentón sobre la mesa.

- Buenos días – entre su corta barba desatendida, destacaba una sonrisa.

Miré el reloj, antes de responder.

- Mediodía, más bien – continuaba evitando sus ojos.

- ¿Nunca te dije que brava me gustas más?

Inspiré con fuerza, y me separé de la mesa. Recogí mi agenda, y el móvil.

- Llegas tarde, no me gusta la impuntualidad. Con el trabajo no bromeo – reuní el valor, para poder decírselo mientras nos mirábamos.

- No bromeas con nada – me contestó, serio.

- Hasta luego – me giré, para marchar.

-¿Me dejas? – escuché su risa.

Me mordí el labio, y negué, mientras caminaba hacia la puerta.

- ¿Adónde vas?, ¿puedo llevarte? – me alcanzó, y caminó a mi lado.

- No gracias, puedes quedarte, y empezar a trabajar – no me paré, aunque me giré para verlo, mientras le hablaba.

Ladeó la cabeza, y me sonrió pícaramente.

- Tendré que taparme la cara, para no salir corriendo detrás de ti. Qué suerte tienes de no poder verte por detrás, cuando caminas – me lo dijo en un tono demasiado alto, porque yo continuaba caminando, mientras él se había detenido, y lo escuché perfectamente.

Zalamero, y embaucador. Me paré, me giré, para decirle algo, y me olvidé de las palabras, cuando me topé con su cara cubierta por su propia camiseta, que había estirado, dejando todo su torso al aire, y sus pectorales, y sus abdominales, y los oblicuos... tragué saliva, y me giré, rezando a

todos los santos, y cagándome en la madre que lo parió, una y mil veces.

No me podría sacar esa imagen de la cabeza, durante el resto del día.

...

Había sido un día agotador: llamadas, reuniones, visitas, propuestas, más llamadas, y la presión de evitar encontrarme con su mirada. Lo había conseguido, en casi todas las ocasiones que lo miraba furtivamente, pero en algunas me había pillado haciéndolo y, aunque yo disimulaba como podía, era demasiado evidente que lo buscaba.

Él, por el contrario, no se molestaba en disimular, me miraba con descaro y, cuando yo me daba cuenta, no desviaba su mirada al ser descubierto, sólo sonreía.

Su sonrisa derretiría un glaciar, en cuestión de minutos. El hielo que se había formado entorno a mi corazón, se deshacía como mantequilla al fuego, cuando lo veía sonreír, cuando sus labios quedaban enmarcados por esas arrugas, que la piel le dibujaba debajo de su barba. Esa barba que estaba en su justa medida, en su justo tamaño, el tamaño perfecto, como todo en él, como todo él.

Aproveché para salir a comer, cuando lo vi lo suficientemente ocupado, como para no darse cuenta de que me ausentaba, no quería que intentara seguirme.

Cuando regresé, ya no estaba. Mi móvil me quemaba en la mano, evitando enviarle un mensaje. De pronto, lo vi llegar, entrando con Candela; se reían, mientras cada uno tomaba una dirección diferente, dentro del local. Fue hacia su rincón, saludando a todos a su paso. Se apoyó sobre los papeles y, con la cabeza baja, haciendo que leía, levantó sólo sus ojos, su marca, su mirada, su manera de matar... y me miró, y no fui capaz de apartar mis ojos de los suyos. Me siguió mirando, y yo deseé que se hundiera el mundo, pero que antes de engullirnos, me permitiera probar su veneno porque, en ese momento, no se me ocurría una muerte más placentera.

Cuando nos dieron las siete y media, y sólo quedábamos cuatro en la tienda, sonó mi teléfono. El corazón se me desbocó, pensando en que, quizás, Sebas tuviera conexión directa con mi parte irracional y, oliéndose el peligro, decidiera que dejar de llamarnos, durante unos días, no era una buena idea... pero no, me temía que su decisión iba a ser más firme que mi fuerza de voluntad.

Era Edgar quién llamaba.

- Qué casualidad, ahora iba a llamarle; pásese cuando pueda, ya hemos acabado por hoy – le dije, mientras recogía mis cosas.

- Por eso la llamaba, señorita. No sé qué le pasa al coche, pero no arranca. ¿Usted puede llamar a un taxi, para que la lleve a su hotel? – se mostraba preocupado.

- Claro, tranquilo.

- Se ha estropeado ahora, lo siento.

- No tiene la culpa, Edgar, es un coche, se averían. ¿Mañana cree que podrá recogerme, o también vengo en taxi?

- No, mañana, si no es en éste, será en otro coche, pero la recojo yo.

- Pues no se preocupe. Hasta mañana – me despedí.

- Gracias, hasta mañana.

«Bueno, pues a llamar a un taxi»

- Hasta mañana, Eva, que tengas buena noche.

- Espera Roberto, ¿quién cierra? – le pregunté, mientras intentaba encontrar, en el registro de llamadas salientes, el número del taxi, que Ángel había marcado una vez.

- Cierra Ángel. Está con Candela, quedaban en el almacén, ahora salían – me dijo, y desapareció.

«La madre que lo parió. Que hijo de... dejémoslo ahí. Yo voy a llamar a un taxi, y que los jodan a los dos. Oh no. Oh no, no, no, no, no, no, no, no, por favor no, noooooo, mierda, mierda, mierda»

Salí corriendo, detrás de Roberto, pero ya no lo alcancé. Entré de nuevo. Escuché risas en el almacén. Me cagué en mi teléfono. Las risas se aproximaron. Intenté mantenerme lo más natural posible, respiré profundamente, varias veces, antes de verlos llegar. Candela me miró con odio. A mí me resbalaba. Lo que no me resbalaba tanto, era no saber lo que habían estado haciendo en el almacén los dos... solos.

- Después nos vemos, Ángel. Hasta mañana... jefa – se rio.

- Hasta mañana – yo no.

La seguí con la mirada, mientras se marchaba. Cuando me giré, me topé con los ojos de Ángel, que me escrutaban intrigados.

- Tengo un problema – le dije, porque no soportaba esa guerra de miradas en silencio.

- Yo tengo una solución.

«No sonrías así, porque si no tendré dos problemas»

- Necesito utilizar tu móvil, el mío acaba de quedarse sin batería. Tengo que llamar a un taxi, Edgar no puede venir a recogerme.

- Pues sí que es un problema, porque yo no tengo mi móvil conmigo – cruzó un brazo sobre su pecho, hasta agarrarse el hombro opuesto con la mano, y se frotó el bíceps, del brazo doblado, con su otra mano.

- Venga, sí, y yo me lo creo – chaqueé la lengua contra el paladar - Vale, gracias por la ayuda – bajé mi mirada a mis manos, y acaricié mi agenda, antes de meterla en el bolso.

- Me presto a un cacheo, me dejo hacer - levantó sus brazos, invitándome a que lo registrara.

- Enséñame los bolsillos.

- Mete tú la mano, no bajaré mis brazos, te lo juro.

- Vamos, Ángel, en serio, estoy muy cansada, son las ocho, y me quiero ir al hotel, por favor.

Se acercó, lentamente, hasta quedar casi pegados. Incliné un poco mi cabeza, para verle la cara.

¿Me estaba hablando en serio?

- Está bien, te creo, no te voy a cachear. ¿Me puedes decir dónde está la parada de taxis más cercana? – cogí mi bolso, y lo colgué del hombro.

- Te llevo yo – caminó, decidido, hacia la puerta.

«¡Ya estamos otra vez! No me puedo ir contigo, ¿es que no lo entiendes?, ni siquiera puedo mirarte sin deshacerme, mucho menos pensar en tener que agarrarte por detrás, e inclinarme sobre tu espalda»

- Por favor – le supliqué, con un hilo de voz.

- Sin favor, lo hago de mil amores – me respondió, con naturalidad.

- Que no, que por favor me digas dónde están los taxis – lo miré, con ojos de cordero degollado.

- Eva, te llevo yo o, si lo prefieres, me llevas tú, pero vamos en mi moto – cerró con llave, a nuestra espalda, y caminó hacia su moto.

- No tengo casco – hablé alzando mi voz, unos pasos detrás de él.

- En mi moto siempre hay dos – ni se giró para contestarme.

- Caray, qué previsor – resoplé.

- Soy un buen samaritano – me dijo, mientras me ofrecía el casco, estirando su mano hacia mí.

Me acerqué, y lo cogí violentamente.

- Un buen samaritano no busca recompensas a sus acciones – le dije enfadada, mientras me lo ponía.

Se frotó la barba, que cubría su cara, para acabar agarrándose el mentón.

- Eva, contigo tengo el cielo ganado, no me hace falta portarme bien en lo que me queda de vida.

«Ja Ja. Mira como me río»

- Conduces, o fantaseas – me preguntó, elevando una de sus cejas, y sonriendo, claro, eso nunca faltaba.

- ¿Cómo?

- ¿Que si conduces, o vas detrás?

- Conduzco – intenté sonar segura pero, en realidad, no sabía lo que decía, pues no tenía ni idea de conducir una moto.

Soltó el aire a modo de carcajada, y creí que me deshacía como gelatina.

- Está bien, entonces fantasearé yo, mientras te tengo entre mis brazos.

Cogió el otro casco, me dio las llaves de la moto y, con un gesto de su mano, me invitó a subir primero.

Decidí actuar con cordura.

- Iré detrás – soné tajante, porque no quería dar más explicaciones.

Sonrió, e inclinó la cabeza, mientras negaba.

- Las damas primero – insistió en que me subiera antes que él.

- Prefiero montar después de ti – con mi mano, lo invité a subir primero.

- No me hables de montar, no me hables de montar...

La brisa caliente de Bahía, la velocidad tranquila que llevábamos, mi pecho pegado a su espalda, mi cabeza apoyada en él, mis brazos notando sus músculos, mi pelvis encajándose contra su trasero, y mi sexo rozando el asiento. Prometo que tuve que pensar en aviones, para no dejarme llevar por un orgasmo, con todos esos ingredientes.

Aún con lo mal que lo pasé, se me hizo corto el trayecto, demasiado corto. Cuando nos detuvimos, delante del hotel, se giró para mirarme, antes de desmontar.

- Te invito a cenar – me dijo, atropelladamente, como cuando hablas sin pedirle permiso a la razón.

- No, gracias – rechacé su invitación. Tenía que hacerlo.

- ¡Vamos, una cena entre amigos! Prometo traerte pronto de regreso.

Inspiré, y al hacerlo cerré los ojos, por un momento nos vi cenando, charlando, y riéndonos, pero, al abrirlos, me topé con la realidad... lo deseaba, quería follar con él hasta que uno de los dos cayera rendido, y una cena sólo prolongaría mi agonía.

- Tú y yo no podemos ser amigos.

Le devolví el casco, estampándoselo contra su pecho, y entré en el hotel, demasiado rápido.

Ni un solo mensaje de Sebas, en todo el día ¿Sería igual los seis días restantes?

La sensación de pérdida, y el trabajo del día, me habían mantenido bastante alejada de la tentación, a pesar de haberme muerto, un poco, cuando, esa mañana, había visto su casco apoyado sobre mi mesa, a pesar de sus miradas, y sus sonrisas, durante toda la tarde, a pesar de morir de celos, cuando los vi llegar juntos, y a pesar de desear dar la vuelta al mundo, sobre esa moto, si ello significara poder hacerlo agarrada a él. A pesar de todo eso, estuve bastante bien.

Me quedaban menos de seis días, con él.

¿Qué es lo que quería hacer? ¿Quería volver a España sin haberle dado calor a los escalofríos que me provocaba verlo? ¿Sería capaz de superar la necesidad, que sentía mi cuerpo, por él, con mi marido, o sería una espina que siempre me quedaría clavada?

Cené algo rápido, y subí pronto para la habitación. Cuando iba a recogerme el pelo, para cepillarme los dientes, y desmaquillarme, me di cuenta de que me había dejado la pinza en su moto; la había quitado, para ponerme el casco, y no me había acordado de cogerla, cuando me dejó en el hotel.

Le envié un mensaje.

EVA:

- Me he dejado la pinza del pelo en tu moto, no te olvides de traérmela mañana, por favor, la necesito. Buenas noches.

Me hice un moño, con una goma, para lavarme los dientes, y desmaquillarme.

Miré hacia la bañera, y volvía caer en la tentación... la llené. Me aseguré de que salía caliente, antes de accionar el tapón. Me desnudé. Cuando ya estaba suficientemente llena, cerré el agua

caliente, y comprobé la temperatura, con mi mano, antes de entrar.

«Joder, ¡¡está congelada!!»

Normal, a casi baño por día, habría jodido el circuito del agua caliente. Me cubrí con el albornoz, y fui hacia la cama, para llamar a recepción, desde el teléfono que estaba sobre la mesilla de noche.

- Buenas noches, llamo de la 490, tengo un problema, estoy sin agua caliente.

...

- Vale, gracias; estaré despierta un rato más. No se preocupen, si tienen que venir, vengan.

Encendí mi iPod, y me dejé caer sobre la cama; tenía los pies fríos, me cubrí mejor con el albornoz, mientras metía los pies bajo las sábanas.

Llamaron a la puerta.

«¡Qué rápidos!»

- ¡¡Voy, un segundo!!

Me acomodé el albornoz, y fui a abrir.

Casi se me sale el corazón por la boca, cuando lo veo allí, apoyado, en el marco de la puerta, sonriendo, y mirándome de esa manera tan... tan suya.

-¿Pero, qué haces aquí? ¿Cómo has sabido cuál es mi habitación? – le pregunté, mirando a un lado y al otro del pasillo, nerviosa, descolocada.

Levantó sus cejas y me miró, tan seductoramente que tuve que apoyarme para no tirarme a sus brazos.

- ¿No crees que tengo suficientes armas, como para convencer a una recepcionista, de que me dé el número de una habitación? – sólo sonreía, mientras estudiaba mi reacción - He venido a traerte lo que me has pedido – él era la calma absoluta, la seducción hecha hombre.

- ¿Qué? – no daba crédito.

- ¿No me dijiste que necesitabas esto? - levantó mi pinza, entre los dedos de su mano izquierda.

- Bueno... sí... pero no ahora, era para que me la llevaras mañana – tartamudeé, y mi tono mudó, del asombro al enfado, cuando fui tomando conciencia de su atrevimiento - No me parece nada apropiado que vengas a mi habitación así, sin avisar.

- ¿Y avisando... puedo?

- Tampoco.

- Entonces, ¿qué diferencia hay?, yo decido – estaba tan seguro de sí mismo, que me hacía dudar de todo.

Tenía que superar esa situación, tenía que ser fuerte, y dejar de desear que su camiseta desapareciera, y sus bermudas se volatizaran. Tenía que tener fuerza de voluntad, para no tirarme a su cara, e invadir su boca, para no subirme a su pecho, y trenzar mis piernas a su cintura. Tenía que marcharse, no sería capaz de negarme ante la evidencia, no podría, y no quería.

Me sobresalté, cuando sonó el teléfono de mi habitación, miré hacia la mesilla, y lo volví a mirar a él. Le indiqué, con mi dedo anular, que me esperara un segundo, y corrí hacia la cama, para descolgar el auricular.

La chica de recepción me informó de que no sería necesario subir a mi habitación, pues el problema era en la caldera, y ya lo habían solucionado, de todas formas, me insistió en que lo comprobara y, si notaba cualquier anomalía, los avisara nuevamente. Que disculpara por la molestia, y que tuviera una buena noche.

Colgué, respiré profundo y, cuando me giré, para enfrentarme a la dura realidad, un pequeño grito se escapó de mi garganta.

Estaba a los pies de la cama, había entrado, y cerrado la puerta, mientras yo estaba al teléfono.

- ¿Qué haces, por qué entras sin mi permiso? – temblaba.

- ¿Quieres que me vaya? – él no. Nada. Ni un poco.

«*Demasiado cerca... demasiado cerca*»

Lo tenía justo enfrente, no tenía escapatoria, mis piernas retrocedieron, hasta chocar con la cama, él avanzó, esos centímetros que nos separaban, y se volvió a pegar a mí. Era insoportable la atracción, no podía resistirme a morir de deseo por tocarlo, quería agarrar fuertemente su cabeza, y besarlo hasta el fin de mis días, quería que me hiciera el amor, salvajemente, que me desnudara, me recorriera entera con su boca, y me provocara mil orgasmos, que me dejaran exhausta...

- No quería que entraras – logré mentir.

- Eso es discutible pero, ahora, ¿quieres que me vaya? – hizo esa pregunta, sin intención de obtener respuesta.

Alargó su mano derecha, para agarrar el cinturón de mi albornoz y, con la izquierda, me cogió por la cintura, atrayéndome, lo máximo posible, a él; retiré mi cabeza hacia atrás, para que nuestras caras no chocaran. No podía soportar el deseo, era increíble lo que me hacía sentir su tacto, simplemente con su presencia, ya no era capaz de ser racional y, si a eso añadía el contacto, perdía la consciencia. Mi sentido del deber estaba en la punta de mis pies, relegado a la posición más lejana a mi cerebro.

- Me encanta esta canción – me habló suave, cerca de mi oreja derecha – Hacía mucho que no la oía.

Sonaba de fondo la música que había seleccionado para mi baño. Recorrió mi lóbulo, con su labio, susurrando la letra de la canción - *...es por culpa de una hembra, que me estoy volviendo loco, no puedo vivir sin ella, pero con ella tampoco...* - casi sin rozarlo - *...y si de este mal de amores, yo me fuera pa'la tumba...* - apenas me tocaba, pero yo ya no era dueña de mí, mi clítoris latía más rápido que mi corazón, que bombeaba más sangre de lo que se podía permitir, mis pulmones hiperventilaban, y mis piernas flaqueaban, aunque eso no era un problema, porque su brazo izquierdo era el que me sostenía.

Ya había deshecho, completamente, el nudo del albornoz y, su hábil mano, se había colado por dentro, apoyándose en mi cadera. La verdad es que me importaba bien poco estar desnuda ante él, era como si perdiera la vergüenza completamente. Quería ser sucia, y osada, me daba igual mantener las apariencias, me daba igual lo que estaba bien, o no, porque lo necesitaba como respirar, no sabía explicar qué era lo que había entre los dos, qué clase de conexión era aquella. Su mano no se movía de mi cadera, sólo presionaba mi piel, por momentos, coincidiendo cuando su boca se acercaba más a mi cuello. Sus labios subían, y bajaban, por él, hablándome en susurros; susurros que eran como penetraciones, pues cada vez que escuchaba su voz, mi vagina se contraía; yo sólo me dejaba llevar, sin pensar, y gemía bajito.

- Eva, me estás volviendo loco, ¿no puedes decidirte ya?, ¿no puedes decirme que me deseas, tanto como yo a ti? – su voz era áspera, y suave, al mismo tiempo. Me estaba volviendo loca.

- Ah, ah, ah – una respiración agitada, y entrecortada, era el único sonido que salía de mi boca.

- ¿No ves cómo estoy de duro por ti? Esto no puede ser sano. Voy a ver si tú también estás excitada, ¿me dejas? – me hablaba con una naturalidad, que me hacía avergonzarme de lo poco, o nada, que me sorprendía.

Estaba a punto de correrme, y no exagero.

- Bajaré mi mano por tu cadera, hasta tu ingle, después la llevaré hasta tu sexo, para comprobar si el sentimiento es mutuo, ¿te parece? – y seguía hablando, describiendo cada uno de sus pasos, como si me contara qué había estado haciendo en su jornada laboral.

«No puedo, no puedo... hazlo, hazlo, hazlo de una vez, no me dejes así»

- Eva, no te oigo – me decía en susurros, con su boca pegada a mi oído. Llenándome de besos, soplidos, y saliva.

- No, no, no – dije, entre respiración y respiración.

- ¿No, qué? No, no pares. No, no te dejes... Dime qué quieres que haga, y lo haré, te juro que lo haré.

«Por favor, no pares, no pares, y métemela ya, porque creo que eso sólo bastará para que me corra»

Bajó, un poco, su mano, como me había indicado que iba a hacer, hasta mi ingle. Separé mis piernas, debía haberlas cerrado, pero no era yo quien dominaba mi cuerpo, era él, le pertenecía, pertenecía a la pasión que nos tenía atrapados a ambos, no era dueña de mí. Con ese movimiento de mis piernas, Ángel apartó su cabeza, de mi cuello, para verme fijamente. Deseé besarle, como nunca en mi vida deseé besar a nadie, y entonces lo hizo... sonrió. Sonrió de esa manera que me desarmaba, de esa manera tan sexi, a su manera. Esa sonrisa podría matar, estoy segura, a mí casi me provocó una parada, en ese momento. Empecé a tensarme, iba a correrme, pero no me importaba, es más, deseaba, con todas mis fuerzas, que no parara de mirarme mientras lo hacía, ¿qué me estaba pasando?, ¿qué me estaba haciendo?

- Estoy esperando tu respuesta, Eva – su mirada atrevida, mezclada con su sonrisa, esperaba una respuesta.

«Pero, ¿qué...? ¿No ves que no puedo hablar?»

Abrí un poco los labios, para decirle que hiciera lo que quisiera de mí, pero se me adelantó.

- Sabes que, si me das permiso, no me conformaré con comprobar si estás húmeda, necesitare más, necesitare meterme dentro de ti. Primero, nuestras bocas se comerán, nuestras lenguas se encontrarán, y será como un choque de trenes, dedicare tanto tiempo a tu boca, que tus labios se dormirán de tanto besar y, probablemente, te correrás ahí, por primera vez. Después bajare hasta tus pechos, a ver... deja que los vea – me abrió el alboroz por completo - ¡¡Dios mío, Eva, eres tan perfecta!!

Con el alboroz apoyado sobre mis codos, mis pechos quedaron expuestos. Mis pezones estaban tan sensibles, que el roce de su camiseta fue suficiente para que se me escapara un sonoro gemido, que me acercó, todavía más, al inminente orgasmo.

- No me puedo creer que, por fin, vayamos a follar; no me puedo creer que vaya a estar dentro de tu cuerpo. Quiero saber si explotamos, cuando me meta en ti.

Al decir eso, levantó una pierna, y apoyó el pie contra el colchón de la cama, su cuádriceps quedaba justo debajo de mi sexo y, la mano que tenía en mi ingle, la había movido hasta mi trasero, al que agarró con fuerza, apretando la cacha; después comenzó a moverme hacia él, incitándome para que me frotara contra su pierna. No faltaba nada para que me corriera, si no lo había hecho aún, era porque quería prolongar más esa agonía, y que, al final, fuese tan explosivo, ese orgasmo, como inevitable.

Ya gemía, sin importarme el volumen.

- Morderé tus pezones, tiraré de ellos, los chuparé, y abarcaré, con mi boca, los apretaré, y maltrataré, con mis manos, hasta que te retuerzas de placer.

Volvió a posar sus labios en mi lóbulo y, esta vez, sacó un poco la lengua, para humedecerlo, después lo mordió, suavemente. Su mano izquierda seguía sosteniéndome, y la derecha continuaba con el vaivén de mi sexo, contra su pierna, asegurándose de que no me detuviera.

- ¿Por qué no me das permiso, Eva?, ¿por qué no me dices que compruebe si te hago sentir como tú a mí?

- Ángel, ah, ah – tensión en mi cuerpo, el orgasmo se abría paso.

Él también gimió.

- Sí, Eva, di mi nombre, no dejes de decir mi nombre cuando te corras, quiero que tengas muy presente quién te está provocando esto.

- Ángel, no, no, no, ¡¡me voy a correr!! – me liberé de cadenas, y me dejé ir, sin pensar, sin dudar, temblando.

- No puedo soportarlo, Eva, deja que te folle, no hay nada en el mundo que desee más que estar

dentro de ti. Deja que pase.

Me pegó del todo a su cuerpo, y pude sentir, en mi pierna, su erección, tan dura... tan grande; bajé mis manos, para tocarla, pero ya no llegué a tiempo... me empecé a convulsionar, sentí un latigazo, que tenía su origen en la parte baja de mi espalda, y se extendía, ramificándose, por todo mi cuerpo, me hacía curvarme de placer, en una postura de contorsionista, nivel circo del sol; me afectó a la vista, hasta el punto de que casi me hace voltear mis ojos, y me dejó sin respiración. Me corrí. Lo hice como nunca, tuve el orgasmo, sin penetración, más fuerte de mi vida, fue tan brutal, que me mareé, la cabeza se me fue y, si no fuera porque, Ángel, me estaba sujetando, hubiera caído al suelo.

Cuando me calmé, me apoyó, suavemente, sobre la cama y, allí tendida, con el albornoz completamente abierto, pude ver la huella de mi *delito*, en sus bermudas, pues estaban completamente mojadas, en la zona dónde me había estado frotando.

Me quise morir.

- Eva, vas a acabar conmigo, ¿crees que puedes dejarme así? – sus pupilas se habían dilatado... miraba diferente. Sus ojos avellana estaban en llamas.

Intenté respirar, para tranquilizarme, pero era tarea imposible. Baje la mirada hacia su entrepierna, y aquello seguía completamente duro, excitado, pero yo ya había recuperado, un poco, la razón, el sentido.

- No olvidaré esto jamás. Aceptaría esta tortura, si pudiera hacerte sentir así a diario, pero ni tú, ni yo, nos conformaríamos, siempre queríamos más. Eres perfecta para mí, me vuelves loco, y sólo con pensarte, ya estoy completamente duro.

- Ángel – hablé entre jadeos.

- Dime.

- Vete, por favor – mi cuerpo se reveló ante mis palabras, retorciéndose.

Se quedó unos segundos viéndome, muy serio, como estudiando mi petición, para acabar sonriendo. Se frotó la cara, y soltó una bocanada de aire. Se inclinó hacia mí, pensé que iba a besarme, y no tenía pensado impedirselo porque, a pesar de que me había corrido de una manera sobrehumana, aún quería más, necesitaba más, rozó mis labios con los suyos, cerré los ojos y abrí la boca, y volví a sentir sus labios rozando mi oreja.

- Ay, Eva, Eva, Eva, conmigo no debes cerrar los ojos nunca, porque ellos son los que hablan, cuando tu boca calla, o miente, como ahora.

Cogió mi lóbulo, entre sus dientes, lo chupó, y tiró de él. Me retorció, y el deseo volvió a aparecer, en forma de latido insistente, ahí abajo.

- Si vas a mentirme, no me mires a los ojos, no me digas que haga algo que no quieres; no lo hagas viéndome, porque te delatas. No quieres que me vaya, quieres que te folle, quieres correrte, y ver cómo lo hago yo, quieres que te la meta fuerte, y suave, quieres que te coma el coño, y quieres ver

cómo me corro mientras me la chupas. Lo sé, pero no lo escucho, y como no me lo dices, no voy a hacerlo; tienes que decírmelo, Eva, tienes que ser tú misma conmigo, deja salir a tu fiera, deja que te dominen la pasión, y el deseo, entrégate a mí, porque yo cambiaré tu vida, pero no tocaré tu corazón, te lo prometo.

Esto es deseo, no es malo, es animal, es instintivo, es pasional, no tiene nada que ver con la razón, ni con el corazón, ese lo dejamos para tu marido; yo, como ya te he dicho, me pido otro órgano.

Y volvió a sonreír, mientras se levantaba de la cama, dejaba un beso en mi barriga, que seguía descubierta, y otro e mi monte de Venus.

- Otra vez será – dijo torciendo su boca, en una mueca.

Después se marchó, dejándome turbada, y tumbada sobre la cama, sintiéndome completamente vacía, y horrorizada ante el modo en que sus burdas palabras conseguían excitarme. Éramos tan diferentes... su manera de hablar, su falta de tacto, el tener las cosas tan claras, mientras yo era un mar de dudas, su manera de ser, sin importarle, para nada, la opinión de los demás... con tan pocas cosas en común... ¿Por qué no podía resistirme a él? ¿Por qué mi cuerpo reaccionaba de ese modo?

No puedo decir que me costó conciliar el sueño, ya vería las cosas con una perspectiva desoladora, a la mañana siguiente.

VIERNES DÍA 10 - 7 MARZO 2003

Me había despertado tal y como me había dejado Ángel, con el alboroz, y nada más. Sin baño, aunque la bañera aún no había sido vaciada. Con una sensación terrible en el pecho, eran mis remordimientos, que me estaban consumiéndome, y apenas había abierto los ojos. Era la peor persona del mundo, ¿cómo había sido capaz de hacer lo que hice? No podía volver a pasar, ya lo había probado, aunque no fuera del todo, y me sentía tan culpable... sobre todo porque deseaba que se repitiera, y por nada del mundo hubiera retrocedido en el tiempo, para impedir que hubiera sucedido... ¿En qué clase de persona me estaba convirtiendo?

Sacando fuerzas de flaqueza, me levanté. Debía de enfrentarme a un nuevo día de trabajo, donde iba a tener que verlo durante muchas horas... pero lo más duro no era eso, lo peor era el SMS que debía escribir a mi marido, en el que tendría que seguir fingiendo, pero esta vez no para ocultar mi dolor, esta vez lo que ocultaba era mi culpa.

EVA:

- *Ya es viernes... disfruta de tu fin de semana. TQ.*

SEBAS:

- *Igualmente, a ambas cosas.*

Seguía enfadado. Me lo merecía, no se podía imaginar cuanto...

Llegué a la tienda, y me preparé para el día ajetreado que me esperaba. Ángel aún no estaba... quizás era mejor, así podría concentrarme en todo lo que tenía que hacer.

- Eva, los de montaje preguntan por ti – Roberto vino a avisarme.

- *Obrigada*, ahora voy – le agradecí.

Tras haber confirmado el color, con los pintores, me puse con los de montaje, les indiqué el orden que debían seguir, y les advertí que debían ser rápidos porque, al día siguiente, llegaba más mercancía, y había que empezar a colocarla. No había suficiente sitio en el almacén para toda, por lo que quería que se lo tomaran en serio.

Sonó mi teléfono, que estaba encima de la improvisada mesa y, al girarme hacia ella, unas manos evitaron el choque, que iba a producirse entre su cuerpo y el mío.

- No me gusta que no estés en tu puesto, a tu hora – solté lo primero racional que se me ocurrió; lo otro, debía callármelo.

- Me gustas mucho en el papel de jefa, seria y mandona, aunque prefiero verte como te dejé anoche... - su sonrisa, el brillo de sus ojos, su manera de mirar... era demasiado tentador. De ma
sia do.

El teléfono seguía sonando, pero ya me parecía menos importante atenderlo... hasta que recuperé la sensatez, que perdía en su presencia, y lo esquivé, para poder contestar.

- Buenos días, señor Escobar.
- Buenos días, Eva, cuéntame, ¿cómo sigue todo?
- Bien, ya están montando – mentí.
- ¿Cuándo llega el resto de la mercancía?
- Mañana, a primera hora.
- Y los empleados, ¿es buena la selección?
- Lo es, señor; parecen gente muy válida.
- Ya sabes que tienes la última palabra, y que no necesitas mi aprobación, para hacer lo que consideres conveniente.
- Gracias, señor Escobar, lo sé.
- Bien, mantenme informado, y más en estos últimos días.
- Lo haré.
- Te dejo, me voy a comer.

Cuando me giré, ya no vi a Ángel, pero sí a los interioristas, que estaban discutiendo con los de montaje. Fui a mediar, para que se calmaran, un poco, los ánimos, pero sólo fue un espejismo, en cuanto me di la vuelta, volvían otra vez a discutir.

Cerré los ojos, y respiré profundo. Los abrí de golpe, ante el escalofrío que me produjo sentir su mano, sobre la parte baja de mi espalda.

- Necesito que me acompañes al almacén – me dijo al oído.

«¡¡Ay, Dios!!»

- ¿Para qué? – fingí indiferencia.
- Para follar.

Respiraba por la boca, las ventanas de mi nariz no permitían la entrada de suficiente aire. Me di la vuelta, para enfrentarme a su cara, y enfoqué mi mirada hacia la suya, con una advertencia muy clara, que él entendió, sin necesidad de decir una sola palabra.

- Necesito que me digas dónde quieres que coloque unas cosas, aunque si quieres que follemos... no opondré resistencia – levantó sus manos, y sonrió.

- ¿Sería posible retroceder en el tiempo, hasta evitar hablar de follar entre nosotros? – le pregunté, nerviosa.

- No, no lo sería – respondió, alzando sus cejas, y apretando sus labios.

- Pues entonces te pido que hagas un esfuerzo, porque me incomoda muchísimo, y cada vez que meto la pata contigo, dejándome llevar, no consigo deshacerme de una sensación horrible, que me ahoga.

- Eso sí tiene solución – me guiñó un ojo - prueba a acabar lo que empiezas, verás cómo te sientes mejor – se alejó, lentamente, sin darme la espalda, y sin dejar de sonreír.

Me tranquilicé, y acompasé mi respiración a la normalidad, en cuanto lo perdí de vista.

- ¡¡Eva!! ¿Vienes, o qué? – me preguntó, al ver que me había quedado parada.

Y allá fui, detrás del conejo que persiguen los galgos, detrás del anzuelo que muerden los peces, de cabeza a la trampa del cazador.

Entré en el almacén, delante de él, mientras sujetaba la puerta.

Le oí decir algo ininteligible.

- Perdona, ¿hablas conmigo? – le miré.

- No, hablo con mi fuerza de voluntad... la estoy poniendo a prueba - se mordió el labio, cuando acabó la frase, y yo quise ser sus dientes, en ese momento - Hoy estás especialmente guapa –ladeó su cabeza.

- Ángel, a lo que veníamos, por favor – parecía que el baile de San Vito me había poseído.

Rio abiertamente, y el blanco de sus dientes destacó sobre el moreno de su piel.

- Lo de anoche fue... inolvidable – se acercó en exceso, para decírmelo.

- Me voy, tengo mucho trabajo, y no puedo perder el tiempo contigo – olía a peligro, a fuego y gasolina juntos, a aviso de radar fijo, que te saltas por gilipollas... olía a problemas y lágrimas... muchas lágrimas.

Me agarró por el brazo, cuando pasé por su lado.

- Está bien, está bien, ¡¡eres dura de cojones!!... ya puede valer la pena todo lo que estoy reprimiéndome contigo.

- ¿Reprimiéndote? – pregunté, con énfasis.

- Sí, Eva, reprimiéndome como nunca en mi vida lo he hecho. Estoy esperando a que te sientas preparada, pero me parece que me voy a saltar esta mierda de protocolo, y haré las cosas a mi manera. Como siempre. Como antes de ti – me habló muy serio, sin soltar mi brazo - ¡Que pareces Jesucristo, coño! Llegas a mi vida, y ya lo mido todo con un *antes de ti*, y un *después de ti* – dejó su cuerpo sin aire, respirando con alivio, cuando terminó de hablar,

- Ángel, no va a pasar, no va a haber nada entre tú y yo, olvídalo – era eso lo que se supone que debía decir, ¿no?

- Nada más... querrás decir. Porque ya hubo, y sigue habiendo y, ¿olvidarlo?... eso NUN – CA – me miraba tan fijamente, que podía sentirlo dentro.

- Lo que sea que necesites que haga aquí, lo dejo en tus manos; toma tú la decisión, no voy a perder más tiempo contigo – millones de escalofríos viajaban por mi torrente sanguíneo, provocándome sensaciones tan dispares, como sentir que mi cuero cabelludo se separaba de mi cabeza o, incluso, querer estirar los dedos de mis pies, hasta abrirlos en plan abanico, para dar más espacio a todas esas sensaciones que me recorrían el cuerpo, y que se le quedaba pequeño.

Salí del almacén, después de reunir el valor para mirarlo fijamente, lo que me provocó inestabilidad en las rodillas, hasta el punto de que tuve miedo de trastabillar y caerme.

Acompasé mi respiración, una vez fuera, y continué con mi trabajo, lo más dignamente que pude,

tras su efecto.

Me voló el día; entre la tienda, la comida con los encargados, reuniones, las llamadas a los que nos servían la mercancía, los cambios que proponían los de montaje, y las caras, que hablaban por sí solas, de los interioristas, se me pasó el viernes en un suspiro.

Sólo paré para contestar a un mensaje de Vero, otro de los asturianos, y enviar una foto al grupo de VICIOS@S, de lo que había cambiado el local. Hice una rápida llamada a mis padres, y pensé en llamar a Sebas, pero recordé lo que había hecho la noche anterior, y cerré los ojos, apartando la idea de hablar con él, además, sabía que continuaría enfadado, debía darle tiempo. Él había llegado a pensar que yo estaba teniendo un lío con uno de los asturianos, después dicen que las del sexto sentido somos las mujeres. No sabía hasta qué punto sería capaz de ocultarle lo sucedido, no sabía si toda la historia con Ángel, iba a ser el detonante de mi relación con Sebas, o si, como decía Ángel, todo esto se quedaría aquí, porque era simple, y llanamente, una atracción física en la que no entraban en juego nuestros sentimientos. Lo mejor que podía hacer era no pensar... bueno, igual no era lo mejor, pero sí lo que más deseaba hacer. Con lo que había hecho, hasta ese momento, bastaría para acabar con mi matrimonio... dejé mis pensamientos a un lado, y volví al trabajo.

- Eva, yo me voy, y Edgar acaba de llegar.

- Gracias por avisarme, Roberto. Ahora salgo, haz el favor de decirle que no tardo.

- ¿Te vas con Edgar? – apareció, a mi espalda, para respirar todo el aire, y dejarme agonizando.

Por supuesto, ahí estaba.

Era realmente un ángel, perfectamente cincelado, como si un escultor hubiera sido el encargado de diseñar su cuerpo, para deleite de la humanidad. Ángel moreno. Ángel sudado, con su cabeza ligeramente ladeada, y esa sonrisa de niño malo en su cara. Esa cara que detiene el tiempo porque, cuando lo miras, el tiempo no cuenta, no importa, el mundo se detiene. Cuando esos ojos se fijan en ti, te profanan, son capaces de penetrarte tanto, o más, que si te hiciera el amor.

Esa sonrisa me iba a matar. Se mordió, por dentro, el labio, antes de volvérmelo a preguntar.

- ¿No te apetece que te lleve en mi moto?

«¡¡Dios!!, me estás matando lentamente»

Como no le contestaba, se rio, y comenzó a acercarse despacio, sin dejar de mirarme, sin dejar de matarme con su mirada, sin dejar de sonreír.

Cuando me tuvo al alcance de su mano, me atrajo hacia él, tirando de mi muñeca.

- ¿No vas a dejar que te lleve, E V A? Esto de hacerte de rogar, se está volviendo una mala costumbre – arrugó su entrecejo, fingiendo enfado.

«¡¡Ay Dios mío!!! Voy a caer del todo, voy a dejarme llevar, voy a dejar que pase, voy a ser libre, voy a ser suya completamente»

- ¿Puedo? – preguntó, mientras acariciaba los botones de mi blusa.

Asentí, sus ojos se clavaban de una manera que hipnotizaba.

- ¿Puedo? – volvió a preguntar, ante mi silencio.

- Ya no sé – logré decir, susurrando, tan bajito, que apenas oí el sonido de mi propia voz.

- Señorita, si va a tardar, aparco bien - la voz de Edgar me devolvió a la realidad.

Ángel me miró, con ojos suplicantes.

- Salgo ya. ¿Cierras tú, o te marchas también? – tragué mis ganas, e hice lo correcto...

Su expresión era tan desconcertante, como mi reacción. Ni yo misma me entendía; sabía que ya me había metido hasta el cuello, y no había marcha atrás, pero algo me decía que debía poner trabas, mi conciencia, o mi masoquismo, llámalo equis, pero cuando me encontraba entre la espada y la pared, entre Ángel y Sebas, entre mi deseo y mi vida, y algo aparecía, para darme un atisbo de lucidez, lo tomaba como una señal, y siempre elegía sufrir, siempre me negaba a la evidencia, en plan telenovela, volvía al punto de partida, como cantaba la gran Rocío Jurado, aunque ese punto ya había sido borrado, con una Milán Nata de olor a golosina.

No me contestó. Enderezó su cabeza, borró la sonrisa de su cara, y tensó su postura.

Cuando llegué a la puerta, me giré para volver a verlo, se había movido, estaba en su rincón, revolviendo unos papeles. Salí suspirando, y maldiciendo para mis adentros.

Mientras iba en el coche, acariciaba el móvil entre mis manos, esperando la salida de un genio, que me concediera un solo deseo, sólo uno... sin duda, pediría haber dado marcha atrás en el tiempo, pero no a los diez días que llevaba en Bahía, pediría diez minutos, simplemente diez minutos, para poder decirle a Edgar que se marchara, y entonces volvería a sentirme libre, a sentirme feliz, y me dejaría llevar, que era lo que había deseado desde que lo había visto, y probaría, del todo, su cuerpo.

Tras la cena, me decidí y, ya tirada sobre la cama, cogí el móvil, para enviar el mensaje que me rondó todo el camino hasta el hotel, mientras me duchaba, cuando me vestía, y mientras cenaba.

- *Mi blusa todavía huele a ti.*

Informe de entrega... entregado.

No era gran cosa, pero era lo único que me permitía escribirle.

Sin respuesta, demasiado tiempo.

Cuando ya iba a arrastrar el poco orgullo que me quedaba, empezó a sonar el teléfono entre mis manos... era él.

- ¿Quieres que vaya? – conciso, directo, pragmático.

- No – respondí inmediatamente - No quiero que dejes de hacer lo que sea que estés haciendo, por mí. Es sólo que, al coger la blusa, que he llevado a trabajar, me llegó tu aroma.

- Ya veo - expulsó, con un soplido, el aire contenido – Hablaré más claro, porque tú no lo estás haciendo. Ojalá tuviera yo esa suerte de que me vinieras, de vez en cuando, a la cabeza, es más, lo

que me gustaría es que te fueras en algún momento, para dejarme pensar con claridad, pero no hay manera. Eres una santera, te has metido tan dentro de mí, que no me hace falta olerte para recordarte. Lo que yo quiero es estar contigo, tenerte delante, que me mires, que me toques, que notes mi deseo crecer, y yo el tuyo, que te liberes de una puta vez, y me des la libertad que te pido, que te dejes llevar, y comprendas que esto no pasa todos los días, más bien, se tiene suerte si sucede una vez en la vida... a nosotros nos está sucediendo, nos deseamos, queremos nuestros cuerpos unidos, desnudos, y yo no sé si aguantaré mucho más esta puta tortura, que el primer día me hizo gracia, pero ahora me está empezando a cansar.

- Lo siento, Ángel, ya sabías que yo no puedo ser completamente libre – me estaba disculpando... no, me estaba engañando.

- Me parece perfecto, pero respóndeme, sinceramente, ¿quieres serlo? Si pudieras elegir, ¿querrías serlo?

Todo mi amor, todo mi odio, todo mi deseo, toda mi pasión, toda mi alegría, todo mi llanto, toda mi voluntad, todo mi cuerpo, toda mi vida, todo mi mundo, y toda mi verdad, se concentraron en esa respuesta que me callé. ¡Putá cobarde!

«Querer se queda corto, cuando tú eres el motivo»

Ante mi silencio, habló Ángel.

- Santera, tú sabes dónde encontrarme, no tardes por favor, y danos una oportunidad – tras decir esto, colgó.

Ni una sola palabra más, no más preguntas, no más juegos de palabras, nada más. Me sentí morir, me sentí fatal, mi estómago se había encogido, haciendo que me doblara del dolor. Qué tonta había sido, pero, ¿qué esperaba?, ¿qué quería?, ¿cómo pretendía sentirme jugando con fuego? Era un hombre tan jodidamente perfecto, e irresistible, que podía tener a la mujer que quisiera, incluso a una idiota como yo, que creía tener la vida planteada, que creía poder recuperar su matrimonio, hasta que apareció él, para desbaratarlo todo. El hombre.

Desde que lo vi, quise ser suya, ¿a quién pretendía engañar? Yo nunca había sentido la necesidad de ser de nadie, como estaba sintiendo ahora con Ángel. Quería entregarle mi cuerpo, para que lo amoldara a su antojo, y disfruta de él. Era una tontería seguir negando una evidencia. Era una tontería seguir engañándome.

El teléfono seguía entre mis manos, y yo me agarraba a él, como si fuera un peso de los que se ponen los buzos para la inmersión... saldría corriendo a su encuentro, pero lo estaba retrasando, porque quería encontrar una razón, lo suficientemente fuerte, para no hacerlo. Presa de una rabia, que me salía del mismo estómago, empecé a llorar, llorar por cómo me sentía, llorar por lo que quería, llorar por haber dejado que mis sentimientos fuesen tan lejos, llorar por no tener fortaleza de resistirme, llorar por desearlo, y no tener en consideración a mi marido, llorar por no sentirme todo lo culpable que se merecía Sebas, y llorar por todo lo que me moría por hacerle a Ángel, y

que él hiciera conmigo. Apagué el maldito teléfono y, sin poder dejar de llorar, me vestí de nuevo, para salir a por él.

Cuando el taxi se detuvo, delante del Forte, a punto estuve de no bajarme, pero ya había hecho lo más difícil, había llegado hasta allí sin la fuerza de sus ojos, sin el poder de su sonrisa, sólo movida por la necesidad que sentía mi cuerpo de ser suya.

Antes de entrar, cerré mis ojos, y bajé mi ajustado, y corto vestido. Aparté mi pelo, y respiré profundo, varias veces.

Tras pasada la puerta, la música inundó mis sentidos, y la gente, que llenaba el local esa noche de viernes, se convirtió en una marea de obstáculos que tuve que sortear, para poder llegar a la barra.

- Hola, Samuel – su amigo, el camarero, seguía allí, día tras día.

- ¡¡Hola!! ¿Y yo por qué no sé tu nombre? – me preguntó, sonriendo.

- Soy Eva, encantada.

- El encantado soy yo.

Se inclinó sobre la barra, para poder besarme.

- ¿Te está molestando este sinvergüenza?

Su voz.

Temblé. Tragué, y me giré para verlo. Me costaba respirar.

Samuel y él se chocaron las manos, después me miró, como si no hubiera nadie más en el mundo. Respiré, mientras acortaba la poca distancia que me separaba de él y, sin poder evitarlo, saqué mi lengua, para humedecerme los labios. Ángel continuaba mirándome, y ahora, con una pequeña sonrisa asomada a su boca. Me envalentoné o, simplemente, dejé de resistirme, y agarré su cara, me puse de puntillas, para tenerla a mi altura, y lo devoré con mis ojos, hasta que no aguanté más. Con la punta de mi lengua, recorrí el perfil de su boca, él se dejó hacer, y yo me moría de ganas por consumir ese beso. Era tan excitante, estaba tan fuera de mí, que me importaba todo una mierda.

Cuando hube acabado de perfilar sus labios, con mi lengua, me separé un poco, lo suficiente para ver sus ojos, y lo noté desconcertado, con una expresión perdida.

Subió ambas manos a mi cara y, dejando las palmas en mis mejillas, masajeó, con sus dedos, mi pelo, ladeó mi cabeza, un poco, hizo lo propio con la suya y, acercándose muy, muy, muy despacio a mi cara, sentí la suavidad de sus labios sobre los míos... pero no, no me besó, todavía no, sólo rozó la piel de nuestros labios, como había hecho la noche que me acompañó caminando, como hizo cuando se había presentado en mi habitación, los rozó, y se separó, lo suficiente para poder verme. Mi respiración y la suya estaban totalmente descontroladas; volvimos a acariciarnos las bocas, con unos labios que ardían. Nos separamos, nuevamente, y mis ojos retenían lágrimas desesperadas. Cuando sentí sus labios sobre los míos, otra vez, asomé la punta de mi lengua, e

invadí, apenas, su boca, lo suficiente para perder, del todo, la poca cordura que nos mantenía conscientes de dónde estábamos, y de lo qué íbamos a hacer.

Por fin nos besamos, como dos desesperados que se despiden para siempre. Como si hacerlo estuviera escrito en nuestro destino.

Me enamoré, en ese mismo momento, de su manera de besar, de su furia y languidez mezcladas, de sus cambios de ritmo, de sus mordiscos, de su lengua, que entraba en acción justo en el momento oportuno, y que dejaba paso a los labios, cuando estos pedían protagonismo. Esa forma de besar es innata, o se adquiere practicando mucho.

Sería un pecado haber marchado de Bahía sin haberlo besado, debería ser obligatorio probar sus labios... los labios de Ángel... sus labios. Él.

Por supuesto, un beso como aquel, no podía no venir acompañado de algo más. Era necesario, era imprescindible, que tuviéramos sexo salvaje, después de ese intercambio de saliva.

- Quiero más, necesito más – y sus palabras sonaron desesperadas.

- Creo que ya no necesitas pedirme permiso – hablé entre jadeos.

- Yo no lo tengo claro – apartó sus boca de mi piel, lo imprescindible, para poder hablar.

- Ángel, te deseo. Te deseo, y no voy a dejar pasar este tren, prefiero arrepentirme de haberlo cogido, que de haberme quedado viendo cómo se alejaba. Vamos a darle rienda suelta a esta locura, vamos a ver hasta dónde nos hace disfrutar. Quiero que, al recordar estos días contigo, un escalofrío me recorra el cuerpo el resto de mi vida, el mismo que siento cuando nos tocamos, cuando me miras, cuando te acercas, cuando me besas. Antes me preguntaste si quería ser libre, para estar contigo, te respondo ahora que querer se queda corto, cuando se trata de ti.

Agarró mi mano por la muñeca, tirando de mí, al tiempo que un ruido ronco abandonaba su cuerpo, pero sin proporcionarle alivio, eso sólo lo encontraríamos una vez que cruzáramos el local, y pudiéramos estar solos.

Cuando llegamos ante una puerta, Ángel se paró, y yo me posicioné a su lado.

- Eva, espero que seas muy consciente de lo que vamos a hacer, en cuanto abra esta puerta no habrá marcha atrás – me lo estaba advirtiendo.

- Ah, ¡¡venga ya!! Abre de una vez, y fóllame – estaba fuera de mí.

Agarró la manilla, y la hizo girar, empujó, pero la puerta no se abría, yo creí que me iba a morir de ganas allí mismo.

- ¡Joder, cerrado con llave! – golpeó, con la palma de su mano, la madera de la puerta, mientras hacía girar, con la otra, el picaporte.

No podía esperar, así que, me interpuse entre la puerta y él, para comenzar a besarlo, desesperada, con una necesidad que desconocía. Bajé mis manos, hasta su durísima erección, que se evidenciaba, demasiado, bajo su pantalón, y la agarré por fuera de la ropa. Ángel movía sus caderas, aplastándome contra la puerta, intentando disimular lo que estaba pasando, pero

cualquiera que nos mirara deduciría cómo acabaría aquello. Estábamos tan calientes, y ansiosos, que no aguantaríamos mucho.

Yo, en concreto, aguanté nada en deshacer su presión sobre mi cuerpo, empujando con mis manos sobre su pecho, hasta conseguir el espacio suficiente, para dejarme caer de rodillas ante su sexo; inmediatamente, Ángel tiró de mí y, de una patada, abrió la puerta, rompiendo el picaporte. Entramos en una especie de almacén, lleno de cajas con bebidas, vasos, adornos, llenos de polvo, en forma de bolas, alguna estantería a medio llenar, y una mesa de madera, muy sencilla, una simple mesa, con una bombilla sobre ella, que proyectaba una luz amarilla, colgada de un cable, en el centro de la pequeña habitación. La madera, que cubría el habitáculo, retemblaba, porque un baffle del local estaba apoyado contra una de sus paredes.

Ángel no soltaba mi muñeca y, con un solo brazo, arrastró la mesa hasta la puerta de entrada, para hacer tope, y evitar que ésta se abriera, después me cogió, bruscamente, para sentarme sobre ella, tiró de mis bragas, y me quitó el vestido, él se deshizo de su pantalón, y su calzoncillo, mientras yo hacía lo propio con mi sujetador; ¿por qué nunca llevaba camiseta en el Forte? Necesitaría llevar un desfibrilador con él, a todas partes, para evitar muertes por paradas cardiorrespiratorias, a las que nos cruzábamos en su camino. Era irresistible, impresionante, terriblemente sexi, y deliciosamente perfecto.

Era mi ángel, y me llevaba al infierno de la mano, pero bendito calor el que allí me daba.

Desnudos, y jadeantes, nos quedamos quietos, una fracción de segundo, intentando calmar nuestro apetito, queriendo disfrutar de aquello, sin prisas, pero... imposible, el hambre era mortal.

Con mis piernas rodeé su cintura, pegándolo completamente a mí, apoyó sus manos en la mesa, y rechinó sus dientes, pegados a mi cara, agarré su erección y, acercándome al borde de la mesa, le mostré mi entrada, que estaba más que lubricada. No había tiempo para preliminares, llevábamos diez días con ellos. Ángel la metió de un solo empujón, tan fuerte que me desplazó, hasta casi hacer que se saliera de mi interior, así que dejó de apoyarse, para poder agarrar mi trasero con sus manos. A cada embestida, se metía más adentro, más profundo, más fuerte, más rápido, más ganas, más deseo.

- Mirame, Eva, mira lo que estamos haciendo – me pedía, impetuosamente.

Gemí.

- Háblame, vamos, dime ¿qué quieres que te haga? – empujaba, me miraba, y ordenaba.

- Quiero que hagas que me corra – le rogué.

Empujó mi pecho, hasta que quedé recostada en la mesa. Sin parar de movernos, estiré mis brazos hacia atrás, hasta tocar la puerta, y levanté un poco mi pelvis, para recibirlo mejor, fue entonces cuando llevó sus dedos a mi clítoris, y empezó a frotarlo; su simple contacto, en esa zona, en ese momento, casi me hace perder el sentido, me retorcí, creyendo que me iba a correr pero, de repente, detuvo sus fricciones, y abrí los ojos, buscando una explicación.

- Mírame, Eva, no cierres los ojos, mírame – me habló, con una aspereza en su voz, que provocó que me arqueara de placer.

- Como no sigas tocándome, te muerdo – le ordené, poniendo mi cara frente a la suya.

Sonrió, y me comí su sonrisa con un beso obsceno, que nació de un sitio oscuro, dentro de mí. Sus dedos volvían a dibujar en el círculo de mi placer, que empezaba, y terminaba en él.

Bajé mi mirada hasta allí, y disfruté del espectáculo; sus movimientos rápidos, secos, entrando y saliendo, sus dedos sobre mi punto más sensible, su pecho hinchándose en exceso, a una velocidad exagerada, y su cara, con un rictus indescriptible, mezcla de deseo, placer, fuerza, y contención. Todo eso me llevó a explotar en un orgasmo que me hizo gritar. Gritar sin tapujos, sin cortarme, sin importarme ser escuchada. Gritar como nunca, dejando que, en ese grito, se escapara mi antiguo yo, ese que jamás volvería, ese que me ahogaba. Dejé escapar mis penas, mis miedos, y me volví loca. Loca por él. Loca por no dejar nunca de follar de esa manera. Loca por desear que esos días, que nos quedaban juntos, fuesen eternos.

Tras haber dado rienda suelta a nuestro calentón, en el almacén, decidimos acabar la noche en mi hotel.

Cuando salimos, Ángel volvió a agarrarme de la muñeca. Me llevó hasta la barra, donde se despidió del camarero.

- *Samuel, vou-me.*

- *Ate manha, Ángel.* Hasta la próxima, Eva.

Samuel le entregó su camiseta, que se vistió mientras salíamos del Forte.

...

Llegamos al hotel en su moto, y yo tenía muchísimo miedo de que mi valentía, mi atrevimiento, pasara a ser mi metedura de pata; tenía miedo de que, cuando aparcara su moto, yo no pudiera mirarle a los ojos, ni ser capaz de continuar lo que habíamos empezado en el Forte...

Pero no contaba con un factor muy importante, cualquier cosa que pudiera utilizar mi cabeza, para rechazarlo, se vendría abajo en cuanto nuestros ojos se encontraran, por lo que, en cuanto detuvo su moto, necesité hablar sin mirarlo.

- No sé muy bien qué me está pasando, tengo miedo, no sé qué estoy haciendo, no quiero engañarte a ti también, quiero a mi marido, pero... - trenzaba los dedos de mis manos, unos con otros, mientras hablaba.

- Shhhh – me hizo callar, y agarró mi cara por la barbilla, para levantarla - No tienes por qué no quererlo, esto que está pasando aquí – y señaló, con su dedo, el poco espacio que quedaba entre nosotros - no es amor, no sé qué nombre ponerle, pero es mucho más fuerte que nada de lo que había sentido hasta ahora, sólo sé que te deseo como nunca he deseado a nadie... con necesidad, y descontrol.

Silencio, miradas, más silencio, respiraciones primitivas... él avanzó un paso, yo me quedé

clavada en el sitio, él agarró mi cintura, y me besó. Yo deseé que volviera a meterse dentro de mí, allí mismo, él me frenó.

- Santera, en tu habitación o aquí, tú decides – me lo dijo con su cara ladeada, y yo quería allí pero, al final, entramos.

El ascensor calentó más nuestras ganas y, una vez atravesada la puerta, sólo nos separamos para respirar. Cuando me quise dar cuenta, Ángel estaba completamente desnudo, y preparado para la batalla, nuevamente.

No podía moverme, mis piernas no me respondían, él se rio, y comenzó a acercarse, despacio, sin dejar de mirarme, sin dejar de matarme con su mirada, con su sonrisa, con su sex-appeal.

- Debes hablarme, Eva, debes decirme lo que quieres, siempre y en cada momento. Nos quedan cinco días, y no vamos a andarnos con más rodeos, las cosas claras, dime lo que quieres, dime cómo lo quieres, dónde, y cuándo, que yo haré lo mismo.

Vamos a tener sexo, necesito hacerlo contigo toda la noche, te necesito más que te deseo, y eso es realmente difícil de creer, porque no debería necesitar algo que nunca me ha pertenecido. A mí también me parece raro, pero es así, ¿qué me has hecho, santera?

Sus manos volvieron a recorrer mi cuerpo, cuando llegó a la costura inferior de mi vestido, volvió a quitármelo, hizo lo propio con el sujetador, me quedé sólo con mis bragas. Me miró los pechos, un sonido abrupto salió de su boca, arrugó el entrecejo, y su pene se sacudió con un espasmo, que sentí debajo de mi ombligo, de lo pegado que estaba. Con sus dedos, recorrió la goma de mi braguita, y la bajó, hasta que, con un movimiento de mis piernas, cayó al suelo.

- Como tú bien has dicho, querer se queda corto cuando se trata de ti – invadió mi boca con violencia.

Estaba a esto de correrme, un orgasmo estaba a punto de hacerme perder la cabeza, sólo necesitaba que me tocara, que me rozara, y me iría. Pegué mi sexo al suyo, cerrando los ojos.

Chasqueó la lengua, y lo miré.

- No, no, no, no, de eso nada, te he dicho que conmigo abres los ojos, a mí me miras, yo no soy tu marido, yo soy tu Ángel *del infierno*, ¿no? Pues quiero que recuerdes cada gesto, cada beso, cada palabra, cada caricia, cada orgasmo, y los grabes en tu memoria – con un dedo presionaba entre mi pelo, para remarcar sus palabras - así que mírame, Eva, mírame y disfruta. No creas que no sé qué estás buscando, frotándote de ese modo, pero quiero que me lo digas.

«*Joder, no me hagas esto, Ángel*»

- Yo no soy así, Ángel, no puedo decirlo, no estoy cómoda.

- ¡Claro que puedes!, yo te ayudo, ¿quieres rozarte contra mí, para correrte antes de que te la meta?

«*Joder me voy, me voy, me... ¡jahhhhhhhh!!*»

- ¡¡Maldito seas!!! ¿¿Cómo lo consigues??

- Joder, Eva, creo que te tiene un poco desatendida...

- No hables de él, no me lo recuerdes, no lo menciones, te pido sólo eso – le corté.

- ¿Sólo eso? No mientas, ¡¡vas a pedirme que te deje morir!! ¿Ya estás, o quieres más? – me preguntó, levantando sus cejas.

- ¿Más?... T O D O.

Me cogió en peso y, cuando nuestras caras estuvieron a la misma altura, me apoyó contra la pared. Mis piernas rodearon el final de su espalda y, muy lentamente, acercó su boca a la mía, primero recorriendo mis labios, después besando descontroladamente.

- Abre un poco la boca, santera, y no respondas a mi beso, déjate hacer.

Su voz sonaba tan sexi, que casi me pierdo en mi placer, otra vez. Podría estar escuchándolo, durante horas, decirme cosas susurradas, era tan erótico... todo él era puro erotismo.

Abrí la boca, y continuó con su dulce tortura, pero ahora, con sus labios cogía los míos, primero el superior, que chupaba suavemente, y pasaba la lengua por él, y después repetía el proceso con el labio inferior, yo deseaba unirme a ese beso, lo deseaba tanto, que gemía impaciente, porque se decidiera a besarme de una vez, y nuestras bocas encajaran, nuestras lenguas se encontraran, y todo mereciera la pena, todavía más.

- Estoy tan excitado, que creo que voy a correrme a tu estilo, sin necesidad de meterme en ti.

Jadeé, gemí, saqué un poco mi lengua, al encuentro de su beso.

- Eva, ¿qué quieres que te haga?

«¡Joder con tanto hablar!, ¿no ves lo que quiero?, no me tortures más, no me hagas decírtelo, muero de vergüenza»

Incliné mi cara hacia la suya, y lo atraje, con mis manos, hasta rozarnos con la punta de la nariz.

- Dímelo – me ordenó.

- ¡¡Joder!! - acerté a decir.

- Aún no – bromeó.

- ¡¡Maldita sea, Ángel, no me gusta hablar!! Vale que quieras que tenga los putos ojos abiertos, pero no voy a hablar – sentenció.

Sin cambiar la postura, yo apoyada contra la pared, atrapada por su cuerpo, me lo volvió a repetir.

- No cedo, o me lo pides, o no lo haré; o me lo dices, o no lo sabré. No puedes saber que algo no te gusta, si no lo pruebas. Esto no sólo te va a gustar, lo vas a necesitar, va a ser un antes y un después, hazme caso. La primera vez te ayudaré a perder la vergüenza, porque veo que es lo que realmente te frena, ¿me equivoco?

- No.

- Bien. ¿Quieres que te bese?

- Sí.

Me besó con intensidad, acompañando el beso con movimientos circulares de su pelvis contra mi

sexo, notaba su pene duro en mi barriga. Su beso era violento, devastador. Apreté el abrazo de mis piernas contra su espalda, para encontrar más fricción, en una parte de mí, que había aumentado su tamaño, considerablemente, iba a volver a correrme, me movía sin pudor, buscando ese fin, aunque fuera frotándome contra su cuerpo, importándome nada, masturbarme delante, o contra él, eso era algo impensable, en la Eva que conocía desde hacía treinta y cinco años, pero esta Eva era diferente, era pasional, loca, sexual hasta límites pornográficos, era suya, suya completamente, pero libre al mismo tiempo. Esta Eva, era una Eva nueva, muy real y feliz, completamente feliz.

Efectivamente, volví a correrme, pero él también, noté su semen recorrerme, desde la barriga hasta mi sexo, sentí su calor... su olor, y quise probar a qué sabía. Nunca había tragado semen, a mi otro yo, ni se le habría ocurrido hacer lo que hice, pero esta Eva aprovechó, cuando Ángel me dejó en suelo y, tuve los pies apoyados, después de que él se asegurara de que mis piernas eran capaces de mantener el peso de mi cuerpo, y me soltó del todo, dejándome encerrada entre sus brazos, que apoyó a ambos lados de mi cabeza, fue en ese momento, con su mirada clavada en el suelo, mientras respiraba entrecortadamente, cuando sentí poder, porque había conseguido que se corriera con el roce de nuestros cuerpos, con nuestro beso, nuestros gemidos, y jadeos, no era yo sola la que lo deseaba ciegamente.

- Eva, esto no me había pasado nunca, nunca había deseado tanto a una mujer como para haberme corrido sin penetrarla, masturbarme, o con una felación. Tu brujería ha surtido efecto, me volviste loco. Loco, loco, loco por ti. Soy tuyo, santera – pegó su frente a la mía, y cerró sus ojos.

Yo apenas podía pensar en sus palabras, porque estaba controlando un impulso, que terminó por ganar el pulso contra mi razón, así que pasé mi dedo índice por su boca, recorrí sus labios, y subí su mentón, para que me viera. Me sentí poderosa, me sentí una diosa; continué el recorrido con mi dedo, y me hice hueco entre sus labios, hasta que me lo chupó, lo retiré y, sin perder contacto con su piel, bajé por su barbilla, cuello, pecho, sus abdominales tan, tan definidos, su pubis, los pelos de su sexo... hasta que agarré su erección, la recorrí hasta la punta, y sentí como se endurecía, lentamente, entre mis manos; él inspiró tan profundamente que pensé que en su pecho no cabría tanto oxígeno. De su pene pasé a mi sexo, y subí por mi barriga, allí era dónde más semen había, así que, abrí mi mano y, con la palma, fui repartiéndolo por mi pecho, por mis pechos, para lo que tuve que utilizar ambas manos; después, mientras una mano quedó masajeándolos, subí la otra por mi cuello, hasta mi boca y, bajo su asombrada mirada, fui lamiendo, dedo a dedo, tragando su semen. Su amargura bajaba por mi garganta, dejándome un sabor demasiado imborrable, como él. Se volvió loco, gruñó, y me cogió con fuerza, llevándome hasta la cama, me dejó sobre ella, y se colocó encima de mí.

- ¿Qué me estás haciendo, santera? Ya me joderé cuando te vayas, por ahora, quiero de tu locura, la necesito. Te voy a follar como nunca nadie lo hizo. Voy a hacer que te corras hasta la extenuación, voy a hacerte mía – me prometió.

Lo hizo, cumplió todo lo prometido, me folló encima, debajo, de pie, de lado, detrás, con los dedos, con la lengua... me corrí tantas veces, que perdí la cuenta. Sus orgasmos eran tan diferentes, tan brutales, tan primitivos, que me eran totalmente desconocidos, nunca creí poder excitarme tanto, ni de esa manera tan salvaje.

Ángel no se corrió todas las veces que lo hicimos, aunque no por ello disfrutaba menos, me decía que lo estaba exprimiendo como nunca en su vida, que ya no daba más de sí, pero que seguía teniendo ganas de mí, que nunca tenía suficiente, que nunca tendría suficiente...

SÁBADO DÍA 11 - 8 MARZO 2003

Cuando sonó mi despertador, no me lo podía creer.

«¿Ya?»

Alargué mi mano, hasta conseguir apagar la alarma, y sentí su pecho pegado a la palma de mi otra mano, giré la cara hacia su lado, hasta tropezar con mi nariz contra su cuerpo. Estaba pegada, y abrazada a él, que me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

- Lo siento. No... no me di cuenta de que te estaba abrazando. Perdona – me separé, bruscamente.

No me contestó, pero cerró los ojos, hasta relajar su postura.

Me incorporé, y nos separamos.

- ¿Llevo mucho tiempo así? – le pregunté, abochornada.

- Desde que te has dormido – me respondió, pensativo.

- Pudiste apartarme – busqué sus ojos.

- No quise hacerlo, santera – habría sido mejor que no lo hubiera hecho.

Algo se revolvió dentro de mí, y quise escapar de esa conversación.

- ¿Por qué has empezado a llamarme santera? – le pregunté, ya camino del baño.

- ¿No sabes lo que es la santería? Una santera es una persona con un *poder especial*, es el canal entre lo divino y lo terrenal, y tú has tenido que usar la santería conmigo, sólo de ese modo encuentro explicación a mi necesidad de ti.

Lo miré, y me pregunté si era necesario tenerme tan enganchada, para querer tener sólo sexo conmigo... con un cúmulo de sensaciones, viajando por mi interior, me metí en el baño.

- Voy a ducharme – hablé, cuando ya no lo veía.

- ¿Sola, mejor? – podía imaginar su sonrisa, mientras me lo preguntaba.

- Sí, mejor – yo también sonreí, al responder.

- Ni lo dudaste; me hieres – me dijo, apareciendo en el quicio de la puerta.

- Ya te dije que con el trabajo no bromeo. Hoy tengo un día, bueno, tenemos un día, de mucho trabajo... – mientras le daba explicaciones, algo me hizo contener el aire - Ángel... yo... - cerré mis ojos, para ordenar las palabras, antes de continuar hablando.

Él me miraba fijamente, imagino que esperando cualquier cosa de mí, pero no creo que se esperara lo que iba a decirle.

- ... anoche, no utilizamos protección – cerré el grifo, y me cubrí con la toalla, sin encontrar el valor para verlo.

- ¿No usas ningún método anticonceptivo con tu marido? – su voz sonó contenida.

- Yo... bueno – titubeé - te he contado mi historia, no sé si recuerdas – a quién quería engañar preguntándole eso, ¿a él, o a mí? Claro que no me había prestado atención cuando me había abierto a él... Ángel buscaba lo que buscaba, y lo demás le sobraba.

- La recuerdo perfectamente pero, aun así, no entiendo, ¿qué tiene que ver que hayas perdido a tu bebé, para no usar un método anticonceptivo en las relaciones que mantienes con tu marido? – se mordió el labio gordo, y se apoyó en el lavabo.

Lo recordaba, recordaba lo que le había contado, y yo sentí alivio, me sentí reconfortada. Le sonreí con tristeza.

- Lo siento, me callé una parte. A raíz de perderla, también perdí la posibilidad de volver a ser madre, por eso no usamos ningún... - y me callé, cuando me di cuenta de que ni lo usaba, ni nos había hecho falta, desde hacía mucho tiempo.

- Vaya, lo siento mucho Eva. Hay más maneras de ser madre, que pariendo a tu hijo, aunque imagino que ya o tendréis en cuenta. Deberías conocer a mi amiga Aurora... pocas madres como ella, te lo aseguro. En cuanto a lo que hemos hecho nosotros... no ha sido nada racional, es cierto pero, por mi parte, puedes estar tranquila. Confía en mí, no te diré que nunca lo he hecho sin condón, pero sí te aseguro que estoy sano – estiró sus brazos, hasta poder agarrar los míos, y me encerró en un abrazo contra su cuerpo. Besando mi cabeza.

Arrullada por su voz, sus besos, y su cuerpo, cerré los ojos sobre su pecho, y aspiré su olor.

Aquel hombre tenía mucho que ofrecer, y yo no iba a estar para verlo, yo no iba a ser la que, capa a capa, fuera capaz de desnudarle el alma. Ese pensamiento me oprimió.

Ante mi silencio, Ángel, volvió a hablar.

- Me voy a marchar, nos vemos en la obra – revolvió, con su mano, mi pelo mojado, y salió del cuarto de baño, sin apenas mirarme.

Se había ido. No hubo abrazo, beso de despedida, ni beso de buenos días. Hubo una sensación de encogimiento de todos los órganos situados en mi abdomen. Una sensación rara, pero que yo ya había experimentado alguna vez en mi vida, aunque no relacionada con algo como lo que tenía con Ángel. Pensé en Sebas, y el dolor se hizo dueño de mi cuerpo. Pensé en lo que había hecho, en cómo lo había hecho, en cuándo lo había hecho, y en por qué lo había hecho. A esta última pregunta, le anexaba mil excusas, pero ninguna perdonable; él no me perdonaría, él no podría vivir con eso, él no entendería nunca las razones por las que me decidí... en el fondo, no eran más que mi manera de disculpar un comportamiento totalmente inexcusable *«es sólo sexo, esto no es amor...»* ¿a quién quería engañar? Sabía que, tarde o temprano, mi corazón también sentiría los escalofríos, que él provocaba por el resto de mi cuerpo.

Con todo ese amasijo de sentimientos, tuve una necesidad... llamarlo. Llamarlo para comprobar que su enfado persistía, y que sus palabras me empujarían más a los brazos de Ángel, que a volver corriendo a los suyos; tuve la necesidad de soltar un poco del peso de la culpa, y lo llamé. Me odio por haberlo hecho. La culpa no se comparte, se carga.

- Dime – su voz... fría.

- Buenos días, Sebas – la mía... falsa.

- Hola, Eva, ¿qué quieres? – me estaba hablando, mientras hacía otras cosas, sin prestarme atención.

- Saber de ti – ¡maldita mentirosa!

Un silencio largo, en el que, inútilmente, intentó calmar su enfado.

- No me escuchas cuando te hablo ¿verdad? Me mantengo en lo que te dije el otro día; cuando vengas, ya hablaremos, y solucionaremos lo que haya que solucionar – escuché un fuerte suspiro de agotamiento.

- Sebas, necesito hacerlo ahora, necesito que me digas qué pasa con nosotros – «Eres lo puto peor» me recriminaba a mí misma.

- ¿Nosotros? ¿Has dicho nosotros? JA – se burló - ¡¡A buenas horas te acuerdas de nosotros!! En once días, que llevas ahí, es la segunda vez que siento que me necesitas. Al final, lo que te hacía falta, era que dejara de preocuparme por ti – sentenció, tajante.

Dejó de hablar, pero yo no podía responder.

- Estoy trabajando – me dijo, a modo de despedida.

Silencio que, finalmente, se rompió con mi voz.

- Siento haberte molestado – me dolía el pecho.

- ¿Algo más? – mostró su incomodidad, una vez más.

- Sebas... - me callé.

- Dime – me dijo con indiferencia.

- No, nada más – me rendí.

- Bien, pues adiós.

- Hasta luego.

Su tercer *adiós*...

Me dolía su frialdad, pero no merecía otro trato. Sentía como si me hubiera descubierto, que lo sabía todo, sentía que le había fallado, y yo empequeñecía, y no podía hacer más que agachar las orejas, y rezar, para que se calmara la tormenta que había desatado.

Esa llamada había sido mi manera de flagelarme; había ido buscando el dolor, que yo pensaba que merecía, por haber hecho lo que hice, y que no estaba sintiendo con la magnitud que creía que merecían mis actos.

A la media hora de haber llegado a la tienda, apareció Ángel. No tenía remedio, y mi mal humor, ante su falta de puntualidad, tampoco.

Lo miré enfadada, y continué organizando la ubicación de la mercancía, que sí había llegado, a la hora prevista.

- Esa caja colocadla delante del expositor, y aquellas dos al lado del escaparate de la derecha.

De los albañiles sólo quedaban tres: Candela, Roberto y Ángel. Estaba segura de que, la elección

de Candela, había sido cosa de Ángel.

Los electricistas volverían el lunes, por si los de interiores precisaban algún punto más de luz, o modificar cualquier otra cosa.

Montaje estaba acabando con las estanterías, e iban a ponerse con las cajas de cobro.

Los informáticos traerían el material, y pondrían todo a punto durante el lunes.

Los empleados vendrían también ese mismo día, a primera hora, para hacerse con la tienda, colocar mercancía, ordenar el almacén, hacer las últimas prácticas, sobre el terreno, y estar listos para la inauguración del miércoles.

Estaba con mil cosas en la cabeza, organizando la agenda, pensando en llamadas que debía hacer... cuando su cuerpo tomó el mío por detrás.

No había sensación en el mundo que me pusiera la piel de gallina como lo hacía él con sólo rozarme. Me quedé quieta, mientras sentía su boca cerca de mi oreja, y su brazo me rodeaba, mostrándome una bolsa que llevaba agarrada con su mano.

- ¿No te han enseñado que el desayuno es la comida más importante del día? – bromeó, poniendo la bolsa delante de mi cara.

- Ya he desayunado – intenté sonar molesta.

- Pero a esto no te puedes resistir – se colocó delante de mí. Él y su sonrisa, en su puta cara ladeada, y perfecta. Me habló como si me conociera de toda la vida.

Se retiró, un poco, para que nuestras caras no chocaran. Mi pecho se movía al ritmo de mi respiración, que estaba alcanzando cotas de orgasmo, mientras recordaba los que me había provocado durante toda la noche.

Inspiró con fuerza, por su nariz, llenando de aire su pecho. Eso me excitó todavía más.

- ¿Vas a correrte, santera? – pregunto, borrando la sonrisa de su cara.

- ¿Qué? ¿¡¡Estás tonto!!? – me aparté, nerviosa.

- Como lo haces sin necesidad de mucho, por eso pregunto – torció su boca, curvándola en una sonrisa torcida que me desarmó.

- Dame esa bolsa, y desaparece de mi vista – la dije, fingiendo hastío.

No borró su sonrisa, ni enderezó su cabeza, por lo que consiguió lo mismo que todas las veces, que me fallaran las fuerzas.

Yo no sé lo que es tener una adicción, pero creo que dejar de ver su sonrisa, cada día, me iba a costar lo mío en terapias.

Me tomé mi segundo café con leche de la mañana, y la bollería que lo acompañaba, mientras continuaba trabajando.

Fue una mañana larga, pero productiva. A las dos y media, dimos por terminada la jornada.

- Que paséis buen fin de semana, nos vemos el lunes – les dije, mientras recogía mis cosas.

- Lo mismo digo, hasta el lunes – se despidió Roberto.

- ¿Te quedas, no? – preguntó Candela, resignada.

- Sí, Candela, me quedo – respondió Ángel, demasiado correcto.

Candela le sonrió con tristeza, y después me miró... mucho rato, sin decir nada, pero yo entendí todo lo que esa mirada callaba.

- Hasta después entonces, Ángel – acabó diciendo.

- Hasta luego – le respondió, sin percatarse de nada.

- Hasta siempre, Candela – me atreví a decir.

Me acerqué a ella, e intenté ser lo más amable posible, sabiendo que me exponía a un buen desplante por su parte, pero había trabajado muy bien, y no volvería a verla. No tendría que venir más.

Ángel se volvió hacia nosotras, disimuladamente, porque sabía que nuestra despedida era peligrosa...

- No quiero que te vayas sin poder decirte lo que le dije, en su día, al resto de tus compañeros. Muchas gracias por tu implicación, y por tu trabajo – le hablé como a los demás, agradeciendo su esfuerzo.

- Lo hago por dinero. Como tú – ¡zasca!, en toda la cara.

- Por lo que lo hagas, los motivos me son indiferentes, gracias igualmente – no quise entrar en su juego.

- Que los motivos te son indiferentes se nota bastante. Me voy a casa, con mis hijos, y MI MARIDO. Hasta nunca – me miró con desaire, y se giró, con un golpe de melena.

Resoplé, y la dejé marchar. Sus palabras herían. Ángel se acercó.

- ¿Estás bien? – su voz sonó dulce, y él era de todo menos dulce... ¿no?

Me agarró la muñeca, con su mano, y volví a flotar.

- ¿A dónde me vas a llevar a comer? – le pregunté, olvidándome, por completo, de Candela y del mundo.

- Pensaba saltarme la comida, y pasar directamente al postre... - lo intentó con sus palabras, con su manera de presionar, sus dedos sobre mi muñeca, y con su mirada.

- No acepto, me muero de hambre – le sonreí, y no sucumbí.

Paró la moto, y nos bajamos. Qué diferente era el *Pelourinho* sin carnaval.

- Me encanta – le dije, girando, lentamente, sobre mí misma, para poder ver toda la plaza en la que se había detenido.

- Ya lo sabía, le gusta a todo el mundo, tú no ibas a ser diferente – él guardaba los cascos, en su moto.

- No, no me entiendes; ¡estoy alucinando! Me... me... me engancha. Sí, creo que esa es la palabra, me atrapa, me engancha, me enamora – le hablaba, mientras observaba el colorido de las

edificaciones que nos engullían.

- Bueno, me alegro de que te guste tanto. A ver si te va a pasar lo que a mí, y tienes que aprender un nuevo idioma... - estaba apoyado en su moto, con los brazos cruzados sobre su pecho.

Sonreí con tristeza, eso era imposible.

- Sabes que no puedo – miré al suelo.

- Entonces, no te gusta tanto como a mí – sentenció, incorporándose, y llevando su brazo por encima de mis hombros.

- Aunque me gustara más, no puedo – insistí, porque quería que tuviera claro que, aunque frivolizara con ello, eso nunca sería posible.

¿Hablábamos de Bahía, no? ¿O hablábamos de nosotros? No, de Bahía... aunque también podríamos estar hablando de nosotros...

Sonrió, expulsando el aire por la nariz, torció el gesto, y me miró, provocándome...

«¡¡Ay, madre!!»

- Cuando algo te gusta mucho, pero no puedes, te resignas; cuando algo te gusta demasiado, pero no puedes, ¡¡que se resignen los demás!! – volvió a colocar su brazo por detrás de mi cabeza, y me instó a caminar. Sin dejar que le respondiera.

Nunca lo entendería, no podría hacerlo. Él no sabía casi nada de mi vida, y yo no sabía nada de la suya...

Nos sentamos en un pequeño hotel, que también era restaurante, y cafetería; tenía dos pisos, y se llamaba *BahiaCafé Coffee Shop*. A la entrada, nos recibía una verja de forja, pintada de un azul más intenso que el de su fachada, con una puerta blanca, que se confundía con su marco, del mismo color. Tenía balcones llenos plantas, y ventanas abiertas de par en par; en Bahía no parecía haber dueños, ni propiedades, todo estaba dispuesto al disfrute de todos, los bahianos invitaban a compartir lo poco, o mucho, que tenían, el carácter de la gente era muy diferente al que yo estaba acostumbrada. El interior del café era acogedor, a pesar de los vivos colores de sus paredes, la madera que cubría el suelo lo hacía entrañable. Subimos al piso superior, y elegimos una mesa, que estaba pegada a uno de los balcones, desde allí teníamos una perfecta visión de la plaza.

- ¿Aquí son siempre así? – le pregunté, con la vista clavada en el paisaje.

- Define *así*.

- Hospitalarios, risueños, tranquilos, alegres.

- Son buena gente todo el año, no sólo en navidad.

- No me extraña que te quedaras a vivir, que nos cambiaras por esto – volví a él, porque algo me reconcomía por dentro...

Silencio, nos miramos y... necesitaba saber más, había llegado ese momento.

- Intuyo que quieres preguntarme algo, y que no tiene que ver con el sexo – entrelazó los dedos de sus manos, apoyándolas sobre la mesa.

- Intuyes bien – le sonreí.

- Bueno, creo que ha llegado el momento de cruzar la línea; dejar de ser un mero objeto sexual, y pasar a ser “*algo más*”. Me temo que, tras mis respuestas, vas a querer presentaciones oficiales y, le advierto, señorita, que soy un buen partido, tenga cuidado con lo que desea... no sea que se cumpla – levantó sus cejas, y me sonrió.

Me reí de su gracia, y lo hice con lástima, las situaciones imposibles ya se estaban volviendo, demasiado, familiares entre nosotros.

- Bien, Ángel, veamos si eres tan sincero como presumes – le reté. Me senté con rectitud, y aclaré mi voz.

- Lo soy, lo que pasa es que igual no te convencen mis verdades – me copió la postura, y llenó de aire su pecho, lo que provocó que me perdiera en su anatomía...

¡¡Quería revolcarme con él en aquel suelo de madera, quería hacerlo en esa misma mesa, pegados a ese balcón, sin importarme ser vista!! ¿¿Cómo podía ser tan irresistible, cómo, cómo??

- ¿En qué piensas, Evita? – me preguntó, sabedor de mis pensamientos.

- En follar contigo ahora mismo – me daba miedo escucharme decir esas cosas, y reconocirme al mismo tiempo.

Ni se inmutó, se dejó caer hacia atrás, en la silla, con su bebida en la mano e, insinuándose con la mirada, la llevó a la boca, para beber; sin apartar sus ojos de los míos, estiró el brazo, para dejar el vaso sobre la mesa, y coger los cubiertos. Cortó un trozo de carne, de los platos que ya nos habían servido, y que él había elegido, para nuestra comida, la mojó en la salsa, y se la llevó a la boca, manchándose la comisura de sus labios; sacó la punta de su lengua, y se lamió.

Me estaba poniendo cardíaca.

- Hablamos, o follamos, tú eliges – me dijo, con una tranquilidad inquietante.

- ¿Cómo? – pregunté babeando, y creo que literalmente.

- Que hacemos lo que quieras, yo sé lo que prefiero, pero voy a dejar que seas tú la que tome la decisión.

Carraspeé, un poco, y tragué saliva.

- Si dejas de provocarme, me gustaría hablar.

- ¿Provocarte yo? ¿Tú me dices que quieres follarme, y soy yo el que te provoca? – sonrió, y apreté mis piernas - Te provocaría, si te dijera que sé de un sitio de tu cuerpo, que me apetece comer más que cualquier delicatessen del mundo, o si pudieras tocarme, y notar cómo estoy duro, y preparado, por, y para ti. Te provocaría, si pudieras estar en mi cabeza, dentro – señaló, con un dedo, entre su pelo desordenado - y saber qué es lo que he pensado cuando, subiendo las escaleras, no podía apartar mis ojos de tu culo. Incluso lo haría si tu...

- ¡Para, Ángel! – tuve que interrumpirlo - Para, por favor. Para, o busca una puta habitación, y no me tortures más – me agarré la mesa, y lo miré.

Cogió la servilleta, y se la pasó por la boca. Volvió a coger los cubiertos y, antes de cortar otro trozo de carne, volvió a hablarme.

- Pregunta, Eva, pregunta, que yo saciaré tus dudas, ya que no me dejas que te sacies de otra manera.

- No tienes remedio.

Inclinó la cabeza, asintiendo, mientras se llevaba el tenedor a la boca.

- Puedes contarme cómo es que viniste a parar aquí, a Bahía – busqué alivio en esa pregunta.

- Por una mujer – su respuesta, inmediata, me paralizó - No sólo las mujeres lo dejáis todo por un motivo irracional, ya ves que ambos sexos pecamos de lo mismo.

No esperaba esa respuesta. Me fastidió, estaba celosa, pero dejé que continuara.

- Conocí a una chica, una mujer increíble, nunca había conocido a nadie igual. Era guapa, la que más, era lista, como ninguna, tenía un cuerpo que ya lo quisieran muchas modelos. Era un sueño, como una aparición, y lo más increíble era que me hacía caso, que se excitaba conmigo, tanto como yo con ella, era capaz de robarle sonrisas, que hacía tiempo había borrado de su boca, sentía que le gustaba estar conmigo, y esa era una sensación maravillosa. Me aproveché de su debilidad pero, para ello, tuve que aplicarme, y entregarme, por completo. Lo hice porque ella no merecía menos, y porque el cuerpo así me lo pedía, me pedía cosas que nunca antes había deseado; quería pasear con ella, quería enseñarle todo lo que yo conocía, quería abrazarla, dormir cada una de mis noches en su cama, ¡hasta quería no volver a follar con ninguna otra!, no después de haber probado ese tipo de sexo, ese en el que algo más fuerte que la atracción entra en juego – estaba hablando sin mirarme a los ojos, por eso me sobresalté, cuando volvió a hacerlo, tras una sonora exhalación - Una mujer... esa fue la causa, esa fue la razón... una mujer, ¿qué si no?

Me mantuve callada, durante un buen rato. Tragando con dificultad porque, mezclada con mi saliva, estaban sus palabras. Los celos rascaban mi garganta, y anegaban mis ojos. Y yo no entendía por qué me afectaba tanto.

«No pienso llorar, ¿estoy idiota, o qué me pasa?»

Reaccioné, al fin y, a través de mi voz, que conseguí templar, volví a preguntar.

- ¿Y qué pasó? ¿Por qué acabó mal esa historia tan bonita?

- ¿Por qué crees que acaba mal? – su mandíbula se tensó, en general, todo su cuerpo estaba contraído.

- Porque, si no, estarías con ella – hablé con miedo, a lo que iba a decirme.

Llenó su pecho de aire, y adoptó una postura más relajada, en la silla.

- Estoy con ella – su seriedad era una capa que se difuminó, en cuanto una sonrisa asomó a su rostro, unos segundos después de callarse.

- Pero... ¿le eres infiel? Quiero decir, no dices que es tan maravillosa, que es tan perfecta, que ya no deseas a otras, desde que la conoces... ¿Qué haces aquí conmigo, entonces? – al acabar de

hablar, bajé mi mirada, porque la respuesta sabía que me iba a doler.

- Santera, ella... eres tú – estiró sus manos, sobre la mesa, hasta alcanzar las mías.

«¡¡Sin aire, sin aire, no respiro, que no respiro!! ¡¡La madre que me parió, no puede ser, maldito embaucador!!»

- Ángel, esperaba que no me mintieras – no sabía si en mis palabras había más decepción, o enfado.

- Y no lo he hecho – tiró de mis manos, invitándome a levantar mi cabeza, para vernos.

Sus manos acariciaban mis muñecas, presionando, suavemente, mi piel.

- Eva, vine a Bahía escapando de una vida aburrida, y monótona. Yo no me veía haciendo lo que mis amigos hacían a diario; a mí eso no me llenaba, al contrario, me vaciaba, me deprimía. Hace cinco años me ofrecieron un trabajo aquí, y lo cogí. Dejé mi casa, a mi gente, y pensé sólo en mí. Me quedé un tiempo más, porque me enamoré de la ciudad, y de su gente, pero no tenía pensado quedarme tanto tiempo, soy un nómada del siglo XXI, no me gusta sentirme atado a nada, y mucho menos a un lugar, no va conmigo, pero tampoco era capaz de encontrar un motivo, para irme, que fuera más fuerte que mi necesidad de quedarme. Algo me frenaba, siempre que pensaba en regresar a España y, cuando llegaste tú, cuando nos tocamos, y surgió esa chispa, cuando ese miércoles, veintiséis de Febrero, apareciste en mi vida, supe que, la razón que me retenía aquí... eras tú. Eres tú. Yo tenía que conocerte aquí, en Bahía. Yo tenía que sentir esto, y tenía que hacerlo contigo. Tú eres mi motivo para haberme quedado aquí cinco años, lo sé, ahora lo sé.

«¡¡J O O D E R!!»

«¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que debo decir? ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Cómo se supone que debo sentirme? Primero voy a concentrarme en respirar despacio, pausadamente, con tranquilidad, porque me estoy mareando. ¡Quince días!, sólo eran quince días, ¿por qué lo compliqué de esta manera? Lo sé, era inevitable, él es inevitable, él es vicio, y perdición, él es: EL HOMBRE por excelencia, él es un sueño del que me despierto en sólo cuatro días»

Ante mi silencio, continuó:

- Eva, no tienes que decir nada. Veo que la sinceridad de mi respuesta te viene grande. No pretendía ser tan desconcertante, lo que pasa es que no te voy a mentir, si no quiero que tú me lo hagas a mí, así que opté por decir la verdad, tal cual la siento, pero oculté las cosas feas. Igual te ayuda a digerirlo mejor, y a odiarme un poco, si conoces toda la historia porque, mientras te esperaba, no me quedé sentado, más bien todo lo contrario. Lo hice de pie, acostado, debajo, encima, de lado, contra la pared, en el coche, en la playa, en sus casas, en la mía, en la de sus padres, en los probadores de varias tiendas, en unos baños públicos, en piscinas, en un barco, sobre la barra de un bar, en sus trabajos, en el mío, en el jardín, en un parque público, en el gimnasio, en una sauna, en el ascensor, en unas escaleras, en...

- ¡¡Vale!! ¡¡Ya vale!! Es suficiente, me ha quedado claro – me retiré de la mesa, soltando mis manos de entre las suyas.

Sonrió con picardía, mientras mis celos se adueñaban de la totalidad de mi cuerpo. Como dice mi refrán preferido: *de perdidos al río*. Me lanzaba:

- ¿Y Candela? ¿En cuántas posturas, y lugares, intervino? – le mantuve la mirada.

Me estudió en silencio, durante unos segundos.

- En bastantes...

Silencio. Cogí mi vaso, para beber, buscando aparentar normalidad, tras su respuesta; cerré mis ojos, unos segundos, para después abrirlos, lentamente; su rostro no había cambiado, sus ojos continuaban fijos en los míos, y yo, como buenamente podía, disimulaba.

- ¿Eres el padre de alguno de sus hijos?

- No – respondió, tajante.

- ¿Estás seguro? – insistí.

- Sí.

- ¿Por qué estás tan seguro? – hurgué.

- Porque, a diferencia de contigo, siempre procuro tomar precauciones, y si no lo hago, me aseguro de que no haya embarazo. No soy el padre de ninguno de sus hijos, créeme - al ver que continuaba callada, con mi mirada clavada en sus ojos, volvió a hablar - Con Candela estuve hace más de dos años. Nuestra relación duró – hizo cálculos, como si nunca antes hubiera reparado en ello - casi un año. Ella ya tenía tres hijos, el mayor, y los gemelos. Nos conocimos una noche, no muy buena para ambos... ella me ayudó a superar algún que otro mal momento, y yo le pagué con lo que mejor se me da hacer...

Gracias a ella, me metí en el grupo de capoeira, y conocí a los que ahora son mi familia, aquí, a mis amigos. Llevaba dos años bastante perdido... no encontraba mi sitio. A pesar de amar la ciudad, y de que no me faltaba trabajo, no encajaba en ningún ambiente; ella me mostró un camino diferente, y me ayudó a ser quién soy ahora.

Fue una relación sexual, por mi parte, y afectiva, por la suya. Se acabó por eso. Yo no veía la belleza, que es obvia para el resto de los hombres, yo veía una mujer entregada, buena madre, buena amiga, buena trabajadora, y buena en la cama, pero hubo un momento en el que sus sentimientos fueron más fuertes que su deseo, y necesitó que la quisiera como mujer, y no como amante. No pude. La admiraba, pero no la quería. No entendió que lo nuestro se acabara, no le importaba seguir conmigo, aunque yo no aceptara quererla, le daba igual. Me pareció un gesto tan bajo, tan arrastrado... ¿cómo podía hipotecar su vida por un hombre que nunca podría darle la mitad de lo que ella merecía? A raíz de eso, ni siquiera pudimos volver a tener sexo, me fue imposible. Ella volvió con su ex, en un ataque de celos, que nunca me afectó, y se quedó otra vez embarazada, lo suyo duró... - otra vez alargó su última palabra, dándose tiempo para pensar -

hasta el año pasado, cuando se enteró de que estaba nuevamente encinta, entonces decidió dejarlo definitivamente. Sólo le daba hijos, y problemas y, aunque parezca mentira, más problemas que hijos. Ahora tengo entendido que han vuelto, estos días lo he visto juntos, en varios desfiles.

- Sí, hoy, al despedirnos, me dijo que se iba a casa, junto a su marido.

Suspiró, y su mirada se entristeció.

- La quiero como una amiga, mucho, muchísimo, y la admiro como mujer, es luchadora, trabajadora, y madre. Es una superviviente – en sus palabras había verdad, y respeto. Mucho de ambas cosas.

- Ella sigue enamorada de ti – en las mías, también.

- No lo creo – llevo su mano a la cara, y se frotó un ojo con los dedos.

- Te defiende, te protege, el otro día en el Forte...

- No está enamorada – me interrumpió - quizás celosa. Celosa de no haber podido ser ella la que provocara este cambio en mí. Celosa puede, pero no enamorada, no hace falta estarlo, para tener celos. Se pueden tener celos de mil cosas, que no tienen nada que ver con el amor, ni con la pareja.

Tenía razón, yo estaba celosa, muy celosa de todo lo que estaba escuchando, de esos polvos que había echado, y que no habían sido conmigo, de esa relación con Candela, que había durado casi un año... ¡un año!, y a mí sólo me quedaban cuatro míseros días.

- ¿Qué piensas? – sus dedos acariciaron los míos.

- Pienso que tienes razón – dirigí mi mirada al punto del que partían los escalofríos que recorrían mi cuerpo, a nuestras manos unidas.

- Ah, muy bien, como a los locos, me das la razón – su risa atrajo mis ojos, como un imán.

- No tonto, digo en lo de los celos. Y creo que es muy bonito lo que has dicho de mí, eso que destapaste de cosas feas. Me parece increíble, me siento halagada, consigues que me quede sin palabras. Eres tan especial... tan increíble, tan guapo, y perfecto, que me pareces un sueño, pero...

- ¿Sabes qué oí un día? - me hizo callar.

- No – le sonreí, por su sutileza al hacerme callar, para no continuar escuchándome.

- Alguien dijo que, todo lo que se diga antes de un *pero* pierde el valor. Me encanta lo que acabas de decir, y creo que tu *pero* va a estropearlo, ¿es imprescindible que continúes hablando?

Pensé un momento, él sabía lo que iba a decirle, lo que venía después de ese *pero*, así que, ¿para qué continuar? Para qué decirle que no era necesario engancharme de ese modo, si lo que quería de mí ya lo tenía. Para qué recordar que los días que nos quedaban juntos se contaban restando.

¿Para qué?

- No, no es necesario.

- Pues entonces, cállate, y bésame.

Se estiró sobre la mesa, y juntamos nuestras bocas. Los labios no nos bastaban, nada nos bastaba, cuando entraban en juego nuestras ganas, nuestra desesperación.

Demasiado contacto, demasiado calor, demasiado deseo en aquel beso.

«Uff, Uff, Uff»

Nos separamos, respirando con dificultad, calmándonos, poco a poco, diciéndonos, con la mirada, todo lo que nos haríamos, si no estuviéramos donde estábamos.

Cuando estábamos más tranquilos, Ángel giró su cabeza hacia la plaza, en la que cada vez había más gente, y más ruido.

- ¿Te gustó el carnaval de Bahía, santera?

- Me enamoró.

- ¿El carnaval, o yo? – me guiñó un ojo.

- Vanidoso – le enseñé la lengua, a modo de burla.

Se rio, y volvió a mirar hacia fuera. Su sonrisa de medio lado continuaba en su angulosa cara, dotándola de una belleza más perfecta, si eso era posible.

- Te voy a enseñar a querer esta tierra – su voz, oscura y profunda, resonó en mi cabeza, como un eco - Te mostraré su cara y su cruz, sus secretos y su magia, su realidad y su fantasía. Te vas a enamorar de verdad, en estos cuatro días – me daban miedo sus promesas, porque parecía de ese tipo de hombre que las cumple, siempre.

- Creo que estoy empezando a hacerlo – en más de un sentido, sí.

- Pues vas a dejar de creer, para pasar a tener la certeza.

Esos diálogos ambiguos encerraban demasiadas promesas, demasiadas ganas, demasiadas esperanzas, y demasiadas ilusiones. Me hacían volar, y pensar ¿por qué no? Aunque yo sabía el *porqué*, lo tenía muy claro. Mi *porqué* era una losa que desequilibraba la balanza, se pusieran Ángel, o veinte como Ángel, haciendo contrapeso, sería igualmente imposible.

- Cuéntame más – le pedí.

- Insaciable – mi miró, a su manera...

- Siempre.

Torció la boca, y se mordió el labio por dentro, haciendo un puchero. Se levantó de la silla, y tendió su mano hacia mí.

- Te lo cuento de camino.

El *Pelourinho* estaba llenándose, cada vez más y más.

- Vamos a coger la moto, te llevaré al *Bonfim*. Daremos un paseo, hasta la puesta del sol.

- Es uno de los sitios que quería conocer.

- Ahora lo vas a hacer, y lo vas a amar. Intentaré que no puedas olvidarlo en tu vida.

- No me cabe la menor duda de que lo conseguirás.

Sentada tras él, pegada a su espalda, cerré los ojos, mientras respiraba Bahía, y lo respiraba a él.

Dos olores que nunca podría borrar de mí.

Me llevó hasta *Nosso Senhor do Bonfim*. Eran las cinco de la tarde, y estaba en todo su esplendor. Una maravilla para los sentidos, un lugar especial. En mi vida lo olvidaría, Ángel tenía razón, viviría nítido, en mi recuerdo, me teletransportaría allí cuando necesitara paz, cuando necesitara respirar. Cuando lo necesitara a él.

Subimos, caminando, hasta la iglesia, yo no podía apartar la vista de esa mezcla de colores que me había atrapado, el blanco de la construcción, mezclado con el dorado que coronaba sus dos torres y, todo ello, bañado por un sinfín de cintas de colores, que ondeaban al viento, atadas a una reja que protegía, rodeándola, la iglesia.

- Toma - me dio tres cintas: una roja, una amarilla, y otra azul - Las tienes que atar a la valla. Por cada una puedes pedir un deseo; te advierto que se cumplen. Piensa bien lo que vas a pedir.

Sentí la magia, cuando las recogí de su mano, al tocarnos.

La primera que até fue la amarilla: el deseo que pedí, tenía que ver con mi corazón fragmentado.

La segunda que até fue la azul: el deseo lo pedí para mi familia.

La tercera, la roja: el deseo lo pedí pensando en mí.

Una vez atadas, me acompañó al interior, donde continuaba bañándolo todo el blanco, y el dorado. El techo tenía una preciosa pintura, y de él colgaban tres enormes lámparas. Nos sentamos en un banco de madera, el típico de todas las iglesias, y me fijé que, en los laterales, también colgados del techo, había seis botafumeiros, que me recordaron al de la impresionante catedral de Santiago de Compostela.

Me había encantado haber podido entrar en ella. Si me hubiera marchado de Bahía, sin haber sentido la paz, que ese lugar me proporcionó, no me lo habría perdonado en la vida.

Cuando salimos de la iglesia, respiré profundamente, llenándome de ese aire, plagado de deseos atados a una verja de hierro, y de la tranquilidad que transmitía el lugar.

- ¿Te gusta? – preguntó mientras me abrazaba, abordándome por la espalda.

- Gustar es poco – respondí, dejando caer mi cabeza contra su pecho.

- Es precioso, a mí me parece un sitio único en el mundo.

- Estoy de acuerdo – le dije, girándome hacia él, y cayendo presa de su sonrisa, como siempre.

Volvimos a coger la moto, para bajar hasta la *playa da Ribeira*, desde allí, podíamos disfrutar de un paisaje espectacular, coronado por la iglesia, que destacaba elevándose en el terreno, por encima de las casas. Nos sentamos a tomar un helado, en la *Sorbetería da Ribeira*, que era la heladería más antigua de la ciudad. Desde un banco exterior de la misma, teníamos unas magníficas vistas de *Bom Jesus*, la iglesia que miraba al mar, a la *playa da Ribeira*.

Pasamos la tarde riendo, paseando, jugando a la ambigüedad, con nuestras preguntas y respuestas; nos hicimos confesiones, hablamos de sexo, de trabajo, de amor, de la vida en general.

Cuando nos dimos cuenta, la noche nos había atrapado, mientras seguíamos paseando y hablando,

evitando pensar que las horas pasaban para nosotros, igual que para el resto del mundo.

Entre risas, y juegos de manos, ahora te suelto, ahora nos rozamos, ahora me dejo agarrar las muñecas, ahora siento frío sin tus manos tocándome... se nos pasó el tiempo.

- ¿Te apetece probar la hamburguesa Bahiana? Yo empiezo a tener hambre – tiró de mi muñeca, frenándome.

- ¿Hamburguesa? – lo miré, entre sorprendida y extrañada.

- Es como una especie de buñuelo, se hace con harina de frijol, se fríe, y lleva un relleno de camarones, cebolla, pimientos, y más ingredientes típicos de aquí – su explicación me había abierto el apetito.

- Por un momento he pensado que me ibas a llevar a una cadena de hamburguesas.

- Santera, la pasión que pongo en las cosas que me llevo a la boca, también la busco, recíprocamente, en la parte que me las proporciona. Llámame sibarita – ladeo su cabeza, negando, y mostrando sus dientes detrás de aquella sonrisa.

Me di cuenta de que hacía tiempo que no lo miraba fijamente; las conversaciones de esa tarde, los lugares que me estuvo enseñando, y la felicidad que me invadía, lo habían desplazado a un segundo plano. Obviamente, sólo le bastó que lo mirara a los ojos, una milésima de segundo, para recordarme que nada de lo que pudiera ver en Bahía, superaba su belleza, ni su magnetismo.

- Creí que te habías olvidado de que iba a tu lado – alzó sus cejas, mientras sus dientes resbalaban por su labio inferior, hasta cubrirlo por completo.

- ¿¡Qué dices!?! – lo desestabilicé, empujándolo con mi hombro.

- ¡Ni puto caso me estás haciendo!, estoy por desnudarme, a ver si así me miras un poco – me copió el gesto, pero yo casi me caigo de verdad.

- Eres tonto – y tonto significaba todas las cosas bonitas y absurdas, que nada tenían que ver con su definición real.

- Sí, pecho de eso, pero lo disimulo lo mejor que puedo – separó sus piernas, a mi espalda, y me abrazó por detrás, deteniendo nuestro paseo. Su cabeza se acopló a la forma que dibujaba mi cuello, entre el hombro y la cabeza, y me besó detrás de la oreja.

- Ángel, me encanta lo que veo, me encanta lo que me has enseñado. Me encanta esto, estar contigo, pasear, reír... - tomé aire, y lo dejé salir, tembloroso, en un soprido lento.

- Ídem.

Sonreí al escuchar esa palabra que todo el mundo, de mi generación al menos, asocia a *Patrick Swayze* y *Demi Moore*.

- Creo que me curas – me giré hacia él, sin deshacerme de su abrazo.

- ¿Qué te qué? – separó su cara, y se rio.

- Que me curas las heridas, Ángel – y me llevé la mano al corazón – éstas que aprietan, hasta que es imposible esconder que duele.

Ambos nos callamos, mientras retomábamos el paso. Dejé volar mis pensamientos, me ausenté, no sé por cuánto tiempo, pero cuando volví en mí, ya estábamos sentados en una terraza, y había bebidas en nuestra mesa.

Lo miré coqueta, mientras llevaba la botella de cerveza a su boca, hice lo propio con la mía. Apoyé la cabeza entre mis manos, sin apartar mis ojos de él...

- ¿Qué quieres de mí? – me preguntó sumiso.

- Humm, ¿qué te hace pensar que quiero algo? – pregunté con gozo.

Torció el gesto, acompañándolo de una sonrisa, e inspiró profundamente.

- Desembucha – me instó a hablar, con un gesto su mano.

- Está bien, me has pillado. Estaba repasando algo que me has dicho antes... mientras comíamos.

- ¡¡Uff!! - se rascó la barbilla, miró hacia la mesa, y después subió sus ojos hasta encontrarse con los míos.

Continué.

- No oí la moto, entre tus lugares...

- ¿Cómo? – no me entendió.

- Coche, cama, suelo, vestuarios, y un largo etcétera, pero nada de moto – mantenía mis ojos firmes en los suyos.

Se sorprendió, puso una mirada traviesa, y negó con la cabeza.

- No, santera, nada de moto – volvió a beber.

- Bien, pues ese será mi lugar; quiero que cuando montes en ella recuerdes que, una noche, nos montaste a las dos... a la vez.

Expiró muy fuerte, revolviéndose en la silla.

- Para recordar hay que olvidar primero, y eso no será posible tratándose de ti; pero, descuida, ahora mismo no hay nada más en mi mente, que encontrar el momento de montaros juntas.

Respiraciones agitadas, puños que se cierran, y se abren, latidos extendidos por todo el cuerpo, y unas ganas locas que iban a torturarnos durante toda la cena.

La camarera llegó con las hamburguesas, y se llevó la bandeja vacía, y la decepción en su exagerado escote; ni con esas, Ángel, había apartado sus ojos de mí.

- Las mujeres se te rifan, ¿eh? – me rendí ante la evidencia.

- Tú tienes el boleto ganador.

Reíamos, mientras saboreábamos una deliciosa hamburguesa bahiana.

Declinamos el postre; esa vez, nosotros seríamos el postre.

El trayecto en moto fue incrementándose en velocidad.

Primero me agarré a su pecho, como las otras veces, y fantaseé, como Ángel me había dicho que hiciera, la primera vez que me llevó en moto. Después me dije «¡qué carajo!», y di rienda suelta a

mis manos, que bajaron por su pecho, hasta encontrar el final de su camiseta, para poder meterse por dentro, y tocar su piel.

Ángel se tensó, pero continuó conduciendo. Con mi cabeza apoyada en la parte alta de su espalda, subí, lentamente, mis manos, muy abiertas, por sus abdominales, hasta su pecho, el cual estrujé entre mis dedos. Ángel aceleró más. Dejé una mano allí y, con la otra, deshice el recorrido, bajando hasta la cintura de su pantalón. Paramos en un semáforo. No habló pero, apretando mi mano, me la subió a la altura de la otra... Aproveché la parada, para pegarme más a él, de manera que, con mi sexo, pudiera rozar su trasero, lo que provocó que me tuviera que sentar más recta. Él se dio cuenta, y endureció su culo, moviéndolo ligeramente, contra mí. Estaba tan a punto, que me hubiera gustado llevar a cabo la fantasía de la moto allí mismo. Arrancamos en cuanto la luz nos dio paso y, sin hacer caso a su consejo, volví a bajar mi mano, lentamente, hasta el botón de su pantalón. La velocidad continuaba aumentando... mis ganas a su ritmo. No me hizo falta desabrocharlo, mi mano cupo, perfectamente, entre éste y su cuerpo. Noté su vello entre mis dedos, y gemí. Pero fue al tocar su miembro, completamente duro, cuando realmente sentí la falta de oxígeno. Él aceleró tanto, que me fui un poco hacia atrás, lo que provocó que apretara su pene entre mi mano, y clavara mis uñas en su pecho. Incliné un poco su cabeza, e imaginé su gemido. Se apartó de la carretera, deteniéndose a un lado, y se giró, para poder mirarme.

- ¡Te juro que no respondo! – me dijo, tan serio, que me aceleró las pulsaciones todavía más.

- Ni yo – intenté provocarle una sonrisa.

- No puedo conducir así, te estoy hablando en serio – apretaba su mandíbula, y tragaba con intensidad.

- No aguanto ni un minuto más, yo también te lo digo en serio – no había broma en mis palabras.

- ¡¡Joder, Evita, joder!! Agárrate, y deja las manos donde pueda soportarlo – habló entre dientes, mientras volvía a poner su moto en movimiento.

Me reí, ante su expresión contenida, y dejé mis manos en su pecho, bajo su camiseta.

Se incorporó, nuevamente, al tráfico para, poco tiempo después, desviarse de la carretera, cogiendo una secundaria, que tenía más tierra que asfalto, estaba muy oscura, y rodeada de vegetación.

Entendí que íbamos a ser, muy pronto, montadas a la vez, así que ya no tuve reparos en continuar con mi juego en pausa.

Masajeaba su pecho, mientras desabrochaba, ahora sí, su pantalón, y bajaba su cremallera.

Cogí su miembro con mi mano, y empecé a moverme por él, de arriba abajo, ejerciendo presión.

Ángel se movía, demasiado, sobre la moto, y a mí no me llegaba el momento de que se detuviera.

Estaba completamente excitada. Como podía, me rozaba contra él, y contra el asiento a la vez.

Cerraba mis ojos, gimiendo alto, para que pudiera escucharme.

De repente... silencio, y nuestras respiraciones.

Se bajó de la moto. No me dijo ni una palabra, sólo endurecía sus facciones, apretando su mandíbula, mientras respiraba con dificultad.

Había metido la rueda delantera en una especie de hierros, parecidos a los que conocemos para dejar las bicis aparcadas.

Se quitó el casco, y yo el mío. Los tiramos al suelo. Dejó caer su pantalón, desabrochado, y se quitó el calzoncillo.

- Quítate las bragas, porque si lo hago yo te las romperé.

Sus órdenes eran sexo.

Bajé de la moto, para poder quitármelas.

- Santera, esto me está superando, tú me estás superando, me pones tan al límite, que me está entrando vértigo – habló frotándose la cara, con ambas manos.

- ¡¡Déjate de charlas, y fóllanos!! – lo agarré por un brazo, atrayéndolo hacia mí.

Nos subimos a la moto, y quedamos cara con cara. Llevó sus manos a las asas de mi vestido, y me las bajó. Sin delicadeza ninguna. Se mordió el labio inferior, con fuerza, mientras miraba mis tetas; tiró de ellas, para pegarme, del todo, a él. Entró en mi boca con agresividad. Agarraba uno de mis pechos, tan intensamente, que no me permitía moverme, apretaba una de mis nalgas, clavando sus dedos en ella, sobrepasando mi límite del dolor, pero lejos de alejarme del placer, me estaba excitando tanto, tanto, tanto, su brusquedad, que comencé a frotarme contra el asiento, y a jadear dentro de su boca.

Gruñó y, así como estábamos sentados, mirándonos de frente, me levantó por la cintura, para acoplarme a él.

Mi sexo estaba completamente lubricado, eso hizo que su pene resbalara, fácilmente, hacía mi interior, hasta quedar completamente cubierto, y dentro de mí.

- Quiero comerte las tetas – pasó sus manos bajo mis axilas, para llevarlas a mis hombros, por mi espalda, y asegurarse así de que nuestras penetraciones fueran lo más profundas posibles.

Le ofrecí mis pechos y, con su boca, los devoró. Mordió demasiado fuerte, hasta hacerme gritar, pero no aflojó, entonces me retorció.

Apretó sus manos sobre mis hombros, hacia abajo, mientras se movía, insaciable, con su pelvis en sentido opuesto. Yo me frotaba, rítmicamente, contra él, gracias a una coreografía, tan poco ensayada, pero de una sincronización perfecta. Dejé de sentir dolor por mi pecho, y empecé a arder de placer. El calor tomaba mi cuerpo, concentrándose en mi cabeza, y en un punto bajo de mi espalda, que me hacía curvarme.

Empecé a moverme con más violencia, y más seguido. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Arriba y abajo...

Azotó mi nalga, dejando una sola mano en mi hombro. Estiré mi cuello hacia atrás, y dejé caer mi cabeza, de puro placer.

- ¡¡¡Vamos, Eva, vamos, santera, córrete, córrete para mí! ¡Mójame, vamos, así, sigue así, sigue, dámelo, no pares, no pares, no, joderrrrrrrrr!!!

Otro azote, en la misma nalga, y un escalofrío me recorrió, con tanta intensidad, que me dejó sin aire.

- ¡¡Aaaaaah, más, más, más, aguanta un poc... aaaahhhhh!!

La fuerza de su mano sobre mi hombro, presionando mi cuerpo contra el suyo, la rudeza de sus penetraciones, el roce de nuestros sexos, la brusquedad de ese polvo, su falta de tacto, nuestras ganas... todos esos ingredientes sólo podían dar un resultado: volverme loca de placer.

Temblamos, mientras continuábamos abrazados, y recuperábamos la cordura.

Al rato, me eché hacia atrás, para ver su cara. Noté algo diferente en su mirada, el *conquistador* tenía otro brillo en sus ojos, sería la luz de la luna, o sería que algo había cambiado...

Tragó saliva, acompañándola con un movimiento de su mandíbula, cerró los ojos, y me besó. Diferente. Con ternura, con languidez, con amor, me atrevería a decir, osada de mí.

- ¿Tú no eras la de la cordura? – rozó su nariz con la mía, aún con los ojos cerrados.

- Antes de que me desequilibraras – dejé un beso en su frente.

- ¿He sido muy brusco? – me miró.

- Has sido perfecto.

- No, la perfecta eres tú.

«*Cuando estoy contigo. Cuando estamos juntos*» pensé.

Cogimos su ropa, mis bragas, los cascos, y nos preparamos, para volver a la civilización.

Más relajada, y menos peligrosa, nos incorporamos a la carretera. Seguí agarrándome a él, por debajo de su camiseta, pero ya dejé ahí ambas manos, a pesar de que mis deseos siguieran siendo otros.

Llegamos al hotel, y me sorprendió que no apagara su moto. Me bajé extrañada. Su mirada continuaba diferente.

- Ángel, ¿no te quedas? – pregunté, con miedo ante una negativa.

- ¿Qué quieres? – me preguntó, y sonaba completamente perdido, a la deriva.

- Que subas conmigo – afirmé.

Bajó la vista hasta el asiento, exhaló con fuerza. Se frotó un ojo y, finalmente, aparcó su moto.

Cuando estuvo a mi lado, agarró mi cabeza, y me besó entre el pelo. Estaba raro.

No hablamos, ni nos miramos, mientras no llegamos a la habitación.

No me gustaba lo que estaba sintiendo, estaba dudando, estaba nerviosa, tenía miedo, y no quería ser esa Eva, ya no. Así que no callé y, cuando entramos, me enfrenté a su mirada.

- ¿Qué te ocurre, Ángel? – pregunté con cautela.

- No lo sé – mentía.

- Estás diferente. ¿No te gustó lo de la moto? ¿No te gustó que no te hiciera caso? En serio que no

me has hecho daño, ¿ha sido eso?

Sonrió, llevó su mano a mi nuca, y la masajeó.

- Voy a usar tu frase: gustar se queda corto, cuando se trata de ti. Contigo todo se queda corto, incluso yo – se mordió el labio, cuando calló.

- No digas estupideces, y vuelve a ser tú. No te quiero ver así – apoyé mis manos en sus brazos, estirados sobre mis hombros.

- Santera, estoy agotado, eso es todo – me miró a su manera, pero diferente.

- ¡¡Pero, qué cuentista!! Te recuerdo que nos hemos levantado a la vez, y hemos trabajado las mismas horas. No me venga con cuentos, señor sinceridad.

Sonrió, y volvió un poco en sí.

- Tienes razón, vamos a hacer una cosa, no quiero mentirte, pero tampoco quiero decirte la verdad, así que olvidemos este momento, y te prometo que vuelvo en mí.

- Sólo dime si he hecho algo que te ha lastimado – iba a dejarlo estar, pero necesitaba saber si había sido yo, la causante de su cambio de humor.

- Pues, ahora que lo pienso... - se quitó la camiseta, y mis ojos se perdieron en su pecho. Suspiró. – esta marca... – señaló a la altura del corazón – no la tenía antes de conocerte... - le había clavado las uñas, en el momento del acelerón, y un buen arañazo dejaba constancia de ello.

Me acerqué, le acaricié la zona, y la besé.

- Mucho mejor, ya me duele menos. Ahora que recuerdo... también me apretaste la polla – unas arrugas seis, aparecieron en su frente.

- Déjame que te la bese, entonces – le pedí con devoción.

Ambos reímos, mientras me llevaba en brazos hasta la cama.

Me llenó de besos dulces, y de cosquillas, estuvimos jugando un buen rato, hasta que la risa tornó en sonrisa, y después nos pusimos serios; nos miramos demasiado tiempo, y nuestras ganas volvieron a tomar las riendas de la noche. Las tomaron tres veces más.

Eran las tres y media cuando nos rendimos al sueño, y lo hicimos abrazados, despiertos, y conscientes de que sus brazos rodeaban mi cuerpo, y los míos abrazaban su piel, nuestras piernas se mezclaban y, a pesar de que ya no había ganas de sexo, no decaía mi necesidad de él.

DOMINGO DÍA 12 - 9 MARZO 2003

Despertar sin el sonido de un despertador, despertar cuando el cuerpo se sacia de sueño, despertar sin ruido, hacerlo suavemente, y en el silencio de una mañana de domingo, como las de antes... mucho antes, cuando mi casa era mi sitio, mi hogar.

Desperezarse muy despacio, estirando el cuerpo entero, desde los dedos de los pies, hasta la cabeza, y respirar su aroma, abrir, poco a poco, los ojos, y recibir, como buenos días, su sonrisa.

- Buenos días, dormilona – acarició, con su dedo, la punta de mi nariz.

- ¿Qué hora es?

- Las doce y cuarto – respondió entre beso y beso, que iba repartiendo por mi cara.

- ¿En serio? – pregunté asombrada.

- Ajá.

- No recuerdo la última vez que dormí hasta tan tarde.

- Seguro que te han despertado mis tripas – se llevó la mano a la barriga.

- ¿Acaso te quedaste con hambre esta noche? – me coloqué sobre él.

Sonrió, y dejó caer su cabeza hacia atrás. Estaba apoyado sobre sus antebrazos, y mantuvo esa posición aún conmigo encima.

- Me saciaste por completo, pero me dejaste sin reservas. Vamos, arriba y al baño, señorita Costa. Hoy va a ser un día que no querrá que termine nunca – palmeó mi trasero, y se movió, provocando que cayera hacia un lado de la cama.

No dudaba de sus palabras.

Tras el cepillado de dientes, y una ducha, de las nuestras, con *buenos días* incluido, vino la elección de vestuario.

- ¿Qué me pongo? – pregunté, pues no tenía ni idea del plan que tenía para ese día.

- Un burka – se revolvía el pelo mojado, con una toalla de mano.

Lo miré, con el ceño fruncido.

- Así llamarás un poco menos la atención – habló a mi reflejo en el espejo, mientras se mesaba el pelo con los dedos, para peinarse.

- ¡¡Venga, va!! ¿Bikini, vestido, tacones, falda, pantalón, pareo...? – delante del armario, valoraba mis opciones.

- Bikini, y vestido – apareció detrás de mí, dejando un beso húmedo sobre mi espalda desnuda. Un escalofrío erizó toda mi piel.

- ¿No quieres ir a tu casa? Para coger algo de ropa, o lo que necesites – hice la pregunta, mientras elegía bikini.

Se rio, y me cogió de la cintura, atrayéndome hacia él.

- ¿Me está usted echando, santera? – su mirada... su manera de mirar...

- Ni mucho menos, señor García; se lo digo porque me parece que usted evita enseñarme más de su vida, que lo estrictamente imprescindible, y si quisiera ir a su casa, sin mí, no me parecería mal.

- Lo estrictamente imprescindible... lo estrictamente imprescindible... aún recuerdas nuestra tarde de ayer, ¿verdad? – me soltó, y caminó un paso hacia atrás, separándose de mí. Se abrazó a sí mismo, y ladeó la cabeza, mientras mordía su labio, esperando mi respuesta.

- Claro – carraspeé, para poder hablar.

- Entonces, ¿cómo es que eres tan mentirosa? ¿Acaso no me sinceré contigo? – me miraba intensamente.

- Eso quiero creer – yo quería ser sus dedos, que en ese momento rascaban su espalda en aquel abrazo.

- Pues venga, acaba y vámonos, que tengo que dejar tu huella en MI - CA – MA – me agarró, por la cintura y el cuello, para dejar un beso, incendiario y prometedor, dentro de mi boca.

Ángel vivía al lado del mar. Aunque en Bahía lo raro era no hacerlo.

Dejó su moto, aparcada, delante de una casa de color rosa chicle, de dos pisos, que se elevaba sobre el terreno dónde estaba construida. En su tejado, destacaba una antena parabólica, de color blanco; sus ventanas, blancas también, rompían el llamativo color que cubría sus paredes. Un portal, alto y oxidado, separaba el pequeño, y descuidado, jardín, de la calle.

- Eres una cotilla indiscreta, ¿¡estás analizando cada detalle!?! – apretando sus labios, negaba con la cabeza.

- No, sólo la estoy viendo... tu casa, es... llamativa – estaba nerviosa, muy nerviosa.

- ¿Y por qué crees que es esta mi casa?

- Hombre, pues porque aparcaste delante, y podías haberlo hecho en cualquier otro sitio. Esta calle no es que esté muy transitada – paseé mi vista a lo largo de la calle, que pasaba por delante de la casa.

- Ven, anda – me tendió su mano.

Estiré la mía, y me agarró de la muñeca, tirando de mí hacia la casa de al lado.

El portal de ésta era verde, o mejor dicho, en su día había sido verde, ahora era de un verde anaranjado. Tenía una uralita, sujetada por unas delgadas, y altísimas, columnas de hierro, del mismo color que el portal; la estructura hacía de porche, y partía desde la mitad de la fachada, hasta la mitad de un lateral. Para entrar en la casa había que llegar a una puerta de madera, separada del suelo por seis escalones. Estaban tan deteriorados como la estructura de la propia casa, que mezclaba piedra ennegrecida, con madera vieja y descolorida. Si me lo hubieran preguntado, hubiera jurado que estaba inhabitada. Cuando llegamos a la puerta, llamó, y la empujó, antes de obtener un *adelante* por respuesta.

- ¡¡Emma, Ramiro!! ¿Estáis en casa? – preguntó, alzando su voz.

Al momento, se escuchó una voz de mujer.

- ¡¡Ángel, hijo mío!! Llevo días sin saber nada de ti, ¿dónde te has metido? – una señora, de unos sesenta años, de complexión fuerte, y pelo canoso recogido en un moño bajo, salió de una de las puertas, secándose las manos a un trapo.

- Trabajando mucho, preciosa, y esta señorita, que me acompaña, es la culpable de ello – apoyó sus manos en mis hombros, y me colocó delante de él.

Me quise morir, menuda presentación.

- Hola, buenos días, soy Eva – me presenté.

- Buenos días, hija. Así que tú eres la española. Yo son Emma, encantada de conocerte – se acercó para abrazarme, y besarme.

«*Le ha hablado de mí*»

- Igualmente – contesté.

- ¿Dónde está Ramiro? – preguntó Ángel.

- ¿Dónde va a estar? En el taller – lo dijo con resignación, poniendo sus ojos en blanco.

- Pon dos platos más, nos quedamos a comer – le dijo él, mientras yo no salía de mi asombro – Bueno, salvo que no quieras. ¿Qué dices? – se giró hacia mí, para preguntarme.

¿Qué esperaba que le contestara ahora?

- Claro, aunque me parece que no deberías haber venido sin haber avisado – le reprendí, desaprobando su manera de hacer.

- ¿Avisar, Ángel? ¡Si éste nunca sabe si viene o va!, tranquila, estamos acostumbrados. Bajad junto a Ramiro, pero no os retraséis, en media hora comemos – nos dijo Emma, entrando en lo que debía ser la cocina.

Ángel le dio un beso, antes de que desapareciera por la puerta de dónde había salido y, sin soltarme la muñeca, me guio hasta el citado taller.

- Tú no vives aquí, ¿verdad? – vacilé al preguntar.

- Chica lista. Voy a tener que andarme con ojo contigo – se burló.

Le di un puñetazo en el hombro.

- ¡¡Oye, que yo te haya azotado, no te da derecho a réplica!! Fue en un contexto diferente.

Entorné mi mirada, y él se rio. Flashes, de la noche que habíamos pasado, me hicieron inhalar gran cantidad de aire.

- Mi casa es la que tú pensabas, pero allí sólo voy a dormir. Cuando estoy aquí, siempre me encontrarás en casa de este loco artista, y su musa. Los quiero como si fueran mi familia. Me cuidan, me ayudan, y viceversa – sus ojos brillaron diferentes, cuando me habló de ellos.

No me miraba fijamente, porque no tenía necesidad de convencerme de nada, y porque hablar de sentimientos no es fácil, cuando éstos son de verdad, y pueden herir, con la misma intensidad que

curan. Estaba claro que, Ángel, tenía puntos débiles, como todos, y su perfecta fachada, para conseguir todo lo que se proponía, guardaba dentro un corazón sensible, que protegía bajo muchas llaves. Lo tenía fácil para seducir, lo tenía fácil para gustar, para sentirse el centro de atención, pero lo tenía que haber pasado muy mal, en algún momento de su vida, que yo desconocía, porque se había abierto a mí, contándome cosas que, de un modo u otro, ayudaron a levantar el pie del freno, que me empecinaba en pisar, para no dejarme ir, pero no me había hablado realmente de él. No me había contado nada de su familia, no había profundizado en *ese momento no muy bueno*, que mencionó de pasada, en el que conoció a Candela, y encontró en ella una mano tendida, que le ayudó a salir de un sitio que no lo hacía feliz. No me había hablado de Emma, ni de Ramiro, y estaba claro que eran dos personas muy importantes en su vida... Entre pensamiento y pensamiento, que Ángel respetó en silencio, habíamos llegado al taller. Estaba en la parte de atrás de la casa, que era muy estrecha y larga.

- ¡¡Hola, Ramiro!! – su saludo salió envuelto en una sonrisa.

- ¡Ángel!, ¡¡benditos los ojos, hijo!! – un señor finito y frágil, muy arrugado, y mucho más mayor que Emma, levantó la vista de lo que estaba haciendo, para ir al encuentro de aquella voz, y levantarse de la silla al ver a Ángel entrando en su taller.

Me soltó, para ir a abrazar a Ramiro, que parecía que se iba a romper en aquel abrazo, si Ángel apretaba un poco más de la cuenta.

- Ella es Eva – se giró hacia mí, mientras rodaba a Ramiro con un brazo.

- Hola, mucho gusto, Ramiro – estiré mi mano hacia él.

- Encantado, Eva – la agarró, tiró levemente de mí, y me abrazó - aquí tienes tu casa, para cuando quieras.

- Muchas gracias – le sonreí, mientras recorría el taller con mi mirada - ¿Todo lo hay en este taller, lo ha hecho usted?

- De tú, por favor. Sí, todo lo he hecho yo – afirmó con voz orgullosa.

Allí había, desde cuadros de paisajes, hasta jarrones de cerámica, pasando por muñecas de madera pintada.

- Tienes unas manos de oro – le hablé sin mirarlo, pues continuaba paseando mis ojos por su arte.

- *Obrigado*, pero lo que importa es la imaginación, y la voluntad, con voluntad se consigue todo lo que uno se proponga. Querer es poder – su voz cansada guardaba mucha verdad.

Mientras, Ángel y Ramiro, hablaban, yo caminaba por el taller, admirando su obra.

- Disculpad que os interrumpa – me entrometí en su conversación - ¿Tienes algo a la venta?

- ¿Qué es lo que te ha gustado? – me preguntó, levantándose de la silla, para acercarse a mí.

- Todo... pero había pensado en llevar unos recuerdos de aquí, y estoy segura de que no encontraré nada mejor que estas bahianas.

Eran unas muñecas de madera, pintadas a mano, que portaban en sus cabezas unas coloridas

flores, y un trozo de tela aparatosa les hacía la función de vestido.

- No hay problema ninguno, puedes llevarte las que quieras – agarró mi mano y, suavemente, me la apretó.

- ¡¡Si en un minuto no estáis arriba, retiro la comida de la mesa!! – llamó Emma, desde la puerta. Disfruté de esa comida en familia. Probé el *acarajé*, que es como un bollo relleno de camarones, o langostinos, que se fríe en aceite de palma, y acompaña con una salsa de pimienta, *carurú*, o *vatapá*.

Descubrí un sonido distinto en la risa de Ángel, junto con aquel nuevo brillo en sus ojos.

Cuando terminamos de comer, Ángel se disculpó, por no quedarse a la sobremesa.

- Quiero enseñarle algunas cosas más de Bahía, igual consigo que no se vaya el miércoles – me miró fijamente, hacia el final de sus palabras.

Un nudo de pena se lio en mi corazón, y retiré mi mirada.

- Hija, ¿ya te vas este miércoles? ¡Qué pronto! Espero que regreses, Bahía atrapa, seguro que lo harás. Nuestras puertas siempre estarán abiertas para ti – Emma acarició mi brazo con su mano.

- Muchas gracias. Sois muy ambles – la miré sonriéndole, y apretando su mano entra la mía.

Nos despedimos con besos y abrazos sentidos, y con mis muñecas bahianas, metidas en cajitas, caminamos hasta la casa de al lado, la rosa chicle, la de Ángel.

- Las dejaremos en mi casa, así ya me cambio de ropa – entrelazó sus dedos con los míos y, sin salir a la calle, accedimos a su casa a través de una cancela, que había en el linde, que diferenciaba un terreno del otro.

Su casa era sorprendente... como él.

No tenía divisiones, había un único espacio, diáfano, que agrupaba la cocina, a un lado, y el salón, al otro, con una mesa en medio, que hacía las funciones de comedor. Unas columnas de madera sostenían una estructura que estaba a una altura diferente, a la que se accedía por unas escaleras de caracol, que llevaban hasta su habitación, abierta también, y con una barandilla desde la que se miraba el piso inferior.

- Siempre me sorprendes – le dije, perpleja.

- Espero que para bien – colocó, sobre la mesa, la caja con mis muñecas, y regresó a mi lado.

Ni fotos, ni estanterías, ni libros, ni cuadros, nada decoraba su casa, pero ello no la hacía impersonal, él era así, lo que veías era lo que había, sin adornos.

- ¿Sabes que tu casa te define muy bien? – lo abracé por la cintura.

- ¿Por qué? – giró su cara hacia mí.

- Porque es diferente – y nuestros ojos se encontraron.

- Como todas; no creo que haya dos casas iguales, y si lo son por fuera, los detalles las diferenciarían: la decoración, los colores, los gustos de las personas que las habitan...

- Tú no tienes detalles.

- ¡¡Joder!! ¿Y lo de invitarte a comer hoy? – arrugó su entrecejo, y sonrió.

- ¡No seas tonto!, me refiero a fotos, recuerdos... no sé.

- No me gusta recordar, me gusta vivir. ¿Subes? – estiró su mano, ofreciéndomela; la alcancé con la punta de mis dedos, y tiró de mí hasta pegarme a él. Agarró mi muñeca - Las damas primero – me dijo, galante.

Subí, por las escaleras de caracol, hasta su habitación.

- Apuesto a que muchas chicas han pasado aquí la noche, por el simple hecho de no tener que bajar estas escaleras – la altura era considerable, desde el final de las escaleras.

- ¿Muchas... chicas? – escuché su voz, aún a mi espalda.

- Las que sean que hayas traído aquí – me giré para verlo.

Dejó la ropa, que tenía entre sus manos, sobre un sillón orejero, blanco, de piel, que había al lado de su cama, y recorrí la estancia con mis ojos: una enorme cama de dos por dos, a un lado de ésta, suspendido en la pared, había un pequeño estante con una cadena de música, y un mando a distancia, un armario empotrado, de dos puertas grandes, y un pequeño baño, separado por una pared de cristal, completamente transparente, desde la cama se veía el baño en su totalidad, sí, incluido el wáter. No tenía lámparas, la luz entraba por una claraboya, que había entre el cuarto de baño y la cama y, cuando la hora no permitía que la luz natural bañara su habitación, haría uso de los halógenos plateados, que se diferenciaban en el techo blanco. Su habitación era minimalista y moderna.

Cuando volví a él, se había quitado la camiseta, y comenzaba a caminar hacia mí.

- ¿Me estás diciendo que las P O C A S chicas, que he traído a mi casa, se han quedado por no tener que bajar las escaleras? – retomó el tema.

Acabó pegado a mí, con su boca rozándome la cara. Me faltaba el aire. Mi respiración se aceleró. No respondí.

- Vamos, habla – pidió, mordiéndose la punta de su lengua entre sus dientes.

Ante mi falta de reacción, tomó la delantera, chupándome el labio inferior, tirando de él. Gemí. Busqué su pecho con mis manos.

Algo cruzó mi mente, en el momento en el que me dejó caer sobre su cama. Y tragué.

Me estaba empezando a gustar demasiado...

«Mierda»

- Ángel.

Se detuvo. Separó lo suficiente, su cuerpo del mío, y me miró, extrañado por el tono que había utilizado.

- Ya sé que no soy quien para pedirte nada – no sabía si debía continuar hablando, porque estaba confundida, pero necesitaba decírselo, lo necesitaba - pero no quiero sentirme como una más, que traes a tu casa para follar.

La piel de mis mejillas ardía, y la vergüenza me hizo apartar la mirada. Él inspiró y, tomando mi mentón, giró mi cara, hasta centrar sus ojos en los míos.

- ¿Crees que eres una más? – la calidez de su voz, en ese momento, se deshizo en escalofríos por mi cuerpo - Entonces es que no has entendido nada de lo que ha pasado estos días.

- Lo siento, pero sigo creyendo que eres un experto en conquistar a las mujeres, y que sabes decirnos lo que necesitamos oír en cada momento.

- Pues, en este momento, voy a decirte algo que me imagino que no creerás, pero no voy a justificarme más contigo – con su cuerpo ladeado, pegado al mío, su brazo doblado, soportando el peso de su cabeza, y su mano acariciando mi cadera, me creería cualquier cosa que me contara - Han venido mujeres, más de tres, y más de cinco. He follado, y disfrutado, con todas, y cada una de ellas. He procurado que ellas sintieran lo mismo que yo, pero N U N C A – y dijo *nunca*, muy lentamente, marcando bien cada sílaba – NUN - CA he hecho el amor con ninguna, excepto contigo.... ahora.

Me bebí sus palabras, me las creí, las saboreé, y me excité, ante la posibilidad de que fueran ciertas... aunque fuera absurdo, aunque fuera en vano.

Estiró su brazo, hasta alcanzar el mando a distancia, que tenía al lado de la cadena de música, y empezó a sonar una canción de *Tom Waits: Ol'55*. Creí que me moriría de amor allí mismo, entre sus brazos. Mi pecho iba a explotar, de tanto que me gustaba ese hombre... esa canción, esa melodía, que no había otra que acompañara mejor el momento. No existía mejor banda sonora para nuestra primera vez... con amor.

Nos miramos. Él acercaba sus labios a los míos, y los retiraba, antes de que se produjera el beso. Ese ir y venir, me ponía cardíaca, nuestros ojos reflejaban tantas ganas de esa unión, que se estaba haciendo de rogar, que casi lloraban de desesperación. De nuestras gargantas salían gemidos, y nuestras respiraciones eran muy sonoras. Tom seguía cantando. Sus ojos, y los míos, seguían suplicando que nuestras bocas se unieran, que todo empezara de una vez. Y llegó el beso... de labios, dulce, tímido, inexperto; sí, aquel beso era como un primer beso, en el que sientes que te tiembla hasta el corazón, cuando amoldas la piel de sus labios entre los tuyos, cuando eres consciente de que, el solo roce de su boca, es capaz de provocar un tsunami en tus sentimientos. Las lenguas fueron apareciendo despacio, sin mucho protagonismo, al principio, hasta que lo recorrieron todo, sin vergüenza: dientes, parte interior del labio, se rozaban entre ellas, y se volvían a apartar.

La canción se repetía una y otra vez, y cada una de las veces me parecía más perfecta que la anterior.

Se incorporó, tirando de mí, para quitarme el vestido. Me senté entre sus piernas, y levanté mis brazos, para que me desnudara. Sus manos dibujaron, por mi cuerpo, el recorrido de mi vestido, subiendo por mis caderas, mi cintura, mi pecho, y a lo largo de mis brazos. Cuando me lo hubo

quitado, hizo lo propio con la parte de arriba de mi bikini. El proceso era agonizantemente lento, y sensual. No dejábamos de mirarnos, ni de abrir nuestras bocas, para poder respirar, y continuar besándonos.

Me recostó, ayudándose con su mano en mi nuca, para apoyar mi cabeza en su almohada.

Acaricié su estómago, y bajé, cambiando de posición, para desabrochar su pantalón.

Se movió, para deshacerse de él, pero no de su calzoncillo.

Dejó caer su cuerpo sobre el mío; sus antebrazos quedaron a la altura de mi cara, con mi cabeza atrapada entre ellos. Volvió a besarme, y yo ya no aguantaba más.

La música, las caricias, los besos, su cuerpo, mi excitación, nuestras ganas, nuestro deseo... todo me estaba llevando a un éxtasis extremo.

Bajé mis manos por su espalda, hasta su trasero, por donde lo agarré con ambas manos, por dentro de la tela. Volví a apretar, presionando hacia mí, para que el contacto fuera mayor. Cerró los ojos, y detuvo el beso. Apoyó su frente contra la mía, e inspiró con vehemencia.

Se apoyó sobre sus rodillas, y empezó a bajarme la braga del bikini, repitiendo el proceso que había hecho con el vestido, acariciando la piel por donde éste se deslizaba. Cuando llegó a los pies, lo dejó caer al suelo, y se deshizo de su calzoncillo, ante mi atenta mirada.

No había palabras, no era como las otras veces, no se parecía en nada. El deseo era el mismo, o mayor, si cabe, pero lo que estaba pasando en su casa... no era sexo, no señor.

Subió desde los pies, dándome tiernos besos, y al llegar a mi punto más caliente, me hizo separar las piernas, para devorarme. He de reconocer que con mucho menos amor, del que utilizó para hacer todo lo anterior, pero justo ahí, yo no necesitaba suavidad, lo necesitaba a él, en toda su esencia.

Me corrí, y ahogué mi clímax en su boca, en ese beso que sabía a mí, a él, a sexo.

Tom seguía repitiéndose, pero era lo único, porque lo que estábamos haciendo, era completamente nuevo entre ambos.

Agarré su pene, con una mano, y con la otra empujé su cuerpo hacia un lado. Era mi turno.

De rodillas, sobre la cama, me coloqué entre sus piernas y lamí, chupé, mordí, y succioné su miembro, hasta que Ángel no aguantó más, y tiró de mí hacia arriba.

No quería correrse en mi boca, lo entendí, y me subí sobre él.

Llevé su sexo al mío, para que me penetrara. Sentía como entraba en mí, despacio y, cuando estuvo completamente dentro, empecé a moverme de delante a atrás, rozando mi clítoris contra su pelvis, que tenía algo levantada, para facilitarme el contacto, y conseguir llevarme a un nuevo orgasmo.

Tom seguía con su actuación, y no tardó mucho en llegar nuestro momento estelar.

Las venas de su cuello se hincharon, el calor tomó mi cuerpo, su mandíbula se tensó, mis manos apretaron su pecho, estiró su cabeza hacia atrás, y cerró los ojos con fuerza.

- Ángel, mírame - mis palabras lo pillaron por sorpresa.

Movió su cabeza, hasta ponerla recta, y poder mirarme.

Lo que vi en sus ojos me asustó, y me hizo contener el aire en mi pecho.

Apremió mis movimientos, con sus manos sobre mis caderas, y me inclinó más sobre él, hasta que exploté y gemí sin pudor. Él gritó mi nombre.

Me quedé sobre su pecho, abrazada a él, recordando cómo había pronunciado mi nombre. Dejé que la languidez, con la que Tom nos cantaba, me tranquilizara. No sé si fueron cinco, o más, los minutos que pasé abrazada a su cuerpo. No quise moverme, quise que mi vida terminara allí, en aquel momento, con aquel abrazo, con nuestra canción, como banda sonora.

Quería decirle que me había encantado, quería decirle que había sido inolvidable, perfecto, pero sería quedarme a medias, lo que en realidad quería decirle, era lo único que me debía callar.

- Santera, ¿estás bien? – su voz...

- Mejor que bien – respondí sin moverme.

Besó mi cabeza, y apoyé mi mentón en su pecho, para poder verlo.

- Me ha gustado mucho, Ángel – hasta a mí misma me había sonado a poco...

- Me alegro. Ha sido diferente... para mí – se mostraba... ¿tímido?

- Ha sido especial – un poco mejor, pero todavía insuficiente.

- Estoy de acuerdo, santera – me sonrió a su manera, y me dio un vuelco el corazón.

- Me encanta esta canción – llevé mis ojos a la cadena de música.

- Y a mí, la tengo grabada doce veces en el Cd – con el nudillo de su dedo, acarició la punta de mi nariz.

- El Cd que tienes puesto en la cadena, para impresionar a tus...

- Shhh – puso sus dedos sobre mis labios - no lo estropees, señorita lo doy todo por sentado. Esta canción es mi canción, y no la compartía con nadie, la guardaba para mí, para mis momentos. Es única, irrepetible e inigualable. Me hace sentir de todo, en tres minutos, y cincuenta y siete segundos. No hay mejor descripción para ti, así que creí que os llevaríais bien - ¿veis lo que os decía? Me lo creí.

- Estará entre mis canciones preferidas, a partir de ahora – hablé, sobrepasada de sensaciones.

- Yo la oiré menos, mucho menos, me temo – me dijo, mientras se incorporaba, para ir al baño.

«Y yo procuraré no volver a escucharla en mi vida»

No nos metimos bajo el agua a la vez. En realidad, apenas hablamos durante un buen rato. Mientras él se vestía, yo usé el baño, y cuando salí de él lo encontré sentado, a los pies de la cama, con medio cuerpo recostado sobre el colchón, y las piernas apoyadas en el suelo. Tenía los ojos cerrados, así que me vestí en silencio, por si dormía.

- Eres como una ninja... silenciosa y letal.

Me sobresalté, al escuchar su voz.

- Pensé que estabas dormido – le dije.

- Estaba pensando.

No pregunté en qué, porque estaba segura de que sería en lo mismo que yo...

Me senté a su lado, en la cama, y cogí su mano. Sus dedos se contorsionaron entre los míos y, llevándose mi mano a su boca, me la besó.

En un gesto resignado, expulsó el aire por la nariz, y apretó sus labios, convirtiéndolos en una fina línea. Bajé mi mirada, temblorosa. Tiró de mí, para que me levantara. Lo seguí, callada. Salimos de su casa a las cuatro y veinte de la tarde.

Fuimos a pasear al Faro, y al Fuerte de la ciudad. Me volví a enamorar de sus vistas, de su mar, de sus playas, de su tranquilidad después del carnaval, de su gente, de su alegría.

Tras un coco, y algo de fruta, que compramos en un kiosco, nos dirigimos a la playa.

- ¿Vamos a bañarnos? – pregunté, esperando un *no* por respuesta.

Me miró con picardía.

- ¿Te embarcas conmigo, Eva? – preguntó, haciendo uso de ese doble juego.

Le respondí, a todo, con una sola palabra:

- Sí.

Nos acercamos a unas rocas, que había hacia una esquina de la playa, y caminamos sobre ellas.

- Ángel, *estou aqui* – una voz, masculina, nos avisó.

- ¡Diego, *irmao!* – elevó sus brazos, en señal de saludo - Eva, ¿puedes sola? – se preocupó, al haber soltado mi mano.

- ¿Quién es Diego? – pregunté, mientras intentaba mantener el equilibrio, caminando sobre aquellas rocas.

No me respondió, hasta que llegamos a la altura de tal Diego.

- Diego, *ela é* Eva – le dijo Ángel, como si le hubiera hablado de mí con anterioridad.

- Encantado, Eva – nos dimos la mano.

- Diego es un buen amigo, y el mejor pescador de todo Bahía – me respondió - Esta noche cenarás bogavante y pescado, que sus manos acaban de recoger – apretó el hombro de su amigo, con la mano que apoyaba en él, y palmeó después su espalda.

- Ya se me hace la boca agua – sonreí feliz.

- *Irmao, deixo o barco* – le dijo Diego, mientras se chocaban las manos, de un modo desenfadado, para despedirse.

- No te olvides de llevarle el encargo a Pepe. Dile que iremos a la hora acordada – le recordó Ángel.

- Ok, un placer, Eva – se despidió de mí.

- Igualmente, Diego.

- *Adeus irmao, e obrigado* - escucharlo hablar en ese idioma... ¡¡Qué difícil me iba a ser seguir

viviendo sin él!!

Diego se fue, caminando sobre las rocas, con una enorme cesta sobre la cabeza.

- ¿Sabes remar? – volvíamos a ser él y yo. Su voz reclamó mi atención.

- ¿Por qué iba a saber remar? – abrí mis ojos en exceso.

- ¿Nunca has ido en las barcas del Retiro? – me preguntó, mientras me ayudaba a entrar en el bote.

- Pues no.

- Está bien, tendré que probar suerte, entonces – se burló.

Remó hasta quedar muy lejos de la costa. Continuábamos sin hablar mucho porque, probablemente, fuera mejor dejar que las cosas se aposentaran, y buscaran hueco dentro de nosotros, para no dejarnos llevar por el cúmulo de sensaciones que se habían desencadenado, hacía unas horas, en su casa.

- ¿A dónde me llevas? – le pregunté, mirando al mar.

- ¿Tú no querías curarte? – sentí un pinchazo fuerte en el pecho - Si lo que vas a ver no te cura, tu tara es de las mías, de por vida.

Y lo miré a él, en esos momento no había nada más maravilloso que esa vista. Pero me confundí, nuevamente, esa tarde vi una puesta de sol que llenó mi alma, me transportó a un rincón de paz absoluta, lo hizo con mi cuerpo apoyado en su pecho, y sus brazos rodeándome. Lo hizo con el vaivén de las suaves olas del mar, y con el ruido del silencio que, en aquel momento, sonaba a *Tom Waits*.

Mi pecho se encogió. Me guardé el aire dentro, conteniendo la respiración todo lo que pude; entonces sentí como mi mirada se nublaba, por unas lágrimas que querían completar su recorrido, desde el corazón hasta mi cara. Quise no pensar en ella, así que llevé a mi cabeza esa sucesión de números que me impedían pensar en nada más, pero esa vez no me funcionó, esa vez tuve la necesidad de despedirme, de decirle adiós a mi princesa. De decirle que siempre sería su mamá. De decirle que un día, no sabía si dentro de mucho, o poco tiempo, la cogería entre mis brazos, para no volver a soltarla, y le daría todos los besos que su delicada cara resistiera, le cantaríamos todas las canciones del mundo, mientras se quedaría dormida, pegada a mi pecho, y acariciaría su cuerpecito, con las yemas de mis dedos.

«Te quiero. Te quiero desde el día que decidimos ir a por ti. Te quiero por todas esas sensaciones que me dejaste sentir, mientras compartíamos cuerpo. Te quiero por haberme enseñado a aflojar el dolor, y sobrevivir a la pena. Te quiero por darme la oportunidad de vivir esto, que me ha devuelto a la vida. Te quiero e iré a tu lado, en cuanto me necesites; mientras tanto, no te alejes de mí, no me pierdas de vista. Adiós»

- ¿¡Eva!?! – tímidamente, pronunció mi nombre.

Hice un gesto con la mano, para que no se moviera, ni preguntara. Me entendió, sólo apretó su abrazo, y yo miré al cielo, ese cielo que ya escondía la luz del sol, que encendía la de la luna, y en

el que brillaba mi estrella.

Se puso el sol, completamente, y nosotros continuábamos en el mismo sitio, esperando la noche, esperando hasta que la luz de la luna fuera suficientemente intensa, como para que nos alumbrara el camino de vuelta.

- Santera, ¿estás bien? – me obligó a mirarlo, tomando mi cara con ambas manos.

- Sí, lo estoy. He sentido tanta paz en mi alma, que tuve la necesidad de hablar con alguien... de despedirme, por un tiempo... pero no puedo seguir hablando de esto, lo siento.

Me apretó muy fuerte, entre sus brazos, y metió su cabeza entre mi hombro y mi cara, para besármela. Sentí mil escalofríos recorriéndome; escalofríos que partían desde mi corazón, y que me hicieron temblar por dentro.

- ¿Quién te enseñó estas cosas de Bahía? – pregunté, para dejar de sentir como me sentía.

- Ésta, en concreto, Diego.

Me giré, para ver su cara, y le mostré mi asombro.

- Durante mis vacaciones, le ayudo. Vengo a pescar con él. Vemos puestas de sol, y amaneceres, según la hora a la que salgamos. Dependemos de las mareas – me contó muy serio.

- Eres una caja de sorpresas.

- Me saldría más a cuenta ser una caja de condones, te lo aseguro – volvió el *Ángel del infierno*

.

Lo fulminé con la mirada. Era un hacha jodiendo momentos.

- Bueno, menos contigo – quiso arreglarlo.

No modifiqué mi gesto.

- Acabas de estropear un momento memorable – le dije, negando con la cabeza.

- Y, ¿cómo puedo remediarlo? – me puso ojitos.

- De ninguna manera, ya es imposible – exageré.

- Entonces a la porra - se puso de pie, en la barca, moviéndose hasta quedar delante de mí. Adiviné sus intenciones, y me envaré.

- ¿Qué haces? Ángel, ¿qué haces? ¡¡¡No me vas a tirar, ni se te ocurra tirarme, Ángel!!!

Y así, cogida entre sus brazos, nos tiramos en medio del negro océano; como dos idiotas enamorados, como dos locos desequilibrados que son, en definitiva, dos personas en el primer piso del amor.

A pesar de que en Bahía hacía calor por las noches: mojada, y en moto, pasé frío. El cuerpo de Ángel también estaba empapado, por lo que no me daba el calor que necesitaba, para calmar mi tiritera.

Llegamos a su casa, e hicimos una carrera hasta su bañera. Daba igual quien ganara, porque íbamos a bañarnos juntos. Primero entré yo. Cuando él se metió, corrió la mampara, que sólo cubría media bañera, y se apoyó, de piernas y brazos cruzados, contra la pared fija de cristal, sin

apartar sus ojos de mí.

Entendí que tenía ganas de jugar, y a mí también me apetecía, así que empecé yo.

Me coloqué debajo del chorro, con mis manos abiertas recibía el agua, que caía por mi melena, me apartaba el pelo, tirando de él, suavemente; me agarré el cuello e incliné, un poco más, la cabeza hacia el chorro, abrí la boca, y dejé que el agua me resbalara por la cara, y continuara bajando por mi barbilla, hasta caer sobre mi pecho para, desde ahí, extenderse por el resto de mi cuerpo. Paseé mis manos por mi cuello, y tórax... muy lentamente, acariciando despacio; de ahí bajé, por la parte exterior de mis pechos, dejando que mis dedos rozaran mis pezones, y continué delineando todo mi contorno, hasta la cintura, donde acerqué los dedos de ambas manos, provocando su encuentro en el ombligo. Una vez juntas, con ellas dibujando una uve, bajé hasta mi monte de Venus, no aguanté más, y tuve que ver su cara... había cambiado la posición, estaba totalmente separado de la pared, erguido, tieso como su miembro, muy, muy excitado. Su mano izquierda apoyada en los azulejos transparentes de la pared y, con la derecha, se masturbaba. Mi pecho se elevó demasiado, con la gran cantidad de aire que inhalé. Verle así... tan excitado... conseguir que mi juego lo hubiera puesto tan a tono... me volvía loca.

- No pares – me pidió con un carraspeo muy sexual.

- Si tú no lo haces – hablé entre jadeos.

- Sigue mirándome. Tócate, y mírame – la aspereza de su voz, dando órdenes, me provocaba escalofríos.

- No sé si podré hacerlo – apoyé mi espalda, y respiré sobremanera, elevando y bajando mi pecho, impetuosamente.

- Claro que puedes – su sonrisa... su mirada... su voz... Él.

Continué bajando mis manos hasta mis pliegues, donde me detuve, haciéndome, y haciéndole, sufrir; continué el recorrido hasta mis muslos, separando mis manos, por la parte interior de ambos, los arañé.

Ángel gimió, fue más brusco en sus sacudidas, pero no aceleró el ritmo.

- ¡¡¿Santera, qué me estás haciendo?!! – formuló la pregunta con los dientes apretados. Con rabia.

Yo sí que gruñí de placer, del placer que me provocaba escucharlo decir esas cosas, y de mi propio placer. Mi sexo pedía a gritos ser explorado, que lo tocara, que entrara y saliera de él, mi clítoris latía a más velocidad que mi corazón, y estaba tan hinchado, y a punto, que no sabía si aguantaría mucho en provocarme un orgasmo.

Volví a ver su cara, estaba en tensión, con sus facciones más marcadas, más rígidas, dándole un aspecto duro, más masculino, si era posible.

- No te corras, espérame - no me reconocía hablándole así.

- Vamos, Eva, dámelo ya, vamos. No aguantaré mucho más. ¡Córrete para mí!

Escuchar su voz, en esa situación, me provocaba espasmos, me hacía convulsionar. Escucharle me

provocaba casi el mismo placer que el propio orgasmo. La aspereza de su voz casi se podía tocar. Mi cuerpo la sentía de un modo sobrehumano; se dejaba recorrer por el eco de sus palabras, que resonaban en mi cabeza, y poco más era necesario para llevarme al éxtasis.

Subí mis manos hasta mi sexo, y empecé a meter dos dedos, estaba tan húmeda... la combinación del agua cayendo por mi cuerpo, la humedad que salía de mi interior, y las sacudidas que su mano propinaba en su erección, auguraban que no aguantaríamos mucho. Con la otra mano rocé mi clítoris, del placer que me produjo, casi me fallaron las piernas, así que saqué la mano, que exploraba mi interior, para apoyarme igual que él, pero en la mampara, para poder seguir dándome placer.

Lo miré. Jadeé. Jadeó, aceleró sus movimientos, y yo intensifiqué la estimulación, resultado: su semen se mezcló entre mi pecho y mi barriga, con el agua que caía de la ducha. Me lo repartí, sobre mis tetas, con la mano que tenía en la mampara, porque con la otra aún estaba presionando mi zona sensible, para calmarla, para informarle de que ya todo había pasado, que podía tranquilizarse... pero no sabía lo que decía, estaba en la bañera con él, con el Dios del sexo, con el Mesías del placer, estaba tonta si pensaba que, después de semejante momento, nos acabaríamos de duchar sin más...

Me cogió por la cintura, y violó mi boca. Me devoró como si llevara años sin besar a nadie, como si nuestras vidas se acabaran allí, con ese beso.

Se giró, quedando él debajo del chorro, mientras continuábamos besándonos. Me levantó, llevándome hacia la zona que antes ocupaba su cuerpo. Con su mano apartó, bruscamente, las toallas apiladas en el toallero inox, que se encontraba sobre mi cabeza. Apoyó mi espalda bajo éste, y me aplastó con su cuerpo. Con su lengua lamió mi cuello, el lóbulo de mi oreja, mordió mi barbilla, mi hombro, mis labios, y me volvió a besar con ansia.

- ¡¡Agárrate ahí!! - ordenó.

Me excité nuevamente.

Me agarré al toallero, y tiró de mi cuerpo. Entendí que debía hacerlo con fuerza, o resbalaría.

Con mis brazos estirados, me hizo rodear su cintura con mis piernas y, paseando sus manos a lo largo de mis brazos, llevó su boca a mis pechos. Chupaba, tiraba de mis pezones, mordía... bajó sus manos, para poder apretarlos y pellizcarlos... los lamía, esos lametones que me volvían loca, pero loca, loca...

- ¡¡No tires mucho, que me resbalan las manos!! – sentía el acero del toallero resbalando entre mis dedos.

- No te sueltes, haz fuerza, ahora es mi turno – se despreocupó.

- Ángel, por favor, te necesito dentro, haz que me corra de nuevo – y yo con él.

- Lo sé, necesito lo mismo – en ese momento éramos como el reflejo de un espejo, iguales.

Dejó mis pechos y, separando mis piernas de su cintura, me dio una tregua, para poder apoyarme

en el suelo, y agarrarme mejor a la barra de las toallas. Comprobé que ya estaba nuevamente preparado para la acción, era increíble...

Volvió a izarme, cogiéndome por las caderas y, antes de que pudiera prepararme, me penetró con fuerza, impetuosamente. Me agarré más todavía, mi cuerpo estaba completamente a su merced, iba y venía como si de un yoyó se tratara, él me embestía ferozmente, y yo volví a cruzar mis piernas a su espalda.

- ¿Puedes tú sola si te suelto?

- Creo que sí.

Dejó una mano en la parte baja de mi espalda, para que con sus penetraciones no me separara de él. Tiraba de mí, con cada embestida, y la profundizaba con su mano presionando sobre mis nalgas, con la otra empezó a masajear mi clítoris.

- ¡¡¡Ahhhh, por favor, ahhhh!!! – de tanto que me gustaba, empezaba perder la consciencia.

- Así, Eva, dime qué te gusta – pegó su frente a la mía, sin detener los movimientos.

- No pares, Ángel, sigue con tus dedos ahí – por fin hablé, como él quería, pero no lo hice por eso, lo hice porque mi propio cuerpo me lo pidió.

Intensificó sus penetraciones, llevando su mano a mi hombro, tirando de mí hacia abajo; yo creía que me resbalarían las manos, pero no quería que parara.

Su otra mano quedó entre nuestros cuerpos, y con ella presionaba, en círculos, sobre mi clítoris. Me iba a correr de un momento a otro.

- Vamos, Eva, ¡¡dámelo ya!!

Y... *boooooom*, esa exigencia, ese carraspeo en su voz excitada, esa afonía, en aquel momento de intensidad sensorial, que me nublaba la razón...

- Me voy, *nená*, ¡¡¡me voy!!! – hundió su cabeza contra mi cuerpo, y se corrió.

Cuando acabamos, y antes de tranquilizar nuestras respiraciones, Ángel me apoyó en el suelo de la bañera, y me abrazó, pero yo ya estaba en otra realidad... muy lejos de lo que allí había pasado.

- No vuelvas a llamarme *nená* – tragué con dificultad, y evité sus ojos pegándome a su cuerpo.

Apartó mi cabeza de su pecho, agarrando con ambas manos mi cara, para estudiar mi expresión. Buscaba entender qué había pasado, qué había hecho, para que yo me hubiera molestado así.

- Sólo una persona me llama... – me corregí con dolor - llamaba así.

- Lo siento, yo no sabía que él... Lo siento – se disculpó, disgustado.

- Y yo, yo también lo siento – me separé de él, y salí de la bañera.

Se rompió el abrazo, se rompió la magia del momento. Una simple palabra había borrado dos orgasmos increíbles; en ese momento, claro, con el tiempo, lo único que olvidé fue lo de *nená*.

Tras dejarme una camiseta, y unos pantalones cortos, que me venían demasiado grandes, nos fuimos al hotel, con mi ropa en una bolsa, y las muñequitas en sus cajas, metido todo en una mochila, que llevaba colgada de su pecho, para que yo pudiera agarrarme, perfectamente, a su

espalda, sobre la moto.

En el hotel me metió prisa; me dijo que me vistiera cualquier cosa, que sólo íbamos al bar de un amigo, a cenar lo que le había pescado Diego.

- ¿A qué hora has quedado? – pregunté, mientras abría el armario - Ve sacando la ropa, y las muñecas de tu mochila.

- En ocho minutos, a las diez y media – me respondió, mientras vaciaba su mochila.

- Dame cinco, y acabo.

Cuando salí del baño lo encontré tumbado sobre la cama, con un brazo tras su cabeza, trasteando con el mando de la tele. Se levantó al verme, y caminó hacia mí, en silencio, perturbándome.

- ¿Quieres que desee comerte sólo a ti? – con su nariz pegada a mi pelo, bordeó mi cuerpo.

- Quiero que desees llegar al hotel cuanto antes – abrí la boca para respirar.

- Pasamos de la cena, ¡que le den! – me tomó entre sus brazos, y me besó. Respondí a ese beso, y me cogió en peso, para llevarme hasta la cama, y dejarnos caer sobre ella.

- ¡¡Noooo!! – protesté - Quiero ir, vamos levántate, por favor – lo empujé.

Sus labios besaban mi cuello, desde la clavícula hasta las orejas, chupaban mi lóbulo, y yo me estremecía ante los escalofríos que me provocaba. Siempre.

- Ángel, mi fuerza de voluntad, contigo suspende siempre, así que sólo te lo diré una vez más - conseguí hablar, entre jadeos - o paras ya, o me arrancas el vestido.

Gruñó y, apartando la cabeza de mi cuello, me miró.

- Sólo paro porque dentro de unas horas el deseo será mayor, y el polvo será mejor todavía.

- Razón de peso, sí señor – me tapé los ojos con las manos, sonriendo.

Yo ya me había olvidado, por completo, de mi marido, de su enfado, de su decisión de no llamarme, hasta que él sintiera que podía levantarme el castigo, de lo mal que me hacía sentir haberme dejado llevar por la pasión, que Ángel despertaba en mí, y de que, en tres días, tan solo tres días, volvería a mi vida, a la de verdad, a la real. Como me había olvidado tan fácil de todo, no pensé en nadie más que en mí; ni padres, ni marido, ni amigos, ni móvil... cualquier nexo de unión con ellos, en esos momentos, me sobraba.

Si hubiera visto el teléfono, hubiera encontrado la llamada de mi amiga Vero, y la de mis padres y, lo peor, su llamada, la de Él.

Fuimos a cenar a *Casa Da Gamboa*, en el *Pelourinho*. El dueño, Pepe, era un señor mayor, de piel muy, muy morena, y pelo y barba blancos; en su cuello, lucía un collar negro, hecho con el material que sacaban del coco, era aparatoso y largo. Tenía un ojo más caído que el otro, y la voz grave, de fumador longevo. Hablaba con cariño, y amor, hacía Ángel, le apretaba el hombro, y se reía con él, como lo hacía el artista Ramiro.

Cenamos maravillosamente bien. Eso sí, acompañados por Pepe, todo el tiempo. Me imagino que esa no era la intención de Ángel, pero disfruté muchísimo de la cena, y de la compañía. Escuché

anécdotas, e historias, que me habría dado mucha pena no haber conocido, antes de mi vuelta a España.

Tras la cena, caminamos por el barrio hasta el elevador *LaCerde*; nos subimos a él, para bajar justo enfrente del Mercado Modelo, cerrado ya a esas horas, pero es el sitio dónde cualquier turista puede encontrar lo que busca para llevar de recuerdo a su país, si no tiene la suerte de poder entrar en el taller de Ramiro, claro.

Continuamos paseando, y hablando, hasta que vimos el reloj, y decidimos que, las doce y media, era una buena hora para regresar al hotel, y dar por, casi, finalizado nuestro día.

El punto y seguido lo pusimos con nuestros cuerpos, sobre la cama.

LUNES DÍA 13 - 10 MARZO 2003

Estiré mi brazo, apagué la alarma, maldije mi vida. Prometí acostarme antes esa noche, para recuperar horas de sueño y... noté su olor. Todo se me olvidó. Todo se me olvidaba. Ya le sonreía a mi mañana.

«Son las siete, arriba Eva»

- Señor García, levántese, ya es hora – dejé un beso sobre su hombro desnudo.

El sonido que emitió no tiene traducción posible.

Me duché y, antes de secarme, volví a llamarlo.

- ¡Ángel, vamos, que no me gusta empezar el día corriendo! – me asomé al vano de la puerta, para comprobar lo que intuía, que seguía en la cama.

Otro sonido intraducible.

Me sequé, me vestí, y salí del baño.

- Son las siete y veinticinco, ¿quieres levantarte de una vez!?

Me lanzó una almohada, que casi no logro esquivar. Lo salvó que llamaron a la puerta.

«¡¡A estas horas!! ¿Qué pasaría?»

- ¿Si? – pregunté sin abrir.

- Servicio de habitaciones, el desayuno – me informó una voz desde el pasillo.

Lo miré sorprendida, se rio, y flexionó sus hombros, escondiendo su cabeza entre ellos, simulando incredulidad.

Abrí la puerta a un camarero, que dejó un carrito, con nuestro desayuno, en la habitación.

Cuando lo despedí, Ángel ya no estaba en la cama.

- ¿Has llamado al servicio de habitaciones, vago? – asomé mi cabeza, por la puerta del cuarto de baño.

- Ajá - me respondió desde la ducha - Ve untándome una tostada, así no llegaremos tarde - y me guiñó un ojo, mientras cogía la toalla para secarse.

Preparé todo y, al verlo salir del baño, con una simple toalla, agarrada a su cintura, que cubría hasta bastante por encima de las rodillas, entendí que me sabría mucho mejor ese desayuno, que ningún otro que pudiera tomar.

- ¿Tienes que ir por tu casa? – pregunté, mientras me servía café.

- ¿A qué? – me dijo, mientras intentaba colocar con sus manos, de un modo menos desordenado, su pelo mojado.

- ¿A por ropa, o algo? – me sobraba su toalla, me sobraba mi ropa, me sobraba todo el espacio que no fuera ocupado por su cuerpo y el mío unidos.

- La metí ayer en la mochila, con tus muñequitas, y tu vestido – me sonrió, mientras me miraba así... ASÍ, de esa manera - Me pasaré de todas formas, porque tienes que firmarme el pagaré,

para los sueldos, y lo he dejado allí, pero puedo ir más tarde, si quieres que te lleve.

- No, lo hará Edgar; no le he dicho lo contrario; me recogerá a la hora de siempre – consulté el reloj, para no despistarme.

- Ese *siempre*... se me hace muy corto – y sus palabras me hicieron cerrar los ojos.

- Nunca sabemos cuánto tiempo puede durar un *siempre* - le respondí con tristeza.

«*Sonrisas tristes, para una mañana de lunes, estupendo*»

A las ocho estábamos saliendo por la puerta del hotel, cuando vimos llegar a Edgar con el coche. Ángel lo saludó, y me despidió con un morreo. Sí, un morreo que terminó con inclinación de mi cuerpo bajo el suyo.

«*Al cuerno lo que piense la gente*»

Después se montó en su moto, y desapareció.

Esa mañana se me hizo corta, para todo lo que tenía que hacer.

Los informáticos montando los equipos, e instalando los programas; mi jefe llamando, cada media hora, al número del local, ¡en mala hora nos dieron línea!, el envío de invitaciones, para la inauguración de la tienda, la elección de los canapés y bebida, en la empresa de catering, los empleados y encargados, colocando la mercancía, y dando los últimos retoques...

Roberto, que había venido a acabar un trabajito en el almacén, se acercó para despedirse, y aproveché la interrupción, para invitarlo a un café. Nos despedimos hasta el miércoles, volveríamos a vernos en la inauguración.

Salí a arreglar unos papeles a la gestoría, que se encargaría de la parte económica, pagar a los empleados, los temas legales, la contratación de empresas, que vinieran como seguridad de la tienda, limpieza, mantenimiento, y demás temas de los que ya no me preocuparía en cuanto abandonase Bahía.

Cuando pensé en eso, recordé mi vida en España... yo tenía una familia y, el día anterior, se me había olvidado, por completo, ese *pequeño detalle*.

Nerviosa, y casi temblando, encendí mi móvil. Como ya tenía línea en la tienda, no lo había echado en falta esa mañana...

Al poco tiempo, me entraron los mensajes, y las llamadas.

No sabía a quién llamar primero, por quién de los tres empezar... mis padres... Vero... Él.

Quizás era mejor dejar lo peor para el final, así que mis padres fueron los primeros.

Ellos estaban lejos de todo eso, ellos sólo querían que yo estuviera bien, ellos sólo querían que dejara de evitar llorar en su presencia, ellos sólo querían que volviera a sonreír, que volviera a amenizar las comidas familiares, que mi cara volviera a reflejar ilusión y esperanza, ellos sólo querían que volviera en mí, que volviera a ser feliz.

- Cariño, ¿estás bien? – el pausado tono de mi padre me recibió al otro lado de la línea.

- Sí, papá, ¿por qué no iba a estarlo?

- Tu madre se va a enfadar conmigo, le dije que volveríamos a llamarte por la noche, y acaba de salir a caminar con María.

- ¡Si ya me voy en dos días! – y esa realidad fue la que trajo la pena a mis ojos. Tuve que contener unas lágrimas traicioneras – Papá, os quiero, os mando muchos besos, nos vemos pronto.

- Hija, ¿te va a recoger Sebas, al aeropuerto, o quieres que nos acerquemos nosotros?
Inspiré mucho, mucho, mucho.

- Viene él, no os preocupéis – aunque no tenía nada claro que eso fuera a ser así.

- Claro, cariño, es normal, tendrá tantas ganas de abrazarte como nosotros. Te queremos. Te quiero – su voz sincera, en lugar de calmarme, apretó un nudo en mitad de mi garganta.

- Y yo a ti. Hasta pronto, papá – me costó hablar.

- Hasta pronto, hija.

Se iban a morir del disgusto, se iban a morir si Sebas y yo lo dejáramos, si yo no fuese capaz de cargar sola con la culpa, y le contase todo a mi marido... se morirían de pena.

Turno de Vero.

- ¿Eva? – la inquietud de su voz me puso en alerta.

- Hola, Vero, ¿qué tal? – pregunté, temerosa.

- ¿Cómo que qué tal? ¿Qué es lo que está pasando? – me reprendió.

«¿Y esto? ¿A qué viene este malhumor de Vero?»

- No te entiendo, Vero.

- ¿Me puedes explicar qué es lo que has hecho ahí? ¿Por qué tengo a Sebas todo el fin de semana borracho como una cuba, llorando en mi casa, diciendo que lo vuestro se ha acabado, que ya no le quieres?

«Mierda»

- Vero... no puedo hablar, yo... lo hablaré con él cuando llegue. Lo siento – me disculpé, con la intención de que respetara mi silencio, ella me conocía bien, para saber que no quería hablar más.

- ¿Qué has hecho, Eva? – pero insistió.

- ¿Está muy mal? ¿Qué os ha contado? – y si insistía, debía preocuparme.

- Que no vas a volver, ¿es eso cierto?

- ¿Por qué cree eso? – cerré los ojos, a la espera de su respuesta.

- Dice que ahí eres feliz. Que él no supo hacerte feliz, y que ahí has vuelto a ser tú – un largo silencio, en el que ella esperaba una aclaración, y yo que la tierra me engullera, se hizo eterno, hasta que volvió a preguntar - ¿Qué está pasando? ¿Vas a volver? ¡¡Dime que le dio un paraque mental, y que desvaría, dime que no tienes pensado quedarte ahí!! ¡¡Dímelo, por favor!!!

Me costó disimular mi voz, por culpa del llanto, tuve que realizar varias inspiraciones, para poder hablar.

- Vero, voy a volver, esa es mi casa, ese es mi sitio, ahí lo tengo todo, todo lo que necesito para

ser feliz lo he dejado ahí – ¿era lo que pensaba, o lo que quería creer?

«Lo de aquí... Ángel, ha sido lo que su nombre indica, un ángel que ha llegado para encender las luces de mi camino, esas que se me habían apagado; un ángel con alas, que no sabe caminar durante mucho tiempo... él vuela, él es libre, no es de nadie»

- Llámalo, Eva. Ayer me dijo que te llamara, que lo intentara, y que vería como no me ibas a atender el teléfono. Lo hice y, efectivamente, no me respondiste. ¡¡Lo vi llorar de impotencia, Eva!! Te llamó no sé cuántas veces... llámalo y tranquilízalo. Pedro dice que está apático, triste, que no pone atención en lo que hace, dice que nunca lo había visto así – se mostraba realmente preocupada.

- Lo haré, lo llamaré – la tranquilicé.

- Y ya, de paso, a ver si llamas a tu amigo Dani... ¡¡otro que tal baila!! ¡¡Ay madre, estoy rodeada de rabos de osos amorosos, vaya tragedia griega estos días!!

- ¿Qué le pasa a Dani?, con él sí que no hablo desde... - intenté hacer memoria - ¡¡ya ni me acuerdo!! Ni responde a los SMS, ni devuelve llamadas... ahora que lo pienso, es muy raro, ¿no?

- ¡¿Qué te estoy diciendo?! Menos mal que Jaime no me da problemas de faldas, por ahora, que si no, te juro que salgo a la calle con el tanga del revés, y nada por encima, ¡y que me lleven detenida por escándalo público, chica!, ¡¡es que esto no hay quién lo aguante!! – se quejó con su gracia. Siempre conseguía sacarme una sonrisa.

- Te quiero, Vero – apreté mis párpados, y me mordí el labio.

- Y yo, amor. Llámalo y arréglalo, anda – me animó.

- Lo llamaré.

Él...

Sonó tantas veces, que tenía el *tuuuu, tuuuu, tuuuu*, metido en el fondo de mi cabeza.

Cuando ya iba a desistir, descolgó.

- Hola – su voz en mi oído.

Me habló, no me dijo “*dime*”, ni descolgó y se calló; me habló; y después de lo que me había contado Vero, casi prefería que, al aceptar mi llamada, me recibiera con un “*hija de puta*”.

- Hola – le devolví el saludo, porque no tenía nada más sano para decirle.

Silencio...

- Ayer vi que me llamaste – hablaba en la absoluta oscuridad, con mis ojos cerrados completamente.

Su respiración.

- Ayer hice muchas tonterías.

Me llegaba su dolor.

- Hablé con Vero.

- Pues entonces ya sabrás todas las tonterías que hice. El alcohol es lo que tiene, vuelve a uno

gilipollas.

Y dolía mucho...

«¿Por qué estoy haciéndonos tanto daño, si me dueles tanto?»

- Sebas, cuando vuelva todo se va a...

- ¡¡No sigas!! – me interrumpió - No des cosas por sentado. Cuando vengas, si es que vienes, ya se verá.

- ¿Me irás a recoger al aeropuerto? – pregunté, con un nudo tan grande, y doloroso, en la garganta, que casi no me salía la voz.

- ¿Me vas a dejar plantado? – me hablaba disfrazando sus temores de indiferencia.

- No – respondí al momento.

Lo escuché suspirar.

- Piensa bien si es mejor, o no, dejarme esperándote. Piénsalo. Si alguna noche de estas tienes tiempo, piensa en dónde puedes ser más feliz – estaba triste, muy triste.

Y dolía. Dolía. Dolía porque lo quería muchísimo.

«¡¿Qué he hecho, Dios mío?! ¿Qué he hecho?»

- Tengo que colgar. Lo siento – no podía seguir hablando.

No le di tiempo a despedirse, simplemente colgué, y corrí a los servicios. Un escalofrío recorrió mi cuerpo en ese momento. Con el dorso de mi mano, me limpié las lágrimas, y entendí mi *frío* cuando lo vi, con la espalda pegada a una de las columnas de la tienda, próxima a los baños.

Se separó de la pared, en cuanto me vio llorando, pero le hice un gesto con mi mano, para que no se acercara.

Entré en los servicios, y me encerré en uno de ellos.

Bastantes minutos después, oí que alguien me llamaba.

- Eva, ¿estás aquí? – preguntó una voz femenina.

- Sí, ahora salgo.

- Vale, tranquila, es que tenemos una duda que queríamos consultarte – era una de las encargadas.

- Ahora voy.

No sabía cuánto tiempo podía llevar allí metida.

Cuando conseguí contener el llanto, abrí la puerta, y lo vi. Estaba apoyado en los lavabos, con los brazos cruzados a la altura del pecho, las piernas estiradas, con un tobillo sobre el otro, y la mirada perdida en algún punto del suelo.

- Ángel, ahora no, por favor – interpusé mis manos entre su cuerpo y el mío, cuando adiviné sus intenciones de abrazarme.

- Llevas veinte minutos llorando, he estado esperando, callado, a que te calmaras, así que no me digas “ahora no”, ¿qué te ocurre? – evitó tocarme, para ello apretaba sus dedos entre ellos, con vigor.

- Te he dicho que ahora no – remarqué.

Salí del servicio, y fui hacia donde estaban los empleados.

El problema era con el programa informático que utilizábamos en todas nuestras tiendas. Intenté explicárselo, con la ayuda de los informáticos, y de la mejor manera que sé: practicando, así que, durante un buen rato, estuvimos realizando compras, devoluciones, cambios, y demás simulaciones, para que se familiarizaran con él.

En numerosas ocasiones, miraba hacia la mesa, próxima a la columna dónde había visto a Ángel, porque, sobre ella, había dejado el casco de su moto, y me sentía aliviada al ver que no se había ido.

Ya había pasado demasiado tiempo, y continuaba sin dar señales de vida, así que me disculpé con todos, y me alejé, para ver dónde estaba. Lo busqué por la tienda, pero no lo encontré. Fui al almacén, tampoco estaba allí. Probé en el baño y... ¡bingo!, en el mismo sitio dónde lo había dejado con la palabra en la boca.

- Pensé que no ibas a volver – me dijo, mirándome directamente a los ojos.

- Pensé que no seguirías aquí – entré y apoyé mi espalda, contra la puerta de los baños.

- Tenemos una conversación pendiente – ni pizca de broma en su tono.

- Mientras cenamos, ¿te parece? – me acerqué, disimulando mis nervios, y me lavé las manos, no se movió ni un milímetro, ni apartó sus ojos de mí.

- No. Estabas llorando, la quiero ahora – apoyando su cadera en el mármol, se giró hacia mí.

- Ángel, estaba hablando con mi marido – le dije a su reflejo en el espejo.

- ¿Y? – apoyó sus manos sobre el lavabo, y me vio del mismo modo.

Puse los ojos en blanco, y di la espalda a nuestros reflejos. Llevé mis manos, húmedas, a la cara, cubriéndome con ellas, mientras respiraba con intensidad.

- No quiero verte llorar nunca así por nadie. Éstas son lágrimas de culpa, y me duelen mucho, porque me siento responsable de ellas. No creí que esto te iba a resultar tan difícil. Yo no soy como tú, no pensamos igual, me cuesta entenderte – respetó mi espacio, y no me tocó, pero sus palabras me penetraron en la piel, dejándome vacía por dentro - No le estamos haciendo daño a nadie, Eva. Estás muy lejos de casa, y tienes billete de vuelta; yo me quedo aquí, soy sólo una necesidad, seré sólo un recuerdo.

Y sus palabras me hirieron. Ya sabía qué tipo de relación quería conmigo pero, por momentos, sentía que ninguno de los dos era capaz de frenar los sentimientos, que a mí se me escapaban por cada poro de la piel, cuando estaba con él.

Me endurecí ante tanto dolor, para poder hablar:

- Ya sé que me dijiste, desde el minuto cero, que lo nuestro no era una cuestión de sentimientos, pero no puedo evitar, a pesar de que sé que mi marido es él, y tú eres sólo sexo, sentirme culpable por lo que estamos haciendo, y por cómo soy cuando estoy contigo – mentiras y verdades, a partes

iguales, en mi discursito.

Se colocó de lado, con su cuerpo hacia el mío, y tragó haciendo ruido. Lo miré, pero sus ojos permanecían cerrados. Apretó los dientes, marcando su mandíbula bajo la piel. Cuando los abrió, reconocí su mirada, era la misma que me había descolocado hacía dos días, tras el *episodio* de la moto, y juro que, si no fuera porque se trataba de Ángel, aquella mirada la describiría como de adoración... ilusa de mí.

- Y cómo eres, Eva, ¿cómo eres cuando estás conmigo? – me encaró.

- Soy... - titubeé, desviando mi mirada de la suya.

Entonces agarró, con dos de sus dedos, mi mentón, y me hizo volver a él, a sus ojos.

«*Completamente feliz, soy realmente yo*»

- ... Libre – supe que no era lo que esperaba escuchar, del mismo modo que supe que no estaba diciéndole toda la verdad.

Dejó escapar el aire en un soplido corto y sonoro, y después apretó sus labios. Apartó sus dedos de mi cara, y llevó su mano hasta mi brazo, que acarició con el dorso de sus dedos, me sonrió irónicamente, y se separó del mármol de los lavabos, para salir de allí pero, antes de dejarme sola, aún tenía algo que decirme.

- Y cobarde, Eva. Te dejo los pagarés sobre la mesa. ¿Vuelvo a buscarte cuando cierres? – preguntó desde la puerta.

- ¿A dónde vas? – el corazón iba a salirseme por la boca.

- A dar una vuelta - evitaba mis ojos, y eso me producía desasosiego.

- Ángel, ¿por qué no me miras? – me acerqué a él, y tiré de su brazo.

Inspiró muy fuerte, y llevó sus ojos a mi mano, sobre su piel. Lo solté.

- Ángel, ¿qué esperabas escuchar?, ¿qué querías que te dijera? – pregunté desesperada.

- La verdad – respondió de inmediato - Sabes que eso es lo que siempre esperé de ti - salió por la puerta, y tuve que agarrarme al marco de ésta, para no correr tras él.

¿Qué quería que le dijera? ¿Qué iba a decirle? ¿Que me olvidaba por completo de mi vida real, cuando estaba con él? ¿Que no sabía cómo iba a volver a mis rutinas, y no volver a verlo jamás en mi vida? ¿Que me había engañado, porque *nuestra aventura* había superado sus expectativas, en lo referente a los órganos que se verían involucrados en ella? ¿Que mi corazón repetía su nombre en cada latido, y que éste se hacía eco en mi cabeza? ¡¿Qué coño quería que le dijera?!

«*La verdad, dice... la verdad duele*»

Sobre las siete de la tarde llamé a Edgar, para que viniera a recogerme. Cuando cogí el teléfono, vi un SMS.

DEL INFIERNO:

- **Avísame a la hora que salgas, ahí estaré.**

EVA:

- Ven por el hotel sobre las ocho y media, tenemos que hablar. Me voy con Edgar.

Me hizo caso, y no apareció. Tuve tiempo a tranquilizarme, y a ordenar mis pensamientos.

Llegué, al hotel, a las ocho.

Me tiré sobre la cama, y cerré mis ojos cinco minutos. Después respondí al SMS de Gonzalo, en el grupo. Envié otro al grupo VICIOS@S, proponiendo una quedada de los tres, a mi vuelta, a ver si Dani daba señales de vida.

Llamaron a la puerta.

- Eva, soy yo – Él.

Miré el reloj, eran las ocho y veintiséis, me había entretenido demasiado con el móvil.

Cuando abrí la puerta, me quedé muerta: camiseta negra con cuello redondo, muy dado de sí, pantalón corto, también negro, sandalias en los pies, su pelo revuelto, aún mojado, y esa barba... esa barba que me excitaba sobremanera...

- ¡¡Estás impresionante!! – le dije, obnubilada.

- Tú lo eres – su sonrisa hizo acto de presencia, y yo ya...

Estaba tan guapo, que dolía aún más todo lo que mi cuerpo sentía por él.

- Así no sé si podré hablar sin parecer idiota – recordé que teníamos que hablar.

- Nada de hablar, antes quiero que me acompañes, quiero enseñarte algo – sonrió, y ladeó la cabeza; ya sabéis, a su manera. Me olvidé de nuestra conversación pendiente, él me hacía olvidar el mundo entero.

- Tendré que cambiarme de ropa, ¿no? – medio afirmé, en vista de su indumentaria.

- Así estás perfecta – se mordió el labio gordo.

- De eso nada, tengo algo que va a juego contigo. Dame cinco minutos – me encaminé hacia el armario, dejando la puerta abierta.

- Te doy todos los minutos de mi vida – cerró y se quedó allí, apoyado.

- ¿Qué has dicho? – no había escuchado bien sus palabras, porque ya estaba entrando en el cuarto de baño, para cambiarme.

- Que no te apures, te espero en la cama – caminó hasta ella, y se dejó caer como un peso muerto - Oye, santera, ¿mañana tienes que volver por la tienda?

- Sí, claro, por la tarde – respondí desde el baño - Por cierto, te traje tus papeles firmados, están en la carpeta roja – me asomé a la puerta, y señalé la carpeta.

En doce minutos estaba duchada y vestida. Había elegido un vestido ibicenco, algo escotado y con la espalda descubierta, muy sencillo, y favorecedor; unas sandalias planas, también blancas, y mi pelo suelto, completaban el look.

- Pareces una novia, con ese vestido – estaba algo incorporado, apoyado sobre sus codos, en la cama.

- ¿A qué bodas has ido tú? – le pregunté, fingiendo espanto.

Ambos sonreímos, y él tomó mi brazo, metiéndolo entre el suyo, imitando el desfile que hacen los novios, de ganchete, ante sus invitados, y nos colocó delante del espejo de la habitación.

Me reí nerviosa, al mirar nuestro reflejo sentí escalofríos dentro... muy adentro.

- Eres tonto – con un golpe de mi cadera intenté desestabilizarlo.

- Estás... - se colocó frente a mí, y entrelazamos nuestros dedos - estás tan bonita, que me da miedo mirarte.

- Gra... Gracias. Lo mismo digo – me faltaba la voz.

Se estaba poniendo muy seria la situación... demasiado seria... había que destensar el momento.

- Pues sí que parecemos dos novios sacados de una tarta – volví a nuestro reflejo en el espejo, más por escapar de sus ojos, que por otra cosa.

Sonrió, y se pasó la lengua por su labio inferior, para acabar mordiéndolo con sus dientes superiores.

Cada gesto que hacía provocaba un terremoto en mi corazón, con una réplica en mi entrepierna.

Se frotó la barba, desenredando nuestros dedos, y después estiró su mano hacia mí. Se la di, pero él agarró mi muñeca. Y así, cogidos a su manera, a nuestra manera, salimos del hotel.

Fuimos a su casa. Metió la llave en la cerradura, y me cogió en brazos para entrar.

- ¿Qué es esto? Ahora sí que parecemos unos recién casados en su noche de bodas – me agarré a su cuello, y apoyé mi cabeza contra su cuerpo.

No me dijo nada, solo me besó, y entramos así en su casa. Me dejó en el suelo, mirando hacia la puerta; me agarró la cara y, acercando mucho la suya a la mía, me habló bajito, al oído.

- No te muevas.

Hizo poco ruido, por lo que no adivinaba qué estaba haciendo, además puso la cadena a funcionar, con un Cd que, cada vez que pienso en él, me duele el corazón. Empezó cantando *Robbie Williams*, la canción que estaba escuchando el día que nos conocimos. También sonaron *Whitney Houston*, *Frank Sinatra*, *Barbra Streissan*, *Dulce Pontes*, cantando un *Lela* desgarrado, acompañada de *Carlos Núñez*; *Mecano*, con la canción que había escuchado aquella vez en mi habitación, *Michael Jackson*, *Freddie Mercury*, *John Lennon*, *Elvis Presley*, *Andrea Boccelli*, *Sinead O'Connor*, y mi amado *Tom Waits*, con nuestro *Ol'55*.

Recuerdo todas, y cada una, de las canciones de aquel Cd como si las estuviera escuchando ahora mismo.

La música llenó su casa, y un olor a vainilla y coco, la vistió.

Cuando terminó de prepararlo todo, vino a buscarme. Sentí sus dedos en mi muñeca, y mis pulmones se llenaron de una sensación que no puedo describir; el aire que inspiré estaba cargado de pena, pero una pena bonita, una pena que, aun sabiendo que va a doler, quieres sentirla.

Esa pena es la suma de la alegría de vivir esos momentos que nacen con fecha de caducidad.

Entonces apagó las luces, pero no nos quedamos a oscuras.

Me giré, lentamente, pues quería recordar, nítidamente, mis últimas horas con él, quería que no se me escapase ni un solo segundo.

Velas, decenas de velas iluminaban su casa, de todos los colores y tamaños; por el suelo, por la mesa, por la cocina, por las escaleras, en el *balcón* de su habitación, a mis pies. Flores, multitud de flores cubrían el espacio, flores en jarrones que ayer no estaban, flores coloridas, grandes y pequeñas y, en el centro, una manta en el suelo, con un picnic para dos.

Una botella de vino, dos copas, y platitos llenos de comida.

- Estoy sin palabras – fue lo único que pude decir.

- Y yo.

Tiró de mi muñeca, y nos fuimos a sentar sobre la manta.

Entre miradas, confianzas, risas y suspiros, nos comimos la cena, que estaba segura de que no había preparado él.

- Dale las gracias a Emma, estaba todo riquísimo – oculté mi sonrisa, bajo la servilleta con la que me limpiaba.

- ¿A Emma? – arrugó su entrecejo.

- Por la cena – señalé, con mi dedo, los platos vacíos.

Soltó aire por la nariz, de forma sonora.

- Se cree el ladrón que todos son de su condición.

Le tiré la servilleta, y se abalanzó sobre mí, haciéndome cosquillas. De repente se detuvo, y ya tenía sus ojos clavados en los míos, y nuestros labios se rozaban.

- Me gustas más de lo que puedo soportar, Eva - hubo un corto silencio, en el que no cabían palabras - Perdóname por haberte llamado *cobarde*. No soy el más indicado para hacerlo.

Le besé. No quería hablar. No quería que doliese más.

Hicimos el amor sobre la manta, a la luz de las velas, al abrigo de aquellas canciones que marcaban el ritmo de nuestros besos y embestidas.

Permanecimos mucho tiempo abrazados, hasta que él se levantó, para colocar una cámara en la mesa baja, que tenía delante del sofá. Programó una foto, y volvió a mi lado.

- Mírame – me pidió con ternura.

- ¿A ti, o a la cámara? – le sonreí.

- A quien quieras – dejó un fugaz beso sobre mis labios, y un frío glacial recorrió mi cuerpo.

Su frase la tomé al pie de la letra, y lo miré a él.

Subimos a su cama, después de apagar todas las velas, y nos besamos hasta que no sentimos los labios. Esa noche dormimos allí. Abrazados.

La pena de antes, la que había aparecido sin esperarlo, se instaló en mi corazón, y me quedó muy

claro, que ya nunca, nunca jamás, me iba a abandonar. Buscaría un hueco dónde alojarse, en mi interior, al igual que lo hizo su pérdida, la de mi princesa.

Esa pena me recordaba todo lo que había vivido con él durante esos días. Me recordaba que a pesar de haber sido, por momentos, la mujer más feliz del mundo, estaba haciendo mucho daño a gente que quería muchísimo, incluso más que a mí misma. Esa pena, que venía de la alegría, era como el yin yang, era lo bueno que había en lo malo, y lo malo que había en lo bueno, era la vida... la vida misma.

MARTES DÍA 14 - 11 MARZO 2003

Nos despertamos sobre las nueve. Ambos retrasamos el momento de levantarnos de la cama, como intentando ganarle el pulso al tiempo, retrasando lo inevitable.

Ninguno de los dos hablaba del tema, pero ambos sabíamos que me iba al día siguiente.

Tras los *buenos días*, al estilo Ángel, nos duchamos, y vestimos. Yo con el mismo vestido blanco que me había puesto la noche anterior.

Nos fuimos, dando un paseo, hasta el bar *Toalha da Saudade*. Allí desayunamos.

Me llevó a una favela, quería que conociera a un amigo suyo.

Al pasar por una de sus laberínticas calles, me avisó de que, la casa que tenía a mi derecha, era la de Candela. Por suerte no la vimos, no me apetecía que se estropease mi mañana.

En la casa de su amigo Marcelo, tomamos un café, mientras recordaban aventuras de ambos. Ángel había vivido allí, con él, casi dos años, imagino que fue donde conoció a Candela. No quise preguntar.

Me encantaba saber historias tuyas, tenía la sensación de que no se abría con nadie como lo hacía conmigo, me gustaba hacerlo sentir tan cómodo como para querer contarme sus cosas.

Me habló del Forte, me dijo que había sido camarero allí, durante unos cuantos meses, y que no ganaba para condones. Había cosas que, aunque no me las contara, no pasaba nada.

Cada noche, su grupo de capoeira hacía exhibiciones en el local, de ahí que me lo encontrara, casi siempre, sin camiseta. ¿Veis como todo tiene una explicación?

Tras la comida, fuimos al hotel.

Me di un agua, y después nos duchamos los dos juntos.

«*Cómo voy a echar de menos nuestras duchas...*»

Borré de mi mente esos pensamientos y regresé allí, volví a él.

Llegamos a la tienda, a la vez que los del catering. Abrí, desconecté la alarma, y estuvimos valorando la colocación de las mesas, con la comida y la bebida. Las inauguraciones, siempre me daban un miedo horroroso. Eso de llenar la tienda de comida, bebida y gente, con las estanterías y percheros llenos de ropa, era superior a mis fuerzas pero, en este caso, los invitados no eran muchos, así que esperaba poder controlarlos a todos.

Tras una hora sopesando ubicaciones y descartando, o aceptando propuestas, nos despedimos, y quedamos en vernos a las doce del mediodía, de mi último día en el paraíso.

Ángel paseaba por la tienda, mientras yo despedía a los chicos.

- Bueno, aquí ya hemos terminado por hoy, cuando quieras nos vamos – le dije.

Se paró, giró su cuerpo hacia mí, y empezó a caminar en mi dirección, con la cabeza ladeada, y los ojos entornados, mirándome desde abajo, a su manera. Lo que iba a salir de allí no tenía pinta de ser nada políticamente correcto.

- ¿De verdad crees que hemos terminado? – preguntó, con ganas de jugar.

«*Oh, oh, peligro*»

Cerré la puerta, bajé la verja, y apagué las luces; cuando nuestros ojos se acostumbraron, las de emergencia nos proporcionaban luz suficiente.

- Te quiero aquí. Para mí. Y ahora – habló muy lentamente, saboreando cada palabra, con un tono bronco en su voz, su tono de sexo.

- ¿Aquí, dónde? – pregunté, porque su mirada se había dirigido al chaise longue, que había hacia una esquina de la tienda, sobre una preciosa alfombra, muy mullida, en la que colocamos varios maniqués en diferentes posiciones.

- Vamos a hacer realidad una de mis fantasías eróticas – ¡ay, qué peligro tenía esa sonrisa....!

- ¿Una orgía con maniqués? – me burlé, atacada de los nervios.

- Sí, ¿cómo lo has adivinado? – él sabía que me estaba haciendo hervir la sangre - ven aquí, santera, que hoy vamos a hacer nuestra inauguración particular.

- ¿Inauguración? – daba igual lo que quisiera, accedería a TODO.

Se acercó a mí, pasándome un brazo por la cintura, su otra mano la llevó a mi escote y, con las yemas de sus dedos, lo recorrió; iba de un lado a otro de mis pechos, yendo y viniendo, con una delicadeza que no era propia de él.

- ¿Me vas a hacer el amor en ese sofá? – pregunté esperanzada.

- Te voy a **follar**, en ese sofá – y escuchar *follar*, de su boca, era orgásmico.

- ¿Y qué tiene eso de fantasía? – busqué provocarlo.

- Que lo haré con mi boca, única, y exclusivamente – fin de las preguntas.

«*Respira, respira, respira y tranquilízate, tranquilízate, tranquilízate, corazón desbocado*»

Poco a poco, fue desabrochando cada uno de los botones de mi blusa blanca, hasta que la abrió por completo. Pasó la palma de su mano sobre mi pecho, por el centro de mis tetas; al llegar a la cintura, la agarró con ímpetu, para ello dejó de rodearme con su otro brazo, y así poder cogerme con ambas manos, apretando mucho, como si quisiera que los dedos de una mano tocaron los de la otra.

- Eres tan perfecta, Eva... no sé qué va a ser de mí cuando te vayas... no lo quiero ni pensar – cerró sus ojos, con rabia.

- Ángel, ahora no, por favor – supliqué.

Soltó aire, violentamente, en un soplido, y con él un grito ahogado; en esa bocanada podía sentirse el miedo... quise que volviera a ser el animal desesperado que yo conocía, así que tomé las riendas.

Agarré su cara por el mentón y, como ya venía siendo habitual entre nosotros, busqué su mirada.

- Me vas a follar con tu boca, vas a hacer que me corra, pero después quiero más: te quiero a ti dentro de mí, así que vamos a cumplir tu fantasía, de una vez, porque estoy deseando llegar a la

segunda parte – toda yo, en cuerpo y alma, en esas palabras.

Chasqueó su lengua contra el paladar, varias veces, y negó con la cabeza.

- Tranquila, santera, es mi fantasía, lo haremos a mi ritmo – y su ritmo me haría implosionar, de tantas ganas contenidas.

Me quitó la blusa, la dejó caer sobre la alfombra, y bajó sus manos por mi espalda, hasta mi culo, donde apretó mis nalgas, con fuerza, y aprovechó para frotarse contra mí. Ya estaba completamente empalmado.

Desabotonó mi falda, y se dejó caer a mis pies, de rodillas. La bajó, lentamente, por mis piernas, y la alejó, con un golpe de su mano.

- Vamos a dejar las sandalias puestas – me dejó sin respiración la vista de su cuerpo arrodillado ante mí, mirándome con tanto deseo.

- Pero, el sofá... lo puedo estropear con ellas – habló mi lado racional... ese que llevaba días funcionando al ritmo de un intermitente: ahora sí, ahora no.

- ¡¡Que se joda el sofá!! – bramó.

Todavía arrodillado, con una mano agarraba mi nalga derecha, y con la otra acariciaba mi sexo, sobre mi culote; subía hacia el ombligo, llegaba a mis pechos, y volvía a bajar hasta mi zona más húmeda. Con sus dedos apartó, un poco, un lateral de mi culote, y acercó su boca a mi entrada; su lengua se metió por la zona levantada, y yo di un respingo... Era tan, tan erótica la escena... yo con la lencería, calzada, y él de rodillas... ¿era su fantasía, o la mía?

- Eva, podría follarte todos y cada uno de los días que me queden de vida, porque nunca me saciaría de ti, nunca tendría suficiente – oró, como si yo tuviera un don divino, y pudiera hacer milagros.

- Se nota que no sabes lo que la convivencia desgasta – quise mitigar la intensidad de mis sensaciones, bromeando.

- Se nota que no te sienten como yo lo hago - ¡¡Diossss!!

Desde su posición, me quitó el culote y, después, se levantó, me llevó hasta al sofá, dónde se recostó, apoyando su cabeza en el amplio apoyabrazos, y tirando de mí, para que me colocara sobre él.

- Ven, santera, dame de tu veneno, deja que me llene de ti, deja que me quiera morir cuando me faltes – había tanta intensidad en sus palabras, que no lograba controlar mi agitación.

Turbada, y excitada hasta mi límite, me puse sobre él; muy sensualmente, me saqué el sujetador y, sentada sobre su miembro, comencé a frotarme, dejándome resbalar sobre él, pero detuvo mis movimientos.

- Sube aquí – ordenó - quiero tu sexo en mi boca, quiero beber tu orgasmo, te quiero aquí arriba.

Me puso una rodilla a cada lado de su cara, apoyándolas en el apoyabrazos, dejando su cabeza en medio de ellas. El primer lametón llegó cuando aún estaba acomodando mi posición, intentando

que las sandalias no provocaran ningún destrozo. Paré de respirar en el momento. Lo noté muy excitado, y diferente a las otras veces que me había hecho un cunnilingus.

Tenía la lengua blanda, como cuando lames un helado, la pasaba por toda mi entrada, de abajo arriba, una y otra vez, pero sin ejercer presión en ningún sitio. Quise más, más dureza, más contacto, pero estaba un poco limitada, porque si me apretaba contra su cara, no lo dejaría respirar.

- Ángel... más – insté.

Apartó su cara de mi sexo, para poder responderme.

- Ahora, impaciente, ahora – podía adivinar su sonrisa.

Gemía de ganas, quería moverme, quería correrme, lo quería dentro... y lo tuve.

De repente, su lengua se fue endureciendo, sus movimientos empezaron a ser más duros, ahora exploraba entre mis pliegues, y había llevado sus manos a mi culo, ejerciendo un poco de presión sobre él, pegándome a su cara y, aunque intentaba mantener una mínima distancia, para dejarle respirar, era su cabeza la que se levantaba para llegar a mí.

Con su lengua apartaba los labios mayores, los chupaba, los lamía, iba hacia mi clítoris, lo presionaba, lo movía, lo mordía.

- ¡¡Diossssss, Ángel, no pares!! ¡¡Por favor, sigue así, muérdeme, vamos sigue, sigue!!

Volvió a separarse, para responderme.

- Disfruta, Eva, disfruta con mi fantasía.

Empecé a mover mis caderas, sin preocuparme más que por mí, cuando ya no pude controlar las ganas de dejarme ir.

Ángel apreció mi cambio de ritmo, y pasó a ser más violento; metió su lengua, completamente tiesa, por mi hendidura y, con sus labios, chupó muy fuerte.

- ¡¡¡J O D E R!!! – me tensé tanto, que debí crecer unos centímetros.

Se apartó nuevamente.

- Quiero que sólo pienses en ti, olvídate de mí, y disfruta.

- ¡¡Mete tu lengua en mí y cállate!! ¡Haz que me corra! – ordené.

Y así lo hizo, su lengua profanaba mi sexo, tan bien, que apenas me acordaba de que lo que tenía dentro no era su polla.

«¿Pero este hombre puede ser real?»

Todo era perfecto, pero él sabía que yo necesitaba más; necesitaba fricción *ahí*, para llegar al clímax y, como si me leyera el pensamiento, apretó fuerte mi trasero, contra su cara, sin detener el movimiento de su lengua, y me incitó, con sus manos en mis nalgas, para que iniciara el vaivén, buscando mi placer; así lo hice. Sin preocuparme por él, como me había pedido, por si respiraba con dificultad o, simplemente, no respiraba; yo sólo quería correrme, contagiarme de su locura.

Su lengua seguía lamiendo, entrando y saliendo, mordiendo, sus labios chupando, y yo frotándome

contra su cara, llenándolo de mi humedad, resbalando por su boca.

Ángel agarraba, tan fuerte, mi trasero, clavando sus dedos, que me hacía daño, pero me gustaba, me gustaba sentir su fuerza, me ponía aún más cachonda. Sentí sus gemidos de placer, estaba disfrutando mucho con su fantasía, estaba excitadísimo, y yo ya no aguantaba más, mi cuerpo empezó a prepararse para lo inevitable, mi torso se curvó hacia atrás, dejé caer mi cabeza, cerré los ojos, mis piernas temblaron, los dedos de mis pies se separaron dentro de las sandalias, y el orgasmo llegó, allí mismo, sentada sobre su boca.

En ese momento, deseé que todas sus fantasías se cumplieran, y que lo hiciera conmigo, firmaría un pacto con el diablo, para seguir teniendo orgasmos como aquel, el resto de mi vida.

Intenté apartarme, en cuanto recuperé un poco la respiración, para que el también pudiera respirar, pero continuaba ejerciendo presión sobre mis nalgas, para que no me moviera.

Me giré, para ver su miembro, y vi gotas en su glándula; no me podía creer que eso lo hubiera excitado tanto, a mí vale, pero a él... ¿su fantasía era darme placer de esa manera? ¡¡Bendita fantasía!!

- Ángel, te vas a ahogar – apoyé mi brazo en el respaldo del chaise longue.

Ni se movió, lo único que hizo fue chupar.

- ¡¡Ahhh!! Dios, pero, ¿qué quieres?, ¿matarme? – me incliné sobre él.

Pero no se detuvo, chupaba más y más... Me dio un espasmo, y llevé mi mano a mi hinchadísimo clítoris, pero no pude tocarlo, porque estaba demasiado sensible. Me dejé hacer por él, y volvieron a despertarse mis ganas.

Suavemente, fue dejando que me levantara; Mi pecho aún se movía en exceso al respirar, y mi boca se mantenía en una mueca intermedia entre parecer boba, y acabar de correr una maratón. En cuanto pude bajar de su cara, y sentarme sobre su abdomen, vi su boca, completamente mojada, y quise lamer cualquier resto de mí en él. Atrapado entre mis rodillas, me dejé ir hacia su cara, y lamí sus labios, que sabían a mí. Los chupé uno a uno, primero el de arriba, después el de abajo, para acabar con un beso profundo y sucio, donde nuestras lenguas se molestaban dentro de nuestras bocas.

Llevé mi mano a su sexo y, con el pulgar, recogí las gotas previas a la eyaculación, acerqué mi dedo a la boca, y lo chupé con dedicación.

Le costó tragar.

Me costó respirar.

Cerró los ojos, mientras volvía a llevar mi mano hasta su sexo, y lo coloqué en mi entrada; él sólo tenía que empujar.

Entonces se revolvió, moviéndome con él.

- Agárrate al respaldo, Eva – fue brusco.

Me puso de espaldas a él, en la parte de la chaise longue, y se colocó tras de mí. Su sexo rozaba

mi trasero, y sus manos agarraban mis pechos. Se irguió, pasó su glande por mi entrada, bañándolo con mis líquidos y, directamente, lo llevó atrás...

La rigidez tomó mi cuerpo, porque nunca lo había hecho por ahí. Con Sebas lo había intentado, pero nunca lo habíamos llevado a término. Estaba segura de que si Ángel insistía, no sería capaz de negarme.

- Ya sabía yo que ésta iba a ser tu inauguración – dejó un beso en mi cuello, que me erizó la piel de todo el cuerpo.

Ahora entendía su juego de palabras del principio.

- Me temo que, si no hay más remedio... será – apoyé mi frente en el respaldo, y cerré los ojos con fuerza.

Respiró muy fuerte, en mi cuello, y temblé de placer. Su glande frotó mi agujero negro, para lubricarlo con mi humedad, pero se detuvo en la entrada, presionando un poco, pero sin movimientos, sólo presión. Dejó caer su cuerpo sobre mi espalda, agarró mis pechos, nuevamente, los apretó muy fuerte, pellizcó mis pezones, y tiró de ellos. Grité de placer; para acallar mi grito, giró mi cara hacia él, con una de sus manos en mi mentón, e invadió mi boca con la suya, soltó mi otro pecho, y apoyó su mano en el respaldo, para mantener el equilibrio.

Lo quería dentro. Quería que él fuera el primero ahí... atrás. Acababa de enloquecer del todo, esa presión continúa, en esa zona, sin movimiento alguno, estaba desesperándome, así que puse más en pompa mi culo, presionando hacia su erección. Él no paró, ni aumento, la presión que estaba ejerciendo, por lo que sentí un poco de su sexo entrando en mí. A pesar de la lubricación, dolía, por lo que me separé en el acto, pero quería volver a intentarlo; Ángel no lo entendió así, y suavizó su presión.

- No, no pares, te quiero dentro.

- ¿Estás segura? Parece que te duele – su voz... ese tono rasgado, que ahora sonaba contenido.

- Sí, pero quiero que seas tú el primero.

«*Y el único*»

- Lo intentaremos una vez más, y si te duele, paramos, ¿de acuerdo, Eva? – me preguntó, obligándome a ver sus ojos para darle una respuesta.

- Vale.

Metió su miembro en mi vagina, en un único movimiento. Lo sacó, y volvió al mismo sitio, oscuro e inexplorado, de mi cuerpo.

- Estoy tan, tan cachondo, tan, tan a punto de correrme, que no sé ni cómo aguanto sin metértela de un empujón... ¡Eva, me vuelves loco, completamente loco!

Uff, uff, sus palabras, su tono grave, ese que se le ponía cuando estaba tan excitado, su calor, mi calor, sus ganas, las mías, su pene, mi culo... ¡¡lo quería dentro!!

Así que me dejé caer en el chaise longue, apoyando mi cabeza en él, para abrirme más, y facilitar

la penetración.

Noté otra vez presión.

- No pares de hablar, Ángel, háblame mientras me follas – le pedí, cerrando los ojos.

- ¿Quieres que te diga lo cachondo que me pones?, ¿quieres que te diga lo caliente que estoy?, ¿quieres que te diga que en mi vida había tenido esta dependencia de una mujer? – a cada pregunta, más presión, más unión, más TODO.

Moví mi trasero hacia él, invitándolo a entrar más, se introdujo otro poco, y paró. Volvió a inclinarse sobre mí, quieto, sin movimiento, tomó mis pechos con sus manos, apretándolos mucho, mucho, mucho.

Volví a moverme, para que entrara más, ya lo sentía, y ahora no me estaba doliendo. Quería más, lo quería dentro de mí, completamente.

Mordió mi hombro, gemí.

-¡¡Te quiero dentro!! – hiperventilaba.

- Joder, Eva, tengo que ir despacio, no me lo pongas más difícil – le costaba hablar.

Entonces fui yo la que soltó un grito de desesperación y, con un movimiento seco, lo metí dentro de mí, casi por completo. Me quedé sin aire.

- ¡¡¡Ahhhh, hostia puta!!! ¡¡Joder, Eva, joder!! – apretó mis pechos, tan fuerte, que conservaré siempre la sensación de sus dedos en ellos.

- Ángel, quiero que seas tú, sólo tú. Entero, lo necesito – le rogué.

Soltó mis tetas y se irguió, yo también me incorporé, hasta quedar apoyada, además de por mis rodillas, por mis manos, y me giré para ver su cara. Estaba tan excitado, que no podía cerrar su boca entre jadeo y jadeo; sus ojos estaban inyectados en rabia, su mandíbula apretada, las ventanas de su nariz se movían al ritmo de su respiración y, en su cuello, las venas se marcaban; se inclinó hasta mi cara, y mordió mi boca... angustiado, desesperado. Empezó a moverse, hacia dentro de mí, desde esa postura; con su mano cogió la mía, y dirigió ambas a mi sexo, humedeciendo nuestros dedos en la entrada de éste, después posó nuestras manos sobre mi clítoris, y empezó a masajear con la suya sobre la mía. Me penetró por completo. Nos detuvimos, y respiramos. Cuando me amoldé a él, volvimos a movernos, y me apremió para que siguiera masturbándome cuando apartó su mano, que llevó a mi pecho, y lo volvió a maltratar, tan maravillosamente.

Sus movimientos no eran tan fuertes, como cuando lo hacíamos *normalmente*, pero eran muy profundos, y la combinación de su mano en mi pecho, la otra en mi cintura, atrayéndome hacia él, mi mano masturbándome, y sentirlo moviéndose, dentro de mi zona *inexplorada*, dónde nunca nadie había entrado antes, hizo que explotara en un orgasmo que desbancaba a muchos de los que creía que habían sido los mejores que había tenido.

No hubo más sexo en las horas que le quedaban a ese día, siempre he escuchado decir que, si no

puedes superarlo, es mejor no hacerlo.

Cenamos, de camino al hotel, no recuerdo dónde, ni el qué, evité guardar recuerdos tristes de ese día; las horas que sobrevivieron al sexo, no fueron las más alegres de mi vida. Nuestra última noche la pasamos allí, en mi habitación, abrazados sin apenas hablar. No pude pensar. Si pensaba, moría.

MIÉRCOLES DÍA 15 - 12 MARZO 2003

Ese fue un día triste, muy triste, igual debería saltármelo, y no contároslo. No es por querer guardar el secreto, es por no sufrir al recordarlo.

Esa mañana no hizo falta que sonara el despertador, ambos estábamos muy despiertos, y quietos, mucho tiempo antes de que éste empezara a sonar.

No sé quién de los dos decidió moverse primero. Sólo recuerdo que nos miramos, y rompimos los escalofríos con un beso rápido.

La ducha no nos mojó a los dos a la vez, y la cama no volvería a servirnos de concubina.

Todo empeoró cuando, al subir de desayunar, me puse a hacer la maleta.

- ¿Necesitas que te ayude? - titubeó al preguntar.

- No, gracias, puedo yo – respondí, con un nudo en la garganta.

- Entonces voy a salir un momento – Suspiró, y desvió su mirada cuando se cruzó con la mía. Me evitaba... ¡Dios! - ¿a qué hora quieres estar en la tienda?

- A las doce – mis ojos lo llamaban, tan alto, que los cerré para responder.

- Bien, pues yo te llevo.

- Había pensado en ir con Edgar. Así ya dejaba las maletas en su coche... para después, ya sabes – el nudo de mi garganta creció unos centímetros, me ahogaba.

- Al aeropuerto te llevo yo – su afirmación no admitía discusión.

- ¿En moto?

- No, ahora voy a buscar un coche - cogió aire antes de continuar hablando - Si quieres despedirte de Edgar, ve con él hasta la tienda; a las doce estaré allí, y metemos las maletas en mi coche – sus ojos iban en mi dirección, pero se distraían en el recorrido, y nunca llegaban a los míos.

- Como quieras.

Me besó con dulzura, y se fue.

En el coche, envié un SMS a Sebas; continuaba sin hacerme llamadas, y lo agradecía, porque ese día no tenía fuerzas para soportar más dolor que el de nuestra despedida.

Me asusté cuando escuché mi móvil, y me odié en el mismo momento en que, al leer el nombre de Sebas, en la pantalla, me embargó la desilusión.

- Hola, Sebas, ya me han confirmado las horas de los vuelos, te las envié por SMS, por si sigues con la idea de ir a recogerme. Salgo en el vuelo de la noche, por lo que llegaré ahí a media mañana – hablaba sin pausa, como cuando dejas un mensaje en un contestador. No quería una conversación, no quería preguntas, no quería añadir más dolor a mi día.

- ¿Sabes la hora exacta? – preguntó, sin emoción alguna.

- Entre las 11 y las 12, te lo confirmo en cuanto embarquemos, por si sale con retraso. Si tienes trabajo, no me importa coger un taxi – apreté mis labios e inspiré, cerrando los ojos.

Tardó un poco en volver a hablar.

- Estaré allí – hubo unos segundos de silencio, hasta que lo preguntó - ¿y tú? – me llegaba su miedo a la respuesta, aunque lo hubiera preguntado con un tono de indiferencia.

- Sabes que también – una lágrima recorrió mi cara, y apoyé mi cabeza contra la ventanilla del coche.

No respondió.

Colgamos después de una protocolaria despedida.

Tras despedirme de Edgar, llorando, me quedó claro que no iba a poder retener mis emociones ese día.

Ángel estaba metiendo mis maletas en su coche, mientras yo lloraba, abrazada a Edgar, pero mis ojos no lo perdían de vista.

- Ha sido un placer, señorita.

- El placer ha sido mío, Edgar. No pude tener un chófer mejor.

Los del catering, y el jaleo de montarlo todo, me tuvo entretenida, haciéndome más llevadera la tragedia.

A la una estaba todo listo, la gente llegó puntual, media hora después.

Saludos, presentaciones, brindis, comer, charlar, alabanzas, deseos de suerte, llamadas de teléfono, evitar mirarnos fijamente... así transcurrieron las horas.

Sobre las cuatro y media, empezaron a marcharse los primeros invitados, a las cinco los últimos.

- Eva, me ha encantado trabajar contigo - Roberto vino a despedirse

Sonreí, pero también acabé llorando.

- No llores, por favor, ¿quién me iba a decir que esa mujer altiva, que entró hace quince días por esa puerta, acabaría llorando entre mis brazos?

- Gracias, Roberto, no cambies nunca. Deseo que tengas mucha suerte en la vida.

- *Sorría, Eva, un día, viveu na Bahía* – me dijo Roberto, balanceando mi mano entre la suya.

- Lo haré, cada vez que recuerde este viaje, prometo sonreír.

A las seis, en vista de mi falta de valor, fue Ángel el que se acercó a mí.

- Es hora de marchar, Eva.

Me dolió el alma, me dolió la vida, me dolió el corazón, que esperaba escuchar lo contrario a lo que me dijo.

Asentí, y me despedí de los empleados, deseándoles toda la suerte del mundo.

En el trayecto al aeropuerto, seguíamos sin atrevernos a mirarnos fijamente, y sólo hablamos una vez.

- Necesito pedirte un favor – me temblaba la voz.

«Y que no lo cumplas»

- Lo que quieras, santera – escuché cómo me había llamado, y me giré hacia él, que me miraba sin apartar sus ojos, como no lo había hecho desde la noche anterior.

- Quiero que me hagas una promesa, y que la respetes – su mirada... si seguía agarrando mis ojos, no tendría valor para pedírselo.

«No, no, no»

- Lo haré, lo que sea – su entonación había cambiado... del negro cobarde, al verde esperanza. Detuvo el coche, apartándose hacia el arcén. Esperaba escuchar algo diferente a lo que le pedí.

- No me llames, ni me mandes ningún mensaje. No puedo tener ningún contacto contigo, quiero sobreponerme a esto que hubo entre tú y yo, y no veo otra forma posible. No puedo seguir con mi vida, conservando vivo un recuerdo, necesito apagarlo, recordarlo sin sentirlo, que no duela de esta manera que me duele - las lágrimas corrían, desesperadas, por mi cara. Estiró su mano, para limpiármelas.

«Pídeme que me quede, dime que no podrás seguir viviendo sin mí»

- Si así lo quieres, así lo haré.

Y sus palabras dolieron mucho, mucho más de lo que podía soportar, dolieron en mi barriga, y empequeñecieron mi corazón, lo arrugaron.

La pena me cubría entera, cuando su mano abandonó mi cara, para agarrar mi muñeca. Su muñeca.

LA DESPEDIDA

«Siento que la vida me lo arranca; como si muriese y no pudiera volver a verlo, ni tocarlo, nunca más»

Me hundo en el asiento de primera clase, viajo sola, sin compañía al lado, y lo agradezco, porque no puedo parar de llorar. Me coloco el antifaz, para que las azafatas no vean mis lágrimas, me hago un ovillo, y pido a Dios que el avión no despegue, que me dé un poco más de tiempo con él. Quiero, NECESITO, verlo una vez más, que me envuelva entre sus brazos, que me bese, y me diga lo que quiero escuchar, lo que necesito escuchar, para que estas ganas locas de quedarme aquí, con él, dejen de ahogarme, convertidas en un nudo que me impide respirar. Pero no se obra el milagro, todo sigue su curso habitual, se oyen las indicaciones de las azafatas mientras el avión se va moviendo por la pista, y yo no puedo dejar de llorar, me quiero morir. Se escucha ahora al comandante *“entrando en pista para despegue”*...

«Adiós, Ángel, hasta siempre; ha sido un placer, has sido de lo más bonito que me ha pasado en la vida. Vuelvo a España, y te dejo aquí, todo se acaba aquí, esta historia de cobardes tenía fecha de caducidad, y ambos lo sabíamos»...

MINUTOS ANTES

- ¿Te arrepientes? – preguntó con dificultad.

- Sólo de una cosa – me temblaba la voz.

Sonrió, a pesar del momento, no perdía la sonrisa, yo tragaba mi pena, y subsistía, como podía.

- ¿De qué te arrepientes, santera? – si las palabras hieren, ese último *santera*, me hizo tanto daño a mí oírlo, como a él pronunciarlo.

- De no habernos conocido en otras circunstancias - intenté sonreír, pero no pude - ¿y tú?, ¿te arrepientes?

Volvió a sonreír, aunque esta vez sus ojos no acompañaron el gesto, pues mostraban dolor. Le miré, y esperé a que continuara hablando, el nudo de sentimientos, que continuaba instalado en mi garganta, me impedía decir nada más.

- No fui capaz de cumplir mi promesa... te mentí. De eso me arrepiento – le costaba hablar. MUCHO.

«¿Qué quieres decir con que me mentiste?»

No entendía, pero no podía pronunciar la pregunta en voz alta, porque estaba segura de que empezaría a llorar y, si lo hacía, ya no podría parar. Necesitaba embeberme de mis últimos minutos con él. Arrugué el entrecejo, y esperé a que se decidiera a continuar.

Bajó la mirada hasta sus pies, recordé el día del desfile, cuando apareció tras de mí, y me levantó la cabeza con sus dedos, hasta que nuestros ojos se encontraron, estuve tentada a hacerle lo mismo, pero mi mano temblaba tanto, que me delataría. Delataría mis sentimientos, me haría más débil, me hundiría más en mi dolor, y todo sería aún peor.

Inspiró con fuerza, llenó el pecho de oxígeno, y volvió a mirarme, como si le costara encontrar las palabras apropiadas para explicarse; su expresión se tornó más seria. Nunca, en esos quince días, lo había visto así. Aflojó, un poco, la presión de sus manos en mis muñecas, y empezó a hablar, sin dejar de mirarme fijamente.

- No fui capaz de respetar mi promesa, porque me llevo tu corazón, en realidad es el órgano que más voy a extrañar de ti. Lo siento, Eva, siento si te hago daño, siento no haber podido dejar los sentimientos a un lado.

«¿Y qué más? Pídemelo. Pídemelo, ¡vamos!»

Ante su silencio, lloré. Lloré sin consuelo, lloré con tanto amor, que le odiaba, le odiaba y me abrazaba, empañé su camiseta con mis lágrimas. Lloré con desesperación, con rabia, con agonía, con impotencia, con odio y amor, a partes iguales, con miedo a perderlo, con miedo porque lo perdía... Lo odiaba, y continuaba abrazándome; me resistí al abrazo, pero él me apretó más, no quería separarse de mí, y lo golpeé en los hombros. Lloraba, me seguía resistiendo, lo maldecía, y me maldecía a mí misma. Seguía llorando y... desistí. Me rendí, y lo apreté tanto, que buscaba

fundirme dentro de él, que nunca se me borrara su olor, su cuerpo, el sonido de su voz, de su risa, su forma de caminar, y de revolverse el pelo, su manera de besar, como me tocaba, sus abrazos por la espalda, su mirada de deseo, y su mirada de satisfacción, sus gestos provocadores, su forma de rascarse la barba, su sonrisa... SU SONRISA... y su manera de hacerme sentir viva, libre, única, su manera de hacerme creer que podía, su manera de mostrarme la luz.

Lo apreté con todas mis fuerzas, pero nada de eso era ya posible, porque me iba, regresaba a mi vida, regresaba a la realidad, se acababa el juego, se acababa el sueño. Regresaba a casa, pero volvía sola, mi corazón se quedaba con él, lo que ocupaba su sitio era un simple reloj, que bombeaba sangre, para que mi cuerpo siguiera funcionando; un reloj que contaría los días que sobreviviría sin él. Pero tenía que ser así, era consciente de ello, aunque en ese momento creyera que no podría doler más de lo que me dolía, tenía clara una cosa: no se puede enjaular a un pájaro que ha conocido la libertad porque, en un descuido, volará lejos y, la pérdida, dolerá más.

«Tú nunca has pertenecido a nadie, no sabes lo que significa esa palabra»

Recordando la despedida, casi me desmayo, me quité el antifaz, y busqué mi botella de agua.

ÁNGEL

Me quedé mirando, por la cristalera del aeropuerto, todo el proceso de embarque, de los pasajeros de su vuelo. La vi también a ella, con su maleta de mano, su melena ladeada, y su perfecta figura. La vi, y deseé que nuestro magnetismo no se hubiera evaporado, deseé que sintiera mi mirada, y se girara, como siempre hicimos, y ese *siempre* volvió a quedarse corto. Esperé hasta que la pasarela dejó de ser acristalada, y comprendí que ya no era posible, ya nos habíamos dicho adiós, ya se había roto la magia. Bajé la mirada al suelo, y suspiré, pero tuve que levantar la cabeza, porque me empezaron a quemar los ojos, así que los cerré, e inspiré con fuerza, deshaciendo la amargura que me hacía imposible la tarea de tragar, volví a la pasarela y fue cuando la vi. Con las manos pegadas al cristal, los demás pasajeros seguían avanzando, pero ella estaba allí, parada, mirándome, como esperando que ocurriera algo, como esperando que hiciera algo, pero ya nada podía hacer, sólo maldecir nuestra suerte por separarnos, la misma suerte que nos llevó a encontrarnos, que nos dejó disfrutar, durante unos días, de lo que es la plena felicidad.

Me pareció notar que seguía llorando, aunque, si lo hacía, ya no se limpiaba las lágrimas, dejaba que estas rodaran por su preciosa cara, recorrieran su cuello, y se posaran en su pecho. Ese pecho que recorrí tantas veces, ese pecho que contenía lo más valioso de Eva, su corazón. Su corazón, que ahora era un poco mío. Lo necesitaba, porque yo no tenía, me lo había robado su espontaneidad, su carisma, su temperamento, su alegría, sus miedos, y sus dudas: ella en general. A pesar de que me negué muchas veces mis sentimientos, no los quería admitir, porque era demasiado duro, era demasiado el dolor... Fui un cobarde, lo sé. Yo era el cobarde, no ella. Ahora me arrepiento de no haberle confesado todo lo que en mí había cambiado, desde que la conocí. Porque siempre me mordía las palabras que deseaba decirle, me las tragaba, y las acumulaba en mi estómago, que se encogía cuando ella, después de haber hecho el amor, me miraba sudorosa, esperando algo que nunca llegó a decirse, porque yo también tenía miedo, mucho miedo, a esa mujer que me estaba cambiando la manera de ver la vida.

Sabía que nuestra historia terminaba allí, ambos lo sabíamos desde el principio, lo habíamos hablado, y sabía que no me llamaría, que mantendría su palabra... la única duda era, ¿cuánto tardaría en hacerlo yo? ¿Cuánto tiempo podría mantener esa estúpida promesa que le había hecho?

Apoyé mis manos en la cristalera, imitándola, como queriendo tocarla por última vez, y acerqué mi cara, para que pudiera leer mis labios cuando le dijera lo que le debería haber dicho antes... mucho antes: **TE QUIERO.**

**Nunca sabré si me entendió. Tardó unos segundos, se giró, y se fue para siempre.
Adiós, Eva; adiós, mi SANTERA.**

DÍA 365 - EL REENCUENTRO

Me supuso el mayor esfuerzo de mi vida, salir por la puerta de la terminal de llegadas... Tenía tanto miedo a sus ojos, que me paralicé.

Caminé lentamente, intentando alargar el momento al máximo, porque la presión de mi pecho era tan intensa, que prefería no imaginar cuál sería la cota de dolor que sentiría al verlo... ¿Volvería mi pena a oscurecerme? ¿Volvería a sentir amor cuando lo viera? ¿Volvería a acostumbrarme a mi vida? ¿Sería capaz de vivir sin él?

Evitando lo inevitable, me encontré con las puertas, que se abrieron ante mí como una cortina, pero yo, cobarde, no alcé mis ojos con ilusión por encontrarlo, simplemente empujaba mis maletas, y miraba al suelo. Y tragaba. Y reconocí sus zapatos, y su pantalón de traje azul, de rayas muy finas, y su chaqueta colgada en su brazo izquierdo, y su camisa remangada y, finalmente, su cara... su dulce cara, que me cortó la respiración, porque volvía a reflejar miedo, y sus ojos... en sus ojos había una mezcla de decepción y amor, que terminó de partirme el alma.

- Hola, Sebas – tembló mi cuerpo entero, cuando me atrevía a pronunciar su nombre.

«Eres una zorra. ¿Qué has hecho, Eva?»

- Hola, Eva – su voz... su voz terminó de romper la mentira sobre la que estaba caminando, y temblé.

Me acerqué, pero se separó. Cogió el carro con las maletas, y comenzó a empujarlo hacia la salida.

Era tan atento, estaba tan pendiente siempre de todo... tan perfecto... ¿por qué no supo curarme él?

No pude hablar, los ojos se me anegaron de lágrimas, otra vez. Tenía miedo a la parte de las preguntas, temía al tercer grado al que iba a ser sometida; no quería recordar, no quería pensar, no quería mentir, sólo quería borrar de mi mente su cara, su cuerpo, y de mi corazón su recuerdo...

Sonreí, como pude, me limpié las lágrimas, y cogí aire. Salimos del aeropuerto, hacia el parking.

Mi historia terminaba ahí, en esa terminal de llegadas, que me devolvió, con una bofetada, a la realidad, a mi realidad.

Cuando llegamos al coche, nuestros ojos se encontraron por primera vez. Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos, pero no nos dijimos nada; metió las maletas en el maletero, mientras yo continuaba quieta, a su lado. Al terminar, llevó el carrito a su sitio, caminó sin levantar la cabeza, hasta volver al coche, y se sentó en su asiento, arrancando el motor.

Inspiré hondo, me senté, y me abroché el cinturón. Apoyé el codo en la ventanilla y miré por ella, rezando para que se me hiciera corto el trayecto.

El silencio, *nuestro silencio*, nos acompañó todo el camino.

Llegamos a casa, apagó el motor. Por el rabillo del ojo, vi como continuaba sujetando el volante

con ambas manos, y me temí lo peor... las malditas preguntas darían comienzo, y no podían ser más inoportunas, así que abrí la puerta y salí lo más rápido que pude. Se notó, demasiado, mi prisa, por lo que intenté disimular, cerrando la puerta despacio, para ir hacia el maletero.

Sebas continuaba en su asiento.

Saqué la maleta de mano... seguía sin moverse.

Hice un gran esfuerzo para sacar la maleta grande y, tras ésta, cerré el maletero. Me quedé allí, en la parte trasera del coche, hasta que vi sus ojos por el espejo retrovisor.

Me mordí ambos labios, y contuve las lágrimas, pestañeando a gran velocidad.

Su puerta se abrió. Salió del coche. Pasó por mi lado. Cogió las maletas, y las llevó hasta la puerta de casa.

Metió la llave, abrió, y las metió dentro.

Cuando se giró, para salir, casi tropezamos. Su respiración era muy fuerte.

- ¿Necesitas que me quede? – sus ojos me evitaban.

«Sebas, ¿por qué eres tan perfecto? ¿Por qué tuvo que pasar? ¿Qué me faltó contigo, si lo tenía todo? Si te tenía a ti...»

Aclaré mi garganta, para poder responderle.

- No, gracias. Puedes irte, yo... estaré bien – una afonía triste, sustituía mi tono de voz.

- Intenta descansar algo, tienes cara de no haber dormido mucho – sus ojos y los míos enganchados, en una espiral de miedo, tristeza, decepción, dudas, pérdida... y amor.

Mi cara... si era el reflejo de mi alma, sería la más horrible del mundo.

Sebas se marchó, y yo... yo estaba allí, pero en realidad no sabía si iba a volver algún día.

DÍA 364 - LA HUÍDA

Me desperté, era viernes, pero no me levanté, ni me moví; antes quería saber si él todavía seguía en la cama. El día anterior me había salido bien lo de hacerme la dormida, cuando llegó por la tarde de trabajar, pero ya no podía retrasar más nuestra charla.

Estiré, lentamente, una pierna hacia su lado de la cama, para saber si continuaba allí. No estaba. En el baño tampoco había ruido, así que me levanté, y entré en él. Evité mirarme al espejo. Hice pis, me lavé la cara, me sujeté el pelo con mi pinza, *su pinza*, y pensé en él... en su reflejo en el espejo del baño del hotel, en cómo me agarraba por detrás, mientras me lavaba los dientes, y besaba mi espalda de arriba abajo. Levanté la vista, esperando que mi cabeza me devolviera su imagen, pero nada, sólo me veía a mí misma, ojerosa, con una hinchazón descomunal en los ojos, efecto secundario de tanto llorar. Apoyé la mano sobre mi reflejo, y esa postura me recordó a la pasarela del aeropuerto, cuando sentí la necesidad de volver atrás, antes de entrar en el avión. Lo busqué en la zona acristalada... allí estaba, casi me quedé sin respiración cuando lo vi, mirándome.

«Es tan magnético, tan jodidamente magnético, que me duele el corazón»

Me imitaba el gesto, poniendo sus manos en el cristal de la terminal y, a través de mis ojos vidriosos, vi que abría la boca para decir... ¿TE QUIERO?

«No, no puede ser, tuve que haber entendido mal. No por favor, no puedes hacerme esto ahora»
¿Lo hubiera dejado todo?, ¿hubiera sido capaz?, ¿hubiera mandado todo a la mierda, si tuviera la certeza de que él me quería? No, no había dicho “*Te Quiero*”. Me giré, mientras lo veía por última vez y, sin poder parar de llorar, entré en el avión.

Volví a lavarme la cara, y bajé.

- Buenos días – hablé tan bajito, que apenas me escuchaba a mí misma.

- Tienes café hecho – me respondió sin mirarme, mientras leía unos papeles que sujetaba entre sus manos.

Busqué sus ojos, pero no los encontré. Estaba cabizbajo, sentado al otro lado de la barra de nuestra cocina, apurando su café, trajeado, impecable, guapísimo, tan correcto... tan perfecto... siempre sabía comportarse, nunca perdía la paciencia. Tenía claro que la temida conversación de ese día no pasaría. Cuando llegó de trabajar, se había hecho el tonto, pero era demasiado obvio que algo había pasado en Bahía, porque me había olvidado de mi vida.

El día anterior me había disculpado, cuando subió a nuestra habitación, para preguntarme si no iba a bajar a cenar, yo, sin apenas abrir los ojos, le dije que prefería dormir, que necesitaba descansar. No insistió, y tardó mucho en subir a la cama.

Cuando lo hizo, no encendió la lámpara de la habitación, se quitó la ropa con el haz de luz que entraba desde el pasillo. Cuando se hubo desnudado, encendió la luz de nuestro baño y salió a

apagar la luz de fuera, volvió para cepillarse los dientes, y se entretuvo, demasiado tiempo, en el baño.

Antes de meterse en la cama, se sentó en el borde, así permaneció unos minutos, hasta que finalmente, decidió acostarse. No encendió la luz de su mesilla, esa noche no hubo papeles del bufete para repasar, ni unos minutos de lectura a su libro, antes de dormir; simplemente dejó caer su cuerpo, lentamente, sobre el colchón, y sentí que me faltaba el aire.

Era Sebas, era mi marido, era mi vida, hasta no hace mucho...

Deseé poder ser capaz de mentirle, deseé que nunca me pidiera una explicación, deseé borrar mis quince días en Bahía, y una punzada, de un dolor mucho más fuerte, me pinchó el corazón, al escuchar su voz en mi cabeza ***“mientes, se te nota mucho cuando mientes, santera”***

No me moví lo más mínimo. Mi marido y yo éramos como dos estatuas, evitábamos rozarnos, por lo que nos dormimos en algún momento de nuestra tensión.

Su despertador no me sorprendió, porque llevaba mucho tiempo despierta, pero me hice la dormida. Él tampoco se movía, no sé el tiempo que permanecimos quietos... bastante, porque me quedé traspuesta y, cuando volví a tomar conciencia de todo, no sabía si él aún estaba, o ya no, en la cama.

Me devolvió a la realidad su olor. Ese perfume que, en su piel, adquiría esa esencia tan masculina... el olor de mi marido. Su olor.

Nuestras miradas se cruzaron, yo me ruboricé. Moví la cabeza hacia el reloj de la cocina, y me asusté.

- ¿Has visto qué hora es? ¿No llegas muy tarde?

Ni se inmutó. Lentamente, se levantó, subió a cepillarse los dientes, y yo me dejé calentar las manos, abrazando la taza de café, hasta que lo escuché acercarse... se puso a mi lado, y agachó su cabeza hacia la mía; el corazón me bombeó tan fuerte, que se me movió el pecho izquierdo.

- ¿Hoy no vas a trabajar, verdad? – y si sus palabras se pudiesen medir en grados, la temperatura sería polar.

Negué con la cabeza, continuaba muy cerca y yo... no sabía si quería que me besase, si es que tenía intención de hacerlo, claro.

- Salgo al mediodía, vengo a casa, y hablamos – no, no tenía intención.

Asentí con la cabeza, cogió su maletín, y di gracias al cielo por dejarme sola; en cuanto oí cómo arrancaba su coche, mis lágrimas arrancaron al mismo tiempo.

«¿Cuándo va a remitir este dolor, cuándo va a parar de doler tan fuerte, cuándo? Buff, respira; respira, y no llores, por favor, sé fuerte y no llores más»

Cuando me calmé, llamé a mis padres y, al colgar, pensé en llamar a Dani, pero estaría durmiendo, y Vero, trabajando. Los llamaría más tarde, porque necesitaba pensar, pensar un momento,

tranquilamente, porque, en el estado en el que me encontraba, no podía seguir. Se escuchaban mis sollozos, al estar la casa vacía, sin ruidos, sin prisas, sin llaves tintineando en la cerradura de la puerta, sin sonidos de televisores encendidos, sin el clic de un maletín que contiene problemas; sólo se podía sentir el silencio, debajo de mis quejidos, y el tic tac de mi reloj... mi nuevo corazón.

«Mi segundo día sin ti»

Dos golpes en la puerta, me sacaron de mis pensamientos.

- Abre, Eva.

- ¿Dani? – ¿qué hacía allí?

- Abre – volvió a decir, tajante, diferente a como me hablaba siempre.

- ¿Pero?... voy – yo no entendía nada.

Abrí la puerta, y allí estaba Dani, con una cara muy parecida a la mía, pero sin los ojos hinchados, sólo los marcaba el cansancio de haber pasado la noche trabajando, y de no haber podido cerrarlos más que para pestañear.

Los jueves, el Vicio cerraba tarde, o temprano, según se mire...

- Pasa, no te quedes ahí. ¿Vienes del Vicio? ¿Qué ocurre? – su visita me había descolocado.

- No, ¿qué te ocurre a ti? – sus palabras se movían entre el enfado, la rabia, y el miedo.

Dudé, en un primer momento.

«¿Por qué me hablas en este tono?»

- ¿Qué coño te pasa, Dani? ¿Has tenido una mala noche? La mía no ha sido mejor, y no las pago contigo. ¿Esta es tu forma de darme la bienvenida?

Me miraba sin verme, traspasando mi piel, y rebuscando por dentro de mí, en algún lugar donde pudiera encontrar una respuesta satisfactoria a lo que había venido a preguntar. En mi reloj.

- ¿Qué pasó con ese tal Ángel?

Escuchar su nombre me hizo sentir frío. Su escalofrío.

- No quiero hablar ahora, Dani – apuré mi respuesta, porque no era con él con quién debería hablar de Ángel.

- Me temo que vas a tener que hacerlo – me pareció ver que a su boca asomaba una sonrisa nerviosa.

No entendía nada, pero ¿por qué había llegado tan enfadado a pedirme explicaciones? ¿A santo de qué?

- Dani, te estoy diciendo que no, y si has venido a eso, ya te puedes largar. No me apetece hablar de ello, y menos contigo – estiré mi mano, para alcanzar la puerta e invitarlo a salir, cuando volvió a hablarme así... herido, hiriendo.

- Ah, no te apetece hablar... pues creo que, te apetezca o no, me debes una explicación – chulería que no le pegaba nada, arrogancia desmedida, para llegar a mi casa con unas exigencias que se me

escapaban de la razón.

- Pero, bueno, ¿quién eres tú para pedirme una explicación? – me cuadré ante él, con los brazos en jarra.

Dani cerró los ojos, y aflojó la tensión de sus manos, me fijé que tenía los puños cerrados.

- Llevo unos días horribles, Eva; mal en el trabajo, Vero está, todos los días, rompiéndome la puta cabeza con que estás rara, y que tenemos que saber qué cojones te ha pasado en Bahía, y yo no puedo decir nada, porque me cuentas las cosas en plan cura de confesionario, y sólo intuyo que te has tirado a un tío, y le has puesto los cuernos a tu marido, con un tal Ángel, más veces de lo que yo llevo follado este año. ¿Me equivoco? ¿Para qué mierda me cuentas nada, joder? ¿Qué pinto yo aquí? ¿Qué soy yo para ti? ¿Qué cojones quieres de mí? – volvía a parecerse, un poco, al Dani que yo conocía, lleno de dudas, miedo, e inseguridades.

Boquiabierta me dejaron sus palabras.

- Dani, yo no te he contado eso... yo... sólo necesitaba hablar con un amigo.

- ¡¡Pues cuéntaselo a Vero, joder!! ¿Para qué mierda me metes en tu secreto? ¿Qué pretendes?, ¿qué me lo coma contigo?

- Yo... yo creía... Lo siento.

Me había quedado tan de piedra que, increíblemente, no me salían las lágrimas, pero mi labio inferior empezó a temblar, y mis rodillas flaquearon, así que me alejé de él, caminé hasta el sofá, y me dejé caer.

Dani seguía de pie, a unos metros de mí, viéndome con... ¿odio? No entendía nada, ¿qué había pasado en mi ausencia? ¿Qué me había perdido?

- ¿Tienes café hecho? – preguntó, con su tono habitual, como si hubiera sido víctima de un trastorno bipolar.

- El de cafetera lo acabamos Sebas y yo, pero mete una cápsula en la máquina, están en el dispensador, ya sabes – le respondí, como si estuviera afectada de lo mismo y nada de lo anterior hubiera pasado.

Se fue a la cocina, le seguí con la mirada, y cogí mi teléfono, para recuperar el mensaje que le había enviado, y leer lo que le había contado...

“Perdona por no haber contestado ayer. No sé qué me está pasando, Dani. No puedo controlar cosas que estoy sintiendo, es todo muy raro. Desde que he llegado, nada me concuerda, mi vida en Madrid, y la persona en la que me había convertido, con la que aquí estoy siendo. Me asusta el golpe de la caída, me da pavor pensar que, este chute de vida, me va a pasar factura, y me da miedo no tener fuerza para evitar echar todo por la borda... Lo superaré, Dani, sabes que soy fuerte, aunque hay golpes que dejan una cicatriz de por vida, y yo de eso sé un poco, pero Ángel no será capaz de atravesar esta coraza, por mucho que se empeñe, aunque ni yo misma reconozca contra qué estoy luchando. Te quiero”

Hasta ahí lo que le había dicho. No entendía su reacción, ¿por qué? Comprendí que no quisiera ser mi cómplice, al no responder a mi mensaje; dejé de contarle, y compartir mis sentimientos con él; me los callaba, me los guardaba, como siempre solía hacer. Lo entendí.

Seguí hablando en nuestro grupo de VICIOS@S, como si todo estuviera bien, pero él no volvió a decir nada, en el resto de los días que estuve en Bahía; ni en el grupo, ni a título personal... Vero, ya me había comentado que estaba muy raro... ¿qué le pasaba?

Volvió al salón con un café, y una magdalena.

- ¿Qué pasa Dani?, no te entiendo, por favor ayúdame a hacerlo – suavicé mi voz, y lo miré a los ojos.

Se comió la magdalena, en dos bocados, se bebió el café, de un trago, y después habló.

- ¿Vas a volver a verte con él? – sus palabras sangraban; brotaban de su boca, heridas.

Tragué con dificultad, y negué con la cabeza, si hablaba rompería en llanto.

- Dímelo con tu voz - me exigió.

“Háblame, cuando estés conmigo, dime qué quieres, qué necesitas, qué es lo que te gusta; yo haré realidad todo lo que desees, pero tienes que decírmelo con tu boca. No te calles nada, aquí vamos a ser nosotros mismos, con nuestras virtudes, y nuestros demonios. El tiempo que tenemos para estar juntos, vamos a hacerlo fácil, háblame y pídemelo, que yo te daré, santera”

Sus palabras resonaron en mi cabeza, y en mi reloj... que dolió. Dolió como si aún fuera corazón.

- ¡No, joder, no voy a volver a verlo!, ¿estás contento?

- Pues sí.

Otra vez llorando, mis ojos se quedarían hinchados de por vida, no habría manera de que volvieran a su estado original, cuando mi vida era más sencilla, cuando aún creía en finales felices, en una vida con él, con mi marido.

- Ya tienes lo que has venido a buscar, así que vete ya, por favor – volvía a sobrepasarme la situación, así que opté por darnos tiempo, y distancia, para que ambos soltáramos el lastre que nos impedía salir del lodo en el que nos hundíamos.

- ¿Puedes parar de llorar? No puedo marcharme así – me lo dijo con una sinceridad con la que sólo Dani era capaz de comunicarse. Con la verdad de un niño.

Estupendo, qué fácil sonaba, parar de llorar... ojalá pudiera, tenía fe en que se me estuvieran acabando las lágrimas.

- Yo no elijo estar así – le respondí entre sollozos.

- Pues creo que has sido tú solita la que lo ha elegido – otra vez ese tono recriminatorio, castigador, hiriente... herido.

- ¡Ya está bien, Dani!, no te entiendo, no entiendo tus reproches y, además, no tienes ni puta idea de por qué estoy así. ¿Qué sabrás tú? – escupí mi rabia.

- ¿Qué sabré yo? – preguntó entre dientes - Pues dímelo, dime tú por qué estás llorando sin

consuelo, anda explícamelo – exigió, con chulería.

- Déjame en paz, Dani - me levanté, y fui caminando hacia la puerta.

- Explícamelo, joder – gritó.

- Te pido por favor que te marches – ignoré su orden.

Agarré el pomo de la puerta y, justo cuando iba a girarlo, Dani volvió a hablar. No se había movido del sofá, por lo que me daba la espalda en ese momento, así escuché sus palabras.

- No tengo ni puta idea de lo que es estar perdidamente enamorado de una persona, que sabes que no puedes tener, porque quiere a otro, eligió a otro. Una persona que no va a ser nunca mía, porque sus besos no me pertenecen. Su corazón decidió, un buen día, abrirse para otro; ella decidió entregárselo a un hombre que no era yo. No tengo ni puta idea, porque nunca deseé dormir abrazado, cada noche, a su cuerpo, como si fuera la última. No tengo ni puta idea, porque nunca tendré un beso suyo, un beso de los de verdad, de los que te dejan tan llenos que no hace falta el sexo de después, y no los tendré, porque se los da a él. No tengo ni puta idea, porque sus problemas diarios no los comparte conmigo, a mí sólo me llama para contarme que se acuesta con otro, que tiene a otro allá, y a su marido aquí, y que cuando vuelva todo va a seguir su curso, porque así tiene que ser, y ella tiene un sentido del deber, y del compromiso, muy fuertes, pero que no sé qué coño pudo pasar para que los perdiera, por completo, en el puto Salvador de Bahía, en quince jodidos días, sólo quince días bastaron para que perdiera la puta cabeza. Y éste, que no tiene ni puta idea, se pregunta por qué cojones está tan colgado de una mujer, que no tiene en cuenta sus sentimientos cuando le cuenta su jodida aventura, y se responde a sí mismo que lo hace porque NUNCA lo quiso como él a ella, porque NUNCA lo vio como él a ella, porque sólo es su jodido confidente, que no tiene ni puta idea de lo que es vivir, cada día, alejados, y esperar, DESEAR, que la vida dé un vuelco, y las cosas sean, de un jodida vez, como tienen que ser.

Se levantó y, o mis ojos me engañaban, o estaba a punto de llorar cuando, a mi altura, se paró antes de marcharse.

- El amor cuando no muere mata, y amores que matan, nunca mueren. Esa es la letra de mi canción de cabecera, Eva; te la cedo, ya somos dos los que estamos jodidos, bienvenida al club.

«¡¡¡Aaaaaaaaahhhhhhh, Dios!!! ¿¿¿Qué ha sido esto??? ¿¿¿Qué coño ha sido esto??? Dani, pero, ¿¿¿cómo puede ser??? ¡¡¡Mi Dani, nooooooooo!!!»

Eché a correr, escaleras arriba, sin parar llorar, y con un peso en el pecho que me impedía respirar con normalidad; recogí parte de la ropa que había llevado a Bahía, y que aún no había guardado, ni lavado, y la metí en mi maleta, cogí mi cepillo, cremas, preparé un neceser, metí zapatos, y cerré la maleta.

Fui al despacho que Sebas tenía en casa, cogí un bolígrafo, y papel, pero no sabía por dónde empezar...

Cuando comencé a escribir, me faltó el aire. Me faltó de tal manera, que un quejido ahogado

escapó de mi garganta, y caí de rodillas, en el suelo. Empecé a llorar, tan amargamente, y con tanta desesperación, que tuve una certeza: todavía quería a Sebas con todo mi corazón, o lo que quedaba de él, así que tenía que marcharme por él... por mí... por los dos. Estaba decidida a superar su recuerdo, y a recuperar mi vida. Estaba decidida a resurgir, y sobrevivir a Ángel, a sus miradas, a sus caricias, a sus abrazos, a sus besos, a sus sonrisas y a su ausencia. Sólo necesitaba tiempo, y eso, exactamente, era lo que Sebas no iba a darme, así que me lo tomé por mi cuenta, a pesar de que sabía que, hacerlo, podría significar perder la única oportunidad que había para salvar lo nuestro, si es que había siquiera una.

No pude entrar de nuevo en nuestra habitación, no fui capaz. Bajé las escaleras, pasé una mirada lenta, por el resto de la casa, como queriendo grabar cada cosa en mi memoria y, dejando la nota en la entrada, donde sabía que la encontraría, cogí mis llaves, y cerré la puerta a mi espalda. Mi mochila pesaba demasiado, debía vaciar cosas por el camino, porque así no era buena compañera de viaje. Me dispuse a hacerlo, aún a riesgo de perderlo todo... de perderlo a él.

Sebas llegó a casa, para nuestra charla, pero yo ya no estaba.

No le hizo falta buscarme, porque supo que no me encontraría allí; sólo me llamó una vez, y después subió, directamente, a la habitación, abrió el armario y, acto seguido, llamó a Vero; pero ella aún no había hablado conmigo, así que llamó a mi oficina, pero le dijeron que no me había pasado, y que no me esperaban hasta la próxima semana, mi jefe me había dado unos días libres, tras mi viaje. Finalmente se decidió y, a pesar de que le caía como el *puto culo*, palabras textuales, llamó a Dani.

- Dani, soy Sebas – la tensión traspasaba el hilo telefónico.

- Dime.

- ¿Te he despertado? – aunque le importaba muy poco haberlo hecho.

- Dime – su voz tediosa, evitó mantener una conversación con él. Quería que fuera al grano.

- ¿Sabes algo de Eva? – tembló, porque no sabía si quería que Dani supiera de mi paradero.

- No.

- No está en casa, pensé que igual había hablado contigo, porque con Vero aún no lo ha hecho, al trabajo no ha ido, y el móvil lo tiene apagado – se odió, por estar dándole tantas explicaciones.

- Ni puta idea – Dani, empezó a ponerse nervioso.

- Seguiré buscando, gracias y... siento si te he molestado – esperó, con el teléfono en la oreja, sin ser capaz de colgar.

Dani sintió una punzada de culpabilidad y, tras unos segundos en los que ninguno colgaba, se compadeció.

- ¿Has pensado en ir a buscarla al aeropuerto? – las palabras se le anudaron en la garganta, lastimando.

- ¿Al aeropuerto? ¿Por qué iba a ir al...? – no acabó su frase, en su cabeza comenzaba a tomar sentido lo que Dani le había sugerido.

- No sé, se me acaba de ocurrir – y deseaba equivocarse, con todas sus fuerzas.

- Si te llama, o sabes algo de ella, dímelo, por favor – le rogó.

- Adiós, Sebas – sería la última persona a la que llamaría.

Se paró a respirar profundo, con los ojos cerrados, y decidió salir a buscarme.

Fue al coger las llaves del coche, cuando vio la nota; en el suelo, pues se debía haber caído cuando entró, tan apurado.

“Sebas, necesito estar sola, y pensar en todo lo que ha pasado en estos quince días, en todo lo que ha cambiado...”

Perdóname, pero no puedo hacerlo contigo necesitando que hablemos. Por favor, perdóname, y entiéndeme, o trata de hacerlo.

Quedándome, sólo voy a hacernos más daño.

La situación es insostenible, y yo aún no estoy preparada para hablar. Te mereces una explicación, y la tendrás, pero dame unos días, tan solo unos días más, y te prometo que tendrás tus respuestas.

No me llames, por favor, no intentes localizarme.

Debo de estar muy loca para alejarme de ti, y para haberte hecho tanto daño.

Lo siento. Te quiero”

Sebas agarró la nota, como si le fuera la vida en ello, y se dejó caer al suelo, llorando con rabia, amor e impotencia.

- Pedro, necesito que me hagas un favor – llamó a su amigo - sácale a Vero, todo lo que sepa de Eva, todo lo que sepa de estos quince putos días en Bahía; averigua todo lo que puedas, y cuéntamelo lo antes posible, estoy desesperado. Escúchame bien, tú conoces a tu mujer, dime si crees que sabe más de lo que te diga. Llámame en cuanto puedas, pero no tardes, te lo ruego – caminaba hacia el coche, sin saber muy bien lo que iba a hacer, a dónde iba a ir.

- Pero, ¿qué ocurre, Sebas? No entiendo nada. ¿Ha pasado algo? – Pedro se mostró preocupado.

- Se ha marchado de casa – apoyó su mano en la puerta cerrada de su coche, y dejó caer la mirada hacia sus pies.

- ¿¿¿Cómo??? – preguntó Pedro, sin dar crédito a las palabras de su amigo.

- Lo que oyes, ha llegado ayer, y hoy se ha ido. No te puedo decir más, voy a buscarla por toda la ciudad. No sé por dónde empezar, dónde puede estar, quizás en casa del puto Daniel, voy para allá ahora – había decidido no creer en las palabras de mi amigo Dani, y empezar la búsqueda por su casa.

- ¡Joder! Ahora mismo llamo a Vero, pero, ¿qué ha pasado?, ¿habéis discutido?...

- No, Pedro, apenas hemos hablado. La verdad es que este viaje ha acabado de distanciarnos. No

sé qué cojones pudo haber pasado allá, pero, al decir cojones, no creo que vaya muy desencaminado – golpeaba, rítmicamente, su frente contra la carrocería del coche.

- ¡¡No me jodas!! – Pedro se sorprendió.

- Habla con Vero, por favor – le pidió Sebas, abriendo la puerta, para meterse dentro.

- Está bien, tranquilízate, ahora te llamo – intentó calmar a su amigo.

- Gracias y, por favor, te pido discreción – arrancó el motor, y cerró los ojos, apoyando su cabeza en el asiento, antes de hacer las maniobras para incorporarse a la carretera.

- Por supuesto.

Mientras tanto, yo...

- Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, sobre todo después de todo lo que te estoy ocultando, pero necesito que me ayudes – me presenté en el trabajo de Vero, para pedir su ayuda.

- Eva, me estás asustando, ¿qué te ocurre? – su mano viajó hasta mi brazo, y lo acarició.

- Vero, por favor, no me hagas preguntas – llevé mi mirada a sus dedos y se me empañaron los ojos - Déjame las llaves de vuestra casa de la sierra, te lo suplico, quiero desaparecer unos días, y no sé a dónde ir – levanté mi cabeza, e inspiré.

- Pero, Eva... ¿pasa algo con Sebas? ¿Cuándo has llegado? – sus dedos descendieron por mi brazo, hasta la articulación de mi muñeca, y aparté, bruscamente, su tacto de esa zona que me recordaba tanto a él. Que era tan suya.

- Por favor, sin preguntas – disimulé mi dolor como pude - Llegué ayer, y no puedo... no soy capaz de seguir con mi vida... - mis lágrimas comenzaron a resbalar, en silencio. Ya no podía seguir hablando.

- Vamos a subir a pasar el fin de semana. Lo decidimos ayer mismo. ¿Te sirve sólo por esta noche?

- No te preocupes, gracias igualmente, ya me las arreglaré – necesitaba más días que una sola noche, tendría que pensar en otra alternativa - Te voy a pedir una última cosa, no le digas a nadie que me has visto. Probablemente te llame Sebas, o tu marido, preguntando por mí – intenté sonreír, para tranquilizarla.

- ¡Maldita sea, Eva!, no te entiendo; no sé por qué no me cuentas qué te ocurre. ¿Qué es lo que ha pasado en Salvador de Bahía, porque ha pasado algo, verdad? Algo, o alguien, más bien, ¿no? ¿Te he fallado alguna vez? Dime por qué no confías en mí, ¿por qué no me cuentas qué te pasa? – se mostró molesta, ante mi falta de confianza.

- Porque no quiero meter a nadie más en esta maraña de mierda que he creado yo sola, y porque aún no puedo hablar de él – llevé mi mano al centro de mi pecho, y presioné, para aplacar el dolor que me punzaba - lo siento, lo siento mucho – me disculpé, y empecé a girarme para marchar.

- ¡Joder, Eva!... A la mierda el fin de semana, ya se me ocurrirá algo, toma las llaves – metió la

mano en el bolso, y me tendió un manojito de llaves - Te quiero, lo sabes, ¿verdad? – me dijo, apretando mi mano entre a suya, cuando dejó el llavero en mi palma.

- Si no lo supiera, no habría recurrido a ti – le di un beso en la mejilla - Cuando pueda te lo cuento, ahora duele demasiado.

Las lágrimas continuaban su recorrido, Vero hizo ademán de abrazarme, pero la detuve, con un gesto de mi mano, pues no podía derrumbarme más, no podía perder más tiempo, Sebas podía aparecer en cualquier momento, y aún no estaba preparada.

Salí a la calle, y detuve un taxi; le di la dirección de la casa en la sierra, y me dejé resbalar por el asiento, hasta casi esconderme.

El recorrido nos llevaba por delante del Vicio, ¿coincidencia o destino?, el caso es que el semáforo estaba en rojo, y quedamos parados, a la altura del pub. Vi a Dani, apoyado en la parte de atrás de su coche, delante del local, con la cabeza ladeada, pues estaba hablando por teléfono, y lo sujetaba entre ésta y su hombro. Vi cómo le caían los pantalones vaqueros, cómo se le bajaban tanto, que podía ver parte de su ropa interior, vi sus converse rojas, su camiseta azul cielo, y recordé cuál era su dibujo delantero, siempre con algún mensaje reivindicativo, o irónico, según tuviera el día; la que había llevado a mi casa, esa mañana, decía “*QUERER ES PODER no SIEMPRE*”. De repente se giró, como si alguien lo llamara desde la otra acera, pero no miró hacia allí, se quedó mirando mi taxi... me reconoció, acentuó su mirada, y la concentró en mí, se le formaron unas deliciosas arrugas en la frente, y su móvil se resbaló por su hombro, empezó a moverse por espasmos, evitando que éste cayera al suelo, y creo que lo logró, ya habíamos arrancado, y no fui capaz de verlo claramente.

Dani, mi Dani, cómo podía no haber visto sus sentimientos... ¿desde cuándo? Mi Dani, ¿por qué ahora?, nunca me había insinuado nada. Nunca. Cómo podía yo saber que sentía eso. Se había alegrado de mi boda, me apoyaba siempre en todas mis decisiones, y era la persona que mejor me conocía, ¿por qué había esperado tanto para hablar, por qué me había ocultado lo que sentía por mí?

DIA 363 - EL HURACÁN

Sabía que iba a pasar, sabía que me iba a encontrar, porque me buscaría, a pesar de que le había pedido que no lo hiciera.

Lo vi llegar, a más velocidad de lo aconsejable, para ese tipo de carretera; cuando atravesó la valla de la entrada, el coche derrapó, un poco, sobre las pequeñas piedras que había en la zona del aparcamiento, y que ayudaron a frenarlo del todo.

Salió del coche, muy rápido, y cerró con un portazo; lo rodeó, y se detuvo, apoyó la punta de los dedos sobre el capó, con la mano muy abierta, y se llevó la otra al puente de la nariz, pinzándolo; arrugó los ojos, muy fuerte, y noté como su pecho se hinchaba sobremanera, lo llenó con una gran bocanada de aire, para afrontar lo que se nos venía encima. Necesitaba respirar, tranquilizarse, necesitaba procesar todas sus emociones, y sentimientos, porque había llegado el momento en el que íbamos a desnudar nuestra alma, íbamos a hablar claro, e íbamos a tener que estar muy tranquilos para conocer, y soportar, la verdad.

Me sorprendí mordiéndome el lado derecho de mi labio inferior, y ese gesto me trasladó muchos años atrás, cuando me esperaba a la salida de la facultad, y lo veía mientras me acercaba, siempre mirándome fijamente; yo me ponía de los nervios, su mirada me aceleraba el pulso, otras estudiantes pasaban por su lado, y lo miraban con descaro, pero él ni se inmutaba, por una extraña razón me había elegido a mí, yo era la niña de sus ojos, me derretía cuando venía directo del bufete, y lo hacía con el traje, chaqueta en mano, camisa siempre remangada, y su maletín, como un veterano abogado. Mi voluntad era débil ante su presencia, y más cuando lo escuchaba hablarme de ese modo tan seguro de sí...

- Hola, nena, ¿me has echado de menos?- me agarraba de la cintura, con un solo brazo, mientras apartaba mi pelo, con su otra mano. Me miraba con un brillo en sus ojos que me derretía, y sonreía, justo antes de besarme.

- Hola, cariño. Sabes que sí – yo, simplemente, me rendía a la obviedad. Una vez que di el paso, y acepté la evidencia, me entregué a él, incondicionalmente.

El tiempo había pasado, pero Sebas seguía siendo un hombre tanto o más atractivo que antes; los años le habían dado, a su cara de niño, una expresión mucho más madura, e interesante. Su pelo, muy corto, le favorecía, y su cuerpo había ganado en músculos, los justos, pero ya no era sólo un chico delgado, ahora era el hombre maduro, que trabajaba en un exitoso bufete de abogados, jugaba al baloncesto, iba al gimnasio y, además, era un marido ejemplar... hasta que todo ocurrió, y yo dejé de verlo así. Yo dejé de ver, directamente.

Comenzó a caminar hacia la puerta, se desabotonó los puños de su camisa, se la remangó, se desabotonó también los dos botones superiores, y se plantó en el porche de la casa.

Estaba impresionante, siempre solía ir de traje a trabajar, pero nunca me acostumbraría al efecto,

que causaba en mi cuerpo, su elegancia, estaba tan guapo... pero ya era tarde, tarde para nosotros, tarde para perdonarnos... ¿o no?

- Eva, sé que estás ahí, ábreme.

Me alejé de la ventana, y fui hacia la puerta, agarré el pomo, y lo giré; abrí al huracán, el viento arrasaría con todo, y eso sólo podía traer dos consecuencias: que todo quedara esparcido por el suelo, roto, desordenado, deshecho, o que su virulencia lo arrasara de una manera tan arrolladora, que llevara todo muy, muy lejos, y dejara la habitación vacía. Rezaba para que, cuando llegara la calma, no quedara nada, y hubiera que construir todo de cero.

Cerró a su espalda, sin girarse para ello. Me miraba, me estudiaba, intentaba descubrir mi estado de ánimo, para encontrar las palabras adecuadas con las que empezar la conversación, él siempre tan meticuloso...

El huracán se desató.

- Hola, Sebas – dije, ante la imposibilidad de mantener su mirada en silencio.

- ¿Por qué? – y él no tenía la más mínima intención de continuar con la tregua.

- No lo sé – mentí. Negué con la cabeza, y aparté la mirada.

- Pues tienes que saberlo, porque tengo que entenderlo, y para ello necesito que me lo expliques, ¿por qué? –me insistió, agarrando, a su espalda, el picaporte de la puerta, que le servía de freno, para que su cuerpo no colisionara con el mío.

- Aún no estoy preparada, aún no puedo hablar. No me lo hagas más difícil – volví a mirarlo, para que viera la verdad en mis palabras.

Sonrió con ironía.

- ¿Que no te lo haga más difícil? ¿Que no te lo haga más difícil? – clavó su mirada sobre mí - ¿Cuántos años crees que tienes? ¿A qué estás jugando, Eva? ¿A qué cojones estás jugando? – su voz iba elevándose, con cada pregunta.

- Sebas, no creas que esto está siendo fácil, que yo no estoy sufriendo....

- Yo, yo, yo, yo, yo... Contigo siempre es yo, ¡¡JODER!! Ya está bien, madura de una vez, que hace mucho que no eres tú sola – se separó de la puerta, y gesticuló con rabia.

- Sebas, te he pedido tiempo, necesito aclararme, para poder contarte lo que me ha pasado... lo que me pasa, por favor, trata de entenderme... - apagué mi voz, hacia las últimas palabras.

Inspiró, tan fuerte, que sus facciones se endurecieron, apretó los puños y, con uno, golpeó la pared, haciendo que se tambaleara un cuadro; después se cogió esa mano, con la otra, y su cara dibujó un gesto de dolor.

- ¡¡Mierda, joder!!! – las palabras salieron de entre sus dientes apretados.

- ¿Te has hecho daño? – pregunté, preocupada.

- ¡¡No, Eva, me lo has hecho tú!! – gritó, y me señaló con un dedo - ¡¡Tú me has hecho el mayor daño de mi vida, me has roto, me has partido, me has jodido la vida!! ¿Cómo vamos a arreglar

esto?, ¿cómo vamos a hacerlo?, ¿cómo vamos a poder seguir viviendo como hasta ahora? – se preguntaba a sí mismo, pero lo hacía a viva voz.

- No podemos, Sebas, yo no quiero seguir viviendo como hasta ahora, ya no podemos – me cubría la pena, sólo con pensar en los meses que nos habíamos olvidado de compartir como pareja.

- Eva, tienes que ayudarme a entender, tienes que contarme qué es lo que te ha pasado en el puto viaje, qué te ha cambiado tanto. Dame un nombre, dame una razón, dame algo – se cubría la cara con sus manos - Dime cómo puedo seguir adelante, porque ahora mismo me falta el aire, me falta media vida, me faltas tú, y yo... yo sin ti no sé si puedo – se descubrió, para terminar de hablar, y poder ver mis ojos.

- No es un nombre lo que te ayudará a entender, eso sólo te servirá para poner un objetivo a tu rabia, a tu dolor. Lo que realmente pasó, ocurrió porque yo no era feliz, Sebas, nosotros no estábamos bien...

- Pero ¿qué te faltaba? si lo tenías todo, todo lo que querías lo tenías – me interrumpió - Yo me desvivía para que fueras feliz, y no te faltara de nada. Que querías silencio, te lo daba; que querías fingir que todo estaba bien, no preguntaba; que no querías sexo, no lo teníamos. Renuncié a todo por ti. Sólo quería que volvieras a ser tú, sólo quería recuperarte – se llevaba las manos a la cara, a su nuca, dejaba caer la cabeza hacia atrás, miraba al techo, resoplaba, y hacía aspavientos... estaba completamente desubicado.

- Sebas, no se cura una cuando le bailan el agua, para curarse hay que desinfectar la herida, y nosotros la tapábamos. Tú me dabas tiritas, que yo me ponía, pero allí no estabas para ponerme vendas; en Bahía pude ver mi herida, y curarla sin ocultarla. El tiempo no me estaba ayudando, y nuestro distanciamiento tampoco... - permanecía de pie, a su lado, pero separados. Mis brazos caían, rendidos, a lo largo de mi cuerpo, y se unían en mis manos, que enredaban sus dedos entre ellas, retorciéndolos, nerviosas.

- Pero ¿qué cojones me estás contando? – me cortó - ¿Qué es esto, El show de Truman? ¿Van a salir las cámaras, y se va a mover el decorado? No me vengas ahora con estas excusas. Los dos lo llevábamos como buenamente podíamos, ¡¡así que no me jodas!! Ni tú, ni yo, sabíamos que, lo que teníamos entre manos, era una bomba de relojería – sin pestañear, mostró su enfado con una mirada directa a mis ojos.

- No me entiendes, Sebas. Llevas muchos meses sin hacerlo – aparté los míos, por puro cansancio.

- ¿Y tú? ¿Te entiendes a ti misma? Te dije que no era el momento para que hicieras este puto viaje – se agachó, buscando mi cara, para volver a enfrentarse a mi mirada, porque lo de tocarme no entraba en sus planes.

Negué con la cabeza, y cubrí mi cara con las manos, para terminar doblándome por el dolor que me provoca la impotencia.

- No debías haber venido, Sebas. Aún no – dije en cuclillas.

- Eva, me lo debes, no puedo seguir así – se puso a mi altura.

- No estoy preparada, no tengo en orden mi cabeza, ni mis sentimientos – me incorporé.

- Joder, Eva, ¿qué cojones pasa?, ¿qué está pasando con nuestra vida?, con la vida que los dos construimos, la que los dos quisimos vivir - sus palabras salían envueltas en rabia y miedo, y me hacían mucho daño.

«*Me lo merezco*» me repetía una y otra vez, «*todo lo que pueda dolerme es poco, para lo que nos hice*», pero, al mismo tiempo, me decía que, igual, lo que había pasado, había sido lo mejor para ambos.

- Sebas, te lo voy a pedir una vez más, dame tiempo; sé que es difícil, y sé que te estoy pidiendo muc... - no me dejó acabar la frase.

- Ya me estoy empezando a hartar de tu tiempo, no me toques más las pelotas y cuéntame, de una puta vez, lo que tengas que contarme. ¿Crees que voy a marcharme de aquí sin una explicación? Ya me he hecho el tonto lo suficiente, ¿no crees? – avanzó hasta mi cuerpo, y yo retrocedí, hasta encontrar la pared a mi espalda. Se pegó a mí, amenazante, lastimado, perdido.

- ¿Qué quieres que te diga? Si ya lo sabes de sobra, no nos hagamos más daño, aún no puedo hablar de él, aún no puedo, Sebas. Yo...

Estalló la bomba, sus gritos llenaron la casa, su mirada se transformó, el espacio que nos rodeaba le estaba asfixiando, y se le quedó pequeño. Se separó de mí, y llevó las manos a su cuello, después a su camisa, la apartaba del pecho, en busca de aire, como si fuera eso lo que le impedía respirar con normalidad.

- ¡¡¡Me cago en todo!!! Eva, ¿te liaste con otro?, confirmamelo de una jodida vez ¡¡¡Ya no sé ni para qué lo pongo en duda!!! ¡¡¡Tiraste nuestra vida a la basura por un puto polvo!!! – su cara se descompuso, y palideció.

- Eso es lo que has venido a buscar, eso es lo que quieres que te cuente, ¿no quieres encontrar el verdadero motivo que me llevó a hacer lo que hice? – me justifiqué, y me di asco.

- ¡¡¡¡¡¡Y UNA MIERRRRRDA!!!!!! – se giró hacia mí, y llevó sus puños, cerrados, hasta sus ojos, presionando con fuerza sobre ellos - ¿Qué estás buscando? ¿Alguien que cargue con tus errores? Eva la perfecta, nunca la caga ¡No me jodas, niña, y asúmelo! Conociste a un sudaca, te lo tiraste, te comió la oreja, y a saber qué más, de paso, y te prometió mil cosas, si te lo traías a España; ¿es eso lo que valgo para ti?, me cambias por un polvo, y te escudas en que lo hiciste porque estábamos mal - parecía ido, gritaba, y gesticulaba, como poseído, caminaba descontrolado, por el vestíbulo de la casa de nuestros amigos.

Me dolió tanto que ninguneara mi historia con Ángel, que reaccioné de la peor manera posible, entrando en su juego, compartiendo su rabia.

- Sí, Sebas, me lo comió como nunca nadie lo hizo, y me folló, no una, si no decenas de veces. Pero tranquilo, se quedó allí, no me necesita para venir, porque es español, y aunque no voy a

volver a verlo nunca, me gustaría hacerlo para darle las gracias, no por los polvos, si no por devolverme mis ganas de vivir – ¿¡mierda, qué acababa de hacer!?

-¡¡¡¡AAAAAHHHHHHHHHHHHH!!! – gritó, se revolvió, y tiró todo lo que estaba sobre el recibidor, de un manotazo cayó todo al suelo, rompiéndose las figuras en mil pedazos, tirando las llaves, y los elefantes tailandeses, que adornaban la entrada. Se giró hacia mí, vi furia, y descontrol, en sus ojos, cuando levantó el brazo abriendo la mano.

- Ni se te ocurra, no te atrevas – dije, muy despacio, con los dientes apretados, sin apenas mover los labios.

Sebas bajó el brazo, lentamente, y se llevó las manos a la cara, fue ahí cuando comenzó a llorar, a llorar como un niño, a llorar como yo lo hice durante días, y días, y días...

- Sebas, por favor, no nos hagamos esto, vamos a tranquilizarnos... - sentí un *bum*, dentro de mi pecho, y después dolor. Mi reloj dolía. Mi marido lloraba de pena, y yo me moría por haberle hecho tanto daño.

- No me hables ahora, Eva, ahora no... Dame un minuto, por favor. Necesito calmarme, porque lo que me apetece hacer no es propio de ningún hombre, así que te pido que te calles, como lo has venido haciendo durante meses – escupía palabras envenenadas, pero no tenía el valor de mirarme.

Fue al baño, tardó como cinco minutos. Yo me quedé clavada, en la entrada, no podía moverme, aquello estaba siendo mucho peor de lo que había imaginado. Nos estábamos destruyendo. Nos estábamos hiriendo de muerte, con heridas que ni el tiempo cura, porque siempre habrá una cicatriz, que reviva el dolor en el recuerdo.

Cuando salió del baño, ya no lloraba, pero sus ojos continuaban rojos.

Caminó hacia el sofá, y empezó a disculparse, pero seguía sin mirarme.

- Lo siento, Eva, siento haber levantado la mano, quiero que sepas que nunca la habría bajado, que nunca sería capaz de hacerte daño, lo sabes, ¿verdad? – pero esta vez no era capaz de mirarme por vergüenza.

Yo me moría de pena, por haberlo visto tan fuera de sí.

¡Claro que sabía que nunca sería capaz de bajar esa mano!, por supuesto que lo tenía claro. Era Sebas, por favor, mi marido... mi todo, hasta no hace mucho...

- Yo también lo siento, Sebas, lo siento muchísimo. Sé que nunca lo harías. Claro que lo sé - caminé hacia el sofá, donde él permanecía de pie - Sebas, yo...

Me hizo un gesto con la mano.

- Espera, déjame hablar a mí primero, creo que me merezco esa prioridad – resopló - Vas a tener que darme explicaciones, aunque no quieras - hizo una pausa, para tomar aire, y continuó - ayúdame a entender, por favor – buscó mis ojos – ayúdame, porque te juro que no sé con quién he estado compartiendo más de trece años de mi vida.

- Hace mucho tiempo que no soy feliz, que dejé de ser yo... – comencé por el principio, pero me interrumpió.

- ¿Todo eso es por...? – y no pudo acabar la pregunta, la voz se le quebró, y se dejó caer, sin fuerzas, sobre el sofá.

Yo sabía que estaba hablando de nuestro bebé.

- Me temo que sí, Sebas, pero, realmente, no lo sé. Yo decidí guardar mi dolor y tú, mientras tanto, te reponías a un ritmo que no era el mío. Por eso, cuando te vi tan lejos, entendí que, así, no podíamos seguir, y empecé a fingir normalidad, para continuar con nuestra vida, por si la solución era esa; pero de nada sirvió, porque yo sólo acumulaba más dolor... un dolor al cual no era capaz de sobreponerme, y rabia, rabia por ver que tú sí lo conseguías – ¡¡Dios, estaba hablando, estábamos hablando!! ¿Por qué habíamos esperado tanto?

- ¿Que yo lo conseguía? – me miraba, y sonreía con ironía - ¿Que yo lo conseguía? No sabes lo que estás diciendo... - y su cara de niño desangelado volvió a aparecer - Yo he perdido la posibilidad de tener hijos, igual que tú, porque tú eres mi mujer, Eva, mi mujer hasta que me muera, no quiero a otra. Era yo el que estaba viviendo una realidad fingida, no tú, porque a mi mujer ya la había perdido aquel día, cuando salimos del hospital, aquel puto día en el que no te acompañé a la revisión. Te agarré de la mano, y llegamos juntos a casa, pero en realidad vine yo sólo, tú ya habías decidido dejar de luchar – tuvo que apartar sus ojos de los míos, para continuar hablando - Cuando por las noches me despertaba, porque te escuchaba llorar, tragaba, y respiraba profundamente, porque no tenía palabras para consolarte, ¿qué cojones iba a decirte?, ¿qué podía decirle a mi mujer, que seguía llorando, y callando, día tras día, noche tras noche...? - me volvió a mirar - Yo no podía ayudarte, en ese momento, Eva, yo estaba hecho polvo, me movía entra la ira y la desesperación, pero no me podía permitir hundirme, no podía caer en un pozo, como tú lo hiciste, porque entonces, ¿qué sería de nosotros?, dime, ¿qué sería?... – otra vez apartó su mirada, y, apoyando los codos sobre sus rodillas, se cubrió la cara con las manos - De repente, un día llego de trabajar, y te encuentro preparando la cena, hablándome como si los dos meses en silencio no hubieran existido, y yo... yo volví a sentir que todo podía ser posible, que todo podía volver a tener sentido, y que tus silencios habían valido la pena. Hasta que te miré a los ojos... – como hizo en ese momento - y cuando lo hice, no me quedó ninguna duda de que estabas fingiendo, de que era una manera diferente de no ser tú, de nuevo... y me vi sin fuerzas, ante tu manera de afrontarlo, no tenía fuerzas porque temía perderte si te presionaba, temía que lo que quedaba de ti ya no me quisiera, temía que me vieras como el culpable de todo lo que nos había pasado, y no me quedó otra que seguir dejándote hacer a tu manera. Así que ahora no puedes decirme que un completo desconocido, en quince días, te dio lo que yo no pude darte, en todo este tiempo – tragó, y esperó mi reacción.

Y yo no podía quererlo más, por todo lo que me acababa de decir, y que llegaba tan tarde... ¿Por

qué no me había hecho reaccionar, de ese modo, durante todos esos meses que estuve muerta en vida? ¿Cómo había sido capaz de engañar a mi marido?

- No supimos manejar nuestro dolor – me senté a su lado, con cautela, muy despacio, no quería espantarlo - ambos somos culpables de...

- ¡¡No me jodas, Eva!! ¿Quieres decirme que yo tengo la culpa de que tú te hayas metido en la cama con otro? – pero no elegí bien mis palabras...

Nuestra conversación iba y venía, sin ton ni son. Por momentos, la atmósfera se volvía posible, se volvía amor, y nuestros cuerpos temblaban por la necesidad el uno del otro, pero, al momento, una palabra, una respuesta, un gesto, le daba la vuelta a todo, y la rabia, la impotencia, el miedo, el dolor, y la decepción, volvían a reinar.

- Supongo que todo esto es por mi culpa – terminé por asumir.

- ¿Supones? - se llevó los dedos a los ojos y presionó fuerte, mientras inspiraba sonoramente.

- Sí, Sebas, supongo, porque una pareja es cosa de dos.

- Eva, tú hace tiempo que no cuentas conmigo, en esta “*pareja*” – y entrecomilló, con sus dedos, esa última palabra.

- Ya no hacíamos el amor... cuando nos besábamos...

- ¿Cómo íbamos a hacer el amor? ¿Cuándo? Por favor, Eva, si parecías un alma en pena, vagando por la casa, ¿en qué momento crees que podía proponerte hacer el amor?, ¿cuando despertaba por tu llanto, a media noche, o cuando te sentabas a cenar, y revolvías la comida, para recoger el plato igual de lleno que lo habías servido?, ¿cuando evitabas mirarme a los ojos, en el reflejo del espejo, o cuando, directamente, dejaste de coincidir conmigo en el baño? ¿Cuándo, Eva, cuándo? Quizás la última noche habías esperado que yo te diera una despedida, para que te fueras a Brasil sin ninguna necesidad física, y no echaras en falta esa parte de tu matrimonio, ¿esa era la noche ideal? ¿Esa en la que yo seguía metido en nuestra mierda de matrimonio, y tú te marchabas quince días? – su mirada, inquisitiva, no me daba tregua. No podía ni coger aire entre tantas bofetadas de verdades.

- Me llamaste *nena*, y sólo eso fue suficiente para que en mi pecho se desatara un corazón que latía por desidia – decidí que mi verdad igual también lo podía hacer reaccionar a él.

Y noté cómo su rostro cambió, cerró sus ojos, juntó sus mandíbulas, y mordió con fuerza, lo que provocó un movimiento de la piel en sus mejillas, tragó, lentamente, e inspiró con fuerza.

- Nen... - se calló, para corregirse, y volví a sentir ese *bum*, en mi pecho - Eva, dame una razón, sólo una, algo a lo que aferrarme, porque no puedo, yo no puedo con esto – me pidió, ladeando, hacia mi cuerpo, su postura en el sofá.

- Sebas, tienes que darme tiempo, tengo que olvidarme de todo, tengo que olvidarme de él. Yo no puedo ser más sincera de lo que estoy siendo – temblé, de lo que me estaba costando respirar.

- ¿Le quieres? – y sus ojos, cerrados, haciendo esa pregunta, dolían.

- Sebas, yo... - no podía mentirle más.

- ¿Le quieres? – insistió, pero esta vez su voz sonó más alta, y tajante, me miró, fijamente, esperando su respuesta.

- Creo que me enamoré de él – y mis palabras me arañaron la garganta.

Se agarró la cara, y la frotó con ansia, antes de apartar sus manos, y volver a concentrar su mirada en la mía.

-¿Qué mierda de pájaros tienes en tu cabeza? - fin de la tregua, a las trincheras nuevamente - ¿Qué te prometió? Dime, ¿qué fue lo que te dijo?

Suspiré, y me llené de él, me llené de su recuerdo, de su manera de mirarme, de su voz en mis oídos, de sus manos por mi cuerpo, de su risa, de la mía, y de sus ganas de mí.

- ¡¡¡Habla, joder!!! – gritó, palmeando la tela del sofá, con fuerza.

- ¡No me prometió nada!, no me engañó para que cayera en sus brazos. Siempre fue con la verdad por delante, y desde el principio me dijo lo que buscaba en mí.

- Eras su puta – su voz, al decir esa frase, sonó desesperada.

- Era su amante – la rabia habló por mí.

Sonrió, y la mirada que acompañaba a esa sonrisa, se me clavó para siempre en la retina. Lo merecía, pero estaba doliendo demasiado, todo era muy reciente, hacía apenas tres días... aún tenía su olor tan presente...

- Eva, no sé si podré volver a verte a los ojos alguna vez. Me estás dando tanto asc...

- Shhh, no lo digas por favor, Sebas, no lo hagas – lo callé - Sé que es difícil, pero intentaré que lo entiendas.

- No lo entenderé nunca. Nunca podré entenderlo, ahora me doy cuenta, estás enamorada de él, estás enamorada de otro – a medida que lo decía, menos crédito daba a lo que de su boca salía.

- Él no está aquí, no volverá a mi vida, se ha quedado allá; he borrado su número, su correo, sus mensajes, y estoy borrándolo a él de mí. Dame tiempo – supliqué.

- Hablas como si estuviera dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva, después de saber lo que has hecho – movía, imperceptiblemente, su cabeza, a un lado y al otro, negando.

- Yo... yo aún te quie...

- Ahora soy yo el que te manda callar. ¿No conoces la frase *quíereme menos, pero hazlo mejor?*, pues te viene al pelo – miró al frente, y se mordió su labio, mientras continuaba con el balanceo de su cabeza.

- Sebas, no quiero perderte, pero necesito tiempo, para demostrarme a mí misma, y a ti, que esto no es más que otra montaña en nuestro camino. Que no es amor, que sólo ha sido sexo, sólo ha sido una manera fea, y egoísta, de devolverme a la vida; necesito tiempo para procesarlo todo – era una locura, era como pedirle peras a un olmo, pero era la verdad, lo que yo creía que era la verdad.

- Demasiado tarde. Tendrías que haberlo pensado antes. ¿Piensas que después de haberme confesado, que crees estar enamorada de otro, y que necesitas olvidarlo, voy a volver contigo? ¿De verdad me crees tan idiota? - su mano derecha sujetaba su frente, mientras cerraba los ojos, y soportaba el peso de su cabeza con sus brazos, doblados, y apoyados sobre las rodillas.

Me parecía un sueño lo que estaba viviendo, no podía ser cierto que todo se acabara así... de esa manera.

Ahora estaba sufriendo el alcance de mis hechos, y temía que sólo estaba empezando a apreciarse el dolor.

Me sorprendí cuando, por inercia, mi brazo comenzó a estirarse, para tocarlo. Detuve el movimiento cuando Sebas se movió, y miró al techo, apoyando su espalda, por completo, en el sofá; inspiró varias veces, por la nariz, mientras soltaba el aire por la boca; de repente comenzó a hablar, sin apartar la mirada de las vigas de madera.

- ¿Sabes qué fue lo que pensé el día que nos conocimos? – tercer *bum*, y vacío, eso fue lo que mi cuerpo sintió, cuando lo escuché formularme esa pregunta.

- No - me costó tragar la saliva, que se había acumulado en mi boca.

- Te vi esperando el metro, en Atocha, cargada con aquellos tubos, llenos de dibujos, de carpetas de todos los colores, apartándote el pelo de la cara, mientras te contorsionabas, para que nada se te callera al suelo, y pensé “*¡qué bonita es!*” Me acerqué, porque me atrajiste como un puto imán. Lo hice con disimulo, porque estaba seguro de que no serías capaz de entrar, con todo lo que cargabas entre tus brazos, en el vagón, y necesitarías ayuda, pero me equivoqué. Te hiciste hueco entre la gente, y yo sonreía, detrás de ti, aún sin saber muy bien por qué. Me coloqué a tu espalda, y me pegué, sin necesidad, porque el vagón no iba tan lleno como para hacerlo, pero sentía un apremiante deseo de tocarte. Un chico pasó por tu lado, para bajar en la siguiente parada, y te golpeó con su cuerpo, al rebasarte, fue ahí cuando todo se te cayó al suelo, y me dije “*lo sabía, es ella*”. Te ayudé a recoger tus cosas, y me diste las gracias, sin mirarme a los ojos, y yo necesitaba que lo hicieras, así que te hablé, ¿recuerdas lo que te dije? – me miró.

Claro que lo recordaba, nunca podría olvidarlo, pero dejé que continuara hablando. Sólo asentí.

- “*Estoy en contra de la violencia, por lo que no he creído apropiado haberle partido la cara a ese chico, por lo que te acaba de hacer, pero sí creo en la justicia, así que, si quieres denunciarlo, yo te representaré, encantado*” te tendí mi tarjeta, y tu mano, temblorosa, la agarró, mientras me mirabas sin dar crédito.

“*¿Denunciarlo por haberse tropezado conmigo?*” me preguntaste asombrada. Te sonreí, y te ruborizaste. Me enamoré de ti en cuanto te vi, Eva – dejó de mirar al techo, y me clavó sus ojos - Por alguna extraña razón, de las fuerzas de la naturaleza, cuando apareciste en mi vida, la completaste. Sin más.

Recuerdo, exactamente, la expresión de tu cara, mientras esperabas mi respuesta “No,

denunciarlo por haberte quitado la posibilidad de seguir conociendo a más hombres”

Estabas paralizada ante mis palabras, y yo sólo quería decirte que no te resistieras, que era una tontería, que, al final, seríamos *nosotros*.

Te cogí la mano, y me presenté: “*soy Sebas, tu futuro, desde ya*” – sonrió, y tuve que cerrar los ojos. Continuó con nuestra historia, que reviví desde la oscuridad que me aportaban mis párpados bajados - Se te volvió a caer todo al suelo, pero, esta vez, del susto por haber escuchado lo que te acababa de decir; y yo ya sabía por qué sonreía como un idiota: era de pura felicidad.

Lo único que conservaste en tu mano, fue mi tarjeta.

“*Me tienes en tus manos*”, te dije, y llevaste tu mirada a ellas, y volviste a posar tus inocentes ojos en mí. Se te curvó la comisura de la boca, en una especie de sonrisa letal; se me había acabado la valentía, ante esa sonrisa – lo vi contener, al igual que yo había hecho antes, el impulso de tocarme - así que decidí dejar la pelota en tu tejado; tú decidías, *nena* – ni siquiera se dio cuenta de que me había llamado *nena*, no lo hizo porque no estaba hablando con la cabeza, no estaba filtrando sus palabras, me hablaba con el corazón, y yo me sentía caer, con una hoja caduca en otoño, mecida por el suave viento que la acuna, antes de que toque el suelo, y muera – ya había jugado mis cartas “*Me bajo aquí, llámame, no nos hagas esperar*” te pedí, antes de salir del vagón. “*Llámame ayer*” te dije, y las puertas se cerraron.

No era mi parada, pero me bajé porque, de lo contrario, lo echaría todo a perder, te hubiera agarrado de la mano, y tirado de ti hasta mi piso, el que por aquel entonces, compartía con Pedro, pero no para hacerte el amor, no; para hacer que me miraras, el tiempo que necesitaras, hasta que te dieras cuenta de que tú destino era *YO*.

Dos días enteros, con sus veinticuatro horas, cada uno, tuve que esperar por ti. Si le preguntas a Pedro, te dirá que en su vida me había visto tan nervioso; si me preguntas a mí, lo describiría como ansia. Ansia por empezar a vivir mi vida, nuestra vida; ansia por saber qué se sentiría si nos abrazáramos, ansia por probar el sabor de tus besos, ansia por tocarte, y poder cerrar los ojos, sabiendo que no ibas a desaparecer más de mi lado.

Dos días después de encontrarte, sin saber siquiera tu nombre, recibo noticias tuyas. No me llamaste, porque eso era lo que yo te había pedido, y tú querías hacerlo, *un poco*, a tu manera, así que, aprovechando que, en la tarjeta, además del teléfono, se indicaba mi dirección de correo electrónico, me escribiste un email. Cuando revisé mi bandeja, con el correo no deseado, sin siquiera abrirlo, te llevé a mi bandeja de entrada, porque sabía que, esa Eva Costa, eras tú.

No decías mucho en él, que gracias por haberte ayudado a recoger tus cosas del suelo; que había sido algo *desconcertante* lo que te había dicho, y que, si algún día volvíamos a coincidir, me invitarías a un café.

Después de tu email, recibiste uno mío, cada día, durante veinte días, con una canción adjunta; hasta que no aguantaste más, y nos hiciste coincidir. Recuerdo que a la quinta recibí respuesta...

La quinta: *“Mis manos en tu cintura” En chicas que yo conocí, ya un algo tuyo yo busqué, y cuando al fin yo te hallé, en tu besar ya pude comprender que eras tú la fábula que iluminaba mi soñar.*

Y me respondiste... ¡¡Oh, nena, no te puedes imaginar cómo me supo el aire, que llenó mi pecho, cuando leí tu respuesta!!

EVA COSTA:

“Mas este amor es una pena que siendo hermoso tenga un final” la canción continúa así.

¿Me lo parece a mí, o te estás rindiendo, abogado? ¿Das mi caso por perdido? Me pareciste más pertinaz.

No desistas, insiste un poco más, vamos; ese café está cerca.

SEBAS RÍOS:

Si me pides guerra, lucharé hasta morir, Eva.

Y continué luchando, pero te resistías. El noveno día, volví a saber de ti...

La novena: *“Quiero dormir cansado” Quiero dormir cansado y no despertar jamás; quiero dormir eternamente porque estoy enamorado y ese amor no me comprende.*

EVA COSTA:

“Durmiendo vivir durmiendo. Soñando vivir soñando, hasta que tú regreses y te entregues en mis brazos”

No has elegido la estrofa correcta... me decepcionas.

SEBAS RÍOS:

Dime que todo esto está valiendo la pena.

EVA COSTA:

¿O si no, qué?

SEBAS RÍOS:

Si no tendré que amarte a la fuerza, y será traumático para ambos.

Yo sabía que no me había equivocado contigo, porque cuando quién toma la decisión no es la cabeza, uno no suele equivocarse, y sí, te lo dice un abogado.

La canción número trece, volvió a obrar el milagro, y volviste a responder a mi email...

La decimotercera: *“I will always love you” And I Will Always Love You, I Will Always Love You. You, Darling, I Love You. I'll Always, I'll Always Love You.*

“Y yo siempre te querré, yo siempre te querré. A ti, cariño, te quiero. Yo siempre, siempre te querré”

EVA COSTA:

¿Dolly Parton? ¿En serio? Quiero conocer a la mujer que te ayuda con las canciones... Aunque ésta también es de despedida, me encanta. El café... ¿solo o con leche?

SEBAS RÍOS:

Un día lo pasaremos escuchando música; sentados en el suelo, con una copa de vino sobre una alfombra, donde esparciré mi colección de CD's, y vinilos, así disiparás tus dudas acerca de mis gustos musicales.

El café solo, y contigo.

Pero, ese café, tuvo que esperar una semana más; siete eternos días hasta que, Michael Jackson obró el milagro...

La vigésima: *"I just can't stop loving you" I just can't hold on. I feel we belong. My life ain't worth living, if I can't be with you. I just can't stop loving you. I just can't stop loving you and if I stop... Then tell me just what will I do, cause I just can't stop loving you.*

"No puedo esperar. Siento que somos el uno para el otro. No merece la pena vivir la vida si no puedo estar contigo. No puedo dejar de amarte. No puedo dejar de amarte y si lo dejo... entonces dime qué voy a hacer, porque no puedo dejar de amarte"

EVA COSTA:

En Paseo de Recoletos, hay una cafetería que se llama El Espejo... si mañana, a eso de las seis de la tarde, coincidimos allí, quizás te apetezca tomar ese café solo... conmigo.

Y coincidí; y todo lo que pasó después fue maravilloso, y divertido, y nuevo, y diferente, y difícil, y duro, y desesperante... lo que pasó después se llama: vida – de repente... el silencio.

Tras recordar, de su boca, el comienzo de nuestra historia, con todo lujo de detalles, sentí un peso en mi interior que me hundía hacia abajo, que me presionaba, sin dejarme la mínima posibilidad de movimiento. Una sensación difícil de explicar, algo así como tener el pecho abierto, y sentir como unas manos bombean tu corazón, para evitar que éste se pare. Era consciente del recorrido que hacía el aire que inspiraba, porque su densidad provocaba que se moviera, dentro de mí, con lentitud, y podía sentirlo espeso, mientras bajaba por la faringe, la tráquea, y llegaba a mis pulmones. Sentía el movimiento de la sangre, resbalando hacia mis extremidades, abandonando su circuito natural, porque ya no tenía sentido seguir dando vida a un alma muerta.

Lo miré, porque después de lo que me había contado, después de cómo me lo había contado, no verlo sería aún más injusto, que todo lo que le hice en Bahía.

Una sonrisa, melancólica, se dibujó en mi boca, y Sebas también sonrió, se acercó más a mí, en el sofá, y estiró su brazo izquierdo, por el respaldo, con su mano llegaba a mi pelo, y me cogió un mechón, lo enredó entre sus dedos, y lo dejó ahí; no me aparté, y me odiaba por no hacerlo, porque no lo merecía.

- No creo que me haya portado mal contigo – dijo, con un tono de culpa que me sobrepasó.

Hablé sin pedir ayuda a mi cabeza, hablé con el corazón masajeador por unas manos que lo mantenían con vida... sus manos.

- Sebas... no puedes dejar que lo nuestro se acabe, tienes que darme la oportunidad de demostrarte que no te equivocabas conmigo. Pero necesito olvidar.

Soltó mi pelo, se sentó más recto, y sus ojos se enfriaron.

- No necesitas olvidar, ¡necesitas olvidarlo! – le dolía, podía sentirlo.

- No estaba en mi mejor momento, se metió en mi cabeza desordenada, esto no hubiera ocurrido si nosotros estuviéramos bien – y sentí su escalofrío, recorriéndome la espalda. Temblé.

- Dices que, un desconocido, te dio lo que yo no te daba. Si te daba mi vida, ¡¡joder!! – apretó sus puños, desesperado, y miró hacia arriba, vaciándose de oxígeno.

- ¿No te das cuenta de que hablamos diferentes idiomas, desde hace muchos meses?

- ¡¡Joder, Eva, no puedo mantener el control, no puedo!! ¡¡No puedo estar hablando de esto, sin perder la calma, no puedo ver cómo se está yendo a la mierda mi vida, y hacerlo a ritmo de bolero!! – se contenía, apretando la cabeza entre sus manos.

- ¡¡Lo siento, Sebas, lo siento!! Siento haber llegado tan lejos, siento haber tardado tanto en darme cuenta del error que estaba cometiendo... de lo que me estaba jugando.

- Eso es, exactamente, lo que siento, que he perdido el tiempo contigo, que nuestra vida ha sido una mentira – se volvió hacia mí, retándome con la mirada.

- No digas eso, no hables así de nosotros.

Se mordió el labio inferior, con saña, apretó sus manos, y exhaló fuerte. Su rabia volvía a hacerse fuerte dentro de él, y necesitaba tomar el control, nuevamente.

- Ya está bien, no quiero seguir escuchando un *nosotros* de tu boca, quiero que me hables de él. Necesito poder odiar a alguien, aunque, ese alguien, no sea la persona que más se lo merezca – concentró toda la intensidad de sus palabras en los ojos, y me miró, imperturbable.

- No lo haré, Sebas, no quiero hacerte más daño; sólo necesitas saber que me hizo reaccionar, me hizo olvidarme de todo, y me devolvió a mi camino, a mis ilusiones, me sacó de mi pozo – era verdad... no toda la verdad pero, ¿para qué contar más?

- Voy a respirar antes de hablar, porque lo que me provoca hacer es empezar a dar hostias a todos los muebles de la casa, y pensar que es la cabeza de ese hijo de puta. ¿Qué cojones te hizo, Eva? No entiendes que tus sentimientos van a durar una mierda, no entiendes que vuestro amor es imposible, no ves que el que está aquí soy yo, ¿es que no lo ves? No me explico cómo has sido capaz, ¡joder!; cómo has podido cambiar lo nuestro por unos cuantos revolcones – se revolvió, en el sofá, hasta que quedó sentado al borde del mismo.

- No te estás enterando de nada, no sé si no quieres hacerlo o, realmente, no me entiendes – me empecé a desesperar, porque me veía presa, en una espiral, con subidas y bajadas, para las que, todavía, no estaba preparada.

- ¿Te entiendes tú misma? – me preguntó con arrogancia.

- En lo que a él se refiere, sí – le respondí temblando, porque no descubriera la mentira en mis ojos.

- Pues adelante, soy todo oídos – me animó a explicarme, con un gesto de sus manos.

- Conocer a Ángel... - titubeé.

- ¡¡Ángel!!!... Ángel caído del puto cielo. ¡¡Me cago en todo, Eva!!!! ¡¡Me cago en ti, y en los putos pajaritos de tu cabeza!!!! - otra vez gritos.

- ¡Vale, Sebas! ¡Vale ya! No voy a contarte más, es absurdo – cerré los ojos, y sostuve mi cabeza, entre mis manos.

- No, vamos, cuéntame, cuéntame cómo te lo hacía, cuéntame como hacía para que te corrieras, cuéntame que postura era vuestra favorita, cuéntamelo, porque me vendrá muy bien, ahora que estoy, de nuevo, en el mercado – me provocaba, buscaba la herida y metía el dedo, me hablaba con el desprecio que nace de la impotencia, por tener algo tan cerca, y no poder alcanzarlo.

- ¡¡Basta, Sebas, basta, por favor!! – me tapé los oídos.

- Ah, perdona, mejor háblame primero de vuestras conversaciones trascendentales, háblame de vuestro ritual de cortejo, antes del apareamiento; sí, mejor háblame de cómo te convenció, apuesto a que le costó muchísimo, seguro que tuvo que, además de enseñarte la minga, decir alguna frase tipo “*Nena, tienes cara de malfollada, ¿le ponemos remedio?*” – se burlaba de mí, para llevarme al límite, y conseguir su propósito... que explotara en ira, como él.

- Vete a la mierda.

«*No voy a entrar en tu juego*»

- Estoy en ella, metido hasta el cuello.

- Pues no pienso dejar que me arrastres.

Se pasó la mano por el pelo, por sus ojos, y acabó apretando en la unión con la nariz.

- ¿Follabas mucho? ¿La tenía grande? ¿Lo pasabas mejor con él que conmigo? – insistía sin darme tregua.

- Sebas, por favor – le supliqué, buscando su mirada, para que me hiciera caso, y dejara de hurgar en la llaga.

- ¡¡No!! Creo que tengo derecho a saberlo; me debes una explicación que me deje satisfecho, ¿tú no has quedado satisfecha?, pues yo merezco lo mismo – insistía con todo: palabras, la entonación con la que me hablaba, los gestos de su cuerpo, y la sonrisa cínica, que no abandonaba su cara.

- Puedo contarte, con pelos y señales, todos nuestros polvos, pero eso no solucionaría nada; eso no va a ayudarnos con lo nuestro, eso sólo va a joderlo aún más, si es posible – quise hacerlo entrar en razón, una vez más.

- ¡¡ME LO DEBES, QUIERO ESCUCHARLO!! – pero no vaciló en su empeño.

- Oh, Sebas, no me hagas esto, no sirve de nada – volví a cubrir mi cara, con mis manos, y supliqué, nuevamente.

- ¡¡A mí me sirve, necesito escucharte!! – me apremió.

- ¿Qué es lo quieres saber? – pregunté hastiada, rendida, sin fuerzas.

- ¡¡QUIERO ENTENDER, QUIERO QUE ME CUENTES QUÉ COÑO TE HIZO ESE CABRÓN,

PARA QUE VOLVIERAS TAN CAMBIADA!! ¡¡HABLA!! ¡¡DÉJAME ODIAR A ALGUIEN, Y CALMAR MI DOLOR, JODER!! ¡¡CONCÉDEME ESO, POR LO MENOS!! – gritó, fuera de sí.

- ¡¡Me volví loca por él!! – y yo firmé mi sentencia, al morder su anzuelo, y comenzar a hablarle de él. Desenfocando la realidad de nuestro problema, e iluminando el camino equivocado - Mi cuerpo lo necesitaba, me excitaba sólo con pensarlo, me excitaba tanto, que era capaz de correrme con el roce de una costura. Sólo pensaba en follar, en follar, y correrme. En que me tocara, me besara, me provocara un orgasmo tras otro y, cuanto más follaba, más lo necesitaba, con él siempre quería más, nunca tenía suficiente... Era sólo sexo, Sebas, sólo sexo, ¿puedes entender eso? – esto último lo dije en un tono tan bajo, que casi no me escuchaba ni a mí misma, porque su voz resonaba en mi interior haciendo eco *“mientes, se te nota mucho cuando mientes, santera”*

- Siempre fuiste una zorra, una zorra caliente. ¿No recuerdas nuestras primeras veces? ¿No recuerdas que siempre era yo el que te frenaba? Si por ti fuera, lo habríamos hecho hasta en unos baños públicos – y había tanto odio en sus palabras, que me hizo temblar.

- Sí, hasta en eso me ponías freno. Sebas el correcto, Sebas el formal, ¿cómo iba a hacerlo en un sitio público?, ¿cómo iba a dejarse llevar? – me crispó su manera de referirse a mí; ¡a su mujer, coño!

Se levantó, dio una patada, a la mesa del salón, y tiró las revistas que estaban sobre ella.

Después se volvió hacia mí y, poniendo su cara a escasos centímetros de la mía, me habló.

- ¿Es eso, Eva?, ¿quieres sexo salvaje, quieres que te folle, como si me importaras una mierda? ¿Quieres que te lo haga duro, y que te tire del pelo?, puedo incluso darte unos azotes, puedo hacerlo - se llevó la mano a su erección, y gruñó, después llevó la mía hasta allí; me resistí, pero me la agarró muy fuerte y, de un tirón, hizo que la posara sobre su miembro, que no estaba completamente excitado, pero me sorprendió que tampoco estuviera del todo flácido - Vamos, Eva, yo también puedo darte ese tipo de sexo, puedo follarte, puedo echarte un polvo salvaje, puedo hacerlo, ¿es eso lo que quieres?

- No, Sebas, no es lo que quiero – bajé, rendida, mi mirada al suelo.

- ¿Por qué, Eva, por qué no quieres que follemos? Igual quieres que te obligue, ¿quieres que te fuerce? ¿Ahora te gusta así? Igual, en todos estos meses que estuvimos sin sexo, no te hubiera importado que te follara, para aliviar mi dolor de huevos; que te montara y me corriera sin más, dentro de ti; que me importara una mierda si tú querías, o no... quizás me estoy llevando la sorpresa de mi vida, y he estado con una persona que no conozco, porque, en realidad, ya no te reconozco.

- Ni yo a ti – le dije, mirando a sus ojos, que se paseaban, perdidos, por toda mi cara.

- Pues bienvenida a mi mierda de vida. Ahora follemos como te gusta.

Intenté quitar la mano de su pene, pero me lo impidió, agarrándomela con fuerza. De repente, se

colocó sobre mí, en el sofá, llevó mi otro brazo a mi espalda, y me aplastó con su peso, su mano seguía agarrando la mía, sobre su sexo; se desabrochó el pantalón, y se bajó, un poco, el slip; dejó su erección en libertad, y con su mano movía la mía, frotándola contra su miembro, que iba ganando en dureza.

Tomó mi boca, violentamente; su lengua no se doblaba, con ella, muy rígida, se abría paso entre mis labios, no paraba de gemir, no lo reconocía, no era él, estaba fuera de sí.

Yo le pedía que parase, pero no me hacía caso. Bajó su mano hasta mi entrepierna, rompió el botón de mi pantalón, de lo fuerte que tiró de él, y rompió mis bragas, cuando se hizo paso entre ellas, para llegar a mi entrada.

- ¡¡No me jodas, estás húmeda!! No te conozco, Eva, no sé quién eres, ¿ahora esto es lo que te gusta? Deja de decir que no, porque tu cuerpo habla por ti; ¿por qué no quieres hacerlo conmigo, Eva? ¡¡¡Soy tu marido, soy tu jodido marido!!! ¿Cuánto hace que lo has olvidado? ¿Por qué me lo estás poniendo tan difícil?

Aunque me mordí la lengua, para no decirlo, no pude aguantarme...

- ¡¡¡PORQUE TÚ NO ERES ÉL!!!

Silencio, se paró en seco, se quedó completamente estático, yo tampoco me moví, sacó su mano de mi sexo, y dio un puñetazo en el cojín, que estaba bajo mi cabeza.

Se sentó en el sofá, y se encogió, como si le diera un retortijón muy fuerte de barriga, se apretó la cabeza con las manos, se le escapó un alarido, y volvió a romper en llanto.

Qué triste se volvió todo a nuestro alrededor...

Me incorporé, hasta quedar sentada, como él, y dudé si tocarlo. Estiré mi brazo, hacia Sebas, lo dejé suspendido, en el aire, unos segundos, hasta que mi mano se apoyó en su pelo corto.

Sebas tembló a mi contacto y, tras un primer momento, de incertidumbre, agarró mi mano entre las suyas, la cogió y la bajó por su frente, la pasó por sus ojos, se entretuvo un rato oliéndola, y la llevó, finalmente, a su boca; al principio no sabía si eran sus lágrimas, las que la humedecían, después me di cuenta de que, la humedad que notaba, eran sus labios sobre ella, besándola. Primero besaba el dorso, muy dulcemente, dando pequeños, pero largos besos, después la palma y, tras hacerlo, levantó la mirada, hasta encontrarse con la mía, entonces, mirándonos fijamente, empezó a besar mis dedos, uno a uno... cuando hubo acabado, con los de una mano, empezó con los de la otra. Ya no necesitaba obligarme, ya no intentaba retirar mi mano, tras haber besado los diez dedos, empezó a chuparlos, uno a uno, sin dejar de mirarme, casi sin pestañear.

Se desabotonó la camisa, y se deshizo de ella, me quitó mi camiseta, y me desabrochó el sujetador, seguía sin apartar sus ojos de los míos; continuó besándome, desde la mano, hasta el cuello y, mientras recorría ese camino marcado, se deshacía de los zapatos, los ejecutivos, y el pantalón.

Se dedicó, en cuerpo y alma, a mi cuello, me conocía bien, y sabía que, esa zona, era mi

debilidad, lo sabía y no se le había olvidado, aunque hacía mucho que no me lo demostraba. Mientras mordía, lamía, y gemía en mi oreja, me quitó el pantalón, y los calcetines.

Se colocó encima de mí, aguantando su peso con los antebrazos. Con sus manos, agarraba mi cara, y empezó a besarme, esta vez lentamente, suave, pero muy, muy profundo. Abrí la boca, y acompasé nuestras lenguas, mordíamos nuestros labios, recorriamos nuestros dientes con la lengua, chupábamos, gemíamos, y así estuvimos mucho tiempo, tanto, que ya notaba un hormigueo en los labios, como un cosquilleo que me alejaba del beso, ya no lo sentía, ya me estaba empezando a sobrar el tiempo allí, así que, la nueva Eva, agarró a Sebas, por la parte de arriba de la cabeza, y lo empujó hacia abajo, sutil, pero eficazmente. Él lo entendió, me volvió a mirar, y sonrió amargamente, pero no se hizo de rogar, bajó hasta mis pechos, los apretó, me miró, y los miró, y exteriorizó una expresión de dolor, con una mueca que arrugó su entrecejo. Ambos sabíamos lo que estaba pasando allí, temí que parara, que se echara atrás, pero no lo hizo, no se contuvo, siguió con su lenta agonía que, en esta ocasión, era también su placer, nuestro placer.

Mientras yo me dejaba hacer, y acariciaba su pelo, él se entregaba, con dedicación, a mis pechos: los lamía, a lametones cortos y rápidos, como un perro bebiendo agua; después los chupaba, con ganas, con furia, con ímpetu, seguía chupando, mientras los iba soltando, y cuando llegaba al pezón lamía, a veces mordía, pero me encantaba, me volvía loca, yo me retorcí, buscando su contacto, buscaba rozarme con cualquier parte de su cuerpo, mientras él se movía, como si me estuviera penetrando.

Cuando ya tuve suficiente, volví a empujar, volvió a mirarme, y comenzó a bajar, me moría de ganas de hablarle, quería decirle lo que necesitaba pero, aunque estaba dejando que la nueva Eva se apoderara de mí, sabía que eso sería demasiado para él, que se notaría demasiado cuánto había cambiado, así que tenía que morderme la lengua, y hablar en mi cabeza, pero no debía hacerlo a través de mi boca.

Sebas me hizo un cunnilingus, como nunca lo había hecho, me corrí por primera vez, en su boca, sin importarme nada, sin vergüenza, sin pudor; me movía de arriba abajo, frotándome contra sus labios, y me dejé ir, me gustó tanto, que casi me hizo llorar.

No sentí la necesidad de devolverle el favor, así que lo que hice fue bajarle, con mis pies, su slip, y coger su pene; lo llevé hasta mi hendidura, y levanté mi pelvis, indicándole que lo quería dentro. Se detuvo, me apartó la mano, quedándose quieto, a la entrada de mi sexo, y me miró... le aguanté la mirada, mucho, mucho tiempo. Mi deseo aumentaba, esa mirada era tan sexual, tan orgásmica... era su mirada, eran sus ojos, era Sebas, descontrolado por el deseo que sentía hacia mí; era mi marido, el chico que dejó su tarjeta en mis manos, cuando nos conocimos aquel día, era el hombre que batallaba a diario con problemas ajenos, que convertía en suyos, y que buscaba su oasis en mis ojos, al llegar a casa. Era el ilusionado futuro padre que, en un mismo día, de un plumazo, perdió la ilusión, y la vida que ambos habíamos construido, en torno a nuestro amor.

Cuando mis ojos empezaron a empañarse, escuché un ahogado “NO”, saliendo de sus labios y, con un movimiento brusco, lleno de desesperación, empujó fuerte. Me penetró, tan profundamente, que grité, y me retorcí.

Me seguía mirando, fijamente, cuando abrí los ojos. Estaba cambiado, él no me miraba mientras lo hacíamos, ¿o sí? No sabría decirlo, porque yo siempre cerraba los ojos, cuando hacíamos el amor o, simplemente, apagábamos la luz, pero esto no era sólo hacer el amor, esto era sexo, sexo desesperado, sexo descontrolado, sexo, sexo, sexo con mi marido, sexo sin miramientos, sin pudor, sin vergüenza. Era sexo con amor triste, callado, eterno...

Aceleró su ritmo, y yo creí que me correría demasiado pronto, necesitaba disfrutarlo más, necesitaba saborearlo más, quería recordar, ese polvo, el resto de mi vida, así que debía moverme, para evitar lo inevitable.

Conseguí hacernos girar, hasta que quedó sentado, en el sofá, conmigo encima, y mis pechos quedaban a la altura de su boca.

- Cómeme los - no me pude resistir a pedirselo.

Arrugó su entrecejo, y me miró extrañado, pero obedeció.

- ¡Joder, nena! - sólo dijo eso, antes de volverse loco comiéndome los pechos, con una voracidad como nunca antes había mostrado. Estuvo muchos minutos mordiendo, lamiendo, estrujando, succionando, soplando, chupando... mientras yo me movía, lentamente, sobre su durísimo miembro, que se agitaba en pequeños espasmos, con el bombeo de la sangre. Cuando ya tuve suficiente, decidí acelerar el ritmo, y la fricción; el contacto de mi clítoris, con su cuerpo, era tan brutal, que no tardé nada en llegar al estado de antes de cambiar de postura, noté que él también tenía ganas de correrse pero, para asegurarme, y porque su cara, en ese estado, no me era familiar, decidí preguntar.

- Sebas, voy a correrme, ¿tú, estás listo?

- ¡¡¡La hostia puta!!!! Joder, Eva, me voy.

- Espérame, espera, espera,... ahora, ya ya ya yaaaaaaaaaaaaa

- ¡¡¡OOOoohhhhhh, Diossssssssss!!!!

«Guau, tremendo... increíble»

Nuestras respiraciones tardaron mucho en sosegar, permanecimos en esa posición, mucho más tiempo del que tardamos en conseguir respirar con normalidad; su miembro había perdido dureza, y ya no estaba en mi interior, su semen recorría mi entrepierna, cayendo en el sofá de nuestros amigos... iba a salirme cara la limpieza de la tapicería, pero había valido la pena.

De repente, Sebas agarro mi cara, juntó nuestras frentes, cerró los ojos, fuertemente, para abrirlos después, y me miró con tristeza, con mucha tristeza. Acercó sus labios a los míos, y me besó.

No, no quería que ese beso pusiera el punto final a nuestra historia; en realidad no quería que nuestra historia terminase, así que convertí aquel beso de despedida, en un beso de deseo, de

pasión... labios que chocaban, lenguas que se enroscaban, dientes que mordían, jadeos en forma de susurros, que iban subiendo de volumen, a medida que el beso se transformó por completo; succión de labios, roces con la lengua, lametones y, otra vez, Sebas listo para una nueva embestida, sentí crecer su miembro entre mis piernas, y me deslicé sobre su cuerpo, hasta quedar de rodillas, en el suelo, donde coloqué un cojín, para estar más cómoda. Sebas acomodó su posición, dejándose caer más en el sofá, cuando adivinó mis intenciones.

Primero busqué sus ojos; Ángel me había enseñado que la mirada jugaban un papel muy importante, que no era lo mismo que te la chuparan a oscuras, a que lo hicieran mientras te miraban, que el morbo que aportaba ese juego de miradas, era el cincuenta por ciento del orgasmo, así que, acordándome de sus palabras, miré a mi marido, antes de llevarme su sexo a la boca.

Sebas tenía la cabeza hacia atrás, por lo que no podía verme.

- Mirame – le pedí.

Con un gesto rápido, obedeció, y su pene tembló entre mis manos.

- No dejes de mirarme.

Con mi mano derecha, empecé a mover, muy suavemente, y de arriba abajo, la piel que rodeaba su miembro. Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo. Con mi lengua, al mismo tiempo, iba recorriendo desde su capullo hasta la base. Después repetí el proceso con pequeños chupetones, y mordiscos suaves; de vez en cuando buscaba sus ojos, que no se apartaban de mí, como le había pedido. Cuando ya hube jugado bastante, y la sentía muy dura, entre mis manos, empecé a introducirla, lentamente, en mi boca, muy lentamente, hasta llegar casi a la base, ahí lo miré, Sebas gimió, y volvió a echar hacia atrás la cabeza pero, inmediatamente, volvió a mirarme a la vez que resoplaba.

Apuré mis succiones y el movimiento de mi mano, Sebas empezó a mover su pelvis, buscando más profundidad, quería que me la comiera entera, no sabía si podía hacerlo sin que me dieran arcadas, pero iba a intentarlo; la de Ángel no podía, él lo sabía, y tenía la precaución, aún en esos momentos de enajenación cuando el orgasmo asoma, de no metérmela completamente; la de Sebas era algo más pequeña, pero más gorda... podía intentarlo.

Con mi mano izquierda, masajé sus huevos, y presioné el canal que va hasta su ano, se revolvió, y me agarró la cabeza. Ahí era donde yo pretendía llevarlo, justo ahí.

Sin dejarme mucho margen de movimientos, empezó a follarme la boca. Retiré mi mano de su pene, y sólo apretaba los labios, para que notara más fricción, él ya se movía desesperado, balanceando sus caderas me penetraba, sin dejar que retirara mi cabeza. Estaba tanto o más excitada que él, y me encantaba; me encantaba que se liberara, que dejara hacer a su deseo.

Cuando notó que no aguantaba más, me soltó la cabeza.

- Nena, me voy a correr – me lo dijo a modo de advertencia, me lo dijo para que hiciera como

siempre, para que me apartara a tiempo, pero ahí fue cuando la volví a agarrar, y no aminoré la marcha, seguí el ritmo que él había marcado con sus embestidas contra mi boca, pero ahora era mi mano la que lo guiaba, y mi boca seguía recibéndolo. Entendió que no iba a apartarme cuando se corriera... y explotó.

Un grito desgarrador abandonó su cuerpo, a través de su boca, cuando acabó de vaciarse dentro de la mía. Yo tragué, y supe, por primera vez, a qué sabía mi marido.

Cuando levanté mi cabeza, para ver su cara, Sebas lloraba y sonreía amargamente; tiró de mí hacia él, acurrucándose en su regazo, donde me abrazó, y me besó entre el pelo. Cuando entendí, y asumí, lo que habíamos hecho, lo que habíamos roto, yo también lloré. Volví a llorar porque lo quería, lo quería muchísimo, pero no podía ser, ya no podía ser, comprendí que era tarde; tarde para recuperar nuestra historia, la historia a la que yo había negado un final de cuento.

- Bonita despedida – dije con desazón.

- Amarga, Eva, amarga despedida – sus dedos acariciaban mi cara.

- Sobre todo para mí, que fui la que lo tragué – y sonreí sin ganas.

Él también lo hizo.

- Te mereces llevarte la parte más amarga – su tono era como una bandera blanca, que se muestra ante el adversario, porque ya no podíamos seguir luchando contra un rival al que sólo quieres derribar con caricias.

- Dentro de un tiempo, me lo agradecerás – y yo sentía como las mentiras me rasgaban la garganta, al decir las en alto.

- No lo creo – detuvo sus caricias, e inspiró con fuerza, por la nariz.

- Lo harás, Sebas; ambos nos veremos, recordaremos todo esto, y nos invadirá una sensación...

- ¿De qué, Eva? – nos miramos, y se contestó él mismo - Una sensación de mierda.

- No digas eso Sebas; ahora piensas así, pero prevalecerá lo bueno, el tiempo distorsiona lo feo.

Soltó el aire de un soplido, se limpió las lágrimas, y pasó sus pulgares por las mías.

- ¿Vas a intentar volver a verlo? – se mordió el labio, tras preguntar con miedo.

- ¿Por qué quieres hablar de eso ahora? – su mirada aplastaba, y se mostraba perdida. No me respondió, no podía - No – me odié por haber sentido dolor, pronunciando esa palabra.

- No... por ahora. No... nunca - carraspeó, para disimular el llanto en su voz.

- No, nunca – y un escalofrío me recorrió entera.

Soltó una gran cantidad de aire, que tenía acumulada en su pecho, y dejó escapar un poco de ese miedo.

- Fuiste buena alumna... y él un buen maestro – habló mirando el techo.

- Iba herida, y me curó... quizás algún día llegues a entenderlo; ahora no puedo pedirte que lo hagas, porque hasta yo he llegado a confundirme – tenía la esperanza de que yo también me creyera aquellas palabras.

Permanecimos abrazados mucho tiempo, así, desnudos; sabíamos que, en cuanto nos moviéramos, se rompería el hechizo, y ya no tendría sentido ese abrazo, ya no quedarían motivos para mantenerlo, no desnudos. Lo habíamos dado todo, nos habíamos entregado y despedido, el juego había terminado... ¿o no? Quizás aún hubiera una oportunidad más para nosotros... quién sabe.

Abrazada a él, con ese calor tan familiar, con ese abrazo tan a mi medida, con ese olor a casa, a él, me quedé dormida.

Cuando desperté, Sebas ya no estaba. Yo seguía desnuda, pero tenía una manta por encima. Me incorporé un poco, y miré hacia la cocina, buscándolo, pero no estaba la luz encendida, ni había ruido, la única claridad, que bañaba la casa, era la que procedía del televisor, que estaba encendido. Me acabé de sentar, y me arrebujé con la manta, que se había resbalado por mi cuerpo, al incorporarme. Sentía frío, pero no frío del que pasa al abrigarse, frío por dentro, frío de soledad, del que no se despega, del que te deja frío el corazón, que sí, que aún estaba en su sitio, estaba ahí porque lo volvía a sentir, volvía a doler, volvía a estar roto, tan roto que aunque se recompusiera, nunca sería el mismo.

Me agarré la cabeza entre las manos, y temí volver a empezar a llorar, pero no, aún quedaba un poco para eso...

Levanté la mirada, respiré profundamente, y vi su carta; sobre la mesa del salón, delante de mí, al lado de mi camiseta, y de lo que, en su día, habían sido mis bragas, junto al mando de la tele; estaba colocada donde sabía que la vería, bien cuando fuera a apagar la tele, o cuando me quisiera vestir.

Hola, Eva. No sé ni cómo empezar, si te fijas, en el cubo de la basura, hay unos cuantos folios arrugados; no pretendía juntarlos para plantarles fuego e incendiar la casa con nosotros dentro, alegando enajenación mental transitoria por amor, simplemente no me estaba gustando lo que escribía, aunque lo de morir juntos era una idea que me tentaba... no sé por qué, pero me sonaba ese final... ¿dónde lo habría escuchado? Hasta que la muerte nos separe... tendré que hacer memoria, o no, ya no, quizás sea mejor hacer borrón y cuenta nueva.

Va a resultar difícil, muy difícil, casi diría que imposible, porque se trata de dejar de quererte, se trata de olvidarte, se trata de dejar de pensar en nosotros, y volver a ser sólo yo... ya no recuerdo cómo era ser sin ti.

La verdad es que tengo que hacerlo, y no porque no desee, con todas mis fuerzas, cogerte en brazos, meterte en el coche, y volver contigo a casa... tengo que hacerlo porque no puedo olvidar, no te puedo perdonar, no soy capaz. No puedo verte sin sentir dolor por lo que has hecho, por cómo lo has hecho.

No funcionaría, no ahora, no después de todo, y no me refiero sólo a lo que hiciste en Bahía, que fue la gota que colmó el vaso, me refiero a todo lo anterior, todo eso de lo que hemos estado hablado hace unas horas, todo lo que te ibas callando, y que te fue hundiendo, y

separando de mí, y de ti misma. Todos los meses en los que te sentí tan lejos, sólo me sirvieron para una cosa, saber cuánto te quería, saber por todo lo que estaba dispuesto a pasar, con tal de que siguieras a mi lado. No me importaba soportar tus silencios, no me importaba darte el tiempo que necesitaras, hasta que volvieras a sentir la necesidad de hablar conmigo, de sentirme dentro, incluso; no me importaba no poder ser padres de manera natural, porque por ti renunciaría a todo, a todo menos a ti... pero ese "todo" tenía una sola condición: continuar siendo felices y, en nuestro caso, tu felicidad no soy yo.

Qué pena me da acabar así, nena; qué pena haber follado con amor para despedirnos, qué pena haber disfrutado, como nunca, con una Eva que no era mi nena, a la que no reconocía; qué pena no haber hablado en su momento, porque juntos éramos la bomba.

No supe ayudarte, no supe ayudarnos... aunque más bien diría que no pude. No pude hacerlo, nena, no pude porque la pérdida me dolía, y el saber que ya no habría más meses esperando, más planes de tres, me daba miedo; yo tampoco podía hablarlo contigo, así que, cada noche, antes de acostarme, antes de meterme en nuestra cama, me convencía de que ya quedaba menos, que pronto despertarías de tu letargo, y volveríamos a retomar juntos el camino, nuestro camino... y entraba en la habitación, ahogando un "buenas noches, nena", que me tragaba como un cobarde, que me callaba, porque sabía que no podrías responderme, hacerlo te supondría mostrarme tu voz quebrada, por estar aguantando ese llanto, que esperabas a liberar cuando yo me quedaba dormido, o por lo menos, cuando creías que lo estaba... Yo también aprendí a fingir, Eva; aprendí a vivir dándole la espalda a muchas cosas que no me dejaban respirar, aprendí que, para poder ayudarnos, debía hacerme el fuerte, debía superarlo, o por lo menos intentarlo, porque sumirme en lo oscuro sería lo más fácil, pero no podía ser, no podía ser que los dos nos dejáramos llevar por la impotencia, por la pena, tenía que sacar lo nuestro a flote, fuera como fuera, costara lo que costara... y ya ves qué paradoja, me costó lo que estaba pretendiendo salvar... me costó nuestro matrimonio.

Deberíamos haber hablado, sí, deberíamos haber actuado de manera diferente, sí, deberíamos, deberíamos, deberíamos... a toro pasado, es muy fácil ver los errores.

Mirarte callada, llorando en silencio, ausente, me dolía tanto que deseaba estar en casa lo menos posible, deseaba poder darte la mejor versión de mí, para ayudar a que te recuperaras, a pesar de que sabía que podría resultarte doloroso verme sonreír, verme viviendo mi día a día, obviando el dolor, haciendo como si todo estuviese bien, como antes, como siempre... sabía que eso te hería, pero lo hacía porque quería que supieras que se podía conseguir, que podíamos volver a ser felices, intentarlo, al menos; que sólo había que ponerle ganas, y sacar fuerzas del dolor, proyectarlo hacia fuera, no dejar que nos consumiera.

Eva, no supe hacerlo mejor, no supe escuchar tus silencios, o no quise, ahora mismo ya no sé qué pensar. ¡Yo era tan feliz, nena, lo era tanto, que no te lo puedes ni imaginar!; mi vida era

tal y como la había soñado: mi casa, mi trabajo, la mujer más perfecta que nunca pude imaginar, nuestros proyectos... y ahora, ahora que tengo tan reciente tus palabras, asumo mi parte de culpa, mi gran culpa. No supe entenderte, no vi lo mal que estabas, creí que el tiempo sería la solución. No me di cuenta de cómo te estabas sintiendo, ¡tonto de mí!, pensaba que podríamos volver a ser felices, volver a ser nosotros, que volvieras a ser mi nena.

Ahora viene lo peliagudo, aprender a vivir sin ti...

Te pido tiempo, ahora lo hago yo. Dame tiempo, dame espacio; deja que te odie, que asimile que he perdido mi brújula, déjame luchar contra esta tormenta, a solas, porque tu luz ya no es mi faro, ya no me guía, ya no eres mi puerto.

Apóyate en tus amigos, en Dani, en Vero, incluso en Pedro. Hazlo, Eva, hazlo porque ahora tienes fuerzas, te encuentro tan cambiada... tan llena de vida que, probablemente, esta inyección de euforia sea la que te ayude a reponerte, a volver a ser tú, pero no cometas el error de hacerlo sola, cuenta con ellos.

En cuanto a nuestra situación... no quiero estar metiendo a mis padres, ni a los tuyos, en esto, ellos deben entender nuestra decisión, y respetarnos; no deberían saber más de lo imprescindible, así que te propongo dar los mínimos detalles posibles, por lo menos durante un tiempo; eso te lo pido como un favor; no estoy preparado para hablar de lo nuestro con ellos. Con nadie.

Te vuelvo a pedir tiempo, espero que tú sí sepas darme el que yo te negué.

Fue un placer, Eva, un inmenso placer, has dejado el listón muy alto, mucho.

*Mi corazón quiere decirte **TE QUIERO, SIEMPRE LO HARÉ.***

Mi cabeza, y mi cuerpo, te dicen: adiós, mi nena.

Unas gotas de agua cayeron sobre la carta, me di cuenta de que había empezado a llorar, pero no sólo eso, me tiré al suelo, hecha un ovillo, me retorció y jadeaba, intentando que algo de aire llegara a mis pulmones; no me había ocurrido en muchas ocasiones, pero sí en alguna que otra, estaba teniendo un ataque de ansiedad, me faltaba aire, me quedaba sin oxígeno, la velocidad con la que inspiraba, no daba tiempo a que mi cuerpo recibiera la suficiente cantidad, como para resistir cinco segundos bien, me estaba asustando, nunca había sido tan fuerte; medio arrastrándome, llegué a la cocina, donde busqué una bolsa, para poder respirar en ella.

Tardé como quince minutos eternos, en normalizar mi respiración.

DIA 362 - ASUMIENDO LA REALIDAD

REALIDAD Y VERO

- ¡¡¡¡Joder, Eva, joder, joder, joder!!!! No me lo puedo creer, te juro que no me lo creo, pero ¿qué cojones te ha pasado por la cabeza? Si Sebas se desvivía por ti, ¡no me jodas, Eva! ¡¡¡Tienes un marido que no te puede querer más!!! Un trabajo que te encanta, lo tienes todo para salir adelante... ¿¿¿cómo no has pensado en todo eso??? – Vero caminaba en círculos, sin dar crédito a lo que le acababa de contar.

- Vale ya, Vero. Tranquilízate, por favor – le pedí, nerviosa.

- No, Eva, no vale. ¡No vale una mierda! Esto no es una pataleta, esto es serio, estás mandando a la mierda tu vida, ¿entiendes lo que es eso? ¿Entiendes que ya no vais a ser más: Sebas y Eva? ¿Lo entiendes? ¿No entiendes que te vas a quedar sola, por un puto polvo? – se encaró conmigo, y me abroncó.

- ¡¡Basta, Vero!!! ¡¡Basta ya!!!! ¡¡Ni una sola palabra más, ni una más!! – no era su hijo, para estar recibiendo semejante reprimenda...

- Ah, perdón, señorita libertad, es que estaba intentando dar un poco de sensatez a tu estupidez, intentaba que recapacitaras, y te dieras cuenta de que estás actuando tan egoístamente que no te reconozco – remarcaba sus palabras con un dedo acusador, apuntando hacia mí.

- La que no te reconoce soy yo – bajé la mirada a mis manos, que estaban posadas sobre la isla de su cocina.

- Pues vaya, usted perdone – cruzó los brazos sobre su pecho, y se apoyó, con el trasero, sobre el silestone.

- ¡Ya está bien, Vero! Estoy harta de broncas, de reproches, y de tener que justificarme. ¿No te has parado a pensar lo duro que me está resultando a mí?

- Sí, sí, muy, muy duro, de eso no me cabe la menor duda, fueron unos quince días durísimos, a veces blandaba, pero seguro que ya os encargabais de que pronto volviera a estar duro, como el cemento armado.

- Eres una pésima amiga, yo esperaba que me tendieras la mano, no que me la echaras al cuello, ¡¡¡mi mejor amiga, joder!!! - agarré mi bolso y, con un cabreo de mil demonios, me fui hacia la puerta.

- Espera, Eva, espera, por favor – apareció cuando estaba a punto de cerrar de un portazo.

Nos miramos, y se calló, porque vio que ya era tarde, el daño estaba hecho. Se había sobrepasado.

Y ahora, a dónde iba a ir, a quién recurría. Me merecía eso, me merecía que, por intentar volver a ser feliz, por hacerlo de un modo injustificable, se me juzgara; sabía que no había actuado bien,

pero era algo que estaba hecho; los gritos, el dejarme sola, el avergonzarme, no me ayudaban, no servían más que para alejarme, para herirme aún más.

REALIDAD Y DANI

Me armé de valor, y fui a su casa. Llamé, a pesar de que aún conservaba la llave.

- ¿Quién es? – tardó una eternidad en contestar a mis tímidos golpes en su puerta. Su timbre llevaba años averiado.

- Soy yo – pegué mi frente a la madera.

- ¿Qué quieres? – me preguntó desde el otro lado, sin abrir la puerta.

- ...Un abrazo, un perdón, que me escuches – callé.

Silencio... pasos... silencio.

- Eva... no creo que sea una buena idea; después de lo del otro día, yo... – la puerta era su escudo, su defensa; en el cara a cara no podría mantenerse firme en su negativa.

- Por favor, por favor, perdóname. Perdón por mi ceguera, perdón por no haberlo visto, perdóname. Me siento tan sola, por favor, Dani, por favor... – sonaba como estaba, desesperada, desamparada.

Se giró el pomo, me abrió suavemente, y cerró a mi paso; dejó su frente apoyada en la puerta, mirando hacia el suelo, y las palmas de sus manos abiertas, pegadas a ésta.

- Por favor, mírame – le pedí, con el cuerpo rendido, laxo.

- Dame un minuto, Eva – mientras escuchaba su respiración, mi cabeza empezó a contar 1, 2, 3, 4...

«NO»

- Lo siento, lo siento tanto, Dani, lo siento muchísimo.

- El qué, Eva, ¿que sientes? – con su puño apretado, golpeo, con suavidad, la puerta, antes de girarse para verme.

- No haberme dado cuenta – bajé la mirada al suelo.

- ¿Qué habría cambiado eso? – me preguntó, apoyando el peso de su cuerpo en la puerta, ya girado hacia mí.

Inspiré, antes de responder.

- Nada.

Dejó de verse las manos, y levantó su cabeza, al escuchar mi respuesta; estaba ojeroso, despeinado, vestido que daba pena, y a mí sólo me apetecía abrazarlo.

- Te he despertado, perdona.

- Últimamente no duermo mucho, así que da igual – volvió a concentrarse en sus dedos, apartando la mirada.

- Estás hecho una piltrafa, Dani.

- No hagas eso – sus ojos se clavaron en los míos, y me habló muy serio - No hagas como si nada pasara, como si nada cambiara – tras la valentía de su arrebato de sinceridad, volvió a bajar la

vista.

Tomé una bocanada de aire, tan grande, que me hizo hinchar el pecho de manera exagerada.

- Dani, siento mucho si te hice daño, yo no sabía que tú... que yo a ti... ¡Oh, Dani!, se me hace tan difícil pensar que no me veías como a una hermana, que nuestro cariño estaba a diferentes niveles. Yo... yo no puedo quererte de esa manera. ¿Dime que puedes entenderme? – di un paso hacia él, nerviosa.

Su expresión era tan tierna, que me provocaba comerlo a besos.

- ¿Estás enamorada de ese tal Ángel? – me preguntó por protocolo, como aquel profesor que tuve y nos preguntaba de qué color era el caballo blanco de Santiago.

- Ahora mismo no puedo permitirme estar enamorada de nadie. Quiero recuperarme poco a poco, quiero hacer las cosas bien. Me he equivocado, e hice daño a mucha gente, actuando egoístamente, creyendo que, curándome yo, todo volvería a ser como antes; pero no conté con que esto – me llevé mano al corazón – y esto – después a mi cabeza – se entendieran tan mal, así que tengo que aprender a vivir de nuevo y, esta vez, lo haré a mi manera.

- ¿Quieres tenerme en tu nueva vida? – se mordía los carrillos, esperando mi respuesta.

- En lugar preferente... como amigo, como mi mejor amigo – aclaré, para que no cupiera lugar a más dudas - Sólo puedo seguir dándote eso; no me pidas más, pero no te conformes con menos.

- No sé si podré, Eva – su cabeza no aguantó el peso de la realidad, y volvió a caer, inerte, entre sus hombros - Me gustas, me gustas desde hace tanto tiempo... pensé que lo tenía superado, hasta que supe lo de tu aventura; verte con Sebas, ya había dejado de doler.

- ¿Por qué?

- Porque, últimamente, no te veía feliz, no te veía enamorada, y eso podía soportarlo, es cruel, pero es la pura verdad. Cuando, el otro día, fui a tu casa, algo había cambiado, no eras la misma, tu mirada era diferente, pensé que habías despertado de tu letargo, que te perdía. Cuando te vi en aquel taxi... - tragó con dificultad, y continuó hablando, emocionado - ...pensé que te marchabas con él, que volvías a Bahía, que no volvería a verte, que te había perdido en mi vida, que ya no te tendría ni como amiga.

Desde ese día no soy capaz de conciliar el sueño, apenas duermo cuatro horas, ando medio zombi, Vero no abría la boca, y tu marido llamó más perdido que yo.

No sabía si seguías en España, o habías vuelto con él... y ahora estás aquí, mendigando un abrazo, y diciéndome que estoy hecho una piltrafa...

- Estás muy guapo – sonreí, esperanzada.

- Mintiendo mal, como siempre – me devolvió la sonrisa, y estiró su brazo en mi dirección - Anda, ven.

Me tiré a sus brazos, literalmente. Permanecimos enredados muchísimo tiempo, hasta que Dani rompió el abrazo.

- Pequeña, me meo; o vamos así al baño, o me sueltas, y voy yo solo – sus ojos, marcados por una línea inferior negra, llamada insomnio, volvían a brillar.

- Gracias por hacerme reír, te quiero – besé su mejilla.

- Va en serio, me meo de verdad, ¿no vas a soltarme? Tú misma, lo hago aquí.

Nos soltamos, y le di una palmada en el hombro.

- Eres idiota.

- Cuéntame algo nuevo, pequeña – me guiñó un ojo, pero sin su gracia habitual. Todo era... forzado y triste.

Se fue al baño, mientras me serví un vaso de agua, y me senté en el sofá.

Cuando vino, se sentó a mi lado, manteniendo el silencio, durante unos segundos demasiado largos. Lo miré, y su mirada me desarmó.

- Pequeña, voy a hacer todo lo posible por continuar adelante con esta amistad, porque te quiero en mi vida, pero me temo que voy a necesitar mucha comprensión por tu parte – entrelazamos nuestros dedos y, con su otra mano, acariciaba los míos entre los suyos.

- Toda la del mundo, Dani, toda la del mundo. Reprimiré abrazos, besos, bromas, me contendré de hacer todo lo que crea que puede hacerte daño.

Negó, bajando la mirada a sus pies.

- Ni se te ocurra, ¿no ibas a ser tu misma, y dejar de complacer a los demás?, pues quiero que conmigo seas la de siempre; esta vez seré yo el que hable, cuando sienta que algo me hace daño, no me quedaré callado, no cometeré más ese error. Olvídate de lo que te dije de no actuar conmigo como si nada, quiero que vuelvas a ser la de antes, la de siempre. ¿Me has entendido? – levantó mi cara, por la barbilla, con dos de sus dedos.

- Alto y claro – le sonreí, tímidamente.

- Vamos, pequeña – se levantó, y tiró de mí – vamos a poner remedio a lo de nuestras caras.

Nos levantamos del sofá, y nos metimos en su cama; él, tal cual estaba, y yo, a pesar de que iba a actuar libremente, no me pareció apropiado desnudarme delante de él, como lo había hecho millones de veces, para vestir la camiseta, y el pantalón, que me había dejado, así que fui al baño a cambiarme.

Nos cubrimos con el edredón, y apagamos la luz, yo encendí la tele, quitándole el sonido, necesitaba dormir con el reflejo de la televisión, era una manía; Sebas siempre la apagaba, después de que me quedara dormida, y pensando en eso, me di cuenta de que él la había encendido en la casa de la sierra, antes de marcharse. Me invadió una sensación de angustia, que hizo que me pegara a Dani, él me abrazó, extrañado.

- Evita ¿de verdad que no quieres probar, siquiera un poquito, cómo sería? – y se río... disimulando.

- ¡¡No seas tonto, y duérmete!! ¿A qué hora vas a hacer que me despierte? ¿Cuándo entras en el

Vicio?

- No voy, me tomo la noche libre; venga, duerme – dejó un beso en mi frente, y nos callamos.
Tardamos muy poco en conciliar el sueño... un sueño profundo, largo y reparador.

DIA 361 - LAS COSAS VUELVEN A SU SITIO, POCO A POCO

Toc, toc, toc. Tres golpes, en la puerta, me despertaron, Dani se revolvió en la cama, y medio abrió un ojo. Una llave hizo girar la cerradura. La puerta se abrió.

Me incorporé, para ver quién entraba. El loft de Dani era tan pequeño, que no cabían ni las divisiones... como en la casa de Ángel, su recuerdo pinchaba mi corazón, y dolía. Vi de quién se trataba, nada más traspasar la puerta. Di un codazo a Dani, para que reaccionara, pero ni caso, se echó la almohada por encima de la cabeza.

Gorro y chubasquero, debía llover, porque traía botas de goma, y un paraguas; cerró al entrar, y levantó su cabeza hacia donde estábamos nosotros, quitándose el gorro.

Di una patada a Dani, bajo las sábanas, con toda la fuerza que pude.

- ¡¡Joder, Eva, que bruta eres!! – protestó.

- ¡Debías de quedar con cojera de por vida! ¿La has avisado tú? – le pregunté, sin molestarme en bajar mi tono de voz.

Vero dejó una bolsa, que traía en una mano, sobre la mini mesa de la cocina, su gran bolso, en la mesita del salón, y llegó, caminando en silencio, hasta los pies de la cama; se descalzó, se quitó el chubasquero, el jersey, y se quedó en sujetador, y con un legging de montar; se acercó al lado de la cama donde estaba yo, y se metió en ella, sin mediar palabra, solo me miró. Me miró muy, muy fijamente y, finalmente, me abrazó.

De nuevo el nudo en la garganta, de nuevo lágrimas en los ojos... mi Vero.

- Gracias - acerté a decir sólo eso, mientras respondía a su abrazo.

- Lo siento, perdóname – apretó más fuerte.

- ¡¡Sois muy lésbicas, pero mucho, mucho!! ¡¡No sé con qué clase de hombres os relacionáis pero, la primera regla que debéis saber es que... nos levantamos empalmados!!

Nos giramos hacia Dani, tirándonos sobre él. No paramos de hacerle cosquillas, hasta que sus advertencias nos empezaron a sonar muy serias.

En cuanto lo soltamos, salió disparado de la cama.

- ¡¡¡Estáis locas, estáis jodidas!!! Casi muero, joder - apoyó las manos en sus rodillas, y respiró agitadamente, llevándose una mano al pecho.

Vero y yo no podíamos parar de reír; estaba tan gracioso... todo colorado, y respirando todo sofocado, ¡pobre!, lo que sufría con nuestras bromas, la verdad es que nos aguantaba lo que no está escrito. Le quería tanto...

- En mala hora te dejé venir, Vero; ¡mirad cómo ha acabado mi fantasía mañanera! ¡¡Sois el mal!!!

- Venga, Dani, no te pongas así, ¡¡si no puedes vivir sin las VICIOS@S!! Anda, vuelve a la cama, y achúchanos – le pedí, con una mirada de soslayo. Sí, de muy perra.

- Sí, Dani, ven aquí, que te prometemos no volver a hacerte *pupita* – Vero, más sarcástica que

conciliadora.

Dani nos enseñó su dedo corazón, y se metió en el baño.

...

- ¿Measte, o cagaste? – la voz de Vero rompió el silencio.

- ¡¡Vero, joder!!!! – protestó Dani.

- ¿Para qué quieres tantos detalles? – le recriminé - No hace falta preguntar, ¿no ves que ha tardado mucho? – me reí, dejándome caer, lateralmente, sobre mi amiga.

- ¡¡Eva!!!! - a Dani no le hizo la misma gracia que a nosotras.

- ¿Qué?, es cierto, si has meado eres como un puto camello – yo me cubría la cabeza, bajo el edredón, mientras ellos continuaban con su rifirrafe - Anda, amorcito, ve a la cocina y trae un bol

- le pidió Vero, con un golpe de pestañas, como sólo ella sabía hacer.

- ¿Qué pasa, te pesa el culo para ir al baño, que necesitas un orinal? – se burló Dani, parado a los pies de la cama, con los brazos en jarra, apoyados sobre la cadera.

- No, Dani, es que después de tu cagada, me da asquito usar el wáter – Vero lo miró con displicencia.

- Sois unos guarros – sentenció, ante ese tira y afloja que se había entablado entre ellos.

- Habló la pulcra. Venga, trae el bol, de una vez, y mete los churros, que dejé sobre la mesa del salón. Y cuidado, que hay tres vasos con chocolate.

- ¿Los caliente? – preguntó Dani, cogiendo la bolsa, con precaución de no volcar los vasos.

- Vienen en vasos térmicos, Dani; vas a tener que salir más de la madriguera, el mundo avanza. Entre tu zulo, y el Vicio, no ves luz. Además, tú no calientas ni a una veinteañera que lleve un mes sin follar, ¿te has visto el bóxer? ¡¡Madre de Dios!! ¡¡Hoy nos vamos de compras, necesitas ropa interior nueva!!

No hubo respuesta por parte de Dani, pero podía imaginar la expresión de su cara, ante los dardos que le lanzaba Vero.

- No te ensañes con él – le pedí en voz baja - Por cierto, ¿hoy no es lunes?

- Todo el día, baby – me respondió Vero.

- ¿No tendrías que estar trabajando?

- Tendría, pero me has hecho gastar un día de mis asuntos propios, así que ya puedes hacer que no me arrepienta – me guiñó un ojo, y dejó un beso en mi hombro.

Dani metió los churros en un bol, que colocó sobre una bandeja, junto con los vasos térmicos, y desayunamos, los tres, en la cama, entre risas y bromas, entre churros, abrazos y besos, entre amigos; amigos de los de verdad, amigos que no hacen preguntas, porque saben que las respuestas aún duelen, amigos que están cuando tu boca pide que se vayan, pero tu piel los necesita, amigos de los que se cuentan con los dedos de una mano.

Por cierto, los vasos *térmicos*: una mierda; Dani se levantó a calentar el chocolate, ¡qué remedio!

DIA 360 A DIA 351

Y LA CAÍDA FUE MÁS DOLOROSA QUE LA BELLEZA DE LAS ALTURAS

Los siguientes días fueron un verdadero infierno. Apenas dormía, lloraba continuamente, me retorció de dolor, me volvía loca cada vez que intentaba pensar; volvía a llorar, me arrastraba de la cama hasta el baño... volvía a mi silencio pero, esta vez, Dani y Vero, no fueron tan comprensivos como Sebas lo fue en su día, y me obligaban a hablarles a diario.

No sé cómo lo hicieron, cómo me aguantaron, cómo no me dejaron por imposible.

Cada mañana, uno de los dos, se encargaban de que fuera a trabajar. Yo me resistía, quería quedarme llorando todo el día, aovillada en la cama, pero eso era misión imposible. Eran mucho más tercos, e insistentes, que yo.

Mi problema fue que creí morir cuando abrí los ojos a la realidad, cuando me di cuenta de que, en mi vida, ya no estaba la persona que me quería; en mí día a día, no estaba él, mi marido; ni estaba la ilusión que había plantado Ángel... Los primeros días permanecía en una nube pero, cuando me encontré sola, y me di de bruces con la realidad, la sensación de volver a caer en un pozo, se cernía sobre mí. Tenía miedo a recaer, tenía un miedo atroz, a no ser capaz de sobreponerme, porque ahora no lo tendría a él.

Iba a trabajar con los ojos más hinchados que un sapo; durante esos días, decía que tenía una alergia extraña, que había cogido en Bahía y que, por favor, no me preguntaran nada más, porque sólo de recordarlo me ponía peor, y mis ojos se humedecían nuevamente. Las diez horas que me pasaba en la oficina eran un bálsamo. La verdad es que me resistía a salir de casa de Dani, pero era mi mejor medicina, así mantenía la cabeza ocupada. No paraba de trabajar, no hacía descansos, incluso comía delante del ordenador, no quería tiempo libre para sentir, sólo quería más, y más trabajo, más y más distracciones.

Echaba tanto de menos a Sebas, que me quería morir cada vez que sentía su falta; cada vez, el hueco de mi pecho se abría más, y me castigaba diciéndome que lo merecía. Me merecía pasar ese dolor, por no haberlo tenido en cuenta, por no haber pensado en él, cuando me dejé llevar por mi entrepierna. ¡¡Joder, había sido una inconsciente!! Una idiota que lo había jodido todo, y lo había perdido e él... lo necesitaba tanto... ¿Cómo pude no haberlo visto antes? ¿Cómo pude haber renunciado a él, tan a la ligera? Era la mejor decisión que había tomado en la vida, vivir cada uno de mis días a su lado, ¿cómo pude haberme olvidado? ¿Cómo pude confundir su luz, con la de otro? ¿Cómo pude haberme dejado llevar?

DÍA 350 A DÍA 336

QUE DE AMOR YA NO SE MUERE...

Fue difícil, muy difícil, casi insoportable, sobrellevar cada día. Un dolor sordo se apoderó de mi pecho, y quedó ahí instalado por mucho tiempo... días, semanas... hasta que, un día, me dejó respirar un poco; aún dolía, pero ya no ahogaba.

El trabajo me ayudó muchísimo, mi jefe sabía que no rechazaba horas extra y, por supuesto, lo aprovechaba; él estaba encantado, y yo agradecida. Todos contentos. Siempre salía de las últimas, nunca sola, no podía estar sola. Dani y Vero tampoco lo permitían.

Al principio me sentía agobiada, porque quería llorar mi dolor en soledad, pero era muy complicado viviendo con Dani, así que, cuando me sentí con suficientes fuerzas, busqué un piso para mí.

Elegí Alcalá de Henares. Siempre me gustaron sus calles peatonales, sus plazas llenas de señoras, que se paran a charlar, el ruido de las voces en sus soportales, su color amarillo, cuando caía la noche, y lo iluminaban las farolas. Además, era uno de nuestros destinos de fin de semana favoritos: ir de pinchos, y cañas, por Alcalá, con Vero, Pedro y, últimamente, también con Jaime, nuestro ahijado. Él era el que más me hacía sonreír, en aquellos días tan grises de mi vida, el que más me estaba ayudando, sin ser consciente de ello. Alguna tarde me quedaba con él; sabía que Vero podía arreglarse de alguna otra manera, pero ella notaba que, cuando lo llevaba al parque, y pasaba tiempo con Jaime, era feliz. Me reía, recibía el cariño sincero de un niño, que se divertía jugando con su madrina y, por eso, Vero me pedía el favor de mi compañía, que yo aceptaba encantada.

Tenía que dejar el miedo a un lado, cambiar de aires, aceptar mi nueva vida y, por todo ello, Alcalá fue mi elección. Me vino muy bien el cambio. Era un piso pequeño, de dos habitaciones, la mía, y la de mis visitas, que en resumen eran: Dani y Jaime, los únicos que se quedaban, a veces, a dormir.

Alcalá quedaba lejos de donde yo trabajaba, pero el tren me llevaba hasta Atocha, la estación que estaba al lado de mi oficina, y lo prefería a llevar mi coche.

Seguía sin ver a Sebas... seguía sabiendo pequeñas pinceladas de su vida... seguía cumpliendo mi palabra, de darle espacio para su recuperación, pero... lo necesitaba tanto... cada día pensaba más en él y, cuando eso sucedía, mi corazón se volvía loco, y llamaba con fuerza en mi pecho, golpeándolo con ansiedad.

DÍA 335 A DÍA 300

LA DISTANCIA NO ES EL OLVIDO - DESMONTANDO REFRANES

- ¿Agarrándote al toallero? ¡Dios Santo, Eva, me estoy poniendo cachonda!

Me encantaba la naturalidad con la que hablaba de sexo con Vero. Nunca pensé que pudiera contarle cosas mías, de ese terreno, y dejarla sorprendida. Mi vida sexual, aunque era activa (antes de todo, claro), no era muy espectacular, hasta que llegué a Bahía... No por eso dejaba de disfrutar, ojo, pero sí es cierto que, el haber conocido a Ángel, me había abierto los ojos en muchos aspectos de mi vida, y el sexo era uno de ellos.

- Te juro que tengo que conocer a ese hombre, ¡hasta yo caería, joder! – Vero me hablaba con la mirada perdida, imaginándose cómo sería, según ella, mi Ángel.

- No lo creo, tú eres mucho más racional que yo, aunque no lo parezca – me entretuve en doblar el sobre vacío del azucarillo.

- Sí, cariño, pero la cosa es la cosa, y cuando un hombre es capaz de pasarte corriente, con solo tocarlo, ya puedes ser todo lo racional que quieras, que caes fijo, ¿qué digo caes?, ¡¡¡te tiras!!! – la serenidad de Vero, que sólo hacía acto de presencia en contadas ocasiones, su sonrisa cómplice, y su contacto, me confortaban.

Pues no estaba resultando tan difícil hablar de él... bueno, en él no profundizaba, lo hacía en nuestros encuentros sexuales.

- No sé si me quedo con el de la bañera, o el del sofá... creo que no podría elegir, me encargaría de que pusieran un sofá en el cuarto de baño, y recrearía ambos – hablaba abstraída, yo creo que se imaginaba la protagonista de mis polvos. Ponía unas caras de placer, que me estaban dando vergüenza.

- ¡¡Vero, que estamos en una cafetería!! – chasqué los dedos, frente a su cara.

- Lo sé, lo sé, por eso estoy intentando no correrme aquí – sacudí la cabeza, y agarró su café.

- Eres de lo que no hay – y volvía a sonreír, gracias a ella.

- A ver, cuéntame ¿por qué no tienes contacto con ese Dios del sexo? – me preguntó, apoyando el pocillo sobre su platito.

- ¿Para qué? – me mordí el dedo meñique, mientras dejaba el peso de mi cara sobre la palma de mi mano.

- Ah, pues, no sé, se me había ocurrido que va bien para que haga de jardinero en el Retiro, o de camarero en el Vicio, ¿qué te parece esa?

«*Muy mala idea Vero, muy mala, si tú supieras...*»

- Mejor así, Vero – me froté los ojos.

- ¿Mejor para quién?

- Para todos. Imagínate a Sebas, con él aquí, o a él, con todo el petate que tengo con Sebas; a mí, con mi lío mental entre Sebas, Ángel... - «y lo de Dani», pero eso último no lo dije en alto.

- Tienes razón. Si quieres recuperar a Sebas, tener a tu amante pululando por aquí, no sería nada favorable.

- Pues eso.

- Pero una llamada, un mensaje. No sé chica, es que cortar tan así...

- No podría pensar con claridad, Vero, me nubla la razón. Cuando una relación se acaba, no hay que quedarse varado, hay que continuar el curso del río, y esperar que vuelva la calma – a quién quería engañar... imagino que a mí misma.

- Todo río necesita una cascada de agua.

- ¿Qué? – pregunté, distraída.

- Que no dejes que tu río sea tranquilo, aburrido, y que siga su curso, busca una cascada, y déjate caer. Vive la vida, Eva, no te olvides de vivirla.

- No eres muy buena aconsejando a una adúltera – acaricié mi mejilla, contra mi hombro.

- Es que quiero más historias truculentas de éstas, soy una viciosa de tu porno. Pero no te confundas, no te lanzo a sus brazos, te digo que debes darle emoción a tu vida, elijas con quien elijas compartirla.

Me quedé callada, y bajé mi mirada a los pocillos de café. Cogí el papel del azucarillo, y lo desdoblé, con la misma minuciosidad que lo había doblado. Vero terminó el suyo, y consultó la hora en el teléfono. Sentí sus ojos sobre mí, y me revolví en la silla.

- Eres bipolar, Eva. ¿A qué viene esa seriedad de repente?

La miré, sonreí, y me mordí el labio inferior.

Sabía que la iba a meter en un compromiso, pero llevaba muchos días con una angustia insoportable de aguantar, y necesitaba preguntar. A pesar de que ella evitaba mencionarlo, yo tenía que saber algo de él. Le hice la introducción de Ángel, para que todo pareciera más banal, pero la sombra me convertía al gris, cuando mi boca saboreaba su nombre a punto de salir de ella.

- ¿Sebas... sigue jugando al baloncesto? – y me importaba tan poquito esa respuesta, que creo que ni la escuché.

- Sí, Eva, como siempre – tardó un poco en responder.

- Y...

- ¿Qué es lo que quieres saber, Eva? – se adelantó, al ver que yo no arrancaba.

- ¿Qué tal está?

- ¡Eva!

- Ya lo sé, Vero, por favor, entiéndeme – bajé la vista a mi regazo.

Resopló, poniendo cara de enfadada, pero acabó hablando.

- Está bien, Eva. Todo lo bien que se puede estar.

- Lo echo de menos – sentí en voz alta.
- ¿A cuál de los dos? – me preguntó, sin miramientos.
- Vero, por favor, sabes la respuesta – no levanté la mirada.
- No eres tonta ni nada – me dijo, negando con la cabeza.
- ¿Crees que accederá a verme pronto?
- No – palabra fea, pero desengañada.
- ¡Joder, eres la hostia de delicada!
- Habló la más indicada – tamborileó, con sus dedos, sobre la mesa.
- Es que lo necesito tanto... lo extraño demasiado. El otro día pensé en ir hasta el edificio de su despacho, y esperarlo a la salida, escondida, sólo para poder verlo – me agarré las manos, y las apreté.
- ¡Estás jodida!, ni se te ocurra. Te pidió tiempo, ¿no?, pues creo que es lo mínimo que le debes – me advirtió, inclinando su cuerpo hacia adelante.
- Es muy difícil – me aparté de su cercanía, dejándome caer hacia atrás, en la silla.
- Para él también, te lo aseguro.
- Es que si accediera a verme, podríamos hablar... ya ha pasado más de un mes, necesito verlo... necesito que me vea.
- No, Eva, tú no quieres hablar; tú quieres saber qué es lo que realmente sientes; quieres que, al verlo, se te encienda una luz, que te desvele si el elegido es él, el Dios del sexo, o ninguno de los dos. Quieres utilizarlo, y no me parece justo, no voy a permitir que os hagáis más daño – un dedo acusatorio, que me apuntaba continuamente, me advertía de que no bromeaba ni un ápice...
- Vero, yo estoy pasándolo muy mal...
- ¡¡Sí, pero que te quiten lo bailado, oye!! Eva, creo que más no podemos hacer; es muy difícil nuestra situación, entiéndenos, no es fácil ver en lo que os habéis convertido, y créeme cuando te digo que le des tiempo, que sólo la balanza puede inclinarse hacia tu lado, si dejas que las cosas caigan por su propio peso, y no las fuerzas – espiró en un soplo, cuando terminó de hablar, como si hubiera conseguido deshacerse de un peso que la oprimía.
- Lo sé, tienes razón, a veces me asusta en lo que me he convertido. La jodí con Sebas, me enamoré de un don Juan, y casi la cago con Dani...; lesbiana no me meto, porque si no, fijo que te pierdo a ti también – le sonreí con amargura.
- Pues, si me fueran las mujeres, intentaría algo contigo; después de lo que me has contado de Bahía... ¡madre mía!, eres toda una caja de sorpresas – estiró su mano, hasta alcanzar la mía y agarrarla.
- Y tú idiota – agradecí su contacto, con una mirada.
- ¿Qué es lo de Dani? – me preguntó, sin darle mucha importancia.

«Mierda»

- Nada, está rarito, y yo, con lo mío, tengo bastante, no puedo prestarle la atención que se merece – probé suerte.

- Lo que le hace falta a Dani es soñar cuando duerme, y no hacerlo estando despierto. Madurar, en resumen – sentenció, en un veredicto de los suyos, que ni el juez más justo sabría dictar.

Desviamos la conversación a temas menos trascendentales, y terminamos riendo como dos locas.

Pero la risa no se llevaba la sensación de vacío que albergaba en mi pecho. Había días que se hacía menos patente que otros, pero siempre estaba ahí, presente.

Uno de esos días, me salté el protocolo que Sebas había dictado, y le envié un mensaje. En el trabajo me habían propuesto hacer alguna salida por España, como antiguamente y, por supuesto, accedí. Estaba en Barcelona, cuando recordé nuestra última escapada a la ciudad condal.

EVA:

- Hola, Sebas, estoy en Barcelona. Sí, vuelvo a recorrer España, me dejé convencer. El tema es que estoy sentada, tomando un café con leche, en la terraza de ese restaurante que encontramos, por casualidad, cuando callejeábamos por la ciudad: Los Cachitos; ¿recuerdas lo que nos gustó ese paseo? La Catedral del mar, la Boquería, el Raval, aquella plaza en la que le pedimos al chico, que comía aquel helado, que nos hiciera la foto, y nos pringó la cámara de chocolate... Pues aquí estoy, sentada... pensando en nosotros... en ti, en nosotros. Te extraño.

Su respuesta:

- ¿Nosotros?

Te agradecería que no te pusieras en contacto directo conmigo, te lo pido como un favor. Nada ha cambiado, desde lo que hemos hablado aquel día.

Me dejó muerta su frialdad y, como buena mujer de arrebatos que soy, ¿qué iba a hacer?...

Contraataqué.

EVA:

- No te reconozco, ¿no crees que estás siendo demasiado duro? Se trata de mí y de ti, de nuestros recuerdos, ¿tampoco puedo recordar?

SEBAS:

-Yo dejé de reconocerte desde un viaje que hiciste. Bienvenida a mi mundo.

¿Demasiado duro? No me hagas reír. Los recuerdos son sólo eso, recuerdos, de ellos no se vive; es mejor vivir, que recordar.

No más mensajes.

Habían pasado dos meses; dos meses en los que veía pasar los días sin interés, sin ganas, sin él.

No crucé una sola palabra más con Sebas, y no volví a saber nada de Ángel.

Volví a estar hecha polvo, destrozada, nuevamente dolida. Me sentía una mierda, una mierda pisada.

Lo sé, me lo había buscado, pero no podía evitar sentirme así

Malvivía, no salía, apenas comía, respondía con monosílabos, no tenía vida social. En la oficina, ya ni me preguntaban si salía a comer, sabían mi respuesta.

Tenía que cambiar, tenía que espabilar, o esa rutina iba a acabar con mi salud.

Cogí aire, y me propuse empezar a levantar la cabeza, poco a poco. Lo primero era dejar de darme asco, dejar de compadecerme y, para ello, debía volver a quererme.

DÍA 298 – EL PRINCIPIO DE MI NUEVO PRINCIPIO

Ese lunes me sentía diferente, ese lunes me sentía con ganas de algo más que de darme pena; ese lunes necesitaba una peluquería, y un centro comercial... necesitaba a Vero.

- Hola.

- ¿Qué ocurre? – la voz de Vero, preocupada, me hizo tragar.

- No, nada, es sólo que estaba pensando en ir de compras.

Silencio.

- Eva, creo que voy a ponerme a llorar.

- ¡Eres tonta! – me reí - yo sólo quería saber si te gustaría acompañarme, o...

- ¿Xanadú? – me cortó.

- Perfecto, aunque no sé si no nos meteremos en la boca del lobo... ¿No está recién inaugurado?

- Sí, tienes razón; si quieres vamos a otro que te venga mejor, como prefieras, ¿estás en tu casa?

- No, estoy en la peluquería. Me he tomado la tarde libre – casi podía imaginar su cara de sorpresa.

- Ahora sí que voy a llorar, de hecho, ya noto una lágrima, ojalá pudieras verlo.

- Eres tonta – le dije, con una sonrisa en la boca.

- ¿Cuánto te falta? – me preguntó, atropellando mis palabras.

- Media hora. Podemos quedar a las seis o así, cuando te venga bien, y donde me digas, tengo el coche conmigo.

- Pues nos vemos a las seis en el Xanadú, ¿te parece? Es que así me queda mejor para llegar, yo estoy sin coche.

- Si quieres te paso a recoger – me ofrecí.

- No, tranquila, nos vemos allí.

- Vale... un beso, Vero.

- Otro para ti, baby.

Debí haber hecho eso mucho antes, lo sé. Me vi guapa. Demasiado delgada, pero guapa.

Después de mi fatídico intercambio de mensajes con Sebas, decidí rendirme, y hacer caso a Vero, que las cosas ocurrieran cuando, y como, tuvieran que ocurrir; yo, mejor, quietecita.

Lo primero que hice fue coger el coche, algo que había dejado de hacer, porque el silencio que me acompañaba a dónde fuera con él, me agobiaba. El tren estaba lleno de ruidos que me envolvían, el coche me recordaba que viajaba sola. Encendí la radio y busqué, rápidamente, una emisora en la que no hubiera música, no estaba preparada para dejar que las canciones se filtraran en mí, poniéndole letra a mi estado de ánimo.

Llegué al Xanadú, diez minutos antes de las seis. Bajé del coche, y caminé hasta la entrada. Pasé por el Starbucks, y envié un mensaje a Vero; la esperaría dentro. Pedí un café con leche, y me

senté en la barra, hacia una esquina. Dos chicos, que estaban en una de las mesas cercanas, me miraban sin disimulo. Me sentí agradecida, porque, ¿a quién no le gusta gustar?, no nos engañemos. Yo siempre había tenido un imán para atraer miradas, y llevaba meses sin apreciarlo. Intencionadamente, me retorcí en la silla, llevé mi mano a la nuca, apartando mi pelo, para poder masajearla mejor. Uno de ellos se sentó más erguido, lo aprecié por el rabillo del ojo, el otro quedaba fuera de mi ángulo de visión. Cuando acabé el masaje, dejé mi mano ahí, parada, para después bajarla, lentamente, por mi cuello; me detuve a la altura de mi collar, el cual agarré, mientras inspiraba fuertemente.

- ¡Maldita zorra provocadora! – una voz femenina me sorprendió.

- ¡¡Joder, Vero, qué susto!!

- Si no fuera porque eres lesbiana, pensaría que estás queriendo calentar a esos dos – los señaló, con un gesto de su cabeza.

- Eres malísima – dije, bajando la voz, evitando que me escucharan.

- Sí, y tú una Santa... - apretó una sonrisa, que empezaban a dibujar sus labios, y sacudió su cabeza - Venga, anda, que no tienes remedio. ¿Pido, o nos vamos ya a quemar la tarjeta?

- Pide – le sonreí.

Nos sentamos en una mesa, en la que habían dejado los chicos, que no vimos marchar.

- Me alegra verte así, tan guapa, tan tú – Vero estaba realmente contenta.

- Y a mí. Oye, yo quería darte las graci... - vacilé al hablar.

- Ni se te ocurra, nada de tonterías, para eso están las amigas, para lo bueno, y para lo malo, ¿no?, pues eso.

Aunque... no me importaría que me pagaras contándome más de esos relatos porno-eróticos en los que eras la protagonista – me guiñó un ojo, mientras se revolvía en su silla.

Sonreí, y tragué con dificultad; el nudo que se me formaba, cuando me venía a la cabeza su persona, aún era difícil de digerir.

- Vero, hoy no voy a poder, hay días en los que duele más que otros – hablé con franqueza.

- Pues nada, aquí sigo, con la peli porno en pausa – se apartó de la mesa, porque nos estaban sirviendo los cafés.

- Tampoco es tan porno, bueno, un poco sí – continué hablando, cuando el camarero se hubo marchado.

Su risa me contagió, y me hizo sentir bien.

- Eva, eres valiente, elegiste una manera fea de ponerte a prueba, pero estar superando esto, es admirable. En serio, eres fuerte, a pesar de lo que puedas creer de ti misma.

- No me hagas llorar, sabes que soy de lágrima fácil.

- ¿Puedo hacerte una pregunta, que no sea pornográfica? ¿O tampoco contestas nada que tenga que ver con tu vida privada? – revolví el azúcar.

- Prueba.

- ¿Estás segura de que quieres volver con Sebas? – sus ojos me penetraron.

Contuve el aire en mi pecho. El corazón me bombeaba a un ritmo desenfrenado, los pulmones demandaban aire en pequeñas cantidades, pero muy seguidas. Escuchar esa pregunta, fuera de mi cabeza, por boca de alguien, y tener que darle una respuesta, la dotaba de mayor veracidad.

- Sí – respondí al exhalar.

- ¿Por qué él? – no se conformó con mi *sí*.

Podía haberle dado tantos motivos... de repente, me sorprendí a mí misma, hablando en voz alta algo que estaba pensando...

- Antes de mi viaje, durante esos meses en los que estuvimos tan... lejos, el uno del otro, hubo un día, no sabría decir cuál, exactamente, en el que, cogiendo mi pijama, debajo de la almohada, me quede paralizada, y lo miré. Estaba sentado, en su lado de la cama, dándome la espalda, mientras ponía en hora la alarma de su despertador; y lo supe, supe que seguía siendo el amor de mi vida, supe que quería guardar mi pijama, en nuestra cama, hasta el fin de mis días.

Me daba rabia que no me entendiera, que no entendiera mi dolor pero, a pesar de todo, seguía queriéndolo con todo mi corazón.

Lo quiero a él, Vero; lo quiero porque me guarda, porque me protege, porque me ama. Ángel, nunca podría darme eso. Ángel, escondería mi pijama, para que durmiera desnuda y, a veces, no sólo tapas la piel cuando te vistes.

Sus ojos, como platos, fueron empequeñeciéndose hasta alcanzar su estado natural. Comprendí que, aunque no hubiera entendido mi explicación, había entendido que, para mí, sí tenía sentido, por lo que no continuó preguntando.

También podría haberle dicho que Ángel no había intentado saber nada de mí, no le había supuesto un problema mantener aquella estúpida promesa. Eso me dejaba aún más claro cuál de los dos valía la pena. Él se había apartado de la ecuación, en cuanto me alejé de su lado.

Risas, compras, más risas, confianzas, risas nuevamente, y mucho, mucho cariño.

Salimos del centro comercial, cerca de las nueve de la noche.

- Ven a cenar, no seas tonta – me tomaba del brazo, mientras caminábamos hacia el parking.

- No, Vero, me voy a casa; dejaré mis compras, y buscaré un piso más grande, donde quepamos yo, y mi nuevo fondo de armario – me incliné hacia ella, dejando que mi cabeza tocara la suya.

- Vamos, Eva, quiero que vengas, te lo digo en serio – se detuvo, lo que me obligó a detenerme.

- Mira la hora que es, olvídalo. Mañana es martes, y tenemos que madrugar. ¿Dónde has quedado con Pedro? – le hablé sonriendo, para que no se preocupara por mí.

- Pues aquí, en el aparcamiento.

- A ver si lo vemos. Mi coche está allí – apunté la dirección con mi cabeza.

Antes de que llegáramos, vimos a Pedro. Se bajó a besar a su mujer, y me saludó con dos besos.

Se me encogió algo por dentro, cuando los vi meterse juntos en el coche, y alejarse. Tuve que mirarme en el espejo retrovisor, y hablarme en voz alta *«Vamos, Eva, sigue así, que lo estás haciendo muy bien»*

Llegué a casa, dejé mis compras sobre la cama, y me preparé una tortilla francesa, para cenar.

Me duché, me puse el pijama, y miré el móvil, tenía un mensaje. Eran las once.

MENSAJE:

- *¿Qué tal, pequeña? Ya me enteré que has salido de tu letargo. Me alegro mucho. Cuando te apetezca, quedamos.*

Dani.... lo de Dani había ido muy despacio, la verdad es que, desde que estaba viviendo en Alcalá, lo evitaba mucho. No lo merecía, pero no podía afrontar lo de Ángel, lo de Sebas... y lo de Dani, a la vez. Estaba siendo injusta con él, porque se había portado de maravilla conmigo.

Respondí a su mensaje.

YO:

- *Hola, amor; quedé con Vero, ya sabes, cosas de chicas: compras y cotilleos. Apetecer, me apetece siempre, pero hasta ahora no podía, Dani.*

ÉL:

- *¿Hasta ahora? Conéctate al chat, porfa.*

YO:

- *Tardo un poco, espera.*

Él:

- *Por ti, lo que haga falta.*

Encendí mi portátil, y esperé hasta que estuvo listo. Tecleé mi contraseña, y me conecté.

CHAT:

- *Estoy.*

- *Buenísima, un poco delgada, quizás, pero siempre espectacular.*

- *Vale, Dani, venga, hablemos en serio.*

- *¿En serio? Bueno, tú lo has querido.*

«La leche, y ahora qué me vas a decir»

- *La verdad es que estás hecha un callo, y si te dije todo lo que te dije, aquel día, fue porque me diste lástima, pero mucha, mucha. Allí, toda llena de mocos, los ojos vidriosos, el pelo sin peinar, sucio, tenías ese aspecto tan desvalido, y penoso... El suelo todo lleno de pañuelos de papel, esa manta con bolillos sobre tus hombros...*

- *¡¡Mi manta no tenía bolillos!!*

- *Te estoy diciendo un montón de barbaridades, ¿y tú sólo me dices que tu manta no tenía bolillos?*

- *Es que es mentira. Todo lo demás... es verdad.*

- Sí, venga, ¿y qué más?, ahora me dirás que las modelos de Victoria Secret son transexuales operadas.

- Pues no lo creo, Dani. Tenemos que hablar... de lo de ese día.

- Lo sé.

- Creo que no debemos dejarlo pasar más, así que elige día, hora, y lugar, para nuestra charla.

- Hoy, ahora, en tu casa.

«Joder»

- ¿Y el Vicio?

- Lo estoy dejando.

- ¿Qué?

- Tonta, es lunes, ¿desde cuándo voy los lunes?

- Es cierto, pues ya sabes donde vivo.

- En nada estoy ahí. Besos, pequeña.

DESCONECTADO.

DESCONECTADA.

Suspiré fuerte, y pensé en cambiarme de ropa, quitarme el pijama, y ponerme algo menos... algo más... ¿qué mierda estaba pensando? Dani era mi amigo, estaba harto de verme de esa guisa, así que no iba a cambiarme. Bueno, lavarme los dientes sí, y peinarme, y ponerme algo de colonia, y poner el pijama de Mafalda, que era mucho más bonito, que el que llevaba puesto, y quitarme los calcetines, con las zapatillas sería suficiente y... pararme a pensar, ¿por qué estaba haciendo todo eso?

Antes de que pudiera arrepentirme, Dani llamó al telefonillo.

Hice tres respiraciones profundas, y le abrí el portal. Fui a esperarlo a la puerta de mi piso.

- ¡Hey, pequeña! – me saludó, mientras se revolvía la maraña de pelo, que le había revuelto el casco de la moto.

- Hola, Dani – estiré mi brazo, para abrir la puerta completamente, y dejarle entrar.

Dejó su casco en el perchero de la entrada, junto con su cazadora.

- Ven aquí que te abrace - me recogió entre sus brazos, tan dulce y tiernamente, que me ablandé, me sentí pequeña y frágil, me sentí perdida.

Sus abrazos eran tan completos... te abrazaba con todo su cuerpo, apretadamente, como poca gente sabe hacerlo; Dani utilizaba manos, brazos, cuello, el cual se doblaba en torno al tuyo, y apretaba con su mandíbula, para abrazar también tu cabeza contra su hombro, y su cuerpo se adaptaba al de la persona abrazada, se curvaba, más o menos, según fuese quien se había ganado el premio de ser abrazada por él.

Me dejé querer, me dejé abrazar. Duró mucho, mucho tiempo más de lo normal, creo que ambos

teníamos miedo a la conversación posterior, y nos dejamos llevar por ese momento de acoplamiento.

Supe que se había acabado la tregua, cuando me dio su característico beso en la cabeza.

- Estás estupenda, Eva, muy, muy guapa – me sonrió, a la vez que se frotaba un ojo con un dedo.

- Parece que no me hayas visto en meses – caminé hasta el salón.

- Es que, a esta Eva, hace mucho que no la veo – él me siguió, hasta sentarse en el sofá.

- Ya, pues está entrando de puntillas, a ver si no se asusta, y escapa.

- Me encanta lo que te has hecho en el pelo – se rascaba la nuca, en una postura desenfadada.

- ¿Dani, me puedes decir por qué no tienes novia? – sinceramente, no entendía qué hacía sin pareja.

- Es que las que me gustan, o están casadas, o ya tienen amante y, claro, tres hombres, como que no están dispuestas a soportar – me lo dijo sin intención de hacer daño.

Sonreí, Dani siempre se tomaba todo a broma, hasta lo más peliagudo podía parecer gracioso, si salía de su boca.

- ¡Ay, Dani, esas mujeres no saben lo que se pierden! – me dejé caer en el sofá, a su lado.

Torció el gesto, y se levantó.

- ¿Qué te traigo de beber? – preguntó desde el arco que separaba la cocina del salón.

- Agua.

- No, para beber – se burló.

- Venga, un refresco, o un zumo, lo primero que pilles.

Llegó al salón con dos refrescos, una bolsa de patatillas, sabor jamón, y servilletas; seguía sin entender qué hacía sin novia, ese hombre tan apañado.

- Mañana madrugas, ¿no? – preguntó, tras un breve silencio, que se produjo entre nosotros, en el que ambos aprovechamos para llevar algo, de lo que había traído, a la boca – será mejor que vayamos directos al grano, ¿te parece?

- Sí, Dani, será lo mejor – inspiré, conteniendo el aire.

- Pues venga, vamos a quitarnos la ropa – se llevó la mano a la cenefa del jersey, amagando con quitárselo.

- Eres idiota. Deja de hacerme reír, tenemos que hablar en serio – palmeé su hombro.

- Coño, ¿acaso esto te parece una función del club de la comedia, de Emilio Aragón?

- Está bien, empezaré yo – suspiré.

- No, yo lo haré - tomo aire, se sentó de lado, en el sofá, para verme mejor, y empezó a hablar - Joder, qué difícil – se frotó la cara con ambas manos - si lo mío es el cachondeo, y no estas conversaciones. Venga, allá voy... Eva, no voy a pedirte que olvides todo lo que te dije, porque sé que no lo harás, pero sí te pido que no te ralles con eso, que no le des más vueltas, simplemente lo dije, y punto. He podido vivir, hasta ahora, con todo eso dentro, y podré seguir viviendo, con todo

eso fuera, sólo quiero que no te alejes de mí, como siento que lo estás haciendo – me mantuvo la mirada, hasta las últimas frases, en la que la desvió hacia sus manos.

- Dani, sé que ya te lo he dicho, pero es que yo no sabía... no me imaginaba que tú podías sentir algo así por mí...

- Lo sé, lo noté en tu cara – interrumpió mi exposición.

- ¿Desde cuándo? – pregunté, con un hilo de voz.

Se vació de aire, en un sonoro suspiro, antes de hablar.

- Desde hace tanto tiempo, que perdí la cuenta – continuaba sin soportar el peso de nuestras miradas.

- Joder, Dani, es que es muy fuerte, te juro que nunca lo sospeché, si lo hubiera sabido no... - no terminé la frase.

- Exactamente por eso nunca te dije nada, porque ya no serías igual conmigo, te cortarías, no actuarías natural, y es eso, tu naturalidad, lo que me engancha a ti – se frotó la frente, y tragó con dificultad.

- Pero estamos hablando de nosotros, Dani; de muchos años, de muchas confesiones, de muchas noches juntos, de muchas comidas, de muchas lágrimas – yo me mordía el labio, nerviosa.

- Estamos hablando de mi corazón, pequeña, no del tuyo. Yo sé que tú no sentías lo mismo, que no era recíproco, no soy tonto – sus ojos se clavaron en los míos, por fin.

- ¿Por qué no me lo dijiste nunca? – aproveché el momento, en que nos miramos fijamente, para hacerle la pregunta.

- Te lo acabo de explicar, no sería lo mismo, además, ¿cuándo te lo iba a decir? ¿Cuándo es el mejor momento para confesarle, a tu mejor amiga, unos sentimientos que sabes que no son correspondidos? Eva, nunca. Nunca era un buen momento para quebrar nuestra amistad. Yo me las fui apañando – sonrió, pero esa sonrisa era más provocada por una mueca de su dolor, que por condescendencia hacia mí.

- Dani, me estoy quedando de piedra, te lo juro. Y Sebas, - pronunciar su nombre, dolía - tú viviste toda nuestra historia; me escuchabas, me consolabas, me dabas consejos...

- Eva, si tú eras feliz con él, yo no podía más que alegrarme.

- Pero eso es muy heavy, Dani, eso es insoportable.

- Pues ya ves, yo lo prefería a perderte.

Estiré mi mano, hasta alcanzar la suya, y la apreté.

- Dani, ¿sabes que no puede ser, verdad?

- No me jodas, ¿te suelto todo esto, y me vas a decir que no? - se rio, pero a sus ojos no llegaba la sonrisa, estaban tristes, muy tristes.

- Bueno, un poco me has convencido, quizás te dejo que me metas la puntita – quise bromear.

- Ah, vale, entonces te tengo ganada; si accedes a eso, implorarás que te meta hasta los huevos, y

lo digo por lo flaca, y pequeña, que la tengo.

Risas, ahora sí.

- Eres más tonto... - lo desestabilicé con una palmada en su brazo.

- Y tú te aprovechas... ¿Qué vas a hacer?

Y sabía a qué se refería.

- Sobrevivir.

- A mí sabes que me tienes, para lo que sea, lo sabes, ¿verdad? – nuestras manos se apretaban entre ellas, buscando reafirmar las palabras.

- Sí, Dani, lo sé, ahora más que nunca.

- Te quiero, pequeña. Te quiero de amiga, de amante, de mujer, o de lo que te dé la gana, pero te quiero en mi vida, a mi lado.

- Tengo miedo a lastimarte.

- Sólo lo harás si me sigues apartando.

Volvimos a abrazarnos; me acurruqué en su pecho, con el sonido de la tele de fondo, su mano acariciando mi cabeza, y nuestras piernas entrelazadas en el sofá. Todo era perfecto, para quedarme dormida. Fue la segunda noche, desde que había vuelto de Bahía, que dormí tantas horas seguidas, y ambas habían sido en su compañía.

Cuando desperté seguía en el sofá, tapada con una manta, con la tele encendida, pero sin volumen, y sola. Mi nuevo estado civil: sola.

DÍA 287 – UN DÍA SUCEDE, Y TODO VUELVE A TAMBALEARSE

Tuve que esperar hasta el penúltimo día de Mayo, para que las cosas cambiaran...

Era viernes por la tarde; Vero me había pedido que recogiera a Jaime, en el cole, así que, cuando salí de trabajar, normalmente los viernes no trabajaba por la tarde, lo esperé a la salida. Lo llevé al parque y, a la hora que me había dicho Vero, lo acerqué a su casa. Me disculpé con ellos, por rechazar su *insistente* invitación, para que me quedara a cenar, pero es que estaba muy cansada.

Salí de casa de mis amigos algo mosqueada, por su afán de retenerme allí; los conocía lo suficiente como para saber que algo me ocultaban... mientras caminaba hacia mi coche, pensativa, encontré la respuesta a mis cavilaciones, en realidad, me di de bruces con *el motivo*.

- Hola... Eva.

Me paralicé; respiré profundo, me llené de aire, y valentía, para poder levantar mi cabeza en la dirección de su voz. Su voz...

Allí, apoyado en su BMW, estaba él. Tan guapo como siempre, tan inaccesible como nunca. Tenía un pantalón vaquero oscuro, unos mocasines gastados, y una camiseta beige, de cuello pico, con tres botones en el escote, el superior desabotonado. Sus brazos dibujaban una uve, a lo largo de su cuerpo, uniéndose a la altura de su... su... ahí, vamos, y jugaba con unas llaves entre sus manos. No era sólo su indumentaria, lo que lo hacía diferente a como yo lo recordaba... era algo más profundo que eso... su mirada era potente, me costaba mantenérsela, me quemaba, algo había prendido fuego dentro de mí.

- Te veo bien – me dijo, detrás de una sonrisa nerviosa.

«*Me ve bien, dice, me ve bien... yo te veo borroso*»

- Ho... Hola, Sebas. He venido a traer a Jaime, yo... yo siento que hayas tenido que encontrarte conmigo – hola, soy Eva verborrea... qué malos son los nervios.

- Tranquila, te estaba esperando – habló, pagado de sí, rezumando seguridad, como solía ser habitual en él.

«*¿Que me estabas esperando? ¿Por qué? ¿Para qué?*»

Mis piernas temblaron, en aquel último pequeño paso que di hacia él, y mi tobillo derecho flaqueó hasta torcerse, casi me caí, si no fuera porque él me agarró de un brazo.

- Perdona, estoy muy torpe – me disculpé – Gracias.

Y sonrió. Y morí un poco más. Y me pregunté qué clase de idiota es capaz de estropear una relación, con un hombre que le corta la respiración, y me respondí que sólo una idiota como yo.

- Te veo muy... guapo – me ruboricé al escucharme.

Sonrió otra vez, agachando la cabeza, y sentí una estocada en la nuca, que me hizo temblar, al ver el efecto de esa sonrisa reflejada en sus ojos.

- Yo a ti también – suspiró, y volvió en sí - ¿Cómo quieres hacer para el festival de fin de curso de

Jaime? – se llevó una mano a la frente, y la masajé al preguntarme.

«*Fin del coqueteo. Tierra llamando a Eva*»

Inspiré fuerte y volví a la realidad.

- Quiero ir – me mantuve firme, pero hablé con dulzura.

- Me parece bien, debemos estar los dos, le hará mucha ilusión – se enderezó, dejando de mantener su cuerpo apoyado contra el coche, y parecía que quería dar por terminado nuestro, *casual*, encuentro.

- A mí también me hará mucha ilusión estar todos juntos - y dije ese *juntos* con muchísima intención – Vero, Pedro, Jaime... y *nosotros* – remarqué el *nosotros*.

Sonrió, y dejó caer su cabeza, negando.

- ¿Nosotros? – levantó su mirada hacia mí de un modo demasiado seductor hasta para él.

- Tú y yo – y me dolió tener que deshacer ese *nosotros*.

- Así mejor – su risa escapó, disimulada, en forma de aire por la nariz - Pues decidido, iremos todos – agitó las llaves en su mano, y se separó dos pasos de mí.

- Estará imposible para aparcar, ¿quieres que vayamos en un solo coche? - tenía que intentarlo.

- Iré en moto – dijo, despreocupado.

- ¡¿En moto?! – abrí los ojos hasta su límite.

- Sí, en moto – una mueca divertida acompañó sus palabras; después se mordió la sonrisa, con sus dientes sobre el labio inferior.

«¿*En moto? ¿Pero dónde está mi Sebas? ¡¿En moto?! ¿Desde cuándo?*»

- ¿En moto, en serio? – insistí.

- Sí, Eva, en serio – se le volvió a escapar la risa, mientras continuaba con el movimiento de su cabeza, negando - Bueno, me voy, me alegra haberte visto – tragó saliva, se agarró el labio gordo, con dos de sus dedos, e inspiró antes de girarse hacia la casa de nuestros amigos.

- ¿Y ya está? – le dije sin pensar, elevando el tono que había mantenido mi voz hasta ese momento.

- ¿Cómo que “y ya está”? – se detuvo, y me miró.

- Tanto tiempo sin vernos, sin dar señales de vida, y ¿esta va a ser nuestra conversación? - dejé escapar el aire que había estado conteniendo sin darme cuenta de ello.

- Es más de lo que creía que soportaría – no me miraba, el tono desenfadado había desaparecido, y sus labios habían perdido la curvatura que aportaba brillo a su mirada - Nos vemos en el festival.

- Sebas, no...

- Eva, por favor – su mano se elevó, en señal de *stop*, y sus ojos me suplicaban silencio.

Me quedé inmóvil, y callada, mientras lo veía caminar, hacia la casa de Vero y Pedro, hasta meterse dentro, y desaparecer, sin dedicarme ni una sola mirada más en todo el proceso.

Me di cuenta de que había vuelto a contener la respiración, mientras lo veía alejarse, y empecé a

respirar agitadamente. Cerré los ojos, y levanté la cabeza; pude sentir el recorrido de mis lágrimas.

DÍA 284 – EL HOMBRE, EL ÚNICO ANIMAL QUE TROPIEZA

DOS VECES EN LA MISMA PIEDRA

Era un día normal en la oficina: estrés, prisas, algún que otro grito, algún que otro café, algún que otro “*voy a matar al jefe, lentamente, con dolor, gritos, y súplicas; lo planearé tan bien, que no me cogerán en la vida, sueño con ello cada noche, juro que un día lo llevaré a cabo*”, con algún que otro fax que no daba entrada, con todos los teléfonos sonando, y con muchas puertas haciendo retemblar los cimientos del edificio. Vamos, un paraíso.

- Eva, te llama el señor Escobar – Esther apareció, hecha un manojo de nervios, en la puerta de mi despacho.

- ¿Qué quiere? – le pregunté, apartando la vista de la pantalla del ordenador.

- Que vayas a su despacho, ¡ya! – entornó la mirada.

- ¿Qué le pasa? – arrugué el entrecejo.

Esther resopló su angustia, y su cara se destensó un poco.

- Está esperando una videoconferencia, que no da llegado, y lo de Segovia va muy mal, muy, pero que muy mal. ¡¡Menudo día, Eva, menudo día!! - se llevó la mano a la frente y agitó los papeles, que agarraba con su otra mano, delante de su cara, a modo de abanico.

- Pues allá voy – me incorporé, desplazando la silla hacia atrás, con mis piernas - a meterme en la boca del lobo. Deséame suerte.

- Espera, que aviso de que llegas, a ver si va a estar con la videoconferencia, y entonces la liamos.

Caminamos hasta su mesa, donde pulsó el botón del interfono, pero no obtuvo respuesta.

Volvió a pulsar... y esa vez sí.

- ¿Qué quiere, Esther? – pues sí, su tono de voz no auguraba nada bueno.

- Ya está Eva aquí, señor Escobar.

- ¡Pues que entre!

Me miró con resignación, y le sonreí; no sabía lo que ganaba, pero le pagaban poco, para lo que tenía que aguantar, la pobre.

Llamé dos veces, y abrí directamente.

- Buenos días, señor Escobar.

- De buenos tienen poco, siéntese señorita Costa – me ofreció la silla, con su mano.

Mal empezábamos cuando, directamente, me llama por mi apellido, antes de camelarme tuteándome.

- ¡Esta semana te vas a Segovia cagando leches, esto ya me está superando! – los papeles se mezclaban, sin ton ni son, sobre su mesa.

- Sin problema – afirmé.

- Es que no sé qué tipo de gente inepta está llevando esa tienda, que ya tendría que estar lista para su inauguración – apoyó ambas manos sobre la mesa, deteniendo el ir y venir de folios, y me miró como si fuera la portara de un saco de soluciones.

- No se preocupe, señor Escobar, la tendrá lista en unos días – aproveché esa mirada, para destensar el ambiente.

Un pitido, que provenía de su portátil, nos interrumpió.

- ¡¡Y ahora esto!! – pulsó un botón de su interfono, antes de hablar - ¡¡Esther, venga a mi despacho!!

Y Esther que no venía, y el pitido venga a sonar, y el señor Escobar que se estaba poniendo rojo...

- ¿¿¿Esther, está usted ahí???

 - le insistió al aparato.

«Y digo yo, ¿por qué en vez de pulsar el botón, para hablar con Esther, no abres la puerta, si tiene la mesa justo en la entrada? ... Me reitero, pobre mujer»

- ¡¡Desaparece justo ahora, que empieza la videoconferencia!!! ¡Y yo no sé cómo paso la imagen del portátil al proyector! – hablaba en alto, pero consigo mismo.

- Creo que... si enchufa ese cable – señalé con mi mano, indecisa - será suficiente.

- ¡¿Qué cable?! – su brusquedad me irritaba.

«¡¡¡Qué torpe, por Dios!!!»

Me acerqué a su mesa, rodeándola, hasta situarme a su lado, y conecté el cable, que estaba ya preparado, al lado del portátil.

- Ya veo que control tienes... tanto, tanto, que no se ve nada en la pantalla, ¿qué te parece? – ladeó su cara y elevó sus cejas al hablar.

- Vamos a probar a encender el proyector – sonreí con ironía.

Oí una carcajada, mientras enfocaba el mando hacia el aparato; vi hacia la pantalla del portátil, porque era de allí de dónde provenía ese sonido, y me aparté, automáticamente, al ver unas enormes tetas, en una de las pantallas de la videoconferencia. Respiré, un poco más relajada, cuando me di cuenta de que eran las mías; pues me había acercado demasiado a la webcam, durante el proceso de enchufar el cable, y encender el proyector.

- Listo, ahora debería fun...

«Noooooo. Muero»

- Gracias, Eva – me agradeció, el señor Escobar.

- **Sí, gracias... Eva, las vistas no podrían ser mejores.**

Mi jefe se extrañó, mientras alternaba su mirada entre la pantalla, y mi persona, hasta que cayó en la cuenta.

- ¡¡Claro, os conocéis de Salvador de Bahía!! – levantó sus manos, en señal divina.

Aún no sé cómo fui capaz de hablar.

- Bueno, señor Escobar, me retiro, ya concreto con Ángel..., digo con Esther, las fechas para lo de Segovia.

Volvió a reír, oí de nuevo su risa, esa risa... su risa...

- No, Eva, quédate, haz el favor y quédate, igual puedes echarme una mano con Ángel – me ofreció una silla.

- No creo que sea de gran ayuda, lo siento – me disculpé, caminando de espaldas a la puerta, huyendo.

Hacía casi tres meses que no lo veía, que no lo escuchaba, que no sabía nada de él. Hacía casi tres meses que mi vida ya no era mía, y justo ahora, justo cuando estaba empezando a recomponerme, aparecía de nuevo. ¿Por qué?

No quería mirar la pantalla, no quería verlo, no podía hacerlo, por si volvía a desmoronarse lo que había estado levantando durante estos largos meses. Pero tenía tanta curiosidad...

- Estoy intentando que el señor García vuelva a España. Quiero que lleve la obra de Menorca, la que empezaremos en Septiembre.

- Ajá – acerté a decir, tragando con mucha dificultad, y retomando mi intención de abandonar su despacho – no puedo ayudarle; si no le importa, les dejo solos.

- Igual sí puedes ayudar, E V A.

Había hablado, había dicho mi nombre; su voz sonaba diferente, sonaba a recién levantado, a recién follado, sonaba masculina, y sensual...

«Joder, ¡¡¡la madre que me parió!!!»

En tres meses nada, y en tres días los dos... ¿Qué mierda de vida injusta, me había tocado vivir?

- Siéntese, señorita Costa - otra vez con el señorita a vueltas.

«Mierda»

- ¿Ángel, ha leído mi propuesta? – se olvidó de mí, dando por hecho que me iba a sentar, y se centró en Ángel.

- **La tengo delante** - me temblaba la sangre al oír su voz.

- ¿Y bien? – tamborileó sus dedos sobre el apoyabrazos de su silla, a la espera de una respuesta.

- **No voy a aceptarla** - al escuchar su respuesta serena sonreí, porque nunca se dejaba intimidar por nadie.

«Qué huevos, la leche»

El señor Escobar se revolvió en su asiento, y carraspeó antes de hablar.

- Señor García, creo que no la ha estudiado con detenimiento, a mi parecer es irrechazable – apoyó los antebrazos sobre la mesa, y cruzó los dedos de sus manos.

- **A su parecer sí, pero no todo el mundo pensamos igual** – su seguridad me puso nerviosa, y cerré los ojos durante varios segundos.

«Joder, el corazón me va a mil»

- ¿Señorita Costa, puede ayudarme a convencer al señor García, para que cambie de opinión? – sus ojos se centraron en mí, esperando que le echara un cabo.

Tosí, agité mi cabeza, y tragué.

- ¿Y cómo podría hacerlo? – seguía sin atreverme a mirar su imagen, así que me centré en la cara de mi jefe.

- Pues no sé, trabajaron juntos quince días, algo sabrán el uno del otro – se apoyó en el respaldo de la silla - Usted conoce el proyecto de Menorca, sabe que tenemos muchas esperanzas, y mucho dinero, invertido ahí; sabe cómo trabaja el señor García, y sabe que es el hombre que necesitamos, ¿me equivoco? – su silla se mecía impacientemente.

«Diossss ¿Por qué? ¿Por qué?»

Volví a tragar, para deshacer el nudo de mi garganta, pues tenía que hablar, ignorando el burbujeo de mi estómago, la elevada temperatura que había alcanzado mi cuerpo, el vertiginoso ritmo al que latía mi corazón y los escalofríos que me recorrían, y me hacían temblar.

Justo en el momento en que iba a tomar la palabra, sonó el interfono de la mesa.

- Señor Escobar, ¿me ha llamado? – la voz de Esther me regaló una pequeña tregua.

- ¡¡A buenas horas, Esther!! ¿Dónde estaba metida??

- Bajé a recursos humanos, para dejarle los papeles del contrato a Maite.

- Cuando acabe la videoconferencia, quiero los originales sobre mi mesa.

Cortó. Esther se había quedado con la palabra en la boca.

- Bien, ¿por dónde íbamos?, ah sí, iba usted a convencer a...

Nueva interrupción, ahora era su móvil, el que sonaba.

- ¿Me disculpan un minuto? – elevó un dedo, levantándose de la silla - Tengo que contestar a esta llamada.

- No se preocupe, yo ya me voy – hice amago de levantarme.

- ¡¡No, Eva, quédate aquí, y haz que el señor García entre en razón, que cambie de opinión!! ¡¡Hoy quiero tener una buena noticia!! Vuelvo en un minuto – y me dejó en su despacho, sola... con él.

«Un minuto, un minuto, un minuto... voy a poder» me repetía.

Sólo fueron necesarios unos segundos, para que mi vida diera un vuelco, cuando lo vi, y me pedía un minuto a solas con él... eso era mucho pedir.

- **Hola, Eva** – su voz me traspasó.

«Vamos, valiente, vamos, levanta la cabeza y míralo»

- **¿No vas a mirarme?** – sabía que estaba sonriendo, aún sin verlo - **Estás guapísima** – cerré los ojos, e inspiré.

«Allá voy»

- Hola, Ángel – levanté mi cabeza, muy lentamente, hasta que mis ojos se centraron en su imagen.

- **Guapísima se queda corto... estás espectacular. ¿Qué tal, cómo te van las cosas?** – me

hablaba con una naturalidad que me superaba. Como quien se encuentra con una antigua pareja, que sólo le despierta nostalgia.

- Ángel, no puedo, lo siento... - bajé de nuevo mi mirada, era demasiado doloroso, estaba a punto de ponerme a llorar.

Y, de repente... su voz. No la que me estaba hablando hacía unos segundos, no; esta era su voz, la de verdad, la que yo conocía.

- **Mil veces he intentado llamarte, mil veces estuve tentado a pulsar la tecla de llamada; mil veces escribí mil mensajes, que nunca me atreví a enviar... ¿Por qué me hiciste prometerte aquello?**

“No llamarnos, no mensajearnos, no volver a vernos nunca. No hurgar en una herida que debía cerrarse, porque era demasiado dolorosa; ambos sabíamos que era imposible olvidarnos, pero había que intentarlo”

Una lágrima abrió paso a las demás, y volvía a doler. Volvía a doler muchísimo.

- **Eva, por favor. ¡¡Lo siento!! Lo siento. Eva, mírame; mírame y podrás comprobar cómo estoy, por favor, hazlo.**

- Ángel, no puedo, estoy intentando salir adelante, volver a empezar; no puedo retroceder, no puedo volver a sufrir como lo he hecho – hablaba entre sollozos.

- **No hay un solo día que no haya pensado en ti.**

Llené mi pecho de aire... de él. Me llené de locura, y subí mis manos hasta cubrir mis ojos. Apoyé mis codos en las piernas, y me doblé de dolor. Escuché la voz de mi jefe, muy cerca de la puerta; me limpié las lágrimas, y me recompuse lo mejor que pude.

- **Si tú quieres... voy. Si no lo hago, si no acepto, es por ti, por esa puta promesa, que me está jodiendo la vida.**

Se abrió la puerta, y entró mi jefe.

- ... está bien, lo cerramos en la comida, hoy ya revisamos todo; nos vemos allí, a las dos. Un saludo. Adiós, adiós – dejó el teléfono sobre la mesa, y volvió a lo nuestro - Bueno chicos, ¿qué tal, hay acuerdo?

- **En ello estábamos** – dijo Ángel.

Yo estaba dándole vueltas a sus frases: *“no hay un solo día que no haya pensado en ti” “Si tú quieres, voy” “Mil veces he intentado llamarte” “Mil veces escribí mil mensajes, que nunca me atreví a enviar” “Lo siento, lo siento” “Me está jodiendo la vida”*

Ellos continuaban hablando, pero yo no prestaba atención, porque estaba volviéndome loca, intentando acallar su voz, sus palabras, que sonaban dentro de mi cabeza; quería salir de allí, correr hacia el baño y encerrarme, quería estar sola y, de pronto... aquella palabra de su boca, que hizo temblar mi mundo... otra vez.

- **Sólo una santera, podría hacer que cambiara de opinión, ¿no conocerá a ninguna?**

- Bueno, pues nada, veo que la cantidad, indecente, de dinero, que le he ofrecido, no ha surtido efecto; ya no sé qué más puedo hacer. Lo de la santería me parece que lo vamos a dejar para...

- V E N – mi voz alivió la presión que se había acumulado en mi pecho.

Sí, había hablado, había dicho eso, había pronunciado esas tres letras: VEN. Tres letras unidas, que dirigidas hacia él, daban sentido a la arritmia que mi corazón albergaba.

- ¿Qué ha dicho, señorita Costa? – mi jefe, ni siquiera me había entendido.

Nuestra manera de comunicarnos, no tenía nada que ver con la razón.

- **Prepare todo, señor Escobar, búsqume un vuelo. Nos vemos en Madrid, en Septiembre.** –

cerré los ojos, con el alivio del que pone fin a una larga condena.

- ¿Cómo? ¿Pero qué es lo que...? No entiendo nada – dijo, desconcertado.

No aguanté más, me levanté y, sin poder articular palabra, salí corriendo del despacho hasta los baños; cerré la puerta y resbalé por la pared, hasta sentarme en el suelo; me cogí fuerte las rodillas, y recé.

«¿Qué he hecho? ¿Qué he dicho? Me he vuelto loca, otra vez»... Otra vez, volvía a la línea de salida.

DÍA 280 – SÍ, PERO NO

Había llegado, con mucha antelación, al cole de Jaime, para su festival. Sabía que aparcar iba a ser horroroso, así que fui previsora.

Una vez hube aparcado, saqué el móvil, y dudé si enviarle, o no, un mensaje a Sebas, *el motero*. Suspiré y, rechazando la idea, lo volví a meter en mi bolso.

«*No creo que le importe mucho que haya llegado, ni que le diga que hay un buen atasco en la calle, porque ahora tiene una moto... ¡¡Una moto!!*» Cada vez que lo pensaba, menos real me parecía.

Acomodé mi vestido rojo, a mi cuerpo. Había elegido uno viejo, no viejo de gastado, sino viejo de que tenía historia conmigo, con *nosotros*, pues había estado presente en un momento muy importante de nuestra vida, cuando Sebas me pidió matrimonio, aquel día, en la celebración de su cumpleaños.

Sabía que me iban a mirar raro, por el look elegido, pero me daba igual; sólo me importaba la manera en la que me vería él.

Entré, en el salón de actos, faltando diez minutos para que empezara el festival de fin de curso. Localicé a Vero, fui hacia donde estaban ella y Pedro, y los saludé.

- ¿Lleváis mucho rato? – le pregunté a mi amiga.

- No, llegamos hace unos minutos, aparcamos atrás, delante está imposible. ¿Oye, ese vestido no es...? – y se calló, no terminó su pregunta.

«*Sí, es este vestido*»

- ¿Y Sebas, lo habéis visto? – hacía un barrido por la sala, en su busca.

- No – respondió Pedro.

- Salgo un momento, para llamarlo; es muy raro que todavía no haya llegado – me preocupé.

- Vale, os guardamos las butacas – me dijo Vero.

Salí, marcando su número mientras caminaba. En cuanto alcancé el patio del colegio, empezaron a sonar los tonos de llamada, y esa canción de fondo... su melodía de espera... nuestra canción “*I have a time of my life*”. Hacía tanto tiempo que no lo llamaba, que no recordaba su tono de espera. Cerré los ojos, mientras me perdía entre la canción y mis recuerdos... la canción de su primer correo, la primera de las veinte que me envió...

Dejé sonar hasta que se cortó; no me respondió. Volví a marcar.

- ¿Eva?, ¿qué haces aquí fuera? – ... su voz.

Él, ahí estaba, a mi lado, peinándose con las manos, y evitando mirarme fijamente.

- Te... te estaba llamando – tartamudeé.

- Ah, eras tú, creí que sería del bufete; al venir en moto, tengo excusa perfecta para no contestar – me sonrió, guiñándome un ojo.

- Ya – aproveché para cerrar mi boca, que se había desencajado al verlo.
- ¿Entramos? –me invitó a caminar delante de él, con un gesto de su mano.
Sólo asentí.

«Qué guapo está, y qué diferente. Ni se ha dado cuenta del vestido, ni me ha mirado siquiera. ¿Qué esperabas, Eva?, lo engañaste, te acostaste con otro, le pusiste los cuernos, y te gustó. Pero lo peor de todo es que, hace cuatro días, le pediste, al otro, que viniera. ¿Qué pretendes?, ¿que babee por ti? No lo mereces. Pero está tan guapo, tan, tan guapo... no sé de qué me sorprende, siempre ha sido guapísimo... ¡¡Mierda, soy una idiota que sólo sabe meter la pata, una y otra vez!!»

Y, de repente...

- Estás muy guapa, Eva. Ese vestido siempre te ha sentado de maravilla – lo dijo como si nada, pero su cara evidenciaba una mueca de dolor mal disimulada.

- Gra...Gracias tú también estás muy guapo – suspiré aliviada.

Los latidos de mi corazón se dispararon, se me iba a salir por el escote...

...

El festival estaba empezando, le señalé donde estaban nuestros amigos, y nos fuimos a sentar.

Sebas se quedó en la butaca del pasillo, a su lado yo, después Vero y Pedro.

Sentía verdadera admiración cuando observaba cómo, Sebas, miraba a nuestro ahijado; y de nuevo un puño se abrió paso en mi pecho, justo en el centro, y empecé a contar 12:34, 12:34, 12:34, 12:34, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, 1, 2, 3, 4, y me asusté. Me asusté porque todo volvía a doler con la misma intensidad que siempre, el tiempo no mitiga, el tiempo no borra, el tiempo no ayuda cuando las cosas no se hacen bien.

Aparté mis ojos de él, y me centré en la voz de Vero, a mi derecha.

- Ya salen, ya les toca a su clase - me dijo, agarrándome del brazo.

Jaime iba a hacer un baile con la canción de Fran Perea “*Uno más uno son siete*”; no paraba de cantarla a todas horas, por lo menos cuando estaba conmigo, hasta me la había pegado.

Sebas hizo lo mismo que Vero, se giró hacia mí, para avisarme de que era el turno de la clase de nuestro ahijado. No me dio tiempo a girar la cara, con la suficiente velocidad, para que no me pillara viéndolo descaradamente.

Su mano también acompañó el movimiento, e iba a tocarme. Al descubrir mis ojos sobre él, tardó en hablar más de lo normal.

- Esto... le toca a Jaime – se quedó mirándome, demasiado tiempo tras sus palabras.

- Ya, gracias – le sonreí.

Cerré el puño de la mano, que nunca terminó su recorrido, y fui yo la que, estirando la mía, se la cogí. Se tensó, pero no la apartó al momento, ante todo era un caballero; esperó unos segundos, y la retiró, discretamente, entonces.

Jaime lo hizo perfecto, no se había equivocado ni una sola vez. A la salida estaba como loco.

- ¡¡¡¡Padrinos!!!! ¿Me habéis visto? – corrió hacia nosotros.

- Claro, cariño, lo has hecho estupendamente, ha estado genial – le dijo Sebas, con tanta dulzura que me hizo suspirar.

- Gracias, padrino. La tonta de Lucía se equivocó, y casi me pierdo.

- No le digas tonta, Jaime – le advirtió Pedro.

- Pero es que es tonta – cruzó sus bracitos, sobre su pecho, enfurruñado - ¿A dónde vamos? ¿Podemos ir a tomar un helado, podemos, podemos ir todos? – preguntó, sobreexcitado.

- Te llevaremos a tomar un helado, tu papá y yo – intervino Vero, que estaba a mi lado.

- Y los padrinos vienen también, ¿verdad? – nos miró, esperanzado.

- No lo sé, campeón, vas a tener que preguntárselo – Pedro quiso dejar la decisión en nuestras manos. Si por mí fuera, la respuesta estaba clara, pero Sebas tenía otros planes...

- Yo no puedo acompañaros, granujilla, ya he quedado, lo siento. – dijo Sebas, revolviendo el pelo de Jaime.

«¿Quedado? ¿Con quién? ¡¡¡Maldita sea!!! Ya no tengo derecho a sentirme así»

- Ya has oído al padrino, Jaime, no puede venir; pero vamos nosotros, ¿qué te parece? – le dije yo, acucillándome, para ponerme a su altura.

- Quiero que venga el padrino también, ¿por qué ahora nunca vamos todos juntos? – volvió a cruzarse de brazos, e hizo un puchero con su boca.

- Ya te lo he explicado, Jaime; no lo estropees ahora, con lo bien que lo has hecho todo. Vamos a celebrarlo con la madrina. Nos comeremos un helado enorme – Vero intentaba evitar lo inevitable, que su hijo continuara insistiendo.

- Yo quiero que vengas tú también, quiero que estemos todos – agarró la mano de Sebas, y tiró de sus dedos.

¡Qué difícil!, era tan difícil... y yo me sentía tan responsable de todo, que no sabía qué decir. Jaime se había puesto a llorar, y Sebas estaba agachado, intentando razonar con él.

- Jaime, escucha, para de llorar, escúchame – le dijo, limpiando sus lágrimas, y cogiendo su carita entre sus manos.

- ¿Qué? – hipó al hablar.

- Te prometo que otro día iremos todos a tomar un helado, o a hacer lo que tú quieras, pero hoy no puede ser, el padrino tiene un compromiso, y se tiene que marchar – lo tomó en brazos, para despedirse de él.

- Al cine – respondió al momento.

- ¿Cómo? – preguntó, incrédulo.

- Que quiero que vayamos al cine, a ver *Hulk*, o *Simbad*.

Me quedé en silencio, esperando que Sebas solucionara el berenjenal.

- Ya te dije que iríamos a ver *Simbad*, pero tenemos que esperar a que la estrenen, y falta un mes, no es hasta Julio, ¿Recuerdas? – le dijo Sebas, dejándolo en el suelo.

- No me importa; esperaré, pero quiero que vayamos los tres – ahí estaba la inocencia, que se pierde a cambio de crecer.

- Bueno, eso creo que podremos arreglarlo – le prometió Sebas, mientras le mesaba el pelo - Os tengo que dejar, lo siento, me esperan – consultó su reloj.

Se acercó a Vero, para darle los dos besos de despedida, chocó la mano de Pedro, en un gesto desenfadado, y me dedicó un “*hasta luego, Eva*”, que se me clavó como un puñal.

- Hasta pronto, Sebas – le respondí.

Y allí me quedé; con Jaime haciendo mil preguntas, y viendo marchar a mí... a Sebas; poniéndose su casco, mientras montaba en su nuevo medio de transporte, bajando la visera, e incorporándose a la carretera, acelerando su moto, y a mí.

El recuerdo de su olor, sentado a mi lado, el recuerdo de su contacto, el recuerdo de su voz, el recuerdo de sentirme en casa, durante unas horas... su recuerdo me dolió todos, y cada uno, de los minutos que duró ese día.

Vero me veía rara, e insistió para que no me quedara sola. Yo accedí, sin oponer mucha resistencia, porque tenerlo tan cerca, y no poder ser *nosotros*, me debilitaba; porque, en mi soledad, todo dolía con más intensidad, y había días que me sentía fuerte, para afrontar ese vacío, pero ese no era uno de esos días.

- Gracias por la cena, pero, sobre todo, gracias por la compañía. Sois unos amigos maravillosos – dije, reteniendo unas lágrimas, mientras me levantaba dispuesta a marcharme.

- ¿Ya te vas? Toma otro café - que Pedro me hubiera pedido que me quedara, antes de que lo hiciera Vero, nos sorprendió a ambas.

- ¿Quieres que no pegue ojo en toda la noche? – le sonreí – Gracias por todo, de verdad, pero me voy.

- Otro café, y no se hable más – Pedro agarró la cafetera, y la inclinó sobre mi pocillo.

- ¡¡Pedro!! - Vero lo miraba, extrañada.

Él no le sostuvo la mirada a su mujer, porque la dirigía al móvil, con el que había estado trasteando, entre sus manos, desde hacía un buen rato.

No acepté su café, porque mi intención era poder conciliar el sueño esa noche, pero me quedé unos minutos más, en su compañía, hablando de banalidades.

Al salir por su portal, entendí el motivo de pedirme que me quedara, y ya era la segunda vez que me “*hacían coincidir*”. Apoyado en mi coche, estaba Sebas. Esta vez lo vi con suficiente antelación, como para poder decir un *hola*, sin quedarme trabada.

«*Deberían prohibir poner determinadas posturas sexis, a según qué hombres... está*

irresistible»

- Hola, Sebas – le saludé, con resignación. Después de habernos dejado colgados, tras el festival, no me salía una sonrisa.

- Hola, Eva, ¿qué tal la tarde? – pero a él sí.

- Triste.

- ¿Triste? – me preguntó, con curiosidad.

- Ajá – pero yo no podía contarle, directamente, cuál era el motivo de mi tristeza, así que se lo dejé caer, a modo de pregunta *indirecta* - ¿Y tu cita, cómo ha ido?

- ¿Cita? – dudó.

- ¿A quedar con alguien, no se le llamaba cita? – ironía modo *on*.

Torció su mirada, y la acompañó de una sonrisa que me cansó el cuerpo; me dejó sin fuerzas, para seguir resistiendo tentaciones, y me volvió nuevamente débil.

- Sí, puede llamársele cita – asentía, mientras me respondía, y volvió a mirarme – estuvo... interesante.

Cerré los ojos e inspiré. Volvió a hablar, ante mi falta de osadía.

- Estaba pensando... que puedes pasarte por casa... para recoger cosas que aún tienes allí.

«Respira, respira, respira»

- ¿Ahora? – pasaban de las doce de la noche.

- No, ahora no – se le curvó la comisura de los labios, y una pequeña carcajada escapó, para mi martirio - en otro momento, cuando puedas.

- Como quieras – hablé, abatida.

- No, como yo quiera, no, creo que es lo mejor. Somos adultos, el tiempo va pasando, y las cosas van doliendo menos... va siendo hora de que dejemos de abusar de nuestros amigos, y los utilicemos de intermediarios lo mínimo posible.

«Y me lo dices tú, que provocas estos encuentros, casuales, con su ayuda...»

Inspiré intensamente.

- Me parece bien – y me parecía de todo, menos bien.

- Vale, pues cuando quieras, me avisas y lo organizamos – exhaló - ¿Prefieres que esté yo o...? – no terminó la pregunta.

- Sebas... - yo tampoco pude continuar hablando.

- Te entiendo, mejor no coincidir... – esperó, por si le llevaba la contraria, pero yo no podía decir nada, así que, ante mi silencio, continuó - No he cambiado la cerradura, puedes abrir con tus llaves, si todavía las conservas – se rascó la cabeza, y apartó la mirada.

- No soy una delincuente, como para que lo hubieras hecho - levantó la vista al cielo, y resopló ante mi comentario – Prefiero que estés – terminé por decir.

Tardó en reaccionar, porque ambos nos manteníamos la mirada, y no podíamos respirar, hablar, y

mirarnos, al mismo tiempo.

Su respiración estaba un poco alterada, se mordió el labio inferior, por la parte de dentro...
¡¡Dios, tenía unas ganas locas de que me abrazara!!

Intentó romper el momento de conexión, porque a él también le estaba superando.

- ¿Dónde estás viviendo? – se aclaró la voz, con un carraspeo de garganta, para alejar la tensión que se había instalado entre nosotros - Me han dicho que en Alcalá de Henares, ¿en qué zona?

Continué mirando fijamente, son poder responderle, y no apartó sus ojos... demasiado tiempo, demasiado cerca, demasiado calor.

- La nueva dirección, Eva – hasta que chasqueó sus dedos, delante de mi cara.

- ¿¡El qué!? – sacudí mi cabeza.

¡¡Que me parta un rayo si no había entendido: erección, en lugar de dirección!!

- Tu dirección, que cuál es; bueno, si quieres decírmela, no es que vaya a ir a hacerte una visita, es sólo curiosidad, sabes que tengo debilidad por Alcalá... - se justificaba en exceso, y tener que hacerlo lo ponía nervioso.

- Sí, sí, la erecc, digo, la dirección, por supuesto que no me importa – puse los ojos en blanco.

Se rio un poco, lo suficiente para recordarme que me quería morir, por haberme alejado de él.

- Sigues teniendo mucho peligro, pero mucho, mucho... - agitaba su dedo índice, en señal de advertencia, mientras sonreía.

Le expliqué dónde quedaba mi piso y, tras despedirnos, comenzó a caminar hasta doblar la esquina de la calle.

No pude articular palabra, me quedé, como una tonta, viendo su cuerpo alejarse. Cuando desapareció de mi vista, toqué el coche con mis manos, y me apoyé en él, hasta que conseguí calmarme.

Cuando llegué a mi casa, ni lo pensé, encendí el ordenador, y abrí mi cuenta de correo. Le escribí un email.

EVA COSTA:

No serán veinte, las canciones que te envíe; será sólo una, ésta “Ne me quitte pas”, de Jacques Brel, porque todo lo que necesito es eso, que NO ME DEJES. Todo lo que necesito, eres tú, es A TI. Para recuperarme, para recuperarnos, para seguir viviendo nuestra vida, y no perder más tiempo engañando al corazón, dándole razones que ninguno de los dos nos creemos. He visto cómo nos hemos mirado, cómo me has sonreído, cómo te has puesto nervioso y, a pesar de que has venido a pedirme que me vaya para siempre de tu vida, creo que tu intención era completamente contraria a tus palabras.

<https://www.youtube.com/watch?v=dSfc662vXZU>

Nunca recibí respuesta a ese email, al igual que nunca llegué a ir a por mis cosas. Era obvio que nuestros tiempos de recuperación nunca irían a la par, por lo menos en apariencia.

DÍA 273 – DE CULO CUESTA ABAJO

Ese fin de semana había decidido salir.

Ese viernes había cenado con Vero y Pedro, en un restaurante que nos encantaba, el *Thai Gardens*. Un restaurante que antes frecuentábamos los cuatro, y que, en un alarde de valentía, dije sí cuando su nombre salió a la palestra, para esa cena de tres... esa cena incompleta. Tras el *Thai*, me acompañaron hasta el Vicio, y tomaron una copa conmigo, pero se marcharon en cuanto llegó Dani; decían que estaban cansados, pero todos sabíamos que los viernes era su día sagrado, porque Jaime se quedaba en casa de una de sus abuelas, y ellos aprovechaban para *follar como depravados*, palabras textuales de mi amiga. Decía que los polvos entre semana le sabían a poco – *A mí lo que me gusta es gritar cuando me corro, y clavar las uñas. Entre semana, con el niño, eso es imposible* - decidme si no es adorable contar con una amiga así.

El Vicio estaba llenísimo, Dani estaba encantado, porque hubo unos meses en los que había flojeado, un poco, la clientela, pero ahora parecía que todo volvía a la normalidad - *Las putas modas* - decía él – *de repente, un local se pone más de moda, y al carajo*.

- Bueno, pequeña, hoy serás mi invitada VIP, así que bebe todo lo que ese cuerpecito aguante, y después, un poco más, lo suficiente para que no recuerdes cuando me aproveche de ti – inclinado sobre la barra, me hablaba como si no hubiera nadie más en el local.

- Ponme lo que quieras, ya conoces mis gustos – le guiñé un ojo.

- Te voy a preparar un coctel que te va a encantar, lo llamo *deseo*.

- Pues estoy *deseando* probarlo – le guiñé un ojo, aprovechando el juego de palabras.

- Claro, había olvidado que tú no eres como las demás – me dijo, enfaenado en preparar mi bebida.

- ¿Por? – pregunté, intrigada.

- Porque todas preguntan *¿por qué lo llamas deseo?* – y puso voz de pito, para imitar la voz de una chica.

- Pues no, a mí eso no me interesa, en tal caso preguntaría *¿qué lleva?*

Cogió una bocanada de aire, que llenó su pecho, me miró con peligro, con mucho peligro, torció la boca, y sonrió.

- Ay, Eva, Eva, Eva... - se frotó la cara, con ambas manos, y exhaló con fuerza, antes de responder a lo que no le había preguntado - lo llamo *deseo*, porque cuando lo bebes, un deseo se cumple – me colocó la copa delante.

- Eso es mentira – lo miré, divertida.

- Si no es así, tengo que pagar mi estafa – abrió sus ojos, al tiempo que levantaba sus cejas, y sonreía.

- ¿Cómo?

- Te ganas un beso... mío – apoyó ambas manos sobre la barra.
- ¿Y eso te funciona? – pregunté, asombrada.
- Ya lo comprobarás esta noche – se rio, muy seguro de lo que decía.
- Las tías están gilipollas – sentencié, negando con la cabeza.

Más risas. La noche prometía.

Tenía muchas ganas de ir a la pista a bailar, pero yo sola... ni loca. Miré, por si encontraba a alguien conocido, pero nada... y, cuando me estaba arrepintiendo de mi idea de continuar la fiesta, tras la retirada de mis amigos, apareció él...

- Hola, Eva.

Me giré, hacia esa voz que me llamaba por mi nombre, y no me resultaba familiar.

- Heeey, hola, Oscar, ¿qué haces por aquí?
- Hemos venido a tomar una copa. Ya sabes... la cena.

«¿La cena?, no entiendo nada»

Ese chico siempre me había parecido un poco raro.

- Sí, ya... la cena – le seguí el rollo - Me alegro de verte. Pásalo bien – me quise deshacer de su compañía.
- Y yo. Estás muy guapa. Tú también pásalo bien, nos vemos – me dijo, despidiéndose.
- Gracias – le sonreí, mientras lo veía marchar.

Suspiré, y bebí un trago de mi copa; volví a dejarla sobre la barra, y busqué a Dani, que me mandó un beso, y se envaró.

«¿Qué te pasa?»

- Tengo entendido que tienes enchufe con el jefe, ¿me invitas a una copa?

Esa sensación de que se para el mundo, de que todo se detiene, incluso los latidos del corazón, pues esa sensación existe, yo la experimenté en ese mismo momento, bajo los efectos de su voz.

- Sebas, que... ¿qué haces aquí? – hablé, sobreexcitada.
- Cena con los chicos... el baloncesto, ¿recuerdas? – dejó caer su cabeza hacia un lado.
- Ah, ya, ahora entiendo lo que me dijo Oscar... acabo de hablar con él.
- Lo vi... por eso me he acercado; no sabía qué te había dicho, o qué le habías dicho tú a él... - parecía indeciso.
- ¿Y qué iba a decirle? No te entiendo.
- Yo... - indeciso, y avergonzado – Yo aún no le he contado... que no estamos juntos – tragó con dificultad.
- Ah... - yo tampoco se lo había contado a nadie lejos de mi círculo más íntimo, pero me lo callé.
- ¿Me invitas a beber algo? – quiso destensar el ambiente.
- Sí, sí, claro ¡¡Dani!! – lo llamé.
- Hola, Sebas – dijo Dani, bastante seco, cuando se acercó a nosotros.

- ¡¿Qué hay, Dani?! – Sebas tampoco estuvo muy afectuoso, en el saludo.
- ¿Qué te pongo? – limpió la barra, para evitar su mirada, mientras esperaba la respuesta.

«*Nervioso, le sigues poniendo nervioso*»

- Un ron-cola.

Allí estábamos los dos, tanteándonos con la mirada, sin nada de qué hablar, y con muchas cosas que decirnos, como dos desconocidos que llevan más de trece años juntos, compartiendo vida y cama.

- Sí que le va bien el negocio a tu amigo – me habló, con la vista clavada en la pista.
- La verdad es que no se puede quejar – sentía una opresión en el pecho, y un nudo en mi garganta.
- Aquí tienes – Dani puso la copa encima de la barra, delante de él.
- No le cobres, Dani, yo pago – abrí mi bolso.
- A esta invito yo, ¿te pongo otra a ti? – colocó su mano sobre la mía, para impedir que sacara el dinero.
- No, por ahora no, gracias – le dije, tras una sonrisa.
- Gracias – Sebas alzó la copa, en señal de agradecimiento.
- De nada; os dejo, que tengo lío – se disculpó, y continuó a lo suyo.

Silencio otra vez. Silencio incómodo.

- Bueno, igual debería ir junto a los chicos – señaló hacia donde estaban sus amigos, separándose de la barra.
- Sí, igual es mejor – convine.
- ¿Estás sola... o acompañada? Perdona, si es mucho preguntar – se detuvo delante de mí.
- No, no, estoy sola – me apresuré a responder.
- ¿Y eso? Quiero decir, ¿cómo es que has venido aquí, tu sola?
- Bueno, fui a cenar con Vero y Pedro, y después ya había quedado con Dani...
- Si quieres me quedo un rato más, o igual no te apetece mi compañía.
- No sé, es... raro.

- Ya – desvió la mirada hacia la bebida que tenía entre sus manos - Pues nada, me alegro de verte, y de encontrarte tan... - y en ese tiempo, que tardó en terminar la frase, lo imaginé pensando adjetivos adecuados para decirme “*guapa, impresionante, preciosa, como siempre*” pero la remató con un - ...bien.

- Igualmente – disimulé mi decepción.

Volvió con sus compañeros y, menos mal, que se puso de espaldas a mí, porque no soportaría su mirada. En realidad, ya me había dejado hundida ese encuentro, así que hice algo de tiempo, para que no pareciera tan descarado que me marchaba por él.

- ¿Estás bien? - me preguntó Dani, apretando mi brazo.
- No. Me voy, esperaré unos minutos, y me voy. No puedo estar aquí... con él. Lo siento, sé que te

había prometido ese desayuno, pero hoy no podrá ser – acaricié mi frente, e inspiré, cerrando los ojos.

- No te preocupes, ¿te llamo un taxi? – me miró, compadeciéndome.

- No creo que sea difícil encontrar uno a estas horas...

- No, más bien al contrario. Todavía está llegando la gente.

- Así camino un poco, hasta la parada, que lo necesito.

- Está bien, como quieras. Mándame un SMS cuando llegues a casa, ¿de acuerdo? Estaré pendiente del móvil.

- Sí, papá – le sonreí sin ganas.

Me despedí con un beso, y caminé hacia la salida. Seguía de espaldas, por lo que no me vería pasar por su lado, pero, probablemente, me vería salir del VICIO.

Mi corazón parecían tres, latiendo a la vez.

Cuando llegué a la calle, había un taxi dejando gente en la puerta, pero decidí no coger ese; necesitaba caminar, quería pensar en lo que había sentido cuando lo vi, en cómo me seguía afectando su presencia, y en cómo me sentía cuando lo tenía delante, y no podía besarle, abrazarlo, o sentir su piel de alguna manera.

Caminé despacio, sin prisa, buscando ordenar mis sentimientos.

- ¡¡EVA!!!

«Noooo, él no. Ahora no»

Y seguí caminando, como si no lo hubiera oído.

- ¡¡EVA!! – insistió, esta vez más cerca.

No oírlo sería imposible, pero fingí no ser yo esa Eva.

- NENA.

«Me falta el aire»

¿Qué había dicho? Paré en seco, petrificada en el sitio. ¿Cómo me había llamado?

- Estaba llamándote, pero como no te detenías... espero que no te haya parecido mal que haya dicho nen... - habló a mi espalda, podía sentir el aliento, que envolvía sus palabras, en mi nuca.

- Sebas ¿qué quieres? – le pregunté, cortando su explicación.

- No lo sé. Bueno, sí lo sé, o lo sabía... hasta hace unos días, lo tenía muy claro – agitaba su cabeza, y dejaba que su mirada se perdiera en la acera - pero después de la canción, que me enviaste al correo, tras haber *coincido* contigo, y ahora, al verte aquí... ya no sé si quiero lo que quería – cuando acabó de hablar, sus ojos estaban fijos en los míos.

- Me he acostado con otro, Sebas, te engañé, y estoy cumpliendo mi castigo. No puedo sufrir más, lo he perdido todo, no creo que pueda soportar más dolor, ni creo que me lo merezca. No puedo dejar que te acerques cuando quieras, y me hagas tanto daño gratuito, porque ahora tengas dudas de tus sentimientos hacia mí – le hablé nerviosa, pero muy segura.

- Aún por encima, voy a tener yo la culpa de que estés sufriendo tanto, te recuerdo que los cuernos me los pusiste tú – se indignó.

- La infiel he sido yo, sí, y como ya no puedo perder más, no pienso seguir sufriendo en vano, recibiendo estocadas sin verlas venir – la solidez de mis palabras me extrañaban hasta a mí.

- Me dejas aliviado, es que pensé que te había llevado de la mano hasta su cama – sonrió, irónicamente, mientras cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

- Hasta otro día, Sebas – dejé mis ojos en blanco, y me di la vuelta.

Era absurdo seguir discutiendo.

- ¿Te vas? – extendió sus brazos, a lo largo de su cuerpo, incrédulo.

- No, si te parece seguimos así, hurgando en las heridas. Desangrándonos – me detuve, y lo miré a la cara.

Silencio, nos miramos, vacío, silencio y... volví a girar sobre mis pies, retomé el camino, pero ya sin calma, ahora con ganas de llegar. Miré si venía algún taxi, al que poder parar, y que me sacara de esa noche que nunca debió existir, por lo menos no tan pronto.

Sin taxi a la vista, continué caminando, pero sintiendo la presión de su mirada, y mis pies pesaban tanto, que apenas podía avanzar. Giré mi cabeza, lo suficiente para verlo, y comprobar que caminaba unos pasos detrás de mí.

- ¿Vas a seguirme? – me volví a preguntarle.

Puso cara de mala hostia; la mía no debía de ser muy diferente.

Tras unos pasos más, me alcanzó, y caminó a mi lado, hasta que me detuve, y nos miramos.

- ¿Ahora eres así? – me preguntó, con las manos en sus bolsillos, y una mirada desafiante.

- ¿Así cómo? – sólo necesitaba un cabo al que aferrarme, para volver a él; si no tenía pensado echármelo, ¿qué pretendía?

- No sé, tan... directa – tiraba de los vaqueros hacia abajo, y se encogía de hombros.

- Es que la imagen que tienes mía, es la de la amargada de los últimos meses.

No obtuve respuesta, así que continué caminando. No entendía por qué me mostraba tan arisca con él; hasta que me di cuenta de que lo hacía porque me resultaba más fácil intentar odiarlo, que olvidarlo.

- Eva, espera – y su tono había mudado del enfado a la resignación, pero no me detuve - Espera, por favor - me cogió del brazo, para pararme.

- ¿Qué quieres, Sebas, qué quieres de mí? – pregunté desesperada. Las lágrimas habían creado una película en mis ojos, que me distorsionaban su imagen, y los cerré.

- ¡¡Quiero olvidarte, quiero odiarte, quiero borrarle de mi corazón, quiero no sentir esto que sigo sintiendo cuando te veo, incluso cuando pienso en ti, porque creo que no te lo mereces!! ¡¡No, joder, no te lo mereces!!... pero... no sé cómo, y eso que más motivos no me pudiste dar – apretaba los puños, se llevaba las manos a la cara, a la nuca, miraba al cielo, y volvía a mirarme a

mí - ¡¡Devuélveme mi vida, quítame este dolor que me está ahogando, me duele el pecho sólo de pensar en ti, me duele hasta el alma!! ¿Por qué no puedo dejar de quererte? – con una mano agarraba un trozo de su camisa, a la altura del pecho, arrugando al tela.

Vi sus ojos vidriosos, y me dolió más su dolor, su impotencia, que todas, y cada una, de las lágrimas que yo derramé desde que el cielo se la había llevado. Me mordí el labio, e inspiré.

- Sebas, yo... si me dejaras recuperarte, si me dejaras intentarlo... si estuvieras dispuesto a hacerlo... - coloqué una de mis manos sobre la suya, y la otra la posé, directamente, sobre su pecho.

Cerró los ojos, para después abrirlos muy lentamente, hasta encontrar los míos.

- No, Eva, no podría. No puedo olvidarlo, no soy capaz de perdonarte. No pienso en otra cosa, créeme, pero no soy capaz.

Me tembló la barbilla, y bajé la mirada. Entonces ya no había más que hablar.

- Pero... igual sería capaz de probar a vivir con ello, ya que así no puedo... sin ti no puedo – ocultó su cara, tras sus manos.

Arrugué el entrecejo, y lo miré fijamente, hasta que continuó hablando.

- No lo sé, está todo muy reciente – dejó resbalar sus dedos, descubriendo su cara, para acabar trenzándolos en su nuca - Ayúdame - y me abrazó, de repente se abalanzó sobre mí, y me abrazó. Un abrazo de esos que piden más, de los que, al separarte, lo haces lo justo para continuarlo con un beso, de los que nunca llegan a deshacerse del todo.

A cámara lenta, se fue separando de mi cuello, se detuvo el movimiento cuando estábamos frente a frente, y nos miramos directamente a los ojos, dejando que hablara nuestra mirada.

Y la mía decía: *Sebas, lo siento, siento el daño que te hice, y el que te estoy haciendo, siento haberte jodido la vida, pero no era feliz, no era yo. Sabes que siempre te voy a querer.*

Y la suya... la suya se preguntaba: *¿cómo puedo seguir queriéndote después de lo que has hecho? ¿Cómo puedo hacerlo?* Y susurraba un *mena*, a través de sus ojos, que me llegaba al alma. De repente, su mirada viajó hacia mis labios, la señal. Nuestras respiraciones se agitaron, se aceleró el pulso, sus manos se separaron, y tomaron caminos diferentes, una hacia mi cintura, la otra hacia mi nuca.

Agarré su camisa, por la espalda, y la apreté entre mis puños. Con rabia. Con desesperación.

Ese beso podía echar al traste lo poco que, hasta ese momento, habíamos conseguido, pero ya era inevitable.

Y me besó.

Y lo besé.

Y nos dejamos llevar. Y nos dejamos querer. Y compartimos un taxi, le dimos mi dirección, la casa hubiera sido demasiado, para ambos. Nos deshicimos en caricias, durante el trayecto, como si fuésemos veinteañeros salidos, y no nos importaba nada que no fuésemos él y yo. Y le pagamos

la carrera, y salimos desesperados, buscando las llaves. Entramos entre besos, y caricias, demasiado calientes. Y llamamos al ascensor. Y me empotró contra los buzones, con un gruñido desgarrador, hasta que se abrieron las puertas. Y me preguntó qué piso, y le dije que el quinto. Lo aprisioné contra el espejo, mientras subíamos demasiado lento... demasiadas ganas. Y las puertas volvieron a abrirse, mientras las llaves repiqueteaban en el llavero, que sostenía mi mano, y ya no aguantábamos más. Su camisa totalmente desabotonada, su pecho desnudo, pegado a mi ropa, y la puerta se abrió, y se cerró a su espalda. Mi bolso por el suelo, mi vestido desapareció, sus vaqueros se desintegraron. Y nos seguíamos muriendo de ganas. Sus labios abandonaron los míos, bajando por mi cuello, mi cabeza se estiró hacia atrás, y de mi boca salieron gemidos. Mi cuerpo se tenía en pie porque sus manos, en mi cintura, como aquella canción de Adamo que me dedicó, lo sostenían. Y me arqueé, mientras bajaba a mis pechos y, con su palma abierta, recorrió el hueco que los separaba. Me volví a poner derecha, y nuestras respiraciones no eran ni medio normales. Me desesperé por tenerlo dentro ya. Me quitó el sujetador, y busqué un sitio dónde poder hacerlo, consciente, por un nanosegundo, de nuestra última vez, descarté el sofá, y lo llevé a la habitación. Me empujó, a los pies de la cama, y caí, rebotando sobre ella. Me quité la braga, y ya no le vi su slip. Se dejó caer sobre mí y... Y pasó lo que, *aún no*, tenía que pasar, y... y fue maravilloso. Y jadeé, blasfemé, arañé, tiró de mi pelo... Hubo palabras que nos callamos; mucho amor escondido, y mucho sexo descubierto. Su mirada me encantaba, cuando sus ojos me buscaban, con la luz encendida. Y yo que me movía, y él que se tensaba, y yo que ya no podía más, y... y nos corrimos. Y grité como nunca. Y casi se nos había olvidado lo bien que nos compenetrábamos. Y casi me olvidé de que ya no era mi marido, porque casi le dije *TE QUIERO*.

Tras hacerlo... el silencio. Mi cuerpo laxo permanecía, inerte, sobre el suyo, no sabía si debía apartarme, o seguir un poco más allí, reposando mi cabeza en el hueco de su cuello. Se revolvió un poco, y me moví, echándome a un lado; cogí unos pañuelos, del dispensador que había sobre mi mesilla, y me limpié, pero sin levantarme, sin incorporarme, moviéndome lo mínimo.

Seguíamos respirando un tanto acelerados, ambos mirando al techo. Debía haber puesto espejos ahí arriba, hice una nota mental, para un futuro... o igual, en un futuro, ya no tendría que vivir allí... igual, lo que había pasado entre nosotros, era algo más que un calentón... igual...

- Ya veo que tienes los pañuelos a mano – lo miré, esperando que, la intención de sus palabras, no fuera la que yo intuía, pero no hubo suerte. Bonita frase para estropear un bonito, ahora sí, sin lugar a dudas, calentón.

- No te entiendo, mejor dicho, no quiero entenderte – tragué con esfuerzo, dándole la oportunidad de retractarse.

Se giró, y quedó apoyado sobre un brazo, viéndome.

- Los pañuelos a mano – hizo un gesto con sus ojos, desviando la mirada hacia la mesilla de noche

- para limpiarte, me entiendes perfectamente.

- A la primera, Sebas, pero esperaba que te lo hubieras pensado mejor – inhalé con rabia.

- Dime tú, ¿qué otra cosa puedo entender?

- ¿Quieres la verdad?

- Siempre – me aseguré, con sus ojos inquisidores sobre mí.

- Tengo los pañuelos a mano, el dispensador siempre lleno, entre otras muchas cosas, fue de las primeras que aprendí estos meses, a no tener que levantarme a por ellos, cada vez que se acababa un paquete, de tanto que lloré, ¿te sirve? – le dije, obstinada.

Se quedó helado. Carraspeó, y se dejó caer, doblando un brazo, para cubrir su cara. Yo me incorporé, y fui al baño. Hice pis, me lavé, y empecé a desmaquillarme, cubriendo mi cuerpo con una toalla.

- Me voy.

Estaba pasándome la toallita desmaquilladora por la barbilla, cuando miré su reflejo en el espejo, hablándome desde el quicio de la puerta, con los brazos cruzados, apoyado en el marco, sobre su hombro.

- Dame un minuto, por favor, acabo ahora.

- En realidad... quería preguntártelo – me dijo con... ¿vergüenza?

«¿Me lo está preguntando? ¿Me lo está preguntando?»

- ¿Quieres que me vaya? – la suavidad del tono que utilizó, me hizo temblar.

- Me encantaría que te quedaras – me di la vuelta, para dejar de mirarlo en el espejo.

- Y a mí quedarme – no sonrió, porque estoy segura de que odiaba sentirse como se sentía... tan vulnerable.

Entró, se sentó en el borde de la bañera, y se me quedó mirando.

- ¿Qué haces? - le pregunté, porque me dolía estar perdida ante sus reacciones.

- Te veo – me respondió, cruzando sus tobillos, al final de sus piernas estiradas.

- Pues... me resulta extraño.

- ¿Que tu marid..., ex marido, te mire? – se corrigió, dejando escapar el aire por la nariz.

- Ex, aún no.

- No, pero marido tampoco – y su voz sonó triste.

- Tampoco – coincidí con él – Y sí, me resulta raro.

- Pues no debería – apretó, entre sus manos, el borde de la bañera.

- No debería porque es bonito, y excitante – era lo que realmente pensaba.

- ¿Lo que veo? – me preguntó, divertido.

- No, tonto, que me mires – le sonreí, coqueta.

- Pues a mí me parece excitante, y bonito, lo que veo – borró su sonrisa, porque apretó sus labios, hasta convertirlos en una fina línea.

Terminé de desmaquillarme, y me lavé la cara.

Inclinó su cabeza, hacia un lado, y me miró, acompañando todo eso por una perfecta sonrisa.

- Estás guapísimo – me rendí a la evidencia de mis pensamientos.

- Gracias.

- Y muy desnudo – entorné la mirada.

- Sí, un poco – se miró, y soltó una carcajada - ¿me visto?

- No, así me matas lentamente – tomé una gran bocanada de aire.

- Me parece justo.

- Me lo merezco – en mi cabeza no sonaba a afirmación, sonaba a pregunta.

- Y que sufras – bromeaba con la verdad.

- ¿Más? – pregunté, elevando mis cejas.

- Mucho más – habló muy despacio.

Me reí de mi dolor.

- No sabes lo que dices – si pudiera sentir mi dolor, por una sola fracción de segundo, podría saber cuánto me dolía.

- No sabes lo que haces – continuó con nuestro intercambio de frases.

Y tenía razón, no sabía qué estaba haciendo, qué estábamos haciendo, a qué estábamos jugando...

Pero no iba a ser yo la que desperdiciara la oportunidad, así que me deshice de la toalla, que tapaba mi cuerpo.

- Vaya, vaya, veo que alguien no ha tenido suficiente...

- Creo que es justo que juguemos con las mismas reglas, y si tú estás desnudo... - lo miré.

- Me gusta este juego - se levantó del borde de la bañera, y se apoyó en el lavabo, de espaldas al espejo, frente a mí. La cara y la cruz, ambos reflejados en el mismo espejo, y esa imagen se me grabó en mi cabecita loca, esa imagen me llevó fuera de la situación que tenía, en ese momento, entre manos; yo mirando de frente, mirando hacia delante, mirando mi futuro, y él... él mirando hacia atrás, dándole la espalda al mañana, presente, pero lleno de recuerdos, lleno de ayer... fue su mano, rodeando mi cintura, y atrayéndome hacia él, la que me devolvió a la realidad.

- Esa cara de concentración me perturba – me dijo, colocándose entre sus piernas.

Inspiré.

- ¿Tienes ganas de jugar? – me preguntó, mientras me miraba con intensidad.

- Cuidado, puedes perder – le advertí - ¿estás preparado para ello?

Sonrió ante mis palabras.

- Eva, ahora soy un tipo duro, ¿no ves que voy en moto? Ahora yo manejo la situación, ahora yo monto a la situación, viajo sobre ella.

Me reí, dejándome llevar por la atmósfera del momento, dejándome hacer, engañándome.

- Deberíamos darnos una ducha – propuso.

Ducha, sexo, yo, él... mala idea, malísima idea. No podría hacerlo bajo el agua de la ducha, sin

que me recordara a él... no por ahora.

Me dejé caer sobre la alfombra del lavabo y, antes de metérmela en la boca, lo miré.

- Me gusta el sexo sucio, nada de duchas.

Puso cara de pocos amigos, creo que mi comentario no le gustó demasiado. Agarró mi cabeza, por la parte de atrás, con su mano derecha y, con la izquierda, cogió su pene; me lo introdujo en la boca y empujó, con un golpe seco, y brusco, de cadera. Metió demasiado miembro en mi boca, lo que hizo que me retirara un poco, pero entonces sujetó, con ambas manos, mi cabeza, y me lo impidió. Seguidamente, como gustándole lo que acababa de hacer, empezó a penetrar mi boca, sin reparos, sin contemplaciones, sin control, sin cuidado.

«¿¿¿Qué clase de persona humana retorcida soy??? ¡¡¡Que alguien me lo explique!!!»

Entre unas arcadas tremendas, que me provocaba el tener la totalidad de su pene en mi boca, la fuerza que sus manos ejercían sobre mi cabeza, y la velocidad con la que sus caderas empujaban entre mis labios, sólo podía sentir una cosa, que era la mayor excitación que había sentido en mucho tiempo. Increíble.

Se corrió bastante rápido, y yo me incorporé, para escupir el semen en el lavabo, y enjuagarme la boca. Vi mi rostro en el espejo, y noté que mis ojos estaban llenos de lágrimas, producidas por las náuseas. Sebas me miraba a través de mi reflejo, y me di cuenta de que se estaba arrepintiendo de lo que acababa de hacer. De repente bajó su mirada, y yo me giré automáticamente.

- Lo siento, yo... no sé qué me ha pasado – cerró sus ojos.

- Sebas, no, por favor, no quiero que te disculpes – agarré su cara - a mí... me gustó.

Entonces buscó mis ojos, para mirarme fijamente, mucho tiempo, sin pestañear, sin palabras, en silencio.

- En serio, me gustó – recalqué - Me gusta que hagas conmigo lo que quieras, que no te cortes, que seas tú, que te sientas libre. El sexo es libertad, el sexo es pasión, es deseo, no hay reglas. Cuando no se lastima, cuando es consensuado, no hay límites, no debería haberlos. El sexo es como respirar, lo necesitamos y, según el momento, inhalamos más o menos aire, más o menos fuerte, más o menos rápido...

En cuanto acabé de hablar, me arrepentí de mis palabras, porque no eran mías, eran tuyas, era lo que él me había enseñado y, Sebas lo supo, supo que, la que hablaba, no era la Eva que él conocía.

Bajó la mirada, se llevó las manos a la cara, se la frotó con ímpetu, y concluyó la noche de la peor manera posible...

- Esto ha sido un error, un tremendo error. No te reconozco, no te entiendo, ¡no me explico qué cojones hago aquí!, no me gusta en lo que te has convertido – tras decirlo, me miró - Yo no soy así, tú no eres... tú no eras así - salió del cuarto de baño, se vistió, y se marchó.

DÍA 268 – DECISIONES SEGURAS... ¿SEGURA?

- Joder, Eva, no me lo puedo creer.

- Ni yo, Dani, ni yo. No sé qué me ha hecho Ángel, que muero por la boca cada vez que me dejo llevar. Te juro que no controlo, cuando estoy embriagada por el deseo, no soy consciente de que estoy diciendo las cosas, tal y como las siento, sin filtrarlas, sin pensar – sostenía la cabeza entre mis manos, sentada en el sofá de mi amigo.

- La madre que me parió, pequeña, es muy fuerte – Dani se paseaba, delante de mí, intranquilo.

- Le dije lo que sentía, lo que quería, y lo hice porque no quiero fingir más, quiero hacer lo que me gusta, pero quiero hacerlo con él – me apoyé en el respaldo, y respiré sonoramente.

- Te entiendo, pero también le entiendo a él. Tienes que ponerte en su lugar; no te está reconociendo, y piensa, no desafortunadamente, que el cambio se debe al otro. Que lo que ahora le pides, le haces, y le dices, no es por él, es porque otra persona te lo dio, te lo enseñó, y te gustó – se sentó en el sofá, a mi lado.

- Ya, pero no puedo, ni quiero, cambiar; no voy a volver a ser la de antes, ahora sé lo que es disfrutar de esa manera, y quiero más, lo quiero todo con él – dejé que mi mirada se perdiera.

- Pues nada, pequeña, suerte con la búsqueda de tu Dios del sexo.

- No, Dani, no me entiendes, lo quiero a él – nos miramos fijamente.

- Él está en Bahía, ¿o no?

Pensé en la videollamada de hacía dos semanas, y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

- Él no es quién tú piensas... él es Sebas – tragué.

- Ah, Sebas... ¿Estás segura? – preguntó con sorna.

- Todavía le quiero, Dani, quiero recuperar mi vida, lo quiero intentar – crucé los dedos de mis manos.

- Pues hombre, creo que va a necesitar un tiempcito, para digerir tu nuevo yo salvaje...

- No me ayudas mucho – ensanché mis fosas nasales al inspirar.

- Sí lo hago, ¿qué quieres que te diga?, ¿que actuó mal?, ¿que debió haberse quedado a dormir después de tu monólogo? No, Eva, no debió hacerlo, si lo hubiera hecho sería porque no le importas – se dejó caer, en una posición incómoda, hasta apoyar su espalda.

En realidad tenía razón, la tenía.

- La conversación está muy interesante, pero vas a tener que levantar tu culo del sofá, o llegaremos tarde al cine – consulté la hora, y le metí prisa.

- ¿Y si seguimos con esta interesante charla, y pasamos de la peli? – me sugirió, rascándose el pecho, sobre su camiseta de algodón.

- No cuela, *Matthew McConaughey* me espera, pequeño.

- “*Cómo perder a un chico en diez días*”, ¿de verdad que tu nivel de masoquismo llega a estos

extremos? – amagó una pistola, con los dedos de su mano, y se apuntó en la sien.

- Vamos, Dani, ¡¡¡que no llegamos!!! – tiré de su brazo, para que se levantara.

- Voyyyyyyy.

Llegamos justos a la sesión, gracias a que caminamos, como corredores profesionales de marcha, por la Gran Vía, hasta los cines Callao.

- La próxima película la elijo yo, avisada quedas. ¡¡Putas comedias románticas!!

- No seas tan roñoso, si te va a encantar.

Besó mi cabeza, y entramos en la sala.

DIA 242 – LLAMADAS QUE DEJAN ENTRAR ALGO DE LUZ

- Hola, cariño – me había salido tan natural que, cuando me di cuenta de lo que había dicho, retuve el aire en mis pulmones.

«¿¿¿Qué acabo de hacer???»

Silencio al otro lado de la línea.

Tardaba demasiado en responder, así que, exhalé, y hablé yo.

- Lo siento, Sebas. Perdona. Vi tu nombre en la pantalla, y contesté sin pensar. Estoy un poco absorta, con cosas del trabajo, no me di ni cuenta, lo siento – me disculpé, apesadumbrada.

- No, no te preocupes, no tiene importancia.

«Vaya, gracias, acabas de joderlo del todo»

- Dime, Sebas, ¿qué quieres? – me di cuenta de que estaba completamente rígida, sentada al borde de mi silla. Me acomodé, más relajada, y pensé que desde nuestro desafortunado encuentro sexual, de hacía un mes, no habíamos vuelto a tener contacto. Tampoco ayudó que estuviera de vacaciones y, según pude saber, por Vero, se había ido de viaje. Por eso me extrañó tanto su llamada.

- No, no ocurre nada, perdona que te moleste.

- Sebas, tú nunca me molestas.

Silencio nuevamente.

- El motivo de mi llamada es por la promesa que le hice a Jaime, el día del festival de fin de curso, ¿recuerdas?

«El cine, lo recuerdo»

- Sí, quería ir al cine – dije.

- Efectivamente...

- Bien, no te preocupes, yo lo llevo, lo haré encantada – ahora entendía el motivo de su llamada.

- Eva, si me dejas que siga...

- Perdona, creí que querías que lo llevara, como estás de viaje...

- Bueno, pues nada, como ya lo hablas tú todo, mejor me callo – sonó harto.

«¿Cómo lo consigues? ¿Cómo consigues hacer que me sienta tan pequeña?»

- Lo siento, Sebas, habla; te escucho.

- A ver si es verdad – hizo una pausa - ¿Tienes planes para este sábado por la tarde? Jaime insiste en que lo acompañemos los dos.

«¡¡Qué bocazas soy, madre!!»

- No, Sebas, no tengo planes y, aunque los tuviera, los cancelaría por ti, por vosotros – me corregí

- No hay nada que me apetezca más, que ir los tres al cine.

- Qué suerte, yo, en cambio, me imagino mil cosas que pueden hacerme mucho más agradable una tarde de sábado. Nos vemos en el Xanadú, ¿te parece?

- Me parece – lo que me parecía era que debía de insuflarme una dosis de autoestima, para poder soportar esa tarde.

- La función de las seis creo que está bien – dijo a modo de consulta.

- Sí, muy bien. ¿Lo recoges tú, o lo hago yo? – descarté preguntar si íbamos los tres juntos.

- Lo llevo yo, voy a comer en su casa. No te retrases, por favor.

- No lo haré.

- Adiós.

- Hasta pronto, Sebas.

Fin de la llamada, y volvíamos a los “*adioses*”.

Tenía cinco días por delante, para comerme la cabeza, y pensar en cómo podía remediar mi metedura de pata, para recuperar lo conseguido, en mi relación con Sebas.

Iban a pasar muy, muy lentos.

DIA 237 – CINE, JAIME, ÉL Y YO...

Aún no eran las cinco y media, y ya estaba en las taquillas del cine del centro comercial. Esperando, nerviosa, ansiosa.

Los vi a lo lejos, quince minutos después. Jaime aún no me había visto, Sebas sí, pero disimuló bajando la mirada, e hizo como que no me había visto, mientras hablaba con nuestro ahijado.

Estaba impresionante, llevaba unas bermudas vaqueras, con una camiseta blanca y, en sus pies, unas sandalias. Su piel tenía ese tono bronceado que le acompañaba todo el verano. Había cambiado muchísimo, durante esos meses... no sólo su carácter, que imaginaba que sólo lo cambiaba cuando estaba conmigo, para protegerse; también había cambiado su manera de vestir, ahora mucho más informal, lo que lo hacía parecer, si cabe, todavía más bueno; y ya, con lo de comprarse una moto, me había dejado completamente descolocada.

Sebas era el hombre perfecto, y yo una ciega idiota, que ahora babeaba, como todas, por él.

-¡¡¡Madrina, madrina!!!!

- ¡¡¡Hola, cariño!!!

Me comí a besos a Jaime, que estaba súper contento de habernos juntado a los tres.

- Vamos, madrina, que no llegamos. ¡¡Quiero palomitas, y Coca-Cola!! ¡Vamos, vamos! – Jaime tiraba de mi mano, hacia el bar del cine.

- Hola, Sebas – saludé, sin saber si acercarme a besarlo.

- Hola, Eva - mis dudas se disiparon cuando, tras el saludo, se alejó de mí.

- Voy a coger las palomitas y la bebida, ¿quieres algo? – le pregunté.

- No, gracias – evitaba mirarme a los ojos - ¿Has cogido las entradas?

- Sí, ya las tengo – se las mostré.

- Madrina, se nos estropeó el coche, casi no llegamos, nos tuvo que traer papá.

- Oh, entonces, ¿qué le ha pasado al coche? – pregunté a Sebas, pero me contestó Jaime.

- No encendía, no había manera, y el padrino se enfadó un poco, pero papá dijo que nos acercaba él. Después ya nos llevas tú, ¿verdad?

- Pues no sé, habrá que preguntarle al padrino.

- ¿Qué me tenéis que preguntar? – nos interrumpió Sebas, que se aproximó a nosotros, para ayudarnos con lo que habíamos comprado en el bar.

- Me estaba contando lo de la avería del coche.

- Ah, no sé qué le puede pasar. ¿Entramos? – dirigió su cabeza hacia la entrada de las salas.

- Después, si queréis, os acerco yo, no me importa – le dije, cuando estuvo a mi lado.

- A ti no, pero a mí sí – ni me miró al responder.

«Joder, menuda película me espera»

Entramos cuando faltaban cinco minutos para que empezara la proyección, y salimos noventa

minutos después. No hubo miradas cómplices, ni siquiera furtivas. No hubo roce de dedos, ni nada por el estilo. Estábamos sentados: Sebas, Jaime y yo. *Simbad* entretuvo a nuestro ahijado y, estoy segura que, ni él ni yo, prestamos atención, ni un solo minuto, a la película.

A la salida, Jaime pidió ir a tomar un helado, pero Sebas dijo que con las palomitas, y la Coca-Cola, había tenido suficiente, y que, de lo contrario, no cenaría, pero Jaime, que siempre tenía a mano una opción B, propuso ir al parque de bolas; Sebas no encontró excusa para no acceder, y yo les acompañé.

Iba a tener algunos minutos, para intentar un acercamiento. Debía aprovecharlos.

...

- ¿Te ha gustado la película? – pregunté lo primero que me vino a la cabeza.

- No le he prestado atención.

«Bueno, está claro que fácil no lo voy a tener...»

- Me... me gustaría poder hablar contigo – me mordí el labio inferior.

- Lo estamos haciendo – me hablaba mirando al frente, como si estuviera vigilando a Jaime, pero estaba segura de que no tenía ni idea de dónde estaba.

- De nosotros – hablé bajito.

- ¿Nosotros? Ya no hay un *nosotros*, Eva – me miró con decisión - ¿Qué te hace pensar que puede seguir habiendo un *nosotros*?

- Creí que estábamos en el camino de que volviera a haberlo – tragué, nerviosa, un nudo de sensaciones dolorosas, que se atragantaron en mi garganta.

- Pues creíste mal – volvió la mirada al frente.

Me giré hacia él y, viéndole a la cara, continué hablando.

- Sebas, por favor, mírame – le pedí.

- No me apetece – mantenía los brazos cruzados, sobre su pecho.

- Por favor – supliqué.

- ¡Que no, Eva! – se separó de mi lado con brusquedad - Voy a llamar a Jaime, y nos largamos, no quiero estar más tiempo aquí. Esto ha sido un error.

- Sebas, por favor, no digas error, cada vez que intentemos encontrar un punto de unión entre los dos.

Alargué mi brazo, y toqué su mano con la mía.

- ¿Qué haces? ¡No me toques, joder! – se apartó, como si le quemara mi contacto.

- ¡¿Sebas?! - las lágrimas empañaron mi mirada.

- No vayas a montar un numerito aquí, no me jodas.

- Sólo quiero hablar contigo.

Se giró, incómodo, y me miró con furia, y esa furia salió por su boca.

- Me da asco que me toques, y me da asco haberte tocado. No me gusta en lo que me convierto

cuando estamos juntos, no soy yo.

Tragué, dejé de llorar, cerré mis ojos, y pensé en todo lo bonito que hubo entre los dos. Pensé en Jaime, que estaba allí, a unos metros, jugando tan felizmente, acompañado de sus padrinos, disfrutando de su tarde ideal. Respiré varias veces, hasta tranquilizarme lo suficiente, como para volver a abrir los ojos, y enfrentarme a él, a su helada mirada, a sus frías, y duras, palabras.

- Está bien, Sebas, ya está bien. Me merecí que me llamaras zorra, cuando te enteraste de lo de Ángel, me merecí que me dijeras que te daba asco, hasta me merezco que vuelvas a pensar así de mí, pero escucha bien lo que te voy a decir, porque sólo lo diré una vez: no pienso volver a permitirlo. Nunca más, ¿Me oyes? ¡Nunca más! Es lo que hay, si no puedes vivir con ello, no juegues a las parejitas delante de nadie. Sabías que algo iba a pasar, lo sabías, y podías haberlo evitado, pero no lo hiciste, querías verme, querías hacerlo tanto o más que yo – hice una pausa, para continuar buscando la fuerza dentro de mí, que me ayudara a mantener la calma, y continué, sin dejar que mis ojos se apartaran de los suyos - Sé que te he hecho mucho daño, lo sé, y me duele horrores, pero no me arrepiento, lo volvería a hacer, porque me devolvió a la vida – sus ojos se cerraron en un pestañeo demasiado lento; continué – pero eso se acabó, se terminó, ya no hay más, ahora sólo quedamos tú y yo. Entiendo que no puedas perdonarme, que no puedas vivir con ello, que no seas capaz, pero no vas a joderme la vida, Sebas, no vas a hundirme en la miseria, no vas a hacer que me sienta una mierda, porque me está costando mucho recuperar mi autoestima – soplé, vaciándome de oxígeno y, ante su desconcertada mirada, volví a hablar - Me hubiera encantado poder intentarlo, poder volver a ser yo... contigo, poder hacerlo juntos, pero veo que es imposible, así que sólo te pido que me respetes – me falló la voz - por todo lo bonito que hubo entre nosotros; ya que, como tu esposa, no te merezco respeto alguno, respétame entonces como mujer.

Sí, había hablado, había conservado la calma, y había dicho todo lo que se me había enquistado dentro del pecho. Por primera vez en mi vida, lo había dejado sin palabras.

- Jaime, nos vamos – esa fue su respuesta - ¡¡Jaime sé que me oyes, venga, nos vamos!!

- ¡¡Jo, padrino, un poquito más!!

- No, nos tenemos que ir – no dejó lugar a réplica.

- Madrina, un poquito más, que llevo muy poquito tiempo – probó suerte conmigo.

- No, Jaime, no insistas. Ven a calzarte – Sebas no me dejó contestar.

Haciendo pucheros, obedeció, se sentó en el banco, y ambos nos arrodillamos para calzarlo.

- ¿Nos llevas tú a casa, madrina?

- No, Jaime, la madrina tiene cosas que hacer, cogemos un taxi – otra vez se adelantó, para responder.

Hablé bajito, para que sólo me escuchara Sebas, pues no quería más conflictos.

- No me importa acercaros – le dije, sin mirarlo, poniendo toda mi atención en calzar a Jaime.

- No te queda de camino, no te molestes – él tampoco me miraba.

- Sebas, se trata de vosotros, no es molestia, por favor – le dije, antes de levantarme.

- Madrina, ¿nos llevas? – Jaime insistía.

- Parece que sí; tu madrina nos lleva a casa – que hubiera accedido, después de soltarle todo aquel discurso, me permitió soltar el aire que retenía en mis pulmones.

El trayecto en coche discurrió sin nada reseñable. No hablamos, sólo se escuchaba el Cd, de música infantil, y a Jaime cantando, cada una de las canciones.

- ¿Madrina, no bajas? – preguntó, al llegar a su casa.

- No, cariño, otro día – me giré en el asiento y le sonreí.

- Quiero que vengáis los dos a jugar conmigo, a mi habitación, sólo un ratito.

- No puedo, cielo, otro día – señalé con mi dedo la mejilla, dónde quería que Jaime me diera un beso.

- Vamos, Jaime, dale un beso a la madrina, y entra en casa – Sebas lo bajó de la silla.

- Te quiero, madrina.

- Y yo a ti, mi vida.

Eché a correr, hacia la puerta de nuestros amigos, que se abrió antes de que Jaime llegara.

- Bueno, me voy – dije, en vistas de que Sebas no cerraba la puerta del coche.

- Conduce con cuidado – habló, mientras apoyaba un brazo sobre el techo del coche, y agarraba la puerta con su mano.

- Parece que te preocupe de verdad – miré al frente.

- Es que lo hace – me mostró su cara, y pude sentir su lucha interior.

- Descuida, lo haré – dejé morir una sonrisa a medio camino.

Se frotó la cara, con la mano derecha, y acabó presionando sus ojos, apretándose el puente de la nariz. Resopló, y me miró. Me miró, me miró, me miró. Cerró la puerta y me habló por el hueco de la ventanilla, que estaba bajada.

- ¿Por qué sigo teniendo la esperanza de que, al verte, dejes de impactarme tanto? – me dijo antes girarse, para comenzar a caminar hacia la casa de Vero.

Empecé a temblar, no sabía qué debía hacer, no sabía si debía salir tras él, y fundirnos en un abrazo, comerlo a besos, gritarle que lo quería, que lo necesitaba, que me moría un poco cada vez que lo veía, y tenía que contener mis sentimientos por él, que a mí también me impactaba verlo... pero no podía, no podía meter más la pata con él, así que arranqué, conduje hasta mi casa, y me dejé abrazar por la esperanza de una posible reconciliación.

DÍA 224 A DÍA 194

ALL INCLUSIVE

En Agosto cogí vacaciones, y decidí hacer un viaje. Yo también necesitaba poner distancia; yo también necesitaba respirar otro aire que no respirara él; necesitaba saber que no me lo podría encontrar, por casualidad, en cualquier sitio, y sentirme al borde de un infarto.

Invité a mis padres, nos fuimos los tres, a Punta Cana, a un resort en el que me sinceré con ellos. Les conté todo lo que me había pasado, sin el maquillaje del que se lo cubrí los meses anteriores. El ron los ayudó a que lo pudiesen digerir, y a mí a poder vomitarlo.

Mi madre lloró mucho, mi padre bebió mucho, yo me contuve mucho, y así, los tres fuera de nuestro estado de ánimo natural, aprendimos a perdonarnos, a aceptarnos, y a brindar por lo que la vida nos enseña. A mí me enseñó que el amor de un padre justifica los disgustos que los hijos les damos, y ellos aprendieron que amar, es respetar.

Durante esos días, pensé mucho en Sebas. Antes de mi viaje, supe que, en sus vacaciones de Julio, se había ido a Tailandia. Bonito destino, me hubiera gustado tanto haber hecho juntos ese viaje... lo habíamos hablado en más de una ocasión, que iríamos a *Phuket*, a *Bangkok*, que comeríamos insectos, y llevaríamos las maletas vacías, para traerlas llenas de compras y recuerdos... Ya no iba a ser posible... Él había elegido otra compañía, diferente a la mía. Aunque ni Vero ni Pedro me lo dijeron, yo sabía que ese *grupo de personas*, con las que había compartido el viaje, eran varias parejas, no sé si dos, tres, o más. Mis amigos prefirieron otorgarles la categoría de "*grupo de personas*", para que mi dolor no fuese mayor, imagino.

Temía la llegada de Septiembre, un poco por todo: la soledad, la vuelta al trabajo, y su posible llegada, la de él... Iba a ser un mes complicado.

Lo único que me devolvía la sonrisa, era la visita, de unos locos asturianos, que iba a tener ese mes...

DIA 189 – ¿Y SI...?

- ¡¡¡Que rule otra ronda, vamos!!!

- ¡¡Hey, hey, hey, hey, hey, hey, hey, de un trago, Eva; venga, que puedes!!

Me volvía una adolescente cuando me juntaba con mis chicos asturianos. Habían pasado seis meses, sin apenas hablarnos, algún SMS, esporádico, en el grupo, alguna que otra conversación por chat, a deshora, pero todo muy puntual. Con el que más contacto mantenía era con Gonzalo; él era el más “centrado”; sí, creo que esa era la palabra que mejor lo definía, además de ser el que siempre daba el primer paso, para que yo interviniera en alguna conversación.

Habían venido a Madrid para asistir, el ocho de septiembre, al concierto de *Linkin Park*, pero lo hicieron tres días antes, para pasar el fin de semana, y disfrutar de la noche madrileña. En un principio, rechazaron la propuesta de venir los tres de invitados, a mi pequeño piso de Alcalá de Henares, porque Quique había cogido novia, y no se apuntaba al finde de desenfreno en la capital pero, finalmente, al decirles que así me arrastrarían con ellos a beber cantidades ingentes de alcohol, y no pagarían alojamiento, acabaron aceptando.

Fuimos a cenar, de tapeo, por Alcalá, y después cogimos mi coche, para ir hasta el centro de Madrid. Antes de la parada obligatoria, en el local de Dani, debíamos hacer algo de tiempo, entonándonos en algún local de copas, así que los llevé, como buena anfitriona, a los mejores sitios, según mi humilde opinión, para pasar una noche madrileña inolvidable: Chueca y La Latina. Yo hasta creo que, si estuvieran un poco más piripis, hubieran probado con uno de su mismo sexo porque, en Chueca, mis niños triunfaron.

- De un trago no puedo – estaba empezando a temer por mi salud cuando, en aquel pequeño y acogedor, local de Chueca, mis chicos me rodearon, e instaron a que me bebiera lo que me quedaba de copa, de un solo trago.

- Venga, Eva, todos a una, si te queda el culín.

- El culín, dice, ¡¡si falta más de media copa!!! – negué, entre risas.

- Venga chicos, dejadla que beba a su ritmo – Gonzalo intervino, imponiendo calma.

- ¿Cuándo nos vamos al Vicio, Eva?

- Cuando queráis. Ya estará llenísimo – estaban ansiosos, estaban emocionados, estaban pasándolo genial... y yo no podía seguirles el ritmo.

- Nos tomamos una más, y vamos, ¿ok? – preguntó Jose.

- Noooooooooo – contestamos a la vez.

- ¡Joder, está bien, no me comáis!, que termine Eva, entonces. Venga, Evita, de un trago.

Pues nada, de un trago que tuvo que ser.

Con el coche aparcado, para el resto de la noche, cogimos un taxi, que nos dejó en la puerta del VICIO. Había una cola que doblaba la esquina, y yo, más chula que un ocho (todavía no entiendo

qué tiene un ocho de chulo), cogí a mis niños, y me fui directa a la puerta, saltándome la espera.

- Hola, Samu – saludé con brío.

Samu era uno de los porteros del Vicio. Era alto, moreno, con el pelo rapado al cero, y cara de pocos amigos. Al escuchar su nombre, se giró hacia mí, con el ceño fruncido, pero enseguida me reconoció, y me sonrió.

- Hola, Eva – nos dimos un par de besos - Te veo bien acompañada – dijo, mientras quitaba la cinta roja, de uno de los lados, para que pasáramos. Le presenté a mis amigos.

- Estos son los asturianos: Ricardo, Gonzalo y Jose.

- Encantado, espero que disfrutéis de la noche – los saludó, con un movimiento de cabeza.

- Lo haremos, gracias.

- De nada, a vosotros – se despidió, y devolvió la seriedad a su rostro, todo de cara a la galería.

Entramos en el local de Dani que, efectivamente, estaba llenísimo. ¡Me alegraba tanto de que le fuera tan bien! Aunque el pobre estaba destrozado, porque quería llevar el control de todo: que si pedidos, que si caja, que si música que iba a sonar cada noche, que si pinganillo para estar en contacto con los de seguridad, que si atender a los clientes, tras la barra principal... demasiado trabajo, debía delegar, debía nombrar a un encargado, y rebajar un poco sus responsabilidades. Nos decía, tanto a Vero como a mí, que sí lo haría, que de esa semana no pasaba, pero esa semana no llegaba nunca...

- Si nos separamos, quedamos de vernos en aquella barra, ¿de acuerdo? – les dije, señalando donde estaba Dani.

- Me encanta el garito este, Evita.

- ¿Dónde está “tu Dani”? – preguntó Gonzalo, con retintín.

- En la barra que os acabo de señalar, o eso creo. Voy hasta allí.

- Vamos contigo.

Cuando conseguimos llegar, estábamos realmente sedientos. Nos hicimos hueco, y busqué a Dani, pero no lo veía. Le pregunté a Lara, una de sus camareras, por él.

- No sé dónde está, y lo necesitamos aquí – me dijo, mientras llenaba el lavavajillas de copas.

- ¿Aún no ha llegado? – pregunté extrañada.

- Sí, sí que llegó, hace ya rato, pero dijo que iba al almacén, y no lo volvimos a ver – apoyó sus manos en la barra, y resopló.

Mi mente maravillosa, se puso en lo peor:

«Le dio un colapso, y se cayó frito en el almacén; está allí tirado, en el suelo, esperando su muerte porque, por mucho que grite, nadie lo escuchará con la música tan alta»

- Lara, voy a buscarlo.

- Espera – la vi girarse, y coger algo al lado de la caja registradora, me tiró unas llaves – las necesitarás para entrar.

Asentí, y me separé de la barra.

- Vengo ahora, chicos; después ya os busco.

- ¿Te pedimos algo?

- No, gracias.

Nerviosa, fui caminando entre la gente, hasta la puerta del almacén. En ella había un cartel que indicaba prohibido el paso, excepto a personal autorizado.

Cogí el juego de llaves, y abrí. Por la parte de fuera no tenía picaporte, y no se podía acceder sin llave.

- ¿Dani? – llamé sin entrar, pero no obtuve respuesta.

Cerré la puerta al rebasarla.

Avancé un poco, y vi luz al fondo, en la habitación donde Dani tenía su pequeño despacho. También oí voces, que salían de allí, así que me acerqué.

- Vas a acabar con mi poca salud, cada vez que vienes me dejas seco – era la voz de Dani.

¿Lo estaban extorsionando? ¿Hablaban solo?, ¿o por teléfono? ¿Por qué nadie respondía? Lo importante era que no le había ocurrido nada de lo que, *mi cabeza enferma*, había imaginado. Me acerqué en silencio, porque no quería interrumpir la conversación.

- Puedes pedirme lo que quieras, ¡¡lo que quieras, joder!! Ahora mismo te daría hasta mi vida.

«¿Quééééé? ¿En qué líos estás metido? Joder, Dani»

Me aproximé hasta la puerta, que estaba entreabierta y... «¡¡¡MADRE MÍA!!!»

- Vamos, Patricia, vamos, joder, haz que me corra de una puta vez, cómemela como sólo tú sabes.

La tal Patricia, estaba haciéndole una felación a mi amigo. Dani estaba sentado en su silla negra, y ella arrodillada... ¡Dios, era tan asqueroso!... era mi Dani, y ella, ¿quién coño era ella?...

Tenía que salir de allí. Me giré, pero mis piernas no reaccionaron, se quedaron clavadas en el sitio.

«¿Qué os pasa? Vamos, ¡¡¡que es mi amigo!!! Hay que moverse»

No sabía por qué no me respondían, no sabía el motivo que me llevaba a no intentar salir de allí. Me convencí pensando que cualquiera, en una situación similar, haría lo mismo; bueno, cualquiera que estuviera tan jodido de la cabeza como yo, claro.

- Vamos, sigue, sigue, así, así, así, chupa, métetela toda en la boca – alternaba su mirada, entre el techo y la chica.

«Oye, que manía con metérnosla toda... no nos coge, normalmente, y si lo hace, no es nada bueno»

- Fóllame, Dani, córrete dentro de mí – por fin pude escuchar su voz.

- No – le dijo al momento - Patricia, haz que me corra, sigue chupando, joder – agarró la cabeza de ella, y la llevó a su sexo.

- Te quiero dentro, Dani, quiero que me folles – insistió, escapando del contacto de sus manos.

- ¡Que no, joder, quiero correrme así! – se sentó más erguido.
- Pues paro, porque me voy a volver a quedar sin fiesta – se separó de él.
- Serás hija de puta... - Dani se agarró a los apoyabrazos, e inclinó su cuerpo hacia Patricia.
- Y tú un puto cabrón egocéntrico, siempre igual. Que te la chupe, que te la chupe, ¡¡estoy hasta el coño!! – le dijo, completamente incorporada, delante de él.
- Es que te lo pido para ver si mejoras algo, de un fin de semana a otro – se levantó bruscamente, y se subió los pantalones.
- ¡Serás maricón! ¡¡Que te la chupe tu puta madre, cabrón!! – giró sobre sus pies, y se encaminó hacia la puerta.

«¡¡Mierda, que sale, y me va a pillar aquí!!!»

Busqué, con la mirada, un sitio donde esconderme, y me precipité detrás de unos barriles de cerveza, que estaban apilados, haciendo más ruido del que pretendía.

- ¡Maldito gilipollas! No me pillas en otra, te lo juro – le advirtió mientras salía, hecha una furia, del despacho.

Dani se frotó la cara con las manos, y resopló, mientras dejaba que sus dedos se perdieran entre su pelo.

- Patricia... por favor, no te vayas – volvió a suspirar.
- ¡Que te jodan! – le dijo sin girarse, pero aminorando el paso.

Me iban a ver, me iban a pillar... me agaché un poco más.

- Vamos, vuelve aquí... Lo siento – metió las manos en los bolsillos, y su pantalón resbaló demasiado, con el gesto.

Patricia se detuvo por completo, pero no se giró.

- Hey, vuelve dentro, y acabemos lo que hemos empezado – Dani avanzó, hasta el hueco de la puerta, desde donde le habló, apoyándose en el marco.

- Dani, estoy muy cansada de tus desplantes, de tu tira y afloja. ¿Cuándo vas a cambiar? ¿Cuando ya sea tarde? ¿Cuando me harte de ti? ¿Cuando ya no me gire al escuchar mi nombre, y me marche de verdad? – le dijo, al borde de las lágrimas.

- Lo siento, Patri, de verdad que lo siento; sabes que no puedo darte lo que me pides, siempre te he dicho la verdad.

- No, la verdad no me la dices; no me mientes, que no es lo mismo, pero no me digas que me dices la verdad - esa frase ya la dijo caminando hacia donde estaba Dani.

- Ven aquí, preciosa – alargó su brazo hacia ella - ven que vamos a hablar, en el lenguaje que mejor se nos da – y le sonrió con inocencia.

- Dani... yo... esto me está empezando a hacer daño – bajó la mirada a sus zapatos.

Dani la agarró, dulcemente, por la nuca, y se precipitó sobre sus labios.

Saqué más la cabeza, para poder seguir la escena... y me sorprendió sentir vergüenza. Era mi

amigo, mi amigo... lo tenía más claro que nunca.

Él se sentó en su silla, y ella apoyó las manos en sus hombros, para empujarlo contra el respaldo.

- ¿Ves cómo siempre consigues lo que te propones? No sé de qué te quejas, pequeña.

Y ese *pequeña* me dolió. Mucho. Ese *pequeña* era mío, en ese momento me sentí traicionada.

- Dani, hazme el amor.

Se miraron mucho tiempo, hasta que él le sonrió de medio lado. Su mirada se oscureció, pero, aun así, me pareció tierno, muy tierno, me pareció un chico que estaba a punto de follar por primera vez.

Patricia metió sus piernas, por debajo de los apoyabrazos, quedando completamente sentada sobre su miembro, que aún estaba dentro del bóxer; el pantalón, y la camisa, ya habían desaparecido, al igual que el vestido de ella.

Hubo un intercambio de miradas, y de labios acariciándose, pero no llegaba el beso.

Hasta que Dani se rindió, y agarró su cabeza, para besarla. Parecía un beso tierno, dulce, suave, de cariño, de amistad, con lengua, pero sin desesperación, con ganas, pero sin compenetración.

No vi química suficiente entre ellos. Yo tampoco era una experta, pero eso se nota.

Cuando el beso se les quedó pequeño, se buscaron con sus cuerpos, y se quitaron el resto de la ropa que les sobraba.

Dani continuaba sentado, bajo el cuerpo de Patricia y, desde esa posición, cogió sus pechos con delicadeza, acariciaba su contorno, y los besaba. En ese momento, con sus preliminares, vino a mi mente una imagen... Me moría por un polvo con Ángel, de los que me dejaban marcas en los pechos, de los que la sensibilidad brillaba por su ausencia. Un polvo desesperado, un polvo salvaje y animal.

Patricia fundió sus manos con las de Dani, y estrujó sus pechos entre ellas. La vi rozarse, varias veces, contra su erección, con brusquedad, y Dani jadeó, le gustaba, ¿a qué estaba esperando?

Separó sus manos de los pechos, y volvió a la boca.

«No joder, a la boca otra vez no»

Sebas habría comido mis tetas, él sabía siempre lo que yo quería, si levantaba algo el pecho, entendía que debía pararse más ahí, si acariciaba su cabeza, ejerciendo presión mientras chupaba uno y otro pezón, entendía que debía seguir bajando hasta mi entrepierna... esas cosas, entre una pareja, se saben sin necesidad de decirlas. Estos dos no tenían futuro, por muy cañón que estuviera la chica, y por muy apetecible que resultara Dani... lo de volver a la boca, es de primero de *desvirgamiento*; tenía que haberse centrado en el placer de la niña, y dejarse de tonterías. Si fuera una peli porno, estaría dándole hacia delante.

Dani era todo dulzura, todo cariño, todo tranquilidad y calma... yo así no me correría en la vida, y por lo que estaba viendo, Patricia tampoco.

Cortó el beso, y cambió su táctica, escabulléndose entre sus piernas, Dani acomodó su posición,

en la silla giratoria, dejándose caer más, se agarró a los apoyabrazos, y los apretó. Ella acarició sus huevos, mientras empezaba a chupar su glande, respiró entrecortadamente, y Dani apretó los ojos, cerrándolos con fuerza, poniendo una expresión de dolor en su cara. Un dolor lleno de placer.

Subió la mano por su verga, y paró de chupar la punta para, poco a poco, muy poco a poco, ir metiéndosela en la boca; así, lentamente, como a él parecía que le gustaba. Lo estaba llevando al límite, justo en el filo donde ya no se actúa racionalmente, donde ya todo da igual, y se pierde el sentido del deber; iba a llevarlo al borde del orgasmo mientras, con su otra mano, empezó a masajearse el clítoris.

- Pequeña, si sigues así, me correré.

- Tienes que esperar, Dani, yo aún no estoy.

Era una situación tan extraña que, el segundo *pequeña*, ya no me hizo daño porque, lo siento Dani, pero aunque nunca había tenido dudas acerca de los sentimientos que despertaba en mí, el presenciar esa escena, me ayudó a recordar el modo en el que sólo podía quererlo: como un hermano con el que no compartes sangre, pero sí todo lo demás que ese rango de parentesco conlleva. Así que, ante la incomodidad que me producía verlo en esa situación, y debido a que no podía moverme de mi *escondite*, llevé mi mente lejos de allí; cerré los ojos, y pensé en él, y ese él eran los dos. Pensé en Sebas, en el día de la casa de Vero y Pedro, en sus palabras, en la manera en que hicimos el amor, disfrazándolo de sexo, en lo compenetrados que estábamos, en lo que disfrutábamos juntos, en cómo mi cuerpo lo necesitó, cada noche, durante tantos años. Y pensé en Ángel, en cómo, en apenas dos semanas, me enseñó a conocerme, en cómo me mostró un lado oscuro, y maravilloso, del sexo, en cómo me hablaba, en cómo me dejaban sus orgasmos, en cómo se había convertido mi cuerpo en dependiente del suyo, en cómo me devolvió la fuerza para seguir viviendo... Y una voz, muy familiar, me devolvió a la tierra:

- Patri, ya no aguanto más, ¡joder!, no puedo aguantar más.

Volví mi mirada hacia ellos; vi como ella se levantaba del suelo, y Dani de la silla. Cogió un preservativo, en un cajón de su mesa, y se lo puso. De un manotazo, vació la superficie de papeles y, girándola *bruscamente*, y ese *bruscamente* me sorprendió, la apoyó sobre la mesa, de espaldas a él.

- Ahora, Dani, ahora sí.

La penetró despacio, ¿joder, no podía ser un poco más agresivo ni en ese momento?

- Dani, fóllame, no me hagas el amor; fóllame.

¿Veis?, no me confundía, es que a ella se le veía que necesitaba más contundencia, y menos tonterías.

Aceleró sus embestidas, mientras ella seguía masajéandose el clítoris.

O la niña fingía muy bien, o se corrieron al mismo tiempo; no había sido brutal, pero parece que,

finalmente, sí les resultó placentero.

Dani se quedó apoyado en la espalda de Patricia, muy poco tiempo. Antes de salir de ella, le besó la cabeza y, tras separarse, se quitó el condón, y comenzó a juntar su ropa.

- Ha estado bien – horror de frase post coital.

- A mí también me ha gustado - no sé si ésta fue peor.

Se vestían sin mirarse, cada uno a lo suyo.

- Salgo ya, que mis amigas se estarán preguntando por qué tardo tanto – o mucho me confundía o, si permanecía más tiempo, en esa habitación, soportando tanta indiferencia, se echaría a llorar.

- Está bien. Luego te veo – la voz de Dani sonaba hueca, vacía, sin sentimiento.

Ella le lanzó un beso, y desapareció.

Me agaché, un poco más, cuando pasó por mi lado, y me volví a levantar, para ver qué hacía mi amigo.

Estaba sentado en su silla, con la cabeza metida entre sus manos, y se mesaba el pelo con sus dedos. Salí de mi escondite, con todo el cuidado posible, y me dirigí hacia la puerta, para salir, pitando, de allí.

- Te parecerá bonito lo que acabas de hacer – su voz volvía a sentir.

Me detuve, tragué, y cerré los ojos.

«Mierda»

- Eva Costa, ¿no tienes nada que decirme? – me hizo sonreír, escuchar cómo me llamaba por mi nombre completo.

- Que menos mal que no acabas de llamarme *pequeña* - me giré, y nos miramos. Nos sonreímos, y yo no tenía muy claro el motivo de su sonrisa.

- Mi pequeña, eres tú – su voz dejaba ver un ápice de esperanza.

- ¿Por qué no te vas un poco a la mierda? – bromeé, para quitarle intensidad al momento.

- ¿No crees que el enfadado debería ser yo? - quizás tenía razón, pero no parecía nada enfadado.

La verdad es que era lo que me faltaba por ver de Dani, porque creo que, todo lo demás, ya lo habíamos vivido juntos - ¿Quieres que hablemos? – me preguntó, tímidamente.

- No – y me salió del alma. Un no rotundo. Suavicé, un poco, mi repentina respuesta - Ellos están fuera, Dani, llevo mucho tiempo desaparecida, además, no creo que este sea el momento ideal para hablar, tras lo que ha pasado aquí...

- Eva, yo creo que sí que lo es – y se acercó a mí, hasta quedar casi pegado – quizás después de esto, puedas saber, con más seguridad, qué sentimientos te ha despertado el haberme visto... con otra – con su mano, metió un mechón de mi pelo tras la oreja.

Bajé mi cabeza, hasta clavar la mirada en el suelo, y expulsé el aire de golpe, mientras cerraba los ojos.

«No, Dani»

- Dani, no es el momento, hazme caso; en caliente nunca es el momento - me di la vuelta, y empecé a caminar hacia la salida, temerosa de que siguiera insistiendo.

Dani me alcanzó, pero no volvió a mencionar el tema; salimos del almacén, juntos, callados, cada uno con un pensamiento muy diferente en su cabeza.

Había pasado más de media hora desde que había ido a buscarlo, y mis chicos no estaban en la barra, así que, cogí mi bebida, que me acababa de servir Dani, y fui hacia la pista, para ver si los veía por allí, y para alejarme de él.

De repente sonó *La madre de José*, y el Vicio se vino arriba, todo el mundo cantaba esa canción, la verdad es que tenía su puntillo, y además su letra era muy sexual, bueno yo todo lo veía sexual, en esos momentos de mi vida.

Los vi dándolo todo en la pista, con la canción de *El canto del loco*, y me metí en medio de ellos, bailando. Bailé con los tres, rozándome con ellos, me reí a carcajadas, me dejé hacer, y me divertí muchísimo.

Unas canciones más tarde, decidimos volver a la barra, para buscar más bebidas.

Como si de un *déjà vu* se tratara, volvimos a ir Gonzalo y yo, solos.

La barra estaba imposible.

- ¿Dani, quieres que os eche una mano? Algo podré hacer – me ofrecí.

- No, pequeña, pero entra, y sirve tu misma vuestras copas, a eso sí que accedo – me hablaba mientras llenaba los vasos, que agarraba entre sus manos, con cubitos de hielo.

Accedí al interior, agachándome por el hueco donde la barra se levanta, pues era imposible levantar la trampilla, estaba llena de copas que se caerían.

- ¿Qué va a querer el señorito? – le pregunté a Gonzalo, tamborileando mis dedos delante de él.

- Humm, a la camarera – se balanceó hacia delante, dejando el pecho sobre la barra.

- Creo que se confunde, caballero, esto no es un burdel – lo miré con desaire, e hice un mohín.

- Pues entonces algo que me haga olvidarla – se rindió, con un gesto de su mano.

- ¿Qué le parece... cianuro? – le mostré mi lengua.

- Acertado – asintió, apretando sus labios.

- Venga, ¿qué preparo?, ¿ron-cola?

- Acepto.

Preparé las bebidas, y tardé una eternidad, debido a mi falta de experiencia.

- Toma, llévaselas, que estarán sequitos *perdíos* – las coloqué sobre la barra, empujándolas hacia él.

- ¿No te espero? – preguntó Gonzalo.

- Mejor ve yendo; voy a ver si puedo echarles una mano aquí adentro – señalé la barra, llena de copas vacías.

- De acuerdo, te vemos allí, no tardes como antes, ¡eh!

Me entró la risa, si él supiera... Preparé mi copa, di un buen trago, y empecé a recoger vasos vacíos, hasta llenar el lavavajillas.

- Déjalo, pequeña, ve a divertirte – Dani apareció por mi espalda, y dejó un beso en mi mejilla.

- No te preocupes, lleno uno, o dos, y me salgo, ¿os estorbo aquí?

- No, para nada, pero es que no quiero que dejes solos a tus amigos.

- Tranquilo, que no se pierden – llevé mi mirada a la pista, y sonreí al localizarlos.

Despejé un buen trozo de barra, y vacié el lavavajillas, para volver a llenarlo. Estaba colocando los vasos lavados, cuando se acercó Vane, la camarera más veterana del VICIO.

- Eva, hay un tío bueno, en la esquina de la barra, que pide que lo atiendas tú.

Miré hacia la esquina, y sólo vi a un grupo de chicos, que estaban hablando, y riendo entre ellos.

- Yo no sirvo a nadie, Vane, diles que no soy camarera – continué colocando copas.

- No, no, no, ahí no – se refería hacia dónde había mirado - está en la otra esquina; y ya le dije que no eras camarera, pero fue muy insistente, hasta me dio un billete de cincuenta, sólo porque viniera a pedírtelo - me enseñó el billete - Yo hasta pagaría por servirlo, y mira que me canso de ver cachondos por aquí, cada noche, pero ese... ese juega en otra liga – se mordió el labio.

- Vane, no me van los presuntuosos. Es un fantasma – la aparté con mi brazo, y me dirigí hacia la esquina de la barra, donde me había indicado.

Entonces tuve que agarrarme a las neveras del hielo porque, realmente, acababa de ver un fantasma.

Antebrazos apoyados en la barra, dedos entrelazados, pelo completamente desaliñado, camisa negra, *su camisa negra...* de repente, sus ojos me miran, pero su cabeza continúa baja, su manera de mirar era difícil de soportar; intenté esquivarla, pero perderme entre los botones, desabrochados, de su camisa no era una buena idea; mi grado de agitación ya empezaba a ser preocupante, cuando intuí su pecho, tras esa abertura superior.

Estaba cambiado... sus ojos... su expresión... su intensidad... mis ganas. La barba salpicada, se había convertido en barba de semanas, más poblada y sexi, si eso era posible. Su pelo estaba más corto, pero igual de desatendido, y había adelgazado. Todos los cambios que estaba apreciando no jugaban en su contra, lo hacían en la mía, y eso era demasiado peligroso para mi voluntad.

«Eva, respira y tranquilízate, respira y tranquilízate; vamos, Eva, cálmate»

- Pequeña, ¿estás bien? ¡¡¡Eva!!! ¿Qué te pasa? – Dani me agarró, desconcertado, poniendo sus dos manos en mis brazos.

- Eh... nada Dani, nada, tranquilo – reaccioné.

- ¿Cómo que tranquilo? ¿Te has visto?, ¡¡si no te tienes en pie!!

«Es que él está aquí, Dani, él tiene ese efecto sobre mí, todavía hace que me flaqueen las piernas, y que el suelo que piso se hunda, Dani, él es mi ángel»

- Ya estoy bien, ha sido un mareo, un mareo nada más – intenté tranquilizarlo.

- Anda, ven que te saque de aquí. Vamos a tomar un poco de aire fresco – me cogió de la mano, y tiró de mí. Me resistí.

- No, no, tranquilo, puedo sola, tú sigue atendiendo a la gente, de verdad, estoy bien – le sonreí temblando, por un sinfín de escalofríos que me recorrían el cuerpo.

Como pude, mantuve el equilibrio, y caminé hacia él. Cuando lo tuve delante, el VICIO se había vaciado, ya nada, ni nadie, nos molestaban, ya sólo estábamos él y yo, lo demás sobraba. Me agarré a la barra, y lo miré. No era fácil, pero tenía que hablar, porque en el juego de miradas yo llevaba las de perder.

- ¿Qué haces aquí? – tragué mis ganas, que se habían atascado en mi garganta.

- VINE. A. POR. TI – sin pestañear, sin moverse, sin prisa, me habló remarcando cada palabra.

Respirar con normalidad, en su presencia, era algo que seguía sin dominar. Su voz... había olvidado el poder que ejercía sobre mí.

- ¿Podemos hablar, a solas? – preguntó, en vista de que yo no reaccionaba.

- No – me apresuré a contestar.

¿Estaba loco? A solas... a solas lo devoraría, a solas me lanzaría sobre él, a solas volvería a caer, y no era lo que quería.

- Bien, veo que volvemos al principio, a nuestros orígenes, cuando el *NO* era la palabra que más salía de tu boca... aunque en mi recuerdo, ese principio, no estuvo nada mal... podría repetir – su sonrisa torcida, bajo esa mirada felina que iba a dejarme sin aire.

- Ángel, no estoy bromeando, no tenemos nada de qué hablar, y menos a solas – me defendí de él. Del dolor.

- Bueno, yo no estoy de acuerdo – continuó sonriendo, de *esa manera* que me provocaba tanto, y cerré los ojos, no quería verlo. No podía.

- Me dijiste “*V E N*” – su voz sonó seria.

- No hablaba yo – continuaba con los ojos cerrados.

- ¿Ah, no? – levantó sus cejas, al preguntarme.

- Lo hizo mi coño – lo miré, con más fe que voluntad.

- Lo recordaba más abajo. Por cierto, me gustaría tener unas palabras con él – se separó de la barra, estirando sus brazos sobre ella.

- Ángel, por favor, lo he pasado muy mal, muy, muy mal... ahora estoy intentando recuperar mi vida...

- Yo, en cambio, de fiesta en fiesta – sonrió con pena.

Alargó sus brazos hacia mí, y tomó mis muñecas, sus muñecas, entre sus manos. Corriente de nuevo, deseo, algo se volvió a activar dentro de mí, era mi corazón, sus latidos se volvían mucho más intensos, y se dejaban sentir en mis muñecas, en mi cuello, en mi cabeza y, cómo no, en mi sexo.

Quise apartarme, pero no me dejó. Su contacto, la presión que ejercía cuando me agarraba, las caricias de sus pulgares en mi piel... estaba perdiendo el sentido...

- Te he encontrado. He venido a buscarte. No voy a dejar que te escapes otra vez. Quiero hablar contigo, Eva, vayamos fuera.

- ¿Pequeña, va todo bien? – Dani apareció y, gracias a él, me acordé de respirar.

- Sí, Dani, todo va bien, gracias – sonreí, para infundir veracidad a mis palabras.

- ¿No vas a presentarme a tu amigo? – me preguntó, sin apartar su mirada de Ángel.

- Hola, Dani, soy... - él tomó la palabra, y lo corté rápidamente; si pronunciaba su nombre, Dani sabría quién era, y yo, sin poder dar una razón justificable, no quería que lo conociera. Conocerlo era aceptar que seguía ahí, conocerlo era darle poder de opinión sobre él, y no quería que nadie tuviera más poder sobre mí, que yo misma.

- Más tarde quizás, ahora necesito salir un momento. Vuelvo pronto – le dije a Dani, que me miraba extrañado.

Me subí a la barra y, pasando mis piernas sobre ella, salí por el otro lado.

Ángel me ayudó cogiéndome por la cintura, y pegándome, descaradamente, a su cuerpo, me bajó muy, muy, muy, pero que muy lentamente. Un escalofrío volvió a recorrer mi cuerpo.

«¿Y ahora, qué? ¿Qué hago? ¿Adónde vamos?»

- Ángel, tienes que esperar un momento... estoy con gente, debo avisarlos.

- Llevo medio año esperando, unos minutos más, lo podré soportar – se rascó la barba que poblaba su mentón.

Fui hasta la pista y me encontré a los chicos bailando con un grupo de niñas.

- Hey, Evita, ¿dónde te habías metido? – preguntó Ricardo.

- Ayudando un poco a Dani - no mentí mucho.

- Mira que niñas más bonitas hemos conocido, ven, que te las presento.

- Ricardo, mejor en un rato, es que venía a decirlos que tengo que salir un momento. Esperadme por aquí, no tardo.

- Eva, ¿qué pasa? ¡¡No te veo hidratándote!! Vamos, que te invito a una copa – Gonzalo pasó su brazo alrededor de mi cuello.

- Gracias, Gonzalo, pero le estaba diciendo a Ricardo que tengo que ir a un sitio, pero vengo enseguida, ¿vale?

- Yo te acompaño, ¿vas sola? – se preocupó por mí.

- Esto... no, no hace falta – le sonreí.

Ricardo ya se había puesto a bailar, mucho antes de que me despidiera, pero Gonzalo se quedó parado, siguiéndome con la mirada.

Dudé si desaparecer entre la multitud, y salir por la puerta de atrás. No sabía si sería capaz de ser fuerte, para lo que se me venía encima pero, ¿para qué nos vamos a engañar?, estaba derretida por

verlo allí, por escuchar que había venido a por mí; estaba loca porque me dijera lo que quisiera, mientras eso me permitiera tenerlo cerca un poco más de tiempo.

- Pensé que intentarías escapar por alguna salida de emergencia. Ya las tenía todas controladas, deformación profesional – me dijo con su eterna sonrisa.

- No te creas que no lo he valorado – respondí, exhalando todo el aire de una vez.

- Por eso lo digo – y sonrió de nuevo, y me agarró a su manera, para caminar hacia la calle.

Al volver a sentir su mano en mi muñeca, reviví tantas cosas, tantos maravillosos recuerdos acudieron a mi pensamiento, que los ojos casi me traicionan soltando alguna lágrima, que me costó Dios y ayuda tragarme.

Ya fuera, le dije a Samu que volvía en unos minutos.

- ¿A él le pongo sello?, por si no volvéis juntos – preguntó Samuel.

- Sí, mejor - respondí.

Ángel le dio su mano, para que se lo pusiera en el dorso.

- VICIO – pronunció el nombre, con su seductora voz.

- ¿Qué?

- Que me gusta esa palabra tatuada en mi piel – me mostró su mano sellada.

- La verdad es que te viene al pelo – inspiré.

Caminamos en silencio, él me llevaba agarrada de la muñeca, y yo tragaba con dificultad; el andaba grácilmente, y yo hacía malabares, para que no se me doblasen las rodillas; él respiraba tranquilo, y yo hiperventilaba; vamos, lo normal cuando estábamos juntos.

De repente, se paró en seco.

- ¿Quieres ir a algún sitio en concreto? – me miraba a su manera, ladeando la cabeza.

- Eres tú el que quiere hablar, tú sabrás dónde quieres hacerlo – fingí que no me afectaba su sonrisa.

Se colocó delante de mí, para quedar cara a cara. Tomó mi barbilla entre sus dedos y me aparté, elevando yo la cabeza sin su ayuda. Eso le hizo sonreír todavía más.

- Donde quiero hablar contigo, no harían falta palabras... pero me temo que no accederías, por lo menos no sin antes escuchar lo que vengo a decirte; así que, aquí mismo, me parece un sitio estupendo para detenernos.

Miré alrededor, buscando un punto de apoyo, me temía que iba a necesitarlo. Una repisa, que sobresalía de un escaparate, me sirvió.

Ese sitio, que había insinuado para *hablar sin palabras*, era el que mejor se nos daba a los dos, pero tenía razón, ni él, ni yo, estábamos en la misma situación que hacía seis meses.

Ángel quedó frente a mí, metió mis piernas en el medio de las suyas, y volvió a cogerme las muñecas, las acarició, jugó con ellas y, finalmente, llevó ambas manos a su boca para besar ora una, ora otra.

Lo miré con cautela, levantando la mirada, sin apenas mover mi cabeza, un poco a su manera.

Tomó, con una sola mano las mías y, con la otra, puso sus dedos, pulgar y anular, en mi barbilla; esa vez no me aparté.

- Sabes que me encanta que me mires.

- Y a mí me encanta mirarte, vanidoso y egocéntrico – le dije sonriendo - pero no puedo – volví a apartar mis ojos.

Volvió a levantar, dulcemente, mi cara, y nos miramos. Sí, seguíamos desesperados.

Resopló, y se pasó esa misma mano por su rostro, para acabar apretando su boca, después se la llevó a la unión de los ojos, bajó la mirada, e inhaló fuertemente.

- Eva, el día que te fuiste, ¡ese maldito doce de marzo!, actué como un cobarde – su nuez se movió con dificultad, por su garganta - Yo, que te achacaba a ti la cobardía, no tuve el valor para hablar claro – y fue tan directo en sus palabras, que tuve que recordarme que Ángel era así, una persona que decía lo que pensaba, aunque a veces, debería hacer ese mismo recorrido, pero a la inversa, y pensar lo que decía - ¿Recuerdas el día que te encerraste en los lavabos, llorando, y yo me quedé esperando una explicación, durante más de dos horas?

Asentí, ante la imposibilidad de pronunciar una sola palabra. ¿A dónde quería llegar? - Te llamé cobarde.

Levanté mi mirada al cielo, intentando, en vano, retener unas lágrimas que gritaban su nombre a lo largo de su recorrido. Con sus dedos me las limpió, pero yo aparté mi cara, y me sequé con el dorso de la mano.

- Si había un cobarde, si hay un cobarde, soy yo; que no supe manejar un sentimiento, para mi desconocido, y tan grande, que me sobrepasaba, que me llenaba y, cuando pensaba que no me cabría más, tú conseguías que mi corazón se engrandeciera, para abarcar un poco más de ti. El único cobarde que hay aquí, lo tienes delante. Tenía que haberte dicho, lo que te dije en el aeropuerto, la primera vez que esas dos palabras cruzaron mi mente.

Lo miré extrañada, pero sobre todo intrigada, y nerviosa, muy nerviosa.

- No te entiendo – conseguí decir.

- Cuando ya no podías escuchar, ni siquiera verme con claridad, dije lo que mi corazón llevaba gritando desde hacía días... te quiero – el silencio, y su mirada.

No lo había soñado, no lo había imaginado, lo que me había parecido un *te quiero*, y que mi cabeza trató de negar, había sido real.

- Eva, te quiero – sus ojos esperando una respuesta, sus dedos presionando mis muñecas, sus palabras encajando mis piezas rotas.

«No puedes quererme, si me quisieras no hubieras respetado la maldita promesa»

- Tenía la duda de si habían sido imaginaciones mías, pero veo que no, que, entre tanta lágrima, no me habían traicionado los ojos, y lo que había leído en tus labios, había sido un te quiero – hablé

como si quisiera acallar a mi parte racional, que me llamaba loca siempre que tenía ocasión.

- Eva, te quiero. Antes, ahora, y siempre. No sé qué me has dado, santera, pero no puedo sacarte de mi cabeza, y lo peor, de mi corazón – llevó mi mano, entra la suya, a su pecho - No iba a aguantar nuestro trato mucho más, creo que ciento ochenta días es mucho tiempo sin hablar contigo, sin verte, sabiendo de tu vida a cuentagotas...

- ¿Sabiendo de mi vida? – le corté.

- Sí, sabiendo de tu vida, ¿acaso crees que podría vivir sin saber nada de ti? Me enamoré, Eva, me enamoré de ti e intenté respetar el acuerdo, para que tú pudieras aclarar tus sentimientos: nada de llamadas, nada de mensajes, ningún tipo de contacto, pero me fue imposible. Lo siento – se mordió el labio, esperando mi reacción.

- ¿Y?

- ¿Cómo que y? – preguntó extrañado.

- ¿Que quién te contaba cosas de mí? – estaba perdida.

- Gonzalo.

- ¡¡¿GONZALO?!! – no daba crédito.

- Sí, él me ayudó.

- ¿Y cómo contactaste con él?

- Las chicas con las que estaba en el Forte, el día que tú y yo nos met...

- Sí, sí, recuerdo esa noche – volví a cortarlo.

Se rio, y se relajó un poco, al ver mi reacción.

No quería que empezara con uno de nuestros relatos eróticos.

- Conozco a esas chicas, y tenían su número; yo le llamé, le conté lo que me había pasado, me entendió, y decidió ayudarme – para él todo parecía tan sencillo...

- Gonzalo... por eso me escribía SMS, y hablaba conmigo por el chat, más que sus amigos. Yo pensando que era el único sensato y responsable, y sólo era un correveidile...

- Es un buen chico – dijo, para despojarlo de culpa.

Y de repente sentí crecer una rabia dentro de mí, de la que necesitaba deshacerme.

- Es un cabrón, y tú otro, eso es jugar sucio. ¿Quién coño me ayuda a mí? Dime, ¿quién? ¡¡A mí no me ayuda nadie, ni tú, ni él, ni el otro!! – sacudí mis manos, para deshacerme de su contacto - Pensé que me volvería loca todos estos meses, creyendo que, para ti, había sido sólo una historia más, con la que hacer una nueva muesca en el cabecero de tu cama. Pensando que no te costaba mucho cumplir esa estúpida promesa que me hiciste. ¿Quién es capaz de hacer borrón y cuenta nueva, así sin más? – en un tono elevado, y haciendo aspavientos con mis manos, dejé que parte de mi dolor me abandonara.

- Tú tampoco diste señales de vida, yo por lo menos sabía de ti, me busqué la vida; tú, en cambio, fuiste capaz de continuar adelante con tu vida, sin volver a saber de mí – contraatacó

defendiéndose, en vez de disculparse.

- Yo tenía más que perder, Ángel, ¿qué esperabas? ¿Que lo dejara todo y corriera a tus brazos? ¿Qué garantías tenía de que estarían abiertos sólo para mí? – mis ojos lo retaban, y mi respiración se había vuelto loca.

- Nunca te he mentado, siempre he sido sincero contigo. Tú fuiste la primera mujer a la que realmente amé, la única a la que no soy capaz de convertir en recuerdo, de la que no soy capaz de sobreponerme – bajó su mirada, y me asusté.

Sus palabras eran cuchillas que me rompían todas, y cada una, de las capas con las que fui protegiendo mi corazón, tras haberlo perdido todo.

No podía creerlo, ¿qué es lo que me hacía que era incapaz de negarle nada? Debía ser fuerte, debía pensar en mi vida, ahora ya no me escudaba detrás de un horrible momento personal.

Antes de continuar escuchando palabras de hipnotizador experimentado, debía tener muy claro qué es lo que venía buscando.

- ¿Qué sabes? ¿Qué te ha contado Gonzalo? – no le di tregua, quería saberlo todo.

- Que ya no estás viviendo con él... - me miró, y nos dolió a los dos - ahora vives sola, en Alcalá de Henares; que estás separada, pero no divorciada, y que nunca le has hablado de mí – volvió a costarle tragar.

Inspiré fuerte.

-Tampoco de Sebas. Nunca hablo de ninguno de los dos, con nadie, salvo con Vero y Dani, y créeme si te digo que no les cuento ni la mitad de la mitad – continuaba envuelta por una burbuja de valor, que me permitía mantener una conversación, como aquella, con él.

- Eva, me acabo de desnudar, mucho más que cuando me has visto sin ropa; no espero que hagas lo mismo, porque no lo he hecho para recibir eso a cambio, pero sí me gustaría que me dijeras... no sé, lo que se suele decir en estas circunstancias, cuando alguien te dice que te quiere... – sentí su desamparo, y me dolió.

Tardé bastante en contestar, me tomé mi tiempo para tranquilizarme, y poder pensar antes de hablar.

- La verdad es que no puedo decir lo mismo, Ángel – comencé a hablar, con la mirada fija sobre la acera, y la fui levantando, a lo largo de su cuerpo, hasta llegar a sus ojos - Te lloré tanto, tanto, tanto, que ya no sé si te quiero, o te odio.

Silencio... Qué raro el silencio entre nosotros.

- Necesito tiempo para pensar. Sabes que cerca, no podemos estar, porque acabaríamos como siempre: desnudos y sudorosos – lo miré, advirtiéndolo.

- Sí, tengo un vago recuerdo de eso – me miró a su manera.

Me apreté las sienes con ambas manos, y soplé.

- ¿Por qué yo? ¿Quizás porque fui la única que se fue de tu lado, antes de que te aburrieras de mí?

- ¡¡Eva!! Nunca has sido como las demás, nunca te he tratado igual, nada ha sido ni parecido a como yo era con cualquier otra mujer – volvió el contacto, la corriente, y los escalofríos. Sus manos sobre mi piel.

Llené de aire mi cuerpo.

- Ángel, tú no... no serías capaz de darme lo que yo necesito, no serías feliz, no podrías serlo – negué con mi cabeza, rindiéndome ante la evidencia.

- Santera, por favor – cambió el peso de su cuerpo, de una pierna a otra - si no es contigo, no es con nadie.

Y cerré mis ojos, mientras me concentraba en respirar, y sentía sus dedos acariciando la piel de mis muñecas.

- Nos deseamos como animales, somos dos irracionales que se equilibran cuando nos convertimos en uno solo, pero la balanza está muy descompensada después del sexo. Las diferencias son abismales – intenté que lo viera a través de mis ojos.

- Los polos opuestos se atraen – me sonrió, cuando creyó encontrar la frase perfecta que quebraba mi argumento.

Resoplé y lo miré

- ¿Qué me ofreces, Ángel?

- ¿Cómo? – mi pregunta lo descolocó.

- ¿Que qué puedes ofrecerme? – repetí - Vienes a trabajar a España, porque mi jefe te necesita aquí, por un tiempo, semanas, quizás meses, a lo sumo un año, ¿y después qué? – esperé su respuesta.

- Yo, yo... – vaciló, y yo miré al cielo, cansada.

- Ángel, tengo, casi, treinta y seis años, un marido que está más cerca de ser ex, que de volver a ejercer como tal; un amante que se presenta, seis meses después del affaire, y me dice que me quiere, pero vive a miles de kilómetros de distancia, por lo que, nuestra relación, de seguir en continentes diferentes, sería I M P O S I B L E; así que, me quedo como estaba, no, peor, porque ahora sé que estuvo interesándose por mí, todo este tiempo, sé que me dijo *te quiero*, en la terminal del aeropuerto, una vez que yo ya no podía escucharlo, y sé que no sólo no dejó de quererme, durante estos meses en los que conocería, y se acostaría, con decenas de chicas, sino que vino a buscarme para poder decírmelo a la cara, pero... y ahí viene el quid de la cuestión, no me ofrece nada más; no tiene ningún plan, sólo me quiere, y eso, Ángel, eso le sirve a una niña de veinte años, pero a mí no; a mí me hace gracia, me halaga, sí, me quita un peso de encima, también, por lo menos no me jugué mi matrimonio por un capricho, pero no me sirve para nada más, no puedo agarrarme a eso... no puedo – me separé de la repisa, lo miré fijamente, y lo vi perdido. Lo entendía, esto le venía grande. Me asombré de mi entereza.

Se llevó su mano sellada a la frente, y la frotó. Cuando la retiró, se fijó en el dorso, en la palabra

VICIO, que tenía grabada.

- Ojalá todas las marcas, que has dejado en mí, se borrarán con la facilidad con la que desaparecerá ésta.

Ambos sonreímos... tristes.

Me acerqué a él, para despedirme. Lo besé en la mejilla, pero se giró, viejo truco ese, y mi beso acabó en sus labios.

Y no fue un simple beso de despedida, fue mucho más; con él siempre era todo, o nada. Ese beso desesperado, nos activó, nos despertó zonas que se necesitaban mutuamente, y yo no podía parar, no podía apartar mi boca de la suya, no podía dejar de morir de deseo. Sentía partes de mi cuerpo, antes desmembradas, encajándose bajo su abrazo.

- ¡¡¡Buscaos a un hotel!!! - alguien gritó desde un coche. Esa milésima de segundo, me ayudo a reaccionar.

- No puedo, Ángel. No puedo – interpuse mis manos, entre su cuerpo y el mío.

- Lo siento.

- Así no puedo, así no puede ser – me separé de él.

- Eva, quiero que sepas que... en estos meses, no hubo nadie que...

- Déjalo, Ángel, déjalo por favor, no lo estropees con una mentira – le interrumpí - Te he escuchado, y tú a mí; démonos un tiempo, ahora que ambos sabemos lo que podemos ofrecernos.

Sin volver la vista atrás, tomé rumbo al Vicio; Ángel no me siguió... no sé si hubiera querido sentir su mano agarrando mi muñeca, para detenerme... sí, lo hubiera querido. Hubiera caído nuevamente, pero él no lo hizo. Tentada estuve de girarme, para comprobar si continuaba en el mismo sitio, o ya se había marchado, pero tampoco lo hice, porque tenía miedo de no verlo. Sabía que él no era como todos, él probablemente no esperaría, así que entré sin volverme, como si eso me ayudara a olvidarlo, como si así fuera a ser más fácil.

Fui directa a los baños, y me metí en uno de ellos. Aproveché, el alto volumen de la música, para gritar. Una chica golpeó la puerta, y me preguntó si me pasaba algo. La tranquilicé diciéndole que no, que salía en dos minutos. Dos minutos que se convirtieron en diez.

Cuando me hube tranquilizado, me dirigí a la pista, para buscar a los chicos, y avisarles de que había llegado; tenía la esperanza de que quisieran finalizar su noche de fiesta.

Al pasar por la barra principal vi a Dani, estaba ocupado, agitando una coctelera, y sonriendo a dos rubias.

Continué caminando hacia la pista, hasta que los vi; estaban los tres, con el mismo grupo de chicas de antes, bailando despreocupados.

Cuando Jose me vio, se tiró a mi cintura, y comenzó a bailar conmigo.

- ¿Lo estáis pasando bien? – disimulé mi desazón.

- Sí, Evita, ¡¡¡me encanta Madrid!!! ¡¡¡Quiero quedarme aquí, *forever*!!! Oye, lo de llevar a una

chica a tu casa...

- Ni se te ocurra – le dije muy seria.

- Me lo imaginaba - me soltó, y me dio un beso en la mejilla.

Gonzalo se acercó.

- No sé si quiero hablar contigo en este momento – le advertí.

- Lo siento, Eva – se mostró preocupado.

- Y más que lo vas a sentir – le aseguré.

- Te quiere, lo sabes, ¿verdad?

- Gonzalo, no te metas, no lo hagas. Ya has hecho de más – no había pizca de broma en mis palabras

- Lo hice con la mejor intención, pensé que...

- ¿Le dijiste que íbamos a venir hoy aquí? – interrumpí su explicación.

- Sí – sonaba arrepentido.

- Te voy a pedir una cosa.

- Lo que quieras – se apuró a decirme.

- No vuelvas a hablarle de mí, si quieres conservar mi amistad, no le cuentes nada más. Nada, absolutamente nada – mi dedo índice se movía entre nosotros, en señal de advertencia.

- Eva, yo quería ayudar – se disculpó.

- Ayudar no, ayudarle – especifiqué - Te aseguro que a mí no me has ayudado – inspiré, llenando mi pecho de aire.

- Creí que te parecería bonito; no sé, él está tan enamorado...

- Gonzalo, bonito no es suficiente; bonito es una sorpresa, un beso, una caja de bombones un día cualquiera. Bonito es que te digan un piropo, cuando menos guapa te sientes. Bonito es poder calentar los pies entre sus piernas, cada noche. Bonito son los pequeños detalles, entre una pareja de novios, de amigos, de lo que quieras, pero esto no es bonito, esto es... ¡¡¡una puta mierda!!! Una puta mierda que llega seis meses tarde, lo que hace que, aún por encima, huela peor – cerré mis ojos al terminar – No quiero volver a hablar de ello.

- Lo siento, de verdad, me borro de la ecuación; no quiero perder tu amistad, por favor.

Asentí con la cabeza, y le pedí su copa, estaba mediada... casi la vacié. ¿No dicen que una pena es un trago?, pues iba a ahogar mis penas en alcohol, puesto que la noche, muy a mi pesar, se presentaba muy larga todavía.

Con un pedo memorable, terminé la noche.

- ¡¡¡Vamos, Riccaardo, deja a esa niña, y vente de una vez, que tengo haaaaaambre!!! – apoyada en el hombro de Jose, compartiendo su copa, grité, llamando por Ricardo - Es que la madre de José me está volviendo loco – canté, separándome de él para hacer algo parecido a bailar - Oye, Jose,

¿tu madre está buena? – me paré, para preguntarle, y no hablaba yo, lo hacía mi estado de embriaguez.

- ¿Qué? – preguntó extrañado.

- ¿Que si está buena tu madre? – empecé a divagar - Sería la leche que estuviera buena, porque así la canción de *El canto del loco* cobraría sentido para ti, y tus amigos...

- ¡¡Pequeña, estás fatal!!! Vamos a ver si comiendo algo se te baja el pedo un poco – Dani me cogió por la cintura, y caminó conmigo por la acera.

- Dani, te quiero, lo sabes, ¿verdad? – me encaramé a su cuello, y lo apreté - Te quiero muuuucho, muuuucho, muuuucho, eres mi mejor amigo; contigo me río, contigo hablo, vamos al cine juntos, salimos a pasear, te veo follar...

Gonzalo y Jose nos miraron, con los ojos como platos.

- Currar, ha querido decir currar, pero se le traba la lengua – intentó salir del aprieto.

- Ahhh - dijeron ambos a la vez.

- ¡¡De eso nada!!, bueno sí, también te veo currar, pero hoy he visto cómo te follab...

- ¡¡EVA!! – su mirada me advirtió, incluso más, que el elevado tono que usó – ¿Vamos a comer algo? – propuso, finalmente.

- Yo tengo hambre, así que, por mí, perfecto – Ricardo accedió, y tras él, los demás.

Nos sentamos, los cinco, en una mesa y pedimos bocatas, refrescos y agua; en realidad, yo pedí una copa, pero Dani opinó que era mucho mejor que, con el bocadillo, me bebiera un agua, y que pidiera después la copa, si aún la quería.

Cuando hubimos acabado, por supuesto, ni pensaba en beber un solo trago más de alcohol, lo único que quería era meterme en mi cama, y dormir como si no hubiera un mañana.

- Yo os llevo – se ofreció Dani - iremos en mi coche.

- ¿Hoy no viniste en moto? – pregunté.

- No, vine en coche, Eva – Dani me agarraba del brazo, y tocaba la punta de mi nariz con uno de sus dedos.

- Ah, vale... pero no, gracias – lo pensé un momento - cogemos un taxi, después tienes que venir tú solo conduciendo, y es mucho camino, ya nos arreglamos.

- De eso nada, ¿crees que, en tu estado, voy a dejar que tres veinteañeros se metan contigo en tu piso? – los miró, simulando preocupación.

- ¡Eh, que no vamos a hacer nada! Nada que ella no quiera... - se rio Jose.

- Tranquilo, Dani, no le hagas caso, cuidaremos de ella – Gonzalo lo tranquilizó - Pillamos un taxi, no te preocupes – el asturiano racional... en fin.

«*Cabrón*» pensé, recordando su traición.

- Os llevo yo, no se hable más – Dani no dio lugar a réplica.

- Pues te quedas a dormir, asunto zanjado – sentenció.

- Pues me quedo – asintió con la cabeza.

Supe que habíamos llegado a casa porque Dani tocó mi hombro, balanceándome suavemente.

- Vamos, pequeña, hemos llegado.

Emití un gruñido, en señal de que lo había escuchado. Como pude, salí del coche, y busqué las llaves del portal. Apoyada, en uno de los chicos, esperamos el ascensor. En el rellano, sólo se oían nuestros bostezos.

No tengo recuerdos claros de cómo me metí en la cama, ni de cómo (o quién) me puse el pijama.

- ¿Dejas el móvil encendido, o te lo apago? – la voz de Dani me sonaba muy lejana...

Otro gruñido, a modo de respuesta.

- Te lo apago, ¿vale? – me dijo, apartándome el pelo de la cara.

Gruñí nuevamente.

Cuando iba a apagar mi teléfono, se fijó que tenía el símbolo de SMS en la pantalla.

- Tienes un mensaje – me informó - ¿Me oyes, Eva? – sus dedos presionaron mi piel, y me mecieron, para que reaccionara.

Mi garganta emitió un sonido, que no se puede considerar palabra.

- ¿Te lo leo? ¿Lo lees mañana? ¿Qué hago? – demasiadas preguntas para mí, en aquel estado.

- Lo orio, Dani, zolo ha renido para hacerrme daño – entre el sueño, y el alcohol, que aún corría por mis venas, no era capaz de hablar con claridad.

- Pequeña, ¿qué dices?, ¿de qué me hablas? – sentía su aliento en mi oreja.

- Lo quiero lezos de mi vida; con el cerrrca, no puedo penzar. Me biente, ez un embaupadorrrr.

- Eva, te juro que no sé de qué me hablas. Duérmete, anda, mañana me cuentas – me besó en la mejilla, y me arropó bajo el edredón.

No tardé ni un microsegundo en caer rendida al sueño, en una especie de coma, que me dejó grogui completamente, pero a Dani le quemaba mi teléfono entre las manos, y abrió el SMS que venía de un número que no guardaba entre mis contactos.

+34639557635

YO. POR COMPLETO. MI VIDA, MI CUERPO, MI ALMA, Y MI CORAZÓN.

Eso es lo que puedo ofrecerte, sé que no me esmero mucho porque, independientemente de tu decisión, YA TE PERTENECEN.

Aquí, en Bahía, o dónde quieras; el sitio me da igual, mientras sea juntos.

La vida sin ti, no me sabe igual.

Te quiero, santera.

Si hubiera sido yo, la que lo leyera, sabría, antes de abrirlo, que era de él.

Dani tuvo que leerlo entero, para darse cuenta de quién era el emisor. Lo de *santera* no dejaba lugar a dudas.

Cuando acabó, cerró los ojos, durante unos segundos, tras los cuales me miró. Yo ya estaba profundamente dormida, en el momento en que pulsó *eliminar SMS*, y borró su rastro.

Tras lo cual, apagó mi móvil, y tardó una eternidad en dormirse... la *conciencia*, dicen.

Cuando desperté, eran las dos de la tarde; Dani seguía a mi lado; con el pelo alborotado y su bóxer, como única prenda de vestir.

Yo, por el contrario, tenía puesto un pijama corto, que no sé cómo llegó a mi cuerpo. Lo que sí tenía muy claro es que me había acostado sin desmaquillarme, las marcas del rímel, en mi almohada blanca, lo evidenciaban.

Ese fin de semana fue un desenfreno veinteañero todo él. Bailé, reí, me divertí, como no recordaba, y no hubo un solo momento que no deseara volver a encontrarme con él. Sus palabras venían a mi cabeza, una y otra vez, su mirada, su mano en mi muñeca, su *te quiero*, su olor, su color de piel, el sonido de su voz... todo él me acompañó, cada minuto de mi fin de semana.

El domingo, les presenté a Vero y a Pedro, a mis amigos. Comimos todos juntos, Dani también se unió, en su casa de la sierra, en la que estaba él por todas partes... nuestra conversación se sentía dentro de aquella casa... dolía.

Esa noche nos fuimos temprano a la cama, porque el lunes yo trabajaba, y ellos querían ir al centro, para hacer unas compras antes del concierto, que era esa misma noche.

Cuando llegué a casa, del trabajo, ya no estaban. Tenía un MMS, de los tres, en el móvil; estaban dentro del recinto, esperando que comenzara el concierto. Me quedé dormida antes de que volvieran, pero no les importó despertarme, llegaron eufóricos. Ricardo no aguantó, y vino a mi habitación, para contarme lo *flipante* (palabras textuales) que había sido. Gonzalo le riñó, pero cuando me vio incorporada, en la cama, atendiendo a las explicaciones de su amigo, se sentó en el otro lado, y se unió a la conversación, al igual que hizo Jose. Total, que me dieron las cuatro de la madrugada, cuando conseguí dormirme.

Ellos no tenían prisa por acostarse, habían decidido coger el tren de la tarde, que los devolvería Asturias.

Quedamos en Atocha, para despedirnos, y que me devolvieran las llaves; la estación era mi última parada, cada día, porque quedaba al lado de mi trabajo, así que sólo me ausenté quince minutos.

Jose me dio un fuerte abrazo, y me recordó lo que llevaban repitiéndome todo el fin de semana...

- Eva, te esperamos en Asturias; a ti y a Dani.

- Lo sé, iremos, os dimos nuestra palabra – le prometí.

Ricardo se acercó, me dio otro abrazo, y más besos.

- Te quiero, Evita. Gracias por todo, lo hemos pasado genial. Nos debéis una visita.

- Eso está hecho – le guiñe un ojo.

Gonzalo me abrazó muy, muy fuerte, y mucho, mucho rato. Se apartó, lo mínimo, para poder verme la cara, y suspiró.

- Eva, os esperamos en febrero.

- Bueno, ya veremos si, al final, puede ser en esa fecha – le sonreí.

- Te quiero.

Y esas palabras volvieron a traerme su recuerdo, como el azote de un látigo.

- Anda, venga, que os tenéis que marchar – lo empujé hacia el vagón.

Pero, al momento, recordé algo que me hizo agarrarlo por la camiseta, hasta hacer que se girara. Sólo lo miré, no tuve que decir nada, hablaron mis ojos.

- Lo sé, me ha quedado muy claro. No volverá a ocurrir – me dijo Gonzalo, sin necesidad de hablar.

Y mis chicos se fueron, pero me dejaron cuatro días inolvidables.

En cinco meses los volvería a ver. Al final subí ese febrero, no con Dani, como teníamos previsto. Ese febrero que marcó el antes y el después... Ese febrero que, aun siendo el más pequeñito de los meses, me trajo lo más grande... a Él. Mi Él.

DIA 175 - NO ES BUENO DECIDIR POR LOS DEMÁS

Desde la noche en el Vicio, no volví a ver a Ángel. Sabía que estaba en Menorca, sabía que la obra marchaba bien, sabía que le quedaban unos seis meses más en España y... nada más, no sabía nada más. Eso me cabreaba sobremanera, porque ya tenía asumido, antes de su aparición estelar, que su concepto de amar, y el mío, nada tenían que ver. Tenía claro que nunca podría marcarlo del mismo modo que él me había marcado a mí, pero entonces, ¿por qué había venido a decirme que me quería? ¿Por qué no me parecía que estaba fingiendo, y me creí sus palabras? ¿Por qué se volvió a sumar a la ecuación, en la que yo ya lo había restado? ¿Por qué había venido a tirar una piedra, y después se había escondido como un cobarde? ¿Por qué no había insistido, aunque fuera con una llamada, o un mensaje (sí, ese que yo, todavía, desconocía)?

Mi jefe me ofreció, en varias ocasiones, ser yo la que me acercara a la isla, para ver los avances, pero declinaba la oferta. Verlo sería ceder, verlo sería caer, verlo sería retroceder y, ojos que no ven, corazón que siente menos, en mi caso, el refrán cambiaba.

El día que fui con Dani, a ver *Días de fútbol*, aquel diecinueve de Septiembre, me dejó pensando una conversación que mantuvimos...

- Te va a gustar, ya lo verás, no seas roñosa. Yo fui a ver el bodrio del Mathew, y sin rechistar – caminando hacia los cines, intentaba hacer que cambiara la cara de resignación que me acompañaba.

- Sin rechistar tanto, querrás decir – lo miré de lado.

Me apretó contra su cuerpo y, con el puño cerrado, frotó mi cabeza.

- ¡¡¡Ay, bruto!!! ¿Dónde quedó esa galantería, ese saber estar de un caballero? – me acaricié entre el pelo.

- En mi oficina, el día que te hice un pase privado – se divertía con aquel recuerdo, y a mí me hizo poner los ojos en blanco.

- Imbécil – acompañé mi adjetivo con un golpe en su hombro.

- Idiota – me sacó la lengua.

- Así me gusta, todo un señor de la cabeza a los pies. Voy a bajarte puestos en mi lista de amigos con los que follaría – me burlé.

- Después de haber conocido a mis rivales... te entiendo – se hizo el silencio, tras sus palabras.

- ¿A tus rivales? ¿Te refieres a los asturianos? – reaccioné, no muy deprisa.

- No, a tu otro hombre... - se mordió el labio, después de hablar.

- ¿Qué hombre? – inspiré, nerviosa.

- ...tú amante – terminó de decir.

Me paré en seco, y lo miré fijamente. No entendía. ¿Cuándo había conocido a Ángel?

- No soy tonto, ¿o me tienes por tonto? – no apartó su mirada, al preguntarme.

La gente pasaba a nuestro lado, esquivándonos.

- ¿Por qué me preguntas eso? Claro que no, pero no entiendo... ¿cuándo? – ¿acaso también había sonsacado información a Dani, como lo había hecho con Gonzalo?

- Cuando casi te caes redonda dentro de la barra, al verlo – resopló tras decirlo. Unos segundos en silencio, y después continuó - Cuando vi cómo os mirabais y, curioso, me acerqué para comprobar lo que creía... que era él. No estaba equivocado; tu reacción, cuando cortaste nuestra presentación, lo dejó muy claro. Cuando vi cómo te agarró, al bajar de la barra, sabiéndose de memoria tu cuerpo... Eva, llevo desde ese día esperando que me lo cuentes, pero veo que no tienes intención de hacerlo – desvió su mirada, para tomar aire, y volvió a verme.

- Lo siento, Dani. No quiero, ni puedo, hablar de él – tragué, cerrando los ojos.

- Está loquito por ti.

Lo miré sorprendida.

- ¿Y tú qué sabes?

En ese momento, Dani tuvo la oportunidad para desvelar lo del SMS, pero antes quiso convencerse de que hacerlo sería un error y, haberlo borrado, había sido lo correcto.

- Cuando te fuiste a la pista, junto a los chicos, lo vi clarísimo... en sus ojos, en su pose, en su movimiento nervioso, en su forma de tragar, en todo, Eva, en todo. Yo no sé a qué esperáis para volver a estar juntos - ¿Sabéis cuando alguien te está diciendo lo contrario de lo que está pensando? Pues ese era Dani, en aquel momento.

- No es tan sencillo, Dani, no es tan sencillo – volví a retomar el paso. No entendía qué esperaba que le dijera... lo que quería escuchar, o lo que ni yo sabía qué sentía.

- ¿Por qué? Ahora está aquí – insistía.

- En Menorca.

- ¿Y qué? Eso es ahí al lado – caminaba, casi de espaldas, para mantener esa conversación mirando mi cara.

- Esto no es Bahía – me paré, pero volví a retomar el camino, mientras continuaba hablando - allí actué de una manera egoísta, muy egoísta, sólo pensé en mí, y en nadie más. Aquí, mi realidad es otra: mi trabajo, Sebas, mis padres, vosotros... mi vida está aquí... y él... él no es de ningún sitio – esto último lo dije más para mí, que para Dani.

Por mucho que preguntara, yo no me abría del todo, con ese tema no podía ser clara, porque ni yo misma sabía lo que quería.

- Creo que estás buscando excusas, escudándote en todo eso, para no rendirte a la evidencia. Nunca te he visto así con Sebas, en mi vida, y viví toda vuestra historia, la viví mucho más de lo que me hubiera gustado – me dolió su comparación.

¡Claro que no tenía nada que ver una historia con la otra! La base de una era el amor, la de la otra... la dependencia, el enganche.

- Si no lo veo, no lo necesito. Lo extraño, sí, lo deseo, sí, pero no lo necesito, puedo vivir mi vida sin él, pero si lo tengo delante... si lo tengo delante no razono, me vuelvo loca, no pienso, actúo, nada me importa, sólo él y yo. Me da miedo hasta dónde puedo llegar si me entrego a él, me da miedo lo que puedo llegar a sufrir, cuando se cansa de mí, me da miedo vivir mi vida a su ritmo, y acabar loca por él, pero loca de verdad – habíamos vuelto a detenernos en plena acera.

- Pues no veo mejor explicación para definir el amor.

- Ya, Dani, pero es que no es tan sencillo. No tengo claro que él, sea él; no desde que Sebas y yo... - y dudé si continuar contándole todo eso a Dani, pero su expresión me indicaba que quería que continuara - Sebas y yo volvimos a un tira y afloja, que despertó algo que hacía tiempo que no sentía con él, y volví a desearlo como siempre, volví a quererlo como al principio, volví a ver, en él, al hombre del que me enamoré, y te aseguro que, por Sebas, sentí mucho más amor del que he sentido por Ángel, por mucho que tú digas que nunca me has visto así con él. No se pueden comparar, uno es pura pasión, puro deseo, irracionalidad, y lo otro es... real, Dani. La pasión y el deseo decrecen, en toda relación, el tiempo es devastador con esas sensaciones del principio; lo que te deja es la admiración, el amor.

- ¿Te irías con Ángel, si te lo pidiera? – no me daba respiro.

Inspiré fuerte.

- Ángel no camina... vuela. Él nunca sería feliz del modo que yo necesito que me quieran. Pero antes de cometer ninguna locura, tengo que saber qué es lo que siento yo; y eso, sólo el tiempo puede decírmelo, ya que mi corazón no es capaz de decantarse: si veo a Sebas, lo quiero a él, si pienso en Ángel, todo se me olvida... así no puedo, ¡no puedo!

Tras la extraña conversación, entramos en el cine. Dani se autoconvenció de que había hecho lo correcto, borrando sus palabras de mi vida... creía que, el peso de la culpa, se iría poco a poco... pero no fue así, los remordimientos son los peores compañeros...

Ese día, yo aún no era conocedora de su secreto, así que disfruté de la película, que no solo me encantó, sino que me hizo reír, y olvidarme de mis problemas, durante dos horas.

DIA 132 – SENTIR SU ALIENTO EN MI CUELLO, ESE ES MI

CIELO

Mi teléfono sonó, anunciando un SMS.

- Por favor, mira quién me envía el mensaje – le pedí a Vero, mientras yo acababa de hacer pis.

- Sí, claro, como me estoy rascando la *Juana*, puedo leer el mensaje, y hasta cortarle papel, para que se limpie la señorita – me respondió, exasperada.

Rompí a reír, sentada en el wáter.

- Lo tienes al lado, tonta, ¿qué te cuesta echarle un vistazo a la pantalla, para ver quién me escribe?

Estiró la mano, y ladeó el móvil.

- No tienes el número guardado – me dijo, fingiendo hastío.

Levanté la mirada hacia arriba, y exhalé.

Vero y yo nos estábamos preparando para salir. Pedro también había hecho planes, y a mí me apetecía muchísimo la idea de pasar una noche como las de antes: las dos de fiesta, las dos bailando, riendo y *roneando* porque, ¿a quién no le gusta gustar?

Peluquería, maquillaje, varios modelitos descartados, sobre la cama, y Vero rasurándose las piernas, ¡en seco!, y yo dándome los últimos retoques.

- No tengo tiempo a nada, chica, ¡a nada!; creo que voy a divorciarme, como tú, así, cuando le toque a Jaime con el padre, tendré algo de tiempo para mí – parecía, realmente, que lo estaba sopesando.

- No digas tonterías, Vero. Te quejas de vicio y, por cierto, yo no estoy divorciada – puntalicé, desde la puerta del baño.

- Es verdad, ¿a qué estáis esperando? Sois como el perro del hortelano – me chinchó.

- Yo no soy la que quiere esta situación, así que no seré quien tome la iniciativa – me senté, a los pies de la cama, para calzarme.

- Pues habéis tenido unos mesecitos para pensarlo – hizo un rápido cálculo mental - ¡¡¡más de siete!!! Así no se puede – seguía provocándome con sus comentarios.

- Venga, acaba de una vez, que tenemos una reserva – la apuré, porque no quería seguir hablando de ese tema; con eso no podía frivolizar. No podía.

Metí el móvil en el bolso, y al momento lo saqué, porque recordé el SMS, que todavía no había leído.

+34639557635:

He entendido tu silencio, santera.

Han pasado más de cincuenta días sin respuesta, en concreto, cincuenta y seis, desde aquella

la noche...

Has elegido, es obvio, y yo continúo sosteniendo el boleto en mi mano... dicen que la esperanza es lo último que se pierde... pero mi teléfono no suena, por mucho que mire para él.

Espero que te haga todo lo feliz que yo no supe (y que tú tampoco me dejaste)

Pudo ser bonito, en realidad lo fue, mientras duró.

Lo más bonito que me ha pasado en la vida, tú.

Los latidos aumentaron, y mi corazón latía desenfrenado. Un escalofrío me recorrió, desde la cabeza a los pies; era su marca, era su estela por mi cuerpo... era su escalofrío.

Casi dos meses, desde nuestro encuentro, y ¿me venía con ese mensaje? No iba a estropear mi noche. No lo iba a permitir.

- ¡¡¡VERO!!! – le grité, perturbada por lo que el SMS había dejado dentro de mí.

- ¡¡Voy, voy!! Joder, que prisas, ya pareces Pedro – Vero salió del baño, sacudiéndose las piernas con sus manos.

- El pobre tiene el cielo ganado contigo. ¿Te pondrás algo en las piernas, no? Estamos en invierno – pregunté, para asegurarme.

- Anda, calla, calla, que no va a encontrar a otra que se la chupe como yo. El panti me lo pongo en el ascensor... ¡parece que se nos va la vida si llegamos tarde a una reserva, uhhh! – se burló, elevando las manos, y la vista, al cielo.

- ¡¡Vero!!! – cerré los ojos, mientras pasaba la llave a la puerta.

- ¿Qué? – me miró con curiosidad.

- No me cuentes cómo se la chupas a tu marido, por favor – llamé al ascensor.

- ¿Por qué? Lo hago muy bien – me dijo, con su espalda contra la pared, y medio panti subido.

- Eres de lo que no hay – entramos en el ascensor.

- Habló la casta y pura – ella lo hizo a la pata coja.

- Tengamos la fiesta en paz – pulsé, y se cerraron las puertas.

- Amén – me dijo, mientras terminaba de asentarse la ropa.

Llegamos tarde, quince minutos tarde, y eso que el taxista condujo como un kamikaze. Nos guardaron la reserva, y cenamos, maravillosamente, en uno de los restaurantes que habíamos descubierto, las dos, por casualidad, y decidimos no compartir con los chicos, era sólo para nosotras, por eso me resultó más soportable comer en el *Bazaar*, las dos solas, que haber compartido mesa, en nuestra cena de tres, en el *Thai Gardens*, donde siempre íbamos los cuatro.

En los postres, los sabrosísimos postres del restaurante, le dije a Vero que iba a avisar a Dani, para vernos más tarde en el Vicio.

- No – me sorprendió su rapidez al negarse - No quiero ir al Vicio, es siempre lo mismo. La misma gente, Dani en la misma barra, las mismas camareras...

- Pero, ¿qué dices? ¿Cómo vas a estar aburrida de eso, si apenas vas por allí? – había algo raro en su negativa.

- Hoy iremos a otros locales, si no te importa – me hizo partícipe de una decisión, que ya estaba tomada.

- Hombre, pues...

- Pues eso, que lo vamos a pasar bomba, hazme caso – levantó la mano, para pedir la cuenta al camarero que nos había atendido.

- No me llevarás a un lugar de intercambio de parejas, ¿no?, ¡tú eres capaz! – quise descartar lo peor que se me pasó por la cabeza.

- Baby, para eso hay que llevar pareja, y yo no veo a la tuya por ninguna parte – levantó su copa de vino, para brindar con lo que nos quedaba en ellas.

- Ja Ja, eres muy graciosa. Y lo de llevar pareja... que sepas que no es obligatorio – choqué la mía contra la suya.

Me miró fijamente, esperando una explicación que no llegó, porque me giré, para coger mi monedero, dentro del bolso.

Me dejé guiar por ella; esa noche, Vero decidió los locales en los que entramos. No acertamos con nuestro ambiente, pero lo pasamos bien de todas formas, sólo necesitábamos música, y estar las dos juntas.

El local, al que acabábamos de entrar, tenía una música perfecta, para esa hora de la noche, y esa cantidad de alcohol en nuestros cuerpos.

Dejamos los abrigo en el guardarropa, pedimos en la barra, y nos desinhibimos en la pista.

Juntas éramos sexo en estado puro; los hombres nos cercaban, atraídos por ver *carne nueva*, en aquel sitio, y nos reíamos sin preocupaciones, porque ambas sabíamos cuáles eran nuestros límites, aunque yo, en una ocasión, dejé que los franquearan. Decíamos «*no, gracias*», muchas veces, a lo largo de la noche, a muchas propuestas, e invitaciones, hasta que llegó una que fue irrechazable...

Vero bailaba, dándome la espalda, pegada a mi cuerpo, yo levantaba las manos, y seguía el ritmo; la cabeza ya empezaba a darme vueltas, y decidí que, la que tenía en la mano, sería mi última copa.

Cuando la canción terminó, se separó, volviéndose hacia mí... su semblante cambió...algo había ocurrido.

Disimuladamente (muy mal disimuladamente, por cierto), noté cómo buscaba algo por el local, más bien a alguien, y yo hice lo propio, para saber qué le había pasado.

Cuando di la vuelta completa, lo vi. Justo detrás de mí, estaba Pedro, sonriente, balanceándose, intentando coordinar sus movimientos, para que se parecieran, lo máximo posible, a bailar... no lo

hacía muy bien.

- Hola, Eva – me saludó, nervioso.

- Hola, Pedro – le devolví el saludo, junto con dos besos.

- Me hubiera gustado que esa canción durara eternamente, sólo por ver el espectáculo que estabais dando – levantó sus cejas, y curvó su boca.

- Lo siento – dije, un tanto avergonzada.

- ¿Qué te está diciendo este tío? ¿Te está molestando? - me preguntó Vero, haciéndose la ofendida

- Oye, tú, ¿no ves que mi amiga no está interesada en ti? ¿Por qué no pruebas conmigo? Igual hasta arreglas la noche – lo abordó, apartándolo con sus manos, pero sin ejercer la fuerza suficiente.

- Si no me queda más remedio... – le respondió Pedro, fingiendo fastidio.

Y ambos se fundieron en un beso de película, que provocó la indignación de más de un mirón.

Sentí que sobraba, y aproveché el momento para ir al baño.

Cuando salí, miré hacia la pista, buscando a Vero, pero no la encontré donde la había dejado. La muy zorra ¿no sería capaz de haberme dejado sola, por un polvo con su marido, o sí?

- Están en la barra.

Se había acercado por detrás, me habló al oído. Muy pegado a mí. Tanto, que sus labios rozaron mi cuello, lo que provocó que se me erizara la piel.

Miré hacia la barra, y lo entendí todo.

Esa mirada de complicidad, entre ambos, esa sonrisa en su rostro, esa certeza de un trabajo llevado a término, esa encerrona que me (o nos), habían hecho... “*no, al Vicio no, vamos a otros locales*” Ahora a éste, ahora a aquel, a este otro después y, finalmente, había caído en la trampa.

Nerviosa, fui girándome, lentamente.

Primero me sorprendió su calzado... demasiado informal para su modo de vestir, pero claro, en él, al igual que en mí, habían cambiado muchas cosas, aun así, no dejó de sorprenderme su nuevo estilo, pero cuando vi su pantalón vaquero, ceñido a sus piernas, me quedé sin aire...

«¿Quién te está cambiando?»

Algo me decía que su cambio no se debía sólo a mí... a lo nuestro. Su look lo completaba una camisa azul, que se ajustaba a sus formas, marcando su fibroso cuerpo. Su cara de niño ponía el broche de oro, con un corte de pelo mucho más corto, de lo que lo llevaba habitualmente, y que resaltaba, aún más, lo guapo que era.

- ¿Desde cuándo bailas así? – le costó preguntar.

- Desde siempre – le respondí, embebiéndome de él.

- ¿Desde cuándo he dejado de verlo? – un timbre de melancolía vestía sus palabras.

- Hace mucho tiempo que has dejado de hacerlo porque, hace aún más, que dejé de bailar – bajé mi mirada, hacia el final de la frase.

- Nos hemos perdido muchas cosas excitantes – una mueca curvaba su boca, pero no en una

sonrisa.

Llené mi pecho de aire, y sus ojos bajaron, descaradamente, a mis pechos.

Se mordió el labio inferior, y me volvió a mirar.

Volví a inspirar profundo, bajo el influjo de esa mirada. Estaba empezando a excitarme, y el ritmo de mi respiración se aceleraba.

- Guapa ¿me dejas invitarte a una copa? – un inoportuno pasó por nuestro lado, y quiso probar suerte.

- No gracias, la señorita ya ha bebido suficiente por esta noche – Sebas le contestó, sin dejar de mirarme.

- ¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? ¿Quién cojones eres? – insistió, *el tercero en discordia*.

- ¿Qué te parece su marido? – ahí sí lo miró, directamente a los ojos, y el deseo que brillaba en ellos, se convirtió en rabia, que enfocaba hacia ese desconocido.

«¿Mi marido? ¿Has dicho mi marido?»

No veía nada más, sólo sus ojos, quería que ellos se centraran nuevamente en mí, y que todo lo demás dejara de molestar, dejara de importar.

Mi cara debía reflejar, perfectamente, mis pensamientos porque, Sebas, creyó oportuno darme una explicación, en cuanto volvimos a quedar los dos solos.

- Oficialmente aún lo soy, aunque, técnicamente, no ejerza como tal...

No tenía palabras, sólo le miraba, le miraba, le miraba... le deseaba, le deseaba... lo quería, lo quería... le necesitaba, le necesitaba... sólo.

- ¿Te apetece que vayamos junto a esos dos? Los de la emboscada – su dedo señaló hacia nuestros amigos, que no nos quitaban el ojo de encima.

Afirmé con la cabeza, y me giré hacia la barra. Él apoyó una mano en el final de mi espalda, y yo contuve la respiración. Con las yemas de sus dedos acarició, sutilmente, mi piel y temblé.

«*Quiéreme, por favor; déjame volver a ti*»

- Hola, parejita, vaya casualidad, ¿verdad? – preguntó Pedro, sarcásticamente.

- Sí, una casualidad nada fortuita – afirmó Sebas.

- De nada – dijo Vero, poniendo ojitos.

- Venga, os invitamos a una copa – nos ofreció Pedro.

- Creo que declinamos la invitación; voy a llevarla a casa – me sorprendió su seguridad, dando por hecho que yo no me resistiría a irme con él, pero claro, se trataba de Sebas, y de mí... por mucho que hubieran cambiado las cosas, había algunas que permanecían inalterables... su talante, mi devoción por él.

- ¿Vas a conducir? Has bebido – Pedro siempre preocupándose por su amigo.

- Dos copas, me encuentro perfectamente.

- ¿Y nosotros? Dejados de camino, ¿no? – Vero lo intentó.

- Os cogéis un taxi, y rezad para que mañana os sigamos hablando – le advirtió Sebas, con una sonrisa en su rostro.

- Joder, ¡¡¡aún por encima!!! Venga, marchaos, y follad como si se acabara el mundo mañana, nosotros haremos lo mismo – le ofreció una sonrisa a su marido.

- ¡¡Vero!! - esta vez había sido Pedro quien llamó al orden a su esposa.

Yo continuaba muda.

- ¿Vamos? – se giró hacia mí, y lo hubiera seguido hasta una muerte segura, si él me lo pidiera, pero me ahorré esa explicación, simplemente asentí, y lo seguí.

No paré en el guardarropa, a coger mi abrigo, ya lo haría Vero, cuando recogiera el suyo, por eso, cuando llegué a la calle, sentí ese aire frío, que hizo que me rodeara con mis propios brazos.

- ¿No tienes más abrigo que esa chaqueta? – me preguntó, protector.

- Sí, pero dentro – incliné mi cabeza, señalando hacia la puerta del local.

- Toma, ten la mía.

- No, no te preocupes, si sólo ha sido el contraste al salir – le agradecí el gesto.

Se acercó a mí, y me colocó su chaqueta sobre los hombros. Deseé que me abrazara, y me llevara cogida de la cintura, caminando a su lado... como antes.

- Estás temblando, ven aquí.

Lo hizo, pasó su brazo sobre mi hombro, y me atrajo hacia él, con su otra mano me abrazaba por delante. Estaba en casa, estaba entre sus brazos. Él era mi hogar.

- Dime que no has venido en moto, por favor.

Escuché su risa, y se me paró el corazón.

- No, he traído el coche. La suelo usar para ir algún que otro día a trabajar, y los fines de semana, para las escapadas, ya sabes... – y su voz se fue callando, cuando dijo la palabra escapadas. Imagino que porque se dio cuenta de que *nuestras escapadas*, se habían convertido en *sus escapadas*, y a ninguno de los dos le convencía esa nueva modalidad.

- Me parece increíble que te hayas comprado una – no quería que la tristeza tomara las riendas, así que fingí que no me había afectado.

- Ya ves, es por montar algo – Sebas vacilón... ¡¡Dios!!

- Dime de lo que careces... - a mí no me engañaba, sabía lo de sus vacaciones *acompañado*... le sobraba a quién montar.

- Creo recordar que ese refrán no era así – arrugo su frente, y su mirada se acentuó sobre mí. Bromeaba.

- Yo me entiendo – cerré los ojos, y dejé escapar el aire por mi nariz.

¿Estaba intentando ser quien no era, o realmente había cambiado tanto...?

Anduvimos un rato, abrazados. Como antes. Como si nada. Como si todo... Hasta que llegamos al

coche.

Entramos, nos acomodamos, nos pusimos el cinturón, y encendió el motor.

No arrancó, estuvo un rato con la mirada fija, en un punto del parabrisas, esperando algo que no sé si llegó, hasta que encendió la calefacción. Cuando empezó a calentarse, se giró hacia mí.

- ¿Te apetece que ponga música? – al terminar su pregunta, respiró; como si hubiera estado reuniendo las fuerzas para hacérmela.

- Si tú quieres... – tenía miedo... él, nuestras canciones...

Pulsó CD, y se activó el número dos.

Se me detuvo la vida, cuando escuché los acordes de esa primera canción. Era nuestro CD, el que estaba llenando el coche de música. Eran nuestras veinte canciones. Eran *Bill Medley y Jennifer Warnes*, cantando *The time of my life*; eran *Los secretos*, con *Sobre un vidrio mojado*. *Berlin*, y su *Take my breath away*. *Francis Cabrel*, confesando que *La quiero a morir*. *Mis manos en tu cintura*, de *Adamo*; era el *Deseo carnal*, de *Alaska Y Dinarama*. *Una estrella en mi jardín*, de *Mari Trini*. *Joe Cocker y Jennifer Warnes*, cantando *Up where we belong*. *Emmanuel*, con su *Quiero dormir cansado*. *Por ella*, de *Juan Manuel Soto*; era la petición que hacía *Simple Minds*, en *Don't you forget about me*. *Raindrops keep falling on my head*, de *B.J. Thomas*. *Dolly Parton*, con su *I will always love you*, cortándome la respiración. *Me quedo contigo*, de *Los Chunguitos*. *OMD*, cantando *If you leave*. El *Te quiero, te quiero*, de *Nino Bravo*. *Bette Midler*, y su *Wind beneath my wings*. *Your song*, de *Elton Jhon*, que había compuesto para mí. *Triana*, cantando *Hasta volver*. Cerraba el disco *Michael Jackson*, con *I just can't stop loving you*, al que yo le daba toda la razón.

¿Qué hacía con ese CD en la disquetera del coche? ¿Masoquismo? ¿Nostalgia? ¿O lo habría usado para conquistar a alguna que otra chica, igual que hizo conmigo?

- Eva, ¿estás bien? – sus ojos buscaban encontrarse con los míos, pero no era momento para hacerme la valiente.

- No, no estoy bien – tuve que parar de hablar, para tomar aire - ¿por qué tienes este CD en el coche?

- Porque sacarlo me alejaría aún más de... - hacia las últimas palabras, apagó su voz... no fue capaz de terminar la frase.

- ¿Qué estamos haciendo? ¿Qué nos estamos haciendo? – más que una pregunta, era un reproche, dirigido a ambos.

- Estamos aprendiendo a sobrevivir – dijo, sin emoción en su voz, resignado.

Se incorporó a la carretera, y condujo concentrado; su mano izquierda en el volante, y la derecha en la palanca de cambios, acariciándola, golpeándola con los dedos, al ritmo de las canciones que se sucedían... *nuestras canciones*.

«¡Por el amor de Dios!»

- No puedo seguir escuchándolo, por favor, cambia el CD, apaga la radio, o detén el coche, porque me tengo que bajar – la sensación de querer y no poder, elevada a la máxima potencia, eso es lo que estaba sintiendo, sentada en ese coche. No podía soportar el dolor de tenerlo al lado, y sentirlo tan lejos... tan inalcanzable.

Inspiró con fuerza, y dejó su pecho lleno de ese aire. Agarró el volante con su mano, muy fuerte, y llevó la otra hasta mi regazo, donde yo tenía las mías hechas un nudo.

Entrelazó sus dedos con los míos, y apretó esa unión, sentí una réplica en mi corazón, que se encogió con la presión.

Susurré un *te quiero*, que me salió del alma, y que, probablemente, no escuchó, pero seguro que sintió.

Cerré mis ojos, y lloré en silencio, sintiendo y sufriendo, la letra de cada canción.

Aprender a sobrevivir era difícil.

- Nena, no llores – su voz de casa... su voz.

Me giré, al reconocermelo en ese *nena* rasgado, y le sonreí.

Me dejé caer hacia su asiento. Sin pensarlo. Sin dudarlo.

Me rodeó con su brazo, y volvimos a unir nuestras manos, con mi cabeza apoyada en su pecho.

Respiré. Él era todo lo que necesitaba.

Continuamos así el resto del camino, hasta llegar a mi portal.

No aparcó, a pesar de que había sitios disponibles, simplemente detuvo el coche, quitó la marcha, y tiró del freno de mano.

Nos separamos; nos soltamos las manos, y los cinturones, bajó volumen de la música, y ladeamos nuestra posición en los asientos, para poder vernos.

- Llegamos. Ya estás en casa – me anunció, con tristeza.

- No, en casa no estoy – suspiré.

Me miró asintiendo, y una sonrisa nerviosa se dibujó en su boca.

Dudé pero, finalmente, pregunté.

- No te apetece subir, ¿verdad?

- ¿Es una pregunta, o una afirmación?

- Ambas.

- Pues, como afirmación, te diré que no estás en lo cierto - y una esperanza se volvió color en mi corazón - pero como pregunta, debo contestar que no... debo, aunque quiera - que mutó al negro, otra vez.

- Gracias por traerme, me alegro de haber coincidido, *a propósito*, contigo esta noche – tenía que salir de ese coche porque, de lo contrario, volvería a meter la pata.

Ninguno de los dos hablaba, ninguno de los dos se movía y, sin ser capaz de filtrar mis pensamientos, los dejé salir, dotándolos de voz.

- ¿Puedo darte dos besos? – no me atreví a mirarlo.

- Puedes darme tres – me tomó por la barbilla, y me obligó a hacerlo.

Me incliné, al mismo tiempo que él lo hacía hacia mí, y nos dimos un beso en la mejilla derecha, no muy lejos de la comisura de los labios, el otro en la izquierda y, en el recorrido, las puntas de nuestras narices se tocaron, nos miramos fugazmente, el segundo beso fue aún más descaradamente cercano a los labios... faltaba el tercero; me separé un poquito, lo suficiente para poder ver sus ojos, y saber si, iba o no, a cometer un error.

- El último no tienes porqué darte, si no quieres – me dijo, con la voz rota.

- El último es el que llevo esperando toda la noche, desde que me susurraste en el oído.

No fue ni poco normal, lo que ese beso despertó en mí. Empezó tímido, suave, con una caricia de labios, que hace tiempo que se conocen, y hace mucho que no se saborean. Empezó lento, con una sutil succión de mi labio inferior entre los suyos, y continuó in crescendo, cuando intervino la punta de mi lengua, en ese encuentro. Con ella recorrí su labio superior, que agarré entre los míos y, tras haberlo lamido, de uno a otro extremo, bajé al inferior. Tras mi lengua, sus dientes aparecieron en escena, mordiendo mi labio grueso, flojo, pero con ganas, con muchas ganas; cuando ya no quedaban más elementos que poner en juego, nuestras lenguas se desataron, y se reencontraron con total libertad.

Ese beso desató nuestro deseo contenido.

Ese beso quitó el freno a nuestras manos, y empezamos a acariciarnos sobre la ropa; sobre su pantalón vaquero, bajo mi chaqueta, y sobre el corpiño burdeos. Sus manos dibujaban el contorno de mis pechos, y a mí me sobraban prendas. Nuestras bocas reflejaban nuestras ganas, con ese beso tan ansiado; nuestros labios pedían a gritos poder saborear más carne, poder besar, lamer, morder, y recorrer nuestros cuerpos. Mi mano comenzó a subir por sus cuádriceps, por la cara interna de éstos, hasta alcanzar la meta, la dura meta, que convertía en humedad mis ganas, mis terribles ganas de él. Toqué su pene a través del pantalón, y gimió en mi boca, apretó muy fuerte los ojos, y apoyó su frente en la mía, interrumpiendo el beso.

«¿Paro?, ¿sigo?, ¿qué hago?»

Había sólo dos opciones, dejarnos llevar, o calmarnos y parar; nada de magreo, nada de besos sin pretensiones, nada de tonterías, o todo, o nada.

Iba a ser nada...

Poco a poco, frente con frente, nuestras respiraciones se fueron sosegando, hasta que él abrió los ojos.

- Nena, no puede ser. No podemos volver a meter la pata. Ésta no es la manera - se separó de mí, y me dio un pico en los labios - Buenas noches, que duermas bien.

Me quedé helada, no reaccionaba, pero tenía que salir de allí.

- Buenas noches, conduce con cuidado.

Bajé del coche, aún sin saber cómo conseguí moverme. Entré en mi portal, y llamé al ascensor.
¿Qué es lo que había dicho? ¿Qué había significado: “*ésta no es la manera*”? No podía ser otra cosa más que intentar recuperar lo nuestro... ¿verdad?

Tirada en la cama, sólo hacía darle vueltas a esa frase “*Nena, no puede ser. No podemos volver a meter la pata. Ésta no es la manera*” así que cogí el móvil, y escribí un mensaje.

EVA:

Nuestras canciones. Tú y yo abrazados. Tus manos mezcladas con las mías, tu olor, los recuerdos, lo que sigo sintiendo por ti... tan fuerte, tan grande... ¿Es demasiado descabellado ver, en esas palabras que me has dicho, una esperanza para lo nuestro?

Yo no quiero sobrevivir, Sebas, quiero VIVIR, y quiero hacerlo CONTIGO.

Tu nena, para siempre.

Enviar.

Con el móvil en el pecho, inspiré profundamente, y sonreí como una idiota.

DIA 131 – SENTIR QUE ME FALTA EL AIRE, ESE ES MI

CASTIGO

Me había quedado dormida, mientras esperaba una respuesta que no llegó.

Miré el reloj sobre la mesilla, eran las doce del mediodía, y yo llevaba la misma ropa, estaba pintada de india, gracias a los manchones que me había dejado el maquillaje en la cara, fruto de no habérmelo quitado antes de acostarme, y tenía una presión en mi pecho, que no auguraba nada bueno.

Busqué mi móvil por la cama, con la esperanza de haber recibido su respuesta, y que no me hubiera enterado.

Localizado el móvil, encendí la pantalla, y pegué un grito; el simbolito del mensaje estaba en ella. Como una adolescente histérica, pulsé *abrir*, sin fijarme en nada más que no fuese su contenido:

Por un momento pensé que tus palabras iban dirigidas hacia mí.

Por un momento, fui plenamente feliz, como lo fuimos en Bahía, cuando fuiste mía, cuando fuiste tú.

Si buscabas herirme, lo has conseguido.

Que te haga feliz, santera.

«¿¿¿¿¿QUÉEEEE?????»

¡¡¡¡¡No podía ser cierto, no podía ser cierto, no podía ser!!!!

Mensajes - Enviados – +34639557635 06:38 a.m.

«¡¡¡¡¡Dios, NO!!!!!»

«Mierda, mierda, mierda, mierda. ¿Y ahora qué?»

«JODER»

«¿Por qué no borré su mensaje? ¿Por qué tengo tan mala suerte? ¿Por qué, por qué, por qué?»

Decidí no volver a tocar el teléfono, no hacer nada, actuar como si no hubiera pasado... **“Por un momento fui plenamente feliz, como lo fuimos en Bahía, cuando fuiste mía, cuando fuiste tú.**

Que te haga feliz, santera” sus palabras se repetían en mi cabeza, como un mantra; debía contestarle, no podía dejarle así. O igual era lo mejor, dejar que creyera que todo estaba arreglándose entre Sebas y yo... si él supiera lo que provocaba en mí con un simple SMS...

Estaba completamente perdida, no entendía nada, esa noche había sido una de las más raras de mi vida. Su primer SMS no tenía sentido... **“he entendido tu silencio”** ¿qué silencio?, ¿qué pretendía?, ¿que después de la noche del Vicio, fuera yo la que diera el primer paso? ¿Acaso él había respondido a mi pregunta? Sólo quería saber a lo que atenerme, qué podía ofrecerme, por qué iba a luchar yo por lo nuestro, si lo nuestro era una utopía, algo intangible, inestable,

pasajero...y, el mismo día que se digna a dar la cara, aunque sea para decir una cosa sin sentido, soy yo la que mete la pata hasta el fondo...

Igual era lo mejor, ¿no dicen que las cosas pasan porque tienen que pasar?... pues eso. No sé si era la decisión acertada, pero era mi decisión, no haría nada. Que la balanza se inclinara hacia el lado que le diera la gana, mi peso ya no decantaba nada, yo ya no decidía.

DIA 109 – LOS OJOS SON EL REFLEJO DE SU ALMA HERIDA

En el tren, de camino a la oficina, me permití pensar en él. Seguía dándole vueltas a la frase “*ésta no es la manera*”. Habían pasado veintitrés días, desde aquella noche, pero yo no podía sacármelo de la cabeza.

Primero nos acostamos, después nos distanciamos, tras eso, nos contuvimos demasiado, para no volver a acostarnos y, finalmente, me dice que debemos intentarlo de *otra manera*...

«Y después las complicadas somos las mujeres»

Entre pensamientos y conjeturas, ya estaba sentada en mi despacho, con el ordenador encendido.

- Eva, buenos días, ¿molesto? – la dulce voz de Esther, me devolvió a la realidad.

- No, Esther, pasa, buenos días – aproveché su entrada, para bajar el bolso de la mesa, y apoyarlo en la repisa del ventanal.

- El señor Escobar tiene una reunión programada, para hoy a las nueve, quiere que te entregue estos informes, y que subas a la sala, diez minutos antes de la hora. Te esperará allí.

- ¿Quééééé? Pero, ¿cómo que para las nueve? ¿De qué son estos informes? ¿Cuándo te ha avisado? – lo sé, sonaba histérica, pero es que nunca me han gustado las sorpresas, y menos las de última hora.

- Me llamó ayer por la tarde – la tranquilizadora voz de Esther, me hizo tomar aire.

- ¿Ayer domingo? – abrí mis ojos sobremanera, al preguntarle.

- Sí, ya ves, así son mis fines de semana – entornó su mirada, y me sonrió.

- Virgen Santa. A ver, dame, ¿de qué se trata esta vez? – con una espiración, tendí mi mano, para coger los informes.

Era lo de Menorca, era lo de Ángel. Mi corazón se aceleró, y tuve que apoyar los papeles en la mesa, para que no notara mi temblor.

- ¿Sabes algo nuevo de la obra, Esther? – le pregunté, disimulando mis nervios.

- Está casi lista.

Inspiré sonoramente, y cerré mis ojos... El tiempo, él y yo; no podía ser de otra manera.

- Bien, voy a echarles un ojo; subo en media hora, entonces – le sonreí.

- No te despistes, ya sabes cómo es el jefe con la puntualidad – se marchó de mi despacho, con esa advertencia en su mirada, que se veía enfatizada por el levantamiento de sus cejas.

Los informes decían que, en poco más de un mes, la obra quedaría terminada.

Los leí lo más rápido que pude y, a falta de veinte minutos para las nueve, me levanté de la silla, y me re Coloqué la falda de tubo, y la blusa, antes de salir de mi despacho.

Llegué, a la sala de reuniones, cinco minutos antes de la hora indicada por mi jefe.

Esther estaba preparándolo todo: bandejas con pastas, pocillos de café vacíos, una jarra con leche, azucarillos, separando los paneles japoneses, para que la luz bañara la estancia...; la ayudé

en lo que pude, pero claro, tanto quise hacer, que tiré un montoncito de folios que estaban sobre la mesa, al rozarlos con mi trasero.

Agachada, con el culo en pompa, recogiendo los papeles, así es como recibí al señor Escobar, que carraspeó cuando entró en la sala, justo antes de soltar una carcajada.

«*Lo que me faltaba*»

Respiré, conté hasta tres, y me di la vuelta.

- Buenos días, Señ... - se me cortó el habla, y la vida.

Menos mal que estaba pegada a la mesa, y pude mantenerme en pie, apoyándome en ella.

- Buenos días, señorita Costa – dijo con retintín, mi jefe.

- Buenos días, E V A – mi nombre volvía a sonar a pecado, al salir de su boca.

Moví mi cabeza, en señal de saludo, porque no podía hablar.

Esther, tras ellos, abrió mucho los ojos, y arrugó la frente, preguntándose qué me estaba pasando.

- Seré breve, tenemos una reunión a las nueve – habló consultando la hora en su reloj - Te quiero el quince en Menorca – me miró, y volvió a apartar la vista - ¿Has leído los informes que te entregó Esther? – mi jefe caminaba hacia el otro lado de la mesa, mientras hablaba.

Asentí.

- ¿Estás muda? Bueno, es igual, lo dicho, el quince allí. Imagino que tendrás que quedarte la semana entera – cogió una pasta de la bandeja, y se sirvió un café.

- ¿Es irrenunciable? – aún no sé de dónde me salió la voz.

- ¿Cómo? – levantó su mirada, hasta posarla en mí, y se detuvo el tiempo ante su pregunta.

- ¿Que si puedo negarme? – mi voz, apenas audible, en comparación con la contundencia de su tono, me volvió chiquitita.

- ¿A usted qué le parece? – cuando no le gustaba lo que escuchaba, me trataba de usted, era tan simple como el mecanismo de un columpio - Ahora puede marcharse - se giró hacia él...Él; olvidándose de mí - ¿Nos vamos sentando? Estarán a punto de llegar – le dijo, mientras ya iba hacia su silla, en la cabecera de la mesa.

Él seguía en la puerta, por esa puerta por la que tenía que salir, pues había sido invitada a hacerlo; y así lo hice, con mucho miedo a caerme, debido a la debilidad que sentían mis piernas ante su presencia. Cuando estuve a su altura, dio un pequeño paso lateral, que cubrió parte de la salida, por lo que me vi en la obligación de detenerme ante él.

- Yo también, *te quiero*, el quince en Menorca – me habló sólo para mis oídos. Susurrando con su voz... SU VOZ.

Le miré, sorprendida. Sus ojos me devolvieron una mirada retadora, diferente, me atrevería a decir que vi venganza en ellos. Ese “*te quiero*” no había salido de su corazón, y esa falsa sonrisa, en sus labios, me hizo temblar. Me sentí furiosa conmigo misma, por haber enviado aquel mensaje

a la persona equivocada. Si la venganza se sirve en plato frío, él iba a poder congelar la suya. Se apartó, y pude salir, sin llegar a caerme.

DIA 108 – MIS AMIGOS

- Ya no sé qué pensar – resoplé, cerrando los ojos.
- Lo que no entiendo es por qué se resiste tanto. ¿Cómo pudo contener sus ganas, el día que os preparamos el encuentro? No lo entiendo chica, no lo entiendo – con las palmas de sus manos, Vero golpeaba los apoyabrazos de la silla.
- Vero, igual ya no le interesa seguir ese camino – Dani se frotaba el aro de dilatación de su oreja, mientras exponía su opinión.
- ¿Qué dices, Dani, de qué camino hablas? No seas ridículo. Lo que pasa es que prefiere quedarse con dolor de huevos, y punto. Pedro no me cuenta ni la mitad de lo que hablan, pero te aseguro que sigue muriéndose por ella, de eso no me cabe duda – Vero no hablaba, dictaba sentencias con todo su cuerpo.
- No creo que tenga mucho dolor de huevos, Vero; Dani tiene razón, igual interpreté mal las palabras, y vi señales donde no las había. Si no, dime tú, ¿a dónde, y con quién, se va este puente? El otro día, en vuestra casa, escuché a Pedro hablando con él, por teléfono; le preguntaba si iba a ir con *ella*. Creo que nos está tomando el pelo a todos, a vosotros, sí os confiesa que sigue sintiendo algo por mí, y a mí, por dejarme entrever que aún es posible una vida en común – cubrí mi nariz con ambas manos, con los dedos estirados a lo largo de mi cara.
- Vero, tú tienes que saber quién es esa *otra* – chinchó Dani.
- ¿Qué quieres, que se lo pregunte? Eso se cuenta si se quiere. Los hombres sois demasiado simples – Vero le lanzó una mirada de superioridad.
- No, Vero, somos sencillos, que no es lo mismo que simples; tú quieres saber algo, pues coges y lo preguntas – Dani le replicó haciéndole burla, con su manera de gesticular al hablar.
- Llevo tiempo dándole vueltas a un presentimiento... creo que esa otra persona, a la que no le dimos mucho protagonismo, le importa más de lo que todos pensamos – habló mi voz interior, lo que llevaba tiempo rumiando.
- ¿Tú quieres saberlo? – me preguntó Dani, colocando su mano sobre mi pierna.
- Ella, tú y yo, ¡¡queremos saberlo todos!! – Vero, siempre tan directa.
- No, Vero, a mí me importa una mierda con quién se acueste Sebas – no apartó su mirada de mí, cuando le respondió.
- Vale, Dani, vale – le dijo, entornando su mirada.
- Venga, chicos, no os peleéis. Aún me queda por contaros la segunda parte – intenté poner paz entre ambos.
- Dispara. ¡¡Joder, qué tarde es!! ¿Es muy largo, baby? es que le dije a Pedro que llegaría pronto, hoy tiene el puto pádel de los cojones.
- Menos mal que tienes marido, Vero, porque te juro que ahora tú no pescabas ni con caviar de

cebo – le dijo Dani, llevando su mirada hacia el techo y resoplando.

- Ya te gustaría a ti, guapito de cara – mostrándole el dedo corazón de su mano, le respondió, mientras le guiñaba un ojo.

- Sí, muero por una chica que blasfeme más que habla, y que insulte a sus amigos, cuando no piensan como ella – Dani le mantenía la mirada, en ese intercambio de muestras de amor.

- ¿Sabes que todo lo bueno que estás, lo pierdes cuando abres la boca? – Vero siempre quería decir la última palabra.

- Venga, parad ya. ¡¡Os juro que no entiendo cómo dos personas tan diferentes, pueden ser amigos, os lo juro!!!

Se miraron, se sonrieron, y se dieron un pico. ¡¡Yo, en mi vida!!! Surrealista total, esa amistad.

- Esta mañana me comunicaron que tengo que ir a Menorca – dejé caer la siguiente noticia, aprovechando ese momento de comunión.

- ¿No mantuvimos la misma conversación hace unos meses? – preguntó Vero.

- ¡¡No jodas!! ¿Cuándo? – Dani se incorporó en su asiento.

- Espero no joder... por lo menos no allí. Me voy el quince de diciembre, en principio una semana– me tapé la cara, con mis manos.

- Él estará allí... ¿verdad? – A Dani le costaba pronunciar el nombre de Ángel.

Asentí.

- Ayer nos vimos en mi trabajo – me mordí el labio, al terminar la frase.

- ¿Y? – mi amiga se interesaba, mientras bebía de su copa.

- Y lo de siempre – bajé la mirada al suelo.

- Joder, Eva, ¡¡¡aclárate!!! – me riñó.

- Vero, no puedo aclararme... cuando lo tengo delante, lo enturbia todo – me justifiqué, enfrentándome a su mirada, porque creí que eran razones de peso pero, al terminar de darlas, sabía que carecían de sentido.

- Debes pensar qué es lo que quieres, porque un paso mal dado, a estas alturas, sería irreparable – Dani intervino, cogiéndome de la mano mientras me hablaba.

- Lo sé.

- Eva, te voy a dar un consejo, tú verás si lo tomas o lo dejas – mi amiga se sentó más derecha - Mastúrbate a cada hora, si lo crees necesario, compra un consolador, unas bolas chinas, y quince dilatadores; métetelo todo a la vez, pero no te lo tires, no folles con él, porque entonces volverás al punto de partida, gran canción, por cierto. No vuelvas a caer, pero libera tensión en tu vagina – terminó su copa, y consultó el reloj, nuevamente - Me voy, que no llego. Mi casa es como un estado de sitio, con toque de queda... ¡a lo que llega una, Señor!, agur, niños – Vero se levantó, llevándose con ella un kilo de mis penas, tras esa sonrisa que siempre conseguía dejarme en la cara, al verla marcharse aceleradamente, arrastrando su bolso, hasta colgarlo de su hombro, y

lanzándonos besos desde la puerta.

Podía resultar más o menos brusca, más o menos delicada, pero tenía razón en todo lo que decía.

Me quedé a solas con Dani, y pedí su opinión, en realidad, lo que buscaba era que me agarrara del todo, o me empujara al precipicio.

- Y tú, ¿qué me aconsejas? – lo miré.

- Si yo fuera Sebas, no perdonaría ningún mínimo tropiezo, y menos si la recaída se produjera con él. Si crees que podéis tener una posibilidad de reconciliación, me andaría con mucho cuidado. Aunque, si te soy sincero, yo dudo que llegue a perdonarte algún día, es demasiado... orgulloso. Y, como tu amigo, que es lo que me importa, te digo que no desaprovecharía la ocasión de ser feliz. ¿Quién es el que te hace feliz? ¿Tu marido? ¿Tu amante?

Suspiré, e hice un mohín.

- Lo de Ángel... no va a ninguna parte. Él no puede darme lo que busco. No puede dárselo a nadie, no para siempre, al menos – hablé mirando al vacío, después volví a sus ojos - Lo de Sebas... yo sí creo que podría volver a funcionar, siempre y cuando me equivoque, y esa otra persona, con la que está, no haya llegado todavía a su corazón.

- ¿Qué es lo que buscas, Eva? – con mis manos entre las suyas, acariciaba mis dedos.

- Busco... alguien que me quiera, como Sebas hizo en su día; que me valore como Ángel, que me cuide como mi marido, que me produzca escalofríos, como los que sentí en Bahía; que me haga sentir la mujer más bonita del mundo, y la más deseada, y eso, en algún momento, ambos lo han conseguido. Busco ser feliz, de la F a la Z.

- Pides mucho, pequeña – exhaló.

- Lo sé – inspiré.

- Pero no mereces menos. Piensa qué te aporta uno, y qué el otro, sopésalo, y quédate conmigo – sus labios de curvaron, amagando una sonrisa.

Le copie el gesto, y me abrazó. Qué fácil parecía. Qué difícil era.

Esa también hubiera sido una buena ocasión, para desvelarme el contenido del SMS que había borrado, para decirme lo que Ángel me había escrito... pero qué difícil pondría las cosas su confesión, en ese momento, porque decantaría la balanza al instante, y la salida fácil suele ser la equivocada... a veces.

DIA 88 – TODO VA A IR BIEN

Llegué al aeropuerto de Menorca, a las diez de la mañana.

Recogí el coche de renting, que me había reservado la empresa, y conduje hasta el hotel.

Mientras conducía por la isla, me vinieron muchos recuerdos... recuerdos con él... escapadas de fin de semana, puentes, vacaciones...

No tardé en llegar al hotel; aparqué el coche, cogí mi maleta, y entré, para hacer el check-in, pero aún no podían darme habitación, porque había llegado antes de las doce del mediodía.

- No importa si aún no está limpia, me conformo con poder dejar mi maleta en ella.

- Lo siento, señorita Costa, no es posible. Los huéspedes todavía no se han ido. Lo que podemos hacer es llevarle la maleta a su habitación, una vez que ésta esté vacía y limpia. Puede dejarla en el cuarto que tenemos habilitado para estos casos, nosotros nos encargaremos de que la tenga en su habitación, para cuando usted regrese – la chica de recepción, me ofrecía parches.

- De acuerdo. Gracias – golpeé, con mis dedos, sobre el mostrador de recepción, resignada.

- Que tenga un buen día, señorita Costa – le oí decir a mis espaldas.

Fui caminando hasta el bajo donde teníamos las obras para la tienda, me apetecía caminar. Hacía frío, el viento venía cargado de humedad del mar, y se me calaba en los huesos.

Cuando llegué, me detuve un momento antes de entrar, sabía que me lo podía encontrar, y debía estar preparada para verlo.

- Buenos días – saludé.

- Buenos días – respondieron algunos.

- Soy Eva Costa, estoy buscando al encargado – le hablé al más cercano a mí.

- Todavía no ha llegado.

Estupendo, nada había cambiado.

Un chico alto, que tenía una carpeta en la mano, y pinta de trabajar en una oficina, me miró extrañado. Caminé hasta él.

- Buenos días, soy Eva Costa, de la central de Madrid – le dije, mientras le tendía la mano.

- La he reconocido por la voz; soy David Fernández, llevo la carpintería, hemos hablado por teléfono unas cuantas veces, un placer ponerle rostro – me la estrechó entre la suya.

- David, lo mismo digo. Es cierto, tu voz también me es familiar. Encantada.

- Igualmente.

Nos dimos un par de besos, con las manos aún cogidas.

- Me encanta el color del piso, cuando lo elegimos no creí que iba a quedar tan bonito.

- A mí también me gusta, y las estanterías forradas, ¿qué le parecen? – su mano me indicó hacia dónde debía mirar.

Me giré para verlas, se extendían por la pared que tenía a mi espalda, cubriéndola por completo.

- ¡Oh, son preciosas, realmente preciosas!, hasta da pena llenarlas con ropa. Me gustan muchísimo, estoy feliz por cómo está quedando todo; desde luego las fotos no le hacen justicia – hablé, maravillada.

- Si me disculpa, voy a atender una llamada – su teléfono había empezado a sonar.

- Sí, claro, por supuesto. Y, por favor, tutéame.

Me sonrió.

Me quedé en el centro de la tienda, girando sobre mis tacones, para hacer un barrido general. Realmente estaba quedando espectacular.

Caminé hasta una de las esquinas, para verla desde otra perspectiva. ¡Me encantaba!, la viera desde donde la viera. Aunque todas las tiendas son parecidas, ninguna es igual, mi jefe nos dejaba bastante libertad, para elegir los materiales que más nos gustaran, dentro de las líneas en las que nos movíamos.

Continué hacia la esquina opuesta, y así terminé de recorrer la tienda por completo. Imaginándome dónde, y cómo, colocaría cada cosa, cuando más metida en mi mundo estaba, me sobresaltó el sonido de un móvil, ésta vez, el mío.

- ¿Diga? – descolgué, sin mirar quién llamaba.

- Eva, soy yo. ¿Dónde estás?

- En la tienda, señor Escobar – puse atención a la conversación.

- Bien, bien, y ¿qué tal?

- Increíble, tiene una pinta maravillosa – volví a recorrerla con la mirada.

- Me alegro. Ve informándome de los avances. Te dejo, tengo una reunión. Que tengas buen día, Eva.

- Igualmente, Señor... - ¡¡¡Señor que cuelga siempre, sin dar tiempo a despedirse!!!!

«¡¡¡Qué manía!!!!»

- Eva, perdona, me tengo que marchar, esta tarde regreso... ¿nos vemos? – preguntó David, mientras consultaba su agenda.

- Sí, nos vemos esta tarde – le sonreí, mientras le mostraba mi mano, en un gesto de despedida.

Me volví, para seguir dando vueltas a una idea que me rondaba la cabeza... cuando tocaron mi espalda.

- Disculpa, estás tan concentrada que no me oías.

- Perdona, David, es que estoy imaginando... bah, da igual. Dime.

- Gajes del oficio, a mí me pasa lo mismo. He sido un grosero, no te he preguntado si tienes planes para comer; si vas a hacerlo sola, podemos comer juntos... todos, no sólo tú y yo, me refiero a todos, los que vamos a comer, claro. Bueno, me estoy liando, si quieres, comemos en el bar que hace esquina, saliendo a la derecha – gesticulando con sus manos, terminó por concretar lo que

quería decirme.

- Gracias, quizás otro día, hoy ya he quedado – aparté un mechón de mi pelo, hasta colocármelo detrás de la oreja.

Parecía que, esa vez, sí se marchaba. Volví a girarme, me llevé la mano a la nuca, me masajeeé el cuello, fruncí el ceño, y dejé funcionar a mi imaginación, llenando espacios... Una corriente de aire me dio frío, y moví los hombros, en respuesta al cambio de temperatura.

- Bienvenida, E V A.

No era frío, no era el aire, era él. Mi cuerpo lo percibía antes que mis propios ojos.

- Seguimos fieles a nuestro horario – disimulé mi taquicardia, fingiendo indiferencia.

- Yo no veo nada fiel por aquí – curvó su boca hacia abajo, mientras miraba a ambos lados, y mantenía las palmas de sus manos abiertas. Después sonrió.

Ya estábamos de nuevo con su tono seductor, esa forma de pronunciar mi nombre, esa cabeza ladeada, esa sonrisa matadora... ese *Ángel del infierno*.

Volver a verlo me daba miedo... miedo a no sentir lo que estaba sintiendo, y miedo, a la vez, por volver a sentirlo, y sufrir nuevamente... miedo por descubrir qué se escondía detrás de aquella mirada, que desconocía en él, cuando me miró en la sala de reuniones.

- Poco te falta, ¿no? – le pregunté porque, seguir mirándolo, sin hablar, me hacía temblar.

- ¿Para ser infiel? – ladeó su cabeza, y me hizo la pregunta levantado una ceja.

- ¡¡Ángel!! – cerré los ojos, y exhalé con fuerza.

- Dime – arrugó su frente al preguntarme, mientras sonreía.

No modifiqué mi cara de *“no sigas por ahí”*

- Está bien, qué aburrida eres cuando no eres tú... - dejó caer una mano, en un gesto que denotaba aburrimiento - dos semanitas y listo... aunque claro, si te parece mucho, siempre podemos hacer un trato, eso, a nosotros, se nos da bien, ¿recuerdas? – con un movimiento de su brazo, su mano rozó mi piel.

- Dos semanas me parece perfecto – me estremecí.

- ¿Cuándo te marchas? – se puso serio.

- ¿Por? – disimulé, viendo para cualquier sitio, menos para él.

- ¿No puedo saberlo? – preguntó, sin darle mayor importancia.

- El viernes – cedí.

- ¿Tan pronto? – volvió a bromear.

Lo miré, advirtiéndole sin palabras.

- ¿Vas a volver, o ya no nos volveremos a ver? – con toda la intención del mundo, doblando sus dedos, acarició mi brazo.

Me separé al contacto.

- No, voy a dejar todo listo. La encargada de esta tienda será la que haga la inauguración. Ahora,

si me disculpas, he quedado con ella para comer, y no quiero retrasarme – estaba ofendida y enfadada, pero conmigo misma, por sentirme como si alcanzara el nirvana, cuándo su piel confluía con la mía.

- ¿No es un poco temprano para comer? ¿No estarás huyendo de mí, Eva? - su sonrisa aumentó una cuarta, cuando me hizo la pregunta.

- Me voy, Ángel – entorné los ojos, y me di la vuelta.

- ¿Ahora te vas así? – preguntó a mi espalda, sin elevar su tono, sabiendo que tendría mi sentido del oído agudizado.

Le miré, extrañada.

- Te recordaba más... jadeante, cuando te I B A S... - se acercó demasiado; calor, calor, calor. Se inclinó, hasta llegar a mi oído, y susurró “*me voy, Ángel, me voy, vamos, córrete ya*”

Me sobresalté, apartándome bruscamente.

- Así no, Ángel, otra vez no, por favor – me tembló la voz.

Levantó las manos, retirándose hacia atrás, mientras se reía.

- Si cambias de opinión, habitación 487 – su boca curvada, combinada con su mirada seductora, acompañaban a sus palabras.

Me marché demasiado acalorada. Me marché confusa y excitada, rabiosa y enfadada. Me marché luchando contra mis impulsos, y mis ganas de él, y me daba rabia sentirme así, porque me había hablado de un modo diferente, me había hablado... como a una más. No había cariño en sus palabras, no había respeto. No sabría explicar, sin adjetivos que no me hirieran, la manera en la que me hizo sentir. Seguía igual, pero distinto, noté menos tacto en su trato, y eso es mucho notar, ya que su delicadeza brillaba por su ausencia, pero había algo en él... su modo de mirarme... su sonrisa vacilona... todo en él transmitía rencor.

Cuando llegué al hotel, ya tenía habitación.

- Señorita Costa, hemos llevado la maleta a su habitación, aquí tiene la llave, ¿necesita que la acompañemos? – se preocupó la recepcionista.

- No, gracias – estiré mi mano para coger la llave.

- Tenga, habitación 488 – la dejó sobre mi palma.

- ¡¿Qué?! – exclamé, más que pregunté.

- La llave.

- ¿Qué número ha dicho?

- 488 – repitió.

- ¿Está pegada a la 487?

Puso cara de “*¿me lo estás preguntando en serio?*”

- Me temo que sí, es correlativa ¿algún problema?

- Sí, quiero que me busque otra – no podía quedarme en esa habitación, de ninguna manera. Posé la llave sobre el mostrador, y la empujé hacia ella.

- Lo siento. Eso es imposible, la ocupación es del cien por cien, no hay habitaciones libres – se disculpó.

- No puede ser – me cubrí la cara con mis manos, y maldije.

- Si quiere lo dejo reflejado, y la cambiamos en cuanto esté una disponible, ¿le parece? – me ofreció.

- ¡Qué remedio! – claudiqué.

«La leche, pero ¿cómo puedo tener tanta puntería?»

Tras cambiarme de ropa, cogí un taxi, y le di la dirección del restaurante. No me apetecía coger el coche, además, iba fatal de tiempo.

Allí estaba Rebeca Estévez, la encargada de la tienda, esperándome sentada, en una mesa del restaurante.

Era una chica guapísima, y jovencísima. Rubia, alta, delgada, de ojos oscuros, y un tono de piel envidiablemente bronceado.

Vestía con un gusto exquisito, y hablaba con una dulzura deliciosa, pero algo fallaba en ella... cuando terminamos de comer, ya sabía dónde estaba el fallo. No tenía más conversación que para quince minutos.

Pensaba en el momento en que me acompañara a la tienda, y se topara con Ángel, no por ella, que tenía claro que iba a caerse de culo al verlo, si no por mí, cómo iba a aguantar mis celos que, estaba segura iban a desbordarme, en cuanto él le dedicara una de sus miradas.

Me pareció muy educada, muy amable, muy correcta, pero poco más, no tenía don de gentes, no desprendía hogar, vamos, que no te hacía querer quedar con ella más tiempo del estrictamente necesario. Pero era muy guapa, eso sí.

Tras la comida, fuimos hasta la tienda.

Estaba temblando, y rezando, para que él no estuviera... y no estaba, ni llegó durante el tiempo que estuvimos allí. En realidad, no se presentó en toda la tarde.

Cené en el hotel y, al acabar, decidí acceder al bar, para tomar algo, y distraerme un rato; había una actuación de un pianista; pedí uno de los cócteles de la carta, al camarero que vino a atenderme a la mesa.

Consulté el reloj, eran las once y media. No quería subir a mi habitación todavía; saber que la suya estaba pegada a la mía, me daba miedo, así que pedí otra copa más.

Eran las doce y diez, llevaba dos cócteles en el cuerpo, y un puñado de nervios en el estómago.

Llegué a mi planta, se abrió el ascensor, caminé hacia mi habitación y... me paré delante de su puerta, me pegué a ella, pero no escuché nada. Apoyé mi mano en la madera, e inspiré intensamente. De repente, sonó el timbre del ascensor, me retiré rápidamente, metí mi tarjeta en la

cerradura, esperé la luz verde, y entré. Respiración agitada. Me quedé pegada contra la puerta, de espaldas, y sentí los golpes de unos nudillos, llamando. Me sobresalté, pero no eran en mí puerta, eran en la de al lado... ¡¡¡en la suya!!!!

Pegué la oreja, pero no oí nada, sólo la puerta abrirse, y cerrarse. Esperé un poco más, pero continuaba reinando el silencio. Decidí ir a lavarme los dientes. Me desmaquillé, me puse el pijama, y encendí la tele. Me metí en la cama y, fue en ese momento, cuando oí un golpe muy fuerte. Silencio otra vez. Hice zapping, de un canal a otro, sin prestar atención al contenido y, de nuevo, otro golpe, ahora no tenía duda ninguna. Apagué el televisor, me levanté de cama, y me pegué a la pared, que daba a su habitación.

- Más, más, más, ¡vamos!, más fuerte, más fuerte.

No podía ser cierto, no podía ser, no, no, no.

«¡¡¡Joder, es él!! ¡¡Él, con otra!!! ¡¡Hijo de puta!!!»

- **¿Qué quieres?, dímelo, dime lo que quieres.**

«¡¡Esas son mis preguntas, son mías, sólo para mí!!!»

- Quiero que me folles hasta que me muera.

«¡¡¡Maldita zorra!!! ¡¡¡Maldito cabrón!!!»

- **¿Así?, ¿quieres que lo haga así?**

- No, ¡¡más fuerte, más fuerte!!

Esa chica iba a tener que ir a un traumatólogo, cuando acabara con ella, los golpes que le estaba dando, contra la pared, no eran soportables por ninguna espalda... imaginármelo dolía demasiado, abría mi pecho nuevamente.

- Llévame a la cama, Ángel, en la cama, te quiero en la cama.

- **Ssshhhh, nada de nombres. Follaremos aquí, de pie.**

- Sí, sí, como tú quieras, haré lo que tú quieras. ¡¡Joderrrrrr, me corro, me corro, ya!!

- **Vamos, nena, vamos, córrrete para mí.**

- Ahhhhhh.

- **Diossssss.**

Propiné un puñetazo a la pared, tan fuerte, que me dolió la mano. Me enjuagué unas lágrimas que pugnaban por salir de mis ojos, y me metí en la cama.

«¡¡¡Cretino!!!»

Y yo idiota, pero, ¿qué quería?, ¿que guardara celibato? Yo sabía cómo era él, puro sexo, puro deseo... en ningún momento dudé de que se hubiera acostado con otras, en todo este tiempo, pero claro, una cosa eran mis suposiciones, y otra, muy diferente, tener la certeza.

DIA 87 – NO SÉ QUERERTE BIEN

Bajé a desayunar, cuando aún estaban colocando los servicios. No había pegado ojo en toda la noche, intentando escuchar otro polvo, alguna conversación, alguna risa... pero nada. No volví a oírlos.

Cogí un cruasán, un zumo de naranja, y mi café con leche. Acabé pronto, y subí a lavarme los dientes.

Tentada estuve de aporrear su puerta, cuando salí de mi habitación, pero me contuve, aunque valoré el hacerlo, y echar a correr hacia el ascensor.

De camino a la tienda, apenas pude pensar en él, estaba dando los últimos retoques a las reuniones que tenía esa mañana: electricidad, fontanería, carpintería, escaparatistas, personal de limpieza, otra vez la encargada de la tienda, conocer al personal preseleccionado... Iba a ser un buen día para no tener tiempo libre.

Sobre las once y media, con casi todo cerrado, y muchas esperanzas de que aquello saliera como tenía previsto, me permití salir de mi *oficina*, que era en una caseta de obra, y respirar un poco de aire. Sí, y para comprobar, de paso, si estaba él. No, no estaba.

A las doce había quedado con Rebeca; cinco minutos antes, cogí mi chaqueta, y salí de mi cubículo para esperarla en la tienda, no quería que fuese ella la que llegara primero, sobre todo porque no quería que estuvieran solos ella y Ángel, aunque eso sólo podría ocurrir si Ángel ya se hubiese dignado a aparecer.

No entiendo cómo lo conseguía, no daba ejemplo a sus empleados y, en cambio, conseguía que lo respetaran, y acataran sus órdenes... Bueno, en realidad, imagino que con que fuera la mitad de bueno en su trabajo, como en el sexo, no sería difícil de entender esa obediencia, y sumisión.

Unos minutos después, de haber entrado en la tienda, oí una moto aparcando en la acera. Me giré, y lo reconocí. Llegaba con una chica de paquete. Él, y la zorra con la que había estado follando toda la noche. Apagó el motor, apoyando ambas piernas, para mantener el equilibrio, se quitó el casco, miró hacia el interior de la tienda, y nuestras miradas se cruzaron una milésima de segundo; giré rápido la cabeza, para disimular, pero me rendí, me podía la curiosidad.

Le indicó a la chica, que ya había bajado de la moto, que no se quitara el casco. No entendía el motivo, hasta que...

Fue, en ese preciso momento, cuando tuve la certeza de que si alguien me tocaba le mordería, al ver lo que estaba haciendo.

«¡¡¡Maldito hijo de la gran puta!!!»

La hizo sentarse nuevamente pero, esta vez, a nuestra manera, cara con cara, entre el manillar y él. Sentí náuseas, y creí que no aguantaría las ganas de llorar.

Llevó sus manos a la cinta del casco de ella, y la soltó. Lentamente, le ayudó a sacárselo, entonces

yo me giré, no pude soportar ver como se besaban. Ángel había besado a Rebeca Estévez, la encargada con la que yo había comido el día anterior, con la que él había follado en la habitación pegada a la mía, con la que tenía una reunión en menos de un minuto.

Estaba aturdida, incluso desorientada, y rabiosa como una perra.

- Eva, ¿te ocurre algo? ¡¡Eva!! Oye, ¿qué te pasa?? – unas manos en mis brazos, seguidas de un cuerpo masculino, que se interpuso en mi campo de visión, me devolvieron a la realidad.

Me costó reaccionar unos segundos.

- Disculpa, David. No, no me ocurre nada – cerré los ojos, y llevé mi mano a la frente.

- ¿Cómo que no? Estás pálida. Vamos, acompáñame a beber un poco de agua - me sujetó por un brazo, y me llevó hasta un dispensador de agua; cogió un vaso de plástico, y pulsó el botón del agua fría, para llenarlo - Toma, siéntate y bebe – me ofreció una silla, y el vaso.

- Gracias – intenté un amago de sonrisa.

Los dos entrando por la puerta, él tan irresistible, ella tan alegre, y guapa, y joven, y delgada, y alta, y atractiva, y sin pasado, y sin marido, y sin problemas, y con trabajo, y con mucho aguante en el sexo... ¿qué más podía querer él?

Bajé la mirada, y unas lágrimas se me escaparon; disimulando, corté su recorrido con mis dedos.

Vi a David, agachado a mi lado, y no sabía cómo ocultarle el rojo de mis ojos.

- Eva, ¿no me digas que en un día, ya has caído en sus redes? – el gesto de su boca apretada, y su manera de respirar, evidenciaban que mi respuesta sobraba.

¿Tanto se notaba que era por él? Continuó hablando, ante mi silencio.

- Yo no sé mucho de estas cosas. Llevo doce años con mi novia; sí, mi novia todavía, por lo que estoy fuera de ese mercado, pero veo que, a vosotras, os resulta irresistible. Los viernes solemos salir a tomar algo, todos los de la obra... es como para grabarlo, de verdad. No sería un buen partido, creo que la mujer que lo conquiste, ha de tenerlo siempre bajo llave, o acompañarlo hasta para ir al baño, y no exagero con lo de no dejarlo ir solo al baño. ¡Vamos, Eva, una mujer como tú, no puede haberse dejado engañar! – con su mano, apretó mi rodilla y, en el gesto, balanceó mi pierna.

He ahí el problema, había sido engañada, hasta David, que apenas me conocía de unas cuantas conversaciones telefónicas, y dos días de trabajo, se había dado cuenta.

Incapaz aún de hablar, apreté su mano, inspiré fuerte, y levanté la cabeza.

Ángel estaba en la entrada, en frente de mí, y su amiga, que me daba la espalda, colgada de su cuello, dándole besos que su rostro no sentía, se dejaba hacer sin más. Me miraba, me estudiaba, y arrugaba la frente, achinando los ojos, como pretendiendo ser capaz de leerme la mente.

Agarró los brazos de Rebeca, y se los zafó del cuello, le dijo algo al oído, y ella se giró; al verme, casi se cae redonda.

Miré hacia David, mientras me levantaba de la silla, y le agradecí, con la mirada, y un apretón de

mi mano en su brazo, lo que acababa de hacer.

Caminé hasta Rebeca.

Con una frialdad, que nació en lo más profundo de mis entrañas, le hablé, ignorándolo a él por completo.

- Rebeca, vayamos fuera, me temo que aquí no te concentrarías lo suficiente, para la conversación que necesito tener contigo.

Salí hacia la oficina de obra, seguida por ella.

Entramos. Respiré, e intenté calmarme, para hablarle lo menos herida posible.

- Lo primero que quiero dejar muy, muy claro, es que no quiero que esto se vuelva a repetir. Me da igual quién sea tu novio, tu amigo, o tu amante, y lo mismo le ocurre al resto de empleados, que estaban trabajando cuando tú, y el señor García, llegasteis dando rienda suelta a vuestro calentón. Es una falta de respeto, y de educación; te lo digo por si no te lo han enseñado. Aquí tienes un cargo, y si quieres que te respeten, has de hacerte respetar – un poco inclinada, sobre la mesa, apoyándome sobre los dedos de mis manos, dejé que mi yo más oscuro saliera por mi boca.

- Lo sient...

Levanté una mano, ordenándole que se callara.

- No, no admito disculpas, sólo quiero que no se vuelva a repetir esta escena. NUN-CA-MÁS – me senté, e inspiré.

- No se volverá a repetir, lo juro – se sentó en el borde de la silla.

¿Lo juro? ¿Pero cuántos años tenía esa niña? Jurar, jura mi ahijado, pero esta mujer... miedo me daba conocer al resto del personal.

Los ojos de Rebeca se llenaron de lágrimas.

- Si te vas a poner a llorar, prefiero que salgas – le señalé, con una mano, la puerta - Ve a dar una vuelta, y regresa cuando estés más calmada – agarré unos papeles, que tenía sobre la mesa, y fingí revisarlos.

Se llevó el dorso de una mano a los ojos, y se secó como pudo.

- No, Eva, tienes razón, pero es que...

- Perdona, Rebeca, no me interesa – interrumpí su perorata - Es mejor que vayas a tomarte un café, a caminar, o a llamar a una amiga, pero a mí no me cuentes tu vida – devolví mi atención a los papeles - Vuelve dentro de unos minutos, y hablaremos de trabajo; ahora, por favor, vete – le señalé la puerta, otra vez, pero sin apartar la vista de los folios.

...

No habían pasado ni cinco minutos, y ya estaba llamando a la puerta.

Resoplé.

- Adelante, Rebeca – dije, resignada.

«¡¡¡Santa paciencia!!!»

- ¿Qué haces tú aquí? – con mis piernas, al incorporarme, aparté la silla hacia atrás, y dejé mis brazos estirados, tocando la mesa con la punta de mis dedos.

- Lo siento, he metido la pata – agarraba la puerta, entreabierta, con su mano, y me miraba con tristeza.

- Vete ahora mismo, Ángel – no podía moverme, me paralizaba.

- Por favor, escúchame, no ha sido culpa suya – entró.

Mantuvo la distancia, dejando su espalda pegada a la puerta, con sus manos atrás.

- Ángel, te lo estoy pidiendo por favor – aparté la mirada, y supliqué.

- Eva, ella sólo es una víctima, no lo pagues con la persona equivocada, el fallo ha sido mío – avanzó hasta la mesa, sobre la que inclinó su cuerpo, amparándolo con sus brazos, imitando mi postura.

Lo miré con rabia, ¿cómo tenía el valor de venir a defenderla?

- ¡¡Te estoy diciendo que te largues, que no quiero verte, que te olvides de mí, que me dejes en paz, que no quiero hablar contigo!! – conseguí reunir el valor para volver a enfrentarme a su mirada, mientras le hablaba con mis dientes apretados, y mis palabras buscando hueco entre ellos. Movié la silla, que había al otro lado de mi mesa, y se sentó.

- ¡Pero bueno, chico!, ¿qué cojones te pasa? ¿No escuchas, no entiendes, o te la suda todo? – di un golpe sobre la mesa, con mis palmas - ¡¡Que no te preocupes, que sólo le he dicho, a tu novia, que no se repita la escenita, y punto!! – me levanté hecha una furia.

- Eva, tranquilízate y escúchame, por favor – él era un remanso de paz, me hablaba haciéndome gestos con las manos, para que me calmara.

- ¡¡Que no me da la gana, que salgas de la oficina, YA!! – con mi brazo estirado hasta el límite, le señalé la puerta.

Ante su pasotismo, bordeé la mesa, e iba directa a abrírse la yo misma, pero tuve que pasar por su lado... Me agarró por un brazo, y cortó mi intención, interponiendo su cuerpo entre el mío y la puerta, pegándose a mí, completamente. Mi cabeza, a la altura de su hombro, su mano libre, se elevó hacia mi cara, en el aire se sentía una caricia, que nunca llegó a materializarse, porque me aparté, y vi cómo su mano se rendía, ¡¡se rendía!!, y cambiaba la dirección, que ahora iba hacia su sitio, nuestro sitio, mi muñeca; la cogió, presionándola suavemente, y la acarició con la yema de sus dedos, sin soltarla.

- Para – se me quebró la voz.

- Lo hice para conseguir algo parecido a esto... – pegó su frente a mi cabeza, mientras me hablaba.

- ¡¡¡CALLA, CALLA, CALLA, CALLA!!! – llevé las manos a mis orejas, mientras le gritaba - ¡¡¡Déjame vivir, déjame ser feliz, déjame intentarlo!!! – no podía seguir escuchando sus razones, porque cualquier cosa que me dijera, la daría por buena, y no quería... no podía.

- ... pero no me compensa, no puedo hacerte daño, no lo soporto – hablaba obviando, por completo, mis ruegos - Quería que me eligieras a mí, quería ser yo al que decidieras querer, que te quedaras conmigo, pero no fui capaz de conseguirlo. Creí que dándote celos te haría ver que aún sientes algo fuerte hacia mí, pero tampoco puedo, no soy capaz de continuar, si veo que sufres. Eva, lo siento – sus manos agarraban mis hombros, y buscaba mi mirada con la suya.

- Ya lo has dicho, ya has hecho lo que te ha dado la gana, ahora vete – me zafé de su tacto, y me alejé de él.

Me miró, muy serio, yo no lo estaba menos.

- Eso no es todo – cerró su mano en un puño, y la envolvió con la otra.

- Que no me importa, Ángel, ya no me importa nada que tenga que ver contigo – levanté mi cara, y lo vi mirando al suelo... me esperaba lo peor, cuando volvimos a vernos fijamente.

- No me mientas, Eva, eso no ha cambiado; no me mientas, porque sigues haciéndolo de pena. Por SMS no te veo los ojos, y puedes fingir, pero ahora que te tengo delante, después de ver tu reacción, no te creo – hizo una pausa, como para ordenar las palabras, y continuó - Que me hubieras enviado aquel mensaje, que estaba claro que no era para mí, y no hubieras respondido al mío, ignorándome del modo que lo hiciste, me dolió más que nuestra despedida en el aeropuerto.

- ¿Qué mensaje? ***“He entendido tu silencio”*** ¿querías una respuesta a esa mierda?, ¿de qué me estás hablando? – no entendía nada. Lo decía muy serio, como si tuviera razones suficientes que lo amparasen.

- Eva, no te hagas la tonta conmigo, sabes bien a lo qué me refiero.

- Ángel, es ridículo, no nos entendemos, no quiero seguir hablando contigo, y menos después de lo de esta noche, en tu habitación, y lo de vuestra escenita de hace diez minutos. Por favor, tu novia estará a punto de llegar, insisto en que te marches – al volver a señalarle la puerta, tomó mi mano, tirando de mí hacia él.

Intenté soltarme, pero me lo impidió.

- Sabes, perfectamente, que Rebeca no es mi novia. Y quiero que sepas algo más, tu habitación la elegí yo. Quiero que, si vas a odiarme, lo hagas con todas tus fuerzas. Pedí, expresamente, que te asignaran esa, la chica de recepción sólo obedecía una orden que yo le di. No soy buen amigo, no soy buen novio, no soy buen empleado, pero hay algo en lo que sé que soy bueno, y era la única forma que se me ocurría para poder recuperarte o, si no lo conseguía, devolverte el daño que me habías hecho – habló pegado a mi cara, alternando su mirada entre mis ojos, y mis labios, pero sin la menor intención de besarme.

- ¿Crees que puedes recuperarme haciendo que escuche como follas con otra? ¡Qué poco me conoces, Ángel! Por muy bueno que seas, por muy bien que lo hagas, ahora mismo, sólo me das pena. Te voy a pedir una cosa, más bien, te lo voy a ordenar: no vuelvas a dirigirme la palabra, si

no es para algo relacionado con el trabajo. Esto que has hecho ha terminado de abrirme los ojos contigo. Haberte conocido es la mayor cagada que he hecho en mi vida, y ahora lárgate – le hablé a la misma distancia, y con las mismas desganas de besarlo.

- Lo siento. Perdóname. Actué movido por los celos, la rabia, y la impotencia – sus ojos mutaron, y se deshicieron del hielo.

Volvía a estar en peligro.

- Vete a la mierda.

Me solté, abrí la puerta y, sin mirarlo, volví hacia la mesa. Me senté, y giré la silla, para no verle marchar.

Estaba con la adrenalina tan a flor de piel, que no sé cuánto tiempo pasó, hasta que alguien volvió a golpear la puerta.

Intenté calmarme un poco, me levanté, y abrí. Cómo no, era Rebeca.

- Reunión mañana; tú y yo, a la misma hora, y avisa al personal, para las doce y media. Sé puntual – le hablé, mientras ponía orden en mí mesa.

- ¿Y la de hoy?

- He dicho mañana – la miré un segundo, y volví a lo que estaba haciendo - La de hoy queda cancelada, prepara lo de mañana, ¿sabrás hacerlo? – no obtuve más respuesta que el ruido de la puerta al cerrarse. Apreté mis ojos, y me dejé caer hacia atrás, en la silla.

Unos minutos después, entré en la tienda, para avisar que me iba. Busqué a David, y me dirigí hacia él.

Vi a Ángel, su cara... su cara me recordaba tanto al día de nuestra despedida, en el aeropuerto, que me hizo temblar de frío.

- David, tengo que pedirte un favor. He de salir de urgencia, no puedo reunirme esta tarde contigo.

- No te preocupes, ¿mañana te viene bien?

- Sí, claro.

- Pues mañana podemos verlo.

- Gracias, ¿puedes a primera hora?

- Sobre las diez, perfecto.

- Bien, nos vemos a las diez, entonces.

- ¿A dónde vas? ¿Estás mejor? Si necesitas que te acompañe, o si necesitas hablar... yo sé escuchar.

- No, gracias. Necesito estar sola.

Cuando llegué al hotel, cogí el coche, y conduje. Lo hice sin rumbo, sólo necesitaba alejarme de él, y de lo que me hacía sentir.

Nuestra bronca volvía a mi pensamiento, una y otra vez, por muy rápido que condujera, por muy alta que sonara la música, por muy baja que llevara la ventanilla, su presencia era mucho más

potente, y prevalecía sobre todas las cosas.

«Está bien. Hoy es martes, es la una del mediodía, Vero trabaja, pero Dani ayer no lo hizo... lo llamaré a él. Necesito hablar, necesito desahogarme, necesito escuchar que puedo, que voy a poder»

- Hola, Eva.

«¿Y esa voz? ¿Qué te pasa?»

- ¿Ocurre algo, Dani?

- A mí no.

- ¿Por qué tienes esa voz?

- Es mi voz. ¿Por qué me llamas? – podía imaginármelo rascándose entre el pelo, en ese momento.

- Porque he discutido con Ángel – se hizo el silencio - No vas a preguntarme ¿qué ha pasado?

- ¿Quieres que lo haga? – sonó aburrido.

- Dani, ¿qué mierda te pasa?

- Disculpa, Eva, cuéntame, ¿por qué habéis discutido? – preguntó por compromiso, pero yo respondí por necesidad.

- No te lo vas a creer, el cabrón, ordenó que me dieran la habitación que está pegada a la suya y, por la noche, se llevó a la encargada de la tienda, con la que está liado, y follaron como descosidos, porque quería que los oyera. Por si eso me había parecido poco, por la mañana, llegaron los dos en su moto, y se comieron la boca delante de todo el mundo. ¿Qué te parece?

- ¿Qué te parece a ti? – su tono monótono me desquició. ¿Qué le estaba pasando, para comportarse de ese modo?

- No, quiero que me digas qué te parece a ti, ¿eso es normal?, ¿yo pude estar tan colgada de semejante hijo de puta? ¿Cómo pude estar tan ciega? ¡¡¡Me cago en su vida!!!

- Ya veo...

- ¿El qué?, ¿qué ves? – elevé mi voz.

- Que no te ha sentado muy bien.

- No me vaciles tú también, Dani, no me toques el coño, que no estoy para bromas.

- Oye, oye, tranquilízate un poco, te recuerdo que me has llamado tú a mí.

Me quedé callada, y lo escuché respirar varias veces, antes de poder volver a hablar.

- Lo siento, perdóname, es que no puedo con esto; creí que podría, pero no puedo. Lo sé, soy tonta de remate, pero es que me vuelvo loca cuando lo tengo delante. No me puedo creer lo que ha hecho, no puede ser la misma persona que conocí en Bahía, es que no me coincide nada, nada de nada... - y rompí a llorar.

- Pequeña, no llores, por favor, vamos, ¿cómo puedo ayudarte? – y él reaccionó.

- Dani, dime que no me estoy confundiendo queriendo olvidarlo, dime que es un capullo que no me puede hacer feliz, ¡dímelo!, porque a mí se me olvida.

- Eva...

- Y no sabes lo que me suelta mientras discutíamos; me dice que haberle enviado aquel mensaje, el que le envié que era para Sebas, ¿recuerdas?

- Sí, lo recuerdo.

- Pues que le dolió que se lo hubiera enviado y que, en cambio, no le hubiera respondido al suyo. Yo no sabía de qué me estaba hablando, se lo dije, y me contestó que no me hiciera la tonta, que él se merecía una respuesta. ¿Una respuesta a qué? ¿Tú entiendes algo? ¿Cómo iba a escribirle, o a llamarle, después de quedarse callado aquella noche, cuando le pregunté qué podía ofrecerme, qué grado de compromiso estaba dispuesto a asumir?

Silencio al otro lado de la línea.

- ¿Dani? ¿Me oyes? – miré la pantalla, por si se había cortado la llamada.

- Sí, te oigo.

- ¿Has escuchado lo que te he contado?

- Sí, Eva.

- ¿Y no vas a decirme nada? ¿Tú entiendes algo?

Silencio de nuevo. Un suspiro muy sonoro, y un silencio breve.

- Sí, lo entiendo, Eva. Me temo que lo hago más de lo que debería, porque yo sí que he metido la pata.

- ¿Qué has hecho? - me estaba asustando su tono, durante toda la conversación.

- El día que dormí en tu casa, cuando pasaron el fin de semana los asturianos, y cuando vino él... ¿te acuerdas?

- Sí, sí, al grano – le apremié.

- Pues esa noche, antes de acostarnos, apagué tu móvil, recuerdas que te pregunté si lo dejaba encendi...

- Dani, sin rodeos - estaba empezando a faltarme el aire, y el estómago se me revolvió. Me detuve en el aparcamiento desierto de una playa.

- Tenías un mensaje de un número desconocido - se calló un momento, quizás esperando una intervención mía, pero no iba a preguntar nada, estaba demasiado concentrada en sus palabras, en lo que me iba a decir. Me mantuve callada, hasta que continuó hablando - El mensaje era de Ángel. En él te decía, algo así como que te ofrecía su vida, su corazón, y todo su ser, que ya era tuyo desde que os conocisteis. Que no le importaba dónde, lo que quería era estar contigo.

Tragaba con tanta dificultad, que creí que me atragantaría.

Hizo otra larga pausa, buscando mi intervención, pero yo no podía articular palabra, así que la retomó él.

- Tuve la certeza que era de él, porque se despidió con un santera.

Mi brazo no podía con el peso del teléfono, tuve que apoyar mi codo, y la cabeza, contra el

volante.

- Lo borré. Lo siento. Te lo oculté y, no tuve el valor para contártelo.

Ni uno, ni otro, decíamos nada. Pasaron varios minutos, y yo no tenía fuerzas para nada más que no fuera concentrarme en respirar; me imaginaba que Dani no tenía valor para colgarme el teléfono.

- Lo siento, pequeña, no tengo perdón, no tengo excusa, todo lo que pueda decirte es una mentira, para maquillar la realidad; actué egoístamente, y después no encontré el momento de...

Directamente, colgué.

Perdí la noción del tiempo, llorando dentro de aquel coche.

Cuando el día empezó a desaparecer, caminé hasta la playa; me senté sobre la arena, y continué llorando, al compás de las olas.

Estuve mucho tiempo allí sentada... hasta que se hizo de noche, fuera de mí también.

Lloré, recordé, sonreí, me enfadé, me perdoné, e intenté perdonarle, sopesé mis opciones, y pensé cómo debería actuar a partir de ahora, pensé en lo que quería, en lo que realmente quería, y sentí un escalofrío por lo que esa decisión me haría perder. Me abracé las rodillas, y continué mirando el mar, que ahora era negro como la noche.

Cansada de todo: de llorar, de estar enfadada, de estar triste, de sentirme sola, de sentirme herida, aburrida de sufrir... decidí que ya era hora de volver, y terminar con todo lo que me hería de ese modo. Con todo lo que no me dejaba avanzar.

Llegué al coche, metí la llave en el contacto, y entonces lo vi... moviéndose con el viento, había un papel, sujeto por una de las escobillas del limpiaparabrisas.

Abrí la puerta, y saqué medio cuerpo para cogerlo.

Una hoja cuadriculada, mal cortada, contenía palabras que fragmentaban los pedazos de mi corazón: **NO SUPE HACERLO. ME RETIRO. PERDÓNAME. NO SÉ QUERERTE BIEN**

DIA 86 – SE NOS ROMPIÓ EL AMOR, DE MAL USARLO

Conseguí dormir unas cinco horas, creo que semejante récord se lo debía a las dos noches, casi en vela, que había pasado desde mi llegada a la isla. No oí ruidos provenientes de su habitación, por lo que imaginé que no habían pasado la noche allí, porque la opción de dormir solo ya ni la valoraba.

Me desperté temprano. Pedí que me subieran el desayuno, mientras me daba una ducha, y me vestía.

A las nueve estaba saliendo por la puerta. Llamé al ascensor, y creí morir, cuando escuché abrirse su puerta.

Pulsé, repetidas veces, el botón del ascensor, como si eso ayudara a que éste llegara antes.

- Vaya energía que se gasta usted tan temprano, señorita.

Me giré bruscamente, y la decepción se apoderó de mí.

- Es que llevo prisa y, lo sé, es inútil llamarlo de esta manera, pero... perdone la indiscreción ¿salió usted de la habitación 487?

- Muy inútil, pero la entiendo, cuando hay prisa, hay prisa. Sí, la 487 es mi habitación.

- Y... ¿la comparte con alguien, o está usted solo?

El hombre se puso tan colorado, como el abrigo que llevaba yo ese día.

- Perdone, no pretendía incomodarle, es que, la noche pasada, tuve un pequeño problema con el inquilino de esa habitación.

- Llegué ayer por la tarde, y me dieron esa habitación. Espero que pudiera solucionar su problema, con el antiguo huésped, me temo que no puedo ayudarla.

- Disculpe, y muchas gracias.

- No hay de qué.

Bajamos juntos pero, mientras él se dirigió al comedor, para desayunar, yo salí caminando, hacia la tienda.

¿Se había cambiado de habitación o, directamente, se había marchado?

Presentía que mi calma no iba a durar mucho. Su moto estaba aparcada, cuando llegué.

Entré, para coger la llave del despacho de obra, y lo vi. Sentí que todo mi cuerpo temblaba, y se convertía en un armazón hueco.

Vestía un jersey gordo, de color granate y cuello redondo desbocado, abierto en exceso, a pesar de su tejido, se apreciaban sus formas debajo de él, porque se ceñía en su pecho y brazos, su pantalón vaquero, tenía un lavado oscuro, con zonas más gastadas, ajustándose a sus musculosas piernas; unas zapatillas, completaban su vestimenta.

Saludé en general, pero sólo lo miraba a él. Ante mi voz, se giró, pero no habló.

Continuaba sin afeitarse, y hoy estaba especialmente irresistible. Apenas me mantuvo la mirada,

pero pude ver las ojeras en su cara, y ni rastro de una sonrisa.

Salí hacia mi oficina, encomendándome a todos los santos, rogándoles que no llamara a mi puerta.

A las diez de la mañana, mi puerta sonó.

- Adelante – dije, temblando.

- Buenos días, Eva.

- Buenos días, David.

Mi cara debió de ser un buen reflejo de mi decepción.

- ¿Esperabas a otra persona?

- Eh, no, no – contesté, ruborizándome.

- Teníamos pendiente la reunión de ayer, ¿recuerdas?, para hoy a las diez.

- Sí, sí, pasa por favor – le invité a que tomara asiento.

Media hora después, ya habíamos acabado.

Salí con David, más que por cortesía, para comprobar que él seguía allí. Así era, su moto estaba en el mismo sitio.

- Te invito a un café – me propuso.

- Gracias, pero tendrás cosas que hacer - decliné su oferta porque deseaba estar sola, para cuando él se decidiera a dar la cara.

- Eva, si no pudiera, no lo haría.

- Hoy no soy buena compañía – con mi cabeza contra la puerta, le hablé triste.

- No voy a preguntar nada, sólo quiero invitarte a un café – me sonrió, y me tendió su mano.

- Está bien, vamos entonces.

Tomamos un café, que me supo a respiro. David se despidió de mí, y yo volví a la tienda.

Decidí entrar, para volver a verlo, era como mi droga y, si la tenía a mano, me era imposible resistirme. Fingí estar anotando algo en la agenda, y aproveché para devorarlo con mis ojos... era tan perfecto... era tan deseable... era su nombre: un ángel.

«¿A dónde va? ¿Por qué sale a estas horas?»

- ¡¡Ángel!! – llamé, sin ser dueña de mi voz, que salió de mí sin permiso.

«¿Por qué coño no te callas? He pronunciado su nombre en voz alta, ¿verdad?»

Se giró al oírme, y me miró. Yo... no supe qué decir, así que consulté la hora en mi reloj, y volví a sus ojos.

- Hora de mi descanso, *Eva* – con una expresión cansada, se rindió, y apartó la mirada.

Escuchar ese *Eva*, me sonó peor que cualquier “*señorita Costa*” de mi jefe.

Asentí.

-No tardes, queda trabajo por hacer – pretendí sonar indiferente, pero no había nadie mejor que él para reconocer mis mentiras.

No dijo nada, ni negó, ni asintió, ni me mandó a la mierda, sólo se giró, y continuó caminando. Me

corroía la rabia que me daba morir de ganas de tirarme a sus brazos.

Quince minutos después, salí, y la vi llegar. Me metí nuevamente en la tienda, para que no me viera, y pude verla cruzando la calle, hacia la cafetería de enfrente. Patricia se le acercó por la espalda, y lo abrazó, vi como él giraba su taburete, y ella se aproximaba a su cara. No pude distinguir si el beso había sido en la boca, o no, pero me dolía igual. Se despidieron con un abrazo, y él continuó girado, hasta que ella salió por la puerta. Tragaba impotencia, en lugar de saliva.

Antes de la hora, a la que habíamos quedado, Rebeca entró en la tienda.

- Buenos días, Eva – me saludó, antes que a nadie.

- Buenos días, vayamos a mi despacho – caminé hacia la oficina, sin más.

Nuestra reunión fue tensa e incómoda, pero no hubo silencios, todo el tiempo que estuvimos solas, nos hizo falta. A las doce y media llegaban los demás empleados, para unirse a nosotras.

Entre unas cosas y otras, cuando acabé, eran las dos. Su moto no estaba. Había empezado a llover. Crucé la calle, y entré en la cafetería, dónde había ido en su tiempo de descanso, esperando que pudiera aparecer allí, para comer, pero no hubo suerte. Comí sola, volví al trabajo, antes de mi hora, y llamé a Vero, para mantener mi cabeza ocupada con sus historias.

Ella me preguntó qué tal estaba todo por allí, y yo le dije que podía ser peor, pero no, no podía. Por supuesto, no le conté lo de Dani, porque, de haberlo hecho, hubiera ido a su casa a abofetearlo.

- ¿Y él, Eva? ¿Cómo lo estás llevando?

«*Mal, duele mucho*»

- Tirando de razón, y sujetando el corazón, así es el único modo de poder llevarlo - todo el mundo sabe que la razón y el corazón no siempre van de la mano.

- Tú sabrás que es lo que más te conviene atar en corto.

Cuando colgamos, en mi cabeza continuaba el mismo pensamiento, que llevaba martirizándome desde que Dani me había desvelado la existencia de aquel SMS. Lo que realmente quería, era estar hablando con otra persona. Lo que necesitaba era aclarar las cosas con Ángel, y contarle lo que había pasado. No por recuperarlo, no porque quisiera hacerlo, lo que necesitaba era que entendiera mi frialdad, y pedirle perdón, pero no perdonarlo a él. Parecía que ese no iba a ser el día. No apareció en toda la tarde.

En el taxi que cogí, para no empaparme camino del hotel, no aguanté más y le escribí, en varios SMS, lo que me hubiera gustado decirle a la cara.

EVA:

Nunca llegué a leer ese mensaje tuyo, no sabía de su existencia, hasta ayer; alguien decidió por mí, y lo borró sin consultarme.

Siento mucho que recibieras uno mío, que estaba claro, no era para ti. Pero no por eso se

justifican tus acciones. Tu actitud deja mucho que desear, y tu falta de madurez aún más.

No nos merecemos acabar así, pero no veo otro final posible. No después de cómo nos hemos comportado, consciente, o inconscientemente.

No obtuve respuesta, ni confirmación de entrega.

¿Se lo había tragado la tierra? En recepción no estaba su cómplice, así que me acerqué a preguntar.

- Disculpe, quería saber si el señor Ángel García continúa hospedándose aquí.

El chico que me atendió sonrió, escribió algo en el ordenador, y volvió a mirarme.

- Sí, continúa alojándose en nuestro hotel.

- Gracias. ¿No sabrá por qué motivo fue cambiado de habitación?

- Fue el propio señor García quien solicitó el cambio. Si quiere hablar con él, puedo dejar un recado a su nombre, pero no puedo facilitarle su nueva habitación, lo siento - el chico de recepción se justificaba ante mi pregunta.

- No se preocupe, lo entiendo... Dígale – dudé -... sí, dígale que Eva Costa... no, mejor no le diga nada - tamborileando mis dedos, sobre el mostrador, decidí dejar las cosas como estaban.

- ¿Eva Costa? – preguntó, como si me conociera.

- Sí – asentí.

- ¿Es la señorita Costa? – insistió.

- Sí.

- Entonces tengo algo para usted – se alegró.

- ¿Para mí? – me señalé con mis propias manos.

- Sí, para usted. Estuvimos llamando a su habitación, íbamos a intentarlo más tarde, pero ya no hará falta, tenga.

Y me entregó un sobre sin remite, pero el destinatario lo decía todo: **EVA COSTA, MI SANTERA...**

DICIEMBRE 2003 - LAS NAVIDADES... MAL, GRACIAS

Las navidades fueron complicadas.

En realidad, todo se complicó, todavía más, tras mi regreso de Menorca.

Hacía varios años que celebrábamos la noche de Fin de Año juntos, y por juntos me refiero a Vero, Pedro, Jaime, Sebas y yo. Ese año, me temía que no iba a ser así.

Mis padres me pidieron que me quedara en casa, con ellos, cuando el día veinticinco me estaba despidiendo de ambos, para coger mi coche de regreso a casa.

- Hija, es muy triste pasar Fin de Año sola, ¿por qué no te quedas?, nosotros no tenemos la obligación de ir a esa cena-baile, de todos los años.

- Mamá, te estoy diciendo que no la voy a pasar sola, tengo amigos, no os preocupéis; ya soy mayorcita, estaré bien. Os quiero, y os doy las gracias, porque sé que lo hacéis por mí, pero no voy a quedarme.

Me abrazó... me abrazó sin entenderme, sin saber si lo estaba haciendo bien o mal; simplemente me abrazó, porque sólo una madre sabe dar ese tipo de abrazos, en el que te da su vida, sin pedir nada a cambio.

Resignados, y poco convencidos, aceptaron mi decisión pero, a cambio, recibí una media de cuatro llamadas diarias.

De camino a casa, y debido a la cantidad de llamadas perdidas que tenía en mi teléfono, llamé a Vero.

- A ver, petarda, ¿qué te pasa? Tengo el móvil lleno de llamadas tuyas – la abordé, como ella solía hacerlo conmigo, en cuanto me descolgó.

- El treinta y uno, cena en vuestra casa – me soltó de golpe.

- Rebobina, por favor, creo que se te han colado erratas en lo que acabas de decirme.

- Ninguna errata, has oído bien. Cenamos los cinco, como siempre, como tiene que ser – se la oía feliz, al poder darme esa noticia - No hace falta que des saltos de alegría, pero un poco de entusiasmo, no estaría mal...

Respiré profundamente, y me tomé unos segundos, antes de volver a hablar.

- Vero, ¿por qué le habéis insistido? – le pregunté, rendida, apretando el volante entre mis manos

- Te equivocas, no hubo que convencer a nadie. Estarás a punto de recibir una llamada que te hará entender, así que cuelga. Ya no puedo retenerlo más en casa, voy a dejar que se vaya, para que pueda llamarte.

- ¿Llamarme? – casi me pasé la salida, y giré, bruscamente, recibiendo, como reprimenda, varios bocinazos de los demás conductores.

- Joder, Eva, tienes mil llamadas mías porque Sebas se ha pasado por casa, bueno, todavía sigue aquí, para concretar la hora, y el menú de Fin de Año pero, sobre todo, ha venido para

preguntarnos si creíamos que aceptarías cenar con nosotros... ¿te das cuenta?, ¡quiere que cenemos los cinco!, no hay otra que ocupe tu sitio, no estabas en lo cierto, te sigue queriendo en su vida, te sigue queriendo a ti, Eva – sonaba tan bonito...

Tragaba, conducía, me limpiaba las lágrimas mudas, que resbalaban de mis ojos, y respiraba mediante soplidos cortos.

- ¡¡Eva!! ¿Sigues ahí?

- Sí, sí.

- ¡Pues cuelga, coño!, que ya no sabía qué más inventar, para entretenerlo. Antes quería ponerte sobre aviso, y que no te diera un jamacuco con su llamada.

- Gracias, Vero.

- Te quiero. Vamos, cuelga, que vas a recibir la llamada que más deseas.

Pero esa llamada no se produjo tal y como Vero pronosticó. Tardó unas horas en realizarse, y mi estómago no soportaba más encogimiento.

- Hola, Sebas – me incorporé en el sofá, y bajé el volumen del televisor, cuando contesté al teléfono.

- Hola, Eva – carraspeó - ¿Qué tal la Nochebuena?

Inspiré.

- Diferente – cerré los ojos, y suspiré - ¿Cómo están tus padres? – recogí la manta del suelo, y me tapé con ella las piernas.

- Bien, te mandan saludos.

Dejé escapar una sonrisa, en forma de aire por mi nariz.

- Lo dudo – tragué con dificultad.

Escuché un chasquido flojo, de su lengua contra el paladar, una respiración fuerte y, de nuevo, su voz.

- ¿Tienes planes para la noche de Fin de Año? – estaba claro que no quería discutir.

- No.

- ¿Te apetece venir a casa, a cenar?

- Sí, claro – debería haber mostrado menos énfasis pero, realmente, era lo que más deseaba en el mundo.

- ¿Quieres venir la noche antes, para no romper la tradición de nuestra última película del año? – dudó... hizo la pregunta sin la seguridad que desprendía su tono de voz.

Tardé un poco en responder, porque esa invitación no me la esperaba, y no sabía cómo preguntar lo que necesitaba saber.

- ¿Me... me quedaría a dormir? – mordí mi labio inferior, y arrugué mis párpados, en espera de su respuesta, que tardó en exceso.

- Hay habitaciones suficientes. Lo dejo a tu elección – era demasiado experimentado en dejar la

pelota en tejados ajenos.

Suspiré. Nos despedimos, y sentí el alma vacía.

Llegué a mi antigua casa, el martes treinta, sobre las nueve de la noche.

Sebas me acompañaba, torpemente, por el pasillo; estaba incómodo, puede que esa fuera la palabra exacta: incómodo.

- Puedo ir yo sola, sé dónde queda la habitación – le hablaba sin ver su cara, porque la culpa me abrasaba.

Titubeó, antes de decidirse a decirme algo más.

- Puedes usar nuest... mi baño – su voz sonaba a mi espalda, pero yo la sentía dentro de mí.

- No sé... ¿no es mejor que use el otro? – deseaba que, por una vez, entendiera que debía insistir.

- Sí, quizás sí – resignado, se posicionó delante de mí, y continuó caminando por el pasillo.

Resoplé.

Entró en la habitación de invitados, y dejó mi maleta, a los pies de la cama.

- Te dejo, para que te instales – no era capaz de mantenerme la mirada.

Al salir, coincidió conmigo bajo el marco de la puerta. Se detuvo y nos miramos con tristeza. Yo ya no podía soportar tanto dolor, y dije la primera tontería que se me pasó por la cabeza.

- Si hubieras colgado muérdago, tendríamos que besarnos – me arrepentí al momento de mi osadía.

- Me encargaré de colocar uno en cada puerta, para la próxima vez – me dijo, sonriendo.

Me hice a un lado, para que pudiera salir, mientras digería su comentario.

«La próxima vez... ¿por qué siento que no habrá una próxima vez?»

- Está siendo mucho más difícil de lo que pensaba – su voz me erizó la piel.

- Pasar Fin de Año sola, no era mejor opción – hablé a punto de romper en llanto.

Sebas bajó su cabeza, y se giró, para poner distancia entre nosotros, pero antes de desaparecer por el pasillo, se volvió hacia mí.

- Mis padres se pasarán mañana, como todos los años. Les he dicho que estarás aquí, pero pararán igualmente. No tienes por qué verlos, sólo quiero que lo sepas – con su mano apretaba el marco de la puerta, mientras hablaba.

Hasta me dolía respirar.

- No sé si podré enfrentarme a ellos... - me dejé caer, hasta sentarme en la cama.

- Eva, no voy a dejar que se sobrepasen contigo - avanzó un paso hacia mí.

- Lo sé.

Apoyé mis manos sobre mis piernas, y me quedé mirando al vacío. Sola... con él, pero sola.

Haber ido no había sido buena idea, pero me agarraría a un clavo ardiendo, si me lo tendiera su mano.

Entré en el cuarto de baño, me cepillé los dientes, vestí mi pijama, y me agarré el pelo, en una cola alta. Inspiré el olor de mi casa... su olor, mi hogar, y bajé al salón.

Lo encontré sentado en el sofá, con su pantalón de pijama, de color gris oscuro, y su camiseta blanca de algodón, y manga corta. Se pasaba la palma de la mano por su cortísimo pelo, cruzaba sus tobillos, al final de sus piernas completamente estiradas, y agarraba, con su otra mano, una lata de cerveza, mientras miraba un programa de prime time, en la televisión.

- ¿Estás segura de que no quieres cenar nada? – se incorporó, hasta sentarse recto.

- Sí, lo estoy – ocupé mi sitio, en la otra esquina del sofá, pero no subí mis pies hasta su regazo, aunque me moría de ganas por hacerlo.

- Te preparo algo en dos minutos – insistió.

No me entraba nada en el cuerpo; los nervios, hacinados en mi estómago, me llenaban por completo.

- Gracias, pero no tengo hambre, con las palomitas será suficiente – le sonreí.

- Está bien... ¿La pongo ya? – me hablaba tan tranquilo... ya temblaba yo por los dos.

- Cuando quieras – intentaba fingir normalidad.

- Eva – y su tono me hizo mirarle fijamente – así no. ¿Por qué has venido? – su mirada me daba alas, las mismas que me cortaba con su lenguaje corporal.

- He venido por nosotros – me acerqué a él, y tomé sus manos entre las mías.

Cerró los ojos, y se llevó las dos manos a la cara, perdiendo el contacto conmigo, se frotó con ellas, y tomó distancia, separándose de mí.

- ¡Joder, somos masoquistas, otro nombre no tiene lo nuestro! – dijo desesperado – está bien, voy a poner la puta película, y que sea lo que tenga que ser.

La película elegida, para esa noche del treinta de diciembre, fue: Big.

Cómo iba a echar de menos nuestra complicidad, nuestras rutinas, nuestras manías... mi vida. A él.

Separados por un bol de palomitas, que no quitamos de entre nosotros, siquiera cuando se vació, aguantamos el tipo, los cien minutos que duró la película.

Apenas pude dormir, y por la cara que tenía Sebas, a la hora del desayuno, deduje que él tampoco.

- Buenos días – saludé en cuanto lo vi - Parece que no he sido la única que no ha pegado ojo esta noche... – dejé de batir los huevos, para las tortitas, me limpié las manos, con un paño de cocina, y apoyé mi espalda en la encimera.

- Eso parece. ¿Qué tal la cama?, ¿al menos has podido descansar algo? – él evitaba mirarme.

- He aprovechado mi insomnio productivamente – reí con timidez - Encontré pequeñas marcas de humedad en el techo, hacia la ventana, y la moldura del armario, en la esquina superior derecha, está mal rematada. He leído varias revistas de derecho, que tenías en un estante, mientras

escuchaba la radio – intenté disimular mis nervios, haciéndole sonreír.

- Vaya, te ha cundido la noche – se sentó en una de las sillas altas, que había en la isla de la cocina y, apoyándose en ésta, sobre sus antebrazos, me miró.

- Pues sí, la verdad es que me animó saber que mis... nuestros problemas, son bastante insignificantes, si los comparamos con los de otras personas – hice un mohín.

- Bueno, a cada uno le duele lo suyo, y ya sabes lo que dicen de las comparaciones... - me devolvió la sonrisa, levantando una de sus cejas al responderme.

Desayunamos tortitas con miel, que preparamos entre los dos.

El día transcurrió como una película a cámara rápida, en la que no te da tiempo a pensar: levantarse, limpiar, vestirse, salir a hacer compras de última hora, donde tuvimos que separarnos dentro del supermercado, porque nos era imposible respirar; llegar para comer, preparar la casa para la cena (previamente encargada), y esperar a que llegaran mis sueg... sus padres. Mis nervios a flor de piel, su rictus serio. A las cinco llegaron, con una puntualidad inglesa, que siempre me ha sacado de quicio.

- ¿Te quedas, o subes? – estaba nervioso.

Avancé, hasta ponerme a su altura, y lo miré fijamente.

«Dios, ¡¡cuánto duele!!»

- Me quedo – le agarré la mano, y él me la apretó.

Asintió sin hablar, sus pupilas parecían vidrio recién mojado. Soltó mi mano, justo antes de que entraran sus padres. Su padre cedió el paso a su madre, para que ésta entrara primero. Me miró, pero hizo como si no me hubiera visto, y se dirigió primero a su hijo.

- ¡Hola, cariño! Qué bien huele, ¿tenéis algo en el horno? – preguntó, como hacía siempre, sin dar tiempo a responder - Me entran ganas de quedarme a cenar, seguro que lo paso mejor aquí, que en ese estúpido casino, que ya me aburre, aquí estaría... más entretenida.

«Sí, en tu salsa»

- Vaya, Eva, que guapa estás – dijo, con su tono más hipócrita.

- Muchas gracias. Lo mismo digo.

Dos fríos besos, fueron lo más correcto que nos salió.

- Hola, papá – Sebas se dirigió a su padre.

Se abrazaron, mientras mi suegra entraba hasta el salón, y se quitaba los guantes.

- Hola, Eva – me saludó su padre.

- Hola – contesté, con un hilo de voz.

Mi suegro me dio un abrazo torpe, que mi cuerpo recibió con rigidez.

Las miradas reprobatorias no me molestaban, pero la tristeza, en la cara de Sebas, me dolía mucho más que cualquier reproche.

- Entonces ahora sois una de esas parejas modernas, que se lleva bien después de separarse – con

la mirada perdida, en cualquier parte del salón, como si fuera la primera vez que estaba allí, soltó su primer dardo.

- Mamá, por favor – Sebas apretó su mandíbula, al tragar.

- Lucía, no es el momento para esta conversación – mi suegro también veía venir la tormenta.

El teléfono empezó a sonar.

- ¿Puedo dejaros solos un minuto? – con las manos abiertas, Sebas formuló la pregunta, sin un destinatario concreto.

Yo asentí, y eso le bastó; se alejó para ir a contestar la llamada.

- Huy, perdón – Lucía volvía a hacerse oír - sólo quiero entender por qué mi hijo, y su ex mujer – me miró sin pestañear - pasan juntos una noche tan especial como ésta - su tono de superioridad me hizo reaccionar.

- He venido porque me han invitado – estaba encendida.

- Ya hija, pero es que hay veces que hay que saber decir que NO – y ni ese “*hija*” era afectuoso, ni ese “*no*” se limitaba a esa frase.

- ¿Qué quieres que haga?, ¿qué me flagele?, ¿qué me arrodille, y os pida perdón?... Lo siento. Lo siento mucho – sollocé.

- No es eso, Eva, pero digo yo, que algo avergonzada estarás – se regocijó de mi dolor - Yo muero de vergüenza cada vez que lo pienso. Y venir hoy aquí, hacer este paripé, no sé hija, no sé – me hablaba con total indiferencia, despreciándome.

Mis actos eran injustificables, y sus palabras me los recordaban, ensuciándolos todavía más; unas lágrimas, llenas de impotencia, recorrían mi cara.

Lo había conseguido. Había venido con un fin, y lo había logrado. Cuando Sebas volvió al salón, se encontró el panorama...

- ¡Joder! ¿Qué ha pasado aquí? – me miraba sin saber qué hacer, perdido - Sabíais que ella iba a estar, si no podíais soportarlo, no haber venido, así de claro. ¡Esto no es necesario, no lo es! – negaba con la cabeza, y miraba a su padre, y a su madre, intermitentemente.

- ¡Pero si no le he dicho nada! Eva, parece que no se te puede hablar - con aspavientos, mostraba su indignación.

- Lo siento, lo siento muchísimo. Os ruego que me disculpéis - no aguanté más en aquel salón, y subí las escaleras, para encerrarme en la habitación.

- Ya está, se acabó, no quiero terminar así el año. Es mejor que os marchéis – la voz de Sebas se escuchaba en el piso de arriba.

- Hijo, ¿nos echas? – su padre no entendía su reacción.

- Papá, no tendría que hacerlo si hubieseis mantenido la compostura, pero mirad qué habéis conseguido con vuestra actitud.

- Eres nuestro hijo, y exigimos respeto para ti, y para nosotros; no te hemos educado para que

soportes esto – su madre se encaró con él.

- Me vais a disculpar, pero si alguien ha de pedir explicaciones, soy yo.

- No dejes que te engañe de nuevo. Si lo hizo una vez, no veo por qué no puede haber una segunda, una tercera...

- ¡Dejadlo ya, sé bien lo que tengo que hacer! – caminó hacia la puerta, y la abrió, a la espera de que sus padres se fueran.

Pocos minutos después, dejé de escuchar sus voces.

Sus pasos subiendo las escaleras, caminando por el pasillo, y deteniéndose delante de la puerta. Llamó dos veces, y abrió, sin invitación a entrar. Se agachó en el suelo, a los pies de la cama, donde estaba yo.

- No quiero que llores más, ¡ya está bien! Te pido disculpas por sus impertinencias, lo siento de veras. No nos merecemos juicios paralelos, vengan de quién vengan – su mano se apoyó en mi rodilla.

Levanté la mirada, y me encontré con unos ojos que mostraban una mezcla de tristeza y decepción. No podía hablar, ni siquiera era capaz de coger aire.

- Esto ha sido una idea pésima, no debí haber venido. Lo siento, Sebas, lo siento muchísimo, lo siento, perdóname, perdona por todo el dolor que te estoy causando. Lo siento, lo siento... - todo mi cuerpo temblaba, a excepción de mi rodilla, que estaba cubierta por su piel.

- Ssshhh, calla, vamos, no llores más – apretaba sus dedos sobre ella, hasta que por fin se decidió, a hacer lo que le pedía su corazón, y sus brazos me abarcaron por completo.

Sentados, a los pies de la cama, me acurruqué contra su pecho; fue entonces cuando sentí miedo. MIEDO, así, con mayúsculas.

- Si no paras de llorar, dejaré de abrazarte – me amenazó, mientras dejaba un beso entre mi pelo. Me tranquilicé un poco.

- Eso es, nena, respira despacio, cálmate – me decía, dulcemente, mientras acariciaba mi cabeza.

- Si vuelves a llamarme *nena*, no podré tranquilizarme – no me cogía el aire en el cuerpo, cuando escuché mi *nena*.

- Si mal no recuerdo, te encantaba – me susurró.

- Si mal no recuerdo, antes me merecía esa forma especial de llamarme.

Sonrió, y me apretó más contra su cuerpo, apoyando su mentón en mi cabeza.

- ¿Cómo he podido haberlo hecho? Es que no puedo entenderlo – giré mi cara por completo, y la pegué a su pecho, respirándolo a él.

Sebas no quiso ahondar en mi pregunta. Al menos no en ese momento.

- Venga, no más lágrimas, ve a lavarte la cara; estarán a punto de llegar – el contacto lo había superado, estoy segura de ello, así que me apartó de él, porque el cuerpo le pedía cosas que la razón le negaba.

- No ha sido buena idea lo de esta noche...

- No, no lo ha sido pero, a lo hecho, pecho, así que vamos a pasarlo lo mejor posible. Te espero abajo – se levantó, y caminó hacia la puerta. Estaba nervioso.

- Sebas – lo llamé con todo mi cuerpo, a través de mi voz.

- ¿Qué? – se detuvo, y me miró.

- Gracias – tragué con esfuerzo.

Sus labios se curvaron en sonrisa, y sus ojos brillaron.

Tardé unos veinte minutos en arreglarme. Cuando estaba a punto de bajar, llegó Vero.

- ¡Mi nuera favorita! ¿Me da su permiso? – me habló desde la puerta.

- Le faltó tiempo para contároslo – colocándome la tuerca del pendiente, le respondí, negando con la cabeza.

- Anda, no te hagas la mártir - Vero se acercó, para abrazarme.

- Te juro que hoy tengo las lágrimas muy flojas, y no quiero volver a llorar – me separé de su abrazo, y me senté en la cama, para calzarme.

- Debes entenderlos, sé que son los suegros, y que sólo por eso parten en desventaja, pero entiende que son sus padres, los padres de tu marido, al que has engañado... es difícil para ellos. No tienen derecho, pero de algún modo también se sienten estafados; ahora mismo no estás en la mejor posición, y no debes canalizar tu dolor hacia ellos. Focaliza con cabeza. Y ya, dicho esto, sólo me queda añadir una cosa: demasiado bien has estado, yo le hubiera partido la nariz, a la estirada de Lucía, y le habría dado una patada en los huevos, al gilipollas de su marido.

Sonreí y callé, porque no merecía la pena seguir llorando, ni estropearle la noche a nadie más.

- Estás preciosa, Eva; seguro que Sebas, esta noche, no podrá resistirse – me apartó de la cara un mechón de pelo.

- Vero, por favor – la miré, suplicando que no siguiera por ese camino.

- Está bien, lo siento, pero es que estás guapísima. Hasta tus ojos tienen un brillo especial.

- Eso es por haber estado llorando – negué con una sonrisa.

- Pues te sienta muy bien.

- Si así fuera, sería la reina de la belleza, con todo lo que llevo llorado.

Cogidas de la mano, bajamos al salón; ya eran casi las nueve de la noche.

Con Jaime entre mis brazos, saludé a Pedro, que estaba con Sebas, bebiendo una copa de vino, frente a la chimenea.

Risas, anécdotas, y comentarios agradables, ocuparon los minutos previos a la cena. Miradas furtivas, entre *mi marido* y yo, miradas entre sonrisas y brindis. Miradas que aportaban oxígeno directo al corazón. Miradas que se cortaron, por una llamada a su móvil.

...

- ¿Qué os parece si cenamos? – propuso Vero, unos minutos después de que Sebas hubiera

desaparecido de nuestro lado.

- Sí, creo que es buena hora para comenzar. Voy un momento al servicio, y ya vengo – Pedro dio un beso a Jaime, y lo dejó en los brazos de su mujer, a la que besó en la mejilla, antes de salir hacia el baño.

- Tsss – Vero llamó mi atención – Ve a buscarlo.

Me froté las palmas de mis manos contra el cuerpo, y la miré, con dudas.

- ¡¡Vamos!! – señaló, con su cabeza, hacia la puerta.

- Está bien – inhalé y exhalé, un par de veces - Ahora vengo – salí del salón, en su busca.

Mis ojos se paseaban nerviosos, buscándolo.

Me acerqué a la ventana que da al porche, y lo vi, apoyado en una columna. Llevaba unos pantalones pitillo, en color azul marino, una camisa rosa palo, ceñida a su cuerpo, y unos zapatos marrones, de piel. Estaba irresistiblemente guapo. Al estar apoyado, mantenía su pierna izquierda totalmente estirada, y la derecha la cruzaba sobre esta, gracias a lo cual, su trasero se marcaba bajo sus pantalones... mucho, lo que provocó que me mordiera el labio y cerrara los ojos, mientras tomaba aire.

Resoplé, y fui a abrir la puerta. Escuché su risa, y un trozo de la conversación “... *y yo a ti también, que pases una buena noche, un beso*” me quedé petrificada, sosteniendo la puerta abierta, sin ser capaz de reaccionar.

Se giró antes de que pudiera pronunciar su nombre, y pude ver la sorpresa en sus ojos, por encontrarme allí.

- Vienes a buscarme para cenar – estaba tanteando mi reacción, con esa frase intrascendente, y obvia.

- Sí, yo... ya está la mesa lista – me dolía algo dentro, y salía trastabillando hacia fuera.

- Bien, pues vamos, estoy hambriento – cruzó la puerta, la cerró a su espalda y, tres pasos después, se detuvo.

Se volvió hacia mí, al ver que no lo seguía.

- Eva – retrocedió lo andado, y me tendió su mano, invitándome a acompañarle.

- Voy - incliné la cabeza hacia atrás, y miré al techo, mientras soltaba el aire por la boca.

- Aquí también colocaré muérdago – me dijo, acariciando mi mano entre sus dedos, cuando la agarró.

Le devolví una sonrisa, aún con el corazón apretado, por haber escuchado parte de su conversación telefónica.

- En realidad debería haberlo puesto ya, así tendría una excusa para haberte besado, porque viendo lo guapa que estás, besarte es lo mínimo que me apetece hacer.

Cerré los ojos, y me bebí sus palabras.

¿Por qué no creérmelo, por qué no dejar que, por una noche, todo volviera a ser como si nada

hubiera pasado? ¿Por qué no pensar que, el destinatario de ese beso, que acababa de mandar por teléfono, no era esa persona que yo creía que estaba entrado en su corazón? ¿Por qué achacar sus palabras, a la culpabilidad que sentía, por no saber cuánto había escuchado de su conversación? Tiró de mí hasta su pecho, y me abrazó, recomponiendo mis pedazo rotos, antes de empezar a caminar, tomando mi mano entre la suya.

...

La cena transcurrió en perfecta armonía, las bromas, y las risas, nos acompañaron durante el resto de la noche. Jaime, un año más, fue el centro de atención, hasta que se quedó dormido; lo subimos a la habitación, donde yo me había instalado.

Mientras recogíamos, Vero se acercó a Pedro, y le dijo algo al oído. Él abrió mucho los ojos, y después lo vi sonreír, mientras negaba con la cabeza. No puedo decir por qué, pero supe que aquel intercambio de miradas no traería nada bueno, y que mi noche aún iba a tener alguna que otra sorpresa.

A las dos de la madrugada, empezó a tejerse su plan...

- Chicos, este año me parece que no me arriesgaré a coger el coche, he bebido, tanto o más, que mí querido esposo – Vero se estiró, teatralmente, en el sofá.

«*Te veo venir, Vero*»

- Opino que sería una inconsciencia, si lo hicierais – Sebas no se olía nada - Además, no lo permitiría. Os llamaré a un taxi – solucionó.

Pedro y Vero se miraron, asombrados.

- ¿Acaso no nos invitas a quedarnos a dormir? – preguntó Vero, haciendo un puchero con su boca. Mi amiga, con artimañas, intentaba conseguir algo, y yo empezaba a tener una idea de lo que era... Ahora éramos Sebas y yo los que nos mirábamos.

- Tenéis habitación de invitados y, ¿nos vais a mandar en taxi? – Vero miraba a Pedro, buscando su apoyo, pero este se limitaba a llevar su copa a la boca, para evitar hablar – ¡Ni que fuera la primera vez que nos quedamos a dormir!

- Es que Eva está usando esa habitación... - Sebas se frotaba la frente.

- ¿Y? – Vero no encontraba el problema... a pertinaz no le ganaba nadie.

- Disculpadme, ahora vengo – no me sentía con fuerzas para escuchar la siguiente excusa, que Sebas pudiera darles; así que subí al cuarto de baño, y me apoyé en el lavabo, sin ser capaz de ver mi reflejo en el espejo.

Pasado unos minutos, apareció Sebas. Se acercó a la puerta, que estaba entreabierta, y la empujó un poco.

- ¿Los has convencido? - pregunté, hablándole a su reflejo en el espejo.

- No quieren irse en taxi; se quieren quedar a dormir – se calló, y yo aparté la mirada del espejo - Sabes qué es lo que pretenden, ¿verdad? – con su brazo, se apoyaba en el marco de la puerta.

Resoplé.

- Llama a ese taxi, pero para mí, les dejo la habitación, yo tampoco puedo conducir – en cuanto acabé de hablar, bajé la mirada, siguiendo el recorrido del agua que se perdía por el desagüe.

- Eva, ya está todo arreglado. Sólo he subido para decirte que pasaras tus cosas a la otra habitación.

- ¿A qué otra habitación? – me volví hacia él, y apreté el cristal del mueble del lavabo, entre mis manos. Sólo quedaba una habitación más, que no usábamos, y yo no podría entrar en ella. Sólo de pensarlo entré en pánico, y comencé a respirar agitadamente – Sebas, yo no... no puedo usar esa habitación.

Al ver mi reacción, entendió lo que me ocurría, y me agarró por los hombros, hasta hacerme girar, y ponerme de frente a él.

- No me refería a esa habitación, Eva – su voz también estaba a punto de quebrarse – me refería a la nuestra... quiero decir, a la mía – dejó que sus brazos resbalaran por los míos, mientras se mordía la carne de su mejilla.

Respiré aliviada, y sentí como el miedo se recogía de todo mi cuerpo, para volver a ocupar su espacio, más reducido, en mi barriga.

- ¿Crees que es buena idea que durmamos juntos? – bajé mi cabeza, pero no dejé de mirar sus ojos, esperando una respuesta.

- Prefiero no pensar. Voy a abrir la cuna de viaje, para Jaime – desapareció tan rápido, que no tuve tiempo a descifrar su expresión.

Yo tampoco quería pensar pero, si lo hubiera hecho, no hubiera cambiado su cama por nada en el mundo, porque me moría de ganas de dormir con él, con mi amor, con el amor de mi vida, con mi marido, con Sebas.

Cuando bajé, para decirles que tenían la habitación lista, y que Jaime ya estaba en la cuna, pude ver una sonrisa de satisfacción en sus caras, encantados de que su plan hubiera salido a la perfección. Incluso Vero me guiñó un ojo.

- Estáis como cencerros – les dije, mientras llenaba una bandeja con copas vacías.

- Eva, hemos bebido, no pretenderías que lleváramos el coche – me dijo mi compadre, haciéndose el inocente.

- Si esto no funciona, nosotros ya habremos agotado todos nuestros cartuchos – Vero me quitó una de la mano, para acabar su contenido, sin importarle si era la suya, o no.

Cuando subimos a acostarnos, Vero me dio un cachete en el culo, que me hizo poner los ojos en blanco. Los vi entrar abrazados en la habitación, mientras leía, en los labios de mi amiga, la palabra “*SUERTE*”

Cuando llegué a *nuestra* puerta, agarré el pomo, y me quedé unos segundos con él entre las manos, antes de reunir el valor para abrir.

- Vamos, entra.

Me giré de repente, y mis labios gritaron un ¡¡¡*V E R O!!!*, sin voz, que lo escucharía hasta un sordo.

«¡¡*Es que te mataría!!*»

Abrí, y me repetí mi mantra: *de perdidos al río*.

Sebas estaba lavándose los dientes, con su pantalón negro de pijama, y sin parte de arriba.

Su espalda se marcaba muchísimo, porque estaba apoyando el peso de su torso sobre su brazo izquierdo, lo que hacía que su omóplato sobresaliera, y se notara la tensión de su fibroso cuerpo.

Me giré, y normalicé mi respiración, mientras me sentaba a los pies de la cama.

- Acabé en el baño, puedes pasar si quieres – mientras se secaba las manos, me habló simulando normalidad.

- Gracias – me sentí pequeña.

Me lavé los dientes, me puse el pijama y...

«¿*Ahora qué?*»

- Sebas, siento mucho lo de esta tarde, con tus padres... - sentía que tenía que pedirle perdón por tantas cosas...

- Olvídalo, Eva, no tienen disculpa, has estado demasiado correcta con ellos. Venga, métete en la cama, y vamos a dormir, que ya son las cuatro de la madrugada – palmeó el lado vacío de su colchón, *mi lado*, y después se frotó la cabeza con su mano.

Caminé, a cámara lenta, hasta mi lado de la cama, porque no sabía si debía, o no, meterme en ella, seguir danzando, entre el baño y la habitación, esperar a que volviera a insistir, para que me acostara...

- ¿Vienes o qué? – preguntó, separando los brazos de su cuerpo, y mostrando las palmas, esperando mi reacción.

- Sí, voy, es que... me resulta tan extraño, que me hace sentir rara.

- No querrás que duerma en el suelo – lo preguntó en serio.

- No, no; no es que no quiera dormir contigo, es que... me produce nervios el saber que voy a hacerlo en la que era... nuestra cama – con mis manos en la espalda, le hablé retorciendo mis dedos.

- ¿Y qué vas a hacer, exactamente, en la que era *nuestra cama*? – me dijo, golpeándose el mentón con su dedo índice, y sonriendo.

- Dormir, dormir, sólo dormir – abrí mis ojos en exceso, al responder.

Se empezó a reír, y apoyó ambas manos detrás de su cabeza, disfrutando con la situación.

- No te rías, te estoy diciendo la verdad – caminé hasta la cama.

- No lo dudo – apretó sus maxilares, y la piel sus mejillas se movió de *ESE MODO*.

Me acosté, en mi lado de la cama, y me quedé quietecita como una momia, tapada hasta la nariz.

Sebas se volvió hacia mí, poniéndose de lado, apoyándose en los cojines, sobre un brazo; yo apenas giré la mirada, sin mover la cabeza.

- Oye – susurró - vamos a dejar las cosas claras, porque si no, ya me veo en vela toda la noche, como ayer, y no me apetece – su voz *de casa*, me tranquilizó.

Imité su postura, y quedamos frente a frente.

- No vamos a hacer otra cosa que no sea dormir – me miró con una intensidad que era viento para sus palabras - por lo que puedes relajarte, y no ponerte tensa si, en algún momento de la noche, nuestras piernas, pies, brazos, o cualquiera otra parte de nuestro cuerpo, llegara a rozarse, ¿de acuerdo? – al acabar de hablar, se mordió el labio, e inspiró con fuerza.

Asentí y tragué.

«*Más claro, el agua*»

Mientras estaba digiriendo sus palabras, una de sus piernas me rozó. Su piel contra la mía provocó que mi vello se erizara, y un sudor frío recorrió mi espalda, provocándome un temblor.

Tras unos segundos, en los que intenté que mis latidos se controlaran, justificando su contacto con la pura casualidad, sentí una de sus manos en mi cadera... sus dedos acariciando mis curvas más redondas, con la yema de todos, y cada uno, de ellos.

Mi respiración se estaba volviendo loca, ya no respondía a razones.

- ¿En qué estás pensando? – ese tono... mi hogar.

- En La lista de Schindler, para que la tristeza me invada – decidí dejar de mirarlo, porque me estaba confundiendo, entre sus palabras y sus actos.

Entonces lo escuché reír... su risa... Su risa era el antídoto que anulaba mi fuerza de voluntad. Oír su risa me elevaba tan alto, que me daba vértigo.

Ni su pierna se había movido, de entre las mías, ni su mano dejaba de acariciar mi cadera.

De repente, se acercó demasiado, tanto que sentía su aliento en mi cara. La suavidad de la piel de sus labios rozó los míos, y dejé de respirar.

Lo miré a los ojos, hecha un manojo de nervios; apenas podía manejar la situación.

- ¿Qué quieres hacer? – me preguntó, sabedor de la respuesta.

«*Quererte*»

- Que me beses – preferí no arriesgar demasiado, y esta respuesta también era cierta.

- ¿Segura?

No hubo más respuestas, simplemente lo devoré. Devoré sus labios, los besé con fuerza y desesperación, lo besé como si en ese beso se unieran el perdón y la rendición, lo besé con furia y deseo, lo besé con todo mi corazón.

Tras ese beso, ya no hubo marcha atrás, y nuestras manos recorrieron ese cuerpo ajeno, que se sabían de memoria, y nuestras piernas se enredaban, inventándose un nudo imposible de desatar.

Cuando un beso se deshacía, nos mirábamos fijamente, respirando cada vez más intensamente, y

dejábamos que nuestro deseo creciera, deteniendo el tiempo en ese juego de miradas.

Su cuerpo sobre el mío, frotándonos, avivando las ganas; sus manos acariciándome, mis manos recorriendo su espalda, hasta llegar a sus nalgas, las cuales apretaba contra mí, elevando la pelvis, para encajar con él.

Su sexo duro, me rozaba. Sentirlo así, me hacía temblar.

Su pantalón desapareció, junto con su ropa interior; tras quedarse desnudo completamente, me quitó la camiseta. Mordió mis pezones, suavemente, y me retorció, después empezó a chupar con ansia, y gemí de puro placer. Con una mano masajeaba mi pecho, y lo intercalaba con pequeños pellizcos, o tirones, en mi pezón; con su boca hacía el resto, lamía, mordía, succionaba... Me volvía loca, loca de placer, loca por él.

Mi primer orgasmo llegó con ese preliminar, y gracias al rozamiento de su miembro sobre mi clítoris.

Que me hubiera deshecho de esa manera, lo puso muchísimo más. Se giró en la cama, colocando mi cuerpo desnudo sobre el suyo.

Froté mi humedad contra su verga y, deslizando mis piernas entre las suyas, comencé a descender hacia su punto más caliente.

Por el recorrido, besé su pecho, continué dejando una estela de besos húmedos por su abdomen, su ombligo, el vello que unía su barriga con el pelo de su sexo y, por fin, llegué a mi meta.

Agarré sus testículos, entre mis manos, y los acaricié suavemente, mientras metía su glande entre mis labios. Con los movimientos de su cadera, pedía meterse mucho más adentro en mi boca, yo me resistía, simplemente por jugar; sus gemidos eran la confirmación de que le estaba gustando.

- Joder, nena, me vuelves tan loco... te necesito tanto... - agarraba mi pelo, mientras me hablaba y, aunque no lo veía, sabía que estaría cerrando sus ojos, y estirando su cuello.

Sus palabras eran calambres en mi cuerpo, y me moría por sentirlo dentro, pero quería darle más, necesitaba que conmigo todo fuera más, y que cualquier otra cosa le supiera a poco.

Así que empecé a dejar que su pene fuera adentrándose en mi boca. Apreté los labios, cubrí con ellos mis dientes, y fui bajando la cabeza, poco a poco, hasta que sus pelos rozaron mi nariz, haciéndome cosquillas. De repente, un recuerdo cruzó mi mente, con la velocidad de un relámpago, el protagonista de ese pensamiento sobraba en esa cama. Abrí los ojos, y busqué la cara de Sebas.

Tenía los ojos cerrados, el ceño fruncido, y la boca entreabierta. Estaba disfrutando con lo que le estaba haciendo, así que me concentré en hacerlo bien, lo mejor que sabía, pero no hubo tiempo de mucho más, cuando su sexo ya se deslizaba a buen ritmo, dentro de mi boca, sus manos tiraron de mí, hacia arriba y, cuando pude darme cuenta, tenía su cabeza entre mis piernas.

Su lengua lamía, con suavidad, mi nudo de nervios, y se volvía más dura, al jugar entre mis pliegues; cuando eso ocurría, eran sus dedos los que presionaban *ahí*, y mi columna se arqueaba,

como muestra de placer; absoluto placer.

Cuando volvía con su lengua, al punto de mi delirio, sus dedos entraban y salían de mi interior.

- Sebas, me voy a correr – intentando apartar su cabeza, con mis manos, le hablé entre jadeos.

- Aguanta, nena, aguanta un poco más – se apartó, un momento, para poder hablarme.

Jadeaba, hiperventilaba, mi pecho subía y bajaba, a la velocidad de la luz, me agarraba las tetas con mis propias manos, y tiraba de mis pezones, para desviar la atención de un orgasmo que estaba pidiendo a gritos que lo dejara salir. Intentaba agarrarlo por el pelo, para tirar de él, y que subiera a mi boca, para que fuera su miembro el que me penetrara, pero lo seguía teniendo muy corto, y no era capaz.

- Te juro que no aguanto más, me voy a...ah, ah ¡¡¡JO-DERRRRR!!!

Convulsionando en su boca, volví a correrme, apretando su cabeza contra mi sexo, encerrándola entre mis piernas.

Me deshice como una ola en la orilla, me quedé sin fuerzas, mis ganas estaban más que satisfechas, hasta que vi su cara subiendo, poco a poco, desde el vértice de mis piernas, a la altura de mi barriga, pasando entre mis pechos, y llegando a ponerse frente a la mía.

En su boca, brillaban mis fluidos, y sólo podía pensar en limpiárselos con un beso. Así lo hice, comencé a lamer sus labios. Él se dejó hacer, y yo volví a sentir como renacía mi deseo.

Con su mano, llevó su sexo a mi entrada; detuve el beso, y levanté mi pelvis hacia él, para recibirlo.

Nos mirábamos fijamente, mientras nuestras bocas suplicaban más oxígeno, que el que había en la habitación, para satisfacer a nuestros pulmones.

Volví a sentir presión, en esa zona, y resbalé por su miembro.

- Para, para, para – me pidió.

Lo miré extrañada, y estiró su brazo hacia la mesilla - Tengo que coger un condón – dijo, cuando sabía que aún podía mantener el control sobre la situación que, en breve, se descontrolaría completamente.

«Un condón...»

Quise decirle que nada había cambiado, quise decirle que seguía siendo la de antes, quise decirle que confiara en mí, pero no quise mentirle...

Me sorprendió que tuviera condones en la mesilla, y también la rapidez con la que los localizó.

Su mención, entre nosotros, hizo que parte de la magia se esfumara, pero no podía reprocharle nada, entendía que lo que me pedía era lo correcto; aquella noche, en mi casa, no los habíamos usado, pero no quería pensar en el motivo que lo llevó a querer ponerse uno en esa ocasión.

- Yo te lo pongo.

Se lo quité de las manos, y rasqué el envoltorio con mis dientes. Saqué el preservativo, y dejé caer el papel plateado, pero... algo llamó mi atención.

Mi corazón dejó de latir, durante unos segundos, la pena lo heló. Inspiré profundamente.

- Nena, ¿ocurre algo? – tomó mi nuca, y me besó.

Me limité a negar con la cabeza, y a cerrar los ojos, pero no se me borraba de la mente lo que acababa de ver, escrito en rojo, en el envoltorio del preservativo, con una letra que no era la suya
“*ONLY FOR ME, T.Q.*”

Aunque lo intenté, ya no conseguí volver al punto anterior, ese en el que todo era amor, deseo, y sexo en estado puro... él y yo.

Fui consciente del momento en el que se corrió, sentí cómo su corazón latía, apoyado sobre mi pecho, y sentí que él también se había dado cuenta de que yo me había rendido mucho antes de llegar.

A los pocos segundos, se dejó caer hacia su lado.

Frió.

- Lo siento, teníamos que usarlo, ya sabes, ahora, en nuestra situación... es una inconsciencia no utilizar nada. Ya sé que no puedes quedarte emba...

- No te preocupes, te entiendo – le corté, no quería seguir escuchándolo.

Ninguno se movía, ninguno hablaba.

Finalmente fui yo la que no aguantó más, y me levanté, para ir a la ducha. Sabía que mis lágrimas acabarían saliendo, así que, con el agua cayendo sobre mi cara, no tendría por qué disimular... pero no contaba con él. No contaba con sentir cómo sus brazos me rodearon por detrás. No contaba con sentir su cabeza en el hueco de mi cuello. No contaba con sentir sus temblores, cuando se derrumbó, y lloró como un niño, encaramado a mi cuerpo.

- Lo siento - me pareció gracioso que fuera él quién se disculpara - No sé reponerme a esto, Eva, no lo sé hacer. Aún te quiero tanto... y me odio por hacerlo, pero no puedo evitarlo – me di cuenta del daño que le estaba haciendo - Sin ti estoy a la deriva, y necesito que me quieran, necesito saber que para alguien soy necesario... - rodeándome con sus brazos, me apretaba contra su cuerpo, y yo nunca había sentido tanta distancia entre los dos.

- Sebas... - no quería que siguiera hablando, no lo podía escuchar.

- No, no digas nada, déjame terminar – posó sus dedos en mis labios - No puedo perdonarte, no soy capaz de olvidar, lo intento, pero no lo consigo, y me estoy volviendo loco. Fingir ser quien no soy, me está consumiendo.

Me volví, y lo miré. Continuó hablando, con su voz de casa, desde el corazón.

- Yo sé que sería más sencillo tirar para adelante, juntos, e ir poco a poco superándolo, pero es que hay momentos en los que te odio tanto... tanto que me asusto, y, en esos momentos, retrocedo demasiado en el tiempo, recuerdo tantas cosas que, si pusiera todo en una balanza, nunca estaría compensada. Quiero darte tu canción, “*Ne me quitte pas*”; quiero no dejarte nunca, pero estoy tan herido, y tan decepcionado, que me es imposible... no sé cómo – apoyó su frente en la mía, tomó

mi cara entre sus manos, y se calló.

Un puño, que presionaba con fuerza, me retorció las entrañas, y me las apretaba con saña, en el centro de mi barriga.

Cerré los ojos, y giré el grifo, para que parara de echar agua.

Me dejé caer en el suelo de la ducha; Sebas se sentó a mi lado, tapándose la cara con ambas manos.

- Tú no te mereces esto – por fin había conseguido encontrar mi voz - pero yo tampoco. Nos estamos destruyendo, nos estamos haciendo mucho daño, así no podemos seguir. Así no, Sebas. Soy consciente de que lo he estropeado, pero el herirnos de este modo... no nos compensa. Yo también te quiero, pero no puede ser, no así. Tú no avanzas, y yo no puedo caminar de espaldas, reviviendo a cada paso lo ocurrido. Parece que, en nuestro caso, el amor no ha sido suficiente. Lo siento. Lo siento tanto... – entre sollozos, conseguí decirle todo lo que sentía.

Suspiramos, y permanecemos en silencio mucho tiempo.

- ¿Cuánto tiempo tendrá que pasar para que podamos vernos sin morirnos el uno por el otro? – me preguntó, aún con las manos tapándose la cara, como si yo tuviera la respuesta.

Lo miré, ladeando la cabeza, mientras me limpiaba las lágrimas. Aparté sus manos de la cara, para que pudiera verme.

- Te voy a querer siempre, Sebas. Siempre. Eres el amor de mi vida, me has querido como nadie nunca me querrá, me has cuidado y valorado, me has mimado y consentido, me has hecho sentir la mujer más afortunada de la tierra...

- Pero te fallé cuando más me necesitabas, y buscaste curarte en los brazos de otro – sus palabras me dolían tanto, que me faltaba el aire.

- No digas eso, las cosas pasan siempre por algún motivo. Ni tú las provocaste, ni yo las evité.

Me abrazó, y nos besamos. Y ese beso no fue bonito, supo mal. Supo a izar la bandera blanca de la derrota, supo a decir *adiós*.

Tras secarnos y vestir, nuevamente, nuestros pijamas, nos metimos en la cama, y me abrazó por detrás, como hacía cada noche... *antes...* de todo.

- Pedro y Vero han vuelto a fracasar en su intento... se van a disgustar – me dijo, con la voz tomada por el llanto.

- Lo superarán, todos lo haremos, ya lo verás – y yo sabía que eso era imposible – será difícil, pero lo conseguiremos – apreté su abrazo con mis manos, y suspiré.

Exhaló con fuerza, y su aliento me acarició la piel del cuello.

- Va a ser lo más difícil que hagamos en la vida. Alejarte de mi corazón será como obrar un milagro – me dijo con la voz quebrada.

- Si crees en los milagros, entonces yo aún no te diré adiós – le dije, cerrando los ojos con fuerza.

- Eso nunca, ya sabes que no te gusta esa manera de despedirse, lo nuestro será un...

- ¿Hasta pronto? – pregunté, con un halo de esperanza...

- Hasta siempre – sentenció.

Y así, con ese sabor amargo que dejan las despedidas, apagamos nuestras voces, a las seis de la mañana, de aquella madrugada de Fin de Año del 2003.

DIA 86 – SALTOS EN EL TIEMPO

PARTE I (17 DE DICIEMBRE 2003)

- Fue el propio señor García quien solicitó el cambio. Si quiere hablar con él, puedo dejar un recado a su nombre, pero no puedo facilitarle su nueva habitación, lo siento - el chico de recepción se justificaba ante mi pregunta.

- No se preocupe, lo entiendo... Dígale – dudé -... sí, dígale que Eva Costa... no, mejor no le diga nada - tamborileando mis dedos, sobre el mostrador, decidí dejar las cosas como estaban.

- ¿Eva Costa? – preguntó, como si me conociera.

- Sí – asentí.

- ¿Es la señorita Costa? – insistió.

- Sí.

- Entonces tengo algo para usted – se alegró.

- ¿Para mí? – me señalé con mis propias manos.

- Sí, para usted. Estuvimos llamando a su habitación, íbamos a intentarlo más tarde, pero ya no hará falta, tenga.

Y me entregó un sobre sin remite, pero el destinatario lo decía todo: **EVA COSTA, MI SANTERA...**

Tardé en llegar a mi habitación, así como quince horas. Se me hizo eterna, la distancia desde recepción hasta el cuarto piso del hotel. El ascensor se detuvo en todas, y cada una, de las plantas. Mis manos sobaban el sobre que Ángel había dejado para mí; lo acariciaban, lo apretaban, lo arrugaban, lo planchaban contra mi pecho, lo arañaban, levantaban un poco la tapa, pegada con su saliva, la volvían a pegar... noté que había un trozo de papel más duro, y pequeño, dentro del sobre, y mi cabeza imaginó la carta, de unas cinco maneras diferentes: en una, él me pedía que lo olvidara para siempre, que nos habíamos dejado llevar demasiado, que había confundido sentimientos, pero que se había dado cuenta de que aún no había llegado esa persona por la que valdría la pena cambiar. En otra, me suplicaba que lo quisiera, que todo volviera a ser como esos días en Bahía, que ya veríamos cómo nos las arreglábamos, pero estando juntos. Imaginé también, que me confesaba que tenía otra vida paralela, con mujer e hijos, y ese era el motivo por el que no había dejado Bahía por mí. Después pensé, que lo que podía haber allí escrito, era una venganza por aquel fatídico SMS, que iba destinado a mi marido, y que él había escrito una carta de amor para Rebeca, y me la había dejado a mí, por una *equivocación* nada fortuita. Por último, intentando descifrar qué podía ser aquel papel más duro, que se distinguía al tacto, pensé que me diría que se había quedado embarazado, y que me enviaba la ecografía, pues yo era la madre; me reí como una idiota, ante esa última teoría, y los ocupantes del ascensor me tomaron por loca,

apartándose de mí, descaradamente; respiraron aliviados, cuando abandoné el ascensor, para salir en mi planta.

Ya en la habitación, abrí el mini bar, y cogí un benjamín, lo descorché, me senté en la cama, y dando primero un trago, me dispuse a abrir el sobre...

Me preguntaste qué podía ofrecerte, y yo no supe qué contestar.

Pensaba que, al decir te quiero, a las mujeres se os caían las bragas... como te dije una vez, contigo todo se va al traste, porque tú eres diferente.

Sinceramente, esperaba que me dijeras que también me querías, que aunque volviste por él, ya no sentías lo mismo que antes de haberme conocido. Que me necesitabas, que querías intentarlo, aunque fuera una locura, aunque fuera arriesgado, aunque pudieras perder más de lo que ibas a ganar.

Que me quedara contigo, que tú no eras valiente, para dejar todo atrás e irte lejos, pero que querías estar conmigo.

Nunca fui hombre de una sola mujer, nunca me lo planteé siquiera, porque ninguna me completó como lo has hecho tú. A ninguna he querido como a ti, de esta manera que me desquicia, y sólo se vuelve un poco cuerda cuando tú estás cerca.

Yo era como te imaginabas, incluso peor, pero porque no te había conocido. Una vez que entraste en mi vida, ya nada volvió a ser igual, yo no volví a ser el mismo. Me hiciste necesitarte, me creaste adicción a ti y, esta dependencia, sólo tiene dos maneras de curarse: CONTIGO o sin ti.

CONTIGO:

No estoy muy ducho en esto de expresar sentimientos, ya ves la que lie con el *te quiero*. Se me escapa de las manos esta situación, no sé qué más decir, no sé cómo puedo convencerte de que no eres una más. Santera, tú eres la más. La única.

Creo que me conoces bastante bien; me abrí a ti, como no lo hice con nadie, y me duele que no te baste con ofrecerte mi amor. Entiendo tu situación, por eso no insistiré, sé que aquí hay gente que te necesita, están tus padres, tus amigos, él... pero, ¡qué cojones!, yo también te necesito, y te quiero, y te deseo, y me voy a volver loco de tanto pensar en ti. No puedo vivir sabiendo que no volveré a besar ese lunar que tienes al final de tu espalda, sabiendo que no volveré a excitarme, mientras te veo concentrada, frunciendo el ceño, y llevándote una mano a la nuca, para masajearla; sabiendo que no volveré a pasear contigo, agarrados, mientras te escucho hablar de mil cosas diferentes, y me pregunto cuál será el mejor momento para callarte con un beso. Me voy a volver loco sabiendo que no volveré a follar contigo, ¡ay, Santera!, debo confesar que eso lo llevo muy mal, no te voy a engañar.

Sin ti:

No quiero tener que volver a pasar por el sin ti. No quiero vivir el resto de mi vida sintiéndome cojo, sintiendo que me faltas. Ya lo sufrí durante seis meses, y he tenido suficiente, pero entiendo que elijas esta opción... Sí, lo entiendo, porque estos días me he comportado como un gilipollas. Soy consciente de que te he hecho mucho daño, y que mi actitud ha sido inmadura, pero... y sabes que siempre hay un pero... la rabia me movía, estaba cegado y dolido; en ese mensaje que te envié, yo renunciaba a todo lo mío, me postraba a tus pies, era tuyo, te pertenecía... y tú, no solo no me respondiste, sino que, cuando yo ya había asimilado tu silencio como una negativa, me envías un mensaje de amor, cuyo destinatario no era yo... Santera, nunca sabrás cuánto dolió.

Nos hemos hecho daño, y nos hemos dicho cosas muy feas.

Nos hemos querido, y nos hemos callado cosas muy bonitas.

Tenemos de todo un poco, así que vamos a tener que decidir con qué nos quedamos, y qué tipo de punto le ponemos a esta historia... ¿final, seguido, aparte?

Cuando acabé de leer la carta, sentí un dolor, tan dentro de mí, que me hizo perder el equilibrio. Era como si mi alma quisiera abandonar mi cuerpo, para correr hacia él.

Me dejé caer hacia atrás, y apreté el papel contra mi pecho, después lo llevé a mi cara, para olerlo. Olía a él, olía a Ángel, olía a taquicardia, y a falta de aire, olía a deseo, y a peligro. Olía a estar viva.

De pronto recordé que, dentro del sobre, había un trozo más pequeño, y duro, que el papel de la carta. Metí la mano, y lo saqué; parecía una foto pero, antes de girarla, leí lo que tenía escrito por la parte de atrás: **“tú has convertido esta casa en mi hogar. Este piezo ha encontrado su horma, en el hueco de tu cuerpo”**

Al girarla, vi un mural de unos dos metros cuadrados, colgado en la pared de su salón, en donde debería haber una televisión, un mueble, donde guardar recuerdos, poner marcos, o figuras; en su lugar, en esa pared desnuda, estaba nuestra foto, la que nos sacamos aquella noche que hicimos el amor, en el mismo suelo, sobre una manta, al abrigo de la selección musical que Ángel preparó, capitaneada por *Tom Waits* y nuestro *Ol'55...*

DIA 71 A DIA 62

RECUPERÁNDOME, PROPÓSITO EN MARCHA

No era mi intención empezar el año con ese dolor en el pecho, pero el salir de mi antigua casa, con la sensación de que no iba a volver, me dolía tanto que asfixiaba.

Vero insistió en quedarse conmigo, pero decliné su ofrecimiento. Dani me llamó, imagino que alertado por ella porque, debido a los acontecimientos, nuestro contacto era más bien escaso, e insistió en venir a hacerme compañía, pero les rogué que me dejaran sola, que necesitaba sacar mi dolor, y no paliarlo más; yo no estaba para nadie, ni siquiera estaba para mí.

Me permití desperdiciar, de ese modo, entre llantos, quejidos y mocos, el primer día del nuevo año, pero a partir de ahí, se acabarían las lágrimas, debía deshacerme de mi pena, e intentar ser feliz. Ya me tocaba.

Mi trabajo, y mi gente, eran mi motor, y mi motivo para seguir adelante, con ganas y con fuerza.

Intentaría cumplir, cada día, con mi nueva actitud ante la vida.

Mis padres por fin se decidieron a conocer mi nueva casa. Ver sus caras de afligimiento, mientras asentían, al entrar en cada una de las estancias de mi piso, en lugar de consumirme, me hizo gracia.

- Vamos, no seáis tontos, estoy bien, ¿no me veis? Soy feliz, o por lo menos, voy por el buen camino para volver a serlo.

Mi madre tragaba con dificultad, y seguía afirmando con la cabeza, elevando la mirada al cielo, pidiendo por su hija, la desamparada.

Mi padre... mi padre le apretaba el hombro a mi madre, y bajaba la vista al suelo, cuando mis ojos se topaban con los suyos.

Pero sus emociones ya no me punzaban el corazón, el cambio se estaba fraguando, iba a demostrarle a todos que mi vida acababa de empezar, que resurgiría de mis cenizas, cual Ave Fénix.

DIA 61 A DÍA 60

NUNCA SE ESTÁ PREPARADA

El domingo once, cuando encendí mi teléfono, tenía un mensaje de Sebas. Retrocedí todo lo conseguido en cuanto a mis sentimientos hacia él... sería imposible dejar de sentir por él, y continuar construyendo una vida paralela. Me pedía quedar, porque quería hablar conmigo, en persona... Nunca iba a ser un buen momento para enfrentarme a él, pero ahora estaba todo demasiado reciente: la noche de Fin de Año, nuestras lágrimas, la despedida...; aun así, acepté. Nos vimos esa tarde, en Paseo de Recoletos, en nuestra cafetería, en *El Espejo*, donde coincidimos, *a propósito*, para tomar aquel *café solo, conmigo*.

Cuando llegué, él me esperaba en la mesa de nuestra primera cita. Me encantó que lo hiciera. Me gustó que lo recordara.

Estaba impresionante, con una chaqueta fina, de color gris claro, encima de una camiseta blanca, vaqueros con un lavado oscuro, y su cara de niño, cubierta por una barba de varios días, que no era costumbre en él.

- Hola, Sebas – me deshice de mi abrigo, y aflojé el pañuelo que llevaba al cuello.

- Hola, Eva – sus ojos paseaban, sin saber dónde posarse.

Nos dimos dos besos. Estaba nervioso, irreconocible; él, tan seguro siempre... tenía la mirada perdida, y evitaba encontrarse con la mía.

- ¿Estás bien? – le pregunté, cuando me asustó lo diferente que lo encontré.

- Eh, sí, es que... quería decirte algo... que te enteraras por mí... - no encontraba las palabras, y eso me puso en alerta.

Miedo.

Apreté mis labios, conteniendo la respiración. Él inspiró con fuerza, reteniendo el aire en su pecho.

- Estoy... conociendo a alguien – se rascó la frente, y la arrugó – podría decirse que tengo... pareja – terminó de hablar, dejando la cabeza apoyada en su mano, y buscó mi mirada.

Mi mundo se detuvo. Era algo que no me pillaba por sorpresa, pero no hasta el punto de que creyera que debía contármelo.

- El mensaje en el condón, me lo dejó bastante claro – me mordí la lengua.

Cerró los ojos y resopló, mientras hacía crujir sus dedos.

- No te lo cuento porque vayamos en serio... sólo te lo digo porque estoy viéndome más con esa persona... y no quiero que un día, por casualidad, nos encontremos, y que te enteres de ese modo, o por terceras personas... - su manera de hablar, sin apenas mirarme, sus manos tocando su cara, frotando sus ojos, rascándose entre la barba, acariciando su frente... dejaban muy claro que había

una doble intención en todo lo que me decía.

- Hace once días nos acostamos, y lloramos abrazados. Hace once días ya estabas con ella, y te importó una mierda... - yo no apartaba mi mirada, que se encontraba con todo, menos con sus ojos.

No se esperaba mi reacción, y atacó.

- Eva, no creo que estés en posición de recriminarme nada. ¿Acaso once días no son suficientes, pero quince sí? ¿Tú sí, pero yo no? ¿Cómo funciona esto? – ahí sí me miró, porque creía que tener la razón.

- Tus once días me dan la risa. Esto ya viene de más atrás – me di cuenta de que no iba a conseguir nada, si seguía por ese camino, pero me estaba doliendo tanto lo que escuchaba, que no era capaz de calmarme.

Busqué en mi interior la voz para llamarlo, y que volviera.

- Me dijiste *vena*..., me hiciste creer que...

- Sí, te llamé *vena*, quise intentarlo, quise hacerlo, pero no puedo, ¿no ves que no puedo? ¡Joder, Eva! Esto está siendo muy difícil... - sus dedos presionaban la piel de su cara, desesperado.

Hubo una larga pausa, en la que cerré los ojos, y recé para que todo fuera un mal sueño. Pero él volvió a tomar la palabra, para devolverme a la realidad.

- Yo no me acosté con otra para hacernos daño. No es la mujer de mi vida, es verdad, no lo es; yo lo sé, y ella también; pero me ayuda mucho a seguir adelante, me ayuda su compañía, y quiero que lo sepas por mí. Siento mucho si me equivoco diciéndotelo – apagó su voz herida.

«1, 2, 3, 4» «no, otra vez no»

- Yo tampoco buscaba hacernos daño, ¿cuándo te darás cuenta?! – respiré, y sentí una corriente fría recorriendo mi columna, de arriba abajo, que me hizo temblar - Fue con *esa persona* con la que hiciste *nuestro* viaje a Bangkok, ¿verdad? – busqué valor, dentro de mí, para no romperme antes de escuchar su respuesta.

Me miró sin pestañear; su mandíbula se marcaba bajo su barba.

- No éramos pareja por aquel entonces – dijo, muy seguro de su respuesta.

Reí, soltando el aire por la nariz.

- En el puente de diciembre, ¿tampoco viajasteis como pareja? – lo llevé hacia las cuerdas.

Expulsó el aire, exasperado.

- ¿A dónde quieres ir a parar, Eva? – se sentó recto, en la silla, y cruzó los brazos sobre el pecho.

- ¿Sólo quieres contarme lo que a ti te interesa, o vas a responderme? – estaba rebosando de impotencia, y de rabia.

Tragó, mordió la piel interior de su mejilla, y apretó sus ojos, con los dedos de la mano, cambiando, nuevamente, de posición.

- Eva... - frotó su nariz, y se rascó el cuello después – no le des más importancia tú que yo.

Simplemente quería que lo supieras por mí. No hay nada más.

«*Sí que hay algo más*»

- No pienso darte las gracias por tener información de primera mano, hay cosas que preferiría no saber, y ésta es una de ellas - me levanté - Por supuesto que esa zorra no es la que me sustituirá; ni esa, ni ninguna, cuando te des cuenta de ello, ojalá no sea demasiado tarde para nosotros.

Con la rabia callada, mojando mi cara, abandoné nuestra cafetería, y me juré no volver a pisarla nunca más.

Movida por el despecho, la rabia y la impotencia, esa noche llamé a Sebas; tuve que hacerlo al teléfono de casa, porque el móvil lo tenía apagado. Eran las cuatro de la madrugada y, ante la imposibilidad de conciliar el sueño, con tanto dolor dentro de mi cuerpo, me importó muy poco la hora.

- Será mejor que empieces a tramitar el divorcio – le dije, en cuanto descolgó el teléfono, y tras eso corté la llamada.

Mi móvil sonó al momento.

- ¿Por qué ahora? ¿Por lo que hablamos esta tarde? - me preguntó, en tono excesivamente bajo.

- ¡Pues claro que es por lo que me has contado! No te entiendo, Sebas, te juro que no te entiendo... ¿Sebas? ¿Me oyes? – pregunté, cuando dejé de oír su respiración.

- Yo soy el que no entiende nada... ¿qué es lo que esperabas?, ¿qué quieres de mí? ¡¿Qué quieres de mí, Eva!?! – me dijo, con más fuerza en su voz...su volumen había cambiado... entonces, mi corazón me golpeó con sequedad, y empezó a desbocarse, ante lo que, por mi cabeza, estaba pasando.

Tuve que preguntar, aunque ya sabía la respuesta, era evidente.

- ¿Estás con ella? – y temblé tanto, que tuve que apoyarme contra la pared.

- ¿Cómo que si estoy con ella? ¡Eva, no desvíes la conversación!

- ¿Estás con ella ahora? – no iba a dejar que colgara sin responderme, sin hacerle pasar por ese dolor que yo estaba sintiendo.

- Eva, por favor, no es eso de lo que estamos hablando.

- ¡¡Sebas, contéstame!! – grité.

- Sí, estoy con ella. ¿Qué importa eso? – él también alzó la voz.

Ignoré su pregunta, porque yo ya no atendía a razones.

- ¿En nuestra casa? – silencio - ¡¡SEBAS!! ¿Estáis durmiendo en nuestra cama? - quería que se atreviera a decírmelo porque, entonces, sus palabras le provocarían la misma sensación que yo estaba teniendo.

- En mi cama... ¡¡MI - CA - MA!! ¿Recuerdas que la cambiaste por la de otro? – empezaba a dolerle. Bien.

- ¡¡Maldito cobarde, eres un maldito cobarde!! Sigues queriéndome con todo tu corazón, y por culpa de tu orgullo me pierdes, Sebas, ¡¡me pierdes!! ¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿Cómo puedes ser tan cabrón? – las lágrimas, sin contención, caían al ritmo que mi corazón latía.

- ¿Tú me llamas cabrón? ¿Tienes el valor de llamarme cabrón? – el aire salía por su nariz, con indignación, haciendo ruido – así que soy un cabrón... ¿y comparándome con quién? – quería morir matando.

- No tienes comparación.

Colgué el teléfono, y empecé a golpear el colchón, con los puños cerrados, mientras ahogaba mis gritos, con la cara sobre la almohada.

DIA 58 A DIA 41

SI ME PINCHAN, NO SANGRO

Esas tres semanas fueron muy determinantes en mi vida. Tres cosas las marcaron, de un modo u otro...

...

La primera cosa importante, es que sobreviví sin noticias de Sebas; no volví a saber nada de él, en bastante tiempo, ni de la tramitación, o no, de nuestro divorcio.

...

La segunda cosa importante, que ocurrió en esos diecinueve días, fue mi charla con Dani, esa que estaba pendiente desde Menorca...

- ¡Joder, Eva, llevo sin verte más de un mes! Estás diferente, ¿te has hecho algo en el pelo? – quería aparentar normalidad, pero nada era igual.

- Me decepcionas, Dani; ni cuenta te has dado de que la diferencia de la que hablas está en el muro que has levantado entre nosotros.

Sus ojos cayeron en picado, hasta la mesa donde nuestros cafés amargaban menos que las palabras que salían de mi boca, para calificar su comportamiento.

- Aún no puedo entender por qué lo hiciste. Lo he pensado mucho, todo este tiempo. He pensado que podías haber creído que era lo mejor para mí, o simple...

- Sí, Eva, es que yo así lo creí – me interrumpió, nervioso.

- Shhh, no me interrumpas – continué - O simplemente que miras muchas películas, y que eso es lo que se suele hacer, para darle una vuelta de tuerca a la trama. He pensado y pensado, y sigo sin entenderlo; por lo tanto, me he decidido a verte, porque necesito perdonarte, y porque ya no soportaba más nuestras absurdas charlas telefónicas, fingiendo que todo estaba olvidado. Quiero verte a la cara, y que me digas *por qué*, pero te voy a decir una cosa, escúchame bien, de tu respuesta depende que nuestra amistad continúe en el punto en el que estaba, o que siga este camino de cafés, y llamadas banales – había soltado mi discurso, pero aún había algo presionándome el pecho, no sentía el alivio que esperaba.

Movió la cucharilla, dentro de su pocillo, se llevó las manos a la cara, y tapó sus ojos. Inspiró con fuerza y, tras descubrir su cara, buscó mi mirada, para empezar a hablar.

- Lo siento, perdóname. En realidad no sé muy bien por qué lo hice. Después tuve mil oportunidades de confesártelo, antes de que tuvieras que enterarte del modo que lo hiciste, pero no tuve el valor suficiente para hacerlo. Yo sólo puedo pedirte perdón, ¡por favor, perdóname!, necesito que me perdones.

«Mierda, así no, Dani, así no»

- Está bien, estás perdonado – no podía hacer nada más, lo había intentado.
- ¿Así, ya está? – preguntó, esperanzado.
- Sí. Quieres que te perdone, y lo hago, te perdono.
- Gracias, Eva, gracias pequeña, no lo volveré a hacer, te lo prometo. He aprendido la lección.
- Por supuesto que no lo volverás a hacer, porque no tendrás ocasión. Cuando volvamos a quedar, tomaremos otro café, hablaremos del tiempo, y de cómo le engordó el culo a tu tía, la de Cuenca – empecé a recoger mi abrigo, y mi bolso.
- Eva, ¿qué dices? Has dicho que me perdonabas, ¿es que no vas a volver a confiar en mí? – sus ojos, la arruga de su frente, el movimiento de sus manos... todo indicaba que no entendía nada.
- Efectivamente. Te perdono, pero no voy a olvidar que no has tenido la suficiente confianza para decirme la verdad. No me sirve de nada una amistad basada en la mentira. Quedaremos, nos reiremos, y nos olvidaremos de llamarnos, hasta que nos echemos de menos, y volvamos a quedar. Me levanté, y me mordí la lengua, para evitar dejar que unas lágrimas recorriesen mi cara.
- Te dejo, Dani, a este café invitas tú.

«Cómo me dueles, hijo de puta»

No me dio tiempo a llegar a la puerta, cuando escuché, en un grito, mi nombre.

Me giré, lo vi coger su cazadora, dejar unas monedas sobre la mesa, y caminar, cabizbajo, hacia donde yo estaba.

- ¿En tu casa, o en la mía? – pregunté, porque me temía que, lo que me iba a contar, necesitaba más intimidad que la que podía proporcionarnos una cafetería.

Lo pensó unos segundos.

- A la tuya – no me miró al responder.

Él iba en su moto, yo en mi coche. Lo veía serpentear entre el tráfico, y me ponían nerviosa sus adelantamientos. Me daban ganas de sacar la cabeza por la ventanilla, y llamarlo al orden. ¡¡Sus prontos adolescentes, me sacaban de quicio!!

Una vez en mi casa, respiré hondo, porque me temía que la charla no iba a ser agradable. Su cara estaba descompuesta, y sus ojos me evitaban. Continuaba sin quitarse la cazadora, como si quisiera marcharse lo antes posible, una vez hubiera soltado lo que tenía dentro.

- Tengo la calefacción encendida, ¿acaso no lo notas?

Cedió, y se la quitó, colgándola en las perchas de la entrada. Se tiró en el sofá, y se desató sus *converse*.

«Así mejor»

- ¿Café, o refresco?

- Prefiero una copa.

«Agárrate los machos, Evita, que se acercan curvas»

- Marchando dos copas, entonces – anuncié, desde la cocina.

Las preparé, coloqué posavasos, sobre la mesa baja del salón, y me senté a su lado.

Cogió su copa de balón, y bebió un trago; exhaló con fuerza, y volvió a beber. Me asusté un poco, ante tanta intriga, y bebí también.

- Desde lo que te dije en tu casa... no puedo dejar de pensar en ti – revolvía el contenido de su copa, con un suave balanceo de sus manos. Sus ojos se concentraban en los círculos que dibujaba el líquido.

Puse los ojos en blanco, y dejé caer mi cabeza hacia atrás, sobre el respaldo del sofá.

- ¡Dani, no me jodas!, esto ya lo hemos hablado - se me ensancharon las ventanas de la nariz, al callarme lo que me nacía decirle, pero su tono de voz me estaba resultando un tanto desconcertante, por lo que preferí esperar, a ver qué más me decía.

- ¡Joder, que difícil! – apreté el puño cerrado de una mano con la otra, y después se frotó la nariz. Se revolvió el pelo con saña, y me miró - Si hubieras leído aquel mensaje, te hubieras marchado con él, y yo te habría perdido para siempre. Estoy muerto de celos; desde que fui franco contigo, todo ha ido a peor.

Fruncí el ceño tanto, que marqué el camino de unas futuras arrugas, pero no dije ni mu.

Acabó de beber su copa, y le tendí la mía al momento.

- Te refugiaste tanto en mí, para superar sus pérdidas, que te sentía como de mi propiedad, y cuando vi que alguien podía ofrecerte una cura, mucho más efectiva que la que tú me dejabas darte, me pudieron los celos, y actué como un verdadero hijo de puta, lo sé. Lo siento, pequeña.

«*Joder*»

- El día del almacén, me acabó de hundir lo poco que te afectó lo de Patricia. Realmente, fue ese día en el que empecé a asumir, con total seguridad, que mi papel en tu vida nunca sería el que yo deseaba y, para rematarlo, esa misma noche, aparece él, tu Ángel, y su puto SMS. Acababas de verme follando y, en lugar de comerte la cabeza por lo que eso te pudo hacer sentir, aparece él, y desaparece todo lo demás. Te olvidaste al momento de mí, de lo que acababas de ver, y de cómo te pudo haber afectado. Sólo tenías ojos para él, cabeza para él, y cuerpo para él.

Se cubrió la cara con ambas manos, y comenzó a sollozar como un niño pequeño.

Me acerqué a él, y lo abracé. Rodeé su cuerpo, con mis brazos y piernas, y lo apreté lo más fuerte que pude. Dani seguía llorando, ocultando su cara.

Pasados unos minutos, cuando se hubo tranquilizado un poco, creí que era el momento de que me escuchara.

- Dani, aunque Ángel no hubiera aparecido, nada hubiera cambiado entre nosotros. Lo siento, no puedo, no te quiero para mí, te quiero conmigo. No puedo quererte de otro modo, no puedo hacerlo. Lo siento en el alma, ojalá pudiera, pero no soy capaz, y me duele horrores estar haciéndote tanto daño.

- Eva, no me dejes solo, no lo hagas por favor – sus ojos suplicantes me dolían, porque quería protegerlo, quería ser capaz de impedir que sufriera.

- Así no podemos seguir, Dani. No puedes sufrir de este modo; yo no puedo darte lo que tú necesitas, y nunca podré hacerlo – quién le provocaba ese sufrimiento no era otra persona más que yo.

Me miró, con la cara llena de lágrimas.

- Igual... si me besaras, tus sentimientos podrían cambiar... - cuando terminó decirlo, ya se había arrepentido de haberlo hecho.

Cerré los ojos, y exhalé en silencio todo el aire de mi cuerpo.

- No, Dani, te quiero como a un hermano. Aunque me duela la vida, tenemos que alejarnos, no puedo seguir haciéndote tanto daño, no hasta que comprendas que nunca seremos nada más que amigos – le dije, acariciando su pelo.

- Tengo miedo – levantó su cara hacia mí, para centrar su mirada en la mía.

- ¿Miedo a qué? – le pregunté, conteniendo mis ganas de abrazarlo.

- Miedo a mi vida sin ti – volvió a dejar caer su cabeza.

- Será temporal, será un *hasta pronto*, hasta que estés preparado para retomar nuestra amistad, que es lo que puedo ofrecerte – apreté sus manos, y tiró de mí, hasta fundirnos en un abrazo.

Lo de Dani... fue difícil, muy difícil... aún, a día de hoy, lo es. Le hecho tanto de menos... A Vero no le extrañó mucho cuando se lo conté: "*Joder, Eva, lo vería hasta un ciego, ¿por qué crees que Sebas no lo traga? Siempre ha estado loquito por ti*". Pues yo no lo veía, sería porque no era recíproco el sentimiento, o sería porque lo necesitaba en mi vida, pero a mi manera.

Estuvimos muchas semanas sin hablarnos, de hecho, la actividad de nuestro grupo de SMS era, prácticamente, inexistente...

A veces sentía una rabia que me hacía hervir la sangre, porque lo necesitaba tanto, que me enfadaba su ausencia.

Tuvieron que pasar casi dos meses, para que volviéramos a vernos...

...

La tercera cosa determinante, que me sucedió en esos días, fue el enterarme de quién era *la novia oficial* de Sebas...

- ¿Dónde la conoció? – intenté que mi pregunta sonara irrelevante.

- En el pabellón; juega en un equipo de baloncesto femenino, que ocupa la pista antes que ellos; se conocieron así, es todo lo que sé, Eva – me lo contó, sin darle mayor importancia. Vero continuaba opinando, que él lo hacía por unos motivos muy diferentes a los de *la otra*.

- No sé cómo digerir esto, no sé cómo dosificarlo. ¡Es que me quema por dentro!, y sé que no puedo reprocharle nada, pero no entiendo a qué jugó, dejando una puerta abierta a la

reconciliación, cuando ya estaba liándose con ella – Vero no me respondió, centraba su atención en la carretera, pero yo sabía que se estaba mordiendo algo - Y tú qué, ¿no vas a decir nada? – la provoqué.

- No creo que quieras escuchar lo que te tengo que decir – realizó una larga inspiración, para expulsar el aire en un soplido.

Ya habíamos llegado a Alcalá.

- Claro que quiero escucharlo – le dije, no muy segura.

Apretó sus labios, en una mueca, antes de hablar.

- Yo te habría hecho mucho más daño del que él te está haciendo – desvió los ojos de la carretera, para poder mirarme.

En ese momento, concentré todo mi odio en mis ojos, al devolverle la mirada.

- ¿No crees que él ha actuado mal, dándome esperanzas, besándome, y acostándose conmigo? ¿No crees que, de alguna manera, se aprovechó de la situación? ¿No crees que, usar un condón en el que le habían escrito un *te quiero*, fue jugar sucio? – me giré hacia ella, en el asiento.

Vero cogió aire, para poder responder.

- Á – N – G – E – L. No te olvides que fuiste tú, la que empezó; fuiste tú, la que abrió la veda; fuiste tú, la que lo engañó – dando pequeños golpes, con la palma de la mano sobre el volante, remarcaba sus palabras - Tu manera de buscar ayuda es válida, en cambio, ¿la de él no?

- ¡Que te jodan, Vero!, que te jodan a ti, y a tu falta de tacto – estaba tan enfadada con ella, que tentada estuve de bajarme en marcha.

- Pero, vamos a ver, ¿qué cojones quieres?, ¿la verdad, o que te bailen el agua? – frenó en seco, hasta detener el coche, y ganarse un bocinazo del vehículo al que precedíamos. Resopló, le mostró una mano al otro conductor, ofreciéndole una disculpa, y volvió a arrancar - Todos sabemos, incluido él, que lo de esa tía no significa nada, esa relación no va a ningún sitio, no durará es, simplemente, el clavo que saca a otro clavo. Está solo, Eva. SO - LO, y ella le hace compañía; le recordará lo guapo que es, y follaran mucho, punto y pelota. Lo que no acabo de entender es tu rabieta, ¿qué es lo que quieres, Eva? ¿Qué coño quieres de él? Decídetes de una vez, porque vas a acabar con la paciencia de todo el mundo. Piensa qué es lo que quieres, y ve a por ello con uñas y dientes. ¡¡Pero decídetes de una puñetera vez!!

- Te juro que aún no sé cómo puedo ser amiga tuya, dando ánimos te quedas sola.

- Yo sí que lo sé, porque soy la única que te dice las verdades, y te ayuda a mantener los pies en la tierra; si no fuera por mi visión de tu telenovela, estarías haciendo un *ménage à trois*, en la cama de Ángel, con una desconocida.

El silencio se apoderó del espacio. El aire, de dentro del coche, se densificó, hasta el punto de hacerse irrespirable. Bajé un poco la ventanilla, y le hablé, mirando hacia fuera.

- No crees que él sea bueno para mí, ¿verdad? – le pregunté, concedora de su respuesta.

Espiró el aire de su cuerpo, y nos miramos a la vez. Ya había aparcado delante de mi piso.

- Sinceramente, no. Pero lo que, *esta zorra*, que tienes por amiga, pueda opinar, te la trae al paio, por lo que veo – me dijo, consciente de que me dolería su respuesta.

Me sujeté la cabeza entre mis manos, y apoyé mis codos sobre las rodillas.

- Sabes que no, Vero. Sabes que te tengo muy en cuenta, aunque no me entiendas, aunque tú nunca hubieras actuado como yo lo hice – era mi amiga, sus ataques no buscaban herirme, me buscaban a mí, a lo que quedaba de aquella Eva, que ella conocía.

- Eso no puedo jurarlo, Eva, pero sí que me gustaría que alguien me hiciera ver en lo que estoy convirtiendo mi vida, si me pasara lo que a ti – sujetó mi mano, con cariño.

- ¿Qué crees que debo hacer? – busqué las respuestas en ella.

Suspiró. Suspiré.

- Eva, yo no conozco a Ángel, más que por lo que tú me cuentas; en cambio, conozco a Sebas, a la perfección; sé lo enamorados que estabais, sé cuánto os queríais, sé que formabais una pareja envidiable, que te cuidaba, te adoraba, te respetaba, y te veneraba como a una diosa. Puedo entender que todo eso se acabe, y que conozcas a otra persona, es difícil que un amor así termine, pero puede ocurrir; pero lo que no concibo, es que el motivo de que lo que teníais desapareciera, sea esa otra persona. Nadie puede con vuestro amor, nadie tiene el poder de destruirlo, sólo hubo una grieta, y alguien se coló por ella, pero la torre es muy alta, no dejes que una grieta la destruya, repárala y vuelve a tu vida, a tu cuento, con tu príncipe. Eso es lo que creo que debes hacer, luchar por él, por vosotros. ¿No ves que lo que está haciendo es poner a prueba tu amor?, ¿no te das cuenta de que necesita saber hasta dónde estás dispuesta a pelear?

Me froté la cara, y me revolví en mi asiento.

- Tú no lo entiendes – le dije, mirando al frente.

- Lo entiendo perfectamente, la que no quiere entenderlo eres tú, pregúntate por qué. Pregúntate si vale la pena todo lo que estás sufriendo por él.

Abrí la puerta del coche, cogí mi bolso, y salí sin despedirme, pensando en quién era el *él*, de su última frase.

DIA 85 – SALTOS EN EL TIEMPO

PARTE II (18 DE DICIEMBRE 2003)

Era jueves; había dormido menos de tres horas. Observaba, por la ventana de mi habitación, como iba despertando un día gris en Menorca.

Había luchado contra los impulsos de mi corazón, durante las horas que me mantuve despierta.

Quería llamarlo, quería decirle que había leído su carta, quería abrazarlo, quería follar con él, y que después me hiciera el amor... pero mi cabeza me frenaba, mi conciencia me lo impedía, esa vez la razón se imponía al corazón, y me rendía ante ella.

Caminé hasta la tienda. Llegué muy temprano, pero alguien se me había adelantado... Él.

Entré, para coger las llaves de mi oficina, pero no lo vi. Lo agradecí, y me metí, como una exhalación, en la caseta.

Toc, toc.

- ¿Puedo pasar? – su voz...

Que lo estuviera preguntando, y no abriera la puerta, hasta escuchar mi permiso, me hizo cerrar los ojos, e inspirar profundamente, llenando mi pecho de oxígeno, conteniéndolo unos segundos, para soltarlo poco a poco, hasta acabar vaciándome.

- Pasa – me rendí.

- Café con leche, y un cruasán – se escudó tras la bolsa, y el vaso de café.

- Tarde, he desayunado en el hotel – me concentraba en mi respiración, pero sin desviar mi mirada.

- De nada – ironizó con mi *buen humor*.

Cerró la puerta, y se sentó en la silla, al otro lado de mi mesa, apoyando, sobre ésta, mi desayuno. Nos miramos.

Recordé cuando nos conocimos, y la electricidad que nació entre nosotros.

Recordé sus miradas, la sensación de ser deseada, y el fuego que me quemaba por dentro.

Recordé su boca dándome de beber, sus manos recorriendo mi cuerpo, y cómo me derretía el tono de su voz; lo difícil que me resultaba normalizar los latidos de mi corazón cuando estábamos juntos, y lo que me costaba respirar al verlo.

Recordé nuestro paseo en barca, y la mojadura de después; cómo era ducharse juntos, cuanto lo deseaba, y lo viva que me hizo sentir.

Recordé cómo me hizo el amor en su casa, y cómo follamos en la chaise longue, de la tienda de Bahía.

Recordé cómo miraba a su amigo Diego, y a Pepe, el del restaurante *Gamboa*, y lo orgulloso que se sintió cuando me presentó a Emma, y a Ramiro. Todo el que lo conocía, lo admiraba y quería.

Recordé la pena en los ojos de Candela, y cómo le dolía a Ángel que ella sufriera.

Recordé su sonrisa, la de medio lado, la pícaro, la previa a una carcajada, la incómoda, la que hablaba por sí sola, la que se le dibujaba al acabar de correrse, la de escucharme decir su nombre mientras follábamos, la que sustituía a las lágrimas que nunca le vi derramar, la sonrisa que ahora traía, una sonrisa perdida... y sentí su escalofrío.

- Al final voy a necesitar ese café – me mordí el labio, y roté mi cuello hacia ambos lados.

Me miró de lado, a su manera, sonrió, y empujó el vaso hacia mí.

- He leído tu carta – dije, para romper el incómodo silencio, y ese juego de miradas en el que me sentía flotar, como las motas de polvo al trasluz.

- Lo sé – sus ojos no me daban tregua. Quemaban.

- ¿Por qué lo sabes? – y yo ardía, y disimulaba; por fuera, nada... por dentro, moría.

- Porque me miras diferente - se frotó la nariz, y se dejó caer hacia atrás, en la silla.

- ¿Y eso es...? – titubeé al preguntar.

- No lo sé, dímelo tú.

Yo tampoco sabía si era bueno o malo...

- Lo has hecho muy mal, Ángel. Muy, pero que muy, mal. Lo de Rebeca ha sido una cagada – cerré los ojos, y los cubrí con mis manos, presionando sobre mis párpados.

- Lo sé y lo...

- Sí, sí, lo sientes – interrumpí su disculpa - pero lo hecho, hecho está, y no hay vuelta atrás – con una mano, en mi frente, soporté el peso de mi cabeza - Ahora, como bien has dicho, hay que ponerle un punto a esta situación, y debemos saber cuál es el mejor para todos – volví a sus ojos.

Sonrió, expulsando el aire por la nariz, mientras meneaba la cabeza, negando.

- No has aprendido nada. No se trata de lo mejor para *todos*, se trata de ti, de lo que es mejor para ti – con su dedo índice me señalaba.

- Ángel, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que hemos pasado de la adolescencia, de que ahora nuestras decisiones dirigen nuestra vida, y no nuestro fin de semana? – era imposible... era tan diferente a mí...

Apoyó ambos brazos sobre la mesa, y entrelazó sus manos, dejó su pecho reposar sobre éstas, y me miró, provocándome una taquicardia. Me acabé el café, para que al tragarlo se llevara mis ganas de él.

- ¿En qué momento crees que sería oportuno besarte? – su mirada volvía a prender fuego en mí.

Abrí los ojos, desmesuradamente.

- ¡¡No vas a besarme!! – dije, con la mayor firmeza de la que era capaz en su presencia.

- Bien, en ese caso, creo que éste es un buen momento – me hablaba sin apenas inmutarse.

- ¡¡Ni lo sueñes!! Ángel, estamos hablando, comportémonos como adultos.

Se levantó, y rodeó la mesa, yo también me levanté, desplazando hacia atrás mi silla, para poder

llegar a la puerta, pero ya me había agarrado por el brazo, y tiró de mí, hasta que quedamos el uno frente al otro.

- No quiero que me beses – y no había nada que quisiera con más intensidad, en ese momento.

Me llevó los brazos a mi espalda, y los cruzó, para sujetarlos por mis muñecas, con una de sus manos. Con la otra, me agarró el cuello, poniendo sus dedos en mi nuca, y acariciándome la mejilla con su pulgar. Después, con sus yemas, perfiló el contorno de mis labios, lentamente.

Gemí, tan bajito, que creí que no se había enterado pero, la curvatura que dibujaron sus labios, al sonreír, me dejó claro que sí me había oído.

- ¡¡Ángel, para!! Suéltame – ordené, sin voluntad.

- Sshh, si hablas, que sea para decir verdades, santera.

Y me calló con un beso.

Succionó mis labios, primero el de arriba, después el de abajo. Mi boca se abrió, como las palomitas en el microondas, y su lengua me invadió.

La acaricié con la mía, y recorrí sus dientes, sus labios, su boca entera.

Mordí, suavemente, su labio inferior, y tiré de él. Me soltó las manos, y las perdí por su cuerpo, su espalda, su cuello, su pelo, su pecho, su trasero...

Me cogió en peso, vació la mesa, sobre la que me apoyó, y comenzó a desnudarme. No sentí, en ningún momento, el frío de diciembre, ni cuando me quitó el jersey, ni cuando me desabotonó la camisa, ni cuando mi sujetador cayó al suelo, y quedé desnuda de medio cuerpo.

Su mano me recorrió, desde el cuello, hasta el botón de mi pantalón, que desabrochó, pero antes de quitármelo, se deshizo de su jersey marengo, de punto gordo, y de su camiseta de manga corta... ¡¡qué pecado tener que llevar ese cuerpo cubierto de ropa!! Perdí el poco control que aún conservaba, cuando mis manos alcanzaron su pecho, y lo apretaron, para bajar, poco a poco, por cada uno de sus abdominales, y acabar metiéndose por la cintura de su pantalón, que desapareció junto a sus calzoncillos, como por arte de magia.

Se sentó en la silla, y me descalzó; se deshizo de mis medias, del pantalón, de mis bragas... todo sin dejar de mirarme, y yo ya no podía estar más loca por él.

Su erección se estremecía, con pequeñas sacudidas de placer, y mi clítoris se abultaba, palpitando por él.

No sé si fueron más rápidas sus manos, o las mías, pero, antes de que pudiéramos darnos cuenta, como un imán que atrae a otro, estábamos masturbándonos mutuamente.

Mi mano subía y bajaba por su miembro, completamente erecto, estirando y encogiendo la piel que lo recubría.

Dos de sus dedos, entraban y salían de mi interior, mientras utilizaba el pulgar para presionar, y hacer círculos, justo donde yo lo necesitaba.

Cambié la mano, con la que estaba agarrando su verga, y la llevé a mi sexo. Él retiró sus dedos, y

yo lubriqué, con mi humedad, la mano que volví a llevar a su erección. Ahora resbalaba con más facilidad, y el gesto lo puso a mil; aprecié unas gotas en su glándula, que me moría por lamer pero, en ese momento, estaba al borde del orgasmo, por lo que pasé mi dedo pulgar sobre la punta, y mezclé su humedad con la mía, a lo largo de ella.

Modificó la postura de su mano en mi sexo, cuando sintió la llegada mi orgasmo. Llevó todos los dedos hacia mi entrada, y presionó *ahí*, con el final de su palma.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás, entre mis hombros, y me dejé ir, gritando lo más bajo que pude.

Creí que mis brazos me fallarían, por lo que tuve que soltar su pene, para apoyarme con ambas manos sobre la mesa, mientras sentía latigazos, de calor y frío, recorriendo mi cuerpo.

Sin apenas haber acabado de correrme, me cogió en peso y, envolviéndolo entre mis piernas, me folló contra la pared. Ésta estaba igual de fría, que yo de caliente, y el contraste de ambas temperaturas, era delicioso.

Me penetró muy profundo, unas siete u ocho veces, después me agarró la cara, con la mano que no estaba sujetándome, y me obligó a mirarlo; con nuestras frentes pegadas, con nuestras respiraciones aceleradas, y nuestros labios hinchados, ralentizó sus penetraciones, buscando mucho más roce que profundidad, y enloquecí nuevamente.

- T E - N E - C E - S I - T O – sonaba desesperado.

Con cada sílaba, una penetración: firme, lenta, certera. Cerré los ojos, y recibí un beso suyo.

- MÍRAME, SANTERA.

Lo hice, lo sentí más duro, entre mis piernas, y supe que no le quedaba mucho para correrse. Aceleró sus embestidas, y empezaron sus jadeos.

- Vamos, córrete de nuevo para mí.

Sus palabras, su tono, el momento, nuestras ganas... exploté en otro orgasmo, que me hizo clavarle las uñas en la espalda, mientras él se dejaba ir dentro de mí, sin condón, y Sebas no tenía que aparecer, en mi cabeza, en ese momento.

Sin apoyarme en el suelo, buscó una silla, y se sentó, conmigo encima, y todavía dentro.

Me abracé a su cuello, apoyando mi cabeza en su hombro. Su olor...

- TE QUIERO – me dijo, y temblé.

- Lo sé.

- Siguen sin satisfacerme tus respuestas, santera.

- Sigue sin convencerme tu manera de demostrarme que me quieres.

Silencio. Tras unos segundos más abrazados, llegó la separación... y el frío. Nos limpiamos un poco, y nos vestimos rápido.

Antes de marchar, se puso delante de mí y, agarrándome por las (sus) muñecas, me hizo mirarle.

- Lo vas a pensar, ¿verdad? - la saliva bajaba, con esfuerzo, por su garganta.

- Si te dijera lo contrario, mentiría.

- Voy a saber quererte mejor, santera, pero no voy a poder hacerlo más – su sonrisa le dolía a él, tanto como a mí.

- Ambos tendríamos que aprender a hacerlo mejor.

- Me voy en menos de tres meses, no me hagas esperar mucho – esa frase era como un rezo, una petición divina, un canto a la esperanza.

- ¿Te vas? – tuve miedo.

- Me voy... o me quedo, tú decides.

Se giró hacia la puerta pero, antes de abrirla, se volvió hacia mí, llevando su mano al pecho, a la altura de su corazón.

- Eva, esto duele mucho. No tardes, por favor – desapareció rápidamente, como alguien que escapa del dolor.

Tenía una decisión difícil que tomar...

DIA 35 A DIA 33

EL DESTINO ACTÚA DE UN MODO EXTRAÑO

Llevábamos semanas hablándolo; dado el desarrollo de los últimos acontecimientos, Vero y yo decidimos hacer la escapada a Asturias. Esa que, en un principio, iba a ser con Dani, pero que, en aquellos momentos, era inviable.

Mi amiga, mi mejor amiga, dejó, por primera vez, a su hijo y a su marido, solos, para acompañarme a visitar a mis amigos asturianos.

El fin de semana del seis al ocho de febrero del 2004, subimos junto a los chicos. Buscando alejarme de Madrid, alejarme de ellos...

Desde que se acabaran las obras de Menorca, me había enterado, por Esther, de que Ángel estaba viviendo en Madrid, en el barrio de Atocha, al lado de las oficinas de la empresa, en un piso que le pagaba mi jefe, de ahí que me lo comentara, dotando a la noticia de suceso paranormal, dado lo poco amigo de soltar dinero que era. Cada día, que salía de la estación, para dirigirme a mi trabajo, luchaba para mantener los latidos de mi corazón a un ritmo tolerable, porque había muchísimas posibilidades de que coincidiéramos por la calle. No quise ni preguntar el motivo de por qué se había quedado, ni cuánto tiempo iba a hacerlo, aunque me corroyeran las ganas de saber.

Y Sebas... Sebas continuaba su noviazgo con *esa*. El miedo a coincidir con ellos, tampoco era fácil de sobrellevar.

La escapada me sentaría bien, nos sentaría bien. Queríamos exprimir los días al máximo: hacer turismo, subir a conocer los Lagos, disfrutar de la gastronomía, emborracharnos con sidra, respirar aire puro, y reír, sobre todo reír.

Tanto Vero, como yo, habíamos pedido el viernes, en el trabajo.

Mientras tanto, y sin que yo supiera nada, el destino estaba preparando las cosas...

SEBAS

- *¿A su familia?* – preguntó Pedro, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

- *Sí, voy a acompañarla* - la inseguridad hablaba por la boca de Sebas - *¿Por qué me da la sensación de que no te convence la idea?*

- *Por nada, por nada* – Pedro dio un trago a su café, y desvió la mirada hacia cualquier cosa que le ayudara a mudar la expresión de su cara.

Sebas lo notó pero, a pesar de que sabía, perfectamente, lo que estaba pensando su amigo, necesitaba que se lo dijera.

- *¿Qué ocurre, Pedro? Dímelo* – le pidió, posando su café sobre la mesa y entrelazando los dedos de sus manos. Esperando.

Pedro inspiró con fuerza, dejó su pocillo en el plato, y se llevó una mano a la cara, en un gesto cansado, antes de hablar.

- *Sabes que no me gusta meterme en tu vida, que me abstengo de hacer comentarios, o expresar opiniones, porque creo, firmemente, que una pareja es cosa de dos. Ya me dejé liar por Vero, en varias ocasiones, y nunca me he sentido cómodo...*

- *Ya te has disculpado por eso, Pedro* - le interrumpió Sebas.

- *Pues lo hago nuevamente* – lo miró directamente a los ojos, y tomó aire para continuar - *Pero ahora, aún a riesgo de volver a meter la pata, como en Fin de Año...*

- *Que no fue una metedura de pata, te lo he dicho, yo habría hecho lo mismo por vosotros.*

Pedro volvió a inspirar, tomándose su tiempo, ordenando las palabras... con la ley delante, todo era mucho más fácil.

- *No creo que ella sea la mujer que te haga olvidar a Eva* – le soltó a bocajarro.

Entonces, el que inspiró cerrando los ojos, como si escuchar ese nombre le rasgara por dentro con la precisión de un bisturí, fue Sebas.

- *Ya lo sé* – habló sin poder contener la verdad.

- *Ni ella, ni ninguna, hermano* – levantando su mirada, hasta encontrarse con la de Sebas, le recordó lo que él ya sabía y, tras una breve pausa, continuó argumentándose - *Entiendo que tiene que ser muy difícil, tío... ¡tiene que ser la hostia de difícil!! Pero llevas casi un año intentándolo, y no has avanzado nada. ¡Si ni siquiera has tenido los huevos de iniciar el proceso de divorcio!*

A pesar de que era lo último que quería oír, Sebas supo que Pedro tenía toda la razón.

Ninguna mujer conseguiría que pudiera olvidarla; y no porque no las hubiera más guapas, más simpáticas, más altas, más exuberantes, más inteligentes, incluso. No era por nada de eso, simplemente no eran ella, no eran Eva. Ninguna lo era. Y él, a pesar de todo, a pesar de haberlo

intentado, a pesar de haber puesto mucho empeño, no podía olvidarla; no podía, y tampoco quería, porque seguía creyendo en ellos, en su historia, en su amor... en sus canciones... porque, si lo pensaba, aún le dolían los veintidós días que estuvo esperando a que ella se decidiera a tomar ese “*café solo, conmigo*”... pero, cuando pensaba, también lo hacía en lo feo, y lo feo era demasiado, como para no tenerlo en cuenta.

- *Tengo que intentarlo, y no puedo solo. Me da miedo el silencio, cuando llego a casa. Necesito ayuda, y Carmen me la da; sin apenas nada a cambio* – le dio asco escucharse, y lo disimuló revolviéndose en la silla, apoyando su espalda en ella, simulando una postura falsamente relajada.

- *Lo que yo pretendo también es ayudarte* – Pedro no se rendía.

- *¿Cómo? Diciéndome que no seré capaz de sobreponerme a ella* – la rabia que provoca la verdad que queremos negar, se estaba volviendo líquida, y pretendía subir, nublando su mirada; Sebas se resistía... como podía.

- *No, diciéndote que debes sobreponerte a ti mismo.*

Esta última frase caló hondo en Sebas, que se llevó la mano a la barbilla, apoyando el peso de su cabeza sobre ella, escapando de la mirada de su amigo.

- *Lo he intentado, pero olvidar es difícil.*

- *Nadie dijo que iba a ser fácil* – Pedro hizo una pausa, en la que sopesó si debía, o no, dar más información, pero su amigo le acababa de contar que iba a irse con Carmen, a pasar el fin de semana a Cantabria, concretamente a *Suances*, donde vivía la familia de ella. Familia a la que él iba a conocer... Definitivamente, era un error. No tenía sentido dejar que aquella chica sufriera más. No tenía sentido que su amigo continuara alejándose, pero sin dejar de soltar migas por el camino, para que cuando decidiera volver no tuviera pérdida.... así que creyó que debía saberlo. Resopló, y lo soltó.

- *Se va con Vero a Asturias, el mismo fin de semana que tú vas a conocer a tus “suegros”* – la ironía vestía sus palabras.

Sebas lo miraba, y apretaba su mandíbula, mientras temblaba por dentro. Sentía frío, sentía miedo, sentía vacío, rabia, dolor, ilusión, y esperanza, es decir, AMOR; y no entendía por qué se sentía así, bueno, no quería entenderlo.

- *Aparece allí, dale una sorpresa. Vamos Sebas, ¡ve a buscarla, amigo!*

Sebas no dejaba de mirarlo fijamente, mientras escuchaba cada una de sus palabras.

- *¿A quién? ¿A quién quieres que vaya a buscar?* – preguntó abatido.

- *A la chica de todas tus canciones. A la mujer de la que te enamoraste nada más verla. Esa que te volvió loco, durante más de veinte días, a la que te referías como “la mujer de mi vida” sin apenas conocerla... Tu vida aún es ella, y la estás dejando de vivir. Deja de luchar contra vosotros. Ve a su encuentro, Sebas; dale la sorpresa de reencontraros fuera de vuestro pasado, lejos de vuestra casa, de Madrid... lejos de todo lo que, en lugar de unirnos, os está*

distanciando.

Sebas sonrió, y las lágrimas, finalmente, resbalaron de sus ojos. Todo lo que tenía que ver con ella seguía doliendo muchísimo.

Pedro entendió que ya estaba todo dicho, que debía dejarlo pensando, por lo que se levantó de la silla - *Hoy invitas tú a la comida* – se giró hacia la puerta, pero lo miró una vez más – *No te confundas de chica, no te quedes con la equivocada.*

- *De los errores se aprende.*

- *Pues demuéstremelo.*

ÁNGEL

- **Gonzalo, mañana no cuentas conmigo** – apoyado en la barra, con una cerveza entre sus manos, intentaba despegar el papel, con su dedo pulgar, sin que se le rompiera.

- **¿Y eso, por qué?**

- **Tengo que pagar una apuesta, ¿recuerdas?** – Ángel agarró el botellín, y lo chocó con el de su amigo, antes de llevárselo a la boca, y beber un trago corto.

Gonzalo sabía bien a qué se refería, pero esperaba no estar en lo cierto, así que preguntó, para asegurarse...

- **¿Con ella?**

- **Ajá** – Ángel volvió a beber de su cerveza, y sonrió, exhalando por la nariz.

- **No creo que sea una buena idea** – Gonzalo negaba con la cabeza.

- **Es tan buena como cualquier otra** – sobrepuso su labio inferior sobre el superior, y se encogió de hombros.

- **Quédate este fin de semana por aquí, ya tendrás tiempo a cumplir esa estúpida apuesta** – Gonzalo daba golpes rítmicos, con el puño sobre la barra.

Ángel frunció el ceño, y lo miró con mucha curiosidad.

- **No entiendo a qué viene eso. ¿De quién tienes celos, de mí, o de ella?** – preguntó divertido, atrayendo, con su brazo izquierdo, la cabeza de Gonzalo hacia su pecho.

- **No seas cerdo, es mi prima** – protestó, zafándose de su *abrazo*.

- **Pues entonces peor me lo pones** – Ángel reía, mientras miraba, con descaro, hacia la camarera que les había atendido.

- **¿Te crees que tienes el mismo efecto en los hombres que en las mujeres?** – Gonzalo se puso serio pero, antes de acabar de hacer la pregunta, ya sabía la respuesta... dónde Ángel entraba, acaparaba las miradas, masculinas, y femeninas, aunque no todas por el mismo motivo.

- **Es una noche** – dijo Ángel, sonriendo y girándose en el taburete, hasta apoyar su espalda en la barra; ya le había parecido suficiente, el juego de miradas con la camarera.

- **Las apuestas que se hacen borracho, no se suelen cumplir** – Gonzalo continuaba en la misma posición.

- **Yo las cumplo siempre, y más cuando es una mujer quién me gana** – le miró fijamente, para que le quedara muy claro que su palabra era sagrada.

- **Está bien, eres muy terco** – le copió la pose - **Me parece perfecto que cumplas tu apuesta, pero no este fin de semana. Justo este, no** - no menos serio que su amigo, Gonzalo intentó convencerlo, evitando las explicaciones.

- **Ella no puede entre semana; por si no lo recuerdas: estudia, y yo vuelvo a Madrid el lunes.**

¿Por qué tanto interés en que me quede? – arrugó su frente, acentuando la mirada sobre él.

Gonzalo dudó, tenía miedo a meter la pata nuevamente, como lo hizo en su viaje a Madrid pero, visto lo visto, si no le contaba la verdad, podría no ocurrir nada, y eso, según su opinión, de eterno enamorado del amor... eso era lo peor que podría pasar.

Ángel seguía esperando una respuesta, y Gonzalo no se hizo de rogar.

- **Ella va a subir este fin de semana** – lo soltó, como el que suelta el aire retenido a conciencia, durante demasiado tiempo.

Ese *ella* llevaba su nombre entre sus letras. Ese *ella* paralizó su respiración, y golpeó de lleno su corazón. Ese *ella* no podía ser otro *ella* que... *EVA*.

- **¿Sabe que estoy aquí?** – no lo miró al preguntárselo. No fue capaz.

Gonzalo negó con la cabeza, como un niño que acaba de ser pillado en un renuncio. Ángel apreció el movimiento, por el rabillo del ojo, y tragó la saliva más seca del mundo.

- **Que no lo sepa** – le ordenó - **Si nos tenemos que encontrar, lo haremos** – seguía sin poder mirarlo, porque se sentía vulnerable, y para él, más que para nadie, los ojos siempre habían sido el espejo del alma.

- **¿Cómo piensas verla, si te vas los días que viene?** – preguntó con incredulidad.

- **No me voy lejos** – se giró, para dejar su cerveza sobre la barra - **La apuesta es pasar una noche en una tienda de campaña, nadie habló de distancias** – parece que volvió en sí, y se giró hacia Gonzalo, disimulando una sonrisa.

- **¿Y dónde piensas montar la tienda? ¿En la finca de mis tíos?**

Ángel rio, ante la ocurrencia.

- **No... los Lagos me parecen un sitio perfecto** – le aseguró.

- **Está prohibida la acampada libre.**

- **¿Desde cuándo me frena lo prohibido?** – levantó una ceja, antes de cubrir su boca con una sonrisa.

Gonzalo movía la cabeza, a un lado y al otro, mientras ponía sus ojos en blanco.

- **No vayas a cagarla ahora.**

- **Una universitaria no va a poder conmigo, y menos después de lo que me acabas de contar.**

Gonzalo dudó, pero decidió confiar en él, y en el destino...

SEBAS

- *No estoy muy seguro de que vayamos bien por aquí...* – Sebas se detuvo, a un lado de la carretera, y bajó de la moto.

- *Sebas, cariño, hazme caso, un poquito me conozco esto* - Carmen se reía traviesa, pero él no las tenía todas consigo... tenía una intuición...

- *¿Estás segura de que, en aquel cartel, decía que se subía por aquí a los Lagos?*

- *¡Que síiii!, no seas agonías, no es la primera vez que vengo. Vivía cerca, ya ves que en poco más de una hora nos hemos puesto aquí. Vamos, Sebas, alegra esa cara, y borra la arruga de tu entrecejo* - Carmen lo agarró por la cazadora y, sin bajarse de la moto, lo atrajo hacia su boca. Sebas se resistió, pero terminó cediendo a un beso frío. Aún no entendía qué coño hacía allí... con ella...

- *Venga, vuelve a subirte. Confía en mí, vamos bien, es por aquí* – le sonrió con dulzura.

Sebas sentía como una muralla, invisible ante él, le impedía subir a esa moto, y continuar su camino. La miró, y le tembló la voz, por lo que prefirió no hablar.

- *Tenemos que devolverle la moto, a mi primo, antes de las seis, y antes quiero llevarte a comer, a un sitio que te va a encantar. Así que vamos, no tenemos mucho tiempo* – Carmen se puso el casco, al terminar de hablar.

- *Tengo que mear, dame un minuto* – le pidió Sebas, mientras se alejaba de ella...

ÁNGEL

- **¿Por qué quieres bajar tan pronto?** – melosa, se resistía a subirse a la moto.

- **Ya he cumplido mi apuesta** – dijo un Ángel al que movía la fuerza de un presentimiento.

Ella sonrió coqueta y, ya subida a la moto, adoptó una pose demasiado descarada.

- **Aún me quedan unas horas para hacer que caigas.**

- **¿No crees que después de todo lo que has intentado, tengo bien merecido que te rindas?**

Y la verdad es que era cierto. Había resistido sus primeras sutiles insinuaciones... sus caricias superficiales, durante el trayecto en moto, mientras llegaban a los Lagos, no habían conseguido descentrar a Ángel, que sólo podía pensar en *ella*, en que estaría tan cerca de él, que seguro que sentiría su presencia, sentiría la electricidad, y la falta de aire que evidenciaban, a uno y a otro, la cercanía de sus cuerpos.

Como no había notado cambio alguno en él, tras aquellas insinuaciones, decidió, una vez montada la tienda, y caída la noche, que iba a pasar al ataque, porque lo que más anhelaba en el mundo era sentirlo dentro de su cuerpo, porque lo deseaba desde el mismo momento en que lo vio.

Así que, directamente, le dijo que una de las condiciones, que conllevaba haber perdido la apuesta, era que debían compartir saco. Él accedió.

Ella le comunicó que lo haría sin ropa.

Él sonrió, y llenó su pecho de aire; le parecía bien, aunque no la imitaría. Entendía que ella usara todas sus armas, pero no jugaría en igualdad de condiciones, dormiría vestido.

Ni su cuerpo desnudo, ni sus continuos roces, ni sus manos perdiéndose bajo su ropa, ni su boca buscándolo... nada le funcionó, para conseguir su propósito. Se durmió cuando, agotada, se dio por vencida.

Entonces, Ángel pudo abrir la cremallera del saco, cuando tuvo la certeza de que se había rendido al sueño, y se dejó ir, pensando en quien de verdad ocupaba su cabeza, su corazón, y sus ganas... *ella*. Susurró su nombre, cuando se corrió, sintiendo el calor del semen, resbalando entre sus dedos.

Ella se despertó del mismo humor con el que se durmió, y no mejoró cuando, Ángel, la apuró, para marchar de allí lo antes posible.

Con todo recogido, ató la tienda en la parte de atrás de la moto, le pasó la mochila a ella, y se puso la suya en el pecho, para que la prima de su amigo pudiera agarrarse a su espalda, mientras descendían.

- **¿Por qué nos paramos?** – le preguntó ella, con frustración, levantando la visera de su casco.

- **Porque tengo ganas de mear** – le sonrió, mientras se estirada, y caminaba unos pasos, alejándose de la moto.

- **¿Me dejas que te la agarre mientras lo haces?** - y no se lo preguntaba en broma...

Él le contestó sonriendo, mientras le daba la espalda.

- **Prefiero que me agarres la moto.**

FEBRERO 2004 - PRINCIPIO

«Mierda, me he perdido, seguro que me he perdido. ¿Quién cojones me mandaría venir sola hasta aquí? Cuando llegue al hotel, si es que llego algún día, claro, mataré a quien yo me sé, por haberse quedado durmiendo.

¡¡¡No entiendo cómo pude dejarme el móvil en la habitación, no entiendo por qué no hay un mapa en el coche, y no entiendo cómo, un sitio tan turístico, tiene tan poca señalización!!! ¿Por qué no hay nadie por esta carretera? ¡Tampoco es tan temprano! ¿Dónde está metida la gente? Irán por el buen camino, y por aquí sólo voy yo. ¡¡Ay, Eva, siempre escogiendo el camino equivocado!!

Bien, bien, bien, por ahí viene un coche, ¡¡por fin!!

¡Para! ¡Para! ¡Para, coño! ¿No me ves, o qué?»

-Hola, buenos días, disculpen, ¿podrían ayudarme?, creo que estoy perdida. Busco la subida a los Lagos, ¿saben si voy bien por aquí? – les pregunté, acercándome a la ventanilla que había bajado el conductor.

- No Spanish, sorry.

- Ah, ok, do you speak English?

- No English, Deutch.

«Buff, pues yo de alemán ni zorra, majo. ¡Vaya por Dios, para uno que pasa!»

- Danke – le agradecí, de todas formas.

«¿Y ahora qué hago? Aquí no puedo dar la vuelta con el coche... fijo que me caigo por el terraplén. Bueno, Eva, tranquila, sube un poco más, y seguro que encuentras una zona, un poquito más amplia, en la que puedas maniobrar; ante todo, tranquilidad... respira, respira, respira.

Allá vamos, nuevamente, pero esta vez con más suerte, ¡seguro que sí!, hay que ser positivas, para que nos sucedan cosas buenas. Encontraré a alguien que me entienda, me indique el camino correcto, y me saque de esta angustiada carreterita... En cuanto salga de ésta, y vuelva al hotel... ¡¡¡te vas a enterar!!!

Sí, sí, sí, sí, sí ¡¡¡una moto!!! Bajaré a preguntar»

- Perdón, buenos días, dime que eres español, por favor – junté las manos, como rezando.

- No, española – la voz de una mujer, me respondió.

- Ah, eres una chica, disculpa, es que, con el casco, no te veía la cara...

- Igual mi cuerpo te daba una pista – me dijo, en un tono con el que no empaticé.

«Menuda borde»

- ¿Quieres algo, o sólo miras? – volvió a dirigirse a mí.

«¡Que te den! no pienso preguntarte a ti, así continúe perdida todo el día»

A mi espalda, oí unos pasos, alguien se acercaba, probablemente el compañero de viaje de la *agradable* motera.

- ¿Haciendo amigas tan tem...prano? – su última palabra sonó entrecortada, él también me había reconocido.

«No, no puede ser. Tierra, ábrete ahora mismo y trágame. No puede ser él. No puede estar pasándome esto, no puedo verlo, no podré soportarlo, no puedo volver a pasar por ese dolor. No puedo, por favor, no... Mi estómago está encogido, mi piel erizada, con el solo sonido de esa voz: SU VOZ»

- Ésta no sería mi amiga en la vida, ¡me acaba de confundir con un hombre! A ver, linda, ¿has venido sólo a incordiar, o quieres algo? – sus palabras ya no existían, yo ya no la escuchaba, lo único que me preocupaba era él; me preocupaba que, al girarme, me tuviera que enfrentar a su mirada.

Camino del coche, evitando por todos los medios mirar sus ojos, le respondí, apurando el paso.

- Me he equivocado, lo siento – bajé la cabeza, y continué caminando.

- Eso es evidente. ¡Qué paciencia, nene!

- ¿¡EVA!?! – había un poco de pregunta, y un mucho de afirmación.

«¡No, por favor, no! Que no me siga, que no me siga, que me dé tiempo a llegar al coche. ¡Por favor, no puedo verlo, no puedo!»

- ¡¡¡EVA!!! – mi nombre sonó a liberación, a meta, a parar de correr, a detenerse y respirar. A asumir realidades de las que llevaba tiempo huyendo.

«Esto no está pasando, es producto de mi imaginación»

Abrí la puerta, me senté, pero... LO VI...

«¿Qué hace aquí?»

Respiré, me acordé de respirar... delante del parabrisas, con una camiseta blanca, vaqueros, cazadora de piel, unas zapatillas, y nada más. Sólo eso bastó, para dejarme sin aliento, como siempre lo hizo, para dejarme sin palabras... para que a mi mente volvieran todas esas sensaciones que viví a su lado, las buenas, y las malas, las que me hacen sonreír, cuando todavía las recuerdo, y las que no puedo recordar, de lo mucho que aún me duelen. Verlo de pie, delante del coche, fue suficiente para que mi estómago volviera a dar un vuelco, y el pulso se me acelerase, para que ese nudo volviera a mi garganta, y mis ojos se anegaran de lágrimas: lágrimas sinceras, lágrimas de odio, de rabia, de pena, y de impotencia, lágrimas de amor, y de dolor. Lágrimas por él, por nosotros...

- ¡¡Eva!!

No escuché nada más, arranqué y lo dejé plantado en medio de la carretera, mientras intentaba dejar de temblar.

Al llegar al hotel, Vero, que ya estaba despierta, me lo notó al momento.

- ¿Has visto un fantasma? – me preguntó, nada más verme entrar.

- Casi – le respondí, aún con el pensamiento perdido en *Él*.

- ¿A dónde has ido, y por qué no me has despertado? – me dio la espalda, mientras se colocaba los pendientes, mirándose en el espejo.

- ¿Que no te he despertado? ¿Puedes mirarte los brazos, por favor?, debes de tener cardenales, tras mis intentos fallidos por hacerlo.

- Tanta sidra y tanta fiesta ¿cómo iba a oír el despertador?? Tus amigos son los culpables, ahora entiendo todo lo que hiciste en Bahía... ¡¡estarías al borde del coma etílico todos los días!! ¡¡Menudas esponjas!! Y después hablas de mí. ¡¡En mi vida he visto beber tanto a una persona, como a estos niños!! – se sentó en la cama, a mi lado, porque sabía que tenía que escucharme. Ignoré su comentario, mi cabeza estaba en otro sitio, acompañada de mi corazón.

- He intentado ir a los Lagos, pero no he dado con la carretera – le hablé, con la mirada perdida.

- La señorita *impaciente*, no podía esperar por mí, tenía que subir ella sola. ¡¡Pues te está bien merecido!! – ella me daba tiempo, no me agobió a preguntas, esperaba, paciente, a que estuviera preparada para contárselo.

- ¿El qué? – volví en mí.

- El haberte perdido – estiró sus brazos, mostrándome sus palmas, como explicándome una obviedad.

- En realidad... creo que me he encontrado – otra vez divagué.

- ¿El qué has encontrado? No te entiendo – empezó a allanarme el terreno.

- Déjalo, Vero, yo me entiendo – espiré con fuerza, y cerré los ojos.

- Eso espero, porque yo no te sigo. ¿Y lo de tu cara? – me dijo, encarrilando otra vez la conversación hacia lo que, realmente, le preocupaba.

- ¿El qué? – le pregunté, recostada sobre la cama.

- La cara que traes. Tu cara – sus ojos se posaron en mí, sin pestañear.

Tardé un poco en contestarle, porque aún estaba procesando todo lo que se me había removido al verlo.

- Lo he visto, Vero – me mordí el labio, y miré al techo de la habitación.

- ¿A quién? – su cara de asombro me hizo sonreír, y se tranquilizó.

- Me perdí, así que bajé del coche, para preguntar si iba bien, o no, por esa dichosa carretera, y el destino, la suerte, el azar, o la puta casualidad, hizo que, el que conducía aquella moto... fuese él. Aquí, en Asturias. Aquí, después de estas semanas evitándonos, después de llamadas que nunca se hicieron, de mensajes que nunca se enviaron, después de callarnos tantas veces... me lo encuentro, y me doy cuenta de todo... de TO – DO; de lo tonta que he sido, de lo mucho que le quiero, de lo que me hizo sentir, de lo que me hizo llorar... me doy cuenta de que... lo amo – y al dejar escapar mis sentimientos, al decir en voz alta lo que sentía por él, dejó de oprimirme el

pecho, y comencé a respirar profundo; comencé a llenar de aire mis pulmones, y a sentir alivio, por primera vez después de mucho tiempo – me doy cuenta de que es a él a quien quiero, y que lo hago como nunca, y lo necesito como siempre. Evitarlo no me aleja de lo que siento por él.

- ¡¡No me jodas!! – su rostro mutó, el color la había abandonado - ¿Cómo estás? ¿Qué te dijo? - no hicieron falta nombres, para que ella supiera quién era Él, porque me conocía más que yo misma.

- Nada, no le di la opción a que me dijera nada. En cuanto iba a hablar, arranqué. Ya no podía aguantar las ganas de llorar, así que salí cagando leches de allí. Además... no estaba solo... - aunque eso, realmente, era lo que menos me importaba - ¿Qué hago ahora, Vero? ¿Qué hago con mi vida?

Me quedé callada, sentada en la cama, mirando por la ventana de nuestra habitación, sin poder sacarme del cuerpo la sensación de su mirada, su expresión, su voz... - No entiendo qué hace aquí... ¿Qué hace aquí? – mis pensamientos salían en voz alta.

- ¿Con quién estaba, Eva? – se sentó a mi lado, pero no me tocó.

De nuevo esa sensación en mi estómago, ese puño que lo abarcaba todo y apretaba, lastimando por dentro, hasta provocar que me doblara sobre mi abdomen. Cogí todo el aire que cabía en mis pulmones, y mi pecho se elevó mucho, lo retuve un poco, antes de expulsarlo lentamente, para poder responder.

- La forma en la que me miraba, plantado en la carretera, delante del parabrisas... – entonces me di cuenta, lo supe, lo tuve clarísimo - Ella no es nadie, Vero... nadie – le dije, con toda la seguridad del mundo.

Vero, simplemente, asintió.

- ¿Qué vas a hacer ahora? – sus manos se estiraron, hasta agarrar las mías y apretarlas.

- Dejar de dudar, y quererlo. Dejar el miedo a un lado, y luchar. Lo amo, Vero. Es el hombre de mi vida. Siempre ha sido él, todo el tiempo lo fue.

- Lo sé, Eva, lo sé – se dejó caer hacia atrás, en la cama, al tiempo que dejaba escapar, sonoramente, el aire de su cuerpo.

La imité.

DIA 1 – 11 MARZO 2004

Todo está volviendo a su sitio, las cosas, el corazón, los amigos... mi vida.

Tras haber cenado con Dani, y su *proyecto* de novia, me siento completa. Completa porque voy por el buen camino de recuperar a mi amigo. Completa porque los días con Vero, en Asturias, han sido maravillosos, por consolidar todavía más nuestra amistad, y por haber conseguido disipar cualquier duda acerca de él, y de mí. Completa porque hoy jueves, dentro de unas horas, volvemos el uno al otro, y esa es la definición más gráfica de estar completos.

Apenas he pegado ojo, imagino que los nervios tienen la culpa. No me había sentido tan nerviosa en mucho tiempo. Sé que no me caracterizo por ser un remanso de paz, pero tan, tan nerviosa, no recuerdo... la ocasión lo merece, sin duda.

La temperatura no es desagradable, estamos en marzo, y no hace mucho frío. Recorro, por última vez, la calle que va desde mi piso hasta la estación de tren. No tiene nada diferente este jueves, la misma cantidad de gente a estas horas, las mismas prisas, el mismo silencio... todo como de costumbre pero, en realidad, ya nada será igual a partir de hoy...

Estoy ansiosa, tengo tantas ganas de llegar y verlo, abrazarlo, besarlo, y poder quererlo para siempre, por fin.

Tengo miedo, una sensación me agarra por dentro, y no me ha permitido descansar bien, ni siquiera pude tomar mi café con leche, para desayunar. Pero, ¿miedo a qué?... No podemos seguir viviendo cada uno por su lado, lo nuestro no funciona separados, lo quiero con locura... ¿cómo se puede querer, con tanta intensidad, después de haber sufrido tanto?

Hemos necesitado todo un año para llegar a esta conclusión, han tenido que pasar 365 días, para dar el paso definitivo, para dejar a un lado nuestros miedos, nuestras inseguridades, nuestro pasado, y nuestros errores. Este tiempo, distanciados, nos ha hecho necesitarnos más, si eso es posible... Todo ha sido tan duro, tan doloroso... pero ahora ya nada de eso importa, porque vamos a ser tan felices... Lo haré feliz, el hombre más feliz del mundo, porque lo merece, no dejaré que pase un solo día sin decirle lo mucho que le quiero, y necesito.

«¿¿Qué pasa que este tren no llega hoy?!»

Me desespero consultando la hora, pero vuelvo a sonreír, cuando pienso en quién me va a recibir hoy, cuando llegue a mi destino...

Me siento en el vagón. Saco mi iPod, en el que tengo *nuestra música*, la que me recuerda a él, con la que monté una sesión, para hacer más llevadero el viaje. Me pongo los cascos, y le doy al *play*, apoyo mi cabeza contra el cristal.

7:01

«Ya falta menos. Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero»

La gente que comparte vagón conmigo me mira raro. Lo sé, lo noto, y me importaba una mierda. Yo soy feliz, y más que voy a serlo, cuando nos encontremos en el andén; cuando nos veamos, cuando todo vuelva a encajar. Todos estos meses hemos estado negando la evidencia, lo necesito tanto... lo quiero tanto... lo deseo tanto... Ahora todo será diferente, todo nuevo para los dos, porque partiremos de cero.

Lo hemos hablado mucho, después de lo de Asturias, era inútil seguir resistiéndonos, habíamos estado perdiendo el tiempo alejándonos el uno del otro. No se trata de una decisión precipitada, ahora estamos los dos preparados, seguros, ilusionados por igual, y muy decididos a hacer que funcione.

Mi cabeza vuela, hasta el momento en el que nos encontramos en aquella carretera, que subía a los Lagos. Cuando oí su voz... creí que me moría, pero no fue nada hasta que lo vi, delante de mi coche... Es el hombre perfecto, siempre lo ha sido, desde que lo conocí lo supe; supe que conocería lo que es la felicidad, a su lado. A su lado nuevamente. Como tiene que ser.

07:10

«Qué lento este viaje, que ganas de llegar, qué ganas de ti»

Las canciones se van sucediendo, empieza a sonar una de las más especiales...

7:34

Vuelvo a comprobar la hora. No quiero hacerlo esperar, no quiero perderme más minutos a su lado, ya no. Ahora que los dos hemos decidido apostar por lo nuestro, un minuto, es una vida. Ya no habrá más *«lo llamo, o no lo llamo»*, no habrá más inseguridades. Los dos nos morimos por estar juntos, por volver a abrazarnos, a besarnos, a tocarnos, a querernos...

7:35

Este viaje en tren se me está haciendo eterno, eterno, eterno...

Vuelvo a comprobar la hora en mi móvil, y veo un mensaje.

ÉL:

“Tren entrando en vía... ¿Estás igual de nerviosa que yo? Ya estás aquí. Te Quiero”

Como una quinceañera enamorada, sólo puedo sonreír, y apretar el móvil contra mi pecho. Voy a responderle, pero ya no vale la pena, estoy entrando en la estación de Atocha, mi última parada. Me giro hacia el cristal del vagón, para verlo lo antes posible, quiero que mi corazón se vaya acostumbrando a la intensidad de mis nervios.

Me parece verlo, me parece él y entonces... ocurre...

Un ruido sobrecogedor. Una fuerte sacudida. Unos gritos ensordecedores.

¿Qué ha sido eso? Gritos. Más gritos. Gritos aterradores. Miradas de desesperación, y miedo. Desconcierto. Vuelvo a mirar fuera, buscándolo, pero no logro localizarlo, sólo veo gente corriendo, llevándose las manos a la cabeza, gente llorando y, de repente... ÉL. Su cara de pánico me asusta, y estiro mi mano, como si pudiera tocarlo a través del cristal, él se acerca más y, con

sus brazos extendidos, empieza a correr hacia mí.

Tarde, ya es tarde para nosotros. Ahora, ese estruendo, ha sonado en mi vagón. Ahora, esa bomba, ha sido la que ha puesto el punto y final a nuestra historia, hoy, 11 de marzo del 2004, justo cuando se cumplía un año, 365 días, de mi regreso de Bahía...

...

No siento miedo, no siento dolor, no soy capaz de adivinar la magnitud, ni la gravedad, de lo que acaba de ocurrir; pero sí sé que hasta aquí he llegado, que no voy a salir de ésta, que mi vida se apaga. Lo siento. Eso se siente. Se sabe.

Mi último pensamiento, mi último latido, mi último aliento, es por y para Él, y sólo deseo poder verlo una vez más, ver que está vivo, que está bien. Así que, haciendo uso de mis últimas fuerzas, y con mucha, mucha dificultad, giro mi cabeza. Mis brazos no responden, el derecho, o lo que queda de él, está estirado, algo metálico lo aprisiona por la mitad; quiero mover mis dedos, pero no los siento. Todo mi dolor me da igual, sólo lo busco a Él, me concentro en mantener mis ojos abiertos, hasta poder verlo, y asegurarme de que sigue vivo... Y así es... lo veo. Veo su cara anegada de lágrimas, veo el miedo a la pérdida en sus ojos, y sus brazos impotentes, caer laxos a lo largo de su cuerpo, mientras sus rodillas ceden, golpeándose contra el suelo, a mi lado. Estira sus manos, hasta que sus dedos acariciaron mi cara, y le sonrío. Pido al cielo que, como último recuerdo, me regale una de sus sonrisas. Me lo concede.

Mi último suspiro me lo trae el aliento de su sonrisa, en un beso.

Cuando cierro los ojos, veo a mi princesa.

EPÍLOGO

Si Él hubiese sido Sebas...

Hay días que me quedo mirando al infinito, y pierdo la noción del tiempo.

Hay días que llevo mucho peor los ruidos, y no me refiero sólo a los fuertes; el simple sonido de un móvil, que tardan en responder, me supera.

Dios, nena, fue tan espantoso lo que allí pasó, que no puedo sacármelo de la piel. Tanta gente, tanto silencio, tanto llanto... todo gris, humo, hierros, las voces pidiendo auxilio... y yo no podía separarme de ti... por si despertabas, por si aún había alguna posibilidad... te agarraba la cabeza, y apartaba el pelo de tu cara. No puedo con esto. ¡¡No puedo!!

Hay días que cierro los ojos y me concentro, hasta escuchar los latidos de mi corazón. Sigo vivo.

Es una manera diferente de vivir, pero vivo, al fin y al cabo. No sé si es castigo u oportunidad, pero tampoco lo pienso mucho, simplemente vivo y nada más.

Me levanto, voy a trabajar, vuelvo, me acuesto. Me levanto, voy a trabajar, vuelvo, me acuesto.

Me levanto, voy a trabajar, vuelvo, me acuesto...

He dejado de jugar al baloncesto, he dejado tantas cosas que no me reconozco.

Aún continúo yendo, una vez a la semana, a la psicóloga. A día de hoy, no he podido hablarle de ti sin acabar llorando.

Te entiendo. Ahora que ya es tarde para hacerlo, ahora que no estás aquí, para poder pedirte perdón mirándote a los ojos, ahora que tengo que escribir esta mierda de carta, para poder decírtelo... decirte que ojalá encontrara un salvavidas, que me devolviera las ganas, como tú lo hiciste, porque yo también me hubiera agarrado a él, lo hubiera hecho; decirte que no supe entender tu dolor y que, ante el miedo a lo desconocido, actué egoísta, y cobardemente, saliendo a flote sin preocuparme de sacarte de las profundidades, al mismo tiempo que lo hacía yo.

Ahora que este dolor sordo me acompaña, cada minuto de mi vida, me doy cuenta de que, lo que él te hizo sentir, no fue amor. No, no lo fue. Lo que él hizo fue devolverte a la vida, como tú habías querido que yo entendiera tantas veces.

Tras este perdón tardío, viene lo más difícil.

Es tan difícil, que no puedo seguir escribiendo... te extraño tanto, tanto, tanto, que hasta respirar me recuerda a ti.

¿Sabes que nos han dedicado una canción? “Jueves”, la escucho en bucle, y lloro. Pero no soy fuerte, nena, yo no lloro de noche, como tú lo hacías, yo me derrumbo en cualquier parte, y a cualquier hora.

Tuve que acabar cogiendo una baja laboral, lo de llorar delante de los jueces no ablandaba sus corazones, y los clientes tampoco llegaban a entenderlo.

Estoy sonriendo mientras te cuento esto, tengo que decirselo a Tania, mi psicóloga. Ella siempre me dice que le cuente qué cosas me hacen sonreír... nunca tengo nada que contarle. No sé cómo lo consigues, pero mis dos últimas sonrisas han sido para ti: el día que te estaba esperando, en nuestra estación, cuando tus ojos me lo pidieron a gritos, para poder irte en paz, y hoy, mientras te escribo esto.

Nena, no te habrás dado cuenta, pero he estado una hora sin escribir. He llamado a Tania, quería posponer lo de la carta una semana más. Me ha reñido. Yo ya no tengo edad para que me riñan. No sé cómo hacerlo, así que lo haré como me vaya saliendo del corazón. Perdona si no estoy a la altura de lo que te mereces, pero no puedo releer lo que te vaya diciendo, es demasiado el dolor.

Por tus padres, por los míos, por nuestros amigos, por nuestro ahijado, por nosotros, por mi salud mental, que nunca pensé que me preocuparía más que la física, a mis años; por todo esto, necesito hacerlo, así que esta es: mi carta de despedida.

No, no voy a olvidarte una vez haya puesto el punto y final, eso nunca; pero tengo que aflojar el nudo de dolor que me tiene preso a un recuerdo que no me deja avanzar. Muero de pena sólo de pensar en obligarme a deshacer tu lado de la cama, como me pide Tania que haga. Al acostarme me giro, y te doy las buenas noches; me escuchas, ¿verdad? Seguiré haciéndolo, pero sin creer que compartes cama conmigo. Muero de pena sólo de pensar que no voy a poder planear contigo nuestros fines de semana; al principio todo el mundo suspiraba, y me dejaba, ahora ya me ven con miedo, y no comparten lo que yo siento, como yo te siento. Muero de pena al vaciar tu armario, he metido toda tu ropa en cajas, y se las ha llevado Vero; tu madre me imploró que se las diera a ella, pero tu padre, que es más cabal que nosotros dos juntos, no se lo ha permitido. Muero de pena viendo como tu perfume se escapa por el lavamanos. Tania me ha hecho prometer que dejaría de rociar las cosas con él, que tengo que empezar a sobreponerme, y he de hacerlo modificando mis rutinas, poco a poco.

Lo he vaciado, tirarlo era impensable. Lo lavaré con alcohol, para que se desprenda tu olor, y me quedo el frasco.

Vero me ha pedido que te cuente algo, porque ella no te habla, dice está muy enfadada contigo, por haberte muerto. Sé que conmigo también lo está, por dejarte morir, por dejar que nuestro romanticismo, de querer que nuestra historia volviera a empezar en Atocha, en el sitio donde empezó todo, en el mismo sitio en el que nos conocimos, y me enamoré de ti, haya acabado con tu vida, pero aún no me ve con fuerzas para aguantar su bronca, así que, por ahora, me cuida.

Primero me ha pedido que te diga que te odia, que te odia mucho, que no sabe cómo has tenido los santos cojones de dejarla tan hecha mierda... Te quiere, todos te queremos.

Ha querido que sea yo el que te dé la noticia porque, en esta carta de despedida, mereces leer algo bonito: ella y Pedro van a ser papás, nuevamente; ya ha salido de cuentas, nacerá en cualquier momento. Repito como “primer” padrino, y digo lo de primer, porque tendrá dos padrinos, pero yo me he otorgado el primer puesto. El otro será Dani. No te rías, no nos llevamos de maravilla, pero tal como era nuestra relación, podría decirse que ha dado un giro radical. Ahora se pasa alguna que otra tarde por casa; nunca avisa, yo creo que me espía, y viene cuando sabe que estoy. Como conserva las llaves, no llama, simplemente entra. Se sienta conmigo en el sofá, trae siempre bebidas, preparamos algo de cenar, y vemos una peli. Cuando son sus fricadas, suelo quedarme dormido, pero nunca protesto, él tampoco lo hace cuando la elijo yo. Cuando termina, se levanta, y se larga. No, no hay mucha conversación, pero es tan agradable su compañía, que su silencio me da paz.

Me ha preguntado de qué color voy a ir el día del bautizo. No sé cómo pude haberlo visto porque, inmediatamente, me ha dado mil explicaciones de por qué me lo preguntaba. Lo corté diciéndole que “con un traje de color negro, y camisa blanca”. No le debió gustar, pero me da igual, aunque sólo sea para joderlo, llevaré un traje negro. Es un buen amigo, tú siempre tienes... tenías razón.

Como la iglesia no se ha modernizado, a la velocidad que lo hace el mundo, va a ser la madre de Vero la que haga el papel de madrina, ante los ojos de Dios, pero una vez terminado el ritual, ella le cede el sitio a tu amigo del alma.

He llorado más, mucho más, cuando me pidieron que eligiera el nombre del bebé, que cuando me dieron la noticia de que iban a darle una hermana a Jaime: EVA. No sé si es acertado haber elegido tu nombre, pero nadie me quitó la idea de la cabeza; esa pequeña no podría llamarse de otra manera, y creo que todos lo sabían.

Nena... mi vida, no puedo seguir dilatando más el momento, tengo que despedirme, tengo tantas cosas que contarte que se van a quedar aquí, en mi pecho, guardadas hasta que nos encontremos ahí, donde quiera que me estéis esperando, porque... estás con ella, ¿verdad? ¿Crees que me podrá perdonar, por haber sonreído cuando tú aún la llorabas? Dile que la quiero, dile que sigo guardando el gorrito que le habíamos comprado, para los días de hospital, que ahora comparte cajón con tu vestido rojo, el vestido rojo... mi vestido rojo, y nuestro CD, el que tuve que sacar del coche, el que no podré volver a escuchar, mientras no sea contigo a mi lado.

Te quiero, nena.

Te quiero, aunque me aprietes hasta la asfixia.

Te quiero, y no quiero alejarme de ti, pero es insano este amor, es dañino dar sin recibir.

Sonríe, cariño. Ya puedo solo, voy a poder, lo haré por nosotros, lo haré para que tú puedas descansar en paz, y lo haré para que el tiempo que me quede sin ti, no sea tan angustioso como

*lo ha sido desde aquel 11 de marzo hasta hoy.
Mi vida, mi amor, ni nena... ahora sí, ADIÓS.*

Si Él hubiese sido Ángel...

Estoy sentado en un banco de un parque de Beijing. Hay un amplio grupo de chinos haciendo ejercicios a mi lado; todos imitan los movimientos de uno, que se encuentra situado enfrente de ellos.

Una niña da de comer a los patos, delante de mí. Es muy pequeña, y está sola. Me giro, buscando a su madre, padre, abuelo, abuela, o alguien que esté a su cargo. No veo a nadie, pero tampoco me asusto, después de ese día, nada me asusta, nada me da miedo.

En un chino, que deja mucho que desear, le pregunto si está sola.

Se vuelve, aterrada, y echa a correr por medio de los *gimnastas*, la pierdo de vista, y vuelvo mi mirada al frente. No es que mi aspecto físico haya cambiado tanto como para asustar, es que aquí, los occidentales llamamos la atención, y los niños reaccionan de esa manera. Son niños.

¿Que qué hago aquí? Buena pregunta... España era impensable, Bahía era imposible. Lo he intentado en más de una ciudad europea, pero no pude. En Italia, un día, abordé por la calle a una chica, que se me pareció a ti... tras ese episodio, empecé a verte por todas partes. Nada de rasgos latinos, descartado.

África era otra opción, pero Bahía tiene mucho de África, en sus costumbres y tradiciones. Necesitaba romper con todo, igual que todo rompió conmigo, aquel 11 de marzo.

China. Me he venido a vivir a China, y tú, cada día, te vas un poco más. Estoy pensando en volver, porque no quiero perderte del todo, pero no sé a dónde puedo ir a por ti, no sé dónde puedo sentirte más cerca, y que no duela con la intensidad que dolió, cuando tus ojos se apagaron.

No puedo hacerlo, santera. No puedo vivir contigo presente, me enturbias la sangre, y se me congela el corazón. Duele. Duele. Duele mucho.

Cierro los ojos y, a veces, no recuerdo, con nitidez, tu cara.

Tengo una foto, en la que pareces una pintura de la edad media para restaurar, de tanto acariciarte te he difuminado. Miento, no tengo *una foto*, esa no es "*una foto*", es *LA FOTO*. Somos *nosotros*, soy yo callándome un "*quédate, te lo ruego, no me dejes, no te vayas con él. Elígeme a mí, porque te quiero*" y eres tú, con las mejillas sonrojadas tras haber hecho el amor, con el pelo revuelto, los labios hinchados de tanto besar, y mirándome con esos ojos tan llenos de vida, y esperanza.

Tus ojos... me cuesta tragar al recordar tus ojos... esa imagen la recordaré siempre, la de tus ojos suplicándome una sonrisa, y después... el silencio.

Yo, moviéndome sobrepasado de miedo, intentando zafar tu cuerpo de debajo de aquel amasijo de hierros, en el que se había convertido tu vagón. Yo, y el silencio. Tanta gente allí,

y ni un solo ruido. Teléfonos sonando, algún grito de auxilio... y el silencio. Tú ya no estabas, y yo dejé de ver color en el mundo. El blanco y el negro, de una película muda, en la que los protagonistas se mueven a cámara rápida, esa sería la descripción perfecta para ese momento.

Muy cerca, alguien me habló, me pidió ayuda, me giré, y volví a mirarte.

Te pedí perdón, aún hoy lo hago, por no haber aparecido en tu casa la noche anterior, y encontrarnos allí, cuando llegaras de tú cena con Dani. En cambio, ambos estuvimos de acuerdo en dejar que nuestra nueva vida empezara (que paradoja) en Atocha; porque era tu parada, para ir a trabajar, y porque a mí me quedaba al lado del piso, que me había puesto la empresa; pero, lo que de verdad nos movió a elegir ese día, fue tu manía persecutoria con los números, que siempre te han ayudado a respirar, cuando la vida te asfixiaba; justo se cumplían 365 días, un año, desde que nos habíamos separado, desde que nos habíamos dicho *adiós*, en voz baja, para evitar que fuera escuchado, y para hacerlo menos real. Tú dijiste que era cosa del destino, y que había que respetar sus caprichos.

Ningún *porqué* será nunca suficiente, para apaciguar mi sensación de culpa.

Con tu cara entre mis manos, me pegué a ti, y te di un beso. El último beso, antes del adiós definitivo.

Movido por la adrenalina, comencé a ayudar a todo aquél que me necesitaba. El primero, el señor que me había hecho reaccionar, pero tras él... ¡que infierno, santera, aquello era el infierno!

Me quedé una semana más, porque necesitaba hacer algo, y no sabía cómo...

Tuve que hablar con tu marido. No se mostró muy comprensivo, pero no le di opción, y terminó cediendo.

Volamos juntos a Bahía, volví contigo, santera. Volvimos los dos a casa. Te llevé para que te despidieras de Ramiro y de Emma. Recorrimos la ciudad, en nuestra moto; volvimos al *Bom Jesus*, a pasear por el *Pelourinho*... pero si en un sitio tuve la firme certeza de que eras lo más bonito que me podía haber pasado en la vida, fue en medio del mar, aquel atardecer...

Diego volvió a cedernos su barca. Remé contigo sobre mis piernas, y me apretabas tan fuerte que no podía respirar. Esperé al ocaso, y te tomé entre mis manos. Lloré tanto que me secaste.

La brisa del mar acunaba tus cenizas, que se esparcían mientras, de mi teléfono, sonaba nuestra canción *Ol' 55*. No la volveré a escuchar en mi vida, ni esa, ni ninguna de las que compartimos. Bailabas para despedirte, te posabas sobre el agua, y desaparecías. Te me escurriste tan rápido, que me odié por haber aceptado traer sólo la mitad de ti, y dejar que tu otra parte se quedara allí, en tu ciudad, con tu otro yo, con tu familia, con tu princesa ángel,

con tus amigos, y con él. Nunca tenía suficiente cuando se trataba de ti. Nunca tendré suficiente.

Me fui de Bahía a Europa, donde salté de una ciudad a otra, para acabar en Italia, y de Italia a aquí. Me quedo. No sé por cuánto tiempo, ahora el tiempo no importa.

Te echo tanto de menos que puede que, cuando te vea, sólo quiera abrazarte. Sí, has escuchado bien, sólo abrazarnos, y que me hables. Juro que no estaré pensando en callarte con un beso, porque lo que más deseo en el mundo es poder volver a oír tu voz, cada segundo que me quede por respirar. Sentir tu piel bajo mi abrazo, y escucharte hablar... eso tiene que ser el cielo.

Cúrame y afloja esta carga de mi cuerpo, para poder resistir sin ti, hasta que llegue mi momento.

Cúrame, santera. Ahora te toca a ti devolverme el favor.

AGRADECIMIENTOS

Si haces como yo, estarás leyendo los agradecimientos, antes de empezar a leer el libro... ¡Bien, ya no soy la única rara! Sea como sea, te mereces salir arriba de todo. Te mereces leer un GRACIAS, así de GORDO, y así de GRANDE, por haber comprado billete para este viaje, que es el de Eva, pero que deseo sea un poco tuyo, también. Déjate ir con ella, siente bajo su piel, intenta entenderla, perdónala... y perdóname.

Bahía, que es el nombre que he usado para guardar el archivo contenedor de la novela, no sería posible si Xeliño no me hubiera animado a tomármelo en serio. Él leyó retales de *Él, viaje de Eva*, cuando todavía no era más que una centrifugadora de ideas, y aportó mucho de su(s) fantasía(s).

Panamá te hizo menos bravo, y más achuchable, Xeli. Gracias.

Tania, mi ramalita, mi álter ego rubia, mi madre de cabecera... *Ella*, la que leyó aquel primer borrador, y me hizo llorar de emoción, cuando leí el whatsapp que me envió.

Tenerte cerca es un lujo. Gracias por dejarme entrar dentro de tu caparazón, y hacerme hueco en tu corazón.

Gracias a la paciencia infinita que han tenido mis Chustas, con Eva, Ángel, y Sebas. Gracias por los consejos de Tempanito, que sólo han servido para mejorar. Gracias a los análisis, con esquemas, de Paxariño, que no podían llevar más razón, y a su participación en la portada. Gracias a la sinceridad de Anastasia, que no puede ser más transparente en sus opiniones. Ellas: Patri, Neres y Mary, son los tres pies que le faltan a mi banco. #ChustiFriends

Gracias a Vane, mi Vane. Por ser como eres, y por estar, DESDE, y PARA SIEMPRE.

Ahora me pongo seria, e incluso en pie, porque hubo una persona a la que recurrí, después de perder el contacto, desde hacía más de veinte años, mi profe Libia; tuvieron que sangrarle los ojos, cuando ejerció de editora.

GRACIAS por haberme recibido con los brazos abiertos, después de tanto tiempo. Que yo haya sido capaz de escribir un libro, te lo debo, en parte, a ti. Gracias infinitas, y perdona por los cambios posteriores a tu corrección, que seguro que están llenos de meteduras de pata.

Alex, NUNCA, NUN-CA estaré a la altura para agradecer tu implicación, tus palabras de ánimo, tu trabajo en el diseño de aquella primera portada... el TÍTULO, el título es tuyo. Gracias por ese Agosto del 2014. Gracias por las risas, la confianza, las lágrimas, y los abrazos. TE QUIERO. Eres GRANDE, eres LUZ, aunque te empeñes en cubrirte, BRILLAS.

GRACIAS a mi AMIGA DE PIEL, a mi Eva. Mi protagonista no podría llamarse de otra manera. Haberte conocido ha sido de las cosas más bonitas que me llevaré de este mundo. Gracias por tu edición, por tus correcciones, por tu ilusión, y por hacerme creer que podía. TE QUIERO Y TE REQUIERO.

Lauri, nunca podrás saber la emoción que sentí cuando me diste tu opinión. Nunca, por mucho que te esfuerces en imaginarlo, serás capaz de sentir lo que yo he sentido mientras te escuchaba hablar, con tanta intensidad, de Eva, de Sebas, y de Ángel. Eso me lo guardo para siempre; para mí.

Te quiero tanto, que creo que ya no es sano, pero no sé quererte de otra manera.

Mamá y Papá, si he conseguido que os sintáis orgullosos de mí, entonces habré podido devolveros una ínfima cantidad de lo agradecida que estoy por ser vuestra hija.

Papá, no era un género fácil para ti, pero has sabido meterte en la historia, y te has olvidado de todo lo demás. Sólo por tus palabras, ha valido la pena el esfuerzo. Gracias.

Mamá, has sido la más exigente, y sabía que, vosotros, no me ibais a engañar, por eso, cuando me has dicho que no has podido dormir hasta terminarlo, he respirado tranquila, porque necesitaba vuestra aprobación.

Mamá, Papá, os quiero. Gracias.

Un día, recibí un correo que me provocó el mismo escalofrío que experimentaba Eva, cuando sentía a Ángel; un correo lleno de frases bonitas, de mensajes de ánimo, y de confesiones valientes; ese correo me lo has enviado tú, Xía. Te has emocionado leyendo, lo que yo me he emocionado escribiendo, y esa conexión, entre tú y yo, sólo sucede con *Pulp Fiction*, *Love Actually*, y *Adam Levine*. Somos tan diferentes, que ahí radica nuestra amistad, porque cuando encontramos un punto de unión, algo que nos comunica a la perfección, se hace un nudo que perdurará PARA SIEMPRE, AMIGA.

GRACIAS a Amalia, que me dio un abrazo, que no olvidaré en la vida.

GRACIAS a tod@s mis amig@s, que me antepusieron a otras lecturas, y me dieron su opinión, espero que sincera: Silvia, Richi, que me ayudó muchísimo con su opinión de que menos es más; Diana, mi bornera favorita, Rosaura, Ana Budiño, la mejor peluquera del mundo mundial, Ro, y su folio con anotaciones; Susana, Matilde, Anna, Carlos, aunque, mi Collin Firth gallego, no lo sepa, me regaló LA CANCIÓN que inspiró tantos momentos de esta historia.

!!!GRACIAS!!!

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[FEBRERO 2004 - PRINCIPIO](#)

[UN RECORRIDO EXPRESS DE AYER A HOY](#)

[FEBRERO 2003 - EL PRINCIPIO DEL FIN](#)

[LA PROPOSICIÓN](#)

[UN DRAMA \(parte I\)](#)

[UN DRAMA \(parte II\)](#)

[EL VIAJE – LA DESPEDIDA](#)

[MIÉRCOLES DÍA 1 - 26 FEBRERO 2003](#)

[JUEVES DÍA 2 - 27 FEBRERO 2003](#)

[VIERNES DÍA 3 - 28 FEBRERO 2003](#)

[SÁBADO DÍA 4 - 1 MARZO 2003](#)

[DOMINGO DÍA 5 - 2 MARZO 2003](#)

[LUNES DÍA 6 - 3 MARZO 2003](#)

[MARTES DÍA 7 - 4 MARZO 2003](#)

[MIÉRCOLES DÍA 8 - 5 MARZO 2003](#)

[JUEVES DÍA 9 - 6 MARZO 2003](#)

[VIERNES DÍA 10 - 7 MARZO 2003](#)

[SÁBADO DÍA 11 - 8 MARZO 2003](#)

[DOMINGO DÍA 12 - 9 MARZO 2003](#)

[LUNES DÍA 13 - 10 MARZO 2003](#)

[MARTES DÍA 14 - 11 MARZO 2003](#)

[MIÉRCOLES DÍA 15 - 12 MARZO 2003](#)

[LA DESPEDIDA](#)

[MINUTOS ANTES](#)

[ÁNGEL](#)

[DÍA 365 - EL REENCUENTRO](#)

[DÍA 364 - LA HUÍDA](#)

[DÍA 363 - EL HURACÁN](#)

[DÍA 362 - ASUMIENDO LA REALIDAD](#)

[REALIDAD Y VERO](#)

[REALIDAD Y DANI](#)

[DÍA 361 - LAS COSAS VUELVEN A SU SITIO, POCO A POCO](#)

DIA 360 A DIA 351

Y LA CAÍDA FUE MÁS DOLOROSA QUE LA BELLEZA DE LAS ALTURAS

DÍA 350 A DÍA 336

QUE DE AMOR YA NO SE MUERE...

DÍA 335 A DÍA 300

LA DISTANCIA NO ES EL OLVIDO - DESMONTANDO REFRANES

DIA 298 – EL PRINCIPIO DE MI NUEVO PRINCIPIO

DÍA 287 – UN DÍA SUCEDE, Y TODO VUELVE A TAMBALEARSE

DÍA 284 – EL HOMBRE, EL ÚNICO ANIMAL QUE TROPIEZA DOS VECES EN LA MISMA PIEDRA

DÍA 280 – SÍ, PERO NO

DÍA 273 – DE CULO CUESTA ABAJO

DIA 268 – DECISIONES SEGURAS... ¿SEGURA?

DIA 242 – LLAMADAS QUE DEJAN ENTRAR ALGO DE LUZ

DIA 237 – CINE, JAIME, ÉL Y YO...

DIA 224 A DÍA 194

ALL INCLUSIVE

DIA 189 – ¿Y SI...?

DIA 175 - NO ES BUENO DECIDIR POR LOS DEMÁS

DIA 132 – SENTIR SU ALIENTO EN MI CUELLO, ESE ES MI CIELO

DIA 131 – SENTIR QUE ME FALTA EL AIRE, ESE ES MI CASTIGO

DIA 109 – LOS OJOS SON EL REFLEJO DE SU ALMA HERIDA

DIA 108 – MIS AMIGOS

DIA 88 – TODO VA A IR BIEN

DIA 87 – NO SÉ QUERERTE BIEN

DIA 86 – SE NOS ROMPIÓ EL AMOR, DE MAL USARLO

DICIEMBRE 2003 - LAS NAVIDADES... MAL, GRACIAS

DIA 86 – SALTOS EN EL TIEMPO

PARTE I (17 DE DICIEMBRE 2003)

DIA 71 A DIA 62

RECUPERÁNDOME, PROPÓSITO EN MARCHA

DIA 61 A DÍA 60

NUNCA SE ESTÁ PREPARADA

DIA 58 A DIA 41

SI ME PINCHAN, NO SANGRO

DIA 85 – SALTOS EN EL TIEMPO

PARTE II (18 DE DICIEMBRE 2003)

DIA 35 A DIA 33

EL DESTINO ACTÚA DE UN MODO EXTRAÑO

SEBAS

ÁNGEL

SEBAS

ÁNGEL

FEBRERO 2004 - PRINCIPIO

DIA 1 – 11 MARZO 2004

EPÍLOGO

Si Él hubiese sido Sebas...

Si Él hubiese sido Ángel...

AGRADECIMIENTOS